VOLUMEN DÉCIMO

EL EVANGELIO
COMO ME HA SIDO REVELADO

7 partes

Nacimiento y vida oculta de María y Jesús
capítulos 1-43

Primer año de la Vida pública de Jesús
capítulos 44–140

Segundo año de la Vida pública de Jesús
capítulos 141–312

Tercer año de la Vida pública de Jesús
capítulos 313–540

Preparación a la Pasión de Jesús
capítulos 541–586

Pasión y Muerte de Jesús
capítulos 587–613

Glorificación de Jesús y María
capítulos 614–651

Para despedida de la Obra, capítulo 652

10 volúmenes

Volumen primero, capítulos 1-78
Volumen segundo, capítulos 79-159
Volumen tercero, capítulos 160-225
Volumen cuarto, capítulos 226-295
Volumen quinto, capítulos 296-363
Volumen sexto, capítulos 364-432
Volumen séptimo, capítulos 433-500
Volumen octavo, capítulos 501-555
Volumen noveno, capítulos 556-603
Volumen décimo, capítulos 604-652

Maria Valtorta

EL EVANGELIO COMO ME HA SIDO REVELADO

Traducido del italiano
por Alberto Giralda Cid

VOLUMEN DÉCIMO
Capítulos 604–652

CENTRO EDITORIALE VALTORTIANO

Todos los derechos reservados

Título original:
L'Evangelo come mi è stato rivelato
Volume Decimo, Capitoli 604-652

Traducción del italiano de
Alberto Giralda Cid

© Centro Editoriale Valtortiano srl., 1999
Viale Piscicelli 89-91
03036 Isola del Liri - Italia

ISBN 88-7987-030-0
ISBN 88-7987-031-9
(Obra completa de 10 volúmenes)

Fotocomposición e impresión:
Centro Editoriale Valtortiano srl

Diseño de cubierta de Piero Luigi Albery,
con retrato de Saulo dibujado por Lorenzo Ferri
bajo la dirección de Maria Valtorta.

Reprinted in Italy, 2002

NOTA DEL EDITOR

La presente edición de la Obra mayor de María Valtorta es la traducción en lengua española, llevada a cabo por Alberto Giralda Cid, de la tercera edición italiana.

El título, *El Evangelio como me ha sido revelado*, traduce el de la edición francesa, *L'Evangile tel qu'il m'a été révélé*, y el de la tercera edición italiana, *L'Evangelo come mi è stato rivelato*, inspirados ambos en las indicaciones originarias de María Valtorta.

El precedente título, *El Hombre-Dios*, correspondiente a la edición traducida por Juan Escobar, era la traducción simplificada del título *Il poema dell'Uomo-Dio*, el cual, a pesar de no haber sido enunciado por María Valtorta, dio nombre a las dos primeras ediciones italianas.

Esta nueva edición española se compone de 10 volúmenes, como la tercera italiana, de la que toma, además del título, las principales características.

Cada uno de los volúmenes se abre con el texto unificado de los cuatro Evangelios correspondiente a los capítulos contenidos en el volumen.

Los capítulos están numerados en serie progresiva desde el primer volumen hasta el décimo. Cada capítulo ha sido dividido, a su vez, en fragmentos numerados, llamados parágrafos, que presentan una completitud textual. Los números del capítulo y del parágrafo, separados por un punto, aparecen en el margen externo de las páginas.

Las notas que no llevan la sigla *NdT* (nota del traductor) son traducción de notas de la tercera edición italiana; en ellas, la sigla *MV* significa *María Valtorta*, y *D* significa *Director de la edición italiana*.

SINOPSIS VALTORTIANA
DE LOS CUATRO EVANGELIOS

SINOPSIS VALTORTIANA DE LOS CUATRO EVANGELIOS
relativa al volumen décimo (capítulos 604-652)

A la presente sinopsis, realizada bajo la dirección de Emilio Pisani, se le da el nombre de "valtortiana" por sigue la traza de la Obra de Maria Valtorta. Los números en negrita puestos en el margen derecho, al principio de los textos evangélicos, hacen referencia, progresivamente, a los capítulos de la Obra. (Los números saltados son los capítulos cuyo discurso no encuentra correspondencia en los Evangelios.) A lo largo del texto evangélico hay otros números más pequeños: reseñan los capítulos y parágrafos de la Obra que presentan contactos con los pasajes a cuyo lado aparecen.
El texto de los cuatro Evangelios ha sido tomado de: *Nuevo Testamento*, Editorial Herder, Barcelona 1962, porque corresponde a la versión italiana usada por Maria Valtorta.

Mt 26, 57-75. Y los que prendieron a Jesús le condujeron a casa de Caifás, que era sumo pontífice, donde los escribas y los ancianos estaban congregados. Y Pedro le iba siguiendo de lejos, hasta llegar al palacio del sumo pontífice. Y, habiendo entrado, se estaba sentado con los sirvientes, para ver el final.

Los príncipes de los sacerdotes y todo el concilio andaban buscando algún falso testimonio contra Jesús para condenarle a muerte y no le hallaban, como quiera que muchos falsos testigos se hubiesen presentado. Por último apa-

Mc, 14, 53-72. Jesús fue conducido a casa del sumo sacerdote, donde se juntaron todos los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y los ancianos. Pedro, como quiera le fue siguiendo a lo lejos, hasta dentro del palacio del sumo sacerdote, donde se sentó al fuego con los criados, y estaba calentándose.

Mientras tanto los príncipes de los sacerdotes, con todo el concilio, andaban buscando contra Jesús algún testimonio, para condenarle a muerte, y no le hallaban, porque, dado que

Lc 22, 54-71. En seguida, prendiendo a Jesús, le condujeron a casa del sumo sacerdote; y Pedro le iba siguiendo a lo lejos. Encendido fuego en medio del atrio, y sentándose todos a la redonda, estaba también Pedro entre ellos. Al cual, como una criada le viese sentado a la lumbre, fijando en él los ojos, dijo: «También éste andaba con él». Mas Pedro lo negó, diciendo: «Mujer, no le conozco». De allí a poco, mirándole otro, dijo: «Sí, tú también eres de aquéllos». Mas Pedro le respondió: «¡Oh hom-

Jn 18, 12-40. En **604**
fin, la cohorte de soldados, el tribuno y los guardias de los judíos, prendieron a Jesús y le ataron. De allí le condujeron primeramente a casa de Anás, porque era suegro de Caifás, que era pontífice aquel año. Caifás era el que había dado a los judíos el consejo de que 549.15
convenía que un hombre muriese por el pueblo.

Iba siguiendo a Jesús Simón Pedro y otro discípu- 464.18
lo, el cual era conocido del pontífice, y así entró con Jesús en el atrio del pontífice, quedándose Pedro fuera, en la puerta. Por eso el otro discípulo, conocido del pontífice, salió a la puerta y habló a la portera, y

recieron dos falsos testigos, y dijeron: «Éste dijo: "Yo puedo destruir el templo de Dios, y reedificarlo en tres días"». Y, poniéndose en pie el sumo sacerdote, le dijo: «¿Nada respondes? ¿Qué es lo que éstos testifican contra ti?». Pero Jesús permanecía en silencio. Y díjole el sumo sacerdote: «Yo te conjuro de parte de Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios». Respondióle Jesús: «Tú lo has dicho, y aún os declaro que veréis después a este Hijo del hombre sentado a la diestra de la majestad de Dios venir sobre las nubes del cielo». A tal respuesta, el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: «Blasfemado ha: ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros mismos acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece?». A lo que respondieron ellos diciendo: «Reo es de muerte». Luego empezaron a escupirle muchos atestiguaban falsamente contra él, los testimonios no estaban acordes. Comparecieron algunos que alegaban contra él este falso testimonio: «Nosotros le oímos decir: "Yo destruiré este templo hecho de manos de los hombres, y en tres días fabricaré otro sin obra de mano alguna"». Pero tampoco en este testimonio estaban acordes. Entonces el sumo sacerdote, levantándose en medio, interrogó a Jesús, diciéndole: «¿No respondes nada a los cargos que te hacen éstos?». Jesús, empero, callaba, y nada respondió. Interrogóle el sumo sacerdote nuevamente, y le dijo: «¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?». A esto le respondió Jesús: «Yo soy; y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra de la majestad de Dios, y venir bre!, no lo soy». Pasada como una hora, otro aseguraba con insistencia: «No hay duda, éste estaba también con él; porque es igualmente galileo». A lo que Pedro respondió: «Hombre, yo no entiendo lo que dices». E inmediatamente, estando todavía él hablando, cantó el gallo. Y, volviéndose el Señor, dio una mirada a Pedro. Y Pedro se acordó de la palabra que el Señor le había dicho: «Antes que cante el gallo, tres veces me negarás». Y, habiéndose salido afuera, lloró amargamente.

Mientras tanto los que tenían preso a Jesús se mofaban de él y le golpeaban. Y, habiéndole vendado los ojos, le daban bofetones, y le preguntaban, diciendo: «Adivina, ¿quién es el que te ha herido?». Y repetían otros muchos dicterios, blasfemando contra él.

franqueó a Pedro la entrada. Entonces la criada portera dice a Pedro: «¿No eres tú también de los discípulos de este hombre?». Él le respondió: «No lo soy». Los criados y guardias estaban a la lumbre, porque hacía frío, y se calentaban; Pedro asimismo estaba con ellos, calentándose.

Entre tanto el pontífice se puso a interrogar a Jesús sobre sus discípulos y doctrina. A lo que respondió Jesús: «Yo he predicado públicamente delante de todo el mundo; siempre he enseñado en la sinagoga, y en el templo, adonde concurren todos los judíos, y nada he hablado en secreto. ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que han oído lo que yo les he enseñado; pues ésos saben cuáles cosas haya dicho yo». A esta respuesta, uno de los ministros asistentes dio una bofetada a Jesús, diciendo: «¿Así respondes tú al pontífice?». Díjole a él Jesús: «Si yo he hablado mal, manifiesta lo malo que he dicho; pero

en la cara y a maltratarle a puñadas, y otros le daban bofetadas, diciendo: «Cristo, profetízanos, ¿quién es el que te ha herido?».

Mientras tanto Pedro estaba sentado fuera, en el atrio, y arrimándose a él una criada, le dijo: «También tú andabas con Jesús el galileo». Pero él lo negó en presencia de todos, diciendo: «No sé de qué hablas». Y, saliendo él al pórtico, le vio otra criada, y dijo a los que allí estaban: «Éste también se hallaba con Jesús Nazareno». Y negó por segunda vez afirmando con juramento: «No conozco a tal hombre». Poco después se acercaron los circunstantes y dijeron a Pedro: «Seguramente eres tú también de ellos: porque tu misma habla te descubre». Entonces empezó a echarse sobre sí imprecaciones y a jurar que no había conocido a tal hombre. Y al momento cantó el gallo. Con lo que Pedro se acordó de las palabras que Jesús le había dicho: «Antes que el gallo cante, me negarás tres veces». Y, saliendo fuera, lloró amargamente.

Entre tanto, hallándose Pedro abajo en el patio, vino una de las criadas del sumo sacerdote, y viendo a Pedro que se estaba calentando, clavando en él los ojos, le dice: «Tú también andabas con Jesús Nazareno». Mas él lo negó, diciendo: «Ni le conozco ni sé qué te dices». Y, saliéndose fuera al zaguán, cantó el gallo. Reparando de nuevo en él la criada, empezó a decir a los circunstantes: «Éste es uno de ellos». Pero él lo negó otra vez. Poco después los circunstantes volvieron a decir a Pedro: «Seguramente eres tú uno de ellos, porque también eres galileo». Pero él empezó a echarse imprecaciones y a jurar: «No conozco a tal hombre». Y al punto cantó el gallo por segunda vez. Y Pedro se acordó de la palabra que Jesús le había dicho: «Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces». Y, rompiendo a llorar, salió afuera.

Luego que fue de día, se congregaron los ancianos del pueblo, y los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y, haciéndole comparecer en su concilio, le dijeron: «Si tú eres el Cristo, dínoslo». Respondióles: «Si os lo dijere, no me creeréis, y si yo os hiciese alguna pregunta, no me responderéis, ni me dejaréis ir. Sin embargo, a partir de ahora, el Hijo del hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios». Dijeron entonces todos: «¿Luego tú eres el Hijo de Dios?». Respondióles él: «Vosotros lo decís: lo soy». Y replicaron ellos: «¿Qué necesitamos ya buscar otros testigos, cuando nosotros mismos lo hemos oído de su propia boca?».

Lc 23, 1-25. Y, levantándose todo aquel congreso, le llevaron a Pilato. Y comenzaron a acusarle, diciendo: «A éste le hemos hallado alborotando a nuestra nación, prohibiendo pagar tributos al César, y diciendo que él es el Cristo rey». Preguntóle Pilato: «¿Eres tú el rey de los judíos?». Respondió: «Tú lo dices». Dijo entonces Pilato a los príncipes de los sacerdotes y a la turba: «No encuentro en este hombre delito alguno». Mas ellos insistían diciendo: «Alborota al pueblo con su doctrina por toda la Judea, desde Galilea, donde comenzó, hasta aquí». Oyendo esto Pilato, preguntó si era galileo. Y habiendo entendido que era del territorio de Herodes, le envió a Herodes, que también estaba en Jerusalén por aquellos días. Herodes, viendo a Jesús, se holgó mucho, porque hacía mucho tiempo que deseaba verle, por lo que había oído de él, y esperaba verle hacer algún milagro. Preguntóle, pues, con muchas palabras; mas él nada le respondió. Estaban allí presentes los príncipes de los sacerdotes y los escribas, acusándole con gran vehemencia. Herodes, con su corte, le trató con desprecio y escarnio, y vistiéndole una ropa blanca, le remitió a Pilato. Y aquel día Herodes y Pilato se hicieron amigos, pues antes estaban enemistados entre sí.

Pilato, convocando a los príncipes de los sacerdotes, a los magistrados y al pueblo, les dijo: «Me habéis presentado a este hombre como alborotador del pueblo; pero he aquí que, habiéndole interrogado delante de vosotros, no he encontrado en este hombre ninguno de los delitos de que le acusáis, ni tampoco Herodes, pues nos le ha remitido. Nada, pues, ha hecho digno de muerte. Le castigaré, pues, y le soltaré». Tenía que soltarles uno por la fiesta. Mas toda la turba gritó diciendo: «¡Fuera ese, y suéltanos a Barrabás!». Este había sido encerrado en la cárcel por una sedición que había habido en la ciudad y por un homicidio. Volvió a hablarles Pilato, queriendo soltar a Jesús; pero ellos gritaban diciendo: «¡Crucifícale, crucifícale!». Por tercera vez les dijo: «Pues ¿qué mal ha hecho este? No encuentro en él ningún delito digno de muerte. Le castigaré, pues, y le soltaré». Mas ellos insistían a gritos pidiendo que fuese crucificado, y arreciaban sus voces. Pilato entonces sentenció que se hiciese lo que pedían, y soltó al que pedían, que había sido encerrado en la cárcel por sedición y homicidio, y entregó a Jesús a la voluntad de ellos.

Lc 23, 26-31. Y, llevándole, echaron mano de un cierto Simón Cireneo, que venía del campo, padre de Alejandro y de Rufo, y le cargaron la cruz para que la llevase en pos de Jesús. Seguíale gran multitud de pueblo y de mujeres, que se golpeaban y lamentaban por él. Mas Jesús, volviéndose a ellas, les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis sobre mí, sino llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos. Porque he aquí que vendrán días en que se dirá: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron. Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros, y a los collados: Cubridnos. Porque si en el madero verde hacen esto, en el seco ¿qué no se hará?».

Lc 23, 32-43. Llevaban también con él a dos malhechores para ser ajusticiados. Y cuando llegaron al lugar que se llama Calvario, le crucificaron allí, y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen». Repartieron sus vestiduras echando suertes. El pueblo estaba allí mirando. Los príncipes le escarnecían diciendo: «A otros salvó; sálvese a sí mismo, si es el Cristo de Dios, el elegido». También los soldados le escarnecían, acercándose a él y ofreciéndole vinagre, y diciendo: «Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo». Había también sobre él un letrero escrito en letras griegas, latinas y hebreas: «Este es el rey de los judíos». Uno de los malhechores que estaban colgados le insultaba diciendo: «¿No eres tú el Cristo? Sálvate a ti mismo y a nosotros». Mas el otro le reprendía diciendo: «¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en el mismo suplicio? Nosotros, en verdad, justamente padecemos, porque recibimos el castigo merecido por nuestras obras; mas este ningún mal ha hecho». Y decía a Jesús: «Acuérdate de mí, Señor, cuando estés en tu reino». Y Jesús le dijo: «En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso».

Lc 23, 44-49. Era ya como la hora sexta, y hubo tinieblas en toda la tierra hasta la hora nona, habiéndose oscurecido el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, dando una gran voz, dijo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Y habiendo dicho esto, expiró. Viendo el centurión lo que había pasado, glorificó a Dios diciendo: «Verdaderamente este hombre era justo». Y todo el pueblo que había acudido a aquel espectáculo, viendo lo que había pasado, se volvía dándose golpes de pecho. Todos los conocidos de Jesús estaban a lo lejos, y las mujeres que le habían seguido desde Galilea, mirando todo esto.

Lc 23, 50-56. Había un hombre llamado José, natural de Arimatea, ciudad de los judíos, que era decurión, hombre bueno y justo, que no había consentido en el consejo y en la acción de ellos, y que esperaba el reino de Dios. Este, acudiendo a Pilato, pidió el cuerpo de Jesús, y habiéndole bajado de la cruz, le envolvió en una sábana y le puso en un sepulcro excavado en la roca, donde nadie había sido todavía sepultado. Era el día de la Parasceve, y estaba para comenzar el sábado. Las mujeres que habían venido con Jesús desde Galilea siguieron a José, y vieron el sepulcro y cómo había sido colocado el cuerpo de Jesús. Y, volviendo, aderezaron aromas y ungüentos, y descansaron el sábado según el mandamiento.

Lc 24, 1-12. El primer día de la semana, muy de mañana, fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado, y encontraron la piedra removida del sepulcro. Y entrando no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. Estando ellas perplejas por esto, he aquí que se les presentaron dos varones con vestiduras resplandecientes. Y como ellas, llenas de temor, bajasen el rostro a tierra, ellos les dijeron: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, sino que ha resucitado. Acordaos de lo que os dijo cuando estaba todavía en Galilea, diciendo que el Hijo del hombre debía ser entregado en manos de hombres pecadores, y ser crucificado, y resucitar al tercer día». Y ellas se acordaron de sus palabras. Y volviendo del sepulcro, anunciaron todas estas cosas a los once y a todos los demás. Eran María Magdalena, y Juana, y María la de Santiago, y las demás que estaban con ellas, las que decían estas cosas a los apóstoles. Mas a ellos les parecían como desvaríos, y no las creían. Pedro, sin embargo, levantándose, corrió al sepulcro, y asomándose, no vio sino las sábanas solas, y se volvió admirándose en sí de lo que había pasado.

Lc 24, 13-35. Y he aquí que dos de ellos iban aquel mismo día a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén sesenta estadios, y hablaban entre sí de todas estas cosas que habían pasado. Y sucedió que mientras hablaban y discutían entre sí, Jesús mismo, acercándose, iba con ellos. Mas sus ojos estaban como cerrados para que no le conociesen. Y les dijo: «¿Qué palabras son esas que vais discutiendo entre vosotros mientras vais andando?». Y se detuvieron tristes. Y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único peregrino en Jerusalén que no sabe lo que en ella ha pasado estos días?». Y les dijo: «¿Qué?». Ellos le dijeron: «Lo de Jesús Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo, y cómo le entregaron los príncipes de los sacerdotes y nuestros magistrados para ser condenado a muerte, y le crucificaron. Nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel; mas con todo esto, hoy es el tercer día que esto ha pasado. Es verdad que algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado, habiendo ido de madrugada al sepulcro, y no habiendo hallado su cuerpo, vinieron diciendo que habían visto una visión de ángeles, que dicen que él vive. Y algunos de los nuestros fueron al sepulcro, y hallaron todo como las mujeres habían dicho; mas a él no le vieron». Entonces les dijo: «¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era preciso que el Cristo padeciese estas cosas y entrase así en su gloria?». Y comenzando por Moisés y por todos los profetas, les explicaba en todas las Escrituras lo que de él decían. Y llegaron cerca de la aldea a donde iban, y él hizo como que iba más lejos. Mas ellos le detuvieron diciendo: «Quédate con nosotros, porque es tarde y el día ya ha declinado». Y entró con ellos para quedarse. Y sucedió que estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan, y bendijo, y partió, y les dio. Entonces se les abrieron los ojos y le conocieron; mas él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No es verdad que nuestro corazón ardía en nosotros mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?». Y levantándose en aquella misma hora, volvieron a Jerusalén, y hallaron a los once reunidos y a los demás que estaban con ellos, que decían: «Verdaderamente ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Ellos también contaban lo que les había pasado en el camino, y cómo le habían conocido al partir el pan.

Lc 24, 36-49. Estando ellos hablando de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos y les dijo: «La paz sea con vosotros». Mas ellos, llenos de turbación y de miedo, creían ver un espíritu. Y les dijo: «¿Por qué estáis turbados, y por qué suben pensamientos a vuestro corazón? Ved mis manos y mis pies, que soy yo mismo. Palpad y ved, que un espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo». Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies. Mas como ellos no creyesen todavía por la alegría, y estuviesen maravillados, les dijo: «¿Tenéis aquí algo que comer?». Ellos le presentaron un pedazo de pez asado y un panal de miel. Y habiéndolo tomado, comió delante de ellos. Y les dijo: «Estas son las palabras que os hablé estando todavía con vosotros, que era preciso que se cumpliese todo lo que de mí está escrito en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos». Entonces les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras, y les dijo: «Así está escrito, y así era preciso que el Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos al tercer día, y que en su nombre se predicase la penitencia y la remisión de los pecados a todas las gentes, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas. Y he aquí que yo voy a enviar sobre vosotros la promesa de mi Padre. Vosotros, pues, quedaos en la ciudad hasta que seáis revestidos de la virtud de lo alto».

Lc 24, 50-53. Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y sucedió que mientras los bendecía, se apartó de ellos y fue llevado al cielo. Y ellos, habiéndole adorado, se volvieron a Jerusalén con gran gozo, y estaban siempre en el templo alabando y bendiciendo a Dios.

Mc 16, 1-8. Pasado el sábado, María Magdalena, y María la de Santiago, y Salomé compraron aromas para ir a ungirle. Y muy de mañana, el primer día de la semana, llegaron al sepulcro, habiendo ya salido el sol. Y decían entre sí: «¿Quién nos removerá la piedra de la puerta del sepulcro?». Y mirando, vieron que la piedra había sido removida, pues era muy grande. Y entrando en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, vestido de una ropa blanca, y quedaron atónitas. Mas él les dijo: «No os asustéis. Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado. Ha resucitado, no está aquí. He aquí el lugar donde le habían puesto. Mas id, decid a sus discípulos y a Pedro que va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo». Y ellas, saliendo, huyeron del sepulcro, porque el temor y el espanto se habían apoderado de ellas, y no dijeron nada a nadie, porque tenían miedo.

Mc 16, 9-20. Habiendo resucitado Jesús por la mañana el primer día de la semana, apareció primeramente a María Magdalena, de la cual había arrojado siete demonios. Ella fue a anunciarlo a los que habían estado con él, que estaban llorando y lamentando. Mas ellos, oyendo que vivía y que había sido visto por ella, no creyeron. Después de esto, apareció en otra forma a dos de ellos que iban de camino hacia una aldea. Y ellos, habiendo vuelto, lo anunciaron a los demás, mas tampoco a ellos creyeron. Finalmente, apareció a los once mismos estando sentados a la mesa, y les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado. Y les dijo: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado. Estas señales acompañarán a los que creyeren: en mi nombre echarán fuera los demonios, hablarán nuevas lenguas, tomarán en sus manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les dañará; sobre los enfermos pondrán sus manos, y quedarán sanos». Y el Señor Jesús, después de haberles hablado, fue llevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios. Y ellos, habiendo salido, predicaron en todas partes, cooperando el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían.

Lc 24, 1-12. El primer día de la semana, muy de mañana, fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado, y encontraron la piedra removida del sepulcro. Y entrando no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. Estando ellas perplejas por esto, he aquí que se les presentaron dos varones con vestiduras resplandecientes. Y como ellas, llenas de temor, bajasen el rostro a tierra, ellos les dijeron: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, sino que ha resucitado. Acordaos de lo que os dijo cuando estaba todavía en Galilea, diciendo que el Hijo del hombre debía ser entregado en manos de hombres pecadores, y ser crucificado, y resucitar al tercer día». Y ellas se acordaron de sus palabras. Y volviendo del sepulcro, anunciaron todas estas cosas a los once y a todos los demás. Eran María Magdalena, y Juana, y María la de Santiago, y las demás que estaban con ellas, las que decían estas cosas a los apóstoles. Mas a ellos les parecían como desvaríos, y no las creían. Pedro, sin embargo, levantándose, corrió al sepulcro, y asomándose, no vio sino las sábanas solas, y se volvió admirándose en sí de lo que había pasado.

Lc 24, 13-35. Y he aquí que dos de ellos iban aquel mismo día a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén sesenta estadios, y hablaban entre sí de todas estas cosas que habían pasado. Y sucedió que mientras hablaban y discutían entre sí, Jesús mismo, acercándose, iba con ellos. Mas sus ojos estaban como cerrados para que no le conociesen. Y les dijo: «¿Qué palabras son esas que vais discutiendo entre vosotros mientras vais andando?». Y se detuvieron tristes. Y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único peregrino en Jerusalén que no sabe lo que en ella ha pasado estos días?». Y les dijo: «¿Qué?». Ellos le dijeron: «Lo de Jesús Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo, y cómo le entregaron los príncipes de los sacerdotes y nuestros magistrados para ser condenado a muerte, y le crucificaron. Nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel; mas con todo esto, hoy es el tercer día que esto ha pasado. Es verdad que algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado, habiendo ido de madrugada al sepulcro, y no habiendo hallado su cuerpo, vinieron diciendo que habían visto una visión de ángeles, que dicen que él vive. Y algunos de los nuestros fueron al sepulcro, y hallaron todo como las mujeres habían dicho; mas a él no le vieron». Entonces les dijo: «¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era preciso que el Cristo padeciese estas cosas y entrase así en su gloria?». Y comenzando por Moisés y por todos los profetas, les explicaba en todas las Escrituras lo que de él decían. Y llegaron cerca de la aldea a donde iban, y él hizo como que iba más lejos. Mas ellos le detuvieron diciendo: «Quédate con nosotros, porque es tarde y el día ya ha declinado». Y entró con ellos para quedarse. Y sucedió que estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan, y bendijo, y partió, y les dio. Entonces se les abrieron los ojos y le conocieron; mas él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No es verdad que nuestro corazón ardía en nosotros mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?». Y levantándose en aquella misma hora, volvieron a Jerusalén, y hallaron a los once reunidos y a los demás que estaban con ellos, que decían: «Verdaderamente ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Ellos también contaban lo que les había pasado en el camino, y cómo le habían conocido al partir el pan.

Lc 24, 36-49. Estando ellos hablando de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos y les dijo: «La paz sea con vosotros». Mas ellos, llenos de turbación y de miedo, creían ver un espíritu. Y les dijo: «¿Por qué estáis turbados, y por qué suben pensamientos a vuestro corazón? Ved mis manos y mis pies, que soy yo mismo. Palpad y ved, que un espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo». Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies. Mas como ellos no creyesen todavía por la alegría, y estuviesen maravillados, les dijo: «¿Tenéis aquí algo que comer?». Ellos le presentaron un pedazo de pez asado y un panal de miel. Y habiéndolo tomado, comió delante de ellos. Y les dijo: «Estas son las palabras que os hablé estando todavía con vosotros, que era preciso que se cumpliese todo lo que de mí está escrito en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos». Entonces les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras, y les dijo: «Así está escrito, y así era preciso que el Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos al tercer día, y que en su nombre se predicase la penitencia y la remisión de los pecados a todas las gentes, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas. Y he aquí que yo voy a enviar sobre vosotros la promesa de mi Padre. Vosotros, pues, quedaos en la ciudad hasta que seáis revestidos de la virtud de lo alto».

Lc 24, 50-53. Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y sucedió que mientras los bendecía, se apartó de ellos y fue llevado al cielo. Y ellos, habiéndole adorado, se volvieron a Jerusalén con gran gozo, y estaban siempre en el templo alabando y bendiciendo a Dios.

Mc 16, 1-8. Pasado el sábado, María Magdalena, y María la de Santiago, y Salomé compraron aromas para ir a ungirle. Y muy de mañana, el primer día de la semana, llegaron al sepulcro, habiendo ya salido el sol. Y decían entre sí: «¿Quién nos removerá la piedra de la puerta del sepulcro?». Y mirando, vieron que la piedra había sido removida, pues era muy grande. Y entrando en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, vestido de una ropa blanca, y quedaron atónitas. Mas él les dijo: «No os asustéis. Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado. Ha resucitado, no está aquí. He aquí el lugar donde le habían puesto. Mas id, decid a sus discípulos y a Pedro que va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo». Y ellas, saliendo, huyeron del sepulcro, porque el temor y el espanto se habían apoderado de ellas, y no dijeron nada a nadie, porque tenían miedo.

Mc 16, 9-20. Habiendo resucitado Jesús por la mañana el primer día de la semana, apareció primeramente a María Magdalena, de la cual había arrojado siete demonios. Ella fue a anunciarlo a los que habían estado con él, que estaban llorando y lamentando. Mas ellos, oyendo que vivía y que había sido visto por ella, no creyeron. Después de esto, apareció en otra forma a dos de ellos que iban de camino hacia una aldea. Y ellos, habiendo vuelto, lo anunciaron a los demás, mas tampoco a ellos creyeron. Finalmente, apareció a los once mismos estando sentados a la mesa, y les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado. Y les dijo: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado. Estas señales acompañarán a los que creyeren: en mi nombre echarán fuera los demonios, hablarán nuevas lenguas, tomarán en sus manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les dañará; sobre los enfermos pondrán sus manos, y quedarán sanos». Y el Señor Jesús, después de haberles hablado, fue llevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios. Y ellos, habiendo salido, predicaron en todas partes, cooperando el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían.

bía dicho: «Antes de cantar el gallo, renegarás de mí tres veces». Y, saliéndose fuera, lloró amargamente.

Mt 27, 1-2. Venida la mañana, todos los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo tuvieron consejo contra Jesús para hacerle morir. Y le condujeron atado, y le entregaron al gobernador Pilato.

Mt 27, 11-31. Fue, pues, Jesús presentado ante el presidente; y el presidente le interrogó, diciendo: «¿Eres tú el rey de los judíos?». Respondióle Jesús: «Tú lo dices». Y por más que le acusaban los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, nada respondió. Por lo que Pilato le dijo: «¿No oyes de cuántas cosas te acusan?». Pero él a nada contestó de cuanto le dijo; por manera que el presidente quedó en extremo maravillado.

Acostumbraba el presidente conceder, por razón de la fiesta, la libertad de un reo, a elección del pueblo. Y, teniendo entonces un preso famoso llamado Barrabás, estando todos reunidos, les dijo Pilato: «¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás, o a Jesús, llamado el Cristo?».

«Sin duda éste es de aquéllos». Mas él lo negó segunda vez. Un poquito después los que estaban allí decían nuevamente a Pedro: «Seguramente tú eres de ellos, pues eres también galileo». Aquí comenzó a echarse maldiciones, y a asegurar con juramento: «Yo no conozco a ese hombre de que habláis». Y al istante cantó el gallo la segunda vez. Con lo que se acordó Pedro de la palabra que Jesús le había dicho: «Antes de cantar el gallo por segunda vez, tres veces me habrás ya negado». Y comenzó a llorar.

Mc 15, 1-20. Y luego que amaneció, habiéndose juntado para deliberar los príncipes de los sacerdotes con los ancianos y los escribas, y todo el consejo, ataron a Jesús, y le condujeron y entregaron a Pilato. Pilato le preguntó: «¿Eres tú el rey

do pervirtiendo a nuestra nación, y vedando pagar los tributos a César, y diciendo que él es el Cristo». Pilato, pues, le interrogó, diciendo: «¿Eres tú el rey de los judíos?». A lo cual respondió Jesús: «Tú lo dices». Pilato dijo a los príncipes de los sacerdotes y al pueblo: «Yo no hallo delito alguno en este hombre». Pero ellos insistían más y más, diciendo: «Alborota al pueblo, enseñando por toda la Judea, desde la Galilea, donde comenzó, hasta aquí». Pilato, oyendo «Galilea», preguntó si aquel hombre era galileo. Y, cuando entendió que era de la jurisdicción de Herodes, remitióle al mismo Herodes, que en aquellos días se hallaba también en Jerusalén.

Herodes, holgóse sobremanera de ver a Jesús, porque hacía mucho tiempo que deseaba verle por

tar a nadie». Con lo que vino a cumplirse lo que Jesús dijo, indicando el género de muerte de que había de morir.

Oído esto, Pilato entró de nuevo en el pretorio, y llamó a Jesús, y le dijo: «¿Tú eres el rey de los judíos?». Respondió Jesús: «¿Dices tú eso por tu cuenta u otros te lo han dicho de mí?». Replicó Pilato: «¿Qué? ¿acaso soy yo judío? Tu nación y los pontífices te han entregado a mí: ¿qué has hecho?». Respondió Jesús: «Mi reino no es de este mundo. Si de este mundo fuera mi reino, claro está que mis gentes me habrían defendido para que no cayese en manos de los judíos; mas mi reino no es de acá». Replicóle a esto Pilato: «¿Conque tú eres rey?». Respondió Jesús: «Así es, come dices: yo soy rey. Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad: todo aquel que pertenece a la verdad, oye mi voz». Dícele Pilato: «¿Qué es la verdad?». Y, dicho esto, salió por segunda vez a los ju-

do a la sazón en la cárcel a uno muy famoso, llamado Barrabás, preguntó Pilato a los que habían concurrido: «¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás, o a Jesús, que es llamado el Cristo?». Porque sabía bien que se lo habían entregado por envidia.

Y, estando él sentado en su tribunal, le envió a decir su mujer: «No te mezcles en las cosas de ese justo, porque son muchas las congojas que hoy he padecido en sueños por su causa».

Entre tanto los príncipes de los sacerdotes y los ancianos indujeron al pueblo a que pidiese la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. El presidente, tomando la palabra, les dijo: «¿A quién de los dos queréis que os suelte?». Respondieron ellos: «A Barrabás». Replicóles Pilato: «¿Pues qué he de hacer de Jesús, llamado el Cristo?». Dijéronle todos: «Sea crucificado». Dijo: «Pues ¿qué mal ha hecho?». Mas ellos gritaban con mayor fuerza: «Sea crucificado». Viendo Pilato que nada adelantaba, antes bien crecía el tumulto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: «Inocente soy de la sangre de este justo; vosotros veréis». Y todo el pueblo respondió: «Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos».

Mt 27, 15-26. Por la fiesta acostumbraba el presidente soltar un preso, el que el pueblo pidiese. Tenían entonces un preso famoso llamado Barrabás. Estando, pues, ellos juntos, Pilato les dijo: «¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, llamado el Cristo?». Porque sabía que por envidia le habían entregado. Estando él sentado en el tribunal, le envió a decir su mujer: «No te mezcles en las cosas de ese justo, porque he padecido hoy en sueños muchas cosas por su causa». Los príncipes de los sacerdotes y los ancianos persuadieron al pueblo que pidiese a Barrabás y que matase a Jesús. Respondiendo el presidente, les dijo: «¿A quién de los dos queréis que os suelte?». Dijeron: «A Barrabás». Díceles Pilato: «¿Pues qué he de hacer de Jesús, llamado el Cristo?». Dijéronle todos: «Sea crucificado». Dijo: «Pues ¿qué mal ha hecho?». Mas ellos gritaban con mayor fuerza: «Sea crucificado». Viendo Pilato que nada adelantaba, antes bien crecía el tumulto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: «Inocente soy de la sangre de este justo; vosotros veréis». Y todo el pueblo respondió: «Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos». Entonces les soltó a Barrabás, y a Jesús, después de azotarle, le entregó para que fuese crucificado.

Lc 23, 1-25. Levantándose toda la multitud de ellos, llevaron a Jesús a Pilato. Y comenzaron a acusarle, diciendo: «Hemos hallado a éste alborotando a nuestra nación, prohibiendo pagar tributo al César, y diciendo que él es el Cristo rey». Preguntóle Pilato, diciendo: «¿Tú eres el rey de los judíos?». A lo que Jesús, respondiendo, le dijo: «Tú lo dices». Y los príncipes de los sacerdotes le acusaban en muchos puntos. Pilato volvió nuevamente a interrogarle, diciendo: «¿No respondes nada? Mira de cuántas cosas te acusan». Jesús, empero, nada más contestó, de modo que Pilato estaba maravillado.

Solía él, por razón de la fiesta, concederles la libertad de uno de los presos, el que el pueblo pidiese. Entre éstos había uno llamado Barrabás, el cual estaba preso con otros sediciosos por haber, en cierto motín, cometido un homicidio. Pues como el pueblo acudiese a esta sazón a pedirle el indulto que siempre les otorgaba, Pilato les respondió, diciendo: «¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?». Porque sabía bien que se lo habían entregado por envidia. Estando él sentado en su tribunal, le envió a decir su mujer: «No te mezcles en las cosas de ese justo, porque son muchas las congojas que hoy he padecido en sueños por su causa».

Entre tanto los príncipes de los sacerdotes y los ancianos indujeron al pueblo a que pidiese la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. El presidente, tomando la palabra, les dijo: «¿A quién de los dos queréis que os suelte?». Respondieron ellos: «A Barrabás». Replicóles Pilato: «¿Pues qué he de hacer de Jesús, llamado el Cristo?». Dijéronle todos: «Sea crucificado». Dijo: «Pues ¿qué mal ha hecho?». Mas ellos gritaban con mayor fuerza: «Sea crucificado». Viendo Pilato que nada adelantaba, antes bien crecía el tumulto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: «Inocente soy de la sangre de este justo; vosotros veréis». Y todo el pueblo respondió: «Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos». Entonces les soltó a Barrabás, y a Jesús, después de azotarle, le entregó para que fuese crucificado.

Jn 18, 28-40. Llevaron, pues, a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era ya de mañana, y ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse, a fin de poder comer el cordero pascual. Salió, pues, Pilato fuera a ellos, y dijo: «¿Qué acusación traéis contra este hombre?». Respondieron y le dijeron: «Si éste no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado». Dijo, pues, Pilato: «Tomadle vosotros y juzgadle según vuestra ley». Dijéronle los judíos: «No nos es lícito matar a nadie». Para que se cumpliese la palabra de Jesús, que había dicho, significando de qué muerte había de morir. Entró, pues, otra vez en el pretorio Pilato, y llamó a Jesús, y le dijo: «¿Tú eres el rey de los judíos?». Respondió Jesús: «¿Dices tú esto de ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?». Respondió Pilato: «¿Acaso soy yo judío? Tu nación y los príncipes de los sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?». Respondió Jesús: «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuese de este mundo, mis ministros habrían peleado para que no fuese entregado a los judíos; mas ahora mi reino no es de aquí». Dijo, pues, Pilato: «¿Luego tú eres rey?». Respondió Jesús: «Tú dices que soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad oye mi voz». Dícele Pilato: «¿Qué es la verdad?». Y dicho esto, salió otra vez a los judíos, y les dijo: «Yo no hallo en él ninguna culpa. Mas, ya que tenéis la costumbre de que os suelte un reo por la Pascua, ¿queréis que os ponga en libertad al rey de los judíos?». Entonces todos ellos volvieron a gritar: «No a éste, sino a Barrabás». Es de saber que este Barrabás era ladrón.

Jn 19, 1-16. Tomó entonces Pilato a Jesús, y mandó azotarle. Y los soldados trenzaron una corona de espinas y se la pusieron sobre la cabeza; y le vistieron un manto de púrpura. Y se arrimaban a él, y decían: «Salve, ¡oh rey de los judíos!», y dábanle de bofetadas.

Salió Pilato de nuevo afuera, y díjoles: «He aquí que os lo saco fuera, para que conozcáis que yo no hallo en él delito ninguno». Salió, pues, Jesús, llevando la corona de espinas y revestido del manto de púrpura. Y les dijo Pilato: «Ahí tenéis al hombre». Luego que los pontífices y sus ministros le vieron, alzaron el grito, diciendo: «Crucifícale, crucifícale». Díceles Pilato: «Tomadle allá

cen todos: «Sea crucificado». Y el presidente: «Pero ¿qué mal ha hecho?». Mas ellos gritaban más, diciendo: «Sea crucificado». Y viendo Pilato que nada adelantaba, antes bien que cada vez crecía el tumulto, tomando agua, se lavó las manos a vista del pueblo, diciendo: «Inocente soy yo de esta sangre; vosotros veréis». Y, respondiendo, todo el pueblo dijo: «Recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos». Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de haberle hecho azotar, le entregó para que fuese crucificado.

Entonces los soldados del gobernador, cogiendo a Jesús y poniéndole en el pretorio, juntaron alrededor de él toda la cohorte. Y, desnudándole, le cubrieron con un manto de grana; y, entretejiendo una corona de espinas se la pusieron sobre la cabeza, y una caña en su mano

Porque sabía que los príncipes de los sacerdotes le habían entregado por envidia. Mas los pontífices instigaron al pueblo a que pidiese más bien la libertad de Barrabás. Pilato de nuevo les habló, y les dijo: «¿Pues qué queréis que haga del rey de los judíos?». Y ellos volvieron a gritar: «¡Crucifícale!». Y les decía: «¿Pues qué mal ha hecho?». Mas ellos gritaban con mayor fuerza: «¡Crucifícale!». Al fin Pilato, deseando contentar al pueblo, les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de haberle hecho azotar, se lo entregó para que fuese crucificado.

Los soldados le llevaron entonces al patio del pretorio, y, reuniéndose allí toda la cohorte, vístenle de púrpura y le ponen una corona de espinas entretejidas. Comenzalito he hallado en él de los de que le acusáis. Pero ni tampoco Herodes; puesto que os remití a él, y por el hecho se ve que no le juzgó digno de muerte. Por tanto, después de castigado le dejaré libre».

Tenía Pilato que dar libertad a un reo cuando llegaba la fiesta. Y todo el pueblo a una voz clamó, diciendo: «Quítale a éste la vida, y suéltanos a Barrabás», el cual, por una sedición levantada en la ciudad y por un homicidio, había sido puesto en la cárcel. Hablóles nuevamente Pilato, con deseo de libertar a Jesús. Pero ellos se pusieron a gritar, diciendo: «Crucifícale, crucifícale». Él, no obstante, por tercera vez les dijo: «¿Pues qué mal ha hecho éste?; yo no hallo en él delito ninguno de muerte; así que, después de castigarle, le daré por libre». Mas ellos insistían con grande clavosotros y crucificadle, pero yo no hallo culpa en él». Respondiéronle los judíos: «Nosotros tenemos una ley, y según esta ley debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios». Cuando Pilato oyó esta acusación, se llenó más de temor. Entró de nuevo en el pretorio, y dijo a Jesús: «¿De dónde eres tú?». Mas Jesús no le respondió palabra. Por lo que Pilato le dice: «¿A mí no me hablas?; pues ¿no sabes que está en mi mano el crucificarte, y en mi mano está el soltarte?». Respondió Jesús: «No tendrías poder alguno sobre mí, si no te fuera dado de lo alto. Por esto, quien a ti me ha entregado, tiene mayor pecado».

Desde aquel momento Pilato buscaba cómo libertarle. Pero los judíos daban voces diciendo: «Si sueltas a ése, no eres amigo del césar; pues cualquiera que se hace rey se declara contra el césar». Pilato, oyendo estas palabras, sacó a Jesús afuera; y sentóse en su tribunal, en el lugar llamado lithóstrotos, y en hebreo gabbathá.

derecha. Y, con la rodilla hincada en tierra, le escarnecían, diciendo: «Dios te salve, rey de los judíos». Y, escupiéndole, tomaban la caña, y le herían en la cabeza. Y después que se mofaron de él, le quitaron el manto y, habiéndole puesto otra vez sus propios vestidos, le sacaron
608.1/2 a crucificar.

ron en seguida a saludarle: «Salve, ¡oh rey de los judíos!». Al mismo tiempo herían su cabeza con una caña, y escupíanle, e, hincando las rodillas, le adoraban. Después de haberse así mofado de él, le desnudaron de la púrpura, y, volviéndole a poner sus vestidos, le condujeron afuera para crucificarle.

mores, pidiendo que fuese crucificado, y se aumentaba la gritería. Al fin, Pilato se resolvió a otorgar su demanda. En consecuencia dio libertad, como ellos pedían, al que por causa de homicidio y sedición había sido encarcelado; y a Jesús le abandonó al arbitrio de ellos.

Era entonces día de preparación de la Pascua, cerca de la hora sexta, y dijo a los judíos: «Aquí tenéis a vuestro rey». Ellos, empero, gritaban: «¡Fuera, fuera, cricifícale!». Díceles Pilato: «¿A vuestro rey tengo que crucificar?». Respondieron los pontífices: «No tenemos rey, sino al César». Entonces se lo entregó para que le crucificasen. Apoderáronse, pues, de Jesús, y le sacaron afuera.

Mt 27, 3-10. Entonces Judas, el que le había entregado, viendo a Jesús sen- **605**
tenciado, lleno de remordimiento, trató de devolver las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos, diciendo: «He pecado, pues he entregado sangre inocente». Y dijeron ellos: «¿Y a nosotros qué? Allá te las hayas». Más él, arrojando el dinero en el templo se fue, y se ahorcó.

639.3 Pero los príncipes de lo sacerdotes, recogidas las monedas, dijeron: «No es lícito meterlas en el tesoro, siendo como son precio de sangre». Y, habiéndolo tratado en consejo, compraron con ellas el campo de un alfarero, para sepultura de los extranjeros. Por lo cual se llamó dicho campo Hacéldama, esto es, campo de sangre, y así se llama hoy día. Con lo que vino a cumplirse lo que predijo el profeta Jeremías, que dice: «Y tomaron las treinta monedas de plata, precio en que fue tasado por los hijos de Israel, y las dieron por el campo del alfarero, como me lo ordenó el Señor».

Mt 27, 32. Al llegar encontraron a un hombre natural de Cirene, llamado Simón, al cual obligaron a que cargase con la cruz de Jesús.

Mc 15, 21. Al paso requirieron a un hombre que venía de una granja, llamado Simón Cireneo, padre de Alejandro y de Rufo, obligándole a que llevase la cruz de Jesús.

Lc 23, 26-32. Y, al lle- **608**
várselo, echaron mano de un tal Simón, natural de Cirene, que venía de una granja, y le cargaron la cruz para que la llevase en pos de Jesús.

Seguíale gran muchedumbre de pueblo, y de mujeres, las cuales se deshacían en llantos, y le plañían. Pero Jesús, vuelto a ellas, les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos, porque vendrán días en que se diga: "Dichosas las estériles, y dichosos los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar". Entonces comenzarán a decir a los montes: "Caed sobre nosotros"; y a los collados: "Sepultadnos". Pues si al árbol verde le tratan de esta manera, ¿en el seco qué se hará?».

Eran también conducidos con Jesús a muerte otros dos, que eran facinerosos.

Mt 27, 33-58. Y llegados al lugar que se llama Gólgota, esto es, lugar de la calavera, allí le dieron a beber vino mezclado con hiel. Mas él, habiéndolo probado, no quiso beberlo. Después que le hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes. Con esto se cumplió la profecía que dice: «Repartieron entre sí mis vestidos, y sortearon mi túnica». Y, sentados allí, le guardaban. Pusiéronle sobre la cabeza la causa de su condena- 608.2
ción: «Éste es Jesús, el rey de los judíos».

Al mismo tiempo fueron crucificados con él dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda.

Y los que pasaban por allí le insultaban meneando la cabeza, y diciendo: «¡Hola!, tú que derribas el templo de Dios, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo: si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz». De la misma manera también los príncipes

Mc 15, 22-45. Y le conducen al lugar llamado Gólgota, que significa lugar de la calavera. Allí le daban a beber vino mezclado con mirra; mas él no quiso beberlo. Y, después de haberle crucificado repartieron sus ropas, echando suertes sobre la parte que había de llevar cada uno. Era ya la hora de tercia cuando le crucificaron. Y estaba escrita la causa de su sentencia con este letrero: «El rey de los judíos». Crucificaron también con él a dos ladrones, uno a su derecha y otro a la izquierda. Con lo que se cumplió la Escritura, que dice: «Y fue contado entre los malhechores».

Los que iban y venían blasfemaban de él, meneando sus cabezas, y diciendo: «¡Hola!, tú que destruyes el templo de Dios y que lo reedificas en tres días, sálvate a ti mismo, bajando de la cruz». De

Lc 23, 33-52. Cuando llegaron al lugar llamado Calvario, allí le crucificaron a él y a los malhechores, uno a la diestra y otro a la izquierda. Entre tanto Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Y ellos, poniéndose a repartir entre sí sus vestidos, los sortearon.

El pueblo lo estaba mirando, y los principales hacían befa de Jesús, diciendo: «A otros ha salvado, sálvese, pues, a sí mismo, si él es el Cristo, el elegido de Dios». Insultábanle no menos los soldados, los cuales se arrimaban a él, y, presentándole vinagre, le decían: «Si tú eres el rey de los judíos, ponte en salvo». Y había sobre él una inscripción que decía: «Éste es el rey de los judíos».

Y uno de los

Jn 19, 17-39. Y llevando él mismo a cuestas su cruz, fue caminando hacia el sitio llamado el Calvario y en hebreo Gólgota, donde le crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, quedando Jesús en medio. Escribió asimismo Pilato un letrero, y púsolo sobre la cruz. En él estaba escrito: «Jesús de Nazaret, rey de los judíos». Este rótulo lo leyeron muchos de los judíos, porque el lugar en que fue Jesús crucificado estaba contiguo a la ciudad, y estaba en hebreo, en griego y en latín. Con esto los pontífices de los 604.35
judíos decían a Pilato: «No has de escribir "rey de los judíos", sino que él ha dicho "yo soy el rey de los judíos"». Respondió Pilato: «Lo escrito, escrito está».

Entre tanto los soldados, habiendo crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos (de que hicieron cuatro partes, una para cada soldado) y la túnica, la cual era sin cos- 303.4
tura, y un solo tejido de arriba abajo. 477.9
Por lo que dijeron entre sí: «No la dividamos, mas echemos suertes para 614.6 631.5

de los sacerdotes, a una con los escribas y los ancianos, insultándole, decían: «A otros ha salvado, y no puede salvarse a sí mismo: si es el rey de Israel, baje ahora de la cruz, y creeremos en él. Él pone su confianza en Dios; pues, si Dios le ama, líbrele ahora, ya que él mismo decía: "Yo soy el Hijo de Dios"». Y eso mismo le echaban en cara aun los ladrones que estaban crucificados en su compañía.

Mas desde la hora sexta hasta la hora de nona quedó toda la tierra cubierta de tinieblas. Y cerca de la hora nona exclamó Jesús con una gran voz, diciendo: «Elí, Elí, lamá sabactani», esto es: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?». Lo que oyendo algunos de los circunstantes decían: «Éste llama a Elías». Y luego, corriendo uno de ellos, tomó una esponja, empapóla en vinagre y, habiéndola puesto en la punta de una caña, le daba de beber. Los otros decían: la misma manera, mofándose de él los príncipes de los sacerdotes, con los escribas, se decían el uno al otro: «A otros ha salvado, y no puede salvarse a sí mismo. El Cristo, el rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que seamos testigos de vista, y le creamos». También los que estaban crucificados con él le ultrajaban.

Y a la hora de sexta se cubrió toda la tierra de tinieblas hasta la hora de nona. Y a la hora de nona exclamó Jesús, dando un fuerte grito: «Elí, Elí, lamma sabactani», que significa: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?». Oyéndolo algunos de los circunstantes, decían: «Ved cómo llama a Elías». Y, corriendo uno de ellos, empapó una esponja en vinagre, y, revolviéndola en la punta de una caña, dábale a beber, diciendo: «Dejad, veremos si viene Elías a ladrones que estaban crucificados blasfemaba contra Jesús, diciendo: «¿No eres tú el Cristo? Sálvate a ti mismo y a nosotros». Mas el otro reprendía, diciendo: «¿Cómo, ni aun temes a Dios, estando en el mismo suplicio? Y nosotros, ciertamente, con justicia, pues pagamos la pena merecida por nuestros delitos; pero éste ningún mal ha hecho». Decía después a Jesús: «Señor, acuérdate de mí cuando hayas llegado a tu reino». Y Jesús le dijo: «En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso».

Era ya casi la hora de sexta, y las tinieblas cubrieron toda la tierra hasta la hora de nona. El sol se obscureció; y el velo del templo se rasgó por medio. Entonces Jever de quién será». Con lo que se cumplió la Escritura, que dice: «Partieron entre sí mis vestidos, y sortearon mi túnica». Y esto hicieron los soldados.

Estaban al mismo tiempo junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María, esposa de Cleofás, y María Magdalena. Viendo Jesús a su madre y al discípulo que él 464.18
amaba, el cual estaba allí, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Después dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y, desde aquel momento, el discípulo la acogió en su casa.

Después de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas estaban cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: «Tengo sed». Estaba puesto allí un vaso lleno de vinagre. Clavando, pues, a una lanza una esponja empapada de vinagre, se la aplicaron a la boca. Jesús, luego que chupó el vinagre, dijo: «Todo está cumplido». E, inclinando la cabeza, entregó su espíritu.

Como era día de preparación, los ju-

«Dejad, veamos si viene Elías a librarle». Entonces Jesús, clamando de nuevo con un gran grito, entregó su alma.

614.5 Y al momento el velo del templo se rasgó en dos partes de arriba abajo, y la tierra tembló, y se partieron las piedras. Y los sepulcros se abrieron, y los cuerpos de muchos santos que habían muerto, resucitaron. Y, saliendo de los sepulcros después de la resurrección de Jesús, vinieron a la ciudad santa, y se aparecieron a muchos. Entre tanto el centurión y los que con él estaban guardando a Jesús, visto el terremoto y las cosas que sucedían, se llenaron de grande temor y decían: «Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios».

Estaban también allí a lo lejos muchas mujeres, que habían seguido a Jesús desde Galilea para cuidar de su asistencia; entre las cuales estaban María Magdalena, y María madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

descolgarle». Mas Jesús, dando un gran grito, expiró.

Y el velo del templo se rasgó en dos partes, de arriba abajo. Y el centurión que estaba allí presente, viendo que había expirado con clamor, dijo: «Verdaderamente que este hombre era Hijo de Dios».

Había también allí varias mujeres que estaban mirando de lejos, entre las cuales estaba María Magdalena, y María, madre de Santiago el menor y de José, y Salomé, que cuando estaba en Galilea le seguían y le asistían, y también otras muchas, que juntamente con él habían subido a Jerusalén.

Al caer el sol, puesto que aquel día era parasceve, el día que precede al sábado, fue José de Arimatea, persona ilustre y consejero, el cual esperaba también el reino de Dios, y acudió a Pilato, con decisión, y pidió el cuerpo de Jesús, dando un gran grito, dijo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Y, diciendo esto, expiró.

Así que vio el centurión lo que acababa de suceder, glorificó a Dios, diciendo: «Verdaderamente era éste un hombre justo». Y todo aquel concurso de los que se hallaban presentes a este espectáculo, considerando lo que había pasado, se volvían dándose golpes de pecho. Estaban al mismo tiempo todos los conocidos de Jesús y las mujeres que le habían seguido desde Galilea observando de lejos estas cosas.

Entonces se dejó ver un varón llamado José, virtuoso y justo, miembro del consejo, oriundo de Arimatea, el cual no había consentido en el designio de los otros, ni

díos, para que los cuerpos no quedasen en la cruz el sábado (que era aquél un sábado muy solemne), suplicaron a Pilato que se les quebrasen las piernas a los crucificados y se los llevasen. Vinieron, pues, los soldados, y rompieron las piernas del primero y del otro que había sido crucificado con él. Mas, al llegar a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas; sino que uno de los soldados, con la lanza, le atravesó el costado, y al instante salió sangre y agua. Y quien lo vio es el 635.5
que lo asegura, y su testimonio es verdadero. Y él sabe que dice la verdad, para que vosotros también creáis. Pues estas cosas sucedieron en cumplimiento de la Escritura: «No le quebraréis ni un hueso». Y del otro lugar de la Escritura que dice: «Dirigirán sus ojos hacia aquel a quien traspasaron».

Después de esto, José, natural de Arimatea (que era discípulo de Jesús, bien que oculto por 645.11
miedo de los judíos), pidió licencia a Pilato para recoger

Siendo ya tarde, compareció un hombre rico, natural de Arimatea, llamado José, el cual era también discípulo de Jesús. Éste se presentó a Pilato, y le pidió el cuerpo de Jesús, el cual mandó Pilato que se le entregase.

sús. Pilato, admirándose de que tan pronto hubiese muerto, hizo llamar al centurión, y le preguntó si efectivamente había muerto. Y, habiéndole asegurado que sí el centurión, dio el cuerpo a José.

en lo que habían ejecutado; antes bien, era de aquellos que esperaban también el reino de Dios. Éste se presentó a Pilato, y le pidió el cuerpo de Jesús.

el cuerpo de Jesús, y Pilato se lo permitió. Con eso vino, y se llevó el cuerpo de Jesús. Vino también Nicodemo, que en otra ocasión había ido de noche a encontrar a Jesús, trayendo consigo una confección de mirra, y de áloe, cosa de cien libras.

Mt 27, 59-61. José, pues, tomando el cuerpo envolvióIo en una sábana limpia. Y lo colocó en un sepulcro suyo que había hecho abrir en una peña y no había servido
611.2 todavía; y, arrimando una gran piedra, cerró la puerta del sepulcro, y se fue.
611.6 Estaban allí María Magdalena y la otra María, sentadas enfrente del sepulcro.

Mc 15, 46-47. José, comprada una sábana, bajó a Jesús de la cruz, y le envolvió en la sábana, y le puso en un sepulcro abierto en la roca, e hizo rodar una piedra para cerrar el sepulcro. Entre tanto, María Magdalena y María, madre de José, estaban observando dónde le ponían.

Lc 23, 53-55. Y, habiéndole descolgado, le envolvió en una sábana, y le colocó en un sepulcro abierto en la peña viva, en donde ninguno hasta entonces había sido sepultado. Era aquél el día Parasceve, e iba a empezar el sábado. Las mujeres, que habían seguido a Jesús desde Galilea, observaron el sepulcro, y la manera con que había sido depositado el cuerpo de Jesús.

Jn 19, 40-42. To- **610**
maron, pues, el cuerpo de Jesús y lo envolvieron con fajas, juntamente con los perfumes, según la costumbre funeraria de los judíos. Había en el lugar donde fue crucificado un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, donde hasta entonces ninguno había sido sepultado. Como era la víspera del sábado de 611.5
los judíos, y este sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

614.1 ***Lc 23, 56.*** Y, al volverse, hicieron prevención de aromas y bálsamos, bien **612**
614.8 que durante el sábado se mantuvieron quietas según está prescrito.

Mt 27, 62-66. Al día siguiente, el que es después de la parasceve, acudieron juntos a Pilato los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, diciendo: «Señor, nos hemos acordado que aquel impostor, estando todavía en vida,
611.9 dijo: "Después de tres días resucitaré". Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercer día: porque no vayan quizá sus discípulos, y lo hurten, y digan al pueblo: "Ha resucitado de entre los muertos", y sea el pos-
611.5 trer engaño más pernicioso que el primero». Respondióles Pilato: «Ahi te-
617.2 néis la guardia, id, y ponedla como os parezca». Y ellos fueron allá y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo centinelas.

Mt 28, 1. Y después del sábado, al amanecer el primer día de la semana, vino María Magdalena, con la otra María, a visitar el sepulcro.

Mc 16, 1. Y pasado el sábado, María Magdalena y María, madre de Santiago, y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús.

Lc 24, 1. Mas el primer día de la semana, muy de mañana, fueron al sepulcro, llevando los aromas que tenían preparados.

Jn 20, 1-3. El primer día de la semana, al amanecer, cuando todavía estaba obscuro, fue María Magdalena al sepulcro, y vio quitada de él la piedra. Y echó a correr, y fue a encontrar a Simón Pedro y aquel otro discípulo amado de Jesús, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto». Con esta nueva salió Pedro y el dicho discípulo, y encamináronse al sepulcro. 619 464.18

Mt 28, 2-8. A este tiempo se sintió un gran terremoto; porque bajó del cielo un ángel del Señor y, acercándose, removió la piedra, y sentóse encima. Y su aspecto era como el relámpago, y era su vestidura blanca como la nieve. A su vista temblaron de miedo los guardas y quedaron como muertos. Mas el ángel, dirigiéndose a las mujeres [*Susana y Salomé*] les dijo: «Vosotras no temáis, porque ya sé que buscáis a Jesús, que fue crucificado. No está aquí, porque ha resucitado, según dijo. Venid, y mirad el lugar donde estaba. Y ahora id sin deteneros a decir a sus discípulos que ha resucitado; y he aquí que va delante de vosotros a Galilea: allí le veréis. Os lo prevengo». Ellas salieron al instante del sepulcro con miedo y con gozo grande, y fueron corriendo a dar la nue-

Mc 16, 2-8. Y, partiendo muy de madrugada el primer día de la semana, llegaron al sepulcro salido ya el sol. Y se decían una a otra: «¿Quién nos quitará la piedra de la entrada del sepulcro?». La cual realmente era muy grande. Mas, levantando la vista, repararon que la piedra estaba apartada. Y entrando en el sepulcro [*Susana y Salomé*] se hallaron con un joven sentado al lado derecho, vestido de un blanco ropaje, y se quedaron pasmadas. Pero él les dijo: «No tenéis que asustaros; vosotras venís a buscar a Jesús nazareno, que fue crucificado; ya resucitó, no está aquí: mirad el lugar donde le pusieron. Pero id, y decid a sus discípulos, y a Pedro, que él irá delante de vosotros a Galilea, donde le veréis, según os tiene dicho». Ellas, saliendo del sepulcro, echaron a huir, pues temor y pasmo se habían apoderado de ellas, y a nadie dijeron nada, pues te-

Lc 24, 2-12. Y [*María de Alfeo, Marta y Juana*] encontraron apartada la piedra del sepulcro. Pero, habiendo entrado, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. Y, quedando muy consternadas con este motivo, he aquí que se aparecieron de repente junto a ellas dos personajes con vestiduras resplandecientes. Y, quedando llenas de espanto, y teniendo inclinado el rostro hacia la tierra, les dijeron: «¿Para qué andáis buscando entre los muertos al que está vivo? No está aquí, sino que resucitó; acordaos de lo que os previno, cuando estaba todavía en Galilea, diciendo: "Conviene que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y crucificado, y que al tercer día resucite"». Ellas, en efecto, se acordaron de las palabras de Jesús. Y volviendo del sepulcro, anunciaron todas estas cosas a los once y a todos los demás.

Las que refirieron esto a los apóstoles eran María Magdalena y Juana, y María madre de Santiago, y las otras sus compañeras. Si bien estas nuevas las

va a los discípulos. nían miedo.

Jn 20, 4-18. Corrían ambos a la par, mas este otro discípulo corrió más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Y, habiéndose inclinado, vio los lienzos en el suelo, pero no entró. Y llegó tras él Simón Pedro, y entró en el sepulcro; y vio los lienzos en el suelo, y el sudario que habían puesto sobre la cabeza de Jesús, no junto con los lienzos, sino separado y doblado en otro lugar. Entonces el otro discípulo, que había llegado primero al sepulcro, entró también, y vio, y creyó. Porque aún no habían entendido la Escritura, según la cual Jesús debía resucitar de entre los muertos. Con esto los discípulos se volvieron otra vez a casa.

miraron ellos como un desvarío; y así no las creyeron.

Pedro, no obstante, fue corriendo al sepulcro, y, asomándose a él, vio la mortaja sola allí y se volvió admirando para consigo el suceso.

Entre tanto María estaba fuera llorando, cerca del sepulcro. Con las lágrimas, pues, en los ojos, se inclinó a mirar al sepulcro. Y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera, y otro a los pies, donde estuvo colocado el cuerpo de Jesús. Dijéronle ellos: «Mujer, ¿por qué lloras?». Respondióles: «Porque se han llevado a mi Señor; y no sé dónde le han puesto». Dicho es-

Mc 16, 9-11. Y, habiendo resucitado de mañana, el primer día de la semana, Jesús se apareció primeramente a María Magdalena, de la cual había lanzado siete demonios. Y Magdalena fue a dar las nuevas a los que habían andado con él, que no cesaban de gemir y llorar. Los cuales, al oírla decir que vivía y que ella le había visto, no la creyeron.

231.5 420.9 503.2

to, volviéndose hacia atrás, vio a Jesús en pie; mas no conocía que fuese Jesús. Dícele Jesús: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿a quién buscas?». Ellas, suponiendo que sería el hortelano, le dice: «Señor, si tú le has quitado, dime dónde le pusiste; y yo me le llevaré». Dícele Jesús: «¡María!». Volvióse ella al instante, y le dijo: «Rabboni» (que quiere decir: Maestro). Dícele Jesús: «No me retengas, porque no he subido todavía a mi Padre; mas ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre; a mi Dios y vuestro Dios». Va María Magdalena a anunciar a los discípulos: «He visto al Señor, y me dijo esto».

Mt 28, 9-15. Cuando he aquí que Jesús [*a María de Alfeo y a Salomé*] les sale al encuentro diciendo: «Dios os guarde», y acercándose ellas, abrazaron sus pies y le adoraron. Entonces Jesús les dice: «No temáis: id, avisad a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán».

623.3 625.1 625.5 631.11 631.13

Mientras ellas iban, algunos de los guardias vinieron a la ciudad, y contaron a los príncipes de los sacerdotes todo lo que había pasado. Y congregados éstos con los ancianos, después de deliberar, dieron una grande cantidad de dinero a los soldados, diciendo: «Decid: "Estando nosotros durmiendo, vinieron de noche sus discípulos, y le hurtaron". Que si eso llegare a oídos del presidente, nosotros le aplacaremos y os ahorraremos molestias». Ellos, recibido el dinero, hicieron según estaban instruidos; y esta voz ha corrido entre los judíos, hasta el día de hoy.

Mc 16, 12-13. Después de esto se apareció con otro aspecto a dos de ellos, que iban de camino a una casa de campo. También éstos fueron a llevar la nueva a los demás; pero tampoco fueron creídos.

Lc 24, 13-35. En este mismo día dos de ellos iban a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén el espacio de sesenta estadios. Y conversaban entre sí de todas las cosas que habían acontecido. Mientras así discurrían y conferenciaban recíprocamente, el mismo Je- **625**

sús, juntándose con ellos, caminaba en su compañía; mas sus ojos estaban como deslumbrados para que no le reconociesen.

Díjoles, pues: «¿Qué conversación es esta que, caminando, lleváis entre los dos, y por qué estáis tristes?». Uno de ellos, llamado Cleofás, respondiendo le dijo: «¡Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado en ella estos días!». Replicó él: «¿Qué?». «Lo de Jesús nazareno» respondieron, «el cual fue un profeta, poderoso en obras y en palabras, a los ojos de Dios y de todo el pueblo; y cómo los príncipes de los sacerdotes y nuestros jefes le entregaron para que fuese condenado a muerte, y le han crucificado. Mas nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel; y, no obstante, después de todo esto, he aquí que estamos ya en el tercer día después que acaecieron dichas cosas. Bien es verdad que algunas mujeres de entre nosotros nos han sobresaltado, porque antes de ser de día fueron al sepulcro. Y, no habiendo hallado su cuerpo, volvieron, diciendo habérselas aparecido unos ángeles, los cuales les han asegurado que está vivo. Con eso algunos de los nuestros han ido al sepulcro, y hallado ser cierto lo que las mujeres dijeron; pero a Jesús no le han encontrado». Entonces Jesús les dijo: «¡Oh necios, y tardos de corazón para creer todo lo que anunciaron los profetas! Pues ¿qué?, ¿por ventura no era conveniente que el Cristo padeciese todas estas cosas, y entrase así en su gloria?». Y, empezando por Moisés y discurriendo por todos los profetas, les interpretaba en todas las Escrituras los lugares que hablaban de él.

En eso llegaron cerca de la aldea adonde iban; y él hizo ademán de pasar adelante. Mas le detuvieron por fuerza, diciendo: «Quédate con nosotros, porque ya es tarde y el día va ya declinando». Entró, pues, con ellos. Y, estando juntos a la mesa, tomó el pan, y lo benedijo, y, habiéndolo partido, se lo dio. Con lo cual se les abrieron los ojos y le conocieron; mas él desapareció de su vista. Entonces se dijeron uno a otro: «¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?».

Y, levantándose al punto, regresaron a Jerusalén, donde hallaron congregados a los once y a otros de su séquito, que decían: «El Señor ha resucitado re-
627.3 almente, y se ha aparecido a Simón». Ellos, por su parte, contaban lo que les había sucedido en el camino, y cómo le habían conocido al partir el pan.

Lc 24, 36-43. Mientras estaban hablando de estas cosas, se presentó Jesús en medio de ellos, y les dijo: «La paz sea con vosotros: soy yo, no temáis». Ellos, empero, atónitos y atemorizados, se imaginaban ver a algún espíritu. Y Jesús les dijo: «¿Por qué estáis turbados y por qué se levantan dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies, yo mismo soy: palpad, y considerad que un espíritu no tiene carne, ni hueso, como vosotros veis que yo tengo». Dicho esto, mostróles las manos y los pies. Mas, como ellos aun no lo acabasen de creer, estando fuera de sí de gozo y de admiración, les dijo: «¿Tenéis aquí algo que comer?». Ellos le presentaron un pedazo de pescado asado. Tomólo y comió en presencia de ellos.

Jn 20, 19-23. Aquel mismo día, sien- **627**
do ya tarde, y estando cerradas las puertas de donde se hallaban reunidos los discípulos, por miedo de los judíos, vino Jesús, y, apareciéndose en medio de ellos, les dijo: «La paz sea con vosotros». Dicho eso, mostróles las manos y el costado. Llenáronse de gozo los discípulos con la vista del Señor. El cual les repitió: «La paz sea con vosotros. Como mi Padre me envió, así os envío también a vosotros». Dichas estas palabras, alentó hacia ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo. Quedan perdonados los pecados a aquellos a quienes los perdonareis; y quedan retenidos a los que se los retuviereis».

Jn 20, 24-25. Tomás, empero, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con **628**
ellos cuando vino Jesús. Dijéronle después los otros discípulos: «Hemos visto al Señor». Mas él les respondió: «Si yo no veo en sus manos la hendedura de los clavos, y no meto mi dedo en el agujero que hicieron, y mi mano en su costado, no lo creeré».

Mc 16, 14. En fin, apareció a los once, cuando estaban a la mesa; y les dio en rostro con su incredulidad y dureza de corazón; porque no habían creído a los que le habían visto resucitado.

Jn 20, 26-29. Ocho días después, estando otra vez los **629**
discípulos en el mismo lugar, y Tomás con ellos, vino Jesús estando cerradas las puertas, y púsoseles en medio, y dijo: «La paz sea con vosotros». Después dice a Tomás: «Mete aquí tu dedo y mira mis manos. Trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel». Respondió Tomás, y le dijo: «¡Señor mío y Dios mío!». Díjole Jesús: «¿Porque me has visto, has creído? Bienaventurados los que sin ver creyeron».

634.8 ***Mc 16, 17-18.*** «A los que creyeren, acompañarán estos milagros: en mi nom- **631**
bre lanzarán los demonios, hablarán nuevas lenguas. Podrán tocar las serpientes, y si algo venenoso bebieren, no les dañará; pondrán las manos sobre los enfermos, y quedarán éstos curados».

621 ***Jn 20, 30-31.*** Jesús realizó, en presencia de sus discípulos, muchos otros mi-
622 lagros que no están escritos en este libro. Pero éstos se han escrito con el fin
623 de que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que, creyendo, ten-
624 626.4/5 gáis vida en su nombre.
632

Jn 21, 1-24. Después de esto Jesús se apareció otra vez a los discípulos a la **633**
orilla del mar de Tiberiades; y fue de esta manera.

Hallábanse juntos Simón Pedro y Tomás, llamado Dídimo, y Natanael, el cual era de Caná de Galilea, y los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. Díceles Simón Pedro: «Voy a pescar». Respóndenle ellos: «Vamos también nosotros contigo». Fueron, pues, y entraron en la barca, y aquella noche no cogieron nada.

Cuando estaba amaneciendo, se apareció Jesús en la ribera; pero los discípulos no conocieron que fuese él. Y Jesús les dijo: «Muchachos, ¿tenéis algo que comer?». Respondiéronle: «No». Díceles él: «Echad la red a la derecha del barco, y encontraréis». Echáronla, pues; y ya no podían sacarla por la abun-
464.18 dancia de peces. Entonces el discípulo, aquel que Jesús amaba, dijo a Pedro: «Es el Señor». Simón Pedro, apenas oyó: «Es el Señor», vistióse la túnica (pues estaba desnudo) y se echó al mar. Los demás discípulos vinieron en la barca, tirando la red llena de peces (pues no estaba lejos de tierra, sino como unos doscientos codos).

Al saltar en tierra, vieron preparadas brasas encendidas, y un pez puesto encima, y pan. Jesús les dijo: «Traed acá de los peces que acabáis de coger». Subió Simón Pedro y sacó a tierra la red, llena de ciento cincuenta y tres peces grandes. Y a pesar de ser tantos no se rompió la red. Díceles Jesús: «Vamos, almorzad». Y ninguno de los que estaban comiendo osaba preguntarle: «¿Quién eres tú?», sabiendo que era el Señor. Acércase, pues, Jesús, y toma el pan, y se lo distribuye, y lo mismo hace del pez. Ésta fue la tercera vez que Jesús apareció a sus discípulos, después que resucitó de entre los muertos.

Acabada la comida, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?». Dícele: «Sí, Señor, tú sabes que te amo». Dícele: «Apa-

cienta mis corderos». Por segunda vez le dice: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Respóndele: «Sí, Señor, tu sabes que te amo». Dícele: «Cuida mis ovejas». Dícele por tercera vez: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Pedro se contristó de que por tercera vez le preguntase si le amaba; y le respondió: «Señor, tu lo sabes todo; tú conoces que yo te amo». Díjole Jesús: «Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo que cuando eras más mozo tú mismo te ceñías e ibas a donde querías, mas en siendo viejo extenderás tus manos y otro te ceñirá y te conducirá a donde tú no gustes». Esto lo dijo para indicar con qué género de muerte había Pedro de glorificar a Dios. Y después de esto añadió: «Sígueme».

Volviéndose Pedro a mirar, vio venir detrás al discípulo amado de Jesús, aquel que en la cena se reclinara sobre su pecho, y había preguntado: «Señor, ¿quién es el que hará traición?». Pedro, pues, habiéndole visto, dijo a Jesús:
508.2 «Señor, ¿y éste qué?». Respondióle Jesús: «Si yo quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a ti qué? Tú sígueme». Y de aquí se originó la voz que corrió entre los hermanos de que este discípulo no moriría. Mas no le dijo Jesús: «No morirá», sino: «Si yo quiero que así quede hasta mi venida, ¿a ti qué te importa?».

Éste es el discípulo que da testimonio de estas cosas y las ha escrito; y sabemos que su testimonio es verdadero.

Mt 28, 16-17. Mas los once discípulos partieron para Galilea, al monte que Jesús les había señalado. Y al verle, los que habían vacilado, le adoraron. **634**

Lc 24, 44-49. Díjoles en seguida: «Ved ahí lo que os decía, cuando estaba aún con vosotros, que era necesario que se cumpliese todo cuanto está escrito de mí en la ley de Moisés, y en los profetas, y en los salmos». Entonces les abrió el entendimiento para que entendiesen las Escrituras. Y les dijo: «Así estaba ya escrito, y así era necesario que el Cristo padeciese y que resucitase de entre los muertos al tercer día; y que en nombre suyo se predicase la penitencia y el perdón de los pecados a todas las naciones, empezando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto. Y yo voy a enviar sobre vosotros el que mi Padre os ha prometido. Y vosotros permaneced en la ciudad, hasta que seáis revestidos de fortaleza de lo alto». **638**

Mt 28, 18-20. Entonces Jesús, acercándose, les habló en estos términos: «Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, haced discípulos a todos los pueblos, bautizadlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñadles a observar todas las cosas que yo os he mandado. Y estad ciertos de que yo estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos».

Mc 16, 15-16. Por último, les dijo: «Id por todo el mundo; predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y se bautizare se salvará; pero el que no creyere será condenado». 635.19

Mc 16, 19. Así el Señor Jesús, después de haberles hablado, fue elevado al cielo, y está sentado a la diestra de Dios.

Lc 24, 50-53. Después los sacó afuera, camino de Betania; y, levantando las manos, les echó su bendición. Y mientras los bendecía se fue separando de ellos, y era elevado al cielo. Y, habiéndole adorado, regresaron a Jerusalén con gran júbilo. Y estaban de continuo en el templo, bendiciendo a Dios.

Mc 16, 20. Y sus apóstoles fueron, y predicaron en todas partes, cooperando el Señor, y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban. **640**

Jn 21, 25. Muchas cosas hizo Jesús, que si se escribieran una por una creo que no cabrían en este mundo los libros que se escribirían.

EL EVANGELIO COMO ME HA SIDO REVELADO

604. Los procesos. Las negaciones de Pedro. Consideraciones sobre Pilato.

22-25 de marzo de 1945.

604.1 [1]Empieza el doloroso camino por la vereda pedregosa que lleva desde el calvero donde Jesús fue apresado hasta el Cedrón, y desde el Cedrón, por otro camino, hasta la ciudad. E inmediatamente empiezan las palabras y los gestos burlescos y las vejaciones.

Jesús, yendo atado por las muñecas, e incluso por la cintura, como si de un loco peligroso se tratara, confiados los cabos de las cuerdas a unos energúmenos embriagados de odio, se ve tirado de un lado y de otro como un trapajo abandonado a la ira de una manada de cachorros. Pero aún podrían tener justificación los que así actúan si fueran perros; sin embargo, tienen nombre de hombres, aunque de hombre no tengan más que la figura. Y si han pensado en esa atadura de dos sogas opuestas ha sido para causar mayor dolor. Una de las dos tiene la única función de inmovilizar las muñecas, y las lacera y va serrando con su áspero roce; la otra, la de la cintura, comprime los codos contra el tórax, y sierra y oprime la parte alta del abdomen, torturando el hígado y los riñones, donde han hecho un enorme nudo y donde, de vez en cuando, el que lleva los cabos de las sogas da latigazos con ellos y dice : «¡Arre! ¡Vamos! ¡Trota, burro!», y añade patadas detrás de las rodillas del Torturado, que a causa de estas patadas se tambalea y si no cae del todo es porque las sogas lo mantienen en pie. De todas formas, las cuerdas no evitan que —tirando de Él hacia la derecha el que se ocupa de las manos y hacia la izquierda el que sujeta la soga de la cintura— Jesús vaya chocando contra muretes y troncos y que, debido a un tirón más cruel, recibido cuando está para cruzar el puente del Cedrón, caiga duramente contra el pretil del puentecillo. La boca magullada sangra. Jesús alza las manos atadas, para limpiarse la sangre que embadurna la barba, y no habla: es verdaderamente el cordero que no muerde a sus torturadores.

Unos de entre la gente, entretanto, han bajado al guijarral a coger piedras y guijarros, y desde abajo empieza una pedrea contra el fácil objetivo; porque a duras penas se puede andar en el puentecillo estrecho e inseguro donde la gente se apiña obstaculizándose a sí misma, y las piedras golpean a Jesús en la cabeza, en los hombros; no sólo a Jesús, sino también a sus torturadores, que reaccionan lanzando palos y devolviendo las propias piedras. Y todo contribuye a golpear más a Jesús en la cabeza y en el cuello. El puente acaba por fin, y ahora la callejuela estrecha proyecta sombras sobre el gentío,

porque la Luna, que comienza su ocaso, no desciende a esa callejuela tortuosa y, además, muchas antorchas, en medio de esa confusión, se han apagado. Mas el odio hace de lámpara para ver al pobre Mártir, para el que hasta su alta estatura es elemento torturador. Es el más alto de todos. Fácil, pues, golpearle, agarrarle por los cabellos, obligarle a echar violentamente hacia atrás la cabeza y echarle encima un puñado de materia inmunda que, por fuerza, debe entrarle en la boca y en los ojos, produciéndole náusea y dolor.

[2]Empieza el trayecto a través del arrabal de Ofel, ese arrabal 604.2
donde tanto bien y tantas caricias Él ha distribuido. La turba vociferante atrae a las puertas a los que duermen, y, si las mujeres gritan movidas por el dolor y, aterrorizadas, huyen al ver lo que ha sucedido, los hombres, esos hombres que incluso han recibido de Él curación, ayuda, palabras de Amigo, o bien agachan la cabeza con indiferencia, fingiendo desinterés al menos, o bien pasan de la curiosidad al livor, a la burla, al gesto amenazador, e incluso se ponen detrás del tropel de gente para vejar. Satanás está ya actuando...

* Un hombre casado que quiere seguirle para vejarlo, es aferrado por su mujer, que grita, que le grita: «¡Miserable! Si estás vivo es por Él, inmundo hombre lleno de podredumbre. ¡Recuérdalo!». Pero el hombre se impone a la mujer golpeándola brutalmente y arrojándola al suelo, y luego corre hasta donde el Mártir contra cuya cabeza lanza una piedra.

Otra mujer, anciana, trata de cortar el paso a su hijo, que viene con cara de hiena y con un palo, para golpear también a Jesús, y grita a su hijo: «¡Asesino de tu Salvador no serás mientras yo viva!». Pero la pobre, alcanzada en la ingle por una patada brutal de su hijo, se desploma gritando: «¡Deicida y matricida! ¡Por el seno que abres por segunda vez y por el Mesías al que hieres, maldito seas!».

[3]La escena, a medida que van acercándose a la ciudad, va aumen- 604.3
tando en violencia.

Antes de llegar a las murallas están Juan y Pedro. Ya están abiertas las puertas, y los soldados romanos, dispuestos para la defensa, observan dónde y cómo se desarrolla el tumulto, preparados para intervenir si el prestigio de Roma se viera dañado. Creo que Juan y Pedro han llegado allí por un atajo tomado cruzando el Cedrón más arriba del puente, y adelantándose rápidamente a la turba, que, obstaculizándose tanto a sí misma, se mueve lenta. Están en la penumbra de

---

* *un hombre casado*: se trata de un cierto Jacob, curado por Jesús en 374.7/9. El *hijo* del siguiente párrafo es Samuel, desleal a Analía, encontrado en 374.5/6 y en 375.6/9. El presente capítulo de la Pasión fu escrito antes, como puede constatarse no sólo por las fechas, sino también por la observación de MV en 374.10.

un zaguán, en una placita que precede a las murallas. Tienen cubiertas sus cabezas con los mantos, ocultando así sus caras. Pero, cuando Jesús llega, Juan —bajo la libre luz de la Luna, que allí todavía ilumina antes de desaparecer tras el collado que hay más allá de las murallas y que oigo que los esbirros capturadores lo llaman Tofet— deja caer el manto y muestra su pálido y descompuesto rostro. Pedro, aun no atreviéndose a destaparse, se adelanta para ser visto...

Jesús los mira... y sonríe (una sonrisa de una bondad infinita). Pedro se vuelve y regresa a su ángulo obscuro, llevándose las manos a los ojos, encorvado, envejecido, ya un despojo de hombre. Juan se queda valerosamente donde está, y sólo cuando la turba vociferante termina de pasar se reúne de nuevo con Pedro, lo toma de un codo, le guía como un muchacho guiaría a su padre ciego, y entran ambos en la ciudad detrás de la muchedumbre vociferante.

Oigo las exclamaciones de asombro o burlescas o apenadas de los soldados romanos: hay quien lanza maldiciones por haber sido sacado de la cama por ese «necio lacayo»; hay quien se burla de los judíos, que han sido capaces de «prender a una media hembra», hay quien se muestra compasivo hacia la Víctima, diciendo: «Siempre le he visto bueno», y hay quien dice: «Hubiera preferido que me hubieran matado a mí, antes que verle a Él en esas manos. Es un grande. Tengo dos devociones en el mundo: Él y Roma». «¡Por Júpiter! —exclama el de grado más alto— Yo no quiero líos después. Voy donde el alférez. Que se encargue él de decírselo a quien tenga que decírselo. No quiero que me manden a luchar contra los Germanos. Estos hebreos hieden y son sierpes y carroñas, pero aquí la vida es segura. ¡Estoy para terminar mi tiempo y en Pompeya tengo una muchacha...!».

604.4 [4]Pierdo el resto por seguir a Jesús, que continúa caminando por la calle que hace un arco en subida para ir al Templo. Pero veo y comprendo que la casa de Anás, a donde quieren llevarle, está y no está en ese laberíntico conglomerado que es el Templo y que ocupa todo el collado de Sión. Está en el extremo, cerca de una serie de muros que parecen delimitar por esta parte a la ciudad y que desde ahí se prolongan en pórticos y patios, siguiendo la ladera del monte, hasta llegar al recinto de lo que es el Templo en el pleno sentido de la palabra, o sea, el lugar a donde van los israelitas para sus distintas manifestaciones de culto.

Una alta puerta guarnecida de hierro se abre en el muro. Se acercan a ella solícitas hienas y llaman con fuerza. En cuanto se entreabre, ya irrumpen dentro, casi tirando al suelo y pisoteando a la criada que ha venido a abrir; y abren la puerta de par en par, para que

la turba vociferante, con el Capturado en el centro, pueda entrar. Una vez dentro, cierran y trancan, temerosos quizás de Roma o de los facciosos del Nazareno. ¡Sus facciosos! ¿Dónde están?...

Recorren el atrio de entrada y luego cruzan un amplio patio, un corredor, y otro pórtico y un nuevo patio, y suben a tirones a Jesús por tres escalones, haciéndole recorrer casi corriendo una galería realzada respecto al patio, para llegar antes a una rica sala donde hay un hombre anciano vestido de sacerdote.

«¡Que Dios te consuele, Anás» dice el que parece el oficial, si oficial puede llamarse al bribón que manda a esa canalla. «Aquí tienes al culpable. En manos de tu santidad lo pongo, para que Israel sea purificado de la culpa».

«Que Dios te bendiga por tu audacia y tu fe».

¡Vaya una audacia! Había sido suficiente la voz de Jesús para hacerle besar la tierra en el Getsemaní.

[5]«¿Quién eres Tú?». 604.5

«Jesús de Nazaret, el Rabí, el Cristo. Y tú me conoces. No he actuado en las tinieblas».

«En las tinieblas, no. Pero has inducido a error a las muchedumbres con doctrinas tenebrosas. Y el Templo tiene el derecho y el deber de tutelar el alma de los hijos de Abraham».

«¡El alma! Sacerdote de Israel, ¿puedes decir que por el alma del más pequeño o del más grande de este pueblo has sufrido?».

«¿Y Tú entonces? ¿Qué has hecho que pueda llamarse sufrimiento?».

«¿Qué he hecho? ¿Por qué me lo preguntas? Todo Israel habla. Desde la ciudad santa al mísero pueblecillo, hasta las piedras hablan para decir lo que he hecho. He dado la vista a los ciegos: la de los ojos y la del corazón. He abierto los oídos a los sordos: para las voces de la Tierra y para las del Cielo. He hecho caminar a los tullidos y a los paralíticos, para que empezaran la marcha hacia Dios desde la carne y luego siguieran con el espíritu. He limpiado a los leprosos: de las lepras que la Ley mosaica señala y de las que hacen a un hombre leproso ante Dios, o sea, de los pecados. He resucitado a los muertos. Y no señalo que sea grande llamar a una carne de nuevo a la vida, sino que digo que grande es redimir a un pecador; y lo he hecho. He socorrido a los pobres, enseñando a los avarientos y ricos hebreos el precepto santo del amor al prójimo; y, siendo pobre a pesar del río de oro que ha pasado por mis manos, he enjugado Yo solo más lágrimas que todos vosotros, que poseéis riquezas. En fin, he dado una riqueza inefable: el conocimiento de la Ley, el conocimiento de Dios, la certeza de que somos todos iguales y de que, ante los ojos

santos del Padre, igual es el llanto derramado —o el delito cometido— por el Tetrarca o por el Pontífice, por el mendigo o el leproso que mueren en el camino. Esto es lo que he hecho. Nada más».

604.6 [6]«¿Sabes que por ti mismo te acusas? Dices: las lepras que hacen leprosos ante Dios y no son señaladas por Moisés. Estás insultando a Moisés e insinúas que hay lagunas en su Ley...».

«No suya: de Dios. Así es. Digo que más grave que la lepra, desgracia de la carne, desgracia acotada en el tiempo, es el pecado, que es desgracia, eterna, del espíritu».

«Osas decir que puedes absolver los pecados. ¿Cómo lo haces?».

«Si con un poco de agua lustral y el sacrificio de un macho cabrío es lícito y creíble cancelar un pecado, expiarlo y quedar limpio de él, ¿cómo no habrá de poder hacerlo mi llanto, mi Sangre y mi deseo?».

«Pero Tú no estás muerto. ¿Dónde está, entonces, la Sangre?».

«No estoy muerto *todavía*. Pero lo estaré, porque está escrito: en el Cielo, desde antes que Sión fuera, desde antes que existiera Moisés, desde antes de Jacob, desde antes de Abraham, desde cuando el rey del Mal hincó su mordedura en el corazón del hombre y envenenó el corazón del hombre y el de sus hijos; está escrito en la Tierra, en el Libro que recoge las palabras de los profetas; está escrito en los corazones, en el tuyo, en el de Caifás y de los miembros del Sanedrín, que no me perdonan. No, estos corazones no me perdonan el ser bueno. Yo he absuelto anticipadamente en vistas de la Sangre, ahora cumplo la absolución con el lavacro en la Sangre».

«Nos llamas ambiciosos y dices que ignoramos el precepto del amor...».

«¿Y no es, acaso, cierto? ¿Por qué me dais muerte? Porque tenéis miedo de que os destrone. ¡Oh! No temáis. Mi Reino no es de este mundo. Os dejo la posesión de todo poder. El Eterno sabe cuándo decir el "¡basta!" que os hará caer fulminados...».

«¿Como Doras, ¡eh!?». *

«Él murió de ira, no por un rayo celeste. Dios le esperaba en la otra parte para fulminarle».

«¿Y esto me lo dices a mí, que soy su pariente? ¿Cómo te atreves?».

«Yo soy la Verdad. La Verdad nunca es cobarde».

«¡Soberbio y loco!».

«No: sincero. Me acusas de ofenderos. Pero ¿acaso no odiáis todos vosotros? Os odiáis unos a otros. Ahora os une el odio contra mí. Pero mañana, cuando me hayáis matado, volverá el odio a reinar entre

---

* *Como Doras*, en 126.10.

vosotros. Y será un odio más fiero. Y viviréis con esa hiena sobre vuestras espaldas y esta serpiente en el corazón. Yo he enseñado el amor. Por piedad hacia el mundo. He enseñado a no ser ambiciosos sino a tener misericordia. [7]¿De qué me acusas?». 604.7

«De haber introducido una doctrina nueva».

«¡Oh, sacerdote! Israel está poblado de nuevas doctrinas: los esenios tienen la suya; los sadoquitas, la suya; los fariseos, la suya. Cada uno tiene su secreta doctrina, que para unos se llama placer, para otros oro, para otros poder; y cada uno tiene su ídolo. No Yo. Yo he tomado de nuevo la Ley de mi Padre, del Dios Eterno, que había sido pisoteada, y he vuelto a decir sencillamente las diez proposiciones del Decálogo, secándome los pulmones para hacerlas entrar en los corazones que ya no las conocían».

«¡Horror! ¡Blasfemia! ¿Decirme esto a mí, sacerdote? ¿No tiene un Templo Israel? ¿Somos como los castigados de Babilonia? Responde».

«Eso sois. Y más todavía. Hay un Templo, sí; un edificio. Dios no está. Se ha alejado, ante el abominio que hay en su casa. Pero ¿para qué me interrogas tanto, si en realidad mi muerte ya está decidida?».

«No somos asesinos. Matamos si, por una culpa probada, tenemos derecho a hacerlo. [8]Pero yo quiero salvarte. Respóndeme y te 604.8
salvaré. ¿Dónde están tus discípulos? Si me los entregas, te dejaré libre. El nombre de todos, y más los ocultos que los conocidos. Di: ¿Nicodemo es tuyo?, ¿es tuyo José?, ¿y Gamaliel?, ¿y Eleazar?, ¿y...? Bueno de éste lo sé... no es necesario. Habla. Habla. Sabes que puedo darte muerte y salvarte. Soy poderoso».

«Eres fango. Dejo al fango el oficio de espía. Yo soy Luz».

Un esbirro le suelta un puñetazo.

«Yo soy Luz. Luz y Verdad. He hablado al mundo abiertamente. He enseñado en las sinagogas y en el Templo donde se reúnen los judíos, y nada he dicho en secreto. Lo repito. ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que han oído lo que he dicho. Ellos lo saben».

Otro esbirro le suelta un bofetón, gritando: «¿Así respondes al Sumo Sacerdote?».

«Estoy hablando a Anás. El Pontífice es Caifás. Y hablo con el respeto debido a los ancianos. Pero, si crees que he hablado mal, demuéstramelo; si no, ¿por qué me hieres?».

«Déjale, déjale. [9]Voy donde Caifás. Vosotros tenedle aquí hasta 604.9
nueva orden mía. Y ved porque no hable con nadie». Anás sale.

No habla Jesús, no. Ni siquiera con Juan, que se atreve a estar en la puerta, desafiando a toda la turba de los esbirros. Pero Jesús, sin pronunciar palabra, debe darle una orden, porque Juan, después

de una mirada afligida, sale de allí y le pierdo de vista.

Jesús se queda entre sus verdugos. Zurriagazos con las cuerdas, esputos, burlas, patadas, tirones de pelo: ésto es lo que le queda. Hasta que uno de la servidumbre viene a decir que lleven al Prisionero a la casa de Caifás.

Y Jesús, que sigue atado y sufriendo malos tratos, sale, y pasa al pórtico, lo recorre hasta un zaguán para cruzar luego un patio donde hay mucha gente calentándose alrededor de una hoguera (y es que la noche, ahora, en estas primeras horas del viernes, se ha puesto cruda y ventosa). Está también Pedro, con Juan; mezclados ambos entre el gentío hostil. Y deben tener mucho valor para estar allí... Jesús los mira. En su boca, ya hinchada por los golpes recibidos, se dibuja un atisbo de sonrisa.

Un largo camino entre pórticos y atrios, patios y corredores (¡pero que casas tenía esta gente del Templo!).

Mas la gente no entra en el recinto pontificio. Se les impide ir más allá del atrio de Anás. Jesús va solo, entre esbirros y sacerdotes.

604.10 [10]Entra en una vasta sala que parece perder su forma rectangular debido a los asientos, muchos, dispuestos en forma de herradura y dejando en el centro un espacio vacío, tras el cual hay dos o tres asientos elevados sobre tarimas.

Cuando ya Jesús está para entrar, el rabí Gamaliel llega, y las guardias pegan un tirón al Prisionero para que ceda el paso al rabí de Israel. Pero éste, rígido como una estatua, hierático, aminora el paso y, moviendo apenas los labios, sin mirar a nadie, pregunta: «¿Quién eres? Dímelo». Y Jesús, dulcemente: «Lee a los profetas y obtendrás la respuesta. El primer signo está en ellos, el otro vendrá».

Gamaliel recoge su manto y entra. Y tras él entra Jesús, de quien, mientras Gamaliel va a un sitial, tiran para ponerle en el centro de la sala, frente al Pontífice, que verdaderamente tiene cara de malhechor. Se espera hasta que entran todos los miembros del Sanedrín.

Luego empieza la sesión. Pero Caifás ve dos o tres asientos vacíos y pregunta: «¿Dónde está Eleazar? ¿Dónde está Juan?».

Se alza un joven escriba —creo—, hace una reverencia y dice: «Han rehusado venir. Aquí está el escrito».

604.11 «Que se conserve y se escriba. Responderán de ello. [11]¿Qué tienen que decir los santos miembros del Consejo acerca de éste?».

«Yo hablo. En mi casa violó el sábado. Dios me es testigo de que no miento. Ismael ben Fabí no miente nunca».

«¿Es verdad, acusado?».

Jesús calla.

«Yo le vi convivir con conocidas meretrices. Fingiéndose profeta, había hecho de su guarida un prostíbulo, y, para colmo, con mujeres paganas. Conmigo estaban Sadoq, Calasebona y Nahúm, apoderado de Anás. ¿Es verdad lo que digo, Sadoq y Calasebona? Desacreditad mi testimonio, si lo merezco».

«Es verdad. Es verdad».

«¿Qué dices?».

Jesús calla.

«No desaprovechaba ocasión de burlarse de nosotros o de exponernos a la burla. La gente ya no nos estima, por Él».

«¿Los estás oyendo? Has profanado a los miembros santos».

Jesús calla.

«Este hombre está endemoniado. Vuelto de Egipto, ejercita la magia negra».

«¿Cómo lo pruebas?».

«¡Ante mi fe y las tablas de la Ley!».

«Grave acusación. Justifícate».

Jesús calla.

«Es ilegal tu ministerio, ¿lo sabes? Merece pena de muerte. Habla».

«Ilegal es esta sesión nuestra. Álzate, Simeón. Vamos» dice Gamaliel.

«Pero, rabí, ¿estás perdiendo la razón?».

«Respeto los procedimientos. No es lícito proceder como lo estamos haciendo. Y presentaré una acusación pública por ello». Y el rabí Gamaliel sale, rígido como una estatua, seguido por un hombre que se le parece, de unos treinta y cinco años.

[12]Hay un poco de confusión, lo cual es aprovechado por Nicodemo y José para hablar en favor del Mártir. 604.12

«Gamaliel tiene razón. Son ilícitos la hora y el lugar. Y las acusaciones no son consistentes. ¿Puede alguien acusarle de visible vilipendio a la Ley? Yo soy amigo suyo, y juro que siempre le he visto respetuoso a la ley» dice Nicodemo.

«Y yo también. Y para no aceptar un delito me cubro la cabeza, no por Él, sino por vosotros, y salgo». Y José hace ademán de bajar de su sitio y salir.

Pero Caifás grita en modo descompuesto: «¡Ah! ¿Eso decís? Vengan entonces los testigos jurados. Y escuchad. Luego os marcháis».

Entran dos individuos de la peor calaña: miradas huidizas, risitas crueles, ademanes falsos.

«Hablad».

«No es lícito oírlos juntos» grita José.

«Yo soy el Sumo Sacerdote. Yo ordeno. ¡Y silencio!».

José da un puñetazo en una mesa y dice: «¡Se abran sobre tu cabeza las llamas del Cielo! Desde este momento sabe que el Anciano José es enemigo del Sanedrín y amigo del Cristo. Y con esta determinación voy a decir al Pretor que aquí, sin respeto a Roma, se da muerte», y sale violentamente, dando un empujón a un delgado y joven escriba que intenta frenarle.

Nicodemo, más morigerado, sale sin decir nada más. Y, al salir, pasa por delante de Jesús y le mira...

604.13 [13]Nueva agitación. Se teme a Roma. Y la víctima expiatoria sigue siendo Jesús.

«¡Por tí todo esto, ¿lo ves?! Tú, corruptor de los mejores judíos. Los has pervertido».

Jesús calla.

«Que hablen los testigos» grita Caifás.

«Sí. Éste usaba el... el... Lo sabíamos... ¿Cómo se llama esa cosa?».

«¿Quizás el tetragrama?».

«¡Eso es! ¡Tú lo has dicho! Invocaba a los muertos. Enseñaba la rebelión contra el sábado y la profanación del altar. Lo juramos. Decía que quería destruir el Templo para reedificarlo en tres días con la ayuda de los demonios».

«No. Él decía que no sería fabricado por el hombre».

Caifás baja de su sitial y se acerca a Jesús. Pequeño, obeso, feo, parece un enorme sapo al lado de una flor. Porque Jesús, a pesar de estar herido, magullado, sucio y despeinado, aparece todavía muy hermoso y majestuoso. «¿No respondes? ¡Qué acusaciones contra ti! ¡Horrendas! Habla, para descargarte de su ignominia».

Pero Jesús calla. Le mira y calla.

604.14 [14]«Respóndeme a mí, entonces. Soy tu Pontífice. En nombre del Dios vivo, te conjuro. Dime: ¿eres Tú el Cristo, el Hijo de Dios?».

«Tú lo has dicho. Lo soy. Y veréis al Hijo del hombre, sentado a la derecha del Poder de Dios, venir sobre las nubes del cielo. Pero, además, ¿por qué me interrogas? He hablado en público durante tres años. Nada he dicho ocultamente. Pregunta a los que me han oído. Ellos te dirán lo que he dicho y lo que he hecho».

Uno de los soldados que le tienen sujeto le golpea en la boca, haciéndola sangrar de nuevo, y grita: «¿Así respondes, satanás, al Sumo Pontífice?».

Y Jesús, mansamente, responde a éste como al de antes: «Si he hablado bien, ¿por qué me hieres? Si mal, ¿por qué no me dices dónde yerro? Repito: Yo soy el Cristo, Hijo de Dios. No puedo mentir. El

sumo Sacerdote, el eterno Sacerdote soy Yo. Y sólo Yo llevo el verdadero Racional, en que está escrito: Doctrina y Verdad. Y a éstas soy fiel. Hasta la muerte, ignominiosa a los ojos del mundo, santa a los ojos de Dios; y hasta la bienaventurada Resurrección. Yo soy el Ungido. Pontífice y Rey Yo soy. Y estoy para tomar mi cetro y con él, como con aventador, limpiar la era. Este Templo será destruido y resurgirá, nuevo, santo, porque éste está corrompido y Dios lo ha abandonado a su destino».

«¡Blasfemo!» gritan todos en coro. «¿En tres días lo construirás, loco, poseído?».

«No éste, sino el mío es el que resurgirá, el Templo del Dios verdadero, vivo, santo, tres veces santo».

«¡Anatema!» gritan de nuevo en coro.

Caifás alza su voz ronca y se desgarra las vestiduras de lino, con gestos de estudiado horror, y dice: «¿Qué otra cosa hemos de oír de los testigos? La blasfemia está ya dicha. ¿Qué hacemos entonces?».

Y todos, en coro: «Sea reo de muerte».

Y con gestos de desdén y de escándalo salen de la sala y dejan a Jesús a merced de los esbirros y de la chusma de los falsos testigos, que, dándole bofetadas, puñetazos, escupiéndole, vendándole los ojos con un trapajo y luego tirándole violentamente de los cabellos, le arrojan de un lado para otro, con las manos atadas, de manera que choca contra mesas, sitiales y paredes. Y le preguntan: «¿Quién te ha pegado? Adivina». Y varias veces, poniéndole zancadillas, le hacen caer de bruces, y se ríen a carcajadas al ver cómo, con las manos atadas, a duras penas se levanta.

[15]Pasan así las horas. Los torturadores, cansados, piensan en to- 604.15
marse un poco de descanso. Llevan a Jesús a un tabuco haciéndole cruzar muchos patios exponiéndole a las burlas de la turba, ya muy numerosa en el recinto de las casas pontificales.

Jesús llega al patio donde está Pedro, al lado de su hoguera. Y le mira. Pero Pedro evita encontrar su mirada. Juan ya no está; supongo que se habrá marchado con Nicodemo...

El alba avanza fatigosamente, glauca. Una orden ha sido dada: llevar de nuevo al Prisionero a la sala del Consejo para un proceso más legal. Es el momento en que Pedro niega por tercera vez que conoce al Cristo, cuando Él pasa ya marcado por los padecimientos. Con la luz verdosa del alba, los moratones parecen aún más atroces en el rostro térreo, los ojos más hundidos y vítreos: un Jesús empañado por el dolor del mundo...

Un gallo lanza al aire apenas móvil del alba su grito burlón, sarcástico, pícaro. Y en este momento de gran silencio que se ha creado

ante la presencia de Cristo, sólo se oye la voz áspera de Pedro decir: «Lo juro, mujer. No le conozco»: afirmación seca, segura, a la cual, como una carcajada burlona, responde en seguida el ribaldo canto del gallito.

Pedro reacciona. Se vuelve para huir, y se encuentra a Jesús de frente, mirándole con infinita piedad, con un dolor tan intenso y sentido, que me parte el corazón (como si después de eso yo hubiera de ver disolverse, para siempre, a mi Jesús). Pedro experimenta un conato de llanto. Sale, tambaleándose como si estuviera borracho. Huye detrás de dos domésticos que también salen. Se pierde cuesta abajo por la calle todavía semiobscura.

Llevan otra vez a la sala a Jesús. Le repiten en coro la pregunta capciosa: «En nombre del Dios verdadero, dinos: ¿eres el Cristo?».

Y, habiendo recibido la respuesta de antes, le condenan a muerte y dan la orden de conducirle ante Pilatos.

604.16 [16]Jesús, escoltado por todos sus enemigos, menos Anás y Caifás, sale, pasando de nuevo por esos patios del Templo donde tantas veces había hablado, favorecido y curado; franquea el cinturón almenado, entra en las calles de la ciudad y, más arrastrado que conducido, baja hacia ésta, ahora rojiza por un primer anuncio de la aurora.

Creo que con la única finalidad de alargarle el tormento le hacen recorrer un largo trayecto superfluo por Jerusalén, pasando arteramente por las barracas de mercado, por delante de las caballerizas y de posadas colmadas de gente por la Pascua. Y tanto las verduras de desecho de los puestos como los excrementos de los animales de las cuadras se transforman en proyectiles para el Inocente, cuyo rostro presenta, cada vez más, mayores moraduras, pequeñas magulladuras sanguinolentas, y aparece velado por distintas inmundicias en él esparcidas. Los cabellos, ya recargados y ligeramente tiesos debido al sudor sanguíneo, y más opacos, ahora penden despeinados, impregnados de paja e inmundicias, y caen sobre los ojos, porque le revuelven aquéllos para taparle la cara.

La gente que está en las barracas, compradores y vendedores, abandonan todo para seguir — no con amor precisamente — al Desdichado. Los estableros y los criados de las posadas salen en masa, sordos a las voces de las amas (las cuales, como casi todas las otras mujeres, la verdad es que se muestran, si no totalmente contrarias a estas ofensas, sí, al menos, indiferentes a esta agitación, y se retiran echando pestes porque las dejan solas y tienen mucha gente a la que atender).

La turba vociferante se engrosa así a cada minuto que pasa, y parece como si por una repentina epidemia los corazones y las fisono-

mías cambiaran su naturaleza: aquéllos, transformándose en corazones de malhechores; éstas, en máscaras de crueldad en caras verdes de odio o rojas de ira. Las manos son ahora garras, las bocas adquieren forma y aullido de lobo, los ojos se hacen torvos, rojos, torcidos... como los de los locos. Sólo Jesús sigue igual, aunque cubierto de inmundicias esparcidas por su cuerpo alterado por moratones y tumefacciones.

[17]Al llegar a un tramo abovedado que estrecha la calle como un 604.17
anillo, mientras todo se tapona y se hace más lento, un grito corta el aire: «¡Jesús!». Es Elías, el pastor, que trata de abrirse paso enarbolando y haciendo girar un grueso palo. Viejo, robusto, con aire amenazador, fuerte, logra llegar casi donde el Maestro. Pero la muchedumbre, desbaratada por el inesperado asalto, aprieta sus filas y aparta, rechaza, vence a este hombre solo contra toda la turba. «¡Maestro!» grita, mientras el remolino de la muchedumbre lo absorbe y rechaza.

«¡Vete!... Mi Madre... Te bendigo...».

Y la turba rebasa el estrechamiento. Ahora, como agua que hallara respiro después de una esclusa, se vuelca, en tumulto, por un amplio paseo elevado respecto a una depresión del terreno situada entre dos lomas en cuyos límites pueden verse espléndidos palacios de señores de alta alcurnia.

Vuelvo a ver el Templo en lo alto de su monte, y comprendo que la vuelta ociosa que han hecho dar al Condenado para exponerle al escarnio de toda la ciudad y permitir a todos insultarle —habiendo aumentando a cada paso los que participaban en estos insultos— está para concluirse, volviendo así otra vez a los lugares de antes.

[18]De un palacio sale al galope un caballero. La gualdrapa purpú- 604.18
rea sobre la blancura del caballo árabe y la solemnidad de su aspecto, la espada blandida desnuda, descargada de plano y filo sobre espaldas y cabezas que ya sangran, le hacen parecer un arcángel. Cuando un caracol, una empinadura del caballo que corvetea —haciendo de los cascos un arma de defensa para sí mismo y para su amo, y el más eficaz de los instrumentos de apertura para abrirse paso entre la multitud—, provoca la caída del velo de púrpura y oro que cubría su cabeza y que estaba sujeto por una cinta de color de oro, entonces reconozco a Manahén.

«¡Atrás!» grita. «¿Cómo os permitís turbar el descanso del Tetrarca?». Pero esto es sólo una excusa para justificar su intervención y su intento de llegar hasta Jesús. «Este hombre... dejádmelo ver... Apartaos, o llamo a la guardia...».

La gente, tanto por la lluvia de mandobles, como por las patadas

del caballo, y por la amenaza del caballero, abre paso. Manahén puede, así, llegar al grupo de Jesús y de los miembros de la guardia del Templo que le tienen sujeto.

«¡Fuera! El Tetrarca es más que vosotros, sucios siervos. Atrás. Quiero hablar con Él», y lo obtiene, cargando con su espada contra el más encarnizado de sus apresadores.

«¡Maestro!...».

«Gracias. ¡Pero vete! ¡Y que Dios te conforte!». Y, como puede con las manos atadas, Jesús hace un gesto de bendición.

La muchedumbre silba desde lejos y, en cuanto ve que Manahén se retira, de haber sido arredrada se venga con una lluvia de piedras y porquerías contra el Condenado.

604.19 [19]Por el paseo en subida, ya calentado por el sol, se va hacia la Torre Antonia, cuya mole ya aparece lejos.

Un grito agudo de mujer («¡Oh, mi Salvador! ¡Mi vida por la tuya, oh Eterno!») hiende el aire.

Jesús vuelve la cabeza y ve, en la alta terraza florida que corona una casa muy bonita, a Juana de Cusa, tendiendo los brazos al cielo, entre miembros de la servidumbre, hombres y mujeres, con los pequeños María y Matías al lado de ella. ¡Pero el Cielo hoy no escucha oraciones! Jesús alza las manos y traza un gesto de adiós y bendición.

«¡Muerte! ¡Muerte al blasfemo, al corruptor, al satanás! ¡Muerte a sus amigos!», y lanzan silbidos y piedras hacia la alta terraza. No sé si hieren a alguno. Oigo un grito agudísimo y luego veo que el grupo se deshace y desaparece.

Y siguen adelante, adelante, subiendo... Jerusalén muestra sus casas al sol, vacías, vaciadas por el odio, que impulsa a toda una ciudad (con los habitantes efectivos y los transeúntes que se han dado cita para la Pascua) contra un inerme.

604.20 [20]Unos soldados romanos, un entero manípulo, sale, corriendo, de la Antonia, apuntadas las lanzas contra la chusma, que, gritando, se dispersa. Se quedan en medio de la calle Jesús y los miembros de la guardia con los jefes de los sacerdotes, algunos escribas y algunos Ancianos del pueblo.

«¿Este hombre? ¿Esta sedición? Responderéis ante Roma» dice, altanero, un centurión.

«Es reo de muerte, según nuestra ley».

«¿Y desde cuándo se os ha devuelto el *ius gladii et sanguinis*?» pregunta el mismo, el más anciano de los centuriones (de rostro severo, verdaderamente romano, con una mejilla dividida por una profunda cicatriz); y habla con el desprecio y el desdén con que hablaría

a piojosos galeotes.

«Sabemos que no tenemos este derecho. Somos los fieles subordinados de Roma...».

«¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Mira lo que dicen, Longino! ¡Fieles! ¡Subordinados!... ¡Carroña! Las flechas de mis arqueros os daría como premio».

«¡Demasiado noble una muerte así! Las espaldas de los mulos requieren el flagrum y no otra cosa!...» responde con irónica flema Longinos.

Los jefes de los sacerdotes, escribas y Ancianos, espuman veneno. Pero, como quieren obtener su objetivo, callan; tragan la ofensa sin dar muestras de haberla entendido, e inclinándose ante los dos jefes, piden que Jesús sea llevado a la presencia de Poncio Pilato para que «juzgue y condene con la bien conocida y honesta justicia de Roma».

«¡Ja! ¡Ja! ¡Mira lo que dicen! Ahora somos más sabios que Minerva... ¡Aquí! ¡Venga! ¡Id por delante! ¡Nunca se sabe! Sois unos chacales, y además hediondos. Teneros detrás es un peligro. ¡Venga!».

«No podemos».

«¿Por qué! Cuando uno acusa debe estar delante del juez con el acusado. Ésta es la regla de Roma».

«La casa de un pagano es impura ante nuestros ojos, y ya estamos purificados para la Pascua».

«¡Oh, pobrecitos! ¡Si entran, se contaminan!... ¿Y matar al *único* hebreo que es hombre, y no un chacal y un reptil como vosotros, no os contamina? Bien, de acuerdo, quedaos ahí. Si dais un paso adelante os veréis clavados en las lanzas. Una decuria en torno al Acusado. Las otras contra esta chusma hedionda de pico mal lavado».

[21]Jesús entra en el Pretorio en medio de los diez asteros, que forman un cuadrado de alabardas en torno a su persona. Los dos centuriones van delante. Mientras Jesús espera en un vasto atrio, tras el cual hay un patio visible en parte a través de una cortina que el viento agita, ellos desaparecen tras una puerta. 604.21

Vuelven con el Gobernador, que viene vestido con una toga blanquísima, sobre la cual trae un manto de color escarlata: quizás vestían así cuando representaban oficialmente a Roma. Entra indolentemente, con una sonrisita escéptica en su cara afeitada. Tritura entre sus manos hojas de hierba luisa y las huele con voluptuosidad. Va a un cuadrante solar, lo mira, se vuelve, echa unos granos de incienso en un brasero que está colocado a los pies de un numen. Manda que le traigan agua de cidra y hace gárgaras con ella. Se contempla el peinado, hecho todo de ondas, en un espejo de metal tersísimo. Parece como si se hubiera olvidado del Condenado, que espera su aprobación para ser ejecutado. Haría airarse hasta a las mismas piedras.

Los hebreos, dado que el atrio está por el frente todo abierto, y elevado sobre tres altos escalones respecto del vestíbulo —el cual, a su vez, respecto a la calle a la que da, está ya de por sí elevado sobre otros tres escalones— ven todo perfectamente, y hierven por dentro. Pero no osan rebelarse por miedo a las lanzas y a las jabalinas.

Por fin, después de haber ido y venido por el amplio lugar, Pilatos va hacia Jesús. Le mira y pregunta a los dos centuriones: «¿Éste?».

«Éste».

«Que vengan sus acusadores», y va a sentarse en la silla que está encima de la tarima. Las enseñas de Roma, sobre su cabeza, se entrecruzan con las águilas doradas y la poderosa sigla.

«No pueden venir. Se contaminan».

«¡¡¡Hala!!! Mejor. Nos ahorraremos ríos de esencias para quitar el olor a cabra. Que se acerquen al menos. Aquí abajo. Y cuidad de que no entren, dado que no quieren hacerlo. Puede ser un pretexto este hombre para una sedición».

Un soldado sale para llevar la orden del Procurador romano. Los demás forman, delante del atrio a iguales distancias unos de otros, hermosos como nueve estatuas de héroes.

604.22 [22]Se acercan los jefes de los sacerdotes, escribas y Ancianos. Saludan con serviles reverencias y se detienen en la placita que está delante del Pretorio, delante de los tres escalones del vestíbulo.

«Hablad y sed concisos. Ya tenéis culpa por haber turbado la noche y haber obtenido la apertura de las puertas con violencia. Pero verificaré estas cosas y mandantes y mandatarios responderán de la desobediencia al decreto». Pilato ha ido hacia ellos (aunque se ha quedado en el vestíbulo).

«Venimos a someter a Roma, a cuyo divino emperador tú representas, nuestro juicio sobre éste».

«¿Qué acusación traéis contra Él? Me parece un hombre inocuo...».

«Si no fuera un malhechor, no te lo habríamos traído». Y con el afán de acusar dan unos pasos hacia delante.

«¡Arredrad a esta plebe! Seis pasos más allá de los tres escalones de la plaza. ¡Las dos centurias, a las armas!».

Los soldados obedecen rápidamente alineándose cien sobre el escalón externo más alto, vueltas las espaldas al vestíbulo, y cien en la placita a la que da el portal de entrada de la morada de Pilato. He dicho "portal", debería decir "zaguán" o arco triunfal, porque se trata de un vastísimo lugar abierto limitado por una verja, que ahora está abierta de par en par y que da acceso al atrio por el largo corredor del vestíbulo —de, al menos, seis metros de ancho—, de forma que se

ve con claridad lo que sucede en el atrio realzado. Al pie del amplio vestíbulo se ven las caras bestiales de los judíos mirando, amenazadoras y satánicas, hacia el interior, mirando desde el otro lado de la barrera armada que, codo con codo, como para una revista, presenta doscientas puntas a los conejos asesinos.

«Repito: ¿qué acusación traéis contra éste?».

«Ha cometido delito contra la Ley de los padres».

«¿Y venís a darme la lata a mí por esto? Lleváosle vosotros y juzgadle según vuestras leyes».

«Nosotros no podemos ajusticiar a nadie. No somos doctos. El Derecho hebreo es un niño deficiente respecto al perfecto Derecho de Roma. Como ignorantes y como sujetos a Roma, maestra, tenemos necesidad...».

«¿Desde cuándo sois miel y mantequilla?... De todas formas, vosotros, maestros del embuste, habéis dicho una verdad. ¡Tenéis necesidad de Roma! Sí. Para deshaceros de este que os molesta. Entiendo». Y Pilato se ríe mientras mira al cielo sereno encuadrado como una lámina rectangular de turquesa obscura entre las marmóreas y cándidas paredes del atrio. «Decidme: ¿en qué ha cometido delito contra vuestras leyes?».

«Hemos visto que éste introducía el desorden en nuestra nación e impedía pagar el tributo a César, presentándose como el Cristo, rey de los judíos».

[23]Pilato vuelve a acercarse a Jesús, que está en el centro del atrio 604.23
(¡tan clara se ve su mansedumbre, que los soldados le han dejado allí, atado pero sin custodia!). Y le pregunta: «¿Eres Tú el rey de los judíos?».

«¿Lo preguntas por ti o por insinuación de otros?».

«¿Y qué me importa a mí de tu reino? ¿Soy yo, acaso, judío? Tu nación y los jefes de ella te han entregado a mí para que juzgue. ¿Qué has hecho? Sé que eres leal. Habla. ¿Es verdad que aspiras a reinar?».

«Mi Reino no viene de este mundo. Si fuera un reino del mundo, mis ministros y soldados habrían luchado para impedir que cayera en manos de los judíos. Pero mi Reino no es de la Tierra. Y tú sabes que no tiendo al poder».

«Eso es verdad. Lo sé. Me lo han dicho. De todas formas, ¿no niegas que eres rey?».

«Tú lo dices. Yo soy Rey. Para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la Verdad. El que es amigo de la Verdad escucha mi voz».

«¿Y qué es la Verdad? ¿Eres filósofo? No sirve de nada frente a la

muerte. Sócrates murió igualmente».

«Pero le sirvió ante la vida, para vivir bien. Y también para morir bien. Y para ir a la vida segunda sin nombre de traidor de las virtudes ciudadanas».

«¡Por Júpiter!». Pilato le mira admirado unos momentos. Luego vuelve a caer en el sarcasmo escéptico. Hace un gesto de fastidio, le vuelve las espaldas y va hacia los judíos. «No encuentro en Él ninguna culpa».

La muchedumbre, temiendo perder la presa y el espectáculo del suplicio, se agita. Gritan: «¡Es un rebelde!»; «es un blasfemo»; «incita al libertinaje»; «anima a la rebelión»; «niega respeto a César»; «se finge profeta sin serlo»; «hace magia»; «es un satanás»; «agita al pueblo con sus doctrinas, enseñando en toda Judea, a donde ha venido de Galilea enseñando»; «¡a muerte!»; «¡a muerte!».

«¿Es galileo? ¿Eres galileo?». Pilato vuelve a acercarse a Jesús: «¿Oyes cómo te acusan? Justifícate».

Pero Jesús calla.

604.24 [24]Pilato piensa... y decide. «Una centuria, y éste donde Herodes. Que le juzgue él. Es súbdito suyo. Reconozco el derecho del Tetrarca y ratifico de antemano su veredicto. Que se le informe. Marchaos».

Y Jesús, encuadrado como un granuja por cien soldados, vuelve a cruzar la ciudad, y vuelve a ver a Judas Iscariote, al que ya había visto una vez en un mercado. Antes, invadida por el desagrado del alboroto del pueblo, me había olvidado de decirlo. La misma mirada de piedad hacia el traidor...

Ahora es más difícil descargar sobre Él patadas y palos, pero no faltan ni las piedras ni las porquerías, y si las piedras caen y sólo suenan, sin herir, en los yelmos y corazas romanos, sí que dejan señal cuando caen sobre Jesús, que camina sólo con la túnica, pues que había dejado el manto en el Getsemaní.

Al entrar en el fastuoso palacio de Herodes, Jesús ve a Cusa... que no sabe mirarle, y que huye para no verle en ese estado, cubriéndose la cabeza con el manto.

604.25 [25]Ya está en la sala en presencia de Herodes. Y detrás de Jesús —escoltado hasta el Tetrarca sólo por el centurión y cuatro soldados— ya entran como acusadores embusteros los fariseos escribas, que aquí se sienten a sus anchas.

Herodes baja de su sitial y da vueltas en torno a Jesús mientras escucha las acusaciones de sus enemigos. Sonríe. Hace burla. Luego finge una piedad y un respeto que no turban al Mártir, como tampoco le han turbado las burlas.

«Eres grande. Lo sé. He seguido tus pasos con atención, y me he

alegrado cuando he visto que Cusa era amigo tuyo y Manahén discípulo. Yo... las preocupaciones del Estado... Pero sentía un gran deseo de decirte que eres grande... de pedirte perdón... La mirada de Juan... su voz... me acusan y siempre están delante de mí. Tú eres el santo que borra los pecados del mundo. Absuélveme, Cristo».

Jesús calla.

«He oído que te acusan de haberte alzado contra Roma. ¿Pero no * eres Tú la vara prometida para castigar a Asur?».

Jesús calla.

«Me han dicho que profetizas el final del Templo y de Jerusalén. Pero, dado que existe por voluntad del Eterno, ¿no es eterno el Templo como espíritu?».

Jesús calla.

«¿Estás loco? ¿Has perdido el poder? ¿Es que Satanás te traba la palabra? ¿Te ha abandonado?». Herodes ahora se ríe.

[26]Luego da una orden, y unos siervos traen un galgo con una pata 604.26
rota, que gañe quejumbrosamente, y a un establero idiota, hidrocéfalo, baboso, un aborto de hombre, juguete de los siervos. Los escribas y los sacerdotes huyen, gritando por el sacrilegio, cuando ven la camilla del perro. Herodes, falso y burlón, explica: «Es el preferido de Herodías. Regalo de Roma. Ayer se rompió una pata y ella llora. Ordena que se cure. Haz el milagro».

Jesús le mira severamente. Y calla.

«¿Te he ofendido? Entonces a éste. Es un hombre, aunque en poco supere a un animal salvaje. Dale la inteligencia, Tú, Inteligencia del Padre... ¿No dices eso?». Y se ríe, ofensivo.

Otra mirada, más severa, de Jesús. Y silencio.

«Este hombre está demasiado abstinente, y ahora está aturdido por los desprecios. Vino y mujeres, aquí. Y desatadlo».

Le desatan y, mientras gran número de servidores traen ánforas y copas, entran bailarinas... tapadas con nada: una franja multicolor de lino ciñe, como único vestido, desde la cintura a los muslos, sus gráciles cuerpos; nada más. Broncíneas —son africanas—, livianas como gacelas jovencitas, comienzan una danza silenciosa y lasciva.

Jesús rechaza las copas y cierra los ojos. Calla. La corte de Herodes, ante este desdén suyo, ríe.

«Toma la que quieras. ¡Vive! ¡Aprende a vivir!...» insinúa Herodes.

Jesús parece una estatua. Con los brazos cruzados, los ojos bien cerrados, no reacciona ni siquiera cuando las impúdicas bailarinas le

---

* *vara prometida*, en *Isaías 30, 30-32.*

pasan rozando con sus cuerpos desnudos.

«Basta. Te he tratado como a Dios y no has actuado como Dios. Te he tratado como hombre y no has actuado como hombre. Estás loco. Una túnica blanca. Ponédsela para que Poncio Pilato sepa que el Tetrarca ha juzgado loco a su súbdito. Centurión, dirás al Procónsul que Herodes le presenta humildemente sus respetos y venera a Roma. Marchaos».

Y Jesús, atado de nuevo, sale, con una túnica de lino que le llega hasta la rodilla, encima de la túnica roja de lana.

Y vuelven donde Pilato.

604.27 [27]Ahora, cuando la centuria a duras penas hiende la masa de gente —no se han cansado de esperar ante el palacio proconsular, y es extraño el ver a tanta gente en ese sitio y en los lugares cercanos mientras que el resto de la ciudad aparece vacío—, Jesús ve en grupo a los pastores. Están al completo, o sea: Isaac, Jonatán, Leví, José, Elías, Matías, Juan, Simeón, Benjamín y Daniel. Con ellos también un grupito de galileos, de los cuales reconozco a Alfeo y a José de Alfeo, junto a dos otros que no conozco, pero que, por el peinado, diría que son judíos. Y un poco detrás, semiescondido tras una columna, junto a un romano que parece ser un servidor, ve a Juan, que ha entrado en el vestíbulo. Jesús sonríe a éste y a aquéllos... sus amigos... Pero ¿qué son estos pocos y Juana y Manahén y Cusa en medio de un océano de odio en agitación?...

604.28 [28]El centurión saluda a Poncio Pilato e informa.

«¡¿Aquí otra vez?! ¡Uf! ¡Maldita esta raza! Que se acerque la chusma. Traed aquí al Acusado. ¡Uf, qué lata!».

Va hacia la muchedumbre, aunque también esta vez se detiene en la mitad del vestíbulo.

«Hebreos, escuchad. Me habéis traído a este hombre como agitador del pueblo. Delante de vosotros le he examinado y no he hallado en Él ninguno de los delitos de que le acusáis. Herodes no ha encontrado más que yo. Y nos le ha devuelto. No merece la muerte. Roma ha hablado. De todas formas, por no contrariaros privándoos de la recreación, os daré a cambio a Barrabás. Y a Él mandaré que le den cuarenta azotes. Así basta».

«¡No, no! ¡No a Barrabás! ¡No a Barrabás! ¡A Jesús la muerte! ¡Y una muerte horrenda! Libera a Barrabás y condena al Nazareno».

«¡Pero oíd! He dicho fustigación. ¿No es suficiente? ¡Entonces mandaré que le flagelen! ¿Sabéis que es atroz? Puede morir por ello. ¿Qué mal ha hecho? No encuentro ninguna culpa en Él, así que le liberaré».

«¡Crucifica! ¡Crucifica! ¡A muerte! ¡Eres un protector de los mal-

hechores! ¡Pagano! ¡Tú también otro satanás!».

La muchedumbre se acerca hasta el pie del vestíbulo y la primera formación de soldados, no pudiendo usar las lanzas, ondea por el choque. Pero la segunda fila, bajando un peldaño, blande las lanzas y libera a los compañeros.

«Que sea flagelado» ordena Pilato a un centurión.

«¿Cuánto?».

«Lo que te parezca... Total, ésta es una cuestión concluida. Y yo ya estoy aburrido. Venga, ve».

[29]Cuatro soldados llevan a Jesús al patio que está después del 604.29
atrio. En él, enteramente enlosado con mármoles de color, en su centro hay una alta columna semejante a las del pórtico. A unos tres metros del suelo, la columna tiene un brazo de hierro que sobresale al menos un metro y que termina en una argolla. A ésta columna —tras haberle hecho desvestirse, de forma que ha quedado únicamente con un pequeño calzón de lino y las sandalias— atan a Jesús, con las manos unidas por encima de la cabeza. Levantan las manos, atadas por las muñecas, hasta la argolla, de forma que Él, a pesar de ser alto, no apoya en el suelo más que la punta de los pies... Y también esta postura debe ser un tormento.

He leído, no sé dónde, que la columna era baja y que Jesús estaba encorvado. Será eso. Yo lo veo así y así lo digo.

Detrás de Él se coloca uno de cara de verdugo y neto perfil hebreo; delante, otro, con la misma cara. Están armados con el flagelo de siete tiras de cuero unidas a un mango y acabadas en un martillito de plomo. Rítmicamente, como si estuvieran haciendo un ejercicio, se ponen a dar golpes. Uno, delante; el otro, detrás. De forma que el tronco de Jesús se halla dentro de una rueda de azotes y flagelos.

Los cuatro soldados a los que ha sido entregado, indiferentes, se han puesto a jugar a los dados con otros tres soldados que han llegado en ese momento. Y las voces de los jugadores se acompasan con el sonido de los flagelos, que silban como sierpes y luego suenan como piedras arrojadas contra la membrana tensa de un tambor, golpeando el pobre cuerpo, ese pobre cuerpo tan delgado y de un color blanco de marfil viejo, que primero se pone cebrado, de un rosa cada vez más vivo, luego morado, para ornarse luego de relieves de color añil, hinchados de sangre, y luego se abre y rompe y suelta sangre por todas partes. Los verdugos se ceban especialmente en el tórax y en el abdomen; pero no faltan los golpes en las piernas y en los brazos, e incluso en la cabeza, para que no hubiera un lugar de la piel sin dolor.

Y ni una queja siquiera... Si no estuviera sujetado por la cuerda, se caería. Pero ni se cae ni gime. Eso sí, la cabeza le pende —después

de golpes y más golpes recibidos— sobre el pecho, como por desvanecimiento.

«¡Eh, para ya!» grita un soldado, y, en tono de mofa: «Que tienen que matarle estando vivo».

Los dos verdugos se paran y se secan el sudor.

«Estamos agotados» dicen. «Dadnos la paga, para poder echar un trago y así reponernos...».

«¡La horca os daría! En fin, tomad...», y un decurión arroja una moneda grande a cada uno de los dos verdugos.

«Habéis trabajado a conciencia. Parece un mosaico. Tito: ¿tú dices que era éste el amor de Alejandro? Le daremos la noticia para * que cumpla el luto. Le desatamos un poco, ¿eh?».

604.30 [30]Le desatan, y Jesús se derrumba como muerto. Le dejan ahí en el suelo, y de vez en cuando le golpean con el pie calzado con las cáligas para ver si gime. Pero Él calla.

«¿Estará muerto? ¿Pero es posible? Es joven. Y artesano. Eso me han dicho... Parece una dama delicada».

«Déjalo de mi cuenta» dice un soldado. Y le sienta con la espalda apoyada en la columna. Donde estaba, ahora hay grumos de sangre... Luego va a una pequeña fuente que gorgotea bajo el pórtico. Llena de agua un barreño y lo arroja sobre la cabeza y el cuerpo de Jesús. «¡Así! A las flores les viene bien el agua».

Jesús suspira profundamente. Intenta levantarse. Pero todavía tiene los ojos cerrados.

«¡Eso es! ¡Bien! ¡Arriba, majo! ¡Que te espera la dama!...».

Pero Jesús inútilmente apoya en el suelo los puños intentando erguirse.

«¡Arriba! ¡Rápido! ¿Te sientes débil? Con esto te vas a reponer» dice otro soldado con sonrisa socarrona. Y con el asta de su alabarda descarga un golpe en la cara de Jesús, dándole entre el pómulo derecho y la nariz, por donde empieza a sangrar.

Jesús abre los ojos, los vuelve. Es una mirada empañada... Mira fijamente al soldado que le ha golpeado. Se enjuga la sangre con la mano. Luego, con mucho esfuerzo, se pone de pie.

«Vístete. No es decente estar así. ¡Impúdico!». Todos se ríen, en corro alrededor de Él.

Él obedece sin decir nada. Pero, mientras se encorva —y sólo Él sabe lo que sufre al agacharse, estando tan magullado y con esas llagas que al estirarse la piel se abren más todavía, y con otras que se forman al romperse las ampollas—, un soldado da una patada a la

---

* *Alejandro*, soldado romano encontrado en 86 y en 115, recordado en 204.3 y en 461.19.

ropa y la disemina, y cada vez que Jesús, tambaleándose, llega a donde ha caído la ropa, un soldado las echa en otra dirección. Y Jesús, sufriendo agudamente, sigue a la ropa sin decir una palabra, mientras los soldados se burlan de Él en modo repugnante.

Por fin puede vestirse. Se pone también la túnica blanca, que estaba apartada y no se ha manchado. Parece querer ocultar su pobre túnica roja, que ayer mismo estaba tan bonita y ahora está ensuciada de porquerías y manchada por la sangre sudada en Getsemaní. Es más, antes de ponerse sobre la piel la túnica corta interior, se enjuga con ella la cara, que está mojada, limpiándola así de polvo y esputos. Y la pobre, santa faz, aparece limpia, sólo signada de moratones y pequeñas heridas. Se ordena también el pelo, que pendía desordenado, y la barba, por una innata necesidad de arreglo corporal.

Y luego se acurruca al sol. Porque tiembla mi Jesús... La fiebre empieza a serpear en Él con sus escalofríos. Y también se pone de manifiesto la debilidad por la sangre perdida, el ayuno y el mucho camino andado.

[31]Le atan de nuevo las manos. Y la cuerda sierra de nuevo en donde ya hay un rojo aro de piel levantada. 604.31

«¿Y ahora? ¿Qué hacemos con Él? ¡Yo me aburro!».

«Espera. Los judíos quieren un rey. Vamos a dárselo. Ése...» dice un soldado.

Y sale raudo —sin duda, a un patio de detrás—. Vuelve con un haz de ramas de espino albar agreste, todavía flexible porque la primavera mantiene blandas las ramas, de espinas bien duras y aguzadas. Con la daga, quitan hojas y florecillas. Luego hacen un círculo con las ramas y lo acalcan en la pobre cabeza... Pero la bárbara corona penetra hasta el cuello.

«No va bien. Más pequeña. Quítasela».

La sacan, y, al hacerlo, arañan las mejillas —incluso con el peligro de cegar a Jesús— y arrancan cabellos. La hacen más pequeña. Ahora está demasiado estrecha y, aunque aprietan —hincando en la cabeza las espinas—, puede caerse. Otra vez afuera, arrancando más pelo. La modifican de nuevo. Ahora va bien. Delante hay un triple cordón espinoso; detrás, donde los extremos de las tres ramas se entrecruzan, hay un verdadero nudo de espinas que entran en la nuca.

«¿Ves qué bien estás! Bronce natural y rubíes puros. Mírate, rey, en mi coraza» dice, burlón, el que ha ideado el suplicio.

«No es suficiente la corona para hacerle a uno rey. Se necesita la púrpura y el cetro. En el establo hay una caña y en la cloaca hay una clámide roja. Ve por ellas, Cornelio».

Y, cuando éste las trae, ponen el sucio trapajo sobre los hombros

de Jesús y, antes de ponerle entre las manos la caña, le dan con ella en la cabeza, hacen reverencias y saludan: «¡Ave, rey de los Judíos!», y se tronchan de risa.

Jesús no les opone resistencia. Se deja sentar en el "trono" (un barreño colocado boca abajo, usado, sin duda, para dar de beber a los caballos), y se deja golpear y escarnecer, sin decir nada nunca. Solamente los mira... y es una mirada de una dulzura tan grande y de un dolor tan atroz, que no puedo mirar yo sin sentir mi corazón traspasado.

604.32 [32]Los soldados concluyen el escarnio sólo cuando oyen la voz de un superior que ordena sea conducido el reo ante Pilato. ¡Reo! ¿De qué?

Sacan de nuevo a Jesús al atrio, cubierto ahora éste por un valioso entrecielo para el sol. Jesús tiene todavía la corona, la clámide y la caña.

«Acércate, para mostrarte al pueblo».

Jesús, ya quebrantado, se yergue con porte digno: ¡oh, verdaderamente es un rey!

«Oíd, hebreos. Aquí está el hombre. Yo le he castigado. Pero ahora dejadle marcharse».

«¡No, no! ¡Queremos verle! ¡Que salga! ¡Queremos ver al blasfemo!».

«Traedle aquí afuera. Y atentos a que no le prendan».

Y mientras Jesús sale al vestíbulo y puede vérsele dentro del cuadrado formado por los soldados, Poncio Pilato le señala con la mano diciendo: «He aquí al Hombre. A vuestro rey. ¿No es suficiente todavía?».

El Sol de un día de bochorno llegado ya al medio de la tercia desciende casi perpendicular, encendiendo y resaltando miradas y caras: ¿son hombres esa gente? No: hienas hidrófobas. Gritan, muestran los puños, piden muerte...

Jesús está erguido. Y le aseguro que nunca tuvo esa nobleza de ahora. Ni siquiera cuando ejecutaba los más poderosos milagros. Nobleza de dolor. Tan divino, que bastaría para signarle con el nombre de Dios. Pero para pronunciar ese Nombre hay que ser, al menos, hombres, y Jerusalén hoy no tiene hombres, sólo demonios.

Jesús recorre con su mirada la muchedumbre y, en el mar de caras cargadas de odio, encuentra rostros amigos. ¿Cuántos? Menos de veinte amigos entre millares de enemigos... Y agacha la cabeza, bajo la impresión de este abandono. Una lágrima rueda... y otra... y otra... El ver su llanto no genera piedad; antes bien, un odio aún más sañudo.

[33]De nuevo le llevan al atrio. 604.33

«¿Entonces? Dejadle marcharse. Es justicia».

«No. A muerte. Crucifica».

«Os doy a Barrabás».

«No. ¡Al Cristo!».

«Pues entonces pase a vuestras manos y crucificadle vosotros, porque yo no encuentro en Él delito alguno para hacerlo».

«Se ha llamado Hijo de Dios. Nuestra ley establece la muerte para el reo de una blasfemia como ésa».

Pilato está ahora pensativo. Vuelve a entrar. Se sienta en su pequeño trono. Pone, mientras escruta a Jesús, una mano en la frente, y el codo encima de la rodilla. «Acércate» dice.

Jesús va hasta el pie de la tarima.

«¿Es verdad? Responde».

Jesús calla.

«¿De dónde vienes? ¿Quién es Dios?».

«Es el Todo».

«Y... bueno, ¿y qué quiere decir "el Todo"? ¿Qué es el Todo para uno que muere? Estás desquiciado... Dios no existe. Yo existo».

Jesús guarda silencio. Ha dejado caer la gran palabra y ahora de nuevo se viste de silencio.

[34]«Poncio: la liberta de Claudia Prócula pide permiso para entrar. 604.34
Tiene un escrito para ti».

«¡Domine! ¡Y ahora, además, las mujeres! Que pase».

Entra una romana. Se arrodilla mientras entrega una tablilla encerada. Debe ser la tablilla en que Prócula ruega a su marido que no condene a Jesús. La mujer se retira caminando hacia atrás mientras Pilato lee.

«Se me aconseja evitar el homicidio contra ti. ¿Es verdad que eres más que un arúspice? Me causas miedo».

Jesús guarda silencio.

«¿Pero no sabes que tengo poder para liberarte o para crucificarte?».

«No tendrías ningún poder, si no se te diera de arriba. Por eso el que me ha entregado a ti es más culpable que tú».

«¿Quién es? ¿Tu Dios? Tengo miedo...».

Jesús calla.

Pilato está en ascuas. Quisiera y no quisiera. Teme el castigo de Dios, teme el de Roma, teme las venganzas judías. El miedo a Dios vence un momento. Va al extremo frontal del atrio y dice con voz potente: «No es culpable».

«Si dices eso, eres enemigo de César. Quien se hace rey es su ene-

migo. Lo que quieres es liberar al Nazareno. Ya nos encargaremos de que lo sepa César».

Se apodera de Pilato el miedo al hombre.

«En definitiva, que queréis verle muerto, ¿no? Pues así sea. Pero no manche mis manos la sangre de este justo». Pide un balde y se lava las manos ante la presencia del pueblo, que parece ebrio de frenesí mientras grita: «Sobre nosotros, sobre nosotros caiga su sangre; caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos. No la tememos. ¡A la cruz! ¡A la cruz!».

604.35 [35]Poncio Pilato vuelve a su pequeño trono, llama al centurión Longino y a un esclavo. Manda a éste que le traiga una tabla. Sobre ésta apoya un cartel y en él manda escribir: «Jesús Nazareno, Rey de los Judíos». Y lo muestra al pueblo.

«No. Eso no. No "Rey de los Judíos". Sino que Él se ha llamado rey de los Judíos». Esto gritan muchos.

«Lo que he escrito he escrito» dice, duro, Pilato. Y, en pie, erguido, extiende la mano con la palma hacia delante y vuelta hacia abajo y ordena: «Que vaya a la cruz. Soldado, ve, prepara la cruz». (Ibis ad crucem! I, miles, expedi crucem). Y baja sin siquiera volverse hacia la muchedumbre agitada, ni hacia el pálido Condenado. Sale del atrio... en cuyo centro se queda Jesús, custodiado por los soldados, esperando la cruz.

10 de marzo de 1944, viernes.

604.36 [36]Dice Jesús:

«Quiero ofrecer a tu meditación el punto que se refiere a mis encuentros con Pilato.

Juan —que, habiendo estado casi siempre presente, o por lo menos muy cercano, es el testigo y narrador más exacto— refiere cómo, una vez que salí de la casa de Caifás, fui conducido al Pretorio. Y especifica "por la mañana temprano". Efectivamente, has visto que apenas rayaba el alba. También especifica Juan que "ellos (los judíos) no entraron para no contaminarse y poder comer la Pascua".

Hipócritas como siempre, veían peligro de contaminarse en pisar el polvo de la casa de un gentil, pero no encontraban que fuera pecado matar a un Inocente; y con el corazón satisfecho con el delito cumplido, pudieron saborear aún mejor la Pascua. Tienen también ahora muchos seguidores. *Todos los que por dentro actúan mal y por fuera profesan respeto a la religión y amor a Dios son semejantes a ellos.* ¡Fórmulas, fórmulas y no religión verdadera! Me producen repugnancia y desdén.

No entrando los judíos en la casa de Pilato, salió éste para oír lo

que pasaba con la muchedumbre vociferante, y, siendo experto en el gobierno y en el juicio, con una sola mirada comprendió que el reo no era Yo, sino ese pueblo ebrio de odio. El encuentro de nuestras miradas fue recíproca lectura de nuestros corazones. Yo juzgué al hombre en lo que él era. Él me juzgó a mí en lo que Yo era. Yo sentí compasión por él porque era un hombre débil; él sintió compasión de mí porque Yo era inocente. Trató de salvarme desde el primer momento. Y, dado que únicamente a Roma se defería y reservaba el derecho de ejercer la justicia hacia los malhechores, trató de salvarme diciendo: "Juzgadle según vuestra ley".

[37]Hipócritas por segunda vez, los judíos no quisieron emitir la 604.37
condena. Es verdad que Roma tenía el derecho de justicia, pero cuando, por ejemplo, Esteban fue lapidado, Roma seguía imperando en Jerusalén, y ellos, a pesar de todo, sin preocuparse de Roma, definieron y consumaron el juicio y el suplicio. Conmigo, respecto a quien sentían no amor sino odio y miedo —no querían creer que fuera el Mesías, pero, por la duda de que lo fuera, no querían quitarme materialmente la vida— actuaron de forma distinta, y me acusaron de agitador contra el poder de Roma (vosotros diríais: "rebelde") para conseguir que Roma me juzgara.

En su aula infame, y en muchas ocasiones durante los tres años de mi ministerio, me habían acusado de blasfemo y falso profeta, así que habría debido ser lapidado por ellos, o, en todo caso, ejecutado. Pero en este caso, para no llevar a cabo materialmente el delito (por el cual sentían por instinto que habrían sido castigados), hacen que lo lleve a cabo materialmente Roma, acusándome de ser un malhechor y un rebelde.

Nada más fácil, cuando las muchedumbres están pervertidas y los jefes demoniados, que acusar a un inocente, para apagar la sed de crueldad y de usurpación y quitar de en medio a quien representa un obstáculo y un juicio. Hemos vuelto a los tiempos de entonces. El mundo, cada cierto tiempo, después de una incubación de ideas perversas, estalla con estas manifestaciones de perversión. Como una inmensa gestante, la multitud, después de haber nutrido en su seno con doctrinas de fiera a su monstruo, lo pare para que devore. Para que devore, primero, a los mejores; luego, a ella misma.

[38]Pilato entra de nuevo en el Pretorio y me dice que me acerque. 604.38
Me hace preguntas.

Ya había oído hablar de mí. Entre sus centuriones, había algunos que repetían mi Nombre con amor agradecido, con lágrimas en los ojos y sonrisa en el corazón, y hablaban de mí como de un benefactor. En sus informes al Pretor —solicitada su opinión sobre este Profeta

que atraía hacia sí a las multitudes y predicaba una doctrina nueva en que se hablaba de un reino extraño, inconcebible para la mente pagana— habían respondido siempre que Yo era un hombre manso, bueno, que no buscaba honores de esta Tierra y que inculcaba y practicaba el respeto y la obediencia hacia las autoridades. Más sinceros que los israelitas, veían y testificaban la verdad.

El domingo anterior, él, atraído por el clamor de la muchedumbre, se había asomado a la calle y había visto pasar, montado en una jumenta a un hombre desarmado, un hombre que iba bendiciendo, rodeado de niños y mujeres. Había comprendido con claridad que no entrañaba un peligro para Roma.

Quiere, pues, saber si Yo soy rey. Movido por su irónico escepticismo pagano, quiere reírse un poco de esa forma de regalidad que monta un asno, que tiene como cortesanos a niños descalzos y a mujeres sonrientes, a hombres del pueblo; de esta forma de regalidad que desde hace tres años predica el desapego por las riquezas y el poder, y que no habla de otras conquistas sino de las de espíritu y alma. ¿Qué es el alma para un pagano? Ni siquiera sus dioses tienen un alma. ¿Podrá tenerla el hombre? Ahora también este rey sin corona, sin palacio, sin corte, sin soldados, le repite que su reino no es de este mundo. Tan verdadero es eso, que ningún ministro se levanta en defensa de su rey, ningún soldado interviene para arrancarlo de las manos de sus enemigos.

Pilato, sentado en su sitial, me escudriña porque para él soy un enigma. Si hubiera liberado su alma de las preocupaciones humanas, de la soberbia del cargo, del error del paganismo, habría comprendido en seguida quién era Yo. Mas ¿cómo podrá la luz penetrar en donde demasiadas cosas ocluyen las aperturas para que entre?

604.39 [39]Siempre ha sido así, hijos. También ahora. *¿Cómo pueden entrar Dios y su luz en un lugar donde no hay espacio para ellos y las puertas y ventanas están trancadas y defendidas por la soberbia, la humanidad, el vicio, la usura, y por muchos, muchos guardianes al servicio de Satanás contra Dios?*

Pilato *no puede* entender qué reino es este reino *mío*. Y *no* pide — y esto es doloroso— que Yo se lo explique. Ante mi invitación a que conozca la Verdad, él, el indomable pagano, responde: "¿Qué es la verdad?", permitiendo que se zanje la cuestión encogiéndose de hombros.

¡Oh hijos, hijos míos! ¡Oh mis Pilatos de ahora! *También vosotros, como Poncio Pilato, dejáis que se zanjen las cuestiones más vitales encogiéndoos de hombros*. Os parecen cosas inútiles, superadas. ¿Qué es la Verdad? ¿Dinero? No. ¿Mujeres? No. ¿Poder? No. ¿Salud física?

No. ¿Gloria humana? No. Entonces, mejor olvidarse; no merece la pena correr tras una quimera. Dinero, mujeres, poder, buena salud, comodidades, honores: éstas son cosas concretas, útiles, cosas apetecibles y que merece la pena alcanzar cueste lo que cueste. Razonáis así. Y, peor que Esaú, trocáis los bienes eternos por un alimento de baja calidad que perjudica a vuestra salud física y os daña en orden a la salud eterna. ¿Por qué no persistís en preguntar: "¿Qué es la Verdad?"? *Ella, la Verdad, sólo pide darse a conocer para instruiros sobre sí.* Está frente a vosotros como frente a Pilato, y os mira con ojos de amor suplicante implorándoos: "Pregúntame. Te instruiré".

¿Ves cómo miro a Pilato? Igual os miro a todos vosotros. Y, si tengo mirada de sereno amor para el que me ama y solicita mis palabras, tengo miradas de amor doliente para aquel que no me ama, no me busca, no me escucha. Pero amor, en todo caso amor, porque el Amor es mi naturaleza.

[40]Pilato me deja donde estoy y no sigue interrogándome. Va a los malvados, que se hacen oír más y se imponen con su violencia. Y este hombre mísero, que no me ha escuchado a mí y que con un gesto de encogerse de hombros ha rechazado mi invitación a conocer la Verdad, los escucha a ellos. Escucha a la Mentira. *La idolatría, bajo cualquier forma en que se presente, siempre tiende a venerar y a aceptar a la Mentira, comoquiera que se presente. Y la Mentira, aceptada por un débil, conduce al débil al delito.* 604.40

También Pilato a las puertas del delito quiere salvarme, una vez, dos veces. Es entonces cuando me manda a Herodes. Bien sabe que el rey astuto, que se mueve entre dos aguas, Roma y su pueblo, actuará de un modo que no perjudicará a Roma y que no significará un choque con el pueblo hebreo. Pero, como todos los débiles, aplaza unas horas esa decisión para la que no se ve con fuerzas, esperando que la agitación plebeya se calme.

* Yo dije: "Que vuestro lenguaje sea: sí, sí; no, no". Pero él no lo ha oído, o, si alguien se lo ha repetido, ha vuelto, como de costumbre, a encogerse de hombros. *Para vencer en el mundo, para obtener honores y lucro, hay que saber hacer del* sí *un* no, *o del* no *un* sí, *según lo que aconseje el buon sentido* (lee: sentido humano).

¡Cuántos, cuántos Pilatos tiene el siglo veinte! ¿Dónde están los héroes del cristianismo que decían "sí", constantemente "sí" a la Verdad y por la Verdad, y "no", constantemente "no" por la Mentira? ¿Dónde están los héroes que saben afrontar el peligro y los acontecimientos con fortaleza de acero y serena prontitud, sin dejar las cosas

* *Yo dije*: en 172.4

para otro momento, porque el Bien debe cumplirse en seguida y del Mal hay que alejarse inmediatamente, sin ningún "pero" y sin ningún "si"?

604.41 [41]Cuando regreso del palacio de Herodes, se produce el nuevo paliativo de Pilato: la flagelación. ¿Cuál era la esperanza de Pilato? ¿No sabía que la masa es una fiera que en cuanto empieza a ver la sangre se vuelve más feroz? Pero Yo debía ser quebrantado para expiar vuestros pecados de la carne. Y me quebrantan. No habrá en todo mi cuerpo un lugar que no reciba golpes. Soy el Hombre de que habla Isaías. Y al suplicio ordenado se añade el no ordenado, el creado por la crueldad humana, el de las espinas.

¿Veis, hombres, a vuestro Salvador, a vuestro Rey, coronado de dolor para liberar vuestra cabeza de los muchos pensamientos pecaminosos que en ella se incuban? ¿No pensáis qué dolor sufrió mi cabeza inocente por pagar por vosotros, por vuestros cada vez más atroces pecados de pensamiento que se transforman en acción? Vosotros, que os sentís ofendidos incluso sin motivo, mirad al Rey ultrajado —y es Dios—, con su sarcástico manto de púrpura desgarrada, con el cetro de caña y la corona de espinas. Es ya un moribundo y le siguen abofeteando con las manos y las burlas. Y ni siquiera os compadecéis de Él. Como los judíos, seguís mostrándome los puños y gritando: "¡Fuera, fuera, no tenemos más Dios que a César!". ¡Oh, idólatras que no adoráis a Dios sino que os adoráis a vosotros mismos y adoráis al que puede más entre vosotros! No aceptáis al Hijo de Dios. No os ayuda en vuestros delitos. Más servicial es Satanás; aceptáis, por tanto, a Satanás. Del Hijo de Dios tenéis miedo. Como Pilato. Y, cuando sentís que se cierne sobre vosotros con su poder, que rebulle en vosotros con la voz de la conciencia que en su nombre os censura, preguntáis como Pilato: "¿Quién eres?".

Sabéis quién soy. Incluso los que me niegan saben que existo y saben quién soy. No mintáis. Veinte siglos están en torno a mí y os ilustran acerca de quién soy, y os instruyen acerca de mis prodigios. Es más perdonable Pilato. No vosotros, que disponéis de una herencia de veinte siglos de cristianismo para sostener vuestra fe, o para inculcárosla, y no queréis saber nada de ello. Y fui más severo con Pilato que con vosotros. *No respondí.* Con vosotros, sin embargo, hablo. Y, no obstante, no consigo convenceros de que soy Yo y de que me debéis adoración y obediencia.

Ahora también, como entonces, me acusáis de ser Yo la causa de mi propio fracaso en vosotros porque no os escucho. Decís que perdéis la fe por esto. ¡Embusteros! ¿Dónde tenéis la fe? ¿Dónde, vuestro amor? ¿Cuándo, pero cuándo, oráis y vivís con amor y fe? ¿Sois

personas importantes? Recordad que lo sois porque Yo lo permito. ¿Sois personas anónimas en medio de la masa? Recordad que no hay otro Dios aparte de mí. Ninguno está por encima de mí, ninguno me precede. Dadme pues ese culto de amor que me corresponde y Yo os escucharé, porque dejaréis de ser bastardos para ser hijos de Dios.

[42]Y ahí tenéis el último intento de Pilato para salvarme la vida, 604.42
supuesto que pudiera salvarla después de la despiadada e ilimitada flagelación. Me presenta a la multitud: "¡Aquí tenéis al Hombre!". A él, humanamente, le inspiro compasión. Espera en la compasión colectiva. Pero, ante la dureza que resiste y la amenaza que avanza, no sabe llevar a cabo un acto sobrenaturalmente justo, y, por tanto, bueno, diciendo: "Le libero porque es inocente. Vosotros sí sois culpables. Y si no disolvéis el tumulto conoceréis el rigor de Roma". Esto es lo que habría debido decir, si hubiera sido un justo; sin calcular el futuro mal que ello le hubiera acarreado.

Pilato es un falso bueno. Bueno es Longino, el cual, menos poderoso que el Pretor, y menos protegido, en medio de la calle, rodeado de pocos soldados y de una multitud enemiga, se atreve a defenderme, a ayudarme, a concederme descansar y tener el consuelo de las mujeres compasivas y ser ayudado por el Cireneo y, en fin, tener a mi Madre al pie de la Cruz. Longino fue un héroe de la justicia y vino a ser, por esto, un héroe de Cristo.

Sabed, hombres que os preocupáis sólo de vuestro bien material, que incluso respecto a éste vuestro Dios interviene cuando os ve fieles a la justicia, que es emanación de Dios. Yo premio siempre a quien actúa con rectitud. Defiendo a quien me defiende. Le amo y le
* socorro. Sigo siendo Aquel que dijo: "El que dé un vaso de agua en mi nombre recibirá recompensa". A quien me da amor, agua que calma la sed de mi labio de Mártir divino, le doy a mí mismo como don, y ello significa protección y bendición».

605. Desesperación y suicidio de Judas Iscariote. Habría podido salvarse todavía si se hubiera arrepentido.

31 de marzo de 1944. Viernes de Pasión. Dos de la madrugada.

[1]Ésta es mi visión penosísima de las primeras horas del Viernes 605.1
de Pasión. Se me presentó mientras hacía la Hora de María Desolada, porque había pensado que pasar la noche, que precede a la Profesión, en compañía de la Virgen de los Siete Dolores era la más her-

* *dijo*, en 265.13

mosa preparación para la Profesión.

605.2 [2]Veo a Judas. Está solo. Vestido de amarillo claro. Lleva un cordón rojo a la cintura. Mi interno consejero me advierte de que hace poco ha sido apresado Jesús, y que Judas, que había huido inmediatamente después de la captura, ahora está a merced de un contraste de pensamientos. Efectivamente, parece una fiera furiosa acosada por una jauría de mastines. Un leve soplo del viento entre las frondas, o el rumor de alguna cosa en las calles, el hilo de agua de una fuentecilla, le hacen sobresaltarse y volverse con sospecha y terror como si se sintiera alcanzado por un verdugo. Tuerce la cabeza yendo cabizbajo, encogido el cuello, tuerce los ojos como quien quisiera ver y tuviera miedo de ver; y, si un juego de luz lunar crea una sombra de apariencia humana, sus ojos se abren como platos, da un salto hacia atrás, se pone más pálido de lo que ya de por sí está, se detiene un instante, para huir luego precipitadamente, volviendo sobre sus pasos, se escurre por entre otras callejuelas, hasta que otro ruido u otro juego de luz le hace detenerse y huir en otra dirección.

Con este paso suyo de demente va hacia el interior de la ciudad. Pero el clamor del pueblo le advierte de que está cerca de la casa de Caifás. Entonces, llevándose las manos a la cabeza y agachándose como si esos gritos fueran piedras lanzadas contra él, huye y huye. Y, huyendo, toma una callejuela que le lleva directamente hacia la casa donde ha tenido lugar la Cena. Se da cuenta cuando está delante de ella, por una fuente que en ese lugar de la calle libera su hilo de agua. El llanto del agua que gotea y cae en la pequeña pila de piedra, y un leve silbido del viento, que introduciéndose por la estrecha calle forma como un reprimido lamento, deben parecerle el llanto del Traicionado y el lamento del Torturado. Se tapa los oídos para no oír, y se aleja, cerrando los ojos para no ver esa puerta por la que pocas horas antes ha pasado con el Maestro, y por la que ha salido para ir por los soldados que le apresaran.

605.3 [3]Corriendo así, con los ojos cerrados, va a chocar contra un perro callejero (el primer perro que veo desde que tengo las visiones), un perro grande, gris, hirsuto, que se aparta gruñendo, preparado para lanzarse contra este que le molesta. Judas abre los ojos y ve las dos pupilas fosforescentes que le miran fijamente, y ve los blancos colmillos descubiertos, que tienen apariencia de risa diabólica. Pega un grito de terror. El perro, tomándolo quizás por un grito de amenaza, arremete contra Judas. Los dos ruedan entre el polvo: Judas debajo, paralizado por el miedo; el perro encima. Cuando el animal deja a su presa, juzgada quizá indigna de una lucha, Judas sangra a causa de dos o tres mordiscos, y su manto presenta algunos, grandes desgarrones.

Un mordisco le ha clavado los dientes justamente en la mejilla, en el sitio exacto donde él besó a Jesús. La mejilla sangra, y la sangre ensucia el cuello de la túnica amarillenta de Judas: empapando el cordón rojo que cierra su túnica por el cuello y haciéndole más rojo aún, es como si le pusiera un collar de sangre. Judas se lleva la mano a la mejilla y mira al perro, que se ha separado pero está aguaitándole bajo el entrante de una puerta, susurra: «¡Belcebú!» y lanzando un nuevo grito huye, seguido durante un tiempo por el perro. Huye hasta el puentecillo de cerca del Getsemaní. Ahí, o porque esté cansado de seguirle, o porque tenga hidrofobia y el agua le aleje, el perro deja a su presa y se vuelve gruñendo. Judas, que se había metido en el torrente para coger piedras y lanzárselas al perro, cuando ve que se aleja, mira a su alrededor, se ve con el agua hasta mitad de las pantorrillas. Sin preocuparse de la túnica, cada vez más mojada, se agacha hacia el agua y bebe como padeciendo ardor febril, y se lava la mejilla que sangra y debe dolerle.

'Bajo la luz de un primer claror de alba, remonta el guijarral: por 605.4
la otra parte, como si tuviera todavía miedo del perro y no se atreviera a volver hacia la ciudad. Recorre algunos metros. Se ve a la entrada del Huerto de los Olivos. Grita: «¡No! ¡No!», al reconocer el lugar. Pero luego —no sé por qué fuerza irresistible o por qué sadismo satánico y criminal— avanza por ese lugar. Busca el sitio donde se ha producido la captura. La tierra del sendero, revuelta por muchas pisadas, la hierba pisoteada en un determinado lugar, sangre en el suelo —quizás la de Malco—, le señalan de que allí ha identificado al Inocente ante los verdugos.

Mira, mira... Luego emite un grito ronco y da un salto hacia atrás. Grita: «¡Esa sangre, esa sangre!...», y la señala —¿a quién?— con el brazo extendido, apuntando con el índice. Bajo la luz, que va aumentando, su cara aparece térrea y espectral. Parece un loco: se le salen los ojos de las órbitas, unos ojos brillantes como por delirio; el pelo, desordenado por la carrera y el terror, parece hirsuto; la mejilla, que se va hinchando, desvía su boca dándole expresión sardónica. La túnica desgarrada, ensangrentada, mojada, lodosa (porque la tierra se ha pegado a la humedad y se ha transformado en barro), le hace parecer un mendigo. El manto, también hecho jirones y lodoso, le pende de un hombro como un trapajo, en que él se enreda cuando, gritando aún: «¡Esa sangre, esa sangre!», retrocede como si esa sangre se hiciera un mar que sube y sumerge.

Judas cae hacia atrás. Se hiere la cabeza, detrás, contra una piedra. Emite un gemido de dolor y miedo. «¿Quién es?» grita. Debe haber pensado que alguien le ha hecho caer para agredirle. Se vuelve

aterrorizado. ¡Nadie! Se levanta. Ahora la sangre gotea también sobre la nuca. El círculo rojo se ensancha en la túnica. *No cae al suelo* * porque es poca. Se la bebe la túnica. Ya parece puesto al cuello el dogal rojo.

605.5 [5]Anda. Encuentra los restos de la pequeña hoguera que había encendido Pedro al pie de un olivo. Pero no sabe que ha sido obra de Pedro y debe creer que allí ha estado Jesús. Grita: «¡Fuera! ¡Fuera!» y con las dos manos extendidas hacia delante parece rechazar a un fantasma que le atormentara. Huye, para terminar justo contra la piedra de la Agonía.

Ya el alba ha roto, y permite ver bien y pronto. Judas ve el manto de Jesús. Está doblado sobre la piedra. Lo conoce. Quiere tocarlo. Tiene miedo. Alarga y retira la mano. Quiere, no quiere. Pero ese manto le cautiva. Gime: «No, no». Luego dice: «¡Sí, por Satanás! Sí, quiero tocarlo. ¡No tengo miedo!». Dice que no tiene miedo, pero le castañean de terror los dientes, y el ruido producido sobre su cabeza por una rama de olivo que, movida por el viento, choca contra un tronco cercano le hace gritar de nuevo. No obstante, se esfuerza y coge el manto. Se ríe. Una risa de loco, de demonio. Una risa histérica, espasmódica, lúgubre, inacabable, porque ha superado su miedo.

Y de hecho lo dice: «No me das miedo, Cristo. Se acabó el miedo. Tenía mucho miedo de ti porque te creía un Dios y un hombre fuerte. Ahora ya no me das miedo porque no eres Dios. Eres un pobre loco, un hombre débil. No has sabido defenderte. No me has reducido a cenizas, como tampoco has leído en mi corazón la traición. ¡Mis miedos!... ¡Qué necio! Cuando hablabas, incluso ayer por la noche, creía que sabías; pero no sabías nada. Era mi miedo el que daba tono de profecía a tus palabras corrientes. Eres una nada. Te has dejado vender, identificar, capturar como un ratón en la hura. ¡Tu poder! ¡Tu origen! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Payaso! ¡El fuerte es Satanás! Más fuerte que Tú. ¡Te ha vencido! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡El Profeta! ¡El Mesías! ¡El Rey de Israel! ¡Y me has tenido subyugado tres años! ¡Con miedo siempre en el corazón! ¡Y tenía que mentir para engañarte con finura cuando quería gozar de la vida! Pero, aunque hubiera robado y fornicado sin toda la astucia que usaba, no me habrías hecho nada. ¡Imbele! ¡Loco! ¡Cobarde! ¡Ten! ¡Ten! ¡Ten! Mi error ha sido no hacer contigo lo que hago con tu manto para vengarme del tiempo en que me has tenido esclavo del miedo. ¡Miedo a un conejo!... ¡Ten! ¡Ten! ¡Ten!».

605.6 [6]A cada "¡Ten!" Judas muerde y trata de desgarrar la tela del

---

* *No cae al suelo,* porque *no debía mezclarse (...) con la Sangre purísima del Inocente,* como se dice en 603.5.

manto. Le arruga entre sus manos. Pero, al hacer esto, lo desdobla, y aparecen las manchas que lo humedecen. Se le bloquea la furia a Judas. Se fija en esas manchas. Las toca. Las huele. Son sangre... Desdobla todo el manto. Se ven bien las marcas que han dejado las dos manos ensangrentadas cuando apretaban la tela contra la cara.

«¡Ah!... ¡Sangre! ¡Sangre! Su sangre... ¡No!». Judas suelta el manto y mira alrededor. También en la piedra en la que Jesús ha apoyado su espalda cuando el Ángel le consolaba hay una oscura señal de sangre que ya se está secando. «¡Ahí!... ¡Ahí!... ¡Sangre! ¡Sangre!...». Baja los ojos para no ver, y ve la hierba toda roja por la sangre que ha goteado sobre ella y que, por el rocío que la ha mantenido licuada, parece sangre recién vertida. Es roja y brilla bajo los primeros rayos de sol. «¡No! ¡No! ¡No! ¡No quiero verla! ¡No puedo ver esa sangre! ¡Auxilio!», y se lleva las manos a la garganta y gesticula como si se estuviera ahogando en un mar de sangre. «¡Atrás! ¡Atrás! ¡Déjame! ¡Déjame! ¡Maldito! ¡Es un mar de sangre! ¡Cubre toda la Tierra! ¡La Tierra! ¡La Tierra! Y en la Tierra no hay sitio para mí, porque no puedo ver esta sangre que la cubre. ¡Soy el Caín del Inocente!».

Creo que la idea del suicidio ha surgido en este momento en ese corazón. La cara de Judas produce miedo.

[7]Baja del desnivel de un salto y huye por el olivar por otro camino distinto del recorrido para ir. Parece perseguido por fieras. Vuelve a la ciudad. Se envuelve como puede en el manto y trata de cubrirse lo más posible la herida y la cara. 605.7

Se dirige al Templo. Pero yendo en esa dirección, en un cruce de calles se encuentra de frente a la gentuza que arrastra a Jesús donde Pilato. No puede retirarse, porque más gente, que acude a ver, le empuja por detrás. Y, siendo alto, por fuerza descuella, y ve. Y encuentra la mirada de Cristo... Las dos miradas se entrelazan un momento. Luego Cristo pasa, atado, recibiendo golpes. Y Judas cae supino, como desvanecido. La masa le pisotea sin piedad, y él no reacciona: debe preferir ser pisoteado por todo un mundo antes que toparse con esa mirada.

[8]Una vez que ha pasado con el Mártir la gritería deicida y la calle está vacía, se levanta y corre hacia el Templo. Choca contra un guardia que está en la puerta del recinto, y casi le derriba. Otros guardias vienen para impedir entrar al energúmeno. Pero él, como un toro furioso, arrolla a todos. A uno que se echa sobre él para impedirle entrar en el aula del Sanedrín, donde están todavía todos reunidos y discutiendo, le agarra por el cuello, aprieta y le arroja abajo por los tres escalones; si no muerto, sin duda, moribundo. 605.8

«No quiero vuestro dinero, malditos» grita erguido en medio del aula, en el lugar donde antes estaba Jesús. Parece un demonio de improviso salido del infierno. Ensangrentado, despeinado, encendido por el delirio, echando baba por la boca, las manos como garras, grita, y tan estridente es su voz, ronca, aulladora, que parece que ladra. «Vuestro dinero, malditos, no lo quiero. Habéis sido mi perdición. Me habéis hecho cometer el mayor de los pecados. ¡Maldito soy, maldito como vosotros! He traicionado la Sangre inocente. Caiga sobre vosotros esa Sangre y mi muerte. Sobre vosotros... ¡No! ¡Ay!...». Judas ve el suelo mojado de sangre. «¿También aquí?, ¿también aquí hay sangre? ¡En todas partes! ¡Su sangre está en todas partes! ¿Pero cuánta sangre tiene el Cordero de Dios, para cubrir de este modo la Tierra sin morir! ¡Y yo la he derramado! Por instigación vuestra. ¡Malditos! ¡Malditos! ¡Malditos para siempre! ¡Maldición a estas paredes! ¡Maldición a este Templo profanado! ¡Maldición al Pontífice deicida! ¡Maldición a los sacerdotes indignos, a los doctores falsos, a los fariseos hipócritas, a los judíos crueles, a los escribas arteros! ¡Maldición a mí! ¡A mí! ¡Tened vuestro dinero y que os estrangule el alma como a mí el dogal», y arroja la bolsa a la cara de Caifás y se marcha emitiendo un grito, mientras las monedas suenan desparramándose por el suelo después de haber golpeado a Caifás en la boca haciéndole sangre.

Ninguno se atreve a retenerle.

605.9 [9]Sale. Corre por las calles. Y faltalmente vuelve a cruzarse otras dos veces con Jesús, que va a la casa de Herodes y vuelve.

Abandona el centro de la ciudad, entrando al azar por las callejuelas más míseras. Y otra vez acaba en la casa del Cenáculo, que está toda cerrada, como abandonada. Se para. La mira. «¡La Madre!» susurra. «¡La Madre!...» Se queda pensativo... «¡Yo también tengo una madre! ¡Y le he matado un hijo a una madre!... No obstante... Quiero entrar... Volver a ver esa habitación. Allí no hay sangre...» Llama con un golpe en la puerta... otro golpe... otro... La dueña de la casa va a abrir y entreabre la puerta. Una rendija... Al ver a ese hombre desfigurado, irreconocible, lanza un grito y trata de cerrar de nuevo la puerta. Pero Judas, empujando bruscamente con el hombro, la abre de par en par y, arrollando a la mujer aterrada, pasa adentro.

Corre hacia la puertecita que da acceso al Cenáculo. La abre. Entra. Un bonito sol entra por las ventanas, completamente abiertas. Judas suelta un respiro de alivio. Entra en la sala. Aquí todo está en calma y silencioso. Las piezas de la vajilla siguen como las dejaron. Se comprende que hasta ahora nadie se ha ocupado de ello. Se po-

dría pensar que vayan a sentarse personas a la mesa. A ésta se acerca Judas. Mira si hay vino en las ánforas. Hay. Beve ávidamente directamente del ánfora, levantándola con las dos manos. Luego se deja caer sentado. Apoya la cabeza sobre los brazos cruzados, encima de la mesa. No se da cuenta de que se ha sentado justo en el sitio de Jesús y que tiene delante el cáliz usado para la Eucaristía. Está inmóvil un rato, hasta que el jadeo de esta gran carrera se calma. Luego levanta la cabeza. Ve el cáliz. Y reconoce dónde se ha sentado.

Se levanta como poseído. Pero el cáliz le cautiva. Un poco de vino rojo hay todavía en el fondo, y el sol, hiriendo el metal —parece plata— enciende ese líquido. «¡Sangre! ¡Sangre! ¡Sangre también aquí! ¡Su Sangre! ¡Su Sangre!... "¡Haced esto en memoria mía!... Tomad y bebed. Ésta es mi Sangre... La Sangre del nuevo testamento, que será derramada por vosotros...". ¡Ay! ¡Maldición a mí! Por mí ya no puede ser derramada para remisión de mi pecado. No pido perdón porque Él no puede perdonarme. ¡Fuera, fuera! No existe ya ningún lugar donde el Caín de Dios pueda conocer la paz. ¡La muerte! ¡La muerte!...».

[10]Sale. Se encuentra a María enfrente, en pie, en la puerta de la 605.10
habitación donde Jesús la ha dejado. Ella, al oír un ruido, se ha asomado, quizá esperando ver a Juan, que falta desde hace muchas horas. Está pálida como una desangrada. Sus ojos, por el dolor, son todavía más parecidos a los de su Hijo. Judas se encuentra con esa mirada que le mira con la misma afligida y consciente cognición con que Jesús le ha mirado en la calle, y, con un «¡oh!» cargado de miedo, se pega a la pared.

«¡Judas!» dice María, «Judas, ¿qué has venido a hacer?». Las mismas palabras de Jesús. Y dichas con amor doloroso. Judas las recuerda y grita.

«Judas» repite María, «¿qué es lo que has hecho? ¿A tanto amor has correspondido traicionando?». La voz de María es caricia trémula.

Judas hace ademán de huir. María le llama con una voz que hubiera debido convertir a un demonio. «¡Judas! ¡Judas! ¡Deténte! ¡Deténte! ¡Escucha! Te lo digo en su nombre: arrepiéntete, Judas; Él perdona...». Judas ya ha huido.

La voz de María, su aspecto, han sido el golpe de gracia, es decir, de desgracia, porque él la resiste.

Va a todo correr. Se topa con Juan, que viene raudo hacia la casa a recoger a María. La sentencia está pronunciada. Jesús va a salir para el Calvario. Es hora de llevar a la Madre donde el Hijo.

Juan reconoce a Judas, a pesar de que quede bien poco del bien

parecido Judas de poco tiempo antes. «¿Tú aquí?» le dice Juan con visible repulsa. «¿Tú aquí? ¡Maldito seas, asesino del Hijo de Dios! El Maestro ha sido condenado. Alégrate, si puedes. Pero deja libre el camino, que voy a recoger a la Madre; que Ella, tu otra Víctima, no te vea, reptil».

605.11 [11]Judas huye. Lleva envuelta la cabeza en los harapos del manto. Ha dejado sólo una abertura para los ojos. La gente, la poca gente que no ha ido hacia el Pretorio, se aparta como si viera a un loco; y es lo que parece.

Vaga por los campos. El viento, de vez en cuando, trae el eco del clamor de la turba, que sigue imprecando contra Jesús. Y Judas, cada vez que este eco le llega, lanza un grito parecido al aullido de un chacal.

Creo que realmente ha enloquecido, porque va, rítmicamente, golpeando la cabeza contra los muretes de piedra; o es que está hidrófobo, porque cuando ve un líquido cualquiera (agua, o la leche que lleva un niño en un recipiente, o el aceite que rezuma de un odre) emite un chillido, emite un chillido y grita: «¡Sangre! ¡Sangre! ¡Su Sangre!». Quisiera beber en los regatos y en las fuentes. No puede porque el agua le parece sangre, y lo dice: «¡Es sangre! ¡Es sangre! ¡Me ahoga! ¡Me quema! ¡Llevo fuego dentro! Su Sangre, la que me ha dado ayer, se ha transformado en fuego dentro de mí! ¡Maldición a mí y a ti!».

605.12 [12]Sube y baja por las lomas que rodean Jerusalén. Y su mirada, sin que pueda evitarlo, se le va hacia el Gólgota. Dos veces ve la fila que serpea por la subida. Mira y grita.

Ya está en la cima. También Judas está en la cima de un pequeño collado cubierto de olivos. Ha entrado en él abriendo una barrera rústica como si él fuera el amo, o, por lo menos, como conociendo bien el lugar. Bueno, tengo la impresión de que Judas no tenía mucho respeto por la propiedad ajena. Erguido, debajo de un olivo que está en el límite de un ribazo, mira hacia el Gólgota. Ve que levantan las cruces y comprende que Jesús ha sido crucificado. No puede ver ni oír, pero el delirio o un maleficio de Satanás le hacen ver y oír como si estuviera en la cima del Calvario.

Mira, mira como alucinado. Gesticula violentamente: «¡No! ¡No! ¡No me mires! ¡No me hables! No lo soporto. ¡Muere, muere, maldito! Que la muerte te cierre esos ojos que me dan miedo, esa boca que me maldice. Pero yo también te maldigo, porque no me has salvado».

La cara está tan desfigurada que ya uno no puede mirarla. Dos hilos de baba cuelgan de la boca, de esa boca que grita. La mejilla mordida está amoratada e hinchada, de forma que la cara se ve de-

formada. El pelo apelmazado. La barba, muy obscura, que ha crecido en los carrillos durante esas horas, dibuja en éstos y en el mentón una mordaza lúgubre. ¿Y los ojos!... Giran, se mueven espasmódicos, tienen fosforescencia. Como un verdadero demonio.

[13]Arranca de su cintura el cordón de ruda lana roja que le ciñe con 605.13
tres vueltas. Prueba su solidez enroscándolo en torno a un olivo y tirando con toda su fuerza. Resiste. Es fuerte.

Elige un olivo que valga para ese fin. Bien, éste es adecuado, este de copa enmarañada que sobresale del límite del ribazo. Trepa al árbol. Asegura fuertemente un cabo a la rama más fuerte y que más sobresale hacia el vacío. Yo ha hecho el nudo corredizo. Mira por última vez hacia el Gólgota. Luego mete la cabeza en el nudo corredizo. Ahora parece tener dos collares rojos en la base del cuello. Se sienta en el límite del ribazo. Luego, de golpe, se deja caer en el vacío.

El nudo le estrangula. Forcejea unos minutos. Pone en blanco los ojos, se pone negro por la asfixia, abre la boca, las venas del cuello se hinchan, se ponen negras. Pega cuatro o cinco patadas al aire en las últimas convulsiones. Luego la boca se abre para pender de ella la lengua obscura y babosa. Los globos oculares quedan al descubierto, saltones, mostrando el bulbo blanquecino inyectado de sangre. El iris desaparece hacia arriba. Está muerto.

El fuerte viento que se ha levantado por la inminente borrasca cimbrea el macabro péndulo y lo hace girar como una horrenda araña colgando del hilo de su telaraña.

La visión termina así. Y espero olvidarme pronto de todo esto, porque le aseguro que es una visión horrenda.

[14]Dice Jesús: 605.14

«Horrenda, pero no inútil. Demasiados creen que Judas cometió una cosa de poca importancia. Es más, algunos llegan a catalogarle de benemérito, pues —dicen— sin él la Redención no se habría producido, y, por tanto, está justificado ante Dios.

En verdad os digo que si el Infierno no hubiera existido —con una existencia perfecta en cuanto a los tormentos— habría sido creado para Judas, incluso más horrendo y eterno. Porque de todos los pecadores y réprobos él es el mayor réprobo y pecador; y para él no habrá, por los siglos de los siglos, mitigación en la condena.

El remordimiento habría podido incluso salvarle, *si hubiera hecho del remordimiento un arrepentimiento*. Pero no quiso arrepentirse, sino que al primer delito de traición —del que todavía la gran misericordia que es mi amorosa debilidad podía compadecerse— unió blasfemias, resistencias a las voces de la Gracia que todavía querían

hablarle a través de los recuerdos, de los sentimientos de terror, a través de mi Sangre y mi manto, a través de mi mirada, a través de los restos de la Eucaristía instituida, a través de las palabras de mi Madre.

Opuso resistencia a todo. *Quiso* resistir, de la misma manera que
605.15 *había querido* traicionar y *quiso* maldecir y *quiso* suicidarse. [15]Lo que cuenta en las cosas es la voluntad, tanto en el bien como en el mal.

Cuando uno cae sin voluntad de caer, Yo perdono. Fíjate en Pedro. Negó. ¿Por qué? Ni siquiera él lo sabía exactamente. ¿Era cobarde Pedro? No. Mi Pedro no era cobarde. Contra la turba y los guardias del Templo había tenido el valor de herir a Malco para defenderme, y se expuso a que le mataran por esto. Luego huyó, sin tener la voluntad de hacerlo; luego negó, sin tener la voluntad de hacerlo. Bien supo después permanecer y caminar por el sangriento camino de la Cruz, por mi Camino, hasta llegar a la muerte de cruz. Bien supo después dar testimonio de mí, hasta el punto de que le mataron por su fe intrépida. Yo defiendo a mi Pedro. Aquello fue el último vahído de su humanidad. Pero en aquel momento no estaba presente la voluntad espiritual: ofuscada por el peso de la humanidad, dormía; cuando se despertó, no quiso permanecer en el pecado y *quiso* ser perfecta. Yo le perdoné en seguida.

605.16 [16]Judas *no quiso*. Dices que parecía loco e hidrófobo. Lo estaba, de rabia satánica.

Su terror al ver al perro, animal raro especialmente en Jerusalén, le vino de que desde tiempo inmemorial se atribuía a Satanás esa forma de aparecerse a los mortales. En los libros de magia se dice incluso ahora que una de las formas preferidas por Satanás para aparecerse es la de un perro misterioso o la de un gato o de un macho cabrío. Judas, ya a merced del terror nacido por causa de su delito, convencido de ser de Satanás por su delito, vio a Satanás en aquel animal callejero.

El culpable ve en todo sombras de miedo. Las crea la conciencia. Y luego Satanás azuza estas sombras que todavía podrían dar el arrepentimiento a un corazón y hace de ellas espectros horrendos que llevan a la desesperación. Y la desesperación lleva al último delito, al suicidio.

¿De qué sirve arrojar el precio de la traición, si este despojo es sólo el fruto de la ira y no está corroborado por una recta voluntad de arrepentimiento? En este último caso, despojarse de los frutos del mal se hace meritorio. Pero así, como lo hizo él, no. Sacrificio inútil.

605.17 [17]Mi Madre —y era la Gracia la que hablaba y mi Tesorera la que

ofrecía perdón en mi Nombre— se lo dijo: "Arrepiéntete, Judas. Él perdona...".

¡Oh, claro que le habría perdonado! Si se hubiera arrojado a los pies de mi Madre diciendo: "¡Piedad!", Ella, la Compasiva, le habría recogido como a un herido y en las heridas satánicas de Judas, por las cuales el Enemigo le había inoculado el Delito, habría derramado su llanto salvífico y me le habría traído, a los pies de la Cruz, de la mano para que Satanás no pudiera aferrarlo ni los discípulos atacarle; me lo habría traído para que mi Sangre cayera antes que sobre otros sobre él, el mayor de los pecadores. Y habría estado Ella —Sacerdotisa admirable ante su altar— entre la Pureza y la Culpa, porque es Madre de los vírgenes y de los santos, pero también es Madre de los pecadores.

Pero él *no quiso.* [18]Meditad sobre el poder de la voluntad, de la cual sois árbitros absolutos. Por ella podéis recibir el Cielo o el Infierno. Meditad sobre lo que quiere decir persistir en la culpa. 605.18

El Crucificado, Aquel que está con los brazos abiertos y clavados para deciros que os ama, y que no quiere, no puede, castigaros porque os ama, y prefiere negarse el poder abrazaros —único dolor de su estar clavado—, antes que tener la libertad de castigaros, ese Crucificado que es objeto de divina esperanza para los que se arrepienten y *quieren* liberarse del pecado, se transforma para los impenitentes en objeto de un horror tal, que los hace blasfemar y usar la violencia contra sí mismos. Son éstos verdugos de su propio espíritu y cuerpo por su persistencia en el pecado. Y el aspecto del Manso, que se dejó inmolar con la esperanza de salvarlos, asume la apariencia de un espectro de horror.

[19]María, te has quejado de esta visión. Pero es el Viernes de Pasión, hija. *Debes* sufrir. A los sufrimientos por mis sufrimientos y los de María, debes unir los tuyos por la amargura de ver a los pecadores seguir siendo pecadores. Ha sido éste un sufrimiento *nuestro.* Debe serlo tuyo. María sufrió, y sufre todavía, por esto, como por mis torturas. Por eso debes sufrir esto. Ahora descansa. Dentro de tres horas serás enteramente mía y de María. Te bendigo, violeta de mi Pasión y pasiflora de María». 605.19

606. Jesús y María son la antítesis de Adán y Eva. Judas Iscariote es el nuevo Caín. La verdadera evolución del hombre es la de su espíritu.

2 de abril de 1944. Domingo de Ramos.

606.1 [1]Dice Jesús:

«La pareja Jesús-María es la antítesis de la pareja Adán-Eva. Es * la destinada a anular toda la actuación de Adán y Eva y poner a la Humanidad de nuevo en el punto en que estaba cuando fue creada: una Humanidad rica en gracia y en todos los dones que el Creador le otorgó. La Humanidad ha experimentado una total regeneración por la obra de la pareja Jesús-María, quienes, así, han venido a ser los nuevos Fundadores de la Humanidad. Todo el tiempo precedente ha quedado anulado. El tiempo y la historia del hombre se cuentan a partir de este momento en que la nueva Eva, por una inversión de términos en la creación, forma de su seno inviolado, por obra del Señor Dios, al nuevo Adán.

Pero para anular las obras de los dos Primeros, causa de mortal enfermedad, de perpetua mutilación, de empobrecimiento (más: de indigencia espiritual, porque después del pecado Adán y Eva se encontraron despojados de todo lo que les había donado, riqueza infinita, el Padre Santo), estos Segundos tuvieron que obrar en todo y por todo, de forma opuesta a la en que obraron los dos Primeros. Por tanto, llevar la obediencia hasta la perfección que se aniquila y se inmola en la carne, en el sentimiento, en el pensamiento, en la voluntad, para aceptar *todo* lo que Dios quiere. Por tanto, llevar la pureza a una castidad absoluta, por la cual la carne... ¿qué fue la carne para Nosotros dos, puros?: velo de agua sobre el espíritu triunfante, caricia de viento sobre el espíritu rey, cristal que aísla al espíritu-señor y no lo corrompe, impulso que eleva y no peso que oprime; esto fue la carne para Nosotros: menos pesada y susceptible de ser sentida que un vestido de lino, leve substancia interpuesta entre el mundo y el esplendor del *yo* sobrehumanado, medio para poner por obra aquello que Dios quería; nada más.

606.2 [2]¿Poseímos el amor? Cierto que sí. *Poseímos el "perfecto amor"*. No es, hombres, amor el hambre carnal que os mueve, ávidos, a saciaros de una carne. Eso es lujuria. Nada más. Esto es tan cierto, que amándoos así —vosotros lo consideráis amor— no sabéis compadeceros recíprocamente, ayudaros, perdonaros. ¿Qué es, entonces, vuestro amor? Es odio. Es únicamente delirio paranoico que os mueve a

---

* *pareja Adán-Eva*, protagonista de *Génesis 1, 26-29; 2, 7-25; 3; 4, 1-16.25-26*, incluida en ello la historia de Caín y Abel a que se hace referencia más abajo.

preferir el sabor de pútridos alimentos antes que el sano, fortalecedor alimento de selectos sentimientos.

Nosotros tuvimos el "perfecto amor". Nosotros, los castos perfectos. Este amor abrazaba a Dios en el Cielo y, a Él unido, como lo están las ramas con el tronco que las nutre, se extendía y descendía distribuyendo magnánimamente descanso, protección, alimento, consuelo, para la Tierra y sus habitantes. Ninguno estaba excluido de este amor. Ni nuestros semejantes ni los seres inferiores ni la naturaleza herbácea ni las aguas ni los astros; ni siquiera los malos quedaban excluidos de este amor. Porque éstos seguían siendo —aunque fuera muertos— miembros del gran cuerpo de la Creación y, por tanto, veíamos en ellos la santa efigie del Señor (aunque fuera, a causa de su maldad, una efigie deformada y ensuciada) que los había formado a su imagen y semejanza.

Nosotros amamos: gozando con los buenos; llorando por los no buenos; orando —amor fáctico que se manifiesta impetrando y obteniendo protección para aquel a quien amamos— orando por los buenos para que fueran cada vez mejores y que fueran acercándose cada vez más a la perfección del Bueno que desde el Cielo nos ama; orando por los que vacilaban entre la bondad y la maldad, para que se fortalecieran y supieran perseverar en el camino santo; orando por los malos, para que la Bondad hablara a su espíritu (incluso abatiéndolos con un rayo de su poder, pero convirtiéndolos al Señor su Dios). Nosotros amamos así, como ningún otro amó. Llevamos el amor a las cimas de la perfección para colmar con nuestro océano de amor el abismo excavado por el desamor de los Primeros, que se amaron a sí mismos más que a Dios, queriendo tener más de lo que era lícito, para ser superiores a Dios.

[3]Por tanto, Nosotros tuvimos que unir a la pureza, a la obedien- 606.3
cia, a la caridad, al desapego de todas las riquezas de la Tierra (carne, poder, dinero: el trinomio de Satanás opuesto al trinomio de Dios, o sea, fe, esperanza, caridad) y oponer al odio, a la lujuria, a la ira, a la soberbia (las cuatro pasiones perversas, antítesis de las cuatro virtudes santas: fortaleza, templanza, justicia, prudencia), tuvimos que unir y oponer una constante práctica de todo lo que se oponía al modo de actuar de la pareja Adán-Eva. Y si mucho nos resultó —por nuestra buena voluntad sin límites— incluso fácil, *sólo el Eterno sabe cuán heroico nos resultó esta práctica en ciertos momentos y en ciertos casos.*

Aquí sólo quiero hablar de uno de estos momentos. Y de mi Madre, no mío; de la nueva Eva, la cual ya había rechazado desde sus más tiernos años las lisonjas usadas por Satanás para seducirla a

morder el fruto y probar aquel sabor que había desquiciado a la compañera de Adán; la nueva Eva que no se había limitado a rechazar a Satanás, sino que le había vencido aplastándole bajo una voluntad de obediencia, de amor, de castidad tan grandes, que él, el Maldito, había resultado aplastado y subyugado.

¡No, ciertamente Satanás no puede alzarse de debajo del calcañar de mi Madre Virgen! Suelta baba y arroja espuma, ruge y blasfema. Pero su baba cae hacia abajo y su grito no toca a esa atmósfera que envuelve a mi Santa, que no siente hedor ni risas burlonas demoniacas, que no ve —ni siquiera ve— la asquerosa baba del Reptil eterno, porque las armonías celestes y los celestes aromas danzan alrededor de Ella enamorados en torno a su bella y santa persona y porque su mirada, más pura que la azucena y más enamorada que la de la paloma arrulladora, mira sólo a su Señor eterno, de quien es Hija, Madre y Esposa.

606.4 [4]Cuando Caín mató a Abel, la boca de su madre profirió las maldiciones que su espíritu, separado de Dios, le sugería contra su prójimo más íntimo: el hijo de sus entrañas profanadas por Satanás y embrutecidas por el intemperado deseo. Y esa maldición fue la mancha en el reino de lo moral humano, de la misma forma que el delito de Caín fue la mancha en el reino de lo animal humano. Sangre sobre la Tierra, derramada por mano fraterna. La primera sangre, que atrae, como milenario imán, toda la sangre que, extraída de las venas del hombre, la mano del hombre derrama. Maldición sobre la Tierra, proferida por boca humana. Como si la Tierra no estuviera ya suficientemente maldecida por causa del hombre rebelde contra su Dios y hubiera necesitado conocer los abrojos y las espinas y la dureza de los terrones, de las sequías, de los granizos, de los hielos, del sol tórrido; esa Tierra que había sido creada perfecta, servida por elementos perfectos para que fuera morada fácil y hermosa para el hombre, su rey.

María debe anular a Eva. María ve al segundo Caín: Judas. María sabe que es el Caín de su Jesús: del segundo Abel. Sabe que la sangre de este segundo Abel ha sido vendida por ese Caín y ya está siendo derramada. Pero no maldice. Ama y perdona. Ama y llama.

¡Oh, maternidad de María mártir! ¡Maternidad tan sublime como esa maternidad tuya virgínea y divina! Esta última ha sido don de Dios, pero la primera, Madre santa, Corredentora, ha sido un don tuyo para ti, porque sólo tú supiste, en aquella hora, quebrantado tu corazón por los flagelos que me habían desgarrado las carnes, decir a Judas esas palabras; solamente tú supiste en aquella hora, mientras sentías ya la cruz partirte el corazón, amar y perdonar.

606.5 [5]María: la nueva Eva. Ella os enseña la nueva religión que lleva

al amor hasta el punto de perdonar a quien mata a un hijo. No seáis como Judas, que cierra su corazón ante esta Maestra de Gracia y se desespera diciendo: "Él no me puede perdonar", poniendo en duda las palabras de la Madre de la Verdad, y, por tanto, mis palabras, que siempre habían repetido que Yo había venido para salvar y no para condenar. Para perdonar a aquel que, arrepentido, viniera a mí.

María: la nueva Eva, recibió también de Dios un nuevo Hijo "en vez de Abel, matado por Caín". Pero no lo tuvo a través de una hora de alegría animal adormecedora del dolor con los vapores de la sensualidad y el cansancio del contentamiento. Lo tuvo en una hora de *dolor total*, al pie de un patíbulo, entre los estertores del Moribundo, que era su Hijo, entre los improperios de una multitud deicida y en medio de una desolación inmerecida y total, porque ya Dios tampoco la consolaba.

La vida nueva empieza para la Humanidad y para cada uno de los seres humanos en María. En sus virtudes y en su modo de vivir, está vuestra escuela. Y en su dolor —que tuvo todos los aspectos, incluso el del perdón al que entregó a la muerte a su Hijo— está vuestra salvación».

[6]Dice Jesús: «Un día volveré a hablarte sobre Caín y los Primeros Padres. Hay mucho que decir y en qué meditar a este respecto». 606.6

5 de abril de 1944.

[7]Dice Jesús: 606.7

«En el Génesis se lee: "Entonces Adán, siendo su mujer la madre de todos los vivientes, le puso el nombre de Eva".

¡Oh, sí! La mujer había nacido de la "Varona" que Dios había formado para que fuera compañera de Adán, sacándola de la costilla del hombre. Había nacido con su destino doloroso porque había *querido* * nacer. Porque había *querido* conocer aquello que Dios le había ocultado reservándose la alegría de darle el gozo de la posteridad sin desdoro sensual. La compañera de Adán quiso conocer el bien que se oculta en el mal y, sobre todo, el mal que se oculta en el bien, en el bien aparente. Seducida por Lucifer, tendió a conocer aquello que sólo Dios podía conocer sin peligro, y se hizo creadora. Pero, usando indignamente esta fuerza de bien, la había corrompido transformándola en acto malo, pues que era desobediencia a Dios y malicia y avidez de la carne.

---

* *había querido nacer*, porque la Varona (la mujer sacada del hombre) pasó a ser Eva (la madre de todos los vivientes) como consecuencia del pecado que quiso cometer.

Ya era ella la "madre". ¡Llanto infinito de las cosas en torno a la inocencia de su reina profanada! ¡Y llanto desolado de la reina ante esa profanación suya, cuya entidad y cuya imposible anulación comprendé! Si las tinieblas y los cataclismos acompañaron la muerte del Inocente, también tinieblas y fuerte tormenta acompañaron a la muerte de la Inocencia y de la Gracia en los corazones de los Progenitores. Había nacido el Dolor en la Tierra. Y la Providencia de Dios no quiso que fuera eterno; de forma que os da, después de años de dolor, la alegría de salir del dolor para entrar en la alegría, si sabéis vivir con corazón recto.

¡Qué desdicha para el hombre si se hubiera hecho humanamente dueño de la vida, viviendo con el recuerdo de sus delitos y con el continuo aumento de éstos, pues que vivir sin pecar os es más imposible que vivir sin respirar, oh criaturas que habíais sido creadas para conocer la Luz y que, por el contrario, fuisteis envenenados por la Tiniebla, que de sí misma os envenenó y os hizo de sí víctimas! ¡La Tiniebla! La Tiniebla os insidia continuamente. Os envuelve, y suscita de nuevo aquello que el Sacramento había borrado; y, dado que no le oponéis la voluntad de ser de Dios, logra envenenaros otra vez con el veneno que el Bautismo había hecho inocuo.

606.8 [8]Dios Padre alejó al hombre —de cuya desobediencia los signos eran manifiestos— del lugar de las delicias paradisíacas, para que no pecase otra vez, y más veces, alzando la mano ladrona hacia el árbol de Vida. El Padre ya no se podía fiar de sus hijos, ni sentirse seguro en su terrestre Paraíso. Satanás había entrado ya una vez, para insidar a sus criaturas predilectas, y, si había podido inducirlos al pecado cuando eran inocentes, con mayor holgura habría podido repetirlo ahora que ya no lo eran.

El hombre había querido poseer todo, no dejando a Dios el tesoro de ser el Generador. Que se marchara, pues, este rey abatido y despojado de sus dones; que se fuera con su riqueza, obtenida con violencia, y que se la llevara consigo a la tierra de exilio, para que le recordara siempre su pecado. La criatura paradisíaca había venido a ser criatura terrestre. Y habrían de pasar siglos de dolor para que el Único que podía extender su mano hacia el fruto de la Vida viniera y recogiera ese fruto para toda la Humanidad; lo recogiera con sus manos atravesadas y se lo diera a los hombres para que volvieran a ser coherederos del Cielo y volvieran a poseer la Vida que no muere nunca.

606.9 [9]Dice también el Génesis: "Adán después conoció a su mujer Eva".

Habían querido conocer los secretos del bien y del mal. Justo era que conocieran ahora también el dolor de deber reproducirse en la

carne con la ayuda directa de Dios sólo para aquello que el hombre no puede crear, o sea, para el espíritu, chispa que parte de Dios, soplo que infunde Dios, sello que en la carne pone el signo del Creador eterno. Y Eva dio a luz a Caín.

Eva estaba cargada de su pecado. Llamo aquí vuestra atención acerca de un hecho que a la mayoría les pasa desapercibido. Eva estaba cargada de su pecado. Y el dolor todavía no había sido sufrido en medida suficiente para disminuir su pecado. Como un organismo cargado de toxinas, ella había transmitido a su hijo todo aquello que en ella pululaba. Y Caín, primer hijo de Eva, había nacido duro, envidioso, iracundo, lujurioso, perverso, poco diferente a las bestias en lo relativo al instinto, mucho más animalesco que las bestias en lo relativo a lo sobrenatural, porque en su *yo* feroz negaba respeto a Dios, a quien miraba como a un enemigo, considerando que le era lícito no darle culto sincero. Satanás le azuzaba a burlarse de Dios. Y quien escarnece a Dios no respeta a nadie en el mundo. De forma que los que están en contacto con los despreciadores del Eterno conocen la amargura del llanto porque no pueden esperar un amor reverente en su prole, ni una seguridad de amor fiel en el consorte, ni una certeza de amistad leal en el amigo.

Numerosas lágrimas surcaron el rostro de Eva y asenderearon su corazón por la dureza del hijo, y pusieron en su corazón el germen del arrepentimiento; numerosas lágrimas que le obtuvieron una disminución de la culpa, porque Dios, ante el dolor de quien se arrepiente, perdona. Y la madre lavó en el llanto el alma de su segundogénito, que fue dulce, respetuoso para con sus padres, devoto hacia el Señor suyo, cuya omnipotencia sentía descender radiante de los Cielos: era la alegría de la mujer caída.

Pero el camino del dolor de Eva debía ser largo y penoso, proporcionado a su camino en la experiencia pecaminosa: en éste, estremecimiento de concupiscencia; en aquél, estremecimiento de aflicción; en éste, besos; en aquél, sangre; de éste, un hijo; de aquél, la muerte de un hijo, la de su predilecto (predilecto por su bondad). Abel se hace instrumento de purificación para la culpable. ¡Pero qué purificación tan dolorosa, que llenó con sus desgarradores gritos la Tierra aterrorizada por el fraticidio, y que mezcló las lágrimas de una madre con la sangre de un hijo, mientras huía perseguido por su remordimiento aquel que, enemistado con Dios y con su hermano, al que Dios amaba, la había derramado!

[10]Dice el Señor a Caín: "¿Por qué andas irritado?". ¿Por qué, si faltas contra mí, te irritas porque no te miro benigno? 606.10

¡Cuántos Caínes hay en la Tierra! Me tributan un culto de des-

precio, un culto hipócrita, o no me tributan ningún culto, y quieren que los mire con amor y los colme de felicidad.

Dios es vuestro Rey, no vuestro siervo. Dios es vuestro Padre, pero un padre no es nunca un siervo, si se juzga según justicia. Dios es justo. Vosotros no lo sois, pero Él sí lo es. Y no puede —pues que os colma de sus beneficios de manera desmedida por el sólo hecho de que le améis un poco— no daros —pues que tanto le despreciáis— sus castigos. La Justicia no conoce dos vías. Su vía es única. Esto hacéis, esto recibís. Si sois buenos, recibís el bien; si sois malos, recibís el mal. Y —creedlo— siempre sobrepasa con mucho el bien que tenéis al mal que deberíais recibir por vuestra manera de vivir, en rebelión contra la Ley divina.

606.11 [11]Dios dijo: "¿No es verdad que si haces el bien recibirás el bien y que si haces el mal el pecado se presentará inmediatamente ante tu puerta?". En efecto, el bien lleva a una constante elevación espiritual y capacita cada vez más para cumplir un bien cada vez mayor, hasta alcanzar la perfección y hacerse santos; por el contrario, basta ceder al mal para degradarse y alejarse de la perfección, y conocer la servidumbre del pecado que entra en el corazón y hace descender a éste, por grados, a una sucesiva y cada vez mayor culpabilidad.

"Pero" sigue diciendo Dios "pero tendrás debajo de ti el deseo del pecado, y debes dominarlo". Sí, Dios no os ha hecho esclavos del pecado; las pasiones están debajo de vosotros, no encima de vosotros. Dios os ha dado inteligencia y fuerza para dominaros. Incluso a los primeros hombres, castigados por el rigor de Dios, les dejó Dios inteligencia y fuerza moral. Y, desde que el Redentor ha consumado por vosotros el Sacrificio, tenéis, como ayuda de la inteligencia y fuerza, los ríos de la Gracia, y podéis, y debéis, dominar el deseo del mal. Con vuestra voluntad fortalecida por la Gracia, debéis hacerlo. Por esto los ángeles de mi Nacimiento le cantaron a la Tierra: "Paz a los hombres de buena voluntad". Yo venía para traer de nuevo la Gracia a los hombres. Mediante la unión de la Gracia con la buena voluntad, los hombres tendrían la Paz. La Paz: gloria del Cielo de Dios.

606.12 [12]"Y Caín dijo a su hermano: 'Vamos afuera'". Una mentira que celaba bajo la sonrisa una traición asesina. La delincuencia siempre practica la mentira, respecto a sus víctimas y respecto al mundo al que trata de engañar; y quisiera engañar incluso a Dios. Pero Dios lee los corazones.

"Vamos afuera". Muchos siglos después, uno dijo: "Salve, Maestro", y le besó. Los dos Caínes escondieron el delito bajo una apariencia inocua y dieron rienda suelta a su envidia, a su ira, a su abusiva violencia y a todos sus malvados instintos, descargando todo ello so-

bre la víctima porque no se habían dominado a sí mismos; antes bien, habían hecho esclavo su espíritu del propio *yo* corrompido.

Eva asciende por el camino de la expiación, Caín desciende por el camino del infierno, y en éste le hunde la desesperación que de él se apodera; y con la desesperación —último golpe mortal asestado al espíritu ya languideciente por su delito— viene el miedo físico, vil, del castigo humano. El que ya no es ser que el Cielo lleve en su memoria, ese hombre de alma muerta, animal es que se estremece por su vida animal. La muerte, cuyo aspecto es sonrisa para los justos, porque por ella van a la alegría de la posesión de Dios, terror es para los que saben que morir quiere decir pasar para siempre del infierno del corazón al infierno de Satanás. Y, como alucinados, ven por todas partes venganza ya pronta para descargarse contra ellos.

[13]Pero sabed —hablo a los justos— sabed que si el remordimiento 606.13
y las tinieblas de un corazón culpable permiten y fomentan las alucinaciones del pecador, a ninguno le es lícito erigirse como juez de su hermano, y mucho menos erigirse como justiciero. Sólo uno es Juez: Dios. Y si la justicia del hombre ha creado sus propios tribunales, éstos tienen la misión de administrar justicia, y ¡ay de los que profanen ese nombre y juzguen movidos por estímulo pasional propio o por presión de poderes humanos!

¡Maldición para aquel que se haga justiciero privado de un semejante suyo! Pero ¡maldición aún mayor para el que sin factores de impulsivo encono, sino movido por frío cálculo humano, consigna a su semejante, sin justicia, a la muerte o al deshonor de la cárcel! Porque si el que mate al que mató recibirá un castigo siete veces mayor —como dijo el Señor que sucedería al que matara a Caín—, el que sin justicia condene, movido de servidumbre hacia Satanás enmascarado de Pujanza humana, recibirá setenta y siete veces el rigor de Dios.

* Esto tendríais que tenerlosiempre presente, especialmente en estos tiempos, hombres que os matáis los unos a los otros para hacer de los caídos la base de vuestro triunfo, y no sabéis que lo que hacéis es excavar bajo vuestros pies la trampa en que os hundiréis maldecidos por Dios y por los hombres; porque Yo dije: "¡No matarás!".

[14]Eva sube por su camino de expiación. El arrepentimiento va cre- 606.14
ciendo en ella ante las pruebas de su pecado. Quiso conocer el bien y el mal. Y el recuerdo del bien perdido es para ella como el recuerdo del Sol para uno que, al improviso, hubiera quedado cegado. El mal está ante ella en los despojos del hijo asesinado; y alrededor, por el

---

* *especialmente en estos tiempos*, porque en 1944 aún ardía la segunda guerra mondial.

vacío creado por el hijo homicida y fugitivo. Y nace Set. Y de Set Enós. El primer sacerdote.

Hincháis vuestra mente con los humos de vuestra ciencia y habláis de evolución como de un signo de vuestra formación espontánea. El hombre-animal, evolucionando, se hará superhombre: esto decís. Sí, así es, pero a mi manera, en mi campo, no en el vuestro; no pasando de la condición de cuadrúmanos a la de hombres, sino de la de hombres a la de espíritus: cuanto más crezca el espíritu, más evolucionaréis.

Vosotros, que habláis de glándulas y os llenáis la boca hablando de hipófisis o pineal y ponéis en ella la sede de la vida —tomada ésta no en el tiempo en que la vivís, sino en los tiempos que han precedido y seguirán a vuestra vida actual—, sabed que la verdadera glándula vuestra, la que hace de vosotros los posesores eternos de la Vida, es el espíritu vuestro. Cuanto más esté éste desarrollado, más poseeréis las luces divinas y más evolucionaréis de hombres a dioses, inmortales dioses, y obtendréis de este modo —sin contravenir al deseo de Dios, a su mandato sobre el árbol de la Vida— la posesión de esta Vida, justamente en la manera en que Dios quiere que la poseáis, pues que Él para vosotros la creó eterna y refulgente, abrazo beatífico con esa eternidad que os absorbe y os comunica sus propiedades.

Cuanto más desarrollado esté el espíritu, más conoceréis a Dios.
606.15 [15]Conocer a Dios quiere decir amarle y servirle y, por tanto, ser capaces de invocarle para uno mismo y para los demás. Venir a ser, pues, los sacerdotes que desde la Tierra oran por los hermanos. Porque es sacerdote el consagrado, sí, pero también lo es el creyente convencido, amoroso, fiel; y lo es, sobre todo, esa alma víctima que por un impulso de caridad se inmola a sí misma.

No es el hábito, sino el corazón, lo que Dios observa. Y en verdad os digo que ante mis ojos aparecen muchos tonsurados que de sacerdotal sólo tienen la tonsura, y muchos laicos en que la Caridad, que los posee y por la que se dejan consumir, es el Óleo de la ordenación que hace de ellos sacerdotes míos, anónimos a los ojos del mundo, pero conocidos por mí, que los bendigo».

607. Juan va a recoger a la Madre.

607.1 [1]10,30 del Viernes Santo de 1944 (7-4-44): hora que mi interno consejero me señala como la hora en que Juan fue donde María.

Veo al predilecto, más pálido aún que cuando estaba con Pedro en

el patio de Caifás. Quizás porque allí la luz del fuego proyectaba un cálido reflejo en su cara. Ahora se le ve ajado, como por causa de una grave enfermedad, y como exangüe. Su cara está tan intensamente pálida —lívida palidez—, que emerge de la túnica malva como la de un ahogado. Y tiene los ojos empañados. El pelo, mate; despeinado. La barba, que ha asomado en esas horas, le pone un velo claro en las mejillas y el mentón, y, siendo rubia clara, da a aquéllas un aspecto aún más pálido. No queda en él nada del dulce y alegre Juan, como tampoco del inquieto Juan que poco antes, con un acceso encendido de desdén en el rostro, a duras penas se ha contenido de pegar a Judas.

Llama a la puerta de la casa y, como si desde dentro alguien, temeroso de encontrarse otra vez a Judas, preguntara que quién llama, responde: «Soy Juan». La puerta se abre y él entra.

También él va inmediatamente al cenáculo, sin responder a la dueña de la casa, que le ha preguntado: «¿Pero qué está pasando en la ciudad?».

Se cierra dentro y cae de rodillas contra el asiento en que estaba Jesús, y llora llamándole con dolor. Besa el mantel en el lugar donde el Maestro ha tenido unidas las manos. Acaricia el cáliz que ha estado entre sus manos... Luego dice: «¡Oh, Dios Altísimo, ayúdame! ¡Ayúdame a decírselo a su Madre! ¡No tengo corazón para ello!... Pero *tengo* que decírselo. ¡*Tengo que decírselo yo*, porque me he quedado solo!».

Se levanta y piensa. Toca entonces el cáliz como para sacar fuerzas de ese objeto tocado por el Maestro. Mira a su alrededor... Ve, todavía en el rincón donde Jesús lo puso, el purificador que usó para secarse las manos después del lavatorio, y el otro que se había puesto en la cintura. Los coge, los dobla, los acaricia, los besa.

Sigue un momento titubeante en medio de la vacía habitación. Dice: «¡Vamos!», pero no va hacia la puerta, sino que vuelve a la mesa y toma el cáliz y el pan cuyo extremo había partido Jesús para extraer el trozo que, untado, iba a dar a Judas. Los besa y, junto con los dos purificadores, los toma y los aprieta contra su corazón, como una reliquia. Repite: «¡Vamos!» y suspira. Se acerca a la escalerita. Sube por ella, encorvado, con paso reluctante y moroso. Abre, sale.

[2]«Juan, ¿has venido?». María aparece de nuevo en la puerta de 607.2
su habitación, apoyándose en la jamba, como quien no tiene fuerzas de mantenerse en pie.

Juan levanta la cabeza y la mira. Abre la boca queriendo hablar, pero no lo consigue: dos lagrimones descienden rodando por sus mejillas. Agacha la cabeza, con un sentido de vergüenza por su debilidad.

«Ven aquí, Juan. No llores. *Tú* no debes llorar. *Tú* le has querido siempre y siempre le has hecho feliz. Que ello te sirva de consuelo».

Estas palabras quitan todo freno al llanto de Juan, que ahora es tan alto y ruidoso que hace que se asomen la dueña de la casa, María Magdalena, la mujer de Zebedeo y las otras...

«Ven conmigo, Juan». María se separa de la jamba y toma de una muñeca al discípulo y tira de él hacia la habitación, como si fuera un niño; luego cierra la puerta despacio, para aislarse con él.

Juan no reacciona. Pero al sentir en su cabeza el contacto de la mano trémula de María, cae de rodillas, deposita en el suelo los objetos que llevaba apretados contra su corazón, y, rostro en tierra, teniendo un borde de la túnica de María apretado contra su convulso rostro, dice entre sollozos: «¡Perdón! ¡Perdón! ¡Madre, perdón!».

María, en pie, acongojada, con una mano en el pecho y el otro brazo pendiendo relajado, con una voz llena de aflicción, dice: «¿Qué es lo que debería perdonarte, ¡pobre hijito mío!? ¿Qué? ¡A ti?».

Juan levanta la cara, mostrándola como es, sin huella alguna de orgullo masculino: una cara de un pobre niño que llora, y grita: «¡El haberle abandonado! ¡El haber huido! ¡No haberle defendido! ¡Oh, Maestro mío! ¡Maestro, perdón! ¡Hubiera debido morir, antes que dejarte! ¡Madre! ¡Madre, ¿quién me quitará algún día este remordimiento?!».

«Paz, Juan. Él te perdona. Ya te ha perdonado. Nunca ha tenido en cuenta este momento tuyo de desconcierto. Te quiere». María habla intercalando pausas entre las breves frases, como en un momento de jadeo, mientras tiene una mano puesta en su pobre corazón, que late fuerte de angustia, y la otra sobre la cabeza de Juan.

«Pero yo no le he sabido comprender ni siquiera ayer por la noche... y me dormí mientras Él nos pedía el consuelo de velar. ¡Dejé solo a mi Jesús! Y luego salí corriendo cuando vino ese maldito con esa gentuza...».

607.3 «Juan, no maldigas. No odies, Juan. Deja al Padre ese juicio. [3]Escucha: ¿Dónde está Él ahora?».

Juan vuelve a caer rostro en tierra, y llora más fuerte.

«Responde, Juan. ¿Dónde está mi Hijo?».

«Madre... yo... Madre, le... Madre...».

«Le han condenado, lo sé. Lo que te pregunto es que dónde está en este momento».

«He hecho todo lo posible porque me viera... He tratado de recurrir a alguien influyente para obtener piedad, para que... para que le hicieran sufrir menos. No le han hecho mucho daño...».

«No mientas, Juan. Ni siquiera por compasión hacia una madre.

No lo conseguirías. Y sería inútil. *Yo sé.* Desde ayer noche le he seguido en su dolor. Tú no lo ves, pero mi carne está magullada por los mismos azotes que Él ha recibido, y en mi frente están las espinas; he sentido los golpes... todo. Pero ahora... ya no veo. ¡Ahora ignoro dónde está mi Hijo, mi Hijo condenado a la cruz!... ¡A la cruz!... ¡A la cruz!... ¡Oh, Dios, dame fuerzas! Él *tiene* que verme. *No debo* sentir *mi* dolor mientras Él esté sintiendo el suyo. Después, cuando todo haya terminado, déjame morir, ¡oh Dios!, si Tú lo quieres. Ahora, no. Por Él, porque me vea. Vamos, Juan. [4]¿Dónde está Jesús?». 607.4

«Está saliendo de la casa de Pilato. Ese clamor es la turba que grita en torno a Él, atado, en los escalones del Pretorio, esperando la cruz o ya caminando hacia el Gólgota».

«Avisa a tu madre, Juan, y a las otras mujeres. Vamos. Recoge ese cáliz, ese pan, esos paños... Mételos aquí. Nos servirán de consuelo... más adelante... Vamos».

Juan recoge los objetos que estaban en el suelo y sale para llamar a las mujeres. María le espera, pasando por su cara esos paños, como buscando en ellos la caricia de la mano de su Hijo, y besa el cáliz y el pan, y pone todo encima de un vasar. Se envuelve estrechamente en su manto, y se cubre con él hasta los ojos, por encima del velo que le envuelve la cabeza y el cuello. No llora, pero sí tiembla. Y jadea tanto, con la boca abierta, que parece faltarle el aire.

Juan entra de nuevo, seguido por las mujeres, que lloran.

«¡Hijas! ¡Callad! ¡Ayudadme a no llorar! Vamos». Y se apoya en Juan, que la guía y la sostiene como si se tratara de una ciega.

La visión cesa así. Son las 12,30 de ahora, o sea, las 11,30 de la hora solar.

608. La vía dolorosa del Pretorio al Calvario.

26 de marzo de 1945.

* [1]Pasa un poco de tiempo así. No más de una media hora, quizás incluso menos. Luego, Longino, encargado de presidir la ejecución, da sus órdenes. 608.1

Pero, antes de que conduzcan a Jesús a la calle para recibir la cruz y ponerse en camino, Longino, que le ha mirado dos o tres veces con una curiosidad que ya se tiñe de compasión, y con esa mirada práctica de la persona que no es nueva en determinadas cosas, se acerca con un soldado y ofrece a Jesús un alivio: una copa de vino,

* *un poco de tiempo*, desde el final de la última visión (del 25 de marzo de 1945) en 604.35.

creo (porque vierte de una cantimplora militar un líquido blondo-róseo claro). «Te confortará. Debes tener sed. Y fuera hace sol. El camino es largo».

Mas Jesús responde: «Que Dios te premie por tu piedad, pero no te prives tú de ello».

«Yo estoy sano y fuerte... Tú... No me privo... Y además... aunque así fuera, lo haría con gusto, por confortarte... Un sorbo... para que yo vea que no aborreces a los paganos».

Jesús no insiste en rechazarlo y bebe un sorbo de esa bebida. Tiene ya desatadas las manos. Tampoco tiene ya la caña ni la clámide. Así que puede beber sin ayuda. Luego ya no quiere más, a pesar de que esa bebida fresca y buena debe significar un gran alivio de la fiebre, que empieza a manifestarse en unas estrías rojas que se encienden en las pálidas mejillas y en los labios secos, agrietados.

«Toma, toma. Es agua y miel. Da fuerzas. Calma la sed... Me produces compasión... sí... compasión... No eres Tú hebreo al que habría que matar... ¡En fin!... Yo no te odio... y trataré de hacerte sufrir sólo lo inevitable».

Pero Jesús no bebe otra vez... Verdaderamente tiene sed... Esa tremenda sed de las personas exangües y de los que tienen fiebre... *Sabe que no es bebida que contenga narcótico* y bebería con ganas. *Pero no quiere sufrir menos.* Y yo comprendo —por luz interna, como lo que acabo de decir— que aún más que el agua melar le alivia la piedad del romano.

«Que Dios te bendiga por este alivio» dice. Y sonríe. Todavía sonríe... una sonrisa lastimosa, con esa boca suya hinchada, herida, que a duras penas puede contraerse (es que también, entre la nariz y el pómulo derecho se está hinchando mucho la fuerte contusión del golpe que ha recibido en el patio interior después de la flagelación).

608.2 [2]Llegan los dos ladrones, cada uno de ellos rodeados por una decuria de soldados.

Es hora de ponerse en marcha. Longino da las últimas órdenes.

Una centuria se dispone en dos filas, distantes unos tres metros entre ellas, y sale así a la plaza, donde otra centuria ha formado un cuadrado para contener a la gente, de forma que no obstaculice a la comitiva. En la pequeña plaza ya hay hombres a caballo: una decuria de caballería mandada por un joven suboficial que lleva las enseñas. Un soldado de a pie lleva de la brida el caballo negro del centurión. Longino sube a la silla y va a su lugar, unos dos metros por delante de los once de a caballo.

Traen las cruces. Las de los dos ladrones son más cortas; la de Jesús, mucho más larga. Según mi apreciación, el palo vertical no tie-

ne menos de cuatro metros.

Veo que la traen ya formada. Sobre esto leí —cuando leía... o sea, hace años— que la cruz fue compuesta en la cima del Gólgota. Que a lo largo del camino los condenados llevaban sólo los dos palos, en haz, sobre los hombros. Todo es posible. Pero yo veo una auténtica cruz, bien armada, sólida, perfectamente encajada en la intersección de los dos brazos y bien reforzada con clavos y tuercas en aquéllos. Efectivamente, si pensamos que estaba destinada a sostener un peso considerable, como es el cuerpo de un adulto, incluso en las convulsiones finales, también de considerable fuerza, se comprende que no podían improvisarla en la estrecha e incómoda cima del Calvario.

Antes de darle la cruz, le pasan a Jesús, por el cuello, la tabla con la inscripción "*Jesús Nazareno Rey de los Judíos*". Y la cuerda que la sujeta se engancha en la corona, que se mueve y que araña donde no estaba ya arañado, y que penetra en otros sitios, causando nuevo dolor, haciendo brotar más sangre. La gente se ríe, de sádica alegría, e insulta y blasfema.

Ya están preparados. Longino da la orden de marcha. «Primero el Nazareno, detrás los dos ladrones. Una decuria alrededor de cada uno, haciendo de ala y refuerzo. Será responsable el soldado que no impida agresión mortal a los condenados».

[3]Jesús baja los tres peldaños que conectan el vestíbulo con la plaza. Y se ve, inmediatamente, que está muy debilitado. Se tambalea al bajar los tres peldaños: estorbado por la cruz, que calca en el hombro, llagado del todo; estorbado por la tabla de la inscripción, que oscila delante y va serrando en el cuello; estorbado por los vaivenes imprimidos al cuerpo por el largo palo de la cruz, que bota en los peldaños y en las escabrosidades del suelo. 608.3

Los judíos se ríen viéndole tambalearse como si estuviera borracho, y gritan a los soldados: «Empujadle, para que se caiga. ¡Que muerda el polvo el blasfemo!». Pero los soldados se limitan a cumplir con su deber, o sea, ordenan al Condenado que se ponga en el centro de la calle y camine.

Longino aguija al caballo y la comitiva empieza a moverse con lentitud. Longino quisiera acortar, tomando el camino más breve para ir al Gólgota, porque no está seguro de la resistencia del Condenado. Pero esta gentuza furiosa —y llamarlos "gentuza" es incluso honroso— no quiere que se haga así. Los más zorros ya se han apresurado a adelantarse, hasta la bifurcación de la calle (una parte va hacia las murallas, la otra hacia la ciudad), y se amotinan y gritan cuando ven que Longino trata de tomar la de las murallas. «¡No te está permitido! ¡No te está permitido! ¡Es ilegal! ¡La Ley dice que los conde-

nados deben ser vistos desde la ciudad donde pecaron!». Los judíos que van en la cola de la comitiva se percatan de que delante se intenta privarlos de un derecho, y unen sus gritos a los de sus compinches.

Intentando calmar los ánimos, Longino tuerce por la vía que va hacia la ciudad, y recorre un trecho de aquélla. Pero hace señas a un decurión de que se acerque (digo "decurión" porque es el suboficial, pero quizás es —diríamos nosotros— su oficial de ordenanza) y le dice algo reservadamente. Éste vuelve hacia atrás al trote y, a medida que va llegando a la altura de cada uno de los jefes de decuria, transmite la orden. Luego vuelve donde Longino para informar de que la orden está cumplida. Acto seguido se pone en el sitio en que estaba: en la fila, detrás de Longino.

608.4 [4]Jesús camina jadeante. Cada bache del camino es una insidia para su pie incierto, una tortura para su espalda lacerada, para su cabeza coronada de espinas y herida por un Sol cenital exageradamente caliente que de vez en cuando se esconde tras un entrecielo plúmbeo de nubes, pero que, aun oculto, no deja de abrasar. Está congestionado por la fatiga, la fiebre y el calor. Pienso que también la luz y los gritos deben torturarle, y, si bien no puede taparse los oídos para no oír esos gritos descompuestos, sí que cierra los ojos para no ver la vía deslumbradora de sol... Pero se ve obligado a abrirlos, porque tropieza en piedras y pisa en baches, y cada tropezón es causa de dolor porque mueve bruscamente la cruz, que choca con la corona, que se descoloca en el hombro llagado y extiende la llaga y hace aumentar el dolor.

Los judíos ya no pueden golpearle directamente. Pero todavía le alcanza alguna piedra y algún golpe con algún palo: lo primero, en las plazas llenas de gente; lo segundo, en las vueltas, por las callejuelas hechas de escalones que suben y bajan, ora uno, ora tres, ora más, por los continuos desniveles de la ciudad. En esos lugares la comitiva, por fuerza, aminora el paso y siempre hay alguno dispuesto a desafiar a las lanzas romanas con tal de dar un nuevo retoque a esa obra maestra de tortura que ya es Jesús.

Los soldados, como pueden, le defienden. Pero incluso al querer defenderle le golpean, porque las largas astas de las lanzas, blandidas en tan poco espacio, le golpean y le hacen tropezar. Pero, llegados a un determinado lugar, los soldados hacen una maniobra impecable y, a pesar de los gritos y las amenazas, la comitiva tuerce bruscamente por una calle que va directamente hacia las murallas, cuesta abajo, una calle que acorta mucho el camino hacia el lugar del suplicio.

Jesús jadea cada vez más. El sudor surca su rostro, junto con la sangre que rezuma de las heridas de la corona de espinas. El polvo

se adhiere a este rostro húmedo poniéndole extrañas manchas. Y es que ahora también hace viento: sucesión de ráfagas separadas por largos intervalos en que se deposita el polvo —introduciéndose en los ojos y en las gargantas— que la racha ha levantado formando torbellinos cargados de detritos.

Junto a la puerta Judicial está ya apiñada una multitud: son los que han tenido la previsión de buscarse con tiempo un buen sitio para ver. Pero, poco antes de llegar a ella, Jesús ya da señales de no tenerse en pie. Sólo la rápida intervención de un soldado —contra el que Jesús casi se derrumba— impide que vaya al suelo. La chusma se ríe y grita: «¡Déjale! Decía a todos: "Levántate". Pues que ahora se levante Él...».

Al otro lado de la puerta hay un pequeño torrente y un puentecito. Nuevo esfuerzo para Jesús el pasar por esas tablas separadas en que rebota aún más fuertemente el largo palo de la cruz. Y nueva mina de proyectiles para los judíos: vuelan piedras del torrente que golpean al pobre Mártir...

608.5 [5]Empieza la subida del Calvario. Es un camino desnudo que acomete directamente la subida, pavimentado con piedras no unidas, sin un hilo de sombra.

Respecto a este punto, cuando leía, también leí que el Calvario tenía pocos metros de altura. Bueno, pues, será así... Ciertamente, no es una montaña; pero una colina, sí; en cualquier caso, no es más bajo que, respecto a los Lungarni, el monte donde está la basílica de San Miniato, en Florencia. Alguno dirá: "¡Poca cosa!". Sí, para uno sano y fuerte es poca cosa. Pero basta tener el corazón débil para sentir si es poca o mucha... Yo sé que, cuando se me enfermó el corazón, aunque todavía fuera en forma benigna, ya no podía subir aquella cuesta sin sufrir mucho y teniendo que pararme cada poco... y no tenía ningún peso a la espalda. Y creo que Jesús después de la flagelación y el sudor de sangre debía tener el corazón muy mal... y no tengo en cuenta más que estas dos cosas.

Jesús, por tanto, subiendo y con el peso de la cruz —que siendo tan larga debe pesar mucho—, sufre agudamente.

Encuentra una piedra saliente. Estando agotado, levanta muy poco el pie, y tropieza. Cae sobre la rodilla derecha. De todas formas, logra sujetarse con la mano izquierda. La gente grita de contento... Se pone en pie de nuevo. Continúa. Cada vez más encorvado y jadeante, congestionado, febril...

El cartel, que le va bailando delante, le obstaculiza la visión. La túnica, que, ahora que va encorvado, arrastra por el suelo por la parte de delante, le estorba el paso. Tropieza otra vez y cae sobre las dos

rodillas, hiriéndose de nuevo en donde ya lo estaba; y la cruz, que se le va de las manos y cae al suelo, tras haberle golpeado fuertemente en la espalda, le obliga a agacharse, para levantarla, y a esforzarse en cargarla sobre las espaldas. Mientras hace esto, aparece netamente visible en el hombro derecho la llaga causada por el roce de la cruz, que ha abierto las muchas llagas de los azotes y las ha unificado en una sola que rezuma suero y sangre, de forma que la túnica blanca está en ese sitio del todo manchada. La gente llega incluso a aplaudir por el contento de verle caer tan mal...

Longino incita a acelerar el paso, y los soldados, con golpes dados de plano con las dagas, instan al pobre Jesús a continuar. Se reanuda la marcha, con una lentitud cada vez mayor, a pesar de todas las incitaciones.

Jesús, disponiendo de todo el camino, se tambalea tanto, que parece completamente ebrio. Va chocándose en las dos filas de soldados, ora contra una, ora contra otra. La gente ve esto y grita: «Se le ha subido a la cabeza su doctrina. ¡Mira, mira como se tambalea!». Y otros —que no son pueblo, *sino sacerdotes y escribas*— dicen burlonamente: «No. Son los festines, todavía humeantes, en casa de Lázaro. ¿Eran buenos? Ahora come *nuestra* comida...», y otras frases parecidas.

608.6 [6]Longino, que se vuelve de vez en cuando, siente compasión y ordena una parada de algunos minutos. La chusma le insulta tanto, que el centurión ordena a los soldados la carga. La masa vil, ante las lanzas refulgentes y amenazadoras, se distancia gritando, bajando sin orden ni concierto por el monte.

Es aquí donde vuelvo a ver, entre la poca gente que ha quedado, al grupito de los pastores, apareciendo tras unas ruinas (quizás de algún murete derrumbado). Desolados, desencajados los rostros, llenos de polvo del camino, lacerados sus vestidos, reclaman con la fuerza de sus miradas la atención de su Maestro. Y Él vuelve la cabeza, los ve... los mira fijamente como si fueran caras de ángeles. Parece calmar su sed y recuperar fuerzas con el llanto de ellos, y sonríe... Se da de nuevo la orden de ponerse en marcha y Jesús pasa justamente por delante de ellos, oyendo su llanto angustioso. Vuelve a duras penas la cabeza bajo el yugo de la cruz y vuelve a sonreír... Sus consuelos... Diez caras... un alto bajo el sol de fuego...

Y en seguida el dolor de la tercera, completa caída. Esta vez no es que tropiece, sino que es que cae por repentino decaimiento de las fuerzas, por síncope. Cae a lo largo. Se golpea la cara contra las piedras desunidas. Permanece en el suelo, bajo la cruz, que se le cae encima. Los soldados tratan de levantarle. Pero, dado que parece muerto, van a informar al centurión. Mientras van y vuelven, Jesús vuel-

ve en sí y, lentamente, con la ayuda de dos soldados, de los cuales uno levanta la cruz y el otro ayuda al Condenado a ponerse en pie, se pone de nuevo en su lugar. Pero está totalmente agotado.

«¡Atentos a que muera en la cruz!» grita la muchedumbre.

«Si se os muere antes, responderéis ante el Procónsul. Tenedlo presente. El reo debe llegar vivo al suplicio» dicen los jefes de los escribas a los soldados.

Éstos, aunque por disciplina no hablan, los fulminan con furiosas miradas.

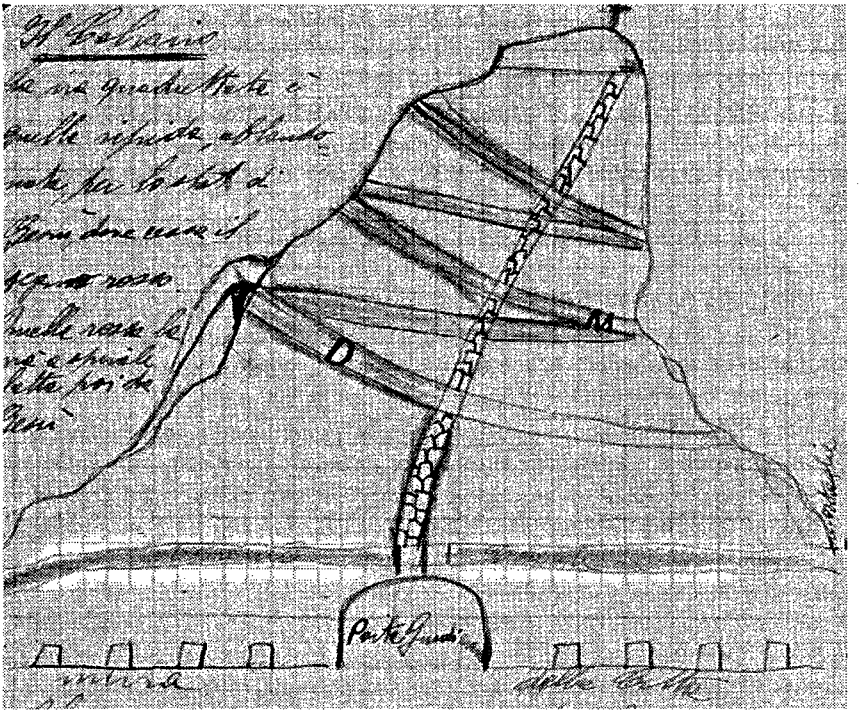
[7]Pero Longino tiene el mismo miedo que los judíos de que Cristo muera por el camino, y no quiere problemas. Sin necesidad de que nadie se lo recuerde, sabe cuál es su deber como comandante de la ejecución, y toma las medidas oportunas al respecto; concretamente da la orden de tomar el camino más largo, que sube en espiral orillando el monte y que, por tanto, tiene menos desnivel, desorientando a los judíos, los cuales ya se han adelantado presurosos por el camino, al que han llegado desde todas las partes del monte, sudando, arañándose al pasar junto a los escasos y espinosos matorrales de este monte yermo y requemado, cayendo en los montones de escombros (como si fuera para Jerusalén una escombrera), sin sentir dolor alguno, sino el de perderse un jadeo del Mártir, una mirada suya de dolor, un gesto aun involuntario de sufrimiento, sin sentir temor alguno, sino el de no conseguir un buen sitio. 608.7

El camino tomado por Longino parece un sendero que, a fuerza de haber sido recorrido, se ha transformado en un camino bastante cómodo.

El cruce de los dos caminos está localizado, aproximadamente, en la mitad del monte. Pero observo que más arriba, en cuatro puntos, el camino directo se ve cortado por este que asciende con menos desnivel, aunque con un recorrido mucho más largo; y en este camino hay personas que suben, pero que *no* participan del indigno jolgorio de los posesos que siguen a Jesús para gozar de sus tormentos. La mayor parte son mujeres, que van llorando veladas. También algún grupito de hombres —en verdad, muy exiguos— que, muy por delante de las mujeres, están para desaparecer de la vista cuando el camino, en su recorrido, orillando el monte, tuerce.

Aquí el Calvario tiene una especie de punta en su caprichosa estructura: de forma de morro por una parte, escarpada por la otra. Trataré de darle una idea de su aspecto tomado de perfil. Pero tengo que volver la página, porque aquí me viene mal por falta de espacio. *

* *espacio.* En el bosquejo que MV pone a continuación pero que se coloca en la página si-



Los hombres desaparecen tras la punta rocosa y los pierdo de vista.

608.8 [8]La gente que seguía a Jesús grita de rabia. Era más bonito para ellos verle caer. Con repugnantes imprecaciones contra el Condenado y contra el que que le guía, parte de ellos se ponen a seguir a la comitiva judicial, y otra parte prosigue, casi corriendo, hacia arriba por el camino empinado, para desquitarse, con un magnífico puesto en la cima, de la desilusión que han experimentado.

Las mujeres, que van llorando —y que se encuentran en el punto

---

guiente por exigencias de la paginación, se lee, al pie, *Puerta Judicial* (*Porta Giudiziaria*), en el centro de las *murallas de la Ciudad (mura della Città)*.Un poco más abajo, en paralelo, está escrita dos veces la palabra *Torrente* (*Torrente*), y en el extremo derecho *huertos* (*ortaglie*). La leyenda de la izquierda dice: *El Calvario. El camino cuadriculado es el empinado, abandonado, por el estado de Jesús, donde termina la señal roja. El rojo es el de trazado en espiral que luego siguió Jesús.* (*Il Calvario. La via quadrettata è quella ripida, abbandonata, per lo stato di Gesù, dove cessa il segno rosso. Quella rossa la via a spirale fatta poi da Gesù*). La señal roja acompaña al camino cuadriculado desde la puerta Judicial hasta el primer cruce con el camino en espiral, que a partir de ahí está recalcado con lapicero rojo y presenta, en dos puntos distintos, las letras D y M, cuya explicación aparece en el texto. El monte está coloreado con lapicero amarillo y el torrente con lapicero azul oscuro.

que señalo con la letra D — se vuelven al oír los gritos, y ven que la comitiva tuerce por ahí. Se detienen entonces, y, temiendo que los violentos judíos las arrojen ladera abajo, se pegan bien al monte. Cubren aún más su cara con los velos. Una va completamente velada, como una musulmana, dejando descubiertos sólo los ojos, negrísimos. Van muy ricamente vestidas, custodiadas por un viejo robusto cuya cara, yendo él todo envuelto en su capa, no distingo; veo sólo su larga barba, más blanca que negra, por fuera de su obscurísima y grande capa.

Cuando Jesús llega a su altura, ellas lloran más fuerte y se inclinan con profunda reverencia. Luego se aproximan resueltamente. Los soldados quisieran mantenerlas a distancia sirviéndose de las astas. Pero la que estaba del todo tapada como una musulmana aparta un instante el velo ante el alférez, que ha llegado a caballo para ver qué obstáculo nuevo es éste. Y el alférez da la orden de dejarla pasar. No puedo ver ni su cara ni su vestido, porque ha apartado el velo con la rapidez de un relámpago y el vestido está enteramente oculto bajo un manto largo que llega hasta los pies, un manto tupido y completamente cerrado por una serie de hebillas. La mano que un instante sale para apartar el velo es blanca y hermosa; y es, junto con los negrísimos ojos, la única cosa que se ve de esta alta dama, que, sin duda, es persona influyente, a juzgar por la forma en que el lugarteniente de Longino la obedece.

[9]Se acercan a Jesús llorando y se arrodillan a sus pies mientras 608.9
Él se detiene jadeante... Jesús, a pesar de todo, sabe sonreír a estas mujeres compasivas y al hombre que las escolta, que se descubre para mostrar que es Jonatán. Pero a él los soldados no le dejan pasar; sólo a las mujeres.

* Una de ellas es Juana de Cusa, y está más maltrecha que cuando agonizaba. De rojo presenta sólo los surcos del llanto. Todo el resto de la cara es níveo, con esos dulces ojos negros que, tan empañados como están, parecen ahora de un violeta obscurísimo, como ciertas flores. Tiene en su mano una ánfora de plata, y se la ofrece a Jesús, el cual no la acepta. Pero es que, además, su jadeo es tan fuerte, que ni siquiera podría beber. Con la mano izquierda se seca el sudor y la sangre que le caen en los ojos y que, deslizándose por las mejillas lívidas y por el cuello (cuyas venas están túrgidas con el afanoso palpitar del corazón), humedecen toda la pechera de la túnica.

Otra mujer —a su lado tiene una joven sirviente— abre una arqueta que ésta lleva en los brazos y saca un lienzo finísimo, cuadrado, que le ofrece al Redentor. Jesús lo acepta. Y, dado que no puede

---

* *cuando agonizaba*, en 102.7.

por sí solo con una mano, esta mujer compasiva le ayuda a ponérselo en el rostro, con cuidado de no chocar en la corona. Y Jesús aplica el fresco lienzo a su pobre faz. Lo mantiene así como si en ello hallara un gran alivio.

Luego devuelve el lienzo y habla: «Gracias, Juana. Gracias, Nique,... Sara,... Marcela,... Elisa,... Lidia,... Ana,... Valeria,... y a ti... Pero... no lloréis... por mí... hijas de... Jerusalén... sino por los pecados... vuestros y... de vuestra ciudad... Da gracias... Juana... por no tener... ya hijos... Mira... es compasión de Dios... el no... no tener hijos... para que... sufran por... esto. Y también... tú, Isabel... Mejor... como sucedió... que entre los deicidas... Y vosotras... madres... llorad por... vuestros hijos, porque... esta hora no pasará... sin castigo... ¡Y qué castigo, si esto es así para... el Inocente!... Lloraréis entonces... el haber concebido... amamantado y el... tener todavía... a los hijos... Las madres... en aquella hora... llorarán porque... en verdad os digo... que será dichoso... el que en aquella hora... caiga primero... bajo los escombros... Os bendigo... Marchaos... a casa... orad... por mí. Adiós, Jonatán... llévatelas...».

Y en medio de un alto clamor de llanto femenino y de imprecaciones judías, Jesús reanuda su camino.

608.10 [10]Jesús está otra vez todo mojado de sudor. Sudan también los soldados y los otros dos condenados, porque el sol de este día borrascoso abrasa como el fuego, y la ladera ardiente del monte aumenta el calor solar.

Fácil es imaginarse lo que significará este sol en la túnica de lana de Jesús puesta sobre las heridas de los azotes... y horrorizarse... Pero no emite un solo quejido. Eso sí —a pesar de que el camino esté mucho menos empinado y no tenga esas piedras desunidas, tan peligrosas para sus pies, que en realidad ya sólo se arrastran—, se tambalea cada vez más, y otra vez vuelve a ir de una fila de soldados a la otra, chocándose, y encorvándose cada vez más.

Piensan que será una solución pasarle una cuerda por la cintura y tenerlo sujeto por los cabos como si fueran riendas. Sí, esto lo sostiene, pero no le alivia el peso. Es más, la cuerda, chocando en la cruz hace que ésta se mueva continuamente en el hombro y que golpee en la corona, que verdaderamente ha hecho ya de la frente de Jesús un tatuaje sangrante. Además, la cuerda va rozando la cintura, donde hay muchas heridas, y ciertamente las abrirá de nuevo; tanto es así que la túnica blanca se tiñe, en la zona de la cintura, de un rojo pálido. Por ayudarle, le hacen sufrir más todavía.

608.11 [11]El camino prosigue. Dobla la ladera del monte. Vuelve casi al frente, hacia el camino escarpado. Aquí, en el sitio que señalo con la

letra M, está María con Juan. Yo diría que Juan la ha llevado a ese lugar de sombra, detrás de la escarpa del monte, para procurarle un poco de alivio. Es la parte más abrupta, sólo orillada por ese camino. Hacia arriba y hacia abajo, la ladera, sea hacia arriba, sea hacia abajo, tiene áspero declive, de forma que, por este motivo, los crueles judíos la han descartado. Allí hay sombra porque yo diría que es la parte septentrional. Y María, estando pegada al monte, se ve al amparo del sol. Está apoyada en la ladera térrea; de pie, pero ya exhausta. Jadea también ella, pálida como una muerta, con su vestido azul obscurísimo, casi negro. Juan la mira con una piedad desolada. También él ha perdido todo rastro de color y está térreo. Sus ojos, cansados y abiertísimos. Despeinado. Ahondados los carrillos, como por enfermedad.

Las otras mujeres (María y Marta de Lázaro, María de Alfeo y de * Zebedeo, Susana de Caná, la dueña de la casa y otras que no conozco) están en medio del camino y observan si viene el Salvador. Y, cuando ven que llega Longino, se acercan a María para avisarla. Entonces María, sujetada de un codo por Juan, majestuosa en medio de su dolor, se separa de la pared del monte y se pone resueltamente en medio del camino, apartándose sólo cuando llega Longino, quien desde su caballo negro mira a esta pálida Mujer y a su acompañante rubio, pálido, de mansos ojos de cielo como Ella. Y Longino menea la cabeza mientras la sobrepasa seguido por los once que van a caballo.

María trata de pasar por entre los soldados de a pie. Pero éstos, que tienen calor y prisa, tratan de rechazarla con las lanzas (y mucho más si se considera que desde el camino solado vuelan piedras como protesta contra tantos gestos de compasión). Son los judíos, que siguen imprecando por la pausa causada por las pías mujeres. Dicen: «¡Rápido! Mañana es Pascua. ¡Hay que acabar todo esto antes de que anochezca! ¡Cómplices! ¡Burladores de nuestra Ley! ¡Opresores! ¡Muerte a los invasores y a su Cristo! ¡Le quieren! ¡Fijaos cómo le quieren! ¡Pues lleváoslo! ¡Metedle en vuestra maldita Urbe! ¡Os lo cedemos! ¡Nosotros no queremos tenerle! ¡Las carroñas para las carroñas! ¡Las lepras para los leprosos!».

[12]Longino se cansa y espolea al caballo, seguido por los diez lanceros, contra la jauría insultante, que por segunda vez huye. Y, haciendo esto, Longino ve parado un pequeño carro (sin duda, ha subido desde los huertos que están al pie del monte), un pequeño carro que espera con su carga de verduras a que pase la turba para bajar a la 608.12

* *no conozco*, porque la fecha de la presente visión precede a la de la mayor parte de las visiones de la vida pública de Jesús.

ciudad. Creo que un poco de curiosidad propia y de los hijos ha hecho al Cireneo subir hasta allí, porque de ninguna manera tenía necesidad de hacerlo. Los dos hijos, tumbados encima del montón glauco de las verduras, miran cómo huyen los judíos y se ríen de ellos. El hombre, sin embargo, un hombre robustísimo de unos cuarenta o cincuenta años, en pie, junto al burro que, asustado, trata de recular, mira atentamente hacia la comitiva.

Longino le mira detenidamente. Piensa que le puede servir. Ordena: «Hombre, ven aquí».

El Cireneo finge no oír. Pero con Longino no se juega. Repite la orden de una forma que el hombre lanza los ramales a uno de sus hijos y se acerca.

«¿Ves a ese hombre?» pregunta. Y al decirlo se vuelve para señalar a Jesús. Y, en esto, ve a María, suplicando a los soldados que la dejen pasar. Siente compasión de ella y grita: «Dejad pasar a la Mujer». Luego vuelve a hablarle al Cireneo: «No puede proseguir cargado así. Tú eres fuerte. Toma su cruz y llévala por Él hasta la cima».

«No puedo... Tengo el burro... es rebelde... Los chicos no saben dominarle...».

Pero Longino dice: «Ve, si no quieres perder el asno y ganarte veinte golpes de castigo».

El Cireneo ya no se atreve a oponer más resistencia. Da una voz a los muchachos: «Id a casa. Pronto. Decid que llego en seguida», luego se acerca a Jesús.

608.13 [13]Llega en el preciso momento en que Jesús se vuelve hacia su Madre —sólo entonces Él la ve venir, y es que caminaba tan encorvado y con los ojos tan cerrados, que era como si estuviera ciego—, y grita: «¡Mamá!».

Es la primera palabra que expresa su sufrimiento, desde cuando está siendo torturado. Y es que en ese grito se contiene la confesión de todo su tremendo dolor, de cada uno de sus dolores, de espíritu, de su parte moral, de su carne. Es el grito desgarrado y desgarrador de un niño que muere solo, entre verdugos, entre las peores torturas... y que hasta de su propia respiración siente miedo. Es el lamento de un niño delirante angustiado por visiones de pesadilla... Y llama a la madre, a la madre, porque sólo el fresco beso de ella calma el ardor de la fiebre, y su voz ahuyenta a los fantasmas, y su abrazo hace menos temible la muerte...

María se lleva la mano al corazón como si hubiera sentido una puñalada. Se tambalea levemente. Pero se recupera, acelera el paso y, mientras va hacia su Criatura lacerada tendiendo hacia Él los brazos, grita: «¡Hijo!». Pero lo dice de una forma tal, que el que no tiene

corazón de hiena lo siente traspasado por ese dolor.

Veo que incluso entre los romanos —y son hombres de armas, no noveles en materia de muertes, marcados por cicatrices...— hay un impulso de piedad. Y es que la palabra "¡Mamá!" y la palabra "¡Hijo!" conservan siempre su valor y lo conservan para todos aquellos que —lo repito— no son peores que las hienas, y son pronunciadas y comprendidas en todas partes, y en todas partes provocan olas de piedad...

El Cireneo siente esta piedad... Y dado que ve que María no puede, a causa de la cruz, abrazar a su Hijo y que después de haber tendido los brazos los deja caer de nuevo convencida de no poder hacerlo —y se limita a mirarle, queriendo expresar una sonrisa, una sonrisa que es martirial, para infundirle ánimo, mientras sus temblorosos labios beben el llanto; y Él, torciendo la cabeza bajo el yugo de la cruz, trata, a su vez, de sonreírle y de enviarle un beso con los pobres labios heridos y abiertos por los golpes y la fiebre—, pues se apresura a quitar la cruz (y lo hace con delicadeza de padre, para no chocar con la corona o rozar las llagas).

Pero María no puede besar a su Criatura... Hasta el más leve toque sería una tortura en esa carne lacerada. María se abstiene de hacerlo, y, además... los sentimientos más santos tienen un pudor profundo, requieren respeto o, al menos, compasión, mientras que aquí lo que hay es curiosidad y, sobre todo, escarnio: se besan sólo las dos almas angustiadas.

[14]La comitiva, que se pone de nuevo en marcha, movida por las ondas del gentío furibundo que desde atrás empuja, los separa, y aparta a la Madre —blanco de las burlas de todo un pueblo— contra la pared del monte... 608.14

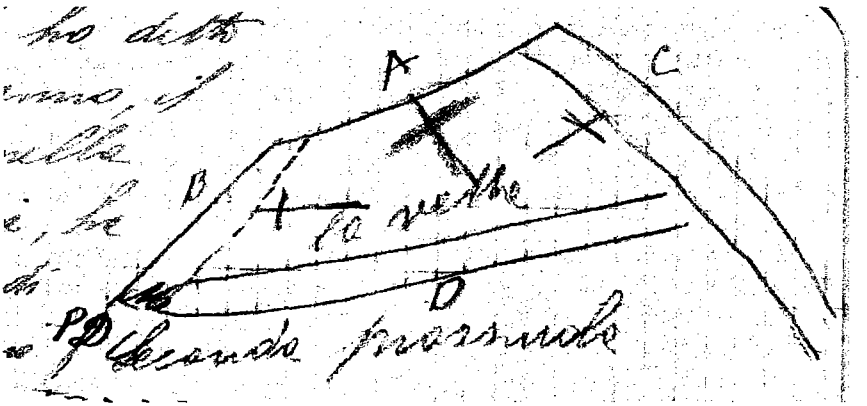
Ahora, detrás de Jesús, va el Cireneo con la cruz. Jesús, libre de ese peso, prosigue mejor. Jadea fuertemente, se lleva frecuentemente la mano al corazón, como sintiendo un gran dolor, como si tuviera ahí una herida, en la región esternocardiaca; y ahora, que puede hacerlo por no tener atadas las manos, se echa hacia atrás, hasta por detrás de las orejas, el pelo que le caía por delante empapado de sangre y sudor, para sentir aire en su cara cianótica, y se desata el cordón del cuello por la dificultad de respiración... Pero puede andar mejor.

María se ha retirado con las mujeres. Se pone al final de la comitiva una vez que ésta ha pasado, y luego, por un atajo, se dirige hacia la cima del monte, desafiando las injurias de la chusma inhumana.

Ahora que Jesús está libre, recorren con bastante brevedad la última espira del monte. Ya están cercanos a la cima, toda llena de

gentío vociferante.

Longino se detiene y da la orden de que *todos, implacablemente,* sean apartados más hacia abajo, para que la cima, lugar de ejecución, esté libre. Y media centuria pone por obra la orden: vienen al sitio y rechazan sin piedad a todos los que allí se encuentran, haciendo uso para ello de dagas y astas. Bajo la granizada de cimbronazos y palos, los judíos de la cima huyen. Intentan colocarse en la explanada que está más abajo; pero los que ya están en ella no ceden, siendo así que se encienden riñas furibundas entre la gente. Parecen todos locos.



608.15 [15]Como le dije el año pasado, el Calvario, en su cima, tiene la forma de un trapecio irregular levemente más alto por el lado A, tras el cual el monte desciende a pico hasta más de la mitad de su ladera. En este espacio están ya preparados tres agujeros profundos, recubiertos por dentro de ladrillo o pizarra; en definitiva, hechos con este fin concreto. Al lado de ellos hay piedras y tierra ya preparadas para calzar las cruces. De otros agujeros, sin embargo, no han sacado las piedras. Se ve que los van vaciando según el número que se requiere cada vez. *

Más abajo de la cima trapezoidal, por la parte en que el monte no desciende con fuerte desnivel, hay una especie de plataforma que constituye un rellano de suave declive. De éste salen dos anchos senderos que bordean la cima, quedando así ésta aislada por todos los lados y elevada al menos dos metros.

Los soldados que han apartado de la cima a la gente dominan con

* *Como le dije* (al Padre Migliorini) *el año pasado*, en la visión descrita el 18 de febrero de 1944, que forma parte de una "Pasión" más compendiada, come se explica en una nota de 587.13.

persuasivos golpes de astas las riñas y abren paso para que la comitiva pueda marchar sin obstáculos en el último trecho del camino. Y se quedan allí formando cordón mientras los tres condenados encuadrados por los soldados de a caballo y protegidos por la otra media centuria por detrás, llegan hasta el punto en que los detienen: al pie de ese palco natural elevado que es la cima del Gólgota.

[16]Mientras se desarrollan estos hechos, advierto la presencia de 608.16
las Marías en el punto que señalo con una M. Un poco detrás de ellas, están Juana de Cusa y otras cuatro de las damas de antes. Las otras se han marchado. Deben haberse ido solas, porque Jonatán está ahí, detrás de su señora. Ya no está la mujer a la que nosotros llamamos Verónica y Jesús ha llamado Nique, y, lo mismo que ella, falta también su doméstica; y tampoco está la mujer que iba completamente velada y fue obedecida por los soldados. Veo a Juana, a la anciana de nombre Elisa, a Ana (es la dueña de aquella casa a donde
* Jesús va durante la vendimia del primero año) y a otras dos que no sé identificar mejor.

Detrás de estas mujeres y de las Marías, veo a José y a Simón de Alfeo, y a Alfeo de Sara junto con el grupo de los pastores. Han peleado con los que querían cerrarles el paso y los insultaban, y la fuerza de estos hombres, multiplicada por el amor y el dolor, ha sido tan violenta que han vencido y han creado una semicírculo libre contra el que los vilísimos judíos no se atreven sino a lanzar gritos de muerte y a amenazar con los puños; no más, porque los cayados de los pastores son nudosos y pesados y a estos jabatos —no hablo impropiamente llamándolos así, porque se requiere un gran valor para enfrentarse a toda una población hostil, siendo pocos, conocidos como galileos o seguidores del Galileo— no les falta ni fuerza ni tino. ¡Es el único punto de todo el Calvario donde no se blasfema contra el Cristo!

El monte hormiguea de gente en los tres lados que no descienden con fuerte declive. Ya no se ve la tierra amarillenta y desnuda, la cual, bajo el sol que aparece y se oculta, parece un prado florecido lleno de corolas de todos los colores, debido a que está cubierta por una gran cantidad de gorros y mantos de esos sádicos. Pasado el torrente, por el camino, más gente; dentro del recinto de las murallas, más gente; en las terrazas, más gente. El resto de la ciudad, despoblado... vacío... silencioso: todo está aquí, todo el amor y todo el odio; todo el Silencio que ama y perdona, todo el Clamor que odia e impreca.

[17]Mientras los hombres encargados de la ejecución preparan sus 608.17

* *durante la vendimia del primer año*, en el capítulo 108. La observación puesta entre paréntesis al pie de la página del cuaderno autógrafo parece haber sido añadida posteriormente por MV.

instrumentos y terminan de vaciar los agujeros, y mientras los condenados esperan en el centro de su cuadrado, los judíos, refugiados en el ángulo opuesto a las Marías, insultan a éstas, y también a la Madre: «¡Muerte a los galileos! ¡Muerte! ¡Galileos! ¡Galileos! ¡Malditos! Muerte al blasfemo galileo. ¡Clavad en la cruz también al vientre que le llevó! ¡Fuera las víboras que dan a luz a los demonios! ¡Muerte a ellas! ¡Limpiad Israel de las hembras que se unen con el macho cabrío!...».

Longino, que ha desmontado del caballo, se vuelve y ve a la Madre... Ordena que se haga cesar ese barullo... La media centuria que estaba detrás de los condenados carga contra la chusma y libera del todo el rellano inferior. Y los judíos se echan a correr por el monte, pisándose unos a otros. Echan pie a tierra también los otros soldados. Uno de ellos toma los once caballos además del del centurión y los lleva a la sombra, a espaldas de la ladera B del monte.

El centurión se encamina hacia la cima. Juana de Cusa se acerca a él, le para; le da el ánfora y una bolsa, luego se retira llorando, y va al saliente del monte, donde están las otras.

608.18 [18]Arriba está todo preparado. Se hace subir a los condenados. Jesús pasa otra vez cerca de su Madre, la cual emite un gemido que Ella misma trata de ahogar llevándose a la boca el manto.

Los judíos ven esto y se ríen, y se burlan. Juan, el manso Juan, que tiene un brazo pasado por los hombros de María para sostenerla, se vuelve con una mirada fiera, una mirada incluso fosforescente; si no debiera tutelar a las mujeres, yo creo que cogería a alguno de esos cobardes por el cuello.

En cuanto llegan los condenados al palco malhadado, los soldados circundan la explanada por tres de sus lados. Sólo queda vacío el lado que desciende a pico.

El centurión da al Cireneo la orden de que se vaya. Y éste se marcha, a regañadientes ahora. No diría que por sadismo, sino por amor. Tanto es así, que se para junto a los galileos y comparte con ellos los insultos que la muchedumbre propina a este escuálido grupo de fieles del Cristo.

Los dos ladrones, blasfemando, arrojan al suelo sus cruces. Jesús calla.

La vía dolorosa ha terminado.

609. La crucifixión, la muerte y el descendimiento.

27 de marzo de 1945.

[1]Cuatro hombres fornidos, que por su aspecto me parecen judíos, 609.1
y judíos más merecedores de la cruz que los condenados, ciertamente de la misma calaña de los flageladores, y que estaban en un sendero, saltan al lugar del suplicio. Van vestidos con túnicas cortas y sin mangas. Tienen en sus manos clavos, martillos y cuerdas. Y muestran burlonamente estas cosas a los tres condenados. La muchedumbre se excita envuelta en un delirio cruel.

El centurión ofrece a Jesús el ánfora, para que beba la mixtura anestésica del vino mirrado. Pero Jesús la rechaza. Los dos ladrones, por el contrario, beben mucha. Luego, junto a una piedra grande, casi en el borde de la cima, ponen esta ánfora de amplia boca de forma de tronco de cono invertido.

[2]Se da a los condenados la orden de desnudarse. Los dos ladrones 609.2
lo hacen sin pudor alguno. Es más, se divierten haciendo gestos obscenos hacia la muchedumbre, y especialmente hacia el grupo sacerdotal, todo blanco con sus túnicas de lino, grupo que, a la chita callando y haciendo uso de su condición, ha vuelto al rellano. A los sacerdotes se han unido dos o tres fariseos y otros prepotentes personajes a quienes el odio hace amigos entre sí. Y veo a personas ya conocidas, como el fariseo Jocanán e Ismael, el escriba Sadoq, Elí de Cafarnaúm...

Los verdugos ofrecen tres trapajos a los condenados para que se los aten a la ingle. Los ladrones los agarran mientras profieren blasfemias aún más horrendas. Jesús, que se está desvistiendo lentamente por el agudo dolor de las heridas, lo rehúsa. Quizás cree que conservará el calzón corto que pudo tener durante la flagelación. Pero, cuando le dicen que también se lo quite, tiende la mano para mendigar el trapajo de los verdugos para cubrir su desnudez: verdaderamente es el Anonadado, hasta el punto de tener que pedir un trapajo a unos delincuentes.

Pero María se ha percatado y se ha quitado el largo y sutil lienzo blanco que le cubre la cabeza por debajo del manto obscuro; un velo en el que Ella ha derramado ya mucho llanto. Se lo quita sin dejar caer el manto. Se lo pasa a Juan para que se lo dé a Longino para su Hijo. El centurión toma el velo sin poner dificultades, y cuando ve que Jesús está para desnudarse del todo, vuelto no hacia la muchedumbre sino hacia la parte vacía de gente —mostrando así su espalda surcada de moraduras y ampollas, sangrante por heridas abiertas

o a través de obscuras costras—, le ofrece el velo materno de lino. Jesús lo reconoce y se lo enrolla en varias veces en torno a la pelvis, asegurándoselo bien para que no se caiga... Y en el lienzo —hasta ese momento mojado sólo de llanto— caen las primeras gotas de sangre, porque muchas de las heridas, mínimamente cubiertas de coágulo, al agacharse para quitarse las sandalias y dejar en el suelo la ropa, se han abierto y la sangre de nuevo mana.

609.3 [3]Ahora Jesús se vuelve hacia la muchedumbre. Y se ve así que también el pecho, los brazos, las piernas, están llenos de golpes de los azotes. A la altura del hígado hay un enorme cardenal. Bajo el arco costal izquierdo hay siete nítidas estrías en relieve, terminadas en siete pequeñas laceraciones sangrantes rodeadas de un círculo violáceo... un golpe fiero de flagelo en esa zona tan sensible del diafragma. Las rodillas, magulladas por las repetidas caídas que ya empezaron inmediatamente después de la captura y que terminaron en el Calvario, están negras por los hematomas, y abiertas por la rótula, especialmente la derecha, con una vasta laceración sangrante.

La muchedumbre le escarnece como en coro: «¡Qué hermoso! ¡El * más hermoso de los hijos de los hombres! Las hijas de Jerusalén te adoran...». Y empiezan a cantar, con tono de salmo: «Cándido y rubicundo es mi dilecto, se distingue entre millares. Su cabeza es oro puro; sus cabellos, racimos de palmera, sedeños como pluma de cuervo. Sus ojos son como dos palomas chapoteando en arroyos de leche, que no de agua, en la leche de sus órbitas. Sus mejillas son aromáticos cuadros de jardín; sus labios, purpúreos lirios que rezuman preciosa mirra. Sus manos torneadas como trabajo de orfebre, terminadas en róseos jacintos. Su tronco es marfil veteado de zafiros. Sus piernas, perfectas columnas de cándido mármol con bases de oro. Su majestuosidad es como la del Líbano; su solemnidad, mayor que la del alto cedro. Su lengua está empapada de dulzura. Toda una delicia es él»; y se ríen, y también gritan: «¡El leproso! ¡El leproso! ¿Será que has fornicado con un ídolo, si Dios te ha castigado de este modo? ¿Has murmurado contra los santos de Israel, como María de Moisés, pues que has recibido este castigo? ¡Oh! ¡Oh! ¡El Perfecto! ¿Eres el Hijo de Dios? ¡Qué va! ¡Lo que eres es el aborto de Satanás! Al menos él, Mammona, es poderoso y fuerte. Tú... eres un andrajo impotente y asqueroso».

609.4 [4]Atan a las cruces a los ladrones y se los coloca en sus sitios, uno a la derecha, uno a la izquierda, así: , + , respecto al sitio desti-

---

* *le escarnece*, con citas de: *Salmo 45, 3*; *Cantar de los cantares 5, 10-16*; y alusiones a: *Números 12*; *Deuteronomio 24, 9*.

nado para Jesús. Gritan, imprecan, maldicen; y, especialmente cuando meten las cruces en el agujero y los descoyuntan y las cuerdas magullan sus muñecas, sus maldiciones contra Dios, contra la Ley, contra los romanos, contra los judíos, son infernales.

Es ahora el turno de Jesús. Él se extiende mansamente sobre el madero. Los dos ladrones se revelaban tanto, que, no siendo suficientes los cuatro verdugos, habían tenido que intervenir soldados para sujetarlos, para que no apartaran con patadas a los verdugos que los ataban por las muñecas. Pero para Jesús no hay necesidad de ayuda. Se extiende y pone la cabeza donde le dicen que la ponga. Abre los brazos como le dicen que los abra. Estira las piernas como le ordenan que lo haga. Sólo se ha preocupado de colocarse bien su velo. Ahora su largo cuerpo, esbelto y blanco, resalta sobre el madero obscuro y el suelo amarillo.

[5]Dos verdugos se sientan encima de su pecho para sujetarle. Y 609.5
pienso en qué opresión y dolor debió sentir bajo ese peso. Un tercer verdugo le toma el brazo derecho y lo sujeta: con una mano en la primera parte del antebrazo; con la otra, en el extremo de los dedos. El cuarto, que tiene ya en su mano el largo clavo de punta afilada y cuerpo cuadrangular que termina en una superficie redonda y plana del diámetro de diez céntimos de los tiempos pasados, mira si el agujero ya practicado en la madera coincide con la juntura del radio y el cúbito en la muñeca. Coincide. El verdugo pone la punta del clavo en la muñeca, alza el martillo y da el primer golpe.

Jesús, que tenía los ojos cerrados, al sentir el agudo dolor grita y se contrae, y abre al máximo los ojos, que nadan entre lágrimas. Debe sentir un dolor atroz... el clavo penetra rompiendo músculos, venas, nervios, penetra quebrantando huesos...

María responde, con un gemido que casi lo es de cordero degollado, al grito de su Criatura torturada; y se pliega, como quebrantada Ella, sujetándose la cabeza entre las manos. Jesús, para no torturarla, ya no grita. Pero siguen los golpes, metódicos, ásperos, de hierro contra hierro... y uno piensa que, debajo, es un miembro vivo el que los recibe.

La mano derecha ya está clavada. Se pasa a la izquierda. El agujero no coincide con el carpo. Entonces agarran una cuerda, atan la muñeca izquierda y tiran hasta dislocar la juntura, hasta arrancar tendones y músculos, además de lacerar la piel ya serrada por las cuerdas de la captura. También la otra mano debe sufrir porque está estirada por reflejo y en torno a su clavo se va agrandando el agujero. Ahora a duras penas se llega al principio del metacarpo, junto a la muñeca. Se resignan y clavan donde pueden, o sea, entre el pulgar

y los otros dedos, justo en el centro del metacarpo. Aquí el clavo entra más fácilmente, pero con mayor espasmo porque debe cortar nervios importantes (tanto que los dedos se quedan inertes, mientras los de la derecha experimentan contracciones y temblores que ponen de manifiesto su vitalidad). Pero Jesús ya no grita, sólo emite un ronco quejido tras sus labios fuertemente cerrados, y lágrimas de dolor caen al suelo después de haber caído en la madera.

609.6 [6]Ahora les toca a los pies. A unos dos metros —un poco más— del extremo de la cruz hay un pequeño saliente cuneiforme, escasamente suficiente para un pie. Acercan a él los pies para ver si va bien la medida. Y, dado que está un poco bajo y los pies llegan mal, estirajan por los tobillos al pobre Mártir. Así, la madera áspera de la cruz raspa las heridas y menea la corona, de forma que ésta se descoloca, arrancando otra vez cabellos, y puede caerse; un verdugo, con mano violenta, vuelve a incrustársela en la cabeza...

Ahora los que estaban sentados en el pecho de Jesús se alzan para ponerse sobre las rodillas, dado que Jesús hace un movimiento involuntario de retirar las piernas al ver brillar al sol el larguísimo clavo, el doble de largo y de ancho de los que han sido usados para las manos. Y cargan su peso sobre las rodillas excoriadas, y hacen presión sobre las pobres tibias contusas, mientras los otros dos llevan a cabo la operación, mucho más difícil, de enclavar un pie sobre el otro, tratando de hacer coincidir las dos junturas de los tarsos.

A pesar de que miren bien y tengan bien sujetos los pies, por los tobillos y los dedos, contra el apoyo cuneiforme, el pie de abajo se corre por la vibración del clavo, y tienen que desclavarle casi, porque * después de haber entrado en las partes blandas, el clavo, que ya había perforado el pie derecho y sobresalía, tiene que ser centrado un poco más. Y golpean, golpean, golpean... Sólo se oye el atroz ruido del martillo contra la cabeza del clavo, porque todo el Calvario es sólo ojos atentísimos y oídos aguzados, para percibir la acción y el ruido, y gozarse en ello...

Acompaña al sonido áspero del hierro un lamento quedo de paloma: el ronco gemido de María, quien cada vez se pliega más, a cada golpe, como si el martillo la hiriera a Ella, la Madre Mártir. Y es comprensible que parezca próxima a sucumbir por esa tortura: la crucifixión es terrible: como la flagelación en cuanto al dolor, pero más atroz de presenciar, porque se ve desaparecer el clavo dentro de las carnes vivas; sin embargo, es más breve que la flagelación, que

---

* *desclavarle casi.* MV, en una copia mecanografiada, lo corrige así: *desclavar invirtiendo la posición, o sea, poniendo debajo el pie derecho y encima el izquierdo.*

agota por su duración.

Para mí, la agonía del Huerto, la flagelación y la crucifixión son los momentos más atroces. Me revelan toda la tortura de Cristo. La muerte me resulta consoladora, porque digo: «¡Se acabó!». Pero éstas no son el *final*, son el *comienzo de nuevos sufrimientos*.

[7]Ahora arrastran la cruz hasta el agujero. La cruz rebota sobre el 609.7
suelo desnivelado y zarandea al pobre Crucificado. Izan la cruz, que dos veces se va de las manos de los que la levantan (una vez, de plano; la otra, golpeando el brazo derecho de la cruz) y ello procura un acerbo tormento a Jesús, porque la sacudida que recibe remueve las extremidades heridas.

Y cuando, luego, dejan caer la cruz en su agujero —oscilando además ésta en todas las direcciones antes de quedar asegurada con piedras y tierra, e imprimiendo continuos cambios de posición al pobre Cuerpo, suspendido de tres clavos—, el sufrimiento debe ser atroz. Todo el peso del cuerpo se echa hacia delante y cae hacia abajo, y los agujeros se ensanchan, especialmente el de la mano izquierda; y se ensancha el agujero practicado en los pies. La sangre brota con más fuerza. La de los pies gotea por los dedos y cae al suelo, o desciende por el madero de la cruz; la de las manos recorre los antebrazos, porque las muñecas están más altas que las axilas, debido a la postura; y surca también las costillas bajando desde las axilas hacia la cintura. La corona, cuando la cruz se cimbrea antes de ser fijada, se mueve, porque la cabeza se echa bruscamente hacia atrás, de manera que hinca en la nuca el grueso nudo de espinas en que termina la punzante corona, y luego vuelve a acoplarse en la frente y araña, araña sin piedad.

Por fin, la cruz ha quedado asegurada y no hay otros tormentos aparte del de estar colgado. Levantan también a los ladrones, los cuales, puestos ya verticalmente, gritan como si los estuvieran desollando vivos, por la tortura de las cuerdas, que van serrando las muñecas y hacen que las manos se pongan negras, con las venas hinchadas como cuerdas.

Jesús calla. La muchedumbre ya no calla; antes bien, reanuda su vocerío infernal.

Ahora la cima del Gólgota tiene su trofeo y su guardia de honor.
* En el extremo más alto (lado A), la cruz de Jesús; en los lados B y C, las otras dos. Media centuria de soldados con las armas al pie rodeando la cima. Dentro de este círculo de soldados, los diez desmontados del caballo jugándose a los dados los vestidos de los condenados.

---

* *lado*, con referencia al bosquejo que hay en 608.14/15.

En pie, erguido, entre las cruz de Jesús y la de la derecha, Longino, que parece montar guardia de honor al Rey Mártir. La otra media centuria, descansando, está a las órdenes del ayudante de Longino, en el sendero de la izquierda y en el rellano más bajo, a la espera de ser utilizados si hubiera necesidad de hacerlo. Los soldados muestran una casi total indiferencia; sólo alguno, de vez en cuando, alza la cabeza hacia los crucificados.

609.8 [8]Longino, sin embargo, observa todo con curiosidad e interés; compara y mentalmente juzga: compara a los crucificados —especialmente a Cristo— con los espectadores. Su mirada penetrante no se pierde ni un detalle, y para ver mejor se hace visera con la mano porque el Sol debe molestarle.

Es, efectivamente, un Sol extraño; de un amarillo-rojo de llama. Y luego esta llama parece apagarse de golpe por un nubarrón de pez que aparece tras las cadenas montañosas judías y que corre veloz por el cielo para desaparecer detrás de otros montes. Y cuando el Sol vuelve a aparecer es tan intenso, que a duras penas lo soportan los ojos.

Mirando, ve a María, justo al pie del escalón del terreno, alzado hacia su Hijo el rostro atormentado. Llama a uno de los soldados que están jugando a los dados y le dice: «Si la Madre quiere subir con el hijo que la acompaña, que venga. Escóltala y ayúdala».

Y María con Juan —tomado por hijo— sube por los escalones incididos en la roca tobosa —creo— y traspasa el cordón de los soldados para ir al pie de la cruz, aunque un poco separada, para ser vista por su Jesús y verlo a su vez.

La turba, en seguida, le propina los más oprobiosos insultos, uniéndola a su Hijo en las blasfemias. Pero Ella, con los labios temblorosos y blanquecidos, sólo busca consolarle con una sonrisa acongojada en que se enjugan las lágrimas que ninguna fuerza de voluntad logra retener en los ojos.

609.9 [9]La gente, empezando por los sacerdotes, escribas, fariseos, saduceos, herodianos y otros como ellos, se procura la diversión de hacer como un carrusel: subiendo por el camino empinado, orillando el escalón final y bajando por el otro sendero, o viceversa; y, al pasar al pie de la cima, por el rellano inferior, no dejan de ofrecer sus palabras blasfemas como don para el Moribundo. Toda la infamia, la crueldad, el odio, la vesania de que, con la lengua, son capaces los hombres quedan ampliamente testificadas por estas bocas infernales. Los que más se ensañan son los miembros del Templo, con la ayuda de los fariseos.

«¿Y entonces? Tú, Salvador del género humano, ¿por qué no te

salvas? ¿Te ha abandonado tu rey Belcebú? ¿Ha renegado de ti?» gritan tres sacerdotes.

Y una manada de judíos: «Tú, que hace no más de cinco días, con la ayuda del Demonio, hacías decir al Padre... ¡ja! ¡ja! ¡ja!... que te iba a glorificar, ¿cómo es que no le recuerdas que mantenga su promesa?».

Y tres fariseos: «¡Blasfemo! ¡Ha salvado a los otros, decía, con la ayuda de Dios! ¡Y no logra salvarse a sí mismo! ¿Quieres que la gente te crea? ¡Pues haz el milagro! ¿Ya no puedes, eh? Ahora tienes las manos clavadas y estás desnudo».

Y saduceos y herodianos a los soldados: «¡Cuidado con el hechizo, vosotros que os habéis quedado sus vestidos! ¡Lleva dentro el signo infernal!».

Una muchedumbre, en coro: «Baja de la cruz y creeremos en ti. Tú, que destruyes el Templo... ¡Loco!... Mira, allí está el glorioso y santo Templo de Israel. ¡Es intocable, profanador! Y Tú estás muriendo».

Otros sacerdotes: «¡Blasfemo! ¿Hijo de Dios, Tú? ¡Pues baja de ahí entonces! Fulmínanos, si eres Dios. Te escupimos, porque no te tenemos miedo».

Otros que pasan y menean la cabeza: «Sólo sabe llorar. ¡Sálvate, si es verdad que eres el Elegido!».

Los soldados: «¡Eso, sálvate! ¡Y reduce a cenizas a la cochambre de la cochambre! Que sois la cochambre del imperio, judíos canallas. ¡Hazlo! ¡Roma te introducirá en el Capitolio y te adorará como a un numen!».

Los sacerdotes con sus cómplices: «Eran más dulces los brazos de las mujeres que los de la cruz, ¿verdad? Pero, mira: están ya preparadas para recibirte estas —aquí dicen un término infame— tuyas. Tienes a todo Jerusalén para hacerte de prónuba». Y silban como carreteros.

Otros, lanzando piedras: «Convierte éstas en pan, Tú, multiplicador de panes».

Otros, mimando los hosannas del domingo de ramos, lanzan ramas y gritan: «¡Maldito el que viene en nombre del Demonio! ¡Maldito su reino! ¡Gloria a Sión, que le segrega de entre los vivos!».

Un fariseo se coloca frente a la cruz y muestra el puño con el índice y el menique alzados y dice: «¿"Te entrego al Dios del Sinaí", dijiste? Ahora el Dios del Sinaí te prepara para el fuego eterno. ¿Por qué no llamas a Jonás para que te devuelva aquel buen servicio?».

* *dijiste*, en 109.12, repetido en 126.10.

Otro: «No estropees la cruz con los golpes de tu cabeza. Tiene que servir para tus seguidores. Toda una legión de seguidores tuyos morirá en tu madero, te lo juro por Yeohveh. Y al primero que voy a crucificar va a ser a Lázaro. Veremos si esta vez le resucitas».

«¡Sí! ¡Sí! Vamos a casa de Lázaro. Clavémosle por el otro lado de la cruz» y, como papagallos, remedan el modo lento de hablar de Jesús diciendo: «¡Lázaro, amigo mío, sal afuera! Desatadle y dejadle andar».

«¡No! Decía a Marta y a María, sus hembras: "Yo soy la Resurrección y la Vida". ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡La Resurrección no sabe repeler la muerte, y la Vida muere!».

609.10 [10]«Ahí están María y Marta. Vamos a preguntarles dónde está Lázaro y vamos a buscarle». Y se acercan, hacia las mujeres. Preguntan arrogantemente: «¿Dónde está Lázaro? ¿En el palacio?».

Y María Magdalena, mientras las otras mujeres, aterrorizadas, se refugian detrás de los pastores, se adelanta, hallando en su dolor la antigua altivez de los tiempos de pecado, y dice: «Id. Encontraréis ya en el palacio a los soldados de Roma y a quinientos hombres de mis tierras armados, y os castrarán como a viejos cabros destinados para comida de los esclavos de los molinos».

«¡Descarada! ¿Así hablas a los sacerdotes?».

«¡Sacrílegos! ¡Infames! ¡Malditos! ¡Volveos! Detrás de vosotros tenéis, yo las veo, las lenguas de las llamas infernales».

Tan segura es la afirmación de María, que esos cobardes se vuelven, verdaderamente aterrorizados; y, si no tienen las llamas detrás, sí tienen en los lomos las bien afiladas lanzas romanas. Porque Longino ha dado una orden y la media centuria que estaba descansando ha entrado en acción y pincha en las nalgas a los primeros que encuentra. Éstos huyen gritando y la media centuria se queda cerrando los accesos de los dos senderos y haciendo de baluarte a la explanada. Los judíos imprecan, pero Roma es la más fuerte.

La Magdalena se cubre de nuevo con su velo —se lo había levantado para hablar a los insultadores— y vuelve a su sitio. Las otras vuelven donde ella.

609.11 [11]Pero el ladrón de la izquierda sigue diciendo insultos desde su cruz. Parece como si en él se condensaran todas las blasfemias de los otros, y las va soltando todas, para terminar: «Sálvate y sálvanos, si quieres que se te crea. ¿El Cristo Tú? ¡Un loco es lo que eres! El mundo es de los astutos y Dios no existe. Yo existo, esto es verdad, y para mí todo es lícito. ¿Dios?... ¡Una patraña! ¡Creada para tenernos quietecitos! ¡Viva nuestro yo! ¡Sólo él es rey y dios!».

El otro ladrón, que está a la derecha y tiene casi a sus pies a Ma-

ría y que mira a Ella casi más que a Cristo, y que desde hace algunos momentos llora susurrando: «La madre», dice: «¡Calla! ¿No temes a Dios ni siquiera ahora que sufres esta pena? ¿Por qué insultas a uno bueno? Está sufriendo un suplicio aún mayor que el nuestro. Y no ha hecho nada malo».

Pero el ladrón continúa sus imprecaciones.

[12]Jesús calla. Jadeante por el esfuerzo de la postura, por la fiebre, 609.12
por el estado cardiaco y respiratorio, consecuencia de la flagelación sufrida en forma tan violenta, y también consecuencia de la angustia profunda que le había hecho sudar sangre, busca un alivio aligerando el peso que carga sobre los pies suspendiéndose de las manos y haciendo fuerza con los brazos. Quizás lo hace también para vencer un poco el calambre que ya atormenta los pies y que es manifiesto por el temblor muscular. Pero las fibras de los brazos —forzados en esa postura y seguramente helados en sus extremos, porque están situados más arriba y exangües (la sangre a duras penas llega a las muñecas, para rezumar por los agujeros de los clavos, dejando así sin circulación a los dedos)— tienen el mismo temblor. Especialmente los dedos de la izquierda están ya cadavéricos y sin movimiento, doblados hacia la palma. También los dedos de los pies expresan su tormento; sobre todo, los pulgares, quizás porque su nervio está menos lesionado: se alzan, bajan, se separan.

Y el tronco revela todo su sufrimiento con su movimiento, que es veloz pero no profundo, y fatiga sin dar descanso. Las costillas, de por sí muy amplias y altas, porque la estructura de este Cuerpo es perfecta, están ahora desmedidamente dilatadas por la postura que ha tomado el cuerpo y por el edema pulmonar que ciertamente se ha formado dentro. Y, no obstante, no son capaces de aligerar el esfuerzo respiratorio; tanto es así, que todo el abdomen ayuda con su movimiento al diafragma, que se va paralizando cada vez más.

Y la congestión y la asfixia aumentan a cada minuto que pasa, como así lo indican el colorido cianótico que orla los labios, de un rojo encendido por la fiebre, y las estrías de un rojo violáceo que pincelan el cuello a lo largo de las yugulares túrgidas, y se ensanchan hasta las mejillas, hacia las orejas y las sienes, mientras que la nariz aparece afilada y exangüe y los ojos se hunden en un círculo que, donde no hay sangre goteada de la corona, aparece lívido.

Debajo del arco costal izquierdo se ve la onda —irregular pero violenta— propagada desde la punta cardiaca, y de vez en cuando, por una convulsión interna, se produce un estremecimiento profundo del diafragma, que se manifiesta en una distensión total de la piel en la medida en que puede estirarse en ese pobre Cuerpo herido y

moribundo.

La Faz tiene ya el aspecto que vemos en las fotografías de la Síndone, con la nariz desviada e hinchada por una parte; y también el hecho de tener el ojo derecho casi cerrado, por la hinchazón que hay en ese lado, aumenta el parecido. La boca, por el contrario, está abierta, y reducida ya a una costra su herida del labio superior.

La sed, producida por la pérdida de sangre, por la fiebre y el sol, debe ser intensa; tanto es así que Él, con una reacción espontánea, bebe las gotas de su sudor y de su llanto, y también las de sangre que bajan desde la frente hasta el bigote, y se moja con estas gotas la lengua...

La corona de espinas le impide apoyarse al mástil de la cruz para ayudarse a estar suspendido de los brazos y aligerar así los pies. La zona lumbar y toda la espina dorsal se arquean hacia afuera, quedando Jesús separado del mástil de la cruz del íleon hacia arriba, por la fuerza de inercia que hace pender hacia adelante un cuerpo suspendido, como estaba el suyo.

609.13 [13]Los judíos, rechazados hasta fuera de la explanada, no dejan de insultar, y el ladrón impenitente hace eco.

El otro, que mira con piedad cada vez mayor a la Madre, y que llora, le reprende ásperamente cuando oye que en el insulto está incluida también Ella. «Cállate. Recuerda que naciste de una mujer. Y piensa que las nuestras han llorado por causa de los hijos. Y han sido lágrimas de vergüenza... porque somos unos malhechores. Nuestras madres han muerto... Yo quisiera poder pedirle perdón... Pero ¿podré hacerlo? Era una santa... La maté con el dolor que le daba... Yo soy un pecador... ¿Quién me perdona? Madre, en nombre de tu Hijo moribundo, ruega por mí».

La Madre levanta un momento su cara acongojada y le mira, mira a este desventurado que, a través del recuerdo de su madre y de la contemplación de la Madre, va hacia el arrepentimiento; y parece acariciarle con su mirada de paloma.

Dimas llora más fuerte. Y esto desata aún más las burlas de la muchedumbre y del compañero. La gente grita: «¡Sí señor! Tómate a ésta como madre. ¡Así tiene dos hijos delincuentes!». Y el otro incrementa: «Te ama porque eres una copia menor de su amado».

609.14 [14]Jesús dice ahora sus primeras palabras: «¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen!».

Esta súplica le hace superar todo temor a Dimas. Se atreve a mirar a Cristo, y dice: «Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu Reino. Yo, es justo que aquí sufra. Pero dame misericordia y paz más allá de esta vida. Una vez te oí hablar, y, como un demente, rechacé

tu palabra. Ahora, de esto me arrepiento. Y me arrepiento ante ti, Hijo del Altísimo, de mis pecados. Creo que vienes de Dios. Creo en tu poder. Creo en tu misericordia. Cristo, perdóname en nombre de tu Madre y de tu Padre santísimo».

Jesús se vuelve y le mira con profunda piedad, y todavía expresa una sonrisa bellísima en esa pobre boca torturada. Dice: «Yo te lo digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso».

El ladrón arrepentido se calma, y, no sabiendo ya las oraciones aprendidas de niño, repite como una jaculatoria: «Jesús Nazareno, rey de los judíos, piedad de mí; Jesús Nazareno, rey de los judíos, espero en ti; Jesús Nazareno, rey de los judíos, creo en tu Divinidad».

El otro continúa con sus blasfemias.

[15]El cielo se pone cada vez más tenebroso. Ahora difícil es que las 609.15
nubes se abran para dejar pasar el sol; antes al contrario, se superponen en una serie cada vez mayor de estratos plúmbeos, blancos, verduscos; se entrelazan o se desenredan, según los juegos de un viento frío que a intervalos recorre el cielo y luego baja a la tierra y luego calla de nuevo (y es casi más siniestro el aire cuando calla, bochornoso y muerto, que cuando silba, cortante y veloz).

La luz, antes de una desmesurada intensidad, se va haciendo verdosa. Y las caras adquieren caprichosos aspectos. Los soldados, con sus yelmos, vestidos con sus corazas antes brillantes y ahora como opacas bajo esta luz verdosa y este cielo de ceniza, muestran duros perfiles, como cincelados. Los judíos, en su mayor parte de pelo, barba y tez morenos, asemejan ahora —tan térreos se ponen sus rostros— a ahogados. Las mujeres parecen estatuas de nieve azulada por la exangüe palidez que la luz acentúa.

Jesús parece lividecer de una manera siniestra, como por un comienzo de descomposición, como si ya estuviera muerto. La cabeza empieza a reclinarse sobre el pecho. Las fuerzas rápidamente faltan. Tiembla, aunque le abrase la fiebre. Y, en medio de su débil estado, susurra el nombre que antes ha dicho solamente en el fondo de su corazón: «¡Mamá!», «¡Mamá!». Lo susurra quedamente, como en un suspiro, como si ya estuviera en un leve delirio que le impidiera retener lo que la voluntad quisiera contener. Y María, cada vez que le oye, irrefrenablemente, tiende los brazos como para socorrerle.

La gente cruel se ríe de estos dolores del moribundo y la acongojada. De nuevo suben los sacerdotes y escribas, hasta ponerse detrás de los pastores, los cuales, de todas formas, están en el rellano de abajo. Y dado que los soldados hacen ademán de rechazarlos, reaccionan diciendo: «¿Están aquí estos galileos? Pues estamos también nosotros, que tenemos que constatar que se cumpla la justicia total-

mente. Y, desde lejos, con esta luz extraña, no podemos ver».

En efecto, muchos empiezan a impresionarse de la luz que está envolviendo al mundo, y alguno tiene miedo. También los soldados señalan al cielo y a una especie de cono, tan obscuro, que parece hecho de pizarra, y que se eleva como un pino por detrás de la cima de un monte. Parece una tromba marina. Se alza, se alza, parece generar nubes cada vez más negras: de alguna forma, asemeja a un volcán lanzando humo y lava.

Es en esta luz crepuscular y amedrentadora en la que Jesús da Juan a María y María a Juan. Inclina la cabeza, dado que María se ha puesto más debajo de la cruz para verle mejor, y dice: «Mujer: ahí tienes a tu hijo. Hijo: ahí tienes a tu Madre».

El rostro de María aparece más desencajado aún, después de esta palabra que es el testamento de su Jesús, el cual, no tiene nada que dar a su Madre, sino un hombre; Él, que por amor al Hombre la priva del Hombre-Dios, nacido de Ella. Pero trata, la pobre Madre, de no llorar sino mudamente, porque no puede, no puede no llorar... Las gotas del llanto brotan, a pesar de todos los esfuerzos hechos por retenerlas, aun expresando con la boca su acongojada sonrisa fijada en los labios por Él, para consolarle a Él...

Los sufrimientos son cada vez mayores y la luz es cada vez menor.

609.16 [16]Es en esta luz de fondo marino en la que aparecen, detrás de los judíos, Nicodemo y José, y dicen: «¡Apartaos!».

«No se puede. ¿Qué queréis?» dicen los soldados.

«Pasar. Somos amigos del Cristo».

Se vuelven los jefes de los sacerdotes. «¿Quién osa profesarse amigo del rebelde?» dicen indignados.

Y José, resueltamente: «Yo, noble miembro del Gran Consejo: José de Arimatea, el Anciano; y conmigo está Nicodemo, jefe de los judíos».

«Quien se pone de la parte del rebelde es rebelde».

«Y quien se pone de la parte de los asesinos es un asesino, Eleazar de Anás. He vivido como hombre justo. Ahora soy viejo. Mi muerte no está lejana. No quiero hacerme injusto cuando ya el Cielo baja a mí y con él el Juez eterno».

«¡Y tú, Nicodemo! ¡Me maravillo!».

«Yo también. Pero sólo de una cosa: de que Israel esté tan corrompido, que no sepa ya reconocer a Dios».

«Me causas horror».

«Apártate, entonces, y déjame pasar. Pido sólo eso».

«¿Para contaminarte más todavía?».

«Si no me he contaminado estando a vuestro lado, ya nada me contamina. Soldado, ten la bolsa y la contraseña». Y pasa al decurión más cercano una bolsa y una tablilla encerada.

El decurión observa estas cosas y dice a los soldados: «Dejad pasar a los dos».

Y José y Nicodemo se acercan a los pastores. No sé ni siquiera si los ve Jesús, en esa bruma cada vez más densa, y velada su mirada con la agonía. Pero ellos sí le ven, y lloran sin respeto humano, a pesar de que ahora arremetan contra ellos los improperios sacerdotales.

[17]Los sufrimientos son cada vez más fuertes. En el cuerpo se dan 609.17
las primeras encorvaduras propias de la tetania, y cada manifestación del clamor de la muchedumbre los exaspera. La muerte de las fibras y de los nervios se extiende desde las extremidades torturadas hasta el tronco, haciendo cada vez más dificultoso el movimiento respiratorio, débil la contracción diafragmática y desordenado el movimiento cardiaco. El rostro de Cristo pasa alternativamente de accesos de una rojez intensísima a palideces verdosas propias de un agonizante por desangramiento. La boca se mueve con mayor fatiga, porque los nervios, en exceso cansados, del cuello y de la misma cabeza, que han servido de palanca decenas de veces a todo el cuerpo haciendo fuerza contra el madero transversal de la cruz, propagan el calambre incluso a las mandíbulas. La garganta, hinchada por las carótidas obstruidas, debe doler y extender su edema a la lengua, que aparece engrosada y lenta en sus movimientos. La espalda, incluso en los momentos en que las contracciones tetánicas no la curvan formando en ella un arco completo desde la nuca hasta las caderas, apoyadas como puntos extremos en el mástil de la cruz, se va arqueando hacia delante porque los miembros van experimentando cada vez más el peso de las carnes muertas.

La gente ve poco y mal estas cosas, porque la luz ya tiene la tonalidad de la ceniza obscura, y sólo quien esté a los pies de la cruz puede ver bien.

[18]Jesús ahora se relaja totalmente, pendiendo hacia delante y ha- 609.18
cia abajo, como ya muerto; deja de jadear, la cabeza le cuelga inerte hacia delante; el cuerpo, de las caderas hacia arriba, está completamente separado, formando ángulo con la cruz.

María emite un grito: «¡Está muerto!». Es un grito trágico que se propaga en el aire negro. Y Jesús se ve realmente como muerto.

Otro grito femenino le responde, y en el grupo de las mujeres observo agitación. Luego un grupo de unas diez personas se marcha, sujetando algo. Pero no puedo ver quiénes se alejan así: es demasiado escasa la luz brumosa; da la impresión de estar envueltos por una

nube de ceniza volcánica densísima.

«No es posible» gritan unos sacerdotes y algunos judíos. «Es una simulación para que nos vayamos. Soldado: pínchale con la lanza. Es una buena medicina para devolverle la voz». Y, dado que los soldados no lo hacen, una descarga de piedras y terrones vuela hacia la cruz, y chocan contra el Mártir para caer después en las corazas romanas.

La medicina, como irónicamente han dicho los judíos, obra el prodigio. Sin duda, alguna piedra ha dado en el blanco, quizás en la herida de una mano, o en la misma cabeza, porque apuntaban hacia arriba. Jesús emite un quejido penoso y vuelve en sí. El tórax vuelve a respirar con fatiga y la cabeza a moverse de derecha a izquierda buscando un lugar donde apoyarse para sufrir menos, aunque en realidad encuentra sólo mayor dolor.

609.19 [19]Con gran dificultad, apoyando una vez más en los pies torturados, encontrando fuerza en su voluntad, *únicamente en ella*, Jesús se pone rígido en la cruz. Se pone de nuevo derecho, como si fuera una persona sana con su fuerza completa. Alza la cara y mira con ojos bien abiertos al mundo que se extiende bajo sus pies, a la ciudad lejana, que apenas es visible como un blancor incierto en la bruma, y al cielo negro del que toda traza de azul y luz han desaparecido. Y a este cielo cerrado, compacto, bajo, semejante a una enorme lámina de pizarra obscura, Él le grita con fuerte voz, venciendo con la fuerza de la voluntad, con la necesidad del alma, el obstáculo de las mandíbulas rígidas, de la lengua engrosada, de la garganta edematosa: «¡Eloi, Eloi, lamma sebacteni!» (esto es lo que oigo). Debe sentirse morir, y en un absoluto abandono del Cielo, para confesar con una voz así el abandono paterno.

La gente se burla de Él y se ríe. Le insultan: «¡No sabe Dios qué hacer de ti! ¡A los demonios Dios los maldice!».

Otros gritan: «Vamos a ver si Elías, al que está llamando, viene a salvarle».

Y otros: «Dadle un poco de vinagre. Que haga unas pocas gárgaras. ¡Viene bien para la voz! Elías o Dios —porque está poco claro lo que este demente quiere— están lejos... ¡Necesita voz para que le oigan!», y se ríen como hienas o como demonios.

Pero ningún soldado da el vinagre y ninguno viene del Cielo para confortar. Es la agonía solitaria, total, cruel, incluso sobrenaturalmente cruel, de la Gran Víctima.

Vuelven las avalanchas de dolor desolado que ya le habían abrumado en Getsemaní. Vuelven las olas de los pecados de todo el mundo a arremeter contra el náufrago inocente, a sumergirle bajo su amargura. Vuelve, sobre todo, la sensación, más crucificante que la

propia cruz, más desesperante que cualquier tortura, de que Dios ha abandonado y que la oración no sube a Él...

Y es el tormento final, el que acelera la muerte, porque exprime las últimas gotas de sangre a través de los poros, porque machaca las fibras aún vivas del corazón, porque finaliza aquello que la primera cognición de este abandono había iniciado: la muerte. Porque, ante todo, de esto murió mi Jesús, ¡oh Dios que sobre Él descargaste tu mano por nosotros! Después de tu abandono, por tu abandono, ¿en qué se transforma una criatura? En un demente o en un muerto. Jesús no podía volverse loco porque su inteligencia era divina y, espiritual como es la inteligencia, triunfaba sobre el trauma total de aquel sobre el que cae la mano de Dios. Quedó, pues, muerto: era el Muerto, el santísimo Muerto, el inocentísimo Muerto. Muerto Él, que era la Vida. Muerto por efecto de tu abandono y de nuestros pecados.

[20]La obscuridad se hace más densa todavía. Jerusalén desaparece del todo. Las mismas faldas del Calvario parecen desaparecer. Sólo es visible la cima (es como si las tinieblas la hubieran mantenido en alto y así recogiera la única y última luz restante, y hubieran depositado ésta, como para una ofrenda, con su trofeo divino, encima de un estanque de ónix líquido, para que esa cima fuera vista por el amor y el odio). 609.20

Y desde esa luz que ya no es luz llega la voz quejumbrosa de Jesús: «¡Tengo sed!».

En efecto, hace un viento que da sed incluso a los sanos. Un viento continuo, ahora, violento, cargado de polvo, un viento frío, aterrador. Pienso en el dolor que hubo de causar con su soplo violento en los pulmones, en el corazón, en la garganta de Jesús, en sus miembros helados, entumecidos, heridos. ¡Todo, realmente todo se puso a torturar al Mártir!

Un soldado se dirige hacia un recipiente en que los ayudantes del verdugo han puesto vinagre con hiel, para que con su amargura aumente la salivación en los atormentados. Toma la esponja empapada en ese líquido, la pincha en una caña fina —pero rígida— que estaba ya preparada ahí al lado, y ofrece la esponja al Moribundo.

Jesús se aproxima, ávido, hacia la esponja que llega: parece un pequeñuelo hambriento buscando el pezón materno.

María, que ve esto y piensa, ciertamente, también en esto, gime, apoyándose en Juan: «¡Oh, y yo no puedo darle ni siquiera una gota de llanto!... ¡Oh, pecho mío, ¿por qué no das leche?! ¡Oh, Dios, ¿por qué, por qué nos abandonas así?! ¡Un milagro para mi Criatura! ¿Quién me sube para calmar su sed con mi sangre?... que leche no tengo...».

Jesús, que ha chupado ávidamente la áspera y amarga bebida, tuerce la cabeza henchido de amargura por la repugnancia. Ante todo, debe ser corrosiva sobre los labios heridos y rotos.

609.21 [21]Se retrae, se afloja, se abandona. Todo el peso del cuerpo gravita sobre los pies y hacia delante. Son las extremidades heridas las que sufren la pena atroz de irse hendiendo sometidas a la tensión de un cuerpo abandonado a su propio peso. Ya ningún movimiento alivia este dolor. Desde el íleon hacia arriba, todo el cuerpo está separado del madero, y así permanece.

La cabeza cuelga hacia delante, tan pesadamente que el cuello parece excavado en tres lugares: en la zona anterior baja de la garganta, completamente hundida; y a una parte y otra del externocleidomastoideo. La respiración es cada vez más jadeante, aunque entrecortada: es ya más estertor sincopado que respiración. De tanto en tanto, un acceso de tos penosa lleva a los labios una espuma levemente rosada. Y las distancias entre una espiración y la otra se hacen cada vez más largas. El abdomen está ya inmóvil. Sólo el tórax presenta todavía movimientos de elevación, aunque fatigosos, efectuados con gran dificultad... La parálisis pulmonar se va acentuando cada vez más.

Y cada vez más feble, volviendo al quejido infantil del niño, se oye la invocación: «¡Mamá!». Y la pobre susurra: «Sí, tesoro, estoy aquí». Y cuando, por habérsele velado la vista, dice: «Mamá, ¿dónde estás? Ya no te veo. ¿También tú me abandonas?» (y esto no es ni siquiera una frase, *sino un susurro* apenas perceptible para quien más con el corazón que con el oído recoge todo suspiro del Moribundo), Ella responde: «¡No, no, Hijo! ¡Yo no te abandono! Oye mi voz, querido mío... Mamá está aquí, aquí está... y todo su tormento es el no poder ir donde Tú estás...».

Es acongojante... Y Juan llora sin trabas. Jesús debe oír ese llanto, pero no dice nada. Pienso que la muerte inminente le hace hablar como en delirio y que ni siquiera es consciente de todo lo que dice y que, por desgracia, ni siquiera comprende el consuelo materno y el amor del Predilecto.

Longino —que inadvertidamente ha dejado su postura de descanso con los brazos cruzados y una pierna montada sobre la otra, ora una, ora la otra, buscando un alivio para la larga espera en pie, y ahora, sin embargo, está rígido en postura de atento, con la mano izquierda sobre la espada y la derecha pegada, normativamente, al costado, como si estuviera en los escalones del trono imperial— no quiere emocionarse. Pero su cara se altera con el esfuerzo de vencer la emoción, y en los ojos aparece un brillo de llanto que sólo su férrea

disciplina logra contener.

Los otros soldados, que estaban jugando a los dados, han dejado de hacerlo y se han puesto en pie; se han puesto también los yelmos, que habían servido para agitar los dados, y están en grupo junto a la pequeña escalera excavada en la toba, silenciosos, atentos. Los otros están de servicio y no pueden cambiar de postura. Parecen estatuas. Pero alguno de los más cercanos, y que oye las palabras de María, musita algo entre los labios y menea la cabeza.

[22]Un intervalo de silencio. Luego *nítidas* en la obscuridad total las palabras: «¡Todo está cumplido!», y luego el jadeo cada vez más estertoroso, con pausas de silencio entre un estertor y el otro, pausas cada vez mayores. 609.22

El tiempo pasa al son de este ritmo angustioso: la vida vuelve cuando el respiro áspero del Moribundo rompe el aire; la vida cesa cuando este sonido penoso deja de oírse. Se sufre oyéndolo, se sufre no oyéndolo... Se dice: «¡Basta ya con este sufrimiento!» y se dice: «¡Oh, Dios mío, que no sea el último respiro!».

Las Marías lloran, todas, con la cabeza apoyada contra el realce terroso. Y se oye bien su llanto, porque toda la gente ahora calla de nuevo para recoger los estertores del Moribundo.

Otro intervalo de silencio. Luego, pronunciada con infinita dulzura y oración ardiente, la súplica: «¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!».

Otro intervalo de silencio. Se hace leve también el estertor. Apenas es un susurro limitado a los labios y a la garganta.

Luego... adviene el último espasmo de Jesús. Una convulsión atroz, que parece quisiera arrancar del madero el cuerpo clavado con los tres clavos, sube tres veces de los pies a la cabeza recorriendo todos los pobres nervios torturados; levanta tres veces el abdomen de una forma anormal, para dejarlo luego, tras haberlo dilatado como por una convulsión de las vísceras; y baja de nuevo y se hunde como si hubiera sido vaciado; alza, hincha y contrae el tórax tan fuertemente, que la piel se introduce entre las costillas, que divergen y aparecen bajo la epidermis y abren otra vez las heridas de los azotes; una convulsión atroz que hace torcerse violentamente hacia atrás, una, dos, tres veces, la cabeza, que golpea contra la madera, duramente; una convulsión que contrae en un único espasmo todos los músculos de la cara y acentúa la desviación de la boca hacia la derecha, y hace abrir desmesuradamente y dilatarse los párpados, bajo los cuales se ven girar los globos oculares y aparecer la esclerótica. Todo el cuerpo se pone rígido. En la última de las tres contracciones, es un arco tenso, vibrante —verlo es tremendo—. Luego, un grito po-

tente, inimaginable en ese cuerpo exhausto, estalla, rasga el aire; es el "gran grito" de que hablan los Evangelios y que es la primera parte de la palabra "Mamá"... Y ya nada más...

La cabeza cae sobre el pecho, el cuerpo hacia delante, el temblor cesa, cesa la respiración. Ha expirado.

609.23 [23]La Tierra responde al grito del Sacrificado con un estampido terrorífico. Parece como si de mil bocinas de gigantes provenga ese único sonido, y acompañando a este tremendo acorde, óyense las notas aisladas, lacerantes, de los rayos que surcan el cielo en todos los sentidos y caen sobre la ciudad, en el Templo, sobre la muchedumbre... Creo que alguno habrá sido alcanzado por rayos, porque éstos inciden directamente sobre la muchedumbre; y son la única luz, discontinua, que permite ver. Y luego, inmediatamente, mientras aún continúan las descargas de los rayos, la tierra tiembla en medio de un torbellino de viento ciclónico. El terremoto y la onda ciclónica se funden para infligir un apocalíptico castigo a los blasfemos. Como un plato en las manos de un loco, la cima del Gólgota ondea y baila, sacudida por movimientos verticales y horizontales que tanto zarandean a las tres cruces, que parece que las van a tumbar.

Longino, Juan, los soldados, se asen a donde pueden, como pueden, para no caer al suelo. Pero Juan, mientras con un brazo agarra la cruz, con el otro sujeta a María, la cual, por el dolor y el temblor de la tierra, se ha reclinado en su corazón. Los otros soldados, especialmente los del lateral escarpado, han tenido que refugiarse en el centro para no caer por el barranco. Los ladrones gritan de terror. El gentío grita aún más. Quisieran huir. Pero no pueden. Enloquecidos, caen unos encima de otros, se pisan, se hunden en las grietas del suelo, se hieren, ruedan ladera abajo.

Tres veces se repiten el terremoto y el huracán. Luego, la inmovilidad absoluta de un mundo muerto. Sólo relámpagos, pero sin trueno, surcan el cielo e iluminan la escena de los judíos que huyen en todas las direcciones, con las manos entre el pelo o extendidas hacia delante o alzadas al cielo (ese cielo injuriado hasta este momento y del que ahora tienen miedo). La obscuridad se atenúa con un indicio de luz que, ayudado por el relampagueo silencioso y magnético, permite ver que muchos han quedado en el suelo: muertos o desvanecidos, no lo sé. Una casa arde al otro lado de las murallas y sus llamas se alzan derechas en el aire detenido, poniendo así una pincelada de rojo fuego en el verde ceniza de la atmósfera.

609.24 [24]María separa la cabeza del pecho de Juan, la alza, mira a su Jesús. Le llama, porque mal le ve con la escasa luz y con sus pobres ojos llenos de llanto. Tres veces le llama: «¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!».

Es la primera vez que le llama por el nombre desde que está en el Calvario. Hasta que, a la luz de un relámpago que forma como una corona sobre la cima del Gólgota, le ve, inmóvil, pendiendo todo Él hacia fuera, con la cabeza tan reclinada hacia delante y hacia la derecha, que con la mejilla toca el hombro y con el mentón las costillas. Entonces comprende. Entonces extiende los brazos, temblorosos en el ambiente obscuro, y grita: «¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!». Luego escucha... Tiene la boca abierta, con la que parece querer escuchar también; e igualmente tiene dilatados los ojos, para ver, para ver... No puede creer que su Jesús ya no esté...

Juan —también él ha mirado y escuchado, y ha comprendido que todo ha terminado— abraza a María y trata de alejarla de allí, mientras dice: «Ya no sufre».

Pero antes de que el apóstol termine la frase, María, que ha comprendido, se desata de sus brazos, se vuelve, se pliega curvándose hasta el suelo, se lleva las manos a los ojos y grita: «¡No tengo ya Hijo!».

Luego se tambalea. Y se caería, si Juan no la recogiera, si no la recibiera por entero, en su corazón. Luego él se sienta en el suelo, para sujetarla mejor en su pecho, hasta que las Marías —que ya no tienen impedido el paso por el círculo superior de soldados, porque, ahora que los judíos han huido, los romanos se han agrupado en el rellano de abajo y comentan lo sucedido— substituyen al apóstol junto a la Madre.

La Magdalena se sienta donde estaba Juan, y casi coloca a María encima de sus rodillas, mientras la sostiene entre sus brazos y su pecho, besándola en la cara exangüe vuelta hacia arriba, reclinada sobre el hombro compasivo. Marta y Susana, con la esponja y un paño empapado en el vinagre le mojan las sienes y los orificios nasales, mientras la cuñada María le besa las manos, llamándola con gran aflicción, y, en cuanto María vuelve a abrir los ojos y mira a su alrededor con una mirada como atónita por el dolor, le dice: «Hija, hija amada, escucha... dime que me ves... soy tu María... ¡No me mires así!...». Y, puesto que el primer sollozo abre la garganta de María y caen las primeras lágrimas, ella, la buena María de Alfeo, dice: «Sí, sí, llora... Aquí conmigo como ante una mamá, pobre, santa hija mía»; y cuando oye que María le dice: «¡Oh, María, María! ¿Has visto?», ella gime: «¡Sí!, sí,... pero... pero... hija... ¡oh, hija!...». No encuentra más palabras y se echa a llorar la anciana María: es un llanto desolado al que hacen de eco el de todas las otras (o sea, Marta y María, la madre de Juan y Susana).

Las otras pías mujeres ya no están. Creo que se han marchado, y

con ellas los pastores, cuando se ha oído ese grito femenino...

609.25 [25]Los soldados cuchichean unos con otros.

«¿Has visto los judíos? *Ahora* tenían miedo».

«Y se daban golpes de pecho».

«Los más aterrorizados eran los sacerdotes».

«¡Qué miedo! He sentido otros terremotos, pero como éste nunca. Mira: la tierra está llena de fisuras».

«Y allí se ha desprendido todo un trozo del camino largo».

«Y debajo hay cuerpos».

«¡Déjalos! Menos serpientes».

«¡Otro incendio! En la campiña...».

«¿Pero está muerto del todo?».

«¿Pero es que no lo ves? ¿Lo dudas?».

609.26 [26]Aparecen de tras la roca José y Nicodemo. Está claro que se habían refugiado ahí, detrás del parapeto del monte, para salvarse de los rayos. Se acercan a Longino. «Queremos el Cadáver».

«Solamente el Procónsul lo concede. Pero id inmediatamente, porque he oído que los judíos quieren ir al Pretorio para obtener el crurifragio. No quisiera que cometieran ultrajes».

«¿Cómo lo has sabido?».

«Me lo ha referido el alférez. Id. Yo espero».

Los dos se dan a caminar, raudos, hacia abajo por el camino empinado, y desaparecen.

609.27 [27]Es entonces cuando Longino se acerca a Juan y le dice en voz baja unas palabras que no aferro. Luego pide a un soldado una lanza. Mira a las mujeres, centradas enteramente en María, que lentamente va recuperando las fuerzas. Todas dan la espalda a la cruz.

Longino se pone enfrente del Crucificado, estudia bien el golpe y luego lo descarga. La larga lanza penetra profundamente de abajo arriba, de derecha a izquierda.

Juan, atenazado entre el *deseo* de ver y el *horror* de ver, aparta un momento la cara.

«Ya está, amigo» dice Longino, y termina: «Mejor así. Como a un caballero. Y sin romper huesos... ¡Era verdaderamente un Justo!».

De la herida mana mucha agua y un hilito sutil de sangre que ya tiende a coagularse. *Mana*, he dicho. Sale solamente filtrándose, por el tajo neto que permanece inmóvil, mientras que si hubiera habido respiración éste se habría abierto y cerrado con el movimiento torácico-abdominal...

609.28 [28]... Mientras en el Calvario todo permanece en este trágico aspecto, yo alcanzo a José y Nicodemo, que bajan por un atajo para acortar tiempo.

Están casi en la base cuando se encuentran con Gamaliel. Un Gamaliel despeinado, sin prenda que cubra su cabeza, sin manto, sucia de tierra su espléndida túnica desgarrada por las zarzas; un Gamaliel que corre, subiendo y jadeando, con las manos entre sus cabellos ralos y entrecanos de hombre anciano. Se hablan sin detenerse.

«¡Gamaliel! ¿Tú?».

«¿Tú, José? ¿Le dejas?».

«Yo no. Pero tú, ¿cómo por aquí?, y en ese estado...».

«¡Cosas terribles! ¡Estaba en el Templo! ¡La señal! ¡El Templo sacudido en su estructura! ¡El velo de púrpura y jacinto cuelga desgarrado! ¡El sanctasanctórum descubierto! ¡Tenemos la maldición sobre nosotros!». Gamaliel ha dicho esto sin detenerse, continuando su paso veloz hacia la cima, enloquecido por esta prueba.

Los dos le miran mientras se aleja... se miran... dicen juntos: «"Estas piedras temblarán con mis últimas palabras!". ¡Se lo había prometido!...».

[29]Aceleran la carrera hacia la ciudad. 609.29

Por la campiña, entre el monte y las murallas, y más allá, vagan, en un ambiente todavía caliginoso, personas con aspecto desquiciado... Gritos, llantos, quejidos... Dicen: «¡Su Sangre ha hecho llover fuego!», o: «¡Entre los rayos Yeohveh se ha aparecido para maldecir el Templo!», o gimen: «¡Los sepulcros! ¡Los sepulcros!».

José agarra a uno que está dando cabezazos contra la muralla, y le llama por su nombre, y tira de él mientras entra en la ciudad: «¡Simón! ¿Pero qué vas diciendo?».

«¡Déjame! ¡Tú también eres un muerto! ¡Todos los muertos! ¡Todos fuera! Y me maldicen».

«Se ha vuelto loco» dice Nicodemo.

Le dejan y trotan hacia el Pretorio.

El terror se ha apoderado de la ciudad. Gente que vaga dándose golpes de pecho. Gente que al oír por detrás una voz o un paso da un salto hacia atrás o se vuelve asustada.

En uno de los muchos espacios abovedados obscuros, la aparición de Nicodemo, vestido de lana blanca —porque para poder ganar tiempo se ha quitado en el Gólgota el manto obscuro—, hace dar un grito de terror a un fariseo que huye. Luego éste se da cuenta de que es Nicodemo y se lanza a su cuello con un extraño gesto efusivo, gritando: «¡No me maldigas! Mi madre se me ha aparecido y me ha dicho: "¡Maldito seas eternamente!"», y luego se derrumba gimiendo: «¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!».

«¡Pero están todos locos!» dicen los dos.

Llegan al Pretorio. Y sólo aquí, mientras esperan a que el Procón-

sul los reciba, José y Nicodemo logran conocer el porqué de tanto terror: muchos sepulcros se habían abierto con la sacudida telúrica y había quien juraba que había visto salir de ellos a los esqueletos, los cuales, en un instante, se habían recompuesto con apariencia humana, y andaban acusando del deicidio a los culpables, y maldiciéndolos.

Los dejo en el atrio del Pretorio, donde los dos amigos de Jesús entran sin tantas historias de estúpidas repulsas y estúpidos miedos
609.30 a contaminaciones. [30]Vuelvo al Calvario. Me llego a donde Gamaliel, que está subiendo, ya derrengado, los últimos metros. Camina dándose golpes de pecho, y al llegar al primero de los dos rellanos, se arroja de bruces —largura blanca sobre el suelo amarillento— y gime: «¡La señal! ¡La señal! ¡Dime que me perdonas! Un gemido, un gemido tan sólo, para decirme que me oyes y me perdonas».

Comprendo que cree que todavía está vivo. Y no cambia de opinión sino cuando un soldado, dándole con el asta de la lanza, dice: «Levántate. Calla. ¡Ya no sirve! Debías haberlo pensado antes. Está muerto. Y yo, que soy pagano, te lo digo: ¡Éste al que habéis crucificado era realmente el Hijo de Dios!».

«¿Muerto? ¿Estás muerto? ¡Oh!...». Gamaliel alza el rostro aterrorizado, trata de alcanzar a ver la cima con esa luz crepuscular. Poco ve, pero sí lo suficiente como para comprender que Jesús está muerto. Y ve también al grupo piadoso que consuela a María, y a Juan, en pie a la izquierda de la cruz, llorando, y a Longino, en pie, a la derecha, solemne con su respetuosa postura.

Se arrodilla, extiende los brazos y llora: «¡Eras Tú! ¡Eras Tú! No podemos ya ser perdonados. Hemos pedido que cayera sobre nosotros tu Sangre. Y esa Sangre clama al Cielo y el Cielo nos maldice... ¡Oh! ¡Pero Tú eras la Misericordia!... Yo te digo, yo, el anonadado rabí de Judá: "Venga tu Sangre sobre nosotros, *por piedad*". ¡Aspérjanos con ella! Porque sólo tu Sangre puede impetrar el perdón para nosotros...», llora. Y luego, más bajo, confiesa su secreta tortura: «Tengo la señal que había pedido... Pero siglos y siglos de ceguera espiritual están ante mi vista interior, y contra mi voluntad de ahora se alza la voz de mi soberbio pensamiento de ayer... ¡Piedad de mí! ¡Luz del mundo, haz que descienda un rayo tuyo a las tinieblas que no te han comprendido! Soy el viejo judío fiel a lo que creía ser justicia y era error. Ahora soy una landa yerma, ya sin ninguno de los viejos árboles de la Fe antigua, sin semilla alguna o escapo alguno de la Fe nueva. Soy un árido desierto. Obra Tú el milagro de hacer surgir, en este pobre corazón de viejo israelita obstinado, una flor que lleve tu nombre. Entra Tú, Libertador, en este pobre pensamien-

* to mío prisionero de las fórmulas. Isaías lo dice: "...pagó por los pecadores y cargó sobre sí los pecados de muchos". ¡Oh, también el mío, Jesús Nazareno...».

Se levanta. Mira a la cruz, que aparece cada vez más nítida con la luz que se va haciendo más clara, y luego se marcha encorvado, envejecido, abatido.

Y vuelve el silencio al Calvario, un silencio apenas roto por el llanto de María. Los dos ladrones, exhaustos por el miedo, ya no dicen nada.

[31]Vuelven corriendo Nicodemo y José, diciendo que tienen el permiso de Pilatos. Pero Longino, que no se fía demasiado, manda un soldado a caballo donde el Procónsul para saber cómo comportarse, incluso respecto a los dos ladrones. El soldado va y vuelve al galope con la orden de entregar el Cuerpo de Jesús y llevar a cabo el crurifragio en los otros, por deseo de los judíos. 609.31

Longino llama a los cuatro verdugos, que están cobardemente acurrucados al amparo de la roca, todavía aterrorizados por lo que ha sucedido, y ordena que se ponga fin a la vida de los ladrones a golpes de clava. Y así se lleva a cabo: sin protestas, por parte de Dimas, al que el golpe de clava, asestado en el corazón después de haber batido en las rodillas, quiebra en su mitad, entre los labios, con un estertor, el nombre de Jesús; con maldiciones horrendas, por parte del otro ladrón: el estertor de ambos es lúgubre.

[32]Los cuatro verdugos hacen ademán de querer desclavar de la cruz a Jesús. Pero José y Nicodemo no lo permiten. 609.32

También José se quita el manto, y dice a Juan que haga lo mismo y que sujete las escaleras mientras suben con barras (para hacer palanca) y tenazas.

María se levanta, temblorosa, sujetada por las mujeres. Se acerca a la cruz.

Mientras tanto, los soldados, terminada su tarea, se marchan. Pero Longino, antes de superar el rellano inferior, se vuelve desde la silla de su caballo negro para mirar a María y al Crucificado. Luego el ruido de los cascos suena contra las piedras y el de las armas contra las corazas, y se aleja.

La palma izquierda está ya desclavada. El brazo cae a lo largo del Cuerpo, que ahora pende semiseparado.

Le dicen a Juan que deje las escaleras a las mujeres y suba también. Y Juan, subido a la escalera en que antes estaba Nicodemo, se pasa el brazo de Jesús alrededor del cuello y lo sostiene desmayado

---

* *lo dice*, en *Isaías 53, 12.*

sobre su hombro. Luego ciñe a Jesús por la cintura mientras sujeta la punta de los dedos de la mano izquierda —casi abierta— para no golpear la horrenda fisura. Una vez desclavados los pies, Juan a duras penas logra sujetar y sostener el Cuerpo de su Maestro entre la cruz y su cuerpo.

María se pone ya a los pies de la cruz, sentada de espaldas a ella, preparada para recibir a su Jesús en el regazo.

Pero desclavar el brazo derecho es la operación más difícil. A pesar de todo el esfuerzo de Juan, el Cuerpo todo pende hacia delante y la cabeza del clavo está hundida en la carne. Y, dado que no quisieran herirle más, los dos compasivos deben esforzarse mucho. Por fin la tenaza aferra el clavo y éste es extraído lentamente.

Juan sigue sujetando a Jesús, por las axilas; la cabeza reclinada y vuelta sobre su hombro. Contemporáneamente, Nicodemo y José lo aferran: uno por los hombros, el otro por las rodillas. Así, cautamente, bajan por las escaleras.

609.33 [33]Llegados abajo, su intención es colocarle en la sábana que han extendido sobre sus mantos. Pero María quiere tenerle; ya ha abierto su manto dejándolo pender de un lado, y está con las rodillas más bien abiertas para hacer cuna a su Jesús.

Mientras los discípulos dan la vuelta para darle el Hijo, la cabeza coronada cuelga hacia atrás y los brazos penden hacia el suelo, y rozarían con la tierra con las manos heridas si la piedad de las pías mujeres no las sujetara para impedirlo.

Ya está en el regazo de su Madre... Y parece un niño grande cansado durmiendo, recogido todo, en el regazo materno. María tiene a su Hijo con el brazo derecho pasado por debajo de sus hombros, y el izquierdo por encima del abdomen para sujetarle también por las caderas.

La cabeza está reclinada en el hombro materno. Y Ella le llama... le llama con voz lacerada. Luego le separa de su hombro y le acaricia con la mano izquierda; recoge las manos de Jesús y las extiende y, antes de cruzarlas sobre el abdomen inmóvil, las besa; y llora sobre las heridas. Luego acaricia las mejillas, especialmente en el lugar del cardenal y la hinchazón. Besa los ojos hundidos; y la boca, que ha quedado levemente torcida hacia la derecha y entreabierta.

Querría poner en orden sus cabellos —como ya ha hecho con la barba apelmazada por grumos de sangre—, pero al intentarlo halla las espinas. Se pincha quitando esa corona, y quiere hacerlo sólo Ella, con la única mano que tiene libre, y rechaza la ayuda de todos diciendo: «¡No, no! ¡Yo! ¡Yo!». Y lo va haciendo con tanta delicadeza, que parece tener entre los dedos la tierna cabeza de un recién nacido. Una vez que ha logrado retirar esta torturante corona, se inclina

para medicar con sus besos todos los arañazos de las espinas.

Con la mano temblorosa, separa los cabellos desordenados y los ordena. Y llora y habla en tono muy bajo. Seca con los dedos las lágrimas que caen en las pobres carnes heladas y ensangrentadas. Y quiere limpiarlas con el llanto y su velo, que todavía está puesto en las caderas de Jesús. Se acerca uno de sus extremos y con él se pone a limpiar y secar los miembros santos. Una y otra vez acaricia la cara de Jesús y las manos y las contusas rodillas, y otra vez sube a secar el Cuerpo sobre el que caen lágrimas y más lágrimas.

Haciendo esto es cuando su mano encuentra el desgarro del costado. La pequeña mano, cubierta por el lienzo sutil entra casi entera en la amplia boca de la herida. Ella se inclina para ver en la semiluz que se ha formado. Y ve, ve el pecho abierto y el corazón de su Hijo. Entonces grita. Es como si una espada abriera su propio corazón. Grita y se desploma sobre su Hijo. Parece muerta Ella también.

[34]La ayudan, la consuelan. Quieren separarle el Muerto divino y, 609.34
dado que Ella grita: «¿Dónde, dónde te pondré, que sea un lugar seguro y digno de ti?», José, inclinado todo con gesto reverente, abierta la mano y apoyada en su pecho, dice: «¡Consuélate, Mujer! Mi sepulcro es nuevo y digno de un grande. Se lo doy a Él. Y éste, Nicodemo, amigo, ha llevado ya los aromas al sepulcro, porque, por su parte, quiere ofrecer eso. Pero, te lo ruego, pues el atardecer se acerca, déjanos hacer esto... Es la Parasceve. ¡Condesciende, oh Mujer santa!».

También Juan y las mujeres hacen el mismo ruego. Entonces María se deja quitar de su regazo a su Criatura, y, mientras le envuelven en la sábana, se pone de pie, jadeante. Ruega: «¡Oh, id despacio, con cuidado!».

Nicodemo y Juan por la parte de los hombros, José por los pies, elevan el Cadáver, envuelto en la sábana, pero también sujetado con los mantos, que hacen de angarillas, y toman el sendero hacia abajo.

María, sujetada por su cuñada y la Magdalena, seguida por Marta, María de Zebedeo y Susana —que han recogido los clavos, las tenazas, la corona, la esponja y la caña— baja hacia el sepulcro.

En el Calvario quedan las tres cruces, de las cuales la del centro está desnuda y las otras dos tienen aún su vivo trofeo moribundo.

[35]«Y ahora» dice Jesús, «poned mucha atención. Te eximo de la 609.35
descripción de la sepultura, que es correcta ya desde el año pasado:
* *19 de febrero de 1944*. Usaréis, por tanto, esa descripción, y el P. M.

* *esa descripción*, que corresponde sólo a la parte inicial de la "visión" del 19 de febrero de 1944, la cual, escrita con más amplitud el 28 de marzo de 1945, continúa en el capítulo siguiente, el 611. En lo relativo a la doble redacción, valga la nota de 587.13.

pondrá al final de ella el lamento de María, dado por mí en su momento: *4 de octubre de 1944*. Luego pondrás las cosas nuevas que verás. Son partes nuevas de la Pasión y hay que ponerlas en su lugar *muy bien* para no dejar ni lagunas ni puntos confusos».

610. Angustia de María en el Sepulcro y unción del Cuerpo de Jesús.

19 de febrero de 1944.

610.1 [1]Decir lo que experimento es inútil. Haría sólo una exposición de *mi* sufrimiento; por tanto, sin valor respecto al sufrimiento que contemplo. Lo describo, pues, sin comentarios sobre mí.

610.2 [2]Asisto al acto de sepultura de Nuestro Señor.

La pequeña comitiva, bajado ya el Calvario, encuentra en la base de éste, excavado en la roca calcárea, el sepulcro de José de Arimatea. En él entran estos compasivos, con el Cuerpo de Jesús.

Veo la estructura del sepulcro. Es un espacio ganado a la piedra, situado al fondo de un huerto todo florecido. Parece una gruta, pero se comprende que ha sido excavada por la mano del hombre. Está la cámara sepulcral propiamente dicha, con sus lóculos (de forma distinta de los de las catacumbas). Son como agujeros redondos que penetran en la piedra como agujeros de una colmena; bueno, para tener una idea. Por ahora todos están vacíos. Se ve el ojo vacío de cada lóculo como una mancha negra en el fondo gris de la piedra. Luego, precediendo a esta cámara sepulcral, hay como una antecámera, en cuyo centro está la mesa de piedra para la unción. Sobre esta mesa se coloca a Jesús en su sábana.

Entran también Juan y María. No más personas, porque la cámara preparatoria es pequeña y, si hubiera en ella más personas, no podrían moverse. Las otras mujeres están junto a la puerta, o sea, junto a la abertura, porque no hay puerta propiamente dicha.

610.3 [3]Los dos portadores destapan a Jesús.

Mientras ellos, en un rincón, encima de una especie de repisa, a la luz de dos antorchas, preparan vendas y aromas, María se inclina sobre su Hijo y llora. Y otra vez le seca con el velo que sigue en sus caderas. Es el único lavacro para el Cuerpo de Jesús: este de las lágrimas maternas, las cuales, aun siendo copiosas y abundantes sólo bastan para quitar superficialmente y parcialmente la tierra, el sudor y la sangre de ese Cuerpo torturado.

María no se cansa de acariciar esos miembros helados. Y, con una delicadeza mayor que si tocara las de un recién nacido, toma las po-

bres manos atormentadas, las agarra con las suyas, besa los dedos, los extiende, trata de recomponer los desgarros de las heridas, como para medicarlos y que duelan menos, se lleva a las mejillas esas manos que ya no pueden acariciar, y gime, gime invadida por su atroz dolor. Endereza y une los pobres pies, que tan desmayados están, como mortalmente cansados de tanto camino recorrido por nosotros. Pero estos pies se han deformado demasiado en la cruz, especialmente el izquierdo, que está casi aplanado, como si ya no tuviera tobillo.

Luego vuelve al cuerpo y lo acaricia, tan frío y tan rígido, y, al ver otra vez el desgarrón de la lanza —que ahora, estando supino el Salvador en la superficie de piedra, está totalmente abierto como una boca, y permite ver mejor la cavidad torácica (la punta del corazón puede verse clara entre el esternón y el arco costal izquierdo, y unos dos centímetros por encima se ve la incisión hecha con la punta de la lanza en el pericardio y en el cardio, de un centímetro y medio abundante, mientras que la externa del costado derecho tiene, al menos, siete)—, al verlo otra vez, María vuelve a gritar como en el Calvario. Tanto se contuerce, llena de dolor, llevándose las manos a su corazón, traspasado como el de Jesús, que parece como si la lanza la traspasara a Ella. ¡Cuántos besos en esa herida! ¡Pobre Mamá!

Luego vuelve a la cabeza —levemente vuelta hacia atrás y muy vuelta hacia la derecha— y la endereza. Trata de cerrar los párpados, que se obstinan en permanecer semicerrados; y la boca, que ha quedado un poco abierta, contraída, levemente desviada hacia la derecha. Ordena los cabellos, que ayer mismo eran tan hermosos y estaban tan peinados y que ahora son una completa maraña apelmazada por la sangre. Desenreda los mechones más largos, los alisa en sus dedos, los enrolla para dar de nuevo a aquéllos la forma de los dulces cabellos de su Jesús, tan suaves y ondeados. Y gime, gime porque se acuerda de cuando era niño... Es el motivo fundamental de su dolor: *el recuerdo de la infancia de Jesús, de su amor por Él, de sus cuidados*, temerosos incluso del aire más vivo para la Criaturita divina, *y el parangón con lo que le han hecho ahora los hombres.*

[4]Su lamento me hace sentirme mal. Su gesto me hace llorar y sufrir como si una mano hurgara en mi corazón; ese gesto suyo, cuando Ella, al no poder verle así, desnudo, rígido, encima de una piedra, gimiendo «¿qué te han... qué te han hecho, Hijo mío?», se lo recoge todo en sus brazos, pasándole el brazo por debajo de los hombros y estrechándole contra su pecho con la otra mano y acunándole con el mismo movimiento de la gruta de la Natividad. 610.4

4 de octubre de 1944.

610.5 [5]La terrible angustia espiritual de María.

La Madre está en pie junto a la piedra de la unción, y acaricia y contempla y gime y llora. La luz temblorosa de las antorchas ilumina intermitentemente su cara y yo veo gotazas de llanto rodar por las mejillas palidísimas de un rostro destrozado. Oigo las palabras. Todas. Bien claras, aunque sean susurradas a flor de labios. Verdadero coloquio del alma materna con el alma del Hijo. Recibo la orden de escribirlas.

610.6 [6]«¡Pobre Hijo! ¡Cuántas heridas!... ¡Cómo has sufrido! ¡Mira lo que te han hecho!... ¡Qué frío estás, Hijo! Tus dedos son de hielo. ¡Y qué inertes! Parecen rotos. Nunca, ni en el más relajado de los sueños de tu infancia, ni en el profundo sueño de tu fatiga de obrero, estuvieron tan inertes... ¡Y qué fríos están! ¡Pobres manos! ¡Dáselas a tu Madre, tesoro mío, amor santo, amor mío! ¡Mira qué laceradas están! ¡Mira, mira, Juan, qué desgarro! ¡Oh, crueles! Aquí, aquí, con tu Mamá esta mano herida, para que yo te la medique. ¡No, no te hago daño...! Usaré besos y lágrimas, y con el aliento y el amor te calentaré esta mano. ¡Dame una caricia, Hijo! Tú eres de hielo, yo ardo de fiebre. Mi fiebre se verá aliviada con tu hielo y tu hielo se suavizará con mi fiebre. ¡Una caricia, Hijo! Hace pocas horas que no me acaricias y ya me parecen siglos. Pasaron meses sin tus caricias y me parecieron horas porque continuamente esperaba tu llegada, y de cada día hacía una hora, de cada hora un minuto, para decirme que no estabas a una o más lunas lejano de mí, sino solamente a unos pocos días, a unas pocas horas. ¿Por qué, ahora es tan largo el tiempo? ¡Ah, congoja inhumana! Porque has muerto. ¡Te me han muerto! ¡Ya no estás en esta Tierra! ¡Ya no! ¡Cualquiera que sea el lugar a donde lance mi alma para buscar la tuya y abrazarme a ella —porque encontrarte, tenerte, sentirte, era la vida de mi carne y de mi espíritu— cualquiera que sea el lugar en que te busque con la ola de mi amor, ya no te encuentro, no te encuentro ya! ¡De ti no me queda sino este despojo frío, este despojo sin alma! ¡Oh, alma de mi Jesús, oh alma de mi Cristo, oh alma de mi Señor, ¿dónde estás?! ¿Por qué le habéis quitado el alma a mi Hijo, hienas crueles unidas con Satanás? ¿Y por qué no me habéis crucificado con Él? ¿Habéis tenido miedo de un segundo delito? (La voz va tomando un tono cada vez más fuerte y desgarrador.) ¿Y qué era matar a una pobre mujer, para vosotros que no habéis vacilado en matar a Dios hecho Carne? ¿No habéis cometido un segundo delito? ¿Y no es éste el más abominable, el de dejar que una madre sobreviva a su Hijo sañosamente matado?».

610.7 [7]La Madre, que con la voz había alzado la cabeza, ahora se incli-

na de nuevo hacia el rostro sin vida, y vuelve a hablar bajo, sólo para Él:

«Al menos en la tumba, aquí dentro, habríamos estado juntos, como habríamos estado juntos en la agonía en el madero, y juntos en el viaje de después de la muerte y al encuentro de la Vida. Pero, si no puedo seguirte en el viaje de después de la muerte, aquí, esperándote, sí que puedo quedarme».

Se endereza de nuevo y dice con voz fuerte a los presentes:

«Marchaos todos. Yo me quedo. Cerradme aquí con Él. Le esperaré. ¿Decís que no se puede? ¿Por qué no se puede? ¿Si hubiera muerto, no estaría aquí, echada a su lado, a la espera de ser recompuesta? Estaré a su lado, pero de rodillas. Asistí a sus vagidos cuando, tierno y rosado, lloraba en una noche de diciembre. A su lado estaré ahora, en esta noche del mundo que ya no tiene a Cristo. ¡Oh, gélida noche! ¡El Amor ha muerto! ¿Qué dices, Nicodemo? ¿Me contamino? Su Sangre no es contaminación. Tampoco me contaminé generándole. ¡Ah, cómo saliste Tú, Flor de mi seno, sin lacerar fibra alguna! Antes bien, como una flor de perfumado narciso que brota del alma del bulbo-matriz y florece aunque el abrazo de la tierra no haya ceñido la matriz; así justamente. Virgen florecer que en ti se refleja, oh Hijo venido de abrazo celestial, nacido entre celestiales inundaciones de esplendor».

[8]Ahora la Madre acongojada vuelve a inclinarse hacia el Hijo, 610.8
abstrayéndose de cualquier otra cosa que no sea Él, y susurra quedo:
«¿Tú recuerdas, Hijo, aquella sublime vestidura de esplendores que todo vistió mientras nacías a este mundo? ¿Recuerdas aquella beatífica luz que el Padre mandó desde el Cielo para envolver el misterio de tu florecer y para que te fuera menos repulsivo este mundo obscuro, a ti que eras Luz y venías de la Luz del Padre y del Espíritu Paráclito? ¿Y ahora?... Ahora obscuridad y frío... ¡Cuánto frío! ¡Cuánto!, ¡y me llena de temblor! Más que aquella noche de diciembre. Entonces, el tenerte daba calor a mi corazón. Y Tú tenías a dos amándote... Ahora... Ahora sólo yo, y moribunda también. Pero te amaré por dos: por los que te han amado tan poco, que te han abandonado en el momento del dolor; te amaré por los que te han odiado. Por todo el mundo te amaré, Hijo. No sentirás el hielo del mundo. No, no lo sentirás. Tú no abriste mis entrañas para nacer; pero, para que no sientas el hielo, estoy dispuesta a abrírmelas y envolverte en el abrazo de mi seno. ¿Recuerdas cómo te amó este seno, siendo Tú una pequeña semilla palpitante?... Sigue siendo el mismo. ¡Es mi derecho y mi deber de Madre! Es mi deseo. Sólo la Madre puede tenerlo, puede tener hacia el Hijo un amor tan grande como el universo».

[9]La voz se ha ido elevando, y ahora con plena fuerza dice: 610.9

«Marchaos. Yo me quedo. Volveréis dentro de tres días y saldremos juntos. ¡Oh, volver a ver el mundo apoyada en tu brazo, Hijo mío! ¡Qué hermoso será el mundo a la luz de tu sonrisa resucitada! ¡El mundo estremecido al paso de su Señor! La Tierra ha temblado cuando la muerte te ha arrancado el alma y del corazón ha salido tu espíritu. Pero ahora temblará... ya no por horror y dolor agudo, sino con ese estremecimiento suave —por mí desconocido, pero intuido por mi feminidad— que hace vibrar a una virgen cuando, después de una ausencia, siente la pisada del prometido que viene para las nupcias. Más aún: la Tierra temblará con un estremecimiento santo, como el que yo experimenté hasta mis más hondas profundidades, cuando tuve en mí al Señor Uno y Trino, y la voluntad del Padre con el fuego del Amor creó la semilla de que Tú viniste, oh mi Niño santo, Criatura mía, toda mía. ¡Toda! ¡Toda de tu Mamá!, ¡de tu Mamá!... Todos los niños tienen padre y madre. Hasta el ilegítimo tiene un padre y una madre. Pero Tú tuviste sólo a la Madre para formarte la carne de rosa y azucena, para hacerte estos recamos de venas, azules como nuestros ríos de Galilea, y estos labios de granado, y estos cabellos de hermosura no superada por las vedijas de oro de las cabras de nuestras colinas, y estos ojos: dos pequeños lagos de Paraíso. No, más bien: del agua de que procede el único y cuádruple Río del Lugar de delicias, y consigo lleva, en sus cuatro ramales, el oro, * el ónice, el bedelio y el marfil, los diamantes, las palmas, la miel, las rosas, y riquezas infinitas, oh Pisón, oh Guijón, oh Tigris, oh Éufrates: camino de los ángeles que exultan en Dios, camino de los reyes que te adoran, Esencia conocida o desconocida, pero viviente, presente, hasta en el más obscuro de los corazones. Sólo tu Mamá te formó esto, con su "sí"... De música y amor te formó; de pureza y obe-
610.10 diencia te formé, ¡oh Alegría mía! [10]¿Qué es tu Corazón? La llama del mío, que se dividió para condensarse en corona en torno al beso de Dios a su Virgen. Esto es este Corazón. ¡Ah!».

(Es un grito tan desgarrador que la Magdalena y Juan se acercan a socorrerla; las otras no se atreven, y llorando, veladas, miran de soslayo desde la abertura).

«¡Ah, te lo han partido! ¡Por eso estás tan frío y por eso estoy tan fría yo! Ya no tienes dentro la llama de mi corazón, ni yo puedo seguir viviendo por el reflejo de esa llama que era mía y que te di para formarte un corazón. ¡Aquí, aquí, aquí, en mi pecho! Antes que la muerte me quite la vida, quiero darte calor, quiero acunarte. Te cantaba: "No hay casa, no hay alimento, hay sólo dolor". ¡Proféticas pa-

---

* *Lugar de delicias*, el de *Génesis 2, 8-15*.

labras! ¡Dolor, dolor, dolor para ti, para mí! Te cantaba: "Duerme, duerme en mi corazón". También ahora: aquí, aquí, aquí...».

Y, sentándose en el borde de la piedra, le recoge tiernamente en su regazo pasándose un brazo de su Hijo por los hombros, poniéndose la cabeza de su Hijo apoyada en un hombro y reclinando la suya sobre ella, estrechándole contra su pecho, acunándole, besándole, acongojada y acongojante.

[11]Nicodemo y José se acercan y ponen en una especie de asiento 610.11
que hay junto a la otra parte de la piedra, vasos y vendas y la sábana limpia y un barreño con agua, me parece, y vedijas de hilas, me parece.

María, que ve esto, pregunta con fuerte voz: «¿Qué hacéis? ¿Qué queréis? ¿Prepararle? ¿Prepararle para qué? Dejadle en el regazo de su Madre. Si logro darle calor, resucita antes; si logro consolar al Padre y consolarle a Él del odio deicida, el Padre perdona antes y Él vuelve antes». La Dolorosa está casi en estado de delirio.

«¡No, no os le doy! Una vez le di, una vez le di al mundo, y el mundo no le ha recibido. Le ha matado por no querer tenerle. ¡Ahora no vuelvo a darle! ¿Qué decís? ¿Que le amáis? ¡Ya! Y entonces ¿por qué no le habéis defendido? Habéis esperado a decir que le queríais cuando ya no podía oíros. ¡Qué pobre el amor vuestro! Pero, si teníais tanto miedo al mundo, que no os atrevíais a defender a un inocente, al menos hubierais debido confiármele a mí, a la Madre, para que defendiera al que de Ella nació. Ella sabía quién era y qué merecía. ¡Vosotros?... Le habéis tenido como Maestro, pero no habéis aprendido nada. ¿No es, acaso, cierto? ¿Acaso miento? ¿Pero no veis que no creéis en su Resurrección? ¿Creéis? No. ¿Por qué estáis ahí, preparando aromas y vendas? Porque le consideráis un pobre muerto, hoy gélido, mañana descompuesto, y queréis embalsamarle por esto. Dejad vuestros ungüentos. Venid a adorar al Salvador con el corazón puro de los pastores betlemitas. Mirad: duerme. Es sólo un hombre cansado que descansa. ¡Cuánto se ha esforzado en la vida! ¡Cada vez más, ha ido esforzándose! ¡Y, bueno, no digamos ya en estas últimas horas!... Ahora está descansando. Para mí, para su Mamá, es sólo un Niño grande cansado que duerme. ¡Bien míseros la cama y la habitación! Pero tampoco fue hermoso su primer lecho, ni alegre su primera morada. Los pastores adoraron al Salvador mientras dormía su sueño de Niño. Vosotros adorad al Salvador mientras duerme su sueño de Triunfador de Satanás. Y luego, como los pastores, id a decir al mundo: "¡Gloria a Dios! ¡El Pecado ha muerto! ¡Satanás ha sido vencido! ¡Paz en la Tierra y en el Cielo entre Dios y el hombre!". Preparad los caminos de su regreso. Yo os envío. Yo, a quien la Materni-

dad hace Sacerdotisa del rito. Id. Yo he dicho que no quiero. Yo he lavado con mi llanto. Y es suficiente. Lo demás no hace falta. Y no os penséis que le vais a poner esas cosas. Más fácil le será resucitar si está libre de esas fúnebres, inútiles vendas. ¿Por qué me miras así, José? ¿Y tú por qué, Nicodemo? ¿Pero es que el horror de hoy os ha entontecido?, ¿os ha hecho perder la memoria? ¿No recordáis? "A esta generación malvada y adúltera, que busca un signo, no le será dada sino la señal de Jonás... Así, el Hijo del hombre estará *tres días y tres noches* en el corazón de la Tierra". ¿No lo recordáis? "El Hijo del hombre está para ser entregado en manos de los hombres, que lo matarán, pero *al tercer día resucitará*". ¿No os acordáis? "Destruid este Templo del Dios verdadero *y en tres días* Yo le resucitaré. ¡El Templo era su Cuerpo, oh hombres! ¿Meneas la cabeza? ¿Es compasión hacia mí? ¿Me crees una demente? Pero bueno, ¿ha resucitado a
610.12 muertos y no va a poder resucitarse a sí mismo? [12]¿Juan?».

«¡Madre!».

«Sí, llámame "madre". ¡No puedo vivir pensando que no seré llamada así! Juan, tú estabas presente cuando resucitó a la hijita de Jairo y al jovencito de Naím. ¿Estaban bien muertos, no? ¿No era sólo un profundo sopor? Responde».

«Estaban muertos. La niña, desde hacía dos horas; el jovencito, desde hacía un día y medio».

«¿Y dio la orden y ellos se alzaron?».

«Dio la orden y ellos se alzaron».

«¿Habéis oído? Vosotros dos: ¿habéis oído? ¿Por qué meneáis la cabeza? ¡Ah, quizás lo que estáis insinuando es que la vida vuelve antes a uno que es inocente y joven! ¡Pues mi Niño es el Inocente! Y es el Siempre Joven. ¡Es Dios mi Hijo!...». La Madre mira con ojos acongojados a los dos preparadores, quienes, desalentados pero inexorables, disponen los rollos de las vendas empapadas ya en los perfumes.

María da dos pasos —ha dejado a su Hijo sobre la piedra con la delicadeza de quien pone en la cuna a un recién nacido—, da dos pasos, se inclina al pie del lecho fúnebre, donde, de rodillas, llora la Magdalena; y la aferra por un hombro, la zarandea, la llama: «María. Responde. Éstos piensan que Jesús no podrá resucitar porque es un hombre y ha muerto a causa de heridas. Pero ¿tu hermano no es mayor que Él?».

«Sí».

«¿No estaba llagado por entero?».

«Sí».

«¿No se corrompía ya antes de descender al sepulcro?».

«Sí».

«¿Y no resucitó después de cuatro días de asfixia y putrefacción?».

«Sí».

«¿Entonces?».

[13]Silencio grave y largo. Luego un grito inhumano. María vacila 610.13
mientras se lleva una mano al corazón. La sujetan. Pero Ella los rechaza. Parece rechazar a estos compasivos; en realidad rechaza lo que sólo Ella ve. Y grita: «¡Atrás! ¡Atrás, cruel! ¡No *esta* venganza! ¡Calla! ¡No quiero oírte! ¡Calla! ¡Ah, me muerde el corazón!».

«¿Quién, Madre?».

«¡Oh, Juan! ¡Es Satanás! Satanás, que dice: "No resucitará. Ningún profeta lo ha dicho". ¡Oh, Dios Altísimo! ¡Ayudadme todos, espíritus buenos, y vosotros, hombres compasivos! ¡Mi razón vacila! No recuerdo nada. ¿Qué dicen los profetas? ¿Qué dice el salmo? ¡Oh, ¿quién me repite los pasos que hablan de Jesús?!».

Es la Magdalena la que con su voz de órgano dice el salmo davídico sobre la Pasión del Mesías.

La Madre llora más fuerte, sujetada por Juan, y el llanto cae sobre el Hijo muerto, que resulta todo mojado de lágrimas. María ve esto, y le seca, y dice en voz baja: «¡Tanto llanto! Y, cuando tenías tanta sed, ni siquiera una lágrima te he podido dar. Y ahora... ¡te mojo entero! Pareces un arbusto bajo un pesado rocío. Aquí, que tu Madre te seca. ¡Hijo! ¡Tanta amargura has experimentado! ¡No caiga ahora el amargor y la sal del llanto materno en tu labio herido!...».

Luego llama fuerte: «María. David no habla... ¿Sabes Isaías? Di sus palabras...».

La Magdalena dice el fragmento sobre la Pasión y termina con un sollozo: «...entregó su vida a la muerte y fue contado entre los malhechores; Él, que quitó los pecados del mundo y oró por los pecadores».

«¡Calla! ¡Muerte no! ¡No entregado a la muerte! ¡No! ¡No! ¡Oh, vuestra falta de fe, aliándose con la tentación de Satanás, me pone la duda en el corazón! ¿Y yo no voy a creerte, Hijo? ¿No voy a creer en tu santa palabra? ¡Díselo a mi alma! Habla. Desde las lejanas regiones a donde has ido a liberar a los que esperaban tu llegada, lanza tu voz de alma a mi alma hacia ti abierta; a mi alma, que está aquí, abierta toda a recibir tu voz. ¡Dile a tu Madre que vuelves! Di: "Al tercer día resucitaré". ¡Te lo suplico, Hijo y Dios! Ayúdame a proteger mi fe. Satanás la aprisiona entre sus roscas para estrangularla. Satanás ha separado su boca de serpiente de la carne del hombre porque Tú le has arrebatado esta presa, pero ahora ha hincado el garfio de sus dientes venenosos en la carne de mi corazón y me para-

liza sus latidos y me quita su fuerza y su calor. ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! ¡No permitas que desconfíe! ¡No dejes que la duda me hiele! ¡No des a Satanás la libertad de llevarme a la desesperación! ¡Hijo! ¡Hijo! Ponme la mano en el corazón: alejará a Satanás. Ponme la mano sobre la cabeza: le devolverá la luz. Santifica con una caricia mis labios y se fortalezcan para decir: "Creo" incluso contra todo un mundo que no cree. ¡Oh, qué dolor es no creer! ¡Padre! Mucho hay que perdonar a quien no cree. Porque cuando ya no se cree... cuando ya no se cree... todo horror se hace fácil. Yo te lo digo... yo que experimento esta tortura. ¡Padre, piedad de los que no tienen fe! ¡Dales, Padre santo, dales, por esta Hostia consumada y por mí, hostia que aún se consuma, da tu Fe a los que carecen de fe!».

610.14 [14]Un rato largo de silencio.

Nicodemo y José hacen un gesto a Juan y a la Magdalena.

«Ven, Madre». Es la Magdalena la que habla tratando de separar a María de su Hijo y de desligar los dedos de Jesús entrelazados con los de María, que los besa llorando.

La Madre se yergue. Su aspecto es solemne. Extiende por última vez los pobres dedos exangües, coloca la mano inerte junto al Cuerpo. Luego baja los brazos y, bien erguida, con la cabeza levemente hacia arriba, ora y ofrece. No se oye una sola palabra, pero se comprende que ora, por todo el aspecto. Es verdaderamente la Sacerdotisa ante el altar, la Sacerdotisa en el instante de la ofrenda. «Offerimus praeclarae majestati tuae de tuis donis, ac datis, hostiam puram, hostiam sanctam, hostiam immaculatam...». *

Luego se vuelve: «De acuerdo, hacedlo. *Pero resucitará.* En vano desconfiáis de mi razón, en vano estáis ciegos a la verdad que Él os dijo. En vano trata Satanás de tender asechanzas a *mi* fe. Para redimir al mundo falta también la tortura infligida a mi corazón por Satanás derrotado. La sufro y la ofrezco por los que han de venir. ¡Adiós, Hijo! ¡Adiós, Criatura mía! ¡Adiós, Niño mío! ¡Adiós... Adiós... Santo... Bueno... Amadísimo y digno de amor... Hermosura... Gozo... Fuente de salvación... Adiós... En tus ojos... en tus labios... en tu pelo de oro... en tus helados miembros... en tu corazón traspasado... ¡oh, en tu corazón traspasado!... mi beso... mi beso... mi beso... Adiós... Adiós... ¡Señor! ¡Piedad de mí!».

[19 de febrero de 1944]

610.15 [15]Los dos preparadores han terminado de disponer las vendas.

---

* *Offerimus...: ofrecemos a tu superna majestad las cosas que tú mismo nos has dado, esto es, el sacrificio puro, santo e inmaculado...* (del Misal Romano).

Vienen a la mesa y despojan a Jesús incluso de su velo. Pasan una esponja —me parece; o un ovillo de lino— por los miembros (es una muy apresurada preparación de los miembros, que gotean por mil partes).

Luego untan de ungüentos todo el Cuerpo, que queda literalmente tapado bajo una costra de pomada. Lo primero, le han alzado. Han limpiado la mesa de piedra. En ésta han puesto la sábana, que cae por más de su mitad por la cabecera del lecho. Han colocado el Cuerpo apoyado sobre el pecho y han untado todo el dorso, los muslos, las piernas, toda la parte posterior. Luego le han dado la vuelta delicadamente, poniendo atención en que no se desprendiera la pomada de perfumes. Le han ungido también por la parte anterior: primero el tronco; luego los miembros (primero los pies; lo último, las manos, que han unido encima del bajo vientre).

La mixtura de ungüentos debe ser pegajosa, como goma, porque veo que las manos han quedado estables, mientras que antes siempre resbalaban por su peso de miembros muertos. Los pies, no: conservan su posición: uno más derecho, el otro más echado.

Por último, la cabeza: la habían untado esmeradamente (de forma que sus rasgos desaparecen bajo el estrato de ungüento), después, para mantener cerrada la boca, la han atado con la venda que faja el mentón.

María ahora gime más fuerte.

Alzan la sábana por el lado que recaía y la pliegan sobre Jesús, que desaparece bajo su grueso lienzo. Jesús no es ahora sino una forma cubierta por un lienzo.

José comprueba que todo está bien y todavía coloca sobre el rostro un sudario de lino; y otros paños, semejantes a cortas y anchas tiras rectangulares, de derecha a izquierda, sobre el Cuerpo, que sujetan la sábana bien adherida: no es el típico vendaje que se ve en las momias, tampoco el que se ve en la resurrección de Lázaro: es un vendaje en embrión.

Jesús ha quedado anulado. Hasta la forma se difumina bajo los paños. Parece un alargado montón de tela, más estrecho en los extremos y más ancho en el centro, apoyado sobre el gris de la piedra. María llora más fuerte.

4 de octubre de 1944.

[16]Dice Jesús: 610.16

«Y la tortura continuó con asaltos periódicos hasta el alba del Domingo. Yo tuve, en la Pasión, *una sola* tentación. Pero la Madre, la Mujer, expió por la mujer, culpable de todos los males, repetidas ve-

ces. Y Satanás agredió a la Vencedora con centuplicada saña.

María le había vencido, y Ella recibió la más atroz de las tentaciones. Tentación a la carne de la Madre. Tentación al corazón de la Madre. Tentación al espíritu de la Madre. El mundo cree que la Redención tuvo fin con mi último respiro. No. La coronó la Madre, añadiendo su triple tortura para redimir la triple concupiscencia, luchando durante tres días contra Satanás, que quería llevarla a negar mi Palabra y a no creer en mi Resurrección. *María fue la única que siguió creyendo*. Grande y bienaventurada es también por esta fe.

Has conocido también esto. Tormento que es eco del tormento de mi Getsemaní. El mundo no comprenderá esta página. Pero "los que están en el mundo sin ser del mundo" la comprenderán, y verán aumentado su amor hacia la Madre Dolorosa. Por esto la he dado.

Ve en paz con nuestra bendición».

611. Cierran el Sepulcro. El regreso al Cenáculo.

28 de marzo de 1945.

611.1 [1]José de Arimatea apaga una de las antorchas, da una última ojeada y se dirige a la apertura del sepulcro manteniendo encendida y levantada la otra antorcha.

María se inclina una vez más para besar a su Hijo a través de los elementos que lo cubren. Y quisiera hacerlo dominando su dolor, conteniendo éste como forma de respeto al Cadáver, que, estando embalsamado, no le pertenece. Pero, cuando está cerca del rostro velado, ya no se domina; se sume en una nueva crisis de desolación.

No sin dificultad, la alzan. La alejan, con mayor dificultad aún, del lecho fúnebre. Arreglan las telas desordenadas y, más en vilo que sujetándola, se llevan a la pobre Madre, que se aleja con la cara hacia atrás, para ver, para ver a su Jesús, ya solo en la obscuridad del sepulcro.

611.2 [2]Salen al huerto silencioso bajo la luz vespertina. Ya la claridad que renació después de la tragedia del Gólgota vuelve a obscurecerse por la noche que desciende. Y allí, bajo los tupidos ramajes —tupidos aunque carezcan todavía de hojas y estén apenas adornados de las bocas blanco-rosas de los manzanos que empiezan a echar flor (extrañamente retrasados en este pomar de José, mientras que en otros lugares están ya enteramente cubiertos de flores abiertas e incluso fecundadas, constituyendo ya minúsculos frutos)—, bajo esos tupidos ramajes, la penumbra es aún más densa que en otros lugares.

Corren hasta su surco la pesada piedra del sepulcro. Largas ramas de un enmarañado rosal, que penden de lo alto de la gruta, parecen llamar a esa puerta de piedra y decir: "¿Por qué te cierras ante una madre que llora?". Y parecen verter también ellas lágrimas de sangre con sus pétalos rojos deshojados, con las corolas distribuidas sobre la superficie de la piedra obscura, con los botones cerrados que golpean contra el inexorable cierre.

[3]Pero pronto otra sangre humedecerá esa puerta sepulcral, y otro 611.3
llanto. María, hasta ahora sujeta por Juan y sollozando, aunque bastante sosegada, se libera ahora del apóstol y, emitiendo un grito que creo que ha hecho temblar hasta las entrañas de las plantas, se arroja contra la puerta, se agarra al saliente de ésta para descorrerla, se excoria los dedos y se rompe las uñas, sin conseguir moverla, y hasta hace palanca apretando la cabeza contra este saliente áspero. Su gemido tiene notas del rugido de una leona que se abra las venas contra el cierre de una trampa donde estén encerrados sus cachorros, compasiva y furiosa por amor de madre.

Nada tiene ahora de la mansa virgen de Nazaret, de la paciente mujer que hasta ahora hemos conocido. Es: la madre; sólo y simplemente: la madre aferrada a su criatura con todos los nervios de la carne y todas las entrañas del amor. Es la más verdadera "dueña" de esa carne que Ella generó, la única dueña después de Dios, y no quiere que le roben esta propiedad. Es la "reina" que defiende su corona: el hijo, el hijo, el hijo.

Toda la rebelión y las rebeliones que en treinta y tres años en cualquier otra mujer habría habido contra la injusticia del mundo hacia un hijo, toda la santa y lícita ira que cualquier otra madre habría manifestado durante aquellas últimas horas, para herir y matar con las manos y los dientes a los asesinos de su hijo; todas estas cosas que Ella, por amor al género humano, ha dominado siempre, ahora se agitan en su corazón, hierven en su sangre, pero, mansa incluso en medio de ese dolor suyo que la hace delirar, ni impreca ni acomete. Solamente pide a la piedra que se abra, que la deje pasar porque su sitio está ahí dentro, donde está Él; sólo pide a los hombres, despiadadamente piadosos, que la obedezcan y abran.

Después de haber golpeado y manchado de sangre con los labios y las manos la piedra tenaz, se vuelve, se apoya con los brazos abiertos, aferrando todavía los dos bordes de la piedra, y, terrible en su majestuosidad de Madre dolorosa, ordena: «¡Abrid! ¿No queréis? Pues yo me quedo aquí. ¿No dentro? Pues afuera. Aquí están mi pan y mi lecho, aquí está mi morada. No tengo ni otras casas ni otro objetivo. Vosotros marchaos si queréis. Volved al asqueroso mundo. Yo

me quedo aquí, donde no hay ambiciones ni olor de sangre».

«¡No puedes, Mujer!».

«¡No puedes, Madre!».

«¡No puedes, María amada!».

Y tratan de separarle las manos de la piedra, asustados por esos ojos que ellos no conocían con ese destello que los hace duros e imperiosos, vítreos, fosforescentes.

611.4 [4]La sobrepujanza mal conviene a los mansos, y los humildes no saben persistir en la soberbia... Y en seguida cede en María el querer vehemente y el mandar imperioso. Vuelve a Ella su mirada mansa de paloma torturada, pierde el gesto impositivo y se inclina otra vez suplicante, y une las manos rogando: «¡Oh, dejadme! ¡Por vuestros difuntos, por los vivos a los que amáis, piedad de una pobre madre!... Oíd... oíd mi corazón. Necesita paz para que cese en él este latido cruel; así se ha puesto a latir arriba, en el Calvario. El martillo hacía "ton", "ton", "ton"... y cada uno de esos golpes hería a mi Niño... y golpeaba mi cerebro y mi corazón... y tengo llena de esos golpes la cabeza, y mi corazón late rápido al ritmo de ese "ton", "ton", "ton" descargado sobre las manos, sobre los pies de mi Jesús, de mi pequeño Jesús... ¡Mi Niño! ¡Mi Niño!...».

Le vuelve todo el tormento que parecía calmado después de su oración al Padre junto a la mesa de la unción. Todos lloran.

«Necesito no oír gritos ni golpes. El mundo está lleno de voces y ruidos. Cada voz me parece ese "gran grito" que me ha petrificado la sangre en las venas; cada ruido, el del martillo en los clavos. Necesito no ver rostros de hombre. El mundo está lleno de rostros... Hace casi doce horas que veo rostros de asesinos... Judas... los verdugos... los sacerdotes... los judíos... ¡Todos, todos asesinos!... ¡Fuera! ¡Fuera!... No quiero ver a nadie... En cada hombre hay un lobo y una serpiente. Siento escalofrío ante el hombre, siento miedo del hombre... Dejadme aquí, bajo estos árboles serenos, en esta hierba poblada de flores... Dentro de poco saldrán las estrellas... que siempre fueron sus amigas y mis amigas... Ayer las estrellas han hecho compañía a nuestra solitaria agonía... Ellas saben muchas cosas... Ellas vienen de Dios... ¡Oh! ¡Dios! ¡Dios!...». Llora y se arrodilla. «¡Paz, mi Dios! ¡No me quedas sino Tú!».

611.5 [5]«Ven, hija. Dios te dará paz. Pero ven. Mañana es el sábado pascual. No podríamos venir a traerte comida...».

«¡Nada! ¡Nada! ¡No quiero comida! ¡Quiero a mi Hijo! Sacio mi hambre con mi dolor; mi sed, con mi llanto... Aquí... ¿Ois cómo llora ese autillo? Llora conmigo, y dentro de poco llorarán los ruiseñores. Y mañana, con la luz del Sol, llorarán las calandrias y los currucos y

todos los pájaros que Él amaba, y las tórtolas vendrán conmigo a gol-
* pear a esta puerta y a decir, a decir: "¡Álzate, amor mío y ven! Amor que estás en la hendidura de la roca, en el refugio de la escarpada, déjame ver tu rostro, déjame escuchar tu voz". ¡Aaaah! ¡Qué digo? Ellos, ellos también, los torvos asesinos, se han dirigido a Él con las palabras del Cantar! Sí, venid, oh hijas de Jerusalén, a ver a vuestro Rey con la diadema, como le coronó su Patria en el día de su desposorio con la Muerte, en el día de su triunfo como Redentor».

«¡Mira, María! Están viniendo guardias del Templo. Aléjate de aquí. No te vayan a injuriar».

«¿Guardias? ¿Injurias? No. Son viles. Viles son. Y si yo saliera a su encuentro, terrible en mi dolor, huirían como Satanás frente a Dios. Pero yo recuerdo que soy María... y no arremeteré contra ellos, como tendría derecho a hacer. Estaré pacífica... ni siquiera me verán. Y, si me ven y me preguntan: "¿Qué quieres?", les diré: "La limosna de respirar el aire balsámico que sale por esta fisura". Diré: "En nombre de vuestra madre". Todos tienen una madre... hasta el ladrón compasivo lo ha dicho...».

«Pero éstos son peor que los bandoleros. Te insultarán».

«¿Acaso hay un insulto que, después de los de hoy, yo no conozca?».

[6]Es la Magdalena la que encuentra la razón capaz de conseguir la 611.6
obediencia de la Dolorosa. «Tú eres buena, eres santa, y crees y eres fuerte. Pero nosotros ¿qué somos?... ¡Ya lo ves! La mayor parte han huido; los que han quedado estamos aterrados. La duda, ya presente en nosotros, nos haría ceder. Tú eres la Madre. No tienes sólo el deber y el derecho respecto a tu Hijo, sino el deber y el derecho respecto a lo que es del Hijo. *Debes* volver con nosotros, estar entre nosotros, para recogernos, para confirmarnos, para infundirnos tu fe. Tú lo has dicho, después de tu justo reproche de nuestra pusilanimidad e incredulidad: "Más fácil le será resucitar si está libre de estas vendas". Yo te lo digo: "Si nosotros logramos reunirnos en la fe en su Resurrección, resucitará antes. Le llamaremos con nuestro amor...". ¡Madre, Madre de mi Salvador, vuelve con nosotros, tú, amor de Dios, para darnos este amor tuyo! ¿Acaso quieres que se pierda de nuevo la pobre María de Magdala, a la que Él ha salvado con tanta piedad?».

«No. Me pesaría. Tienes razón. Debo volver... buscar a los apóstoles... a los discípulos... a los parientes... a todos... Decir... decir: creed. Decir: os perdona... ¿A quién se lo dije esto?... ¡Ah! A Judas

---

* *a decir*, como en *Cantar de los cantares 2, 13-14; 3, 11.*

Iscariote... Habrá que... sí, habrá que buscarle también a él... porque es el mayor pecador...». María está ahora con la cabeza reclinada sobre su propio pecho y tiembla como por repulsa; luego dice: «Juan: le buscarás. Y me lo traerás. *Debes* hacerlo. Y yo *debo* hacerlo. Padre: hágase esto también por la redención de la Humanidad. Vamos».

Se levanta. Salen del huerto semiobscuro. Los guardias los miran salir y no dicen nada.

611.7 [7]El camino, polvoriento y revuelto por la riada de gente que lo ha recorrido y batido con pies, piedras y palos, dibuja una curva en torno al Calvario para llegar al camino de primer orden que va paralelo a las murallas. Y aquí las huellas de lo que ha sucedido son aún más intensas. Dos veces María emite un grito y se inclina para examinar bajo la incierta luz el suelo, porque le parece ver sangre y piensa que es de su Jesús. Pero son sólo jirones de tela desgarrada (yo creo que con el jaleo de la fuga). El pequeño torrente que corre a lo largo de este camino susurra un rumor leve en medio del gran silencio que lo envuelve todo. La ciudad, no viniendo de ella sino un profundo silencio, parece abandonada.

Ahí está el puentecillo que conduce a la empinada vereda del Calvario. Y, frente al puente, la puerta Judicial. Antes de desaparecer tras ella, María se vuelve para mirar la cima del Calvario... y llora desconsoladamente. Luego dice: «Vamos. Pero guiadme vosotros. No quiero ver ni Jerusalén, ni sus calles ni sus habitantes».

«Sí, sí, pero démonos prisa. Están para cerrar las puertas y, ¿lo ves?, han reforzado la guardia en ellas. Roma teme alborotos».

«Con razón. ¡Jerusalén es una guarida de tigres! ¡Es una tribu de asesinos! Una turba de depredadores; y no sólo dirigen estos usurpadores sus colmillos rapaces hacia las riquezas, sino también contra

611.8 las vidas. [8]Hace ya treinta y dos años que acechan contra la vida de mi Niño... Era un corderito de leche, un corderito rosa de oro ensortijado... Apenas sabía decir "Mamá", y dar los primeros pasitos, y reír con sus pocos dientecitos entre los labios de pálido coral, y ya vinieron para degollarle... Ahora dicen que había blasfemado y violado el sábado y que había movido a la sublevación y aspirado al trono y pecado con las mujeres... Pero, en aquellos tiempos, ¿qué había hecho?, ¿qué blasfemia podía haber dicho, si apenas sabía llamar a su Mamá?, ¿qué podía violar de la Ley, si Él, el eterno Inocente, era entonces también el inocente pequeñuelo del hombre?, ¿qué sublevación podía promover, si ni siquiera sabía tener un capricho? ¿A qué trono podía aspirar? Tenía ya su trono en la Tierra y en el Cielo, y no pedía otros tronos: en el Cielo, el seno del Padre; en la Tierra, el *mío*.

Jamás tuvo ojos para la carne, y vosotras, jóvenes y hermosas, podéis decirlo. Pero en aquel tiempo, en aquel tiempo... su "sensualidad" estaba limitada a la necesidad de calor y nutrición, y sus amores eran sólo con mi tibio pecho, buscando poner encima la carita y dormir así; y con el romo pezón del que mi amor fluía convertido en leche... ¡oh, Criatura mía!... ¡Y querían verte muerto! ¡Esto querían: quitarte la vida! Tu único tesoro. La Madre al Hijo; el Hijo a la Madre, para convertirnos en los más míseros y desolados del Universo. ¿Por qué quitarle al Vivo la vida? ¿Por qué arrogaros el derecho de quitar esto que es la vida: bien de la flor y del animal, bien del hombre? Nada os pedía mi Jesús. Ni dinero, ni joyas, ni casas. Una casa tenía, pequeña y santa, y la había dejado por amor a vosotros hombres-hiena. Había renunciado por vosotros a aquello que hasta una cría de animal posee, y fue pobre y solo por el mundo, sin tener siquiera el lecho que le había hecho el Justo, sin el pan tan siquiera que le hacía su Madre; y durmió donde pudo y comió donde pudo: sobre la yacija herbosa de los prados, velado por las estrellas; o en las casas de los buenos, como cualquier hijo de hombre. Sentado a una mesa, o compartiendo con los pájaros de Dios los granos de trigo y el fruto de la zarza silvestre. Y no os pedía nada. Al contrario: os daba. Quería sólo la vida para daros con su palabra la Vida. Y vosotros, y tú, Jerusalén, le habéis despojado de la vida. ¿Te has saciado con su Sangre? ¿Te has llenado con su Carne? ¿O todavía no te llena, y quieres —tras vampiro y buitre, hiena— comer su Cadáver, y, no satisfecha aún de los oprobios y tormentos, quieres ensañarte y gozar arañando sus despojos y viendo otra vez sus lacerantes dolores, sus temblores, sus singultos, sus convulsiones, en mí: en la Madre del Asesinado? [9]¿Hemos llegado? ¿Por qué os paráis? ¿Qué quiere de José ese hombre? ¿Qué dice?». 611.9

En efecto, uno de los escasos transeúntes ha parado a José y, en el silencio absoluto de la ciudad desierta, se oyen muy bien sus palabras.

«Es sabido que has entrado en la casa de Pilato. Profanador de la Ley. Rendirás cuentas de ello. ¡Tienes censura en orden a la Pascua! Estás contaminado».

«Tú también, Elquías. ¡Me has tocado y estoy cubierto de la sangre de Cristo y de su sudor mortal!».

«¡Ah! ¡Horror! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera esa sangre!».

«No tengas miedo. Ya te ha abandonado; y maldecido».

«Tú también estás maldecido. Y no te vayas a pensar que ahora que te entiendes con Pilato vas a poder llevarte el Cadáver. Hemos tomado medidas para que se termine el juego».

Nicodemo se ha acercado lentamente mientras las mujeres se han detenido con Juan y se han pegado a un profundo portón cerrado.

«Ya lo hemos visto» continúa José. «¡Cobardes! ¡Tenéis miedo hasta de un muerto! Pero de *mi* huerto y de *mi* sepulcro hago lo que yo creo conveniente».

«Eso lo veremos».

«Lo veremos. Recurriré a Pilato».

«Sí. Fornica ahora con Roma».

Nicodemo toma la palabra: «Mejor con Roma que con el Demonio, como vosotros, ¡deicidas! Y, oye, ¿me podrías decir cómo es que te has recobrado? Porque hace un momento huías aterrorizado. ¿Se te está pasando? ¿No te es suficiente lo que te sucedió? ¿No se te quemó una casa? ¡Échate a temblar! No ha terminado el castigo. Es más: está llegando. Se cierne sobre tu cabeza como la Némesis de los paganos. Ni guardias ni precintos impedirán al Vengador alzarse y descargar su mano».

«¡Maldito!». Elquías huye y va a toparse con las mujeres. Comprende y dice un atroz insulto a María.

611.10 [10]Juan no dice ni una palabra. Pero, con un salto de pantera, le aferra fuertemente y le tira al suelo y, sujetándole con las rodillas y apretándole el cuello con las manos, le dice: «¡Pídele perdón o te estrangulo, demonio!». Y no le deja hasta que el otro, apretado y medio estrangulado por las manos de Juan, no masculla: «Perdón».

Pero su grito ha atraído a la patrulla. «¿Quién va? ¿Qué pasa? ¿Más alborotos? Quietos todos o cargamos sobre vosotros. ¿Quiénes sois?».

«José de Arimatea y Nicodemo, autorizados por el Procónsul para sepultar al Nazareno al que han dado muerte. Regresamos del sepulcro con la Madre, el hijo y las familiares y amigas. Éste ha ofendido a la Madre y ha sido obligado a pedir perdón».

«¿Sólo eso? Debíais haberle estrangulado. Marchaos. Soldados: arrestad a éste. ¿Qué más quieren esos vampiros? ¿También el corazón de las madres? ¡Adiós, judíos!».

«¡Qué horror! Pero ya no son hombres... Juan, sé bueno con ellos. Ten presente el recuerdo de mi Jesús y de tu Jesús. Él predicaba perdón».

«Madre, tienes razón. Pero son unos malhechores y me sacan de mis cabales. Son sacrílegos. Te ofenden a ti. Y esto no puedo permitirlo».

611.11 «Son unos malhechores, sí. Y saben que lo son. [11]Mira qué pocos por las calles; y esos pocos, cómo se escabullen furtivos. Después del delito, los mahechores tienen miedo. Verlos huir así, entrar en las

casas, encerrarse en ellas por miedo, me suscita horror. Los siento a todos culpables del Deicidio. Mira, María ese viejo. Ya se asoma a la tumba y, no obstante —ahora que la luz de aquella puerta le ilumina— me parece haberle visto pasar acusando a mi Jesús, allí, en la cima del Calvario... Le llamaba ladrón... ¡¿Ladrón mi Jesús?!... Aquel joven, casi niño todavía, pronunciaba torpes blasfemias invocando que cayera sobre él su sangre... ¡Oh, desdichado!... ¿Y aquel hombre? Siendo tan musculoso y fuerte, ¿se habrá abstenido de golpearle? ¡Oh, no quiero ver! Mirad: encima del rostro que tienen se superpone el rostro del alma y... y ya no tienen imagen de hombres, sino de demonios... Tanto valor tenían contra el Atado, el Crucificado... y ahora huyen, se esconden, se encierran. Tienen miedo. ¿De quién? De un muerto. Para ellos no es más que un muerto, porque niegan que sea Dios. ¿A qué tienen miedo entonces? ¿A qué cierran sus puertas? Al remordimiento. Al castigo. No sirve. El remordimiento está en vosotros. Y os seguirá eternamente. Y el castigo no es humano; no valen ni cierres ni palos, ni puertas ni barras contra él. El castigo baja del Cielo, de Dios, vengador de su Inmolado, y atraviesa paredes y puertas, y con su llama celeste os marca para el castigo sobrenatural que os espera. El mundo irá a Cristo, al Hijo de Dios y mío. Irá a aquel que vosotros habéis traspasado, pero vosotros seréis signados para siempre, los Caínes de un Dios, marcados como el oprobio de la raza humana. Yo, que he nacido de vosotros, yo que soy Madre de todos, tengo que decir que para mí, vuestra hija, habéis sido peores que padrastros, y que, en el inmenso número de mis hijos, vosotros sois los que más esfuerzo me imponéis para acogeros, porque os habéis ensuciado con el delito contra mi Criatura. Y no os arrepentís diciendo: "Eras el Mesías. Te reconocemos y te adoramos". Ahí hay otra patrulla romana. El Amor ya no está en la Tierra, la Paz ya no está entre los hombres. El Odio y la Guerra bullen como esas antorchas humeantes. Los dominadores tienen miedo a una muchedumbre desmandada. Saben por experiencia que cuando esa fiera que se llama hombre ha sentido el sabor de la sangre se vuelve ávida de masacre... Pero no temáis a éstos, que no son ni leones ni panteras reales, sino cobardísimas hienas que se lanzan contra el cordero inerme pero temen al león armado de lanzas y autoridad. No tengáis miedo a estos chacales reptantes. Vuestro paso de hierro los hace huir y el brillo de vuestras lanzas los hace más mansos que conejos. [12]¡Esas lanzas! ¡Una ha abierto el corazón del Hijo 611.12
mío! ¿Cuál de ellas? Verlas es para mí una flecha en mi corazón... Y, no obstante, quisiera tenerlas todas entre mis manos temblorosas para ver cuál es la que todavía conserva huellas de sangre y decir:

"¡Es ésta! ¡Dámela, soldado! Dásela a una madre en memoria de tu madre lejana, y yo oraré por ella y por ti". Y ningún soldado me la negaría. Porque los hombres de guerra han sido los mejores ante la agonía del Hijo y de la Madre. ¡Oh, ¿por qué no he pensado arriba esto?! Me sentía como una persona a la que le hubieran golpeado la cabeza. Yo la tenía atontada por esos golpes... ¡Oh, esos golpes! ¿Quién hará que deje de sentirlos aquí, en mi pobre cabeza? La lanza... ¡Cuánto quisiera tenerla!...».

«Podemos buscarla, Madre. El centurión me ha parecido muy bueno con nosotros. Creo que no me la negará. Iré mañana».

«Sí, sí, Juan. Soy pobre. Tengo poco dinero; pero me desprenderé hasta de la última moneda con tal de tener ese hierro... ¡Oh, ¿cómo es que no lo he pedido en ese momento?!».

«María amada, ninguno de nosotros tenía noticia de esa herida... Cuando la has visto, ya estaban lejos los soldados».

«Es verdad... Estoy ofuscada por el dolor. ¿Y las vestiduras? ¡Nada suyo tengo! Daría mi sangre por tenerlas...». María llora de nuevo desconsoladamente.

611.13 [13]Y llega así a la calle del Cenáculo; a tiempo, porque ya está agotada y camina verdaderamente a rastras, como una anciana decrépita. Y además lo manifiesta.

«Ánimo, que ya hemos llegado».

«¿Ya? ¿Tan corto el camino que esta mañana me ha parecido tan largo? ¿Esta mañana? ¿Ha sido esta mañana? ¿Sólo? ¿Cuántas horas, o cuántos siglos, han pasado desde que ayer noche entré y desde que salí de aquí esta mañana? ¿Soy verdaderamente yo: la madre de cincuenta años o una anciana secular, una mujer que abarca épocas, rica en siglos que pesan sobre sus espaldas arqueadas y sobre su cabeza cana? Siento como haber vivido todo el dolor del mundo y que éste pese enteramente sobre mis espaldas, que se encorvan bajo su peso. Cruz incorpórea, ¡pero tan pesada...! De piedra. Una cruz quizás más pesada que la de mi Jesús, porque llevo la mía y la suya con el recuerdo de su agonía y la realidad de la agonía mía. Vamos a entrar. Porque debemos entrar. Pero no es ningún consuelo. Es un aumento de dolor. Por esta puerta entró mi Hijo para su última cena. Por ella salió para ir al encuentro de la muerte. Y tuvo que poner su pie donde lo puso el traidor, que salió para llamar a los capturadores del Inocente. Apoyado en esa puerta he visto a Judas... ¡He visto a Judas! Y no le he maldecido, sino que le he hablado como habla una madre llena de congoja. Llena de congoja por el Hijo bueno y por el hijo malvado... ¡He visto a Judas! ¡He visto al Demonio en él! Yo —que he tenido siempre a Lucifer bajo mi calcañar y, mirando sólo a

Dios, nunca he bajado los ojos a mirar a Satanás— he conocido el rostro de Satanás mirando al Traidor. He hablado con el Demonio... que ha huido, porque no soporta mi voz. ¿Le habrá dejado ahora, de forma que yo pueda hablar a ese muerto y concebirlo de nuevo —yo, la Madre— con la Sangre de un Dios para darle a luz a la Gracia? Juan: júrame que le buscarás y que no serás cruel con él. No lo soy yo, que tendría derecho a serlo... ¡Oh, dejadme entrar en esa habitación donde mi Jesús tomó su última comida!, ¡donde la voz de mi Niño pronunció en paz sus últimas palabras!».

«Sí. Entraremos. Pero, ahora, ven aquí, a donde estábamos ayer. Descansa. [14]Despídete de José y Nicodemo, que se marchan». 611.14

«Sí. Me despido de ellos. ¡Oh, sí, me despido de ellos! Les doy las gracias. ¡Los bendigo!».

«Pero, ven, ven; ¡lo harás más cómodamente!».

«No. Aquí. José... ¡Oh, no he conocido a nadie con este nombre que no me quisiera!...».

María de Alfeo se echa bruscamente a llorar.

«No llores... También José... Por amor, erraba tu hijo. Quería darme humanamente paz... ¡Pero hoy!... Ya lo habéis visto... ¡Oh, todos los Josés son buenos con María!... José, yo te digo "gracias". Y a ti, Nicodemo... Mi corazón se postra a vuestros pies, ante esos pies vuestros cansados por el mucho camino recorrido por Él... por darle los últimos honores... Yo sólo puedo daros mi corazón; no tengo otra cosa... Y os lo doy, amigos leales de mi Hijo... y... y perdonad a una madre traspasada las palabras que os he dicho en el sepulcro...».

«¡Oh! ¡Santa! ¡Perdona tú!» dice Nicodemo.

«Estáte tranquila ahora. Descansa en tu Fe. Mañana vendremos» añade José.

«Sí, vendremos. Estamos a tus órdenes».

«Mañana es sábado» objeta la dueña de la casa.

«El sábado ha muerto. Vendremos. Adiós. El Señor sea con vosotros», y se marchan.

[15]«Ven, María». 611.15

«Sí, Madre, ven».

«No. Abrid. Me habéis prometido hacerlo después de las despedidas. ¡Abrid esta puerta! No podéis cerrársela a una madre, a una madre que busca respirar en el aire el olor del aliento, del cuerpo de su Niño. ¿No sabéis, acaso, que ese aliento y ese cuerpo se los di yo? Yo, yo que le llevé nueve meses, que le di a luz, que le amamanté, le crié, le cuidé. ¡Ese aliento es mío! ¡Ese olor de carne es mío! Es el mío, pero más hermoso en mi Jesús. Dejádmelo percibir otra vez».

«Sí, querida. Mañana. Ahora estás cansada. Estás ardiendo de

fiebre. No puedes así. Estás mal».

«Sí. Mal. Pero es porque tengo en los ojos la percepción de su Sangre y en el olfato el olor de su Cuerpo llagado. Quiero ver la mesa en que se apoyó vivo y sano, quiero percibir el perfume de su cuerpo juvenil. ¡Abrid! ¡No me le sepultéis por tercera vez! Ya me le habéis ocultado bajo los perfumes y las vendas; luego me le habéis encerrado tras la piedra. ¿Ahora por qué, por qué negarle a una Madre que halle el último rastro de Él en el aliento que ha dejado detrás de esa puerta? Dejadme entrar. Buscaré en el suelo, en la mesa, en el asiento, las huellas de sus pies, de sus manos. Y las besaré, las besaré hasta consumirme los labios. Buscaré... buscaré... Quizás encuentro un cabello de su cabeza rubia, un cabello no untado de sangre. ¿Sabéis vosotros qué es para una madre un cabello de su hijo? Tú, María de Cleofás, tú, Salomé, sois madres. ¿Y no comprendéis? ¿Juan! ¿Juan! Escúchame. Yo soy Madre para ti. Él me ha constituido tal. ¡Él! Tú me debes obediencia. ¡Abre! Yo te amo, Juan. Siempre te he amado porque le amabas. Te amaré más todavía. Pero abre. ¡Abre, digo! ¿No quieres? ¿No quieres? ¡Ah, ¿entonces ya no tengo hijo?! Jesús no me negaba nunca nada. Porque era hijo. Tú niegas. No eres hijo. No comprendes mi dolor... ¡Oh, Juan, perdona... perdona... Abre... No llores... Abre... ¡Oh, Jesús! ¡Jesús!... Escúchame... ¡Obre tu espíritu un milagro! ¡Abre a tu pobre Mamá esta puerta que nadie quiere abrir! ¡Jesús! ¡Jesús!».

María llama con los puños cerrados a la puertecita, a esa puertecita bien cerrada. Está en un momento de paroxismo de su congoja. Hasta que palidece y, susurrando: «¡Oh, mi Jesús! ¡Voy! ¡Voy!», se desploma sin fuerzas sobre los brazos de las mujeres, que lloran y la sujetan para impedir que caiga a los pies de esa puerta; luego la llevan así, a la habitación que hay enfrente.

612. La noche del Viernes Santo. Lamento de la Virgen. El velo con el Rostro del Redentor.

29 de marzo de 1945.

612.1 [1]María, ayudada de las mujeres, que lloran, vuelve en sí, y llora; su única fuerza consiste en llorar y llorar. Parece, verdaderamente, como si su vida, hubiera de pasar y consumirse toda con ese llanto.

Quieren ofrecerle algo que le devuelva las fuerzas: Marta le ofrece un poco de vino; la dueña de la casa quisiera que tomara al menos un poco de miel; María de Alfeo, de rodillas delante de Ella, le ofrece una taza de leche tibia, diciendo: «Yo misma la he ordeñado, de la

cabrita de la pequeña Raquel» (será una hija de estos que están en esta casa de Lázaro, no sé si como inquilinos o como guardas). Pero María no quiere nada. Llorar, sólo llorar; y pedir y oír la promesa de que serán buscados apóstoles y discípulos, que serán buscadas lanza y vestiduras, y que, cuando sea de día —dado que ahora, de ninguna manera, quieren dejarla entrar— la dejarán entrar en la habitación del Cenáculo.

«Sí. Si estás un poco tranquila, si descansas un poco, te llevaré a esa habitación» dice la cuñada. «Nosotras dos entraremos y, de rodillas, buscaré para ti cualquier señal de Jesús...» dice María de Alfeo con un singulto. «Fíjate. Aquí tienes la copa y el pan que Jesús partió, usado por Él para la Eucaristía. ¿Qué recuerdo más santo que éste? ¿Ves? Juan te los ha traído ya desde esta mañana, para que los vieras esta noche... [2]Pobre Juan que está allí llorando, y con miedo...». 612.2

«¿Miedo? ¿Por qué? Ven, Juan». Juan sale de la sombra (es que en esta pequeña habitación hay sólo una lamparilla, colocada encima de la mesa, junto a los objetos de la Pasión). Se arrodilla a los pies de María, la cual le acaricia y le pregunta: «¿Por qué tienes miedo?».

Y Juan, besándole las manos y llorando: «Porque tú estás mal. Tienes fiebre y jadeas... Y no te tranquilizas. Y, si sigues así, morirás como ha muerto Él...».

«¡Ah, si fuera verdad!».

«¡No, Madre! ¡Mamá! ¡Es más dulce decir "Mamá"! Como a la mía. Deja que te llame así... Pero, de la misma manera que no encuentro diferencia entre mi madre y tú —es más: te quiero más que a ella porque eres la Madre que Él me ha dado y eres *su* Madre—, tú no hagas demasiada diferencia entre el Hijo que ha nacido de ti y el que te ha sido dado... Y ámame un poco como le amas a Él... ¿Si fuera Él el que te dijera: "Tengo miedo de que mueras" responderías: "¡Ah, si fuera verdad"? No. No lo dirías. Es más, te dolería marcharte y dejarle a Él, a tu Cordero, en un mundo de lobos... ¿Y no te apenas por mí?... Soy mucho más cordero que Él: no por bondad y pureza, sino por ingenuidad y miedo. Si me faltas, el pobre Juan será despedazado por los lobos sin haber sabido dar un balido que hable de su Maestro... ¿Quieres que muera así, sin haberle servido? ¿Atolondrado en la muerte como en la vida? No, ¿verdad? Entonces, Mamá, trata de tranquilizarte... Por Él... ¡Oh! ¿No dices que resucita? Sí, lo dices y es verdad. ¿Y entonces quieres que cuando resucite encuentre sin ti la casa? Porque seguro que vendrá aquí... ¡Pobre, pobre Jesús, si en vez de tu grito de amor oyera los nuestros de pésa-

me; si en vez de encontrar tu pecho en el que reclinar su cabeza martirizada y gloriosa encontrara el cierre de tu sepulcro!... Debes vivir. Para saludarle cuando vuelva... no digo "a nuestro amor" —nosotros merecemos todos los reproches, por la manera como hemos obrado—,
612.3 digo "a *tu* amor". [3]¿Qué será este encuentro? ¿Y Él, qué aspecto tendrá? Madre de la Sabiduría, Mamá del ignorantísimo Juan, tú que lo sabes todo, dinos qué aspecto tendrá cuando aparezca resucitado».

«Lázaro tenía las heridas cerradas de las piernas; pero se veían las señales. Y apareció envuelto en vendas llenas de podre» dice Marta.

«Tuvimos que lavarle y lavarle...» añade María.

«Y estaba débil y tuvimos que reconfortarle, por orden *suya*» termina Marta.

«El hijo de la viuda de Naím estaba como ofuscado y parecía un niño incapaz de andar y hablar con soltura; tanto fue así, que Él se lo devolvió a la madre para que le enseñara a usar de nuevo de las cosas buenas de la vida. Y a la hijita de Jairo Él mismo la guió en sus primeros pasos...» dice Juan.

«Pienso que mi Señor nos enviará a un ángel a decirnos: "Venid con una túnica limpia". Y mi amor la ha preparado ya. Está en el palacio. No la he podido hilar yo, pero se la di a hilar a mi nodriza, que ahora vive tranquila respecto a mi futuro, y no llora ya. Tomé el más precioso lino. Plautina me proporcionó la púrpura y Noemí tejió su orla. Yo hice el cinturón, la bolsa y el taled, bordándolos de noche para que no me vieran. He aprendido de ti, Madre. No es perfecto, pero recibe la hermosura, más que de las perlas que componen su Nombre en el cinturón y en la bolsa, de mi llanto de amor y de mis besos: cada puntada es un latido de devoción por Él. Le llevaré esa túnica. Lo permites, ¿no?».

«¡Oh!... No creía que le fueran a privar de su túnica... No estoy habituada a los usos del mundo y a su crueldad... Creía conocerlos ya... (y las lágrimas ruedan de nuevo por las mejillas céreas) pero me doy cuenta de que todavía no sabía nada... Y pensaba: "Tendrá también después la túnica de su Madre". ¡Le gustaba tanto...! Él la había querido así. Y me lo había dicho mucho tiempo antes: "Harás * una túnica así y así. Me la llevarás para la Pascua... Porque Jerusalén me debe ver vestido con purpúrea túnica de rey...". ¡Oh, esa lana, más cándida que la nieve, mientras la hilaba se volvía roja ante los ojos de Dios y los míos, porque mi corazón recibió una nueva herida por aquellas palabras... Las otras, después de años o meses, habí-

* *me lo había dicho*, en 303.4 y en 477.9.

an dejado de rezumar sangre, aunque no se hubieran cerrado. ¡Pero ésta...! Todos los días, cada hora que pasaba, me removía la espada en el corazón: "¡Un día menos! ¡Una hora menos! ¡Y luego morirá!". ¡Oh! ¡Oh!... Y el hilado en el huso o en el telar se me volvía rojo... Se ha materializado luego en el color, por causa del mundo... Pero ya era rojo...». María llora de nuevo.

Tratan de consolarla hablándole de la Resurrección. Pregunta Susana: «¿Qué dices tú respecto al aspecto que tendrá de resucitado? ¿Y cómo resucitará?».

Y Ella, confusa, *cegada* en estos momentos de martirio redentor, responde: «No sé... Ya no sé nada... ¡Sólo sé que Él ha muerto!...».

[4]Rompe otra vez a llorar, violentamente, y besa el velo que cubría 612.4
las caderas de su Hijo, y lo aprieta contra su corazón y lo acuna como si de un niño se tratara...

Y toca los clavos, las espinas, la esponja, y grita: «¡Esto! ¡Esto es lo que ha sabido darte tu Patria! ¡Hierro, espinas, vinagre y hiel! ¡Insultos, insultos, insultos! Y, de entre todos los hijos de Israel, hubo que elegir a uno de Cirene para llevarte la cruz. Ese hombre para mí es sagrado como un esposo. Y si supiera de otro que haya socorrido a mi Niño, le besaría los pies. ¿Pero es que ninguno tuvo compasión? ¡Salid! ¡Marchaos! ¡Veros a vosotros también me causa dolor! Porque entre todos, entre todos, no habéis sabido obtener ni siquiera una tortura menos cruel. ¡Siervos inútiles y pasivos de vuestro Rey: salid!». Con esta reacción, su aspecto es terrible: erguida, rígida, parece hasta más alta; los ojos, imperiosos; el brazo extendido y señalando a la puerta: ordena como una reina en su trono.

Salen todos sin reaccionar para no intranquilizarla más, y se sientan fuera de la puerta, que queda cerrada. Escuchan sus gemidos y cualquier otro ruido que haga. Pero, después del ruido de correr la silla, y de sus rodillas contra el suelo —porque se arrodilla y apoya la cabeza en la mesa en que están los objetos de la Pasión— ya no oyen sino su llanto, sin pausas y sin consuelo.

Ella susurra (pero tan bajo, que los de fuera no pueden oírlo): «¡Padre, Padre, perdón! Me vuelvo soberbia y mala. Pero, ya lo ves, es verdad lo que digo. Había masas de gente en torno a Él. Toda Palestina está, en estas fiestas, dentro de las murallas santas... ¿Santas? No. Ya no son santas... Hubieran seguido siéndolo si Él hubiera expirado dentro de ellas. Pero Jerusalén le ha expulsado como a la regurgitación que produce náusea. Por tanto, en Jerusalén está presente sólo el Delito... Y de todo este pueblo que iba tras Él, ni siquiera ha podido reunirse un puñado de gente que se impusiera, no digo ya para salvarle —debía morir para redimir—, pero sí para que mu-

riera sin tantas torturas. Se han mantenido en la sombra o incluso han huido... Mi corazón se rebela frente a tanta vileza. Soy la Madre. Por esto, perdona mi pecado de dureza soberbia...», y llora...

... Afuera los otros están en ascuas, por muchos motivos.

612.5 [5]Regresa el dueño de la casa, que había salido a curiosear, y trae noticias terribles. Se dice que muchos han muerto en el terremoto; muchos han resultado heridos en refriegas entre los seguidores del Nazareno y los judíos; muchos han sido arrestados; y se dice que habrá nuevas ejecuciones por alborotos y amenazas a Roma; se dice que Pilato ha ordenado la detención de todos los seguidores del Nazareno y de los jefes del Sanedrín presentes en la ciudad o que hayan huido por Palestina; que Juana está agonizando en su palacio; que Manahén ha sido detenido por Herodes por haberle echado en cara en plena Corte el haber sido cómplice del Deicidio. En fin, un montón de noticias catastróficas...

Las mujeres gimen. No tanto por miedo por ellas mismas, cuanto por sus hijos y maridos. Susana piensa en su esposo, conocido como uno de los seguidores de Jesús en Galilea. María de Zebedeo piensa en su marido, que se hospeda en casa de un amigo, y en su hijo Santiago, del que no tiene noticias desde la noche anterior. Y Marta solloza diciendo: «¡Habrán ido ya a Betania! ¿Quién no sabía quién era Lázaro para el Maestro?».

«Pero a él le protege Roma» replica María Salomé.

«¡Protegido? A saber, con el odio que nos tienen los jefes de Israel, qué acusaciones esgrimirán contra él ante Pilato... ¡Oh, Dios!». Marta se lleva las manos a la cabeza y grita: «¡Las armas! ¡Las armas! ¡La casa está llena de armas... y también el palacio! ¡Lo sé! Esta mañana, al amanecer, ha venido Leví, el guarda, y me ha puesto al corriente... ¡Pero si tú también lo sabes! Y se lo dijiste a los judíos en el Calvario... ¡Necia! ¡Has puesto en las manos de esos crueles el arma para matar a Lázaro!...».

«Se lo dije, sí. Dije la verdad sin saberlo. ¡Pero... calla, gallina asustada! Lo que dije es la garantía más segura para Lázaro. ¡Pondrán mucho cuidado en no aventurarse a buscar donde saben que hay gente armada! ¡Son cobardes!».

«Los judíos, sí; los romanos, no».

«No temo a Roma. Sus disposiciones son justas y medidas».

«María tiene razón» dice Juan. «Longino me dijo: "Espero que no os molesten. Pero, si lo hicieran, ven, o manda a alguien al Pretorio. Pilatos es benévolo con los seguidores del Nazareno. Era benigno también con Él. Os defenderemos"».

«Pero, ¿si los judíos actúan por su cuenta? ¡Ayer noche fueron

ellos los capturadores de Jesús! Y, si dicen que somos profanadores, tiene derecho a prendernos. ¡Oh, mis hijos! ¡Tengo cuatro! ¿Dónde estarán José y Simón? Estaban en el Calvario y luego bajaron cuando Juana ya no resistía más. Por ayudar y defender a las mujeres. Ellos, los pastores, Alfeo... ¡todos! ¡Oh, seguro que ya los han matado! ¿Has oído que Juana está agonizando? Está claro que es por herida. Y ellos, antes de que pudiera la plebe agredir a una mujer, la habrán defendido, ¡y habrán muerto!... ¿Y Judas y Santiago? ¡Mi pequeño Judas! ¡Mi tesoro! ¿Y Santiago, dulce como una muchacha? ¡Oh, ya no tengo hijos! ¡Soy como la madre de los jóvenes Macabeos!...».

[6]Lloran todas desesperadamente. Todas menos la dueña de la casa, que ha ido a buscar un escondite para su marido; y María Magdalena, que no llora. Ésta arroja fuego por los ojos, adquiriendo de nuevo esa sobrepujanza que tenía en otros tiempos. No habla, pero asaetea con su mirada a sus compañeras abatidas. Y en sus ojos bulle un epíteto muy claro: «¡Pusilánimes!». 612.6

Pasa así un rato... De vez en cuando alguien se levanta, abre despacio la puerta, da una ojeada, vuelve a cerrar.

«¿Qué hace?» preguntan los otros.

Y la persona que ha mirado responde: «Sigue de rodillas. Ora», o: «Parece como si hablara con alguien», o también: «Se ha levantado y gesticula, caminando a un lado y a otro de la habitación».

[Sin fecha]

[7]Lamento de la Virgen. 612.7

«¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! ¿Dónde estás? ¿Me oyes todavía? ¿Oyes a tu pobre Mamá que grita, ahora, tu Nombre, después de haberle llevado en el corazón durante tantas horas? Tu Nombre santo y bendito, que ha sido mi amor, el amor de mis labios, que sentían sabor de miel diciendo tu Nombre; de mis labios que ahora, por el contrario, diciéndolo parecen beber el amargor que te quedó en los labios, el amargor de la atroz mixtura. Tu Nombre, amor de mi corazón que se henchía de alegría cuando lo pronunciaba, de igual manera que se había dilatado para transvasar su sangre y acogerte y vestirte con ella, cuando bajaste a mí desde el Cielo, tan pequeño, tan minúsculo, que habrías podido posarte en el cáliz de la menta silvestre; Tú, tan grande, Tú, el Poderoso, anonadado en una semilla de hombre por la salvación del mundo. Tu Nombre, dolor de mi corazón ahora que te han privado de las caricias de tu Madre para arrojarte en las manos

* *jóvenes Macabeos*, cuyo sacrificio está narrado en *2 Macabeos 7*.

de los verdugos, que te han torturado hasta darte muerte.

Tengo el corazón triturado por este Nombre tuyo que he tenido que cerrar dentro de mí durante tantas horas y cuyo grito crecía en la medida en que crecía tu dolor, hasta quedar hecho trizas como algo que hubiera sido pisoteado por el pie de un gigante: ¡sí, que mi dolor es gigantesco y me aplasta, me tritura y no hay nada que pueda aliviarlo! ¿A quién le digo tu Nombre? Nada responde a mi grito. Aunque gritara hasta quebrantar la piedra que cierra tu sepulcro, no lo oirías, porque estás muerto. ¿No oyes ya a tu Mamá?

612.8 [8]¡Cuántas veces te habré llamado, Hijo, en estos treinta y cuatro * años! Desde que supe que iba a ser Madre y que mi pequeñuelo había de llamarse "Jesús". Aún no habías nacido y yo ya, acariciando mi vientre, donde te ibas desarrollando, te llamaba suavemente: "¡Jesús!", y me parecía sentirte mover para decirme: "¡Mamá!".

Te daba ya una voz, ya soñaba tu voz; la oía antes de que existiera. Y cuando la oí, feble como la de un corderito recién nacido, temblar en la noche fría en que naciste, conocí las profundidades de la alegría... y creía haber conocido el abismo del dolor, porque era el llanto de mi Criatura que tenía frío, que sentía incomodidades, que lloraba su primer llanto de Redentor y yo no tenía ni fuego ni cuna, y no podía sufrir en tu lugar, Jesús; no tenía sino mi pecho como fuego y almohada, y mi amor para adorarte, Hijo mío santo.

Creía haber conocido el abismo del dolor... Era el amanecer de aquel dolor, era el borde de aquel dolor. Ahora es el mediodía, ahora es el fondo. Éste es el abismo, este que toco ahora, después de haber descendido en estos treinta y cuatro años empujada por muchas cosas, y postrada hoy en el fondo horrendo por tu cruz.

Cuando eras pequeño te acunaba cantando: "¡Jesús! ¡Jesús!". ¿Qué armonía será más hermosa y santa que este Nombre que hace sonreír a los ángeles en el Cielo? Para mí tu Nombre era más hermoso que el canto —¡tan dulce!— de los ángeles en la noche de tu Nacimiento, y dentro de él veía el Cielo; todo el Cielo yo veía a través de este Nombre. Pero ahora, diciéndotele a ti que has muerto y no me oyes ni me respondes, como si nunca hubieras existido, veo el Infierno, todo el Infierno. Ahora comprendo lo que significa ser réprobo; es no poder ya decir: "¡Jesús!". ¡Horror! ¡Horror! ¡Horror!...

612.9 [9]¿Cuánto durará este infierno para tu Mamá? Dijiste: "Después de tres días reedificaré este Templo". Hasta hoy me repito a mí misma estas palabras tuyas, para no caer muerta, para estar preparada

---

* *treinta y cuatro años: no porque Jesús haya vivido 34 años* - anota MV en una copia mecanografiada- *sino porque María considera también los 9 meses de gestación.*

para saludarte a tu regreso, para seguir sirviéndote... Pero ¿cómo resistiré el saberte muerto durante tres días? ¿Tres días en la muerte Tú, Tú, Vida mía?

¿Cómo! Tú que lo sabes todo, porque eres la Sabiduría infinita, ¿no conoces el dolor agudísimo de tu Madre? ¿No puedes imaginártelo recordando cuando te perdí en Jerusalén y Tú me viste abrirme paso entre la gente que estaba alrededor de ti, con un rostro de náufraga que tocase la playa después de dura lucha con las olas y la muerte; con el rostro de una que saliera de una tortura, derrengada, desangrada, envejecida, quebrantada? Y en aquella ocasión podía pensar que sólo te hubieras perdido, podía autoconvencerme de que sólo te hubieras perdido. Hoy no. Hoy no. Hoy sé que estás muerto. No es posible crear una ilusión. *He visto que te daban muerte.* Mira: aunque el dolor me hiciera perder la memoria, aquí está tu Sangre, en mi velo, diciéndome: "¡Ha muerto! ¡No le queda más sangre! ¡Ésta fue la última, brotada de su Corazón!". ¡De su Corazón! Del corazón de mi Niño. ¡De mi Hijo! ¡De mi Jesús! ¡Oh, Dios, Dios compasivo, no dejes que recuerde que le abrieron el Corazón!...

612.10 [10]Jesús, no puedo estar aquí *sola* mientras Tú estás *solo* allí. Yo, que nunca he amado los caminos del mundo ni las multitudes, y que —Tú lo sabes— desde que dejaste Nazaret, te seguí cada vez más frecuentemente, para no vivir lejos de ti. No podía vivir lejos de ti. Hice frente a curiosidades y a burlas —no cuento las fatigas, porque se anulaban al verte—, con tal de vivir donde Tú estabas. Y ahora estoy aquí sola. ¡Y Tú estás allí solo! ¿Por qué no me han dejado en tu sepulcro? Me habría sentado al lado de tu helado lecho, teniendo una mano tuya entre las mías para que sintieras que estaba a tu lado... No: para sentir que estabas a mi lado. Tú ya no sientes nada. ¡Estás muerto!

¡Cuántas veces pasé las noches junto a tu cuna, orando, amando, regocijándome en ti! ¿Quieres que te diga cómo dormías, con los puñitos cerrados como dos botones de flor junto a la carita santa? ¿Quieres que te diga cómo sonreías durante el sueño y —sin duda, acordándote de la leche de tu Mamá— cómo, durmiendo, hacías el gesto de succionar? ¿Quieres que te diga cómo te despertabas y abrías los ójitos y reías viéndome inclinada sobre tu cara y tendías las manitas con alegría impaciente para que te tomara en brazos y, con un gritito dulce como el trino de una curruca, reclamabas tu alimento? ¡Oh, sí me sentía dichosa cuando aferrabas mi seno y sentía el calor liso de tu mejilla, la caricia de tus manitas, en mi pecho!

No sabías estar sin tu Mamá. ¡Y ahora estás solo! Perdóname, Hijo, el haberte dejado solo; el no haberme rebelado por primera vez en

mi vida decidiendo quedarme allí. Era mi sitio. Me habría sentido menos desolada, si hubiera estado al lado de tu fúnebre lecho, colocándote y cambiando, como en el pasado, las vendas... Aunque no hubieses podido sonreírme ni hablarme, a mí me habría parecido tenerte de nuevo como cuando eras pequeño. Te habría acogido en mi corazón, para evitarte sentir el frío de la piedra, la dureza del mármol. ¿No te he tenido también hoy? El regazo de una madre siempre es capaz de acoger a su hijo, aunque sea ya un hombre. El hijo es siempre un niño para su madre, aunque haya sido bajado de una cruz y esté cubierto de llagas y de heridas.

612.11 [11]¡Cuántas! ¡Cuántas heridas! ¡Cuánto dolor! ¡Oh, mi Jesús, mi Jesús tan herido! ¡Herido *de esa manera*! ¡Matado *de esa manera*! No. No. ¡Señor, no! ¡No puede ser verdad! ¡Estoy loca! ¿Jesús muerto? Estoy delirando. ¡Jesús no puede morir! Sufrir, sí; morir, no. ¡Él es la Vida! Él es Hijo de Dios. Es Dios. Dios no muere.

¿No muere? ¿Y entonces por qué se ha llamado Jesús? ¿Qué quiere decir "Jesús"? Quiere decir... ¡Oh, quiere decir: "Salvador"! Ha muerto. Ha muerto porque es el Salvador. Ha tenido que salvar a todos perdiéndose a sí mismo... No estoy delirando, no. No estoy loca. No. ¡Ojalá lo estuviera! ¡Sufriría menos! Él está muerto. Aquí está su Sangre; aquí, su corona, y los tres clavos. ¡Con éstos, con éstos me lo han traspasado!

¡Hombres, mirad con qué habéis traspasado a Dios, a mi Hijo! Y *debo* perdonaros. Y *debo* amaros. Porque Él os ha perdonado. ¡Porque Él me ha dicho que os ame! Me ha hecho Madre vuestra. ¡Madre de los asesinos de mi Hijo! Una de sus últimas palabras, luchando contra el estertor de la agonía... "Madre, he ahí a tu hijo... a tus hijos". Aunque yo no fuera "la que obedece", hoy habría debido obedecer, porque era el imperativo de un moribundo.

Sí, Jesús, yo perdono, yo los amo. ¡Ah, se me parte el corazón en este perdón, en este amor! ¿Me oyes? ¿Oyes que los perdono y los amo? Ruego por ellos. Sí: ruego por ellos... Cierro los ojos para no ver estos objetos de tu tortura, para poder perdonarlos, para poder amarlos, para poder orar por ellos. Cada uno de estos clavos sirve para crucificar el movimiento mío de no perdonar, de no amar, de no orar por tus verdugos.

612.12 [12]Debo, *quiero* pensar que estoy al pie de tu cuna. Oraba también en aquellos momentos por los hombres. Pero en aquellos momentos era fácil. Tú estabas vivo, y yo, por muy crueles que viera a los hombres, no llegaba nunca a pensar que pudieran serlo tanto contigo, que los habías favorecido sin medida. Oraba convencida de que tu Palabra los haría buenos. En mi corazón, mirándolos, les decía:

"Ahora sois malos, estáis enfermos, hermanos. Pero dentro de poco Él hablará, dentro de poco vencerá a Satanás en vosotros, y os dará la vida que habíais perdido". ¡La vida perdida! Tú, Tú has perdido la vida por ellos. ¡Jesús mío!

Si hubiera visto el horror de este día cuando todavía estabas entre pañales, mi leche dulce se habría transformado en veneno a causa del dolor. Simeón lo dijo: "Una espada te traspasará el corazón". ¿Una espada? ¡Un sinfín de espadas! ¿Cuántas heridas te han abierto, Hijo? ¿Cuántos gemidos te han brotado? ¿Cuántos dolores agudísimos? ¿Cuántas gotas de sangre has derramado? Pues cada uno de éstos es una espada en mí. Soy una selva de espadas. En ti no hay un trozo de piel que no esté llagado, en mí no lo hay que no esté traspasado; traspasan mis carnes y penetran en el corazón.

[13]Esperando tu nacimiento, te preparaba fajos y pañales, hilando 612.13
el hilo más suave de la Tierra. No tenía en cuenta su precio, con tal de disponer de la hebra más lisa. ¡Qué lindo estabas envuelto en los fajos hechos por tu Mamá! Todos me decían: "¡Es hermoso tu Niño, Mujer!". ¡Eras hermoso! Asomaba tu carita rosada bajo el blancor del lino. Tenías dos ojitos más azules que el cielo, y la cabecita parecía —de tan rubio y esponjoso como tenías el pelito— envuelta en una niebla de oro; tenían tus cabellos sabor a flor de almendro recién abierta. Creían que te perfumaba. No. Mi tesoro tenía sólo el perfume de los fajos lavados por su Mamá, calentados en su corazón, besados con sus labios. Nunca me sentía cansada de trabajar para ti...

¿Y ahora? Ya no tengo nada que hacer para ti. Hacía tres años que estabas lejos de casa, pero seguías siendo el objeto de mis días. Pensar en ti, en tu ropa, en tu comida: amasar la harina y hacer pan, cuidar las abejas para darte la miel, tener cuidado de los árboles para que te dieran fruta. ¡Cómo amabas las cosas que te llevaba tu Madre! Ninguna comida de rica mesa, ningún indumento de tela preciosa, eran para ti como estas cosas tejidas, cosidas, cuidadas, recogidas por las manos de tu Madre. Cuando iba a donde Tú estabas, mirabas en seguida mis manos, como cuando eras pequeño y yo y José te dábamos modestos regalos para que sintieras que eras "nuestro" Rey. Nunca fuiste antojadizo, Niño mío. Lo que buscabas era el amor, que era tu alimento, y lo encontrabas en nuestras atenciones a ti. Ahora también hallabas, buscabas, lo mismo, ¡pobre Hijo mío tan poco amado del mundo!

Ahora ya nada. Todo está cumplido. Ya nada hará por ti tu Mamá. No necesitas ya nada... Ahora estás solo... Y yo estoy sola... ¡Oh, dichoso José, que no ha vivido este día! ¡Ojalá no hubiera estado yo tampoco ya en este mundo! Pero en ese caso no habrías tenido ni

siquiera el consuelo de ver a tu pobre Mamá. Habrías estado solo en la cruz, como estás solo en el sepulcro. Solo con tus heridas.

612.14 [14]¡Oh, Dios! ¡Dios, cuántas heridas tiene tu Hijo, el Hijo mío! ¿Cómo he podido verlas sin morir, yo que me desvanecía cuando de pequeño te hacías daño? Una vez te caíste en el huerto de Nazaret y te hiciste una herida en la frente. Pocas gotas de sangre. Pero yo —que me sentí morir al ver gotear tu sangre en la circuncisión, tanto que José tuvo que sujetarme porque temblaba como una moribunda— sentí como si esa herida minúscula te hubiera de llevar a la muerte, y más con el llanto que con agua y aceite, la curé, y no me quedé tranquila hasta que dejó de manar sangre. Otra vez estabas aprendiendo a trabajar y te heriste con el serrucho. Una herida pequeña. Pero para mí fue como si el serrucho me hubiera serrado en dos. No hallé descanso hasta que vi curada tu mano seis días después.

¿Y ahora? ¿Y ahora? Ahora tienes las manos, los pies, el costado abiertos; ahora tu carne está hecha jirones; tu cara, magullada, esa cara que no te rozaba —yo no osaba hacerlo— con mi beso; llagada tienes la frente y la nuca. Y nadie te ha curado, nadie te ha confortado.

612.15 [15]¡Mira mi corazón, oh Dios que me has herido en mi Hijo! ¡Míralo! ¿No está, acaso, llagado, como el Cuerpo del Hijo tuyo y mío? Los azotes han caído sobre mí como granizo, mientras Él los recibía. ¿Qué es la distancia para el amor? ¡Yo he padecido la tortura de mi Hijo! ¡Ojalá la hubiera padecido sólo yo! ¡Ojalá estuviera yo en la piedra sepulcral! ¡Mírame, Dios! ¿No gotea sangre mi corazón?

Ahí está el círculo de las espinas. Le siento. Es una corona que me oprime y perfora el corazón. Ahí están los agujeros de los clavos: tres puñales clavados en el corazón. ¡Oh, esos golpes! ¡Esos golpes! ¿Cómo no se ha desplomado el cielo con esos golpes sacrílegos en las carnes de Dios? ¡Y no poder gritar! ¡No poder lanzarme a arrebatar el arma a los asesinos y defender con ella a mi Hijo moribundo! ¡Tener que oír, oír sin hacer nada! Un golpe en el clavo, y el clavo entra en las carnes vivas. Otro golpe, y entra más. Otro y otro, y se rompen huesos y nervios y quedan traspasados la carne de mi Niño y el corazón de su Mamá. ¿Y cuando te han levantado en la cruz? ¡Cuánto debes haber sufrido! ¡Hijo santo! Veo aún cómo tu mano se desgarra con el golpe de la caída. Tengo desgarrado el corazón como ella.

Estoy magullada, lacerada, flagelada, punzada, golpeada, traspasada, como Tú. No estaba contigo en la cruz. Pero, mira a tu Madre. ¿No está como Tú? Sí. No hay diferencia de martirio. Es más: el tuyo ha terminado, el mío continúa. Tú no oyes ya las acusaciones mentirosas, yo las oigo. Tú ya no oyes las blasfemias horrendas, yo las oigo todavía. Tú ya no sientes la mordedura de las espinas y los clavos, ni

la sed ni la fiebre, yo estoy llena de puntas de fuego y me siento como uno que muriera de quemazón y delirio.

[16]¡Si al menos me hubieran dejado darte una gota de agua!: mi 612.16
llanto, si la crueldad de los hombres negaba al Creador el agua que Él había creado. Te di mucha leche porque éramos pobres, Hijo mío, y en la huida a Egipto habíamos perdido mucho y habíamos tenido que conseguir un nuevo techo y muebles, ropa y comida; y no sabíamos cuánto iba a durar el destierro ni lo que íbamos a encontrar cuando regresáramos a nuestra tierra. Te di leche durante más tiempo del normal, para que no sintieras la falta de alimento. Hasta que no adquirimos la cabrita, yo fui tu cabrita, ¡oh Niño de tu Mamá! Tú ya tenías muchos dientecitos y mordías... ¡Oh, qué alegría verte reír en el juego infantil!...

Querías andar. Estabas muy sano y fuerte. Yo te sujetaba durante horas y horas y no sentía quebrantados mis riñones a pesar de estar inclinada hacia ti, que dabas tus pasitos y a cada uno de ellos me decías: "¡Mamá!", "¡Mamá!". ¡Oh, feliz dicha el oírte cantar ese nombre! Lo decías también hoy: "¡Mamá, Mamá!". Pero tu Mamá no podía hacer otra cosa sino verte morir. Yo no podía siquiera acariciarte los pies. ¿Los pies? Aunque hubiesen estado al alcance de mi mano, no habría podido tocarlos, por no aumentar tu tormento. ¡Cómo debían sufrir tus pobres pies, mi Jesús!

¡Ah, si hubiera podido subir donde estabas y ponerme entre la madera y tu cuerpo e impedir que, con las convulsiones de la agonía, chocaras contra el madero! Oigo todavía tu cabeza golpear contra el madero en medio de las últimas convulsiones. Y ese sonido, ese sonido me enloquece. Lo tengo en la cabeza... como un martillo...

¡Vuelve, vuelve, amado Hijo, Hijo adorado, Hijo santo! Estoy muriendo. No resisto esta desolación mía. Muéstrame de nuevo tu rostro. Llámame otra vez. ¡No puedo pensar en ti y verte sin voz, sin mirada, cadáver frío y sin vida!

[17]¡Oh, Padre, socórreme Tú! ¡Jesús no me oye! ¿No ha terminado 612.17
la Pasión? ¿No está todo cumplido? ¿No bastan estos clavos, estas espinas, esta sangre, este llanto mío? ¿Todavía más es necesario para curar al hombre?

Padre, te nombro los instrumentos de su dolor y mi llanto. Pero esto es lo menor. Lo que le ha hecho morir sobrehumanamente acongojado ha sido tu abandono. Lo que me hace gritar es tu abandono. Ya no te siento. ¿Dónde estás, Padre santo? Yo era la *Llena de Gracia*. Lo dijo el Ángel: "Ave María, llena de Gracia, el Señor es contigo y tú eres bendita entre todas las mujeres".

No. ¡No es verdad! ¡No es verdad! Yo soy como una mujer por ti

maldecida por su pecado. Ya no estás conmigo. La Gracia se ha retirado como si yo fuera una segunda Eva pecadora. Pero te he sido siempre fiel. ¿En qué te he desagradado? Has hecho de mí lo que has deseado y siempre te he dicho: "Sí, Padre. Estoy dispuesta". ¿Pueden, entonces, mentir los ángeles? ¿Y Ana, que me aseguró que me * darías tu ángel en la hora del dolor? Estoy sola. No tengo ya gracia ante tus ojos, no te tengo ya a ti, Gracia, en mí. No tengo ya ángel. ¿Mienten, entonces, los santos? ¿En qué te he desagradado, si ellos no mienten y yo he merecido esta hora?

¿Y Jesús? ¿En qué ha faltado tu Cordero puro y manso? ¿En qué te hemos ofendido, para que, además del martirio dado por mano de los hombres, tengamos que recibir la tortura incalculable de tu abandono? ¡Y además Él, Él, que era Hijo tuyo y que te llamaba con esa voz que ha hecho a la Tierra estremecerse y reaccionar en un acceso de piedad! ¿Cómo le has dejado solo en medio de tanto tormento?

¡Pobre Corazón de Jesús, que te amaba tanto! ¿Dónde está la señal de la herida del Corazón? Aquí está. Mira, Padre, esta señal. Aquí está la huella de mi mano que entró en la abertura de la lanzada. Aquí... Aquí... Y no la cancelan ni el llanto ni el beso de la Madre, que tiene ya abrasados los ojos de llorar y consumidos los labios de besar. Esta señal grita y acusa. Más que la sangre de Abel, grita a ti desde la Tierra esta señal. Y Tú, que maldijiste a Caín y no dejaste aquello sin castigo, no has intervenido en favor de mi Abel, ya desangrado por sus Caínes, y has permitido el último desprecio. Le has triturado el corazón con tu abandono y has dejado que un hombre lo pusiera al descubierto para que yo lo viera y también resultara triturada. Pero por mí no me importa. Es por Él, por Él te pregunto y solicito tu respuesta. No debías...

612.18 [18]¡Oh, perdón! ¡Perdón, Padre santo! Perdona a una Madre que llora por su Hijo... ¡Ha muerto! ¡Ha muerto mi Hijo! Muerto con el corazón abierto. ¡Padre, Padre, piedad! ¡Yo te amo! Nosotros te hemos amado y Tú mucho nos has amado. ¿Cómo has permitido que fuera herido el Corazón de *nuestro* Hijo? ¡Padre!... ¡Padre, piedad de esta pobre mujer! ¡Estoy blasfemando, Padre! Yo sierva tuya, tu nada, ¿y oso hacerte un reproche? ¡Piedad! Has sido bueno. Has sido bueno. La herida, la única herida que no le ha hecho daño ha sido ésta. Tu abandono ha servido para que muriera antes de la puesta del Sol y así evitarle otras torturas.

Has sido bueno. Todo lo haces con un fin de bondad. Somos nosotros, criaturas, los que no comprendemos. Has sido bueno. ¡Bueno

---

* *Ana, que me aseguró*, en 32.6.

has sido! Di, alma mía, estas palabras para sacar este aguijón de tu sufrimiento, a tu sufrimiento. Dios es bueno y te ha amado siempre, alma mía. Desde la cuna a este momento, siempre te ha amado. Te ha dado toda la alegría del Tiempo. *Toda*. Se te ha dado Él mismo. Ha sido bueno. Bueno. Bueno. Gracias, Señor. ¡Bendito seas por tu infinita bondad!

Gracias. Jesús, también por ti digo gracias. ¡Ésta, al menos, no la has sentido, Hijo mío! Sólo yo la he sentido en el mío, cuando he visto tu Corazón abierto. Ahora está en el mío tu lanza, y hurga y me llena de aflicción. Pero es mejor así. Tú no la sientes. Pero, Jesús, ¡piedad! ¡Una señal tuya! ¡Una caricia, una palabra para tu pobre Mamá que tiene lleno de congoja el corazón! ¡Una señal, una señal, Jesús, si me quieres encontrar viva cuando regreses!».

29 de marzo de 1945

[19]Una llamada enérgica a la puerta hace que todos se sobresalten. 612.19
El dueño de la casa huye valientemente. María de Zebedeo quisiera que su Juan le siguiera y le invita a ir al patio. Las otras, excepto la Magdalena, se apiñan gimiendo.

Es María de Magdala la que va erguida y fuerte a la puerta y pregunta: «¿Quién llama?».

Responde una voz de mujer: «Soy Nique. Tengo una cosa para la Madre. Debo dársela. ¡Abrid! Pronto. La ronda está patrullando».

Juan, que se ha desembarazado de su madre y ha ido presuroso donde la Magdalena, se afana con los muchos cierres (todos bien asegurados esta noche). Abre. Entra Nique, acompañada de una sirviente y de un hombre fornido que viene de escolta. Cierran.

«Tengo una cosa...». Nique llora y no puede hablar...

«¿Qué? ¿Qué es?». Todos, curiosos, se han arrimado a ella.

«En el Calvario... He visto al Salvador en ese estado... Había preparado el velo lumbar para que no usara los andrajos de los verdugos... Pero estaba tan sudado —además con sangre en los ojos—, que pensé dárselo para que se secara. Y Él así lo hizo... Me devolvió el velo. Yo ya no lo usé. Quería conservarlo como reliquia con su sudor y su sangre. Viendo la saña de los judíos, pasado un rato, con Plautina y las otras romanas Lidia y Valeria, decidimos volvernos por miedo a que nos quitaran este lienzo. Las romanas son mujeres viriles. Nos habían puesto en medio a mí y a la criada y nos protegían. Es verdad que son contaminación para Israel... y que tocar a Plautina es un peligro. Pero eso se piensa en momentos de calma. Hoy estaban todos ebrios... En casa he llorado... durante horas... Luego ha venido el terremoto y he perdido el conocimiento... Una

vez vuelta en mí, he querido besar ese lienzo y he visto... ¡oh!... ¡En él está la cara del Redentor!...». *

«¡A ver! ¡A ver!».

«No. Antes a la Madre. Está en su derecho».

«¡Está derrengada! No resistirá...».

«¡No digáis eso! Al contrario, le servirá de consuelo. ¡Llamadla!».

612.20 [20]Juan llama suavemente a la puerta.

«¿Quién es?».

«Yo, Madre. Afuera está Nique... Ha venido en la obscuridad... Te ha traído un recuerdo... un regalo... Espera consolarte con él».

«¡Sólo un regalo me puede consolar! La sonrisa de su Rostro...».

«¡Madre!». Juan la abraza por temor a que se caiga, y dice, como confiando el Nombre verdadero de Dios: «Es eso. La sonrisa de su Rostro imprimido en el lienzo con que Nique le enjugó en el Calvario».

«¡Oh! ¡Padre! ¡Dios altísimo! ¡Hijo santo! ¡Eterno Amor! ¡Benditos seáis! ¡La señal! ¡La señal que os he pedido! ¡Que entre! ¡Que entre!».

María se sienta porque ya no se tiene en pie, y se arregla un poco mientras Juan hace una señal a las mujeres, que ojean, una señal para que pase Nique.

Entra Nique. Se arrodilla a los pies de María, con la criada al lado. Juan, en pie, erguido, al lado de María, tiene su brazo por detrás de los hombros de la Madre, como para sostenerla. Nique no dice nada, pero, eso sí, abre el arca, saca el lienzo, lo abre. Y el Rostro de Jesús, el Rostro vivo de Jesús, el doloroso y, no obstante, sonriente Rostro de Jesús mira a la Madre, sonriéndole.

María emite un grito de amor doliente y extiende los brazos. Las mujeres hacen lo mismo desde el vano de la puerta donde están apiñadas; y la imitan también en el arrodillarse ante el Rostro del Salvador.

Nique no encuentra palabras. Pasa el lienzo de sus manos a las manos maternas y se inclina para besar un borde de aquél. Luego sale hacia atrás, sin esperar a que María vuelva en sí de su éxtasis.

Se marcha... Ya está afuera, en la obscuridad, cuando piensan en ella... Sólo queda cerrar el portal, como estaba antes.

María está otra vez sola, en un coloquio de su alma con la imagen de su Hijo, porque todos se retiran de nuevo.

612.21 [21]Pasa más tiempo. Luego Marta dice: «¿Cómo vamos a hacer con los ungüentos? Mañana es sábado...».

---

* *la cara del Redentor*, segun una promesa insinuada en 382.7.

«Y no vamos a poder ir por nada...» dice Salomé.

«Y habría que hacerlo... Muchas libras de áloe y mirra... pero ¡estaba tan mal lavado!...».

«Habría que tener todo dispuesto para el amanecer del primer día después del sábado» observa María de Alfeo.

«¿Y los que hacen la guardia? ¿Cómo vamos a hacer?» pregunta Susana.

«Si no nos dejan entrar, se lo decimos a José» responde Marta.

«No podremos correr nosotras solas la piedra».

Responde la Magdalena: «¡Oh, siendo cinco, ¿dices que no vamos a poder?! Todas somos fuertes... y el amor hace el resto».

«Y además iré yo con vosotras» dice Juan.

«Tú de ninguna manera. No quiero perderte también a ti, hijo».

«No te preocupes. Nos bastaremos nosotras».

«Bueno, pero... ¿quién nos proporciona los ungüentos?».

Un sentido de desánimo se apodera de todas... Luego Marta dice: «Habríamos podido preguntarle a Nique si era verdad lo de Juana... y lo de las revueltas...».

«¡Claro! Estamos atontadas. Hubiéramos podido obtener también los ungüentos antes. Isaac estaba en la puerta de su casa cuando hemos vuelto...».

[22]«En el palacio hay muchos tarros de esencias, y también incienso fino. Voy por ello». Y María Magdalena se levanta de su sitio y se pone el manto. 612.22

Marta grita: «No irás».

«Iré».

«¡Estás loca! ¡Te prenderán!».

«Tu hermana tiene razón. ¡No vayas!».

«¡Oh, no sois más que unas mujeres inútiles y gritadoras! ¡Hay que ver qué buena comitiva de seguidoras tenía Jesús! ¿Ya habéis agotado vuestra reserva de valentía? A mí, por el contrario, cuanto más valor uso, más me viene».

«Voy con ella. Soy hombre».

«Y yo soy tu madre y te lo prohíbo».

«Tranquila, María Salomé; tranquilo, Juan. Voy sola. No tengo miedo. Sé lo que es ir de noche por las calles. Lo hice mil veces por el pecado... ¿Debería temer ahora que voy a servir al Hijo de Dios?».

«Pero hoy la ciudad está agitada. Ya has oído a ese hombre».

«Es un conejo. Y vosotras lo mismo. Me marcho».

«¿Y si te ven los soldados?».

«Les diré: "Soy la hija de Teófilo, sirio, siervo fiel de César". Y no me pararán. Y además... El hombre ante una mujer joven y guapa

es un juguete más inocuo que un tallito de paja. Yo esto lo sé, para vergüenza mía...».

«¿Pero dónde pretendes encontrar perfumes en el palacio, si desde hace años está deshabitado?».

«¿Tú crees? ¡Marta! ¿No te acuerdas de que Israel os obligó a dejarlo porque era uno de mis lugares de encuentro con los amantes? Allí tenía yo todo lo necesario para aumentarles su locura por mí. Cuando mi Salvador me salvó, escondí en un lugar que sólo yo conocía los recipientes de alabastro y los inciensos que usaba para mis orgías de amor. Y juré que sólo el llanto por mi pecado sería el agua perfumada de María arrepentida; y la adoración de Jesús santísimo, sus ardientes inciensos. Y juré que esos signos de culto profano de la sensualidad y la carne los usaría únicamente para santificarlos en Él y ungirle. Ahora es la hora. Voy. Vosotras quedaros aquí. Tranquilas. Viene conmigo el ángel de Dios y no me sucederá nada malo. Adiós. Os traeré noticias. A Ella no le digáis nada... Aumentaríais su congoja...».

Y María de Magdala sale segura, regia.

612.23 [23]«Madre, que te sirva de lección... y que te diga: no hagas que el mundo diga que tu hijo es un cobarde. Mañana, o, mejor, hoy, porque ya estamos en la segunda vigilia, voy a la búsqueda de los compañeros, como Ella quiere...».

«Es sábado... no puedes hacer eso...» objeta Salomé para retenerle.

«"El sábado ha muerto" digo yo también con José. La era nueva ha comenzado. En ella habrá otras leyes, otros sacrificios y ceremonias».

María Salomé, sin protestar ya más, apoya la cabeza en las rodillas y llora.

«¡Oh, si pudiéramos saber de Lázaro!» gime María Cleofás.

«Si me dejáis ir, tendréis noticias. Porque Simón Cananeo, que recibió la orden de hacerlo, ha llevado donde Lázaro a los compañeros; Jesús se lo dijo a Simón estando yo presente».

«¡Ay, ay... ¿todos allí?! ¡Entonces están todos perdidos!». María Cleofás y Salomé lloran desconsoladamente.

612.24 Pasa más tiempo, entre llantos y esperas. [24]Luego vuelve María Magdalena, triunfadora (cargada de bolsas llenas de preciosos tarritos).

«¿Veis como no ha pasado nada? Aquí están: aceites de todo tipo, y nardo, y olíbano, y benjuí. No hay mirra ni áloe... No quería cosas amargas yo... que ahora bebo todas las amarguras... Entretanto, amasamos éstas y mañana conseguimos... Pagando, Isaac dará aun-

que sea sábado... Adquiriremos mirra y áloe».

«¿Te han visto?».

«Nadie. Ni un murciélago por las calles».

«¿Los soldados?».

«¿Los soldados? Creo que están roncando en sus jergones».

«Pero las sediciones... los arrestos...».

«Los ha visto el miedo de ese hombre...».

«¿Quién está en el palacio?».

«Pues Leví y su mujer. Tranquilos como críos. Los hombres armados han huido... ¡Ja! ¡Ja! ¡Lo que yo digo es que buenos héroes tenemos!... En cuanto tuvieron noticia de la condena, huyeron. Digo la verdad: Roma es dura y usa el látigo... pero así se hace temer y servir. Y tiene hombres, no conejos... Jesús decía: "Mis seguidores conocerán mi mismo destino". ¡Mmm! Si se hacen de Jesús muchos romanos, puede ser; pero si esos mártires tienen que ser israelitas... se quedará solo... Aquí está mi saco. Y éste es de Juana, que... sí... no sólo somos cobardes, sino que también somos embusteros. Juana está abatida, nada más. Ella y Elisa se han sentido mal en el Gólgota: una es una madre a la que se le murió un hijo, y el oír los estertores de Jesús ha hecho que se sintiera mal; la otra es una mujer delicada, que no está acostumbrada a tanto camino ni a tanto sol. Pero nada de heridas, nada de agonías. Llora, como nosotras, eso sí, claro; nada más. Lo que le duele es que la hayan alejado de allí. Mañana vendrá. Manda estos perfumes. Los que tenía. Con ella se había quedado Valeria, por orden de Plautina; pero ahora Valeria se ha marchado con los esclavos, a casa de Claudia, porque tienen muchos inciensos. Cuando venga —porque tampoco ella, por gracia del Cielo, es una liebre eternamente temblorosa— no os pongáis a gritar como sintiendo la espada en el cuello. Arriba. Levantaos. Vamos a coger unos morteros y a trabajar. Llorar no sirve. Al menos, llorad y trabajad. El llanto diluirá nuestro bálsamo. Y Él lo sentirá sobre sí... Sentirá nuestro amor». Y se muerde los labios para no llorar y para dar fuerza a las otras, que están verdaderamente deshechas.

Trabajan con ahínco.

[25]María llama a Juan: 612.25

«¿Qué te ocurre, Madre?».

«Esos golpes...».

«Están triturando los inciensos...».

«¡Ah!... Pero... perdonad... no hagáis ese ruido... me parece oír los martillos...».

Efectivamente, los majaderos de bronce contra el mármol de los morteros hacen verdaderamente ruido de martillos.

Juan dice esto a las mujeres, que salen al patio para que se las oiga menos. Juan regresa donde la Madre.

«¿Cómo los han conseguido?».

«María de Lázaro ha ido por ellos a su casa y a casa de Juana... Y traerán otros más...».

«¿No ha venido nadie?».

«Nadie después de Nique».

«¡Mírale, Juan! ¡Qué hermoso es incluso en medio de su dolor!». María se ensimisma, con las manos juntas, frente al lienzo (lo ha extendido sobre una arqueta y lo ha sujetado con unos pesos).

«Hermoso. Sí, Madre. Y te sonríe... No llores más... Ya han pasado algunas horas. Menos que esperar para su regreso...» y, mientras dice esto, Juan llora...

María le acaricia la mejilla. Pero sólo mira la imagen de su Hijo.

Juan sale, cegado por el llanto.

612.26 [26]También la Magdalena, que ha vuelto para tomar unas ánforas, está en las mismas condiciones. Pero dice al apóstol: «No debemos permitir que nos vean llorar. Porque, si no, aquéllas no sabrán hacer nada ya. Y hay que hacer...».

«...y hay que creer» termina Juan.

«Sí. Creer. Si no se pudiera creer, vendría la desesperación. Yo creo. ¿Y tú?».

«Yo también...».

«No lo dices bien. No amas todavía lo suficiente. *Si amaras con todo tu ser, no podrías no creer*. El amor es luz y voz. Incluso contra las tinieblas de la negación y el silencio de la muerte, dice: "Yo creo"». Se muestra espléndida la Magdalena, tan alta y regia, imperiosa en su confesión de fe. Debe tener el corazón torturado (sus ojos, quemados por el llanto, lo dicen), pero el ánimo está invicto.

Juan la mira admirado y susurra: «Eres fuerte».

«Siempre. Lo fui tanto que supe desafiar al mundo. Y entonces no tenía a Dios. Ahora que le tengo, siento que sé desafiar hasta al infierno. Tú que eres bueno deberías ser más fuerte que yo. Porque la culpa deprime, ¿eh? Más que la tabes. Pero tú eres inocente... Por eso te amaba tanto...».

«También a ti te amaba...».

«Y yo no era inocente. Pero era su conquista y...».

612.27 [27]Llaman fuertemente al portal.

«Será Valeria. Abre».

Juan abre sin miedo, dominado por la calma de María.

Efectivamente, es Valeria, y sus esclavos, que traen la litera de la que ella ha bajado. Entra saludando a la latina: «Salve».

«La paz sea contigo, hermana. Entra» dice Juan.

«¿Puedo ofrecer a la Madre el presente de Plautina? Claudia también ha contribuido. Pero si no le causa dolor el verme».

Juan entra donde María.

«¿Quién llama? ¿Pedro? ¿Judas? ¿José?».

«No. Es Valeria. Ha traído resinas preciosas. Quisiera ofrecértelas... si no te causa pena».

«*Debo* superar la pena. Él ha llamado a su Reino a los hijos de Israel y a los paganos. A todos ha llamado. Ahora... *está muerto*... Pero yo estoy aquí por Él. Recibo *a todos*. Que entre».

Valeria entra. Se ha quitado el manto obscuro y aparece toda blanca con su estola. Se inclina profundamente. Saluda y habla. «Dómina. Sabes quiénes somos. Las primeras redimidas del obscurantismo pagano. Fango y tinieblas éramos. Tu Hijo nos ha dado ala y luz. Ahora está... dormido en paz. Conocemos vuestros usos. Y queremos que sobre el Triunfador sean esparcidos también los bálsamos de Roma».

«Que Dios os bendiga, hijas de mi Señor. Y... perdonad si no sé decir nada más...».

«No te esfuerces, Dómina. Roma es fuerte. Pero también sabe comprender el dolor y el amor. Te comprende, Madre Dolorosa. Adiós».

«¡La paz sea contigo, Valeria! Para Plautina, para todas vosotras, mi bendición».

Valeria deja sus inciensos y otras esencias y se retira.

«¿Ves, Madre, como todo el mundo da para el Rey del Cielo y de la Tierra?».

«Sí» dice María. «*Todo el mundo*. Y la Madre sólo habrá podido darle el llanto».

[28]Un gallo canta alegre en algún lugar cercano. Juan se estremece. 612.28

«¿Qué te sucede, Juan?» pregunta la Virgen.

«Pensaba en Simón Pedro...».

«¿Pero no estaba contigo?» pregunta la Magdalena, que ha vuelto a entrar en la habitación.

«Sí. En casa de Anás. Luego he comprendido que yo tenía que venir aquí. Y no he vuelto a verle».

«Dentro de poco amanecerá».

«Sí. Abrid».

Abren las contraventanas y las caras parecen aún más térreas con la luz verdosa del alba.

La noche del Viernes Santo ha terminado.

613. La Pasión de Jesús y María y la Compasión de Juan.

20 de febrero de 1944.

613.1 [1]Ahora —ya es de noche— dice Jesús:

«Has visto cuánto cuesta ser Salvadores. Lo has visto en mí y en María. Has tenido conocimiento de nuestras torturas. Has visto con qué generosidad, heroísmo, paciencia, mansedumbre, constancia y fortaleza las hemos sufrido por la caridad de salvaros.

Todos aquellos que quieran, que pidan al Señor Dios hacer de ellos "salvadores", deben pensar que Yo y María somos el modelo, y que ésas son las torturas que hay que compartir para salvar. La cruz, las espinas, los clavos, los azotes no serán materiales. Serán otros, con otra forma y naturaleza; pero igualmente dolorosos e inmoladores. Y sólo inmolándose en medio de estos dolores se puede ser salvador.

Es misión austera, *la más austera de todas*. Una misión respecto a la cual la vida del monje o de la religiosa de la más severa regla es como una flor comparada con un montón de espinas. Porque ésta es no regla de Órden humana, sino Regla de un sacerdocio y un rito de ingreso en el estado monacal divinos, cuyo Fundador soy Yo. Yo soy el que consagra y acoge —en *mi* Regla, en *mi* Orden— a los elegidos para ella. Y soy el que les impone el hábito (*el mío*): el Dolor total, llevado hasta el sacrificio.

613.2 [2]Has visto mis sufrimientos, dirigidos a hacer reparación por vuestras culpas. Nada en mi Cuerpo ha estado exento de ellos, porque nada en el hombre está exento de culpas, y todas las partes de vuestro *yo* físico y moral —ese *yo* que Dios os ha dado con una perfección de obra divina y que vosotros habéis degradado con la culpa del progenitor y con vuestras tendencias al mal, con vuestra voluntad mala— son instrumentos de los que os servís para cumplir el pecado.

Pero Yo he venido para cancelar los efectos del pecado con mi Sangre y mi dolor, lavando en ellos cada una de vuestras partes físicas y morales, para purificarlas y fortalecerlas contra las tendencias culpables.

613.3 [3]Mis Manos fueron heridas y aprisionadas, después de haberse cansado llevando la Cruz, para reparar por todos los delitos cometidos con la mano del hombre. Desde los verdaderos actos de sujetar y usar un arma contra un hermano, haciéndoos así Caínes, hasta los de robar o escribir acusaciones falsas o llevar a cabo actos contrarios al respeto de vuestro cuerpo o del cuerpo ajeno, o de estar ociosos en una holgazanería que es terreno propicio para vuestros vicios. Por

las ilícitas libertades de vuestras manos, he dejado crucificar las mías, clavándolas al madero, privándolas de todo movimiento más que lícito y necesario.

Los Pies de vuestro Salvador, después de haberse fatigado y herido en las piedras de mi camino de Pasión, fueron traspasados, inmovilizados, para hacer reparación por todo el mal que vosotros hacéis con los pies, haciendo de ellos el medio para ir a vuestros delitos, hurtos, fornicaciones. He marcado las calles, las plazas, las casas, las escaleras de Jerusalén, para purificar todas las calles, las plazas, las escaleras, las casas de la tierra, de todo el mal que dentro y fuera de ellas había nacido, todo lo que había sido sembrado y sería sembrado, en los siglos pasados y en los futuros, por vuestra mala voluntad obediente a las instigaciones de Satanás.

[4]Mi Carne se manchó, recibió contusiones y heridas, para castigar 613.4
en mí todo el culto exagerado, la idolatría, que vosotros ofrecéis a vuestra carne y a la de quien amáis, por capricho sensual o incluso por afecto, que en sí no es reprobable, pero que lo hacéis reprobable al amar a un padre, a un cónyuge, a un hijo o a un hermano, más que a Dios.

No. Por encima de cualquier amor y vínculo terrenos está, debe estar, el amor al Señor Dios vuestro. Ninguno, ningún otro afecto debe ser superior a éste. Amad a los vuestros en Dios, no por encima de Dios. Amad con todo vuestro ser a Dios. Ello no absorberá vuestro amor hasta el punto de haceros indiferentes para con los vuestros; antes al contrario, la perfección tomada de Dios —quien ama a Dios tiene en sí a Dios y, teniendo a Dios, tiene la Perfección— alimentará vuestro amor hacia ellos.

Yo hice de mi Carne una llaga para extraer de las vuestras el veneno de la sensualidad, del no pudor, del no respeto, de la ambición y admiración por la carne destinada a volver al polvo. No es dando culto a la carne como se lleva la carne a la belleza; antes bien, es con el desapego de ella con lo que se le da la Belleza eterna en el Cielo de Dios.

[5]Mi Cabeza fue torturada con mil torturas (golpes, sol, gritos, es- 613.5
pinas) para hacer reparación por las culpas de vuestra mente. Soberbia, impaciencia, insoportabilidad, falta de aguante, pululan en vuestro cerebro como terreno fungífero. Yo hice de él un órgano torturado, cerrado dentro de un arca decorada con sangre, para hacer reparación por todo lo que brota de vuestro pensamiento.

Has visto la única corona que Yo he querido: una corona que sólo un loco o un torturado pueden llevar. Ninguno, que sea sano de mente (humanamente hablando) y que esté en posesión de su libertad, se la impone. Pero a mí me consideraban loco, y loco, sobrenaturalmen-

te, divinamente loco lo era, queriendo morir por vosotros —que no me amáis o que me amáis tan poco—, queriendo morir para vencer al Mal en vosotros, sabiendo que lo amáis más que a Dios. Y estuve a merced del hombre; y prisionero del hombre, condenado suyo. Yo, Dios, condenado por el hombre.

¡Cuántas impaciencias tenéis, por naderías; cuántas incompatibilidades, por bagatelas; cuántas exasperaciones, por simples malestares! Mirad a vuestro Salvador. Meditad en lo exasperante que debían ser esas punzadas continuas en nuevos sitios, esos enredos en los mechones del cabello, ese desplazamiento continuo sin posibilitar mover la cabeza, apoyarla, en ningún modo que no produjera tormento. Pensad en lo que debieron significar para mi Cabeza torturada, dolorida, febril, los gritos de la muchedumbre, los golpes en la cabeza, el sol abrasador. Reflexionad en el dolor que debía tener en mi pobre cerebro, que había ido a la agonía del Viernes convertido ya por entero en un dolor por el esfuerzo sufrido durante la noche del Jueves; en mi pobre cerebro al que le subía la fiebre de todo el Cuerpo lacerado y de las intoxicaciones provocadas por las torturas.

613.6 [6]Y, en la Cabeza, también los ojos tuvieron su parte, y la boca, y la nariz y la lengua. Para hacer reparación por vuestras miradas tan amantes de ver lo malo y tan olvidadas de buscar a Dios; para hacer reparación por las demasiadas y demasiado embusteras y sucias y lujuriosas palabras que decís en vez de usar los labios para orar, para enseñar, para confortar. Y recibieron su tortura la nariz y la lengua para hacer reparación por vuestra avidez gustativa y por vuestra sensualidad olfativa, por las cuales cometéis imperfecciones que son terreno para más graves culpas, y cometéis pecados con la avidez de alimentos superfluos sin tener piedad de los que tienen hambre, de alimentos que os podéis permitir, muchas veces recurriendo a medios ilícitos de ganancia.

Mis entrañas no quedaron exentas de sufrimiento. Ninguna de ellas. Sofocación y tos para los pulmones, los cuales, por la bárbara flagelación recibida, estaban contusos, y edemáticos por la postura en la cruz; congoja y dolor en el corazón, que había sido desplazado y estaba enfermo, por causa de la cruel flagelación, y del dolor moral que había precedido a ésta, por el esfuerzo de la subida bajo la pesada carga del madero y por la anemia consiguiente a toda la sangre que ya había vertido. El hígado congestionado, el bazo congestionado, los riñones contusos y congestionados.

613.7 [7]Has visto la corona de moratones que estaba alrededor de mis riñones. Vuestros científicos, para dar una prueba para vuestra incre-

* dulidad respecto a esa prueba de mis padecimientos que es la Sábana Santa, explican que la sangre, el sudor cadavérico y la urea de un cuerpo ultrafatigado pudieron, mezclándose con los ungüentos, producir esa pintura natural de mi Cuerpo extinto y torturado.

Mejor sería creer sin tener necesidad de tantas pruebas para creer. Mejor sería decir: "Esto es obra de Dios" y bendecir a Dios, que os ha concedido disponer de la prueba irrefutable de mi Crucifixión y de las torturas que la precedieron.

Pero, dado que, ahora, no sabéis ya creer con la sencillez de los niños, sino que tenéis necesidad de pruebas científicas —pobre fe vuestra que sin el apoyo y el acicate de la ciencia no sabe mantenerse en pie y caminar—, sabed que las atroces contusiones de mis riñones fueron el agente químico más potente en el milagro de la Sábana Santa. Mis riñones, casi rotos por los azotes, ya no pudieron trabajar. Como los de los que han ardido en una llamarada, no fueron capaces de filtrar, y la urea se acumuló y se esparció en mi sangre, en mi cuerpo, produciendo los sufrimientos de la intoxicación urémica y el reactivo que, rezumando de mi cadáver, fijó la imagen en la tela. Pero los que de entre vosotros son médicos, o los que de entre vosotros están enfermos de uremia, pueden comprender qué sufrimientos debieron producirme las toxinas urémicas, tan abundantes como para ser capaces de producir una huella indeleble.

[8]La sed. ¡Qué tortura, la sed! Y, a pesar de todo, ya has visto que 613.8
no hubo ni siquiera uno, de entre tantos, que supiera en aquellas horas darme una gota de agua. Desde después de la Cena, no tuve ninguna confortación. Y la fiebre, el sol, el calor, el polvo, el desangramiento, producían *mucha* sed a vuestro Salvador.

Has visto que rechacé el vino mirrado. No quería atenuaciones de mi sufrimiento. Cuando nos hemos ofrecido como víctimas, tenemos que serlo sin transacciones piadosas, sin arreglos, sin atenuaciones. Es necesario beber el cáliz como se nos da. Saborear el vinagre y la hiel, hasta la hez. No el vino con añadido de drogas que produce una mitigación del dolor.

¡Oh, muy severo es el sino victimal! ¡Pero, bienaventurado el que lo elige como suyo!

[9]Esto respecto al sufrimiento de tu Jesús en su Cuerpo inocente. 613.9
Y no te hablo de las torturas de mi sentimiento hacia mi Madre y hacia su dolor. Se requería ese dolor. Pero para mí fue la congoja más cruel. ¡Sólo el Padre sabe lo que sufrió su Verbo en el espíritu, en lo

* *la Sábana Santa* es la que —muy conocida— se conserva y venera en Turín: para los escritos valtortianos, es auténtica.

moral y en lo físico! Y la presencia de mi Madre, aunque fue la cosa más deseada por mi corazón, que tenía necesidad de esa confortación en la soledad infinita que le rodeaba, infinita, soledad procedente de Dios y de los hombres, fue tortura.

Ella debía estar allí, ángel de carne, para impedir el asalto de la desesperación, de la misma forma que el ángel espiritual la había impedido en el Getsemaní; debía estar allí para unir mi Dolor con el suyo para vuestra Redención; debía estar allí para recibir la investidura de Madre del género humano. Pero verla morir a cada uno de mis estremecimientos fue mi mayor dolor. Ni siquiera la traición, ni siquiera el saber que mi Sacrificio sería inútil para muchos —esos dos dolores que pocas horas antes me habían parecido tan grandes que me habían hecho sudar sangre—, eran comparables a éste.

613.10 [10]Pero tú has visto lo grande que fue María en aquella hora. La congoja no le impidió ser mucho más fuerte que Judit. Ésta mató. *

María se dejó matar a través de su Hijo. Y ni imprecó ni odió. Oró, amó, obedeció. Siempre Madre, hasta el punto de pensar, en medio de esas torturas, que su Jesús tenía necesidad de su velo virginal para cubrir sus carnes inocentes, para defensa de su pudor, supo al mismo tiempo ser Hija del Padre de los Cielos y obedecer a la tremenda voluntad del Padre en aquella hora. No imprecó, no se rebeló; ni contra Dios ni contra los hombres: a éstos los perdonó; a Aquél le dijo "Fiat".

También después la has oído: "¡Padre, te amo, y Tú nos has amado!". Recuerda y proclama que Dios la ha amado y le renueva su acto de amor. ¡En aquella hora! Después de que el Padre la había traspasado y privado de su razón de ser. Le ama. No dice: "Ya no te amo por haber descargado tu mano sobre mí". Le ama. Y no se aflige por el *propio* dolor, sino por el que sufre su Hijo. No grita por el *propio* corazón quebrantado, sino por mi corazón traspasado. De esto pide razón al Padre, no del propio dolor. Pide razón al Padre en nombre del Hijo *de ambos*.

613.11 [11]Ella es auténticamente la Esposa de Dios. Ella es auténticamente la que concibió por unión con Dios. Sabe que a su Hijo no le engendró un contacto humano, sino que fue solamente Fuego que descendió del Cielo para entrar en su seno inmaculado y depositar en él el Germen divino, la Carne del Hombre-Dios, del Dios-Hombre, del Redentor del mundo. Ella lo sabe, y como Esposa y Madre pide razón de esa herida. Las otras *debían* producirse. Pero ésta, cuando todo estaba cumplido, ¿por qué?

¡Pobre Mamá! Hubo un porqué que tu dolor no te *ha permitido* le-

---

* *mató*, como se narra en *Judit 13*.

er en mi herida. Y ese porqué fue el que los hombres vieran el Corazón de Dios. Tú le has visto, María. Y no le olvidarás nunca.

Pero ya ves que María, a pesar de no ver en ese momento las razones sobrenaturales de esa herida, en seguida piensa que no me ha hecho daño, y por ella bendice a Dios. No se preocupa del mucho daño que esa herida le haya hecho a Ella; no me ha hecho daño a mí, y eso le basta y le sirve para bendecir a Dios, a ese Dios que la inmola.

[12]Lo único que pide es un poco de confortación para no morir. Es 613.12
necesaria para la naciente Iglesia de la que ha sido creada Madre pocas horas antes. La Iglesia, como un recién nacido, necesita cuidados y leche maternos. María dará esto a la Iglesia sosteniendo a los apóstoles, hablándoles del Salvador, orando por la Iglesia. ¿Pero cómo podría hacerlo si expirara esa noche? La Iglesia, a la que le quedan pocos días para estar ya sin quien es su Cabeza, se quedaría huérfana del todo si además expirara la Madre. Y la suerte de los recién nacidos huérfanos es siempre precaria.

Dios nunca defrauda una justa oración y conforta a los hijos suyos que en Él esperan. María lo experimenta en el consuelo de la Verónica. Ella, la pobre Mamá, había imprimido en sus ojos la efigie de mi Rostro apagado. No podía resistir verlo. No es su Jesús ese Jesús envejecido, hinchado, con esos ojos cerrados que ya no la miran, con esa boca torcida que ni le habla ni le sonríe. El de la Verónica es un rostro de Jesús vivo; doliente, herido, pero todavía vivo. Su mirada la mira, su boca parece decirle: "¡Mamá!". Su sonrisa la saluda todavía.

¡Oh, María! Busca a Jesús en tu dolor. Él vendrá siempre y te mirará, te llamará, te sonreirá. Compartiremos el dolor, ¡pero estaremos unidos!

[13]Juan, oh pequeño Juan, compartió con María y Jesús el dolor. 613.13
* Sé siempre como Juan. También en esto. Ya te lo he dicho: "No serás grande por las contemplaciones y los dictados —esto es mío—, sino por tu amor; y el amor más alto está en compartir el dolor". Esto proporciona la manera de intuir hasta los más pequeños deseos de Dios y hacerlos realidad a pesar de todos los obstáculos.

Mira con qué viva y delicada sensibilidad Juan actúa desde la noche del Jueves hasta la del Viernes. Y pasada esa noche. Pero, observémosle en aquellas horas.

Un momento de desconcierto. Una hora de pesantez. Pero, una vez superado el sueño con la agitación de la captura, y esa agitación con el amor, viene, trayéndose tras sí a Pedro, para que el Maestro sienta confortación al ver a la Cabeza de los apóstoles y al Predilecto

---

* *lo he dicho* el 26 de diciembre de 1943, en "Los cuadernos. 1943".

de entre los Apóstoles.

Y luego piensa en la Madre, a quien algún cruel puede gritar que su Hijo ha sido capturado. Y va donde Ella. No sabe que María ya vive la congoja del Hijo y que, mientras los apóstoles dormían, Ella velaba y oraba, agonizando con su Hijo. Él no lo sabe. Y va donde Ella y la prepara para la noticia.

Y luego hace de enlace entre la casa de Caifás y el Pretorio, entre la casa de Caifás y el palacio de Herodes, y otra vez va de la casa de Caifás al Pretorio. Hacer eso esa mañana, cruzando por entre la muchedumbre ebria de odio, con un atuendo que le delata como galileo, no es una cosa cómoda. Pero el amor le sostiene, y Juan no piensa en sí mismo, sino en los dolores de Jesús y de la Madre. Podría ser apedreado por ser seguidor del Nazareno. No importa. Desafía todo. Los otros han huido, están escondidos: la prudencia y el miedo los guían. A él le guía el amor, y se queda y se muestra. Es un hombre puro. *El amor prospera en la pureza.*

Y si su piedad y su buen sentido de lugareño le inducen a mantener a María alejada de la multitud y del Pretorio —no sabe que María participa de *todas* las torturas de su Hijo padeciéndolas espiritualmente—, cuando juzga que ha llegado la hora en que Jesús necesita a su Madre y que no es lícito tener más tiempo a la Madre separada del Hijo, la lleva a Él, la sostiene, la defiende.

¿Qué es ese puñado de personas fieles (un hombre solo, indefenso, joven, sin autoridad, a la cabeza de unas pocas mujeres) contra toda una muchedumbre embrutecida? Nada. Un montoncito de hojas que el viento puede desparramar. Una barquichuela en un océano borrascoso que puede sumergirla. No importa. *El amor es su fuerza y su vela.* Éste es su arma, y con éste protege a la Mujer y a las mujeres hasta el final.

Juan poseyó el amor de compasión como nadie más en el mundo, excepción hecha de mi Madre. Juan es el príncipe de los que aman con este amor. Es tu maestro en esto. Sigue el ejemplo que te da de pureza y caridad, y serás grande.

Ve en paz ahora. Te bendigo».

7 de abril 1945.

613.14 [14]Dice Jesús:

«[...] Y, dado que preveo las observaciones de los demasiados Tomases y de los demasiados escribas de ahora sobre una frase *

* *frase*, que está en 613.8 y que será aclarada también en el texto de 627.14. La referencia a los *Tomases* se explica con la fecha del presente dictado, que es la misma de la "visión" sobre la incredulidad del apóstol Tomás (capítulo 628).

de este dictado, que parece contrastar con el sorbo de agua ofrecido por Longino... —¡oh, cómo gozarían los negadores de lo sobrenatural, los racionalistas de la perfección al revés, si pudieran encontrar una fisura en el magnífico complejo de esta obra de bondad divina y sacrificio tuyo, pequeño Juan, para poder, haciendo palanca en esa fisura con el pico de su mortífero racionalismo, provocar el derrumbamiento de todo!— previniendo a éstos, digo y explico.

Aquel pobre sorbo de agua —*una gota* en el incendio de la fiebre y en la sequedad de las venas vaciadas— tomado por amor a un alma a la que había que persuadir de amor para llevarla a la Verdad, tomado con suma fatiga en medio del jadeo agudo que me estrangulaba la respiración y obstaculizaba la deglución —tan quebrantado estaba por los atroces azotes— no proporcionó *más* alivio que el sobrenatural. Desde el punto de vista de la carne no fue nada, por no decir un tormento... Ríos habrían sido necesarios para mi sed de entonces... Y no podía beber por el jadeo del dolor precordial. Y tú sabes lo que es este dolor... Ríos habrían sido necesarios después... y no me fueron dados. Y tamoco hubiera podido aceptarlos por el sofoco cada vez más fuerte. ¡Pero cuánto alivio habrían procurado a mi Corazón si me hubieran sido ofrecidos! Era de amor de lo que moría. De amor no dado. La piedad es amor. Y en Israel no hubo piedad.

Cuando contempláis, vosotros los buenos, o analizáis, vosotros los escépticos, aquel "sorbo", dadle su justo nombre: "piedad", no bebida. Puede, por tanto, decirse, sin incurrir por ello en falsedad, que "desde la Cena no recibí alivio". De toda la masa que me circundaba, no hubo ni uno que me procurase alivio, considerando que el vino drogado no quise sorberlo. Recibí vinagre y burlas. Recibí traiciones y golpes. Eso es lo que recibí. Nada más.

[...]».

614. El día del Sábado Santo.

30 de marzo de 1945.

[1]El alba, fatigosamente, avanza débil. La aurora tarda —cosa extraña— aunque no haya nubes en el cielo. Parece como si los astros hubieran perdido todo elemento de vigor. Y, al igual que la nocturna Luna era pálida, el Sol que aparece también es pálido. Opacos... ¿Será que también ellos han llorado, y por eso tienen este aspecto empañado como lo tienen los ojos de los buenos, que han llorado y lloran 614.1

por la muerte del Señor?

En cuanto Juan comprende que han abierto las puertas, sale, sordo a las súplicas maternas. Las mujeres se atrincheran en casa, ahora más atemorizadas porque también el apóstol se ha marchado.

María, que sigue en su habitación, desmayadas las manos sobre su regazo, mira fijamente hacia fuera a través de la ventana que da a un jardín no excesivamente grande, pero sí bastante amplio, y todo lleno de rosas florecidas que orillan las altas tapias y los caprichosos cuadrados de jardín. En las matas de los lirios, por el contrario, no hay todavía tallos de futuras flores: están tupidas, hermosas, pero sólo con hojas. Mira, mira, y yo creo que no ve nada, sino lo que hay en su pobre cerebro cansado: la agonía de su Hijo.

Las mujeres van y vienen. Se acercan a Ella, la acarician, le ruegan que tome algo que la reconforte... y cada una de estas veces, al venir ellas, viene una oleada de un perfume denso, compuesto, un perfume que aturde.

María se estremece cada vez, pero nada más. No dice nada. No hace nada. Nada. Está exhausta. Espera. Sólo espera. Es la Mujer que espera.

614.2 [2]Un golpe en la puerta... Las mujeres corren a abrir. María se vuelve en su asiento, pero no se levanta. Mira fijamente a la puerta entreabierta.

Entra la Magdalena. «Está Manahén... Quisiera ser útil para algo...».

«Manahén... Dile que entre. Siempre ha sido bueno. No creía que fuera él...».

«¿Quién pensabas que fuera, Madre?...».

«Después... después. Que entre».

Entra Manahén. No viene pomposo como de costumbre. Trae una túnica normalísima, de un marrón casi negro, y el manto es casi igual. Ninguna joya. Tampoco la espada. Nada. Parece un hombre de condición económica buena, pero del pueblo. Se inclina para saludar. Primero cruza las manos en el pecho, luego se arrodilla como ante un altar.

«Levántate. Y perdona si no respondo a la reverencia. No puedo...».

«No debes. Yo no lo permitiría. Sabes quién soy. Por eso te ruego que cuentes conmigo como tu siervo. ¿Me necesitas? Veo que no tienes a tu lado ningún hombre. Sé por Nicodemo que todos han huido. No había ninguna solución, es verdad, pero al menos darle el consuelo de vernos. Yo... yo le saludé en el Sixto. Y luego ya no pude, porque... Bueno, es inútil decirlo. Esto también ha sido deseo de Sata-

nás. Ahora estoy libre y vengo a ponerme a tu servicio. Ordena, Mujer».

«Quisiera saber y hacer saber a Lázaro... Sus hermanas están preocupadas, y también mi cuñada y la otra María. Quisiéramos saber si Lázaro, Santiago, Judas y el otro Santiago están en salvo».

«¿Judas? ¡Judas Iscariote! ¡Pero si le ha traicionado!».

«Judas el hijo del hermano de mi esposo».

«¡Ah! Voy», y se levanta. [3]Pero, al hacerlo, hace un gesto de dolor. 614.3

«¿Estás herido?».

«¡Mmm!... Sí. No es nada. Un brazo que me duele un poco».

«¿Por causa nuestra? ¿Por esto no estabas arriba?».

«Sí, era por esto. Y sólo eso me duele; no la herida. El resto de fariseísmo, de hebraísmo, de satanismo que había en mí —porque en satanismo se ha transformado el culto de Israel— ha salido por entero con esa sangre. Soy como un recién nacido que después de cortado el sagrado ombligo deja de tener contacto con la sangre materna, y las pocas gotas que todavía quedan en el cordón cortado no entran en él, pues están estranguladas por el lazo de lino. Caen... ya inútiles. El recién nacido vive con *su* corazón y *su* sangre. Lo mismo yo. Hasta ahora no estaba todavía formado del todo. Ahora he llegado al final, y vengo, y *he sido dado* a Luz. Ayer nací. Mi madre es Jesús de Nazaret. Y me dio a Luz cuando dio el último grito. Lo sé... porque he huido a casa de Nicodemo esta noche. Lo único que quisiera es verle. Cuando vayáis al Sepulcro, decídmelo. Iré yo también... ¡Ignoro su Rostro de Redentor!».

«Te está mirando, Manahén. Vuélvete».

El hombre, que había entrado con la cabeza inclinada profundamente y que luego había tenido ojos sólo para María, se vuelve casi asustado y ve el Sudario. Se arroja al suelo, rostro en tierra, adorando... Y llora.

Luego se pone en pie. Se inclina ante María y dice: «Me marcho».

«Es sábado. Ya lo sabes. Ya nos acusan de violar la Ley por instigación suya».

«Estamos empatados, porque ellos violan la ley del Amor. La primera y más grande. Él lo decía. Que el Señor te consuele». Sale.

[4]Pasan las horas. ¡Qué lentas son para el que espera!... 614.4

María se levanta y, apoyándose en los muebles, va a la puerta. Trata de atravesar el vasto vestíbulo de entrada, pero cuando ya no tiene dónde apoyarse vacila como si estuviera ebria.

Marta, que ha presenciado la escena desde el patio que hay pasada la puerta, acude. «¿A dónde quieres ir?».

«Ahí dentro. Me lo habéis prometido».

«Espera a Juan».

«Basta de esperar. Como veis, estoy serena. Id y que abran, dado que habéis dicho que cierren por dentro. Yo espero aquí».

Susana —han venido todas— se marcha a llamar al dueño, para que venga con las llaves. Mientras tanto, María se apoya en la puertecita, como si quisiera abrirla con la fuerza de su deseo.

Ya viene el hombre. Amedrentado, abatido, abre y se retira. Y María, del brazo de Marta y de María de Alfeo, entra en el Cenáculo.

Todo está todavía como al final de la Cena. La cadena de los acontecimientos y la orden dada por Jesús han impedido que alguien cambiara las cosas. Lo único es que se han colocado en su sitio los asientos. Y María, a pesar de no haber estado en el Cenáculo, va directamente al sitio donde había estado sentado su Jesús. Parece como si una mano la guiara. Y va tan rígida —grande es el esfuerzo que hace por ir—, que parece casi sonámbula... Va. Da la vuelta en torno al asiento-lecho, se mete entre éste y la mesa... permanece erguida un momento. Luego cae derrengada sobre la mesa, rompiendo a llorar de nuevo. Luego se calma. Se arrodilla y ora con la cabeza apoyada en el borde de la mesa. Acaricia el mantel, el asiento, los objetos de la vajilla, el borde de la bandeja grande en que estaba el cordero, el cuchillo grande usado para trinchar, el ánfora puesta delante de ese sitio. No sabe que está tocando lo que también ha tocado Judas Iscariote. Luego permanece como aturdida, con la cabeza apoyada en los brazos cruzados sobre la mesa.

Callan todas. Hasta que la cuñada dice: «Ven, María. Tenemos miedo de los judíos. ¿No quisieras que entraran aquí, no?».

«No, no. Es un lugar santo. Vamos. Ayudadme... Habéis hecho bien en decírmelo. Quisiera también una arca, bonita, grande, cerrada, para meter dentro todos mis tesoros».

«Mañana dispongo que te la traigan del palacio. Es la más bonita de la casa; fuerte y segura. Te la doy con alegría» promete la Magdalena.

Salen. María está verdaderamente derrengada. Se tambalea al subir los pocos escalones. Y, si su dolor es menos dramático, es porque ya no tiene fuerza para serlo; pero, en su moderación, es un dolor aún más trágico.

Vuelven a entrar en la habitación de antes. Y, antes de regresar a su sitio, María acaricia, como si de un rostro de carne se tratara, el santo Rostro del Sudario.

614.5 [5]Otra llamada al portal. Las mujeres se apresuran a salir y a entornar la puerta.

Con su voz cansada, María dice: «Si fueran los discípulos, y espe-

cialmente Simón Pedro y Judas, que vengan en seguida».

Pero es el pastor Isaac. Entra llorando, después de algún minuto, y se postra delante del Sudario; luego delante de la Madre, y no sabe qué decir. Es Ella la que dice: «Gracias. *Te ha* visto y te he visto. Yo lo sé. Os miró mientras pudo».

Isaac llora todavía más fuerte. Sólo cuando termina su llanto, puede hablar. «No queríamos marcharnos. Pero Jonatán nos rogó que lo hiciéramos. Los judíos amenazaban a las mujeres... Luego ya no pudimos volver. Todo... todo había terminado... ¿A dónde *íbamos a* ir? Nos hemos diseminado por los campos y, ya completamente de noche, nos hemos reunido a mitad de camino entre Jerusalén y Belén. Nos parecía como si alejáramos su Muerte yendo hacia su Gruta... Pero luego hemos sentido que no era justo ir allá... Era egoísmo. Así que hemos vuelto hacia la Ciudad... Y, sin saber cómo, nos hemos encontrado en Betania...».

«¡Mis hijos!».

«¡Lázaro!».

«¡Santiago!».

«Están todos allá. En los campos de Lázaro, al amanecer, había personas diseminadas, errantes, que lloraban... ¡Sus inútiles amigos y discípulos!... Yo... he ido donde Lázaro. Creía que sería el primero... Sin embargo, allí estaban ya tus dos hijos, mujer, y el tuyo, junto con Andrés, Bartolomé, Mateo. Simón Zelote los había convencido de que fueran allí. Y Maximino, que había salido por los campos desde los primeros albores de la mañana, había encontrado a otros. Lázaro los ha socorrido a todos. Dice que el Maestro se lo había ordenado. Y lo mismo dice el Zelote».

«Pero Simón y José, los otros hijos míos, ¿dónde están?».

«No lo sé, mujer. Habíamos estado juntos hasta el terremoto. Luego... no sé ya nada más con exactitud. Entre las tinieblas y los rayos, los muertos resucitados y el temblor del suelo y el torbellino de viento perdí la razón. Me encontré en el Templo. Y todavía me pregunto cómo es que estaba allí dentro, traspasado el límite sagrado. Fíjate: entre mí y el altar de los perfumes había sólo un codo. ¡Fíjate! ¡*Yo* donde ponen pie sólo los sacerdotes de turno!... ¡Y... y he visto el Santo de los Santos!... Sí... Porque el Velo del Santo está desgarrado de arriba abajo, como si lo hubiera desgarrado la voluntad de un gigante... Si me hubieran visto allí dentro, me hubieran lapidado. Pero ya ninguno veía. Me he encontrado sólo espectros de muertos y espectros de vivos. Porque a la luz de los rayos, con la claridad de los incendios, encendido el terror en los rostros, parecían espectros...».

«¡Oh, mi Simón! ¡Mi José!».

«¿Y Simón Pedro? ¿Y Judas de Keriot? ¿Y Tomás y Felipe?».

«No lo sé, Madre... Lázaro me envió a ver, porque le habían dicho que os habían matado».

«Entonces ve inmediatamente a tranquilizarle. Ya he mandado a Manahén. Pero ve tú también y di... di que sólo a Él le han matado, y a mí con Él. Y si ves a otros discípulos llévalos contigo allá. Pero a Judas Iscariote y a Simón Pedro los quiero yo personalmente».

«Madre... perdónanos si no hemos hecho más».

«Todo lo perdono... Ve».

Isaac sale. Y Marta y María, Salomé y María de Alfeo, le sofocan con multitud de súplicas, recomendaciones, indicaciones. Susana llora quedo, porque nadie le habla de su marido. Es entonces cuando Salomé se acuerda del suyo, y también llora.

614.6 [6]Silencio de nuevo, hasta nuevos golpes en el portal.

Estando la ciudad ya tranquila, las mujeres sienten menos temor. Pero, cuando tras la puerta entreabierta ven aparecer el rostro glabro de Longino, huyen todas como si hubieran visto a un muerto envuelto en su lienzo fúnebre o al Demonio en persona. El dueño de la casa, que, por curiosidad, vaga por el vestíbulo, es el primero en huir.

Viene la Magdalena (estaba con María). Longino, con una involuntaria sonrisita burlona en los labios, ha entrado, y ha cerrado el pesado portón. No viene de uniforme, sino que viste un indumento gris y corto debajo de un manto también obscuro.

María Magdalena le mira y él la mira a ella. Luego, siguiendo junto a la puerta, solicita: «¿Puedo entrar sin contaminar a nadie?, ¿sin aterrorizar a nadie? He visto esta mañana, al amanecer, al ciudadano José, y me ha expresado el deseo de la Madre. Pido disculpas si no lo he pensado por mí mismo. Aquí está la lanza. La había conservado como recuerdo de un... del Santo de los Santos. ¡Oh, éste sí que lo es! Pero es justo que la tenga la Madre. Respecto a las vestiduras... es más difícil. No se lo digáis... pero quizás ya han sido vendidas por pocos denarios... Es un derecho de los soldados. De todas formas, trataré de encontrarlas...».

«Ven. Está allí».

«¡Pero yo soy pagano!».

«No importa. Voy a decírselo. Si lo deseas».

«¡Oh, no... no pensaba merecerlo!».

614.7 [7]María Magdalena va donde la Virgen. «Madre, Longino está ahí afuera... Te ofrece la lanza».

«Que pase».

El dueño de la casa, que está en la puerta, refunfuña: «Pero es un pagano».

«Soy Madre de todos, hombre. Como Él es el Redentor de todos».

Longino entra y, en el umbral, saluda a la romana con el gesto, con el brazo (se ha quitado el manto) y luego con la voz: «¡Ave, Dómina! Un romano te saluda: Madre del género humano. La *verdadera* Madre. No hubiera querido estar yo en... en... en esa cosa. Pero era una orden. De todas formas, si sirvo para darte lo que tú deseas, perdono al destino el haberme elegido para esa cosa horrenda. Aquí tienes», y le da la lanza envuelta en un paño rojo; sólo el hierro, no el asta.

María la toma. Se pone aún más pálida. Tanta es la palidez, que hasta los labios quedan borrados. Parece como si la lanza la desangrara. Y tiembla, hasta con los labios, mientras dice: «Que Él te guíe a sí por tu bondad».

«Era el único Justo que he encontrado en el vasto imperio de Roma. Me arrepiento de no haberle conocido sino a través de las palabras de mis compañeros. ¡Ahora... es tarde!».

«No, hijo. Él ha terminado de evangelizar, pero su Evangelio permanece, en su Iglesia».

«¿Dónde está su Iglesia?». Longino se muestra levemente irónico.

«Aquí está. Hoy maltratada y dispersa, pero mañana se reunirá como un árbol que endereza sus frondas después de la tormenta. Y, aunque ya no quedara nadie, yo sí que estoy. Y el Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios y mío, está enteramente escrito en mi corazón. Me basta mirar a mi corazón para podéroslo repetir».

«Vendré. Una religión que tiene como cabeza a un héroe de esta categoría no puede ser sino divina. ¡Ave, Dómina!».

Y también Longino se marcha.

María besa la lanza donde todavía está la Sangre de su Hijo... No quiere quitar esa Sangre, sino que la deja. «Rubí de Dios en la lanza cruel» dice...

[8]El día, entre claros en el cielo nublado y tenebrosidades de tormenta, pasa así. 614.8

Juan vuelve sólo cuando el Sol cenital dice que es mediodía. «Madre, no he encontrado a ninguno. Sólo... a Judas de Keriot».

«¿Dónde está?».

«¡Oh, ¡Madre! ¡Qué horror! Pende de un olivo, hinchado y negro como si hubiera muerto hace varias semanas. Podrido. Horrible... Es pasto de buitres, cuervos, no sé, que emiten chillidos en medio de peleas atroces... Ha sido su clamor lo que ha llamado mi atención en esa dirección. Estaba en el camino del Monte de los Olivos y, por en-

cima de una loma, he visto círculos y círculos de pajarracos negros. He ido... ¿Por qué? No lo sé. Y he visto. ¡Qué horror!...».

«¡Qué horror! Bien dices. Sobre la Bondad se ha manifestado la Justicia. Efectivamente, la Bondad está ausente, ahora... ¡Pero Pedro... Pedro!... Juan: tengo la lanza. Pero los vestidos... Longino no ha hecho mención de ellos».

«Madre, quiero ir al Get-Sammí. Fue capturado sin manto. Quizás esté allí todavía. Luego iré a Betania».

«Ve. Ve por el manto... Los otros están donde Lázaro. Así que no vayas a casa de Lázaro. No es necesario. Ve y vuelve aquí».

Juan se marcha, corriendo, sin comer nada. Lo mismo que María, que tampoco ha comido. Las mujeres han comido de pie pan y aceitunas mientras trabajan en sus bálsamos.

614.9 [9]Y viene Juana de Cusa con Jonatán. Es una máscara, a causa del mucho llanto. En cuanto ve a María, dice: «¡Me salvó! Me salvó y Él ha muerto. ¡Ahora ya no quisiera estar salvada!».

Es la Madre Dolorosa la que debe consolar a esta mujer, curada pero con sensibilidad enfermiza. Y la consuela y fortalece diciéndole: «No le habrías conocido ni amado, ni podrías servirle ahora. ¡Cuánto habrá que hacer en el futuro! Y nosotras tendremos que hacerlo, porque, ya lo ves... nosotras seguimos aquí y los hombres han huido. Es siempre la mujer la que verdaderamente genera. En el Bien. En el Mal. Nosotras generaremos la nueva Fe. De esta Fe, depositada en nosotras por el Esposo Dios, estamos llenas; y la generaremos para la Tierra, para el bien del mundo. ¡Mírale, qué hermoso! ¡Cómo sonríe y suplica este santo trabajo nuestro! Juana, sabes que te quiero. No llores más».

«¡Pero Él ha muerto! Sí, ahí asemeja todavía a un vivo, pero ahora ya no está vivo. ¿Qué es el mundo sin Él?».

«Volverá. Ve. Ora. Espera. Cuanto más creas, antes resucitará. Este creer es mi fuerza... Y sólo yo, Dios y Satanás sabemos cuántos asaltos sufre esta fe mía en su Resurrección».

También Juana se marcha, grácil y encorvada como una azucena demasiado cargada de agua.

Y, cuando ella sale, María queda sumida de nuevo en el tormento. «¡A todos, a todos debo dar la fuerza! ¿Y a mí quién me la da?». Y llora mientras acaricia la Faz de la imagen, porque ahora se ha sentado junto al arca sobre la cual está extendido el Sudario.

614.10 [10]Vienen José y Nicodemo. Y ahorran a las mujeres el salir para comprar mirra y áloe, porque los traen ellos en unos saquitos. Pero su fuerza cede ante el Rostro imprimido en el lienzo y ante el rostro deshecho de la Madre. Se sientan en un rincón, después de saludar-

la, y guardan silencio. Serios, fúnebres... Luego se marchan.

Y Ella no tiene tampoco fuerza para hablar: cuanto más declina la tarde —precoz por la nubosidad bochornosa— más se convierte en una pobre criatura atormentada. Las sombras de la tarde son también para Ella, como para todos los que sufren, fuente de mayor dolor.

También las otras se ponen más tristes. Especialmente Salomé, María de Alfeo y Susana. Pero para ellas, en fin, llega el alivio, porque en grupo llegan Zebedeo, el esposo de Susana y Simón y José de Alfeo. Los dos primeros se quedan en el vestíbulo mientras explican que los ha visto Juan al pasar hacia el barrio de Ofel. A los otros dos los ha visto Isaac, errante por los campos, dudando si volver a la ciudad o dirigirse donde los hermanos, a quienes suponían en Betania.

[11]Simón dice: «¿Dónde está María? Quiero verla» y, precedido por 614.11
su madre, entra y besa a su pariente acongojada.

«¿Estás solo? ¿Por qué no está contigo José? ¿Por qué os habéis dejado? ¿Todavía roces entre vosotros? No debéis. ¿Veis? ¡El motivo de vuestros roces ha muerto!». Y señala el Rostro del Sudario.

Simón lo mira y llora. Dice: «No nos hemos vuelto a dejar. Y no nos dejaremos. Sí: el motivo de los roces ha muerto. Pero no como tú crees. Ha muerto porque José, *ahora*, ha comprendido... José está ahí fuera... y no se atreve a entrar...».

«¡Oh, no! Yo nunca infundo miedo. No soy sino piedad. Habría perdonado incluso al Traidor. Pero ya no puedo hacerlo. Se ha quitado la vida».

Y se levanta. Camina encorvada. Llama: «¡José! ¡José!». Pero José, ahogado en el llanto, no responde.

Ella va a la puerta (como estaba para hablar con Judas), y, apoyándose en la jamba, extiende la mano y la pone encima de la cabeza del más mayor y tenaz de sus sobrinos. Le acaricia y dice: «¡Deja que me apoye en un José! Todo era paz y serenidad mientras tuve ese nombre como rey en mi casa. Luego mi santo se me murió... Y todo el bien humano de la pobre María murió también. Quedó el bien sobrenatural de mi Dios e Hijo... Ahora soy la Abandonada... Pero si puedo estar en el círculo de los brazos de un José al que quiero —y tú sabes si te quiero— me sentiré menos abandonada. Me parecerá volver atrás en el tiempo; poder decir: "Jesús está ausente, pero no ha muerto. Está en Caná, en Naím para hacer trabajos, pero ahora volverá...". Ven, José. Vamos a entrar juntos adonde Él te espera para sonreírte. Nos ha dejado su sonrisa para decirnos que no guarda rencor».

José entra, de la mano de Ella, y en cuanto la ve sentada se arrodilla delante de Ella, con la cabeza en el regazo, y solloza: «¡Perdón! ¡Perdón!».

«No a mí. A Él debes pedírselo».

«No puede dármelo. En el Calvario he tratado de atraer hacia mí su mirada. Ha mirado a *todos*. Pero a mí no... Tiene razón... Demasiado tarde le he conocido y amado como Maestro. Ahora todo ha terminado».

«*Ahora empieza*. Irás a Nazaret y dirás: "Yo creo". Tu fe tendrá un valor infinito. Le amarás con la perfección de los apóstoles futuros, que tendrán el mérito de amar a Jesús habiéndole conocido sólo por el espíritu. ¿Lo harás?».

«¡Sí! ¡Sí! Para hacer reparación. Pero quisiera oír de sus labios una palabra. Y no la oiré jamás...».

«Al tercer día resucitará y hablará a aquellos a quienes ama. El mundo entero espera su Voz».

«¡Bendita tú, que puedes creer!...».

«¡José! ¡José! Mi esposo era tío tuyo. Y creyó en algo que es más difícil de creer que esto. Supo creer que la pobre María de Nazaret fuera la Esposa y Madre de Dios. ¿Por qué tú, sobrino de este Justo, portador de su nombre, no puedes creer que un Dios puede decir a la Muerte: "¡Basta!" y a la Vida: "¡Vuelve!"?».

«No merezco esta fe porque he sido malo. Fui injusto con Él. Pero tú... tú eres la Madre. Bendíceme. Perdóname... Dame paz...».

«Sí... Paz... Perdón... ¡Oh! ¡Dios! Una vez dije: "¡Qué difícil es ser * los 'redentores'". ¡Piedad, mi Dios! ¡Piedad!... [12]Ve, José. Tu madre ha sufrido mucho en estas horas. Consuélala... Yo me quedo aquí... Con todo lo que tengo de mi Niño... Y mis lágrimas solitarias obtendrán para ti la Fe. Adiós, sobrino mío. Di a todos que deseo callar... pensar... orar... Soy... soy una pobre mujer pendiente de un hilo sobre un abismo... El hilo es mi Fe... Y vuestra *no-fe* —porque ninguno sabe creer total y santamente— choca continuamente contra este hilo mío... Y no sabéis qué esfuerzo me imponéis... No sabéis que estáis ayudando a Satanás a atormentarme. Ve...».

614.12

Y María se queda sola... Se arrodilla ante el Sudario. Besa la frente, los ojos, la boca de su Hijo y dice: «¡Así! ¡Así! Para tener fuerza... *Debo creer. Debo creer. Por todos*».

Ha anochecido. Es una noche sin estrellas, obscura, bochornosa. María se queda en la sombra con su dolor.

El día del Sábado ha terminado.

---

* *dije*, en 168.9.

615. La noche del Sábado Santo.

31 de marzo de 1945.

[1]Entra cautelosa María de Alfeo y escucha. Quizás piensa que la 615.1
Virgen se ha adormecido. Se acerca, se inclina. La ve de rodillas, rostro en tierra contra el Sudario. Susurra: «¡Oh, pobrecilla, así se ha quedado!». Debe pensar que se ha dormido o que se ha desmayado así.

Pero María, saliendo de su oración, dice: «No. Estaba orando».

«¡Pero de rodillas! ¡A obscuras! ¡Con frío! ¡La ventana abierta! ¡Fíjate, estás helada!».

«Pero estoy mucho mejor, María. Mientras oraba —y sólo el Eterno sabe cuánto era mi agotamiento después de haber sostenido tantas fes vacilantes, y de haber iluminado tantas mentes que ni siquiera su muerte ha aclarado— me ha parecido sentir un perfume angélico, un frescor de Cielo, una caricia de ala... Un instante... Sólo un instante. Pero me ha parecido que, en el mar de mirra que embravecido me sumerge desde hace ya tres días, se infundiera una gota de pacificadora dulzura; me ha parecido como si la bóveda clausurada de los Cielos se entreabriera y un hilo de luminoso amor descendiera a la Abandonada; me ha parecido como si, viniendo de lejanías infinitas, un murmullo incorpóreo dijera: "Realmente ha terminado". Mi oración, hasta ese momento desolada, se ha hecho más tranquila, se ha teñido de esa luminosa paz —¡oh, solamente una leve pincelada!—, de esa luminosa paz de que estaban hechos mis contactos con Dios en la oración... [2]¡Mis oraciones!... María: ¿amaste mucho, tú, a 615.2
tu Alfeo, cuando eras la virgen desposada?».

«¡Oh, María!... Exultaba a cada amanecer, diciendo: "Ha pasado una noche. Una menos de espera". Exultaba a cada puesta de Sol, diciendo: "Otro día ha terminado. Más próxima mi entrada bajo su techo". Y nada más ponerse el Sol cantaba como una alondra, pensando: "Dentro de poco viene". Y cuando le veía venir, hermosa su cara como la de mi Judas —por eso Judas es mi predilecto—, con ojos de ciervo enamorado como es mi Santiago, ¡oh, entonces yo ya no sabía dónde me encontraba! Y cuando me saludaba diciendo: "¡Dulce esposa!" y yo podía decirle: "Señor mío", entonces yo..... yo creo que si hubiera sido triturada en ese momento por un pesado carro, o alcanzada por una flecha, no habría sentido dolor. ¡Y después!... ¡Cuando fui su mujer... ah!...». María se pierde en el éxtasis de los recuerdos. Luego dice: «Pero ¿por qué esta pregunta?».

«Para explicarte lo que eran para mí las oraciones. Centuplica los sentimientos, poténcialos miles de veces, y comprenderás lo que

siempre fue para mí la oración, la espera de aquella hora... Ya de por sí creo que, aun cuando no estaba orando en la paz de la gruta o de mi habitación, sino que trabajaba en las labores de la mujer, mi alma oraba sin pausa... Pero cuando podía decir: "Llega la hora de recogerme en Dios", mi corazón ardía latiendo veloz. Y cuando en Él me perdía... entonces... No... esto no te lo puedo explicar. Cuando
615.3 estés en la Luz de Dios lo comprenderás... [3]Todo esto desde hacía tres días estaba perdido... Y era todavía más angustioso que el no tener ya Hijo... Y Satanás trabajaba en estas dos llagas sobrepuestas: la de la muerte de mi Hijo y la del abandono de Dios, creando la tercera llaga del terror de la no fe. María, te quiero y eres pariente mía. Esto se lo dirás después a tus hijos apóstoles, para que sepan resistir en el apostolado y triunfar sobre Satanás. Estoy segura de que si yo hubiera aceptado la duda, si hubiera cedido a la tentación de Satanás y hubiera dicho: "No es posible que resucite", negando a Dios —porque decir eso hubiera sido negar a Dios con su Verdad y su Poder—, tanta Redención vanamente se habría verificado. Yo, nueva Eva, habría vuelto a morder el fruto de la soberbia y de la sensualidad espiritual y habría deshecho la obra de mi Redentor. Los apóstoles continuamente serán tentados así, por el mundo, por la carne, por el poder, por Satanás. Manténganse firmes. Contra todas las torturas —y las corporales serán las más leves— para no destruir lo que Jesús ha hecho».

«Díselo tú, María, a mis hijos... ¡¿Qué crees que sabrá decir tu
615.4 pobre cuñada?! [4]¡De todas formas! ¡Si hubieran venido! ¡Huir en la primera hora... paciencia! ¡Pero después!...».

«Fíjate, Lázaro y Simón habían recibido la orden de llevarlos a Betania. Jesús sabe todo...».

«Sí... Pero... cuando los vea los voy a reprender *ásperamente*. Han sido unos cobardes. ¡Que lo fueran todos los demás? Pero no ellos. ¡Mis hijos! No se lo perdonaré nunca...».

«Perdona, perdona... Ha sido un momento de desconcierto... No creían que pudieran capturarle... Él lo había dicho...».

«Precisamente por eso no los perdono. Lo sabían. Estaban ya preparados. ¡Cuando una cosa se sabe y se cree en quien la dice, nada sorprende!».

«María, también a vosotras os dijo: "Resucitaré". Y... si pudiera abrir vuestro pecho y vuestra cabeza, en el corazón y en el cerebro vería escrito: "no puede ser"».

«Pero, al menos... Sí... Es difícil creer... Pero nosotras hemos estado en el Calvario».

«Por gracia gratuita de Dios. Si no, habríamos huido también no-

sotras. ¿Has oído lo que ha dicho Longino? Ha dicho: "cosa horrible". Y es un guerrero. Nosotras, mujeres, solas con un muchacho, hemos resistido por ayuda directa de Dios. Por tanto, no te gloríes de ello. No es mérito nuestro».

«¿Y por qué no a ellos?».

«Porque ellos serán los sacerdotes del mañana. *Deben, por tanto, saber*. Saber, por haberlo experimentado, cuán fácil le es al fiel de un Credo caer en la abjuración. Jesús no quiere sacerdotes como esos que lo son tan poco, que han sido sus más tenaces enemigos...».

«Hablas de Jesús como si ya hubiera vuelto».

«¿Lo ves? Tú también confiesas que no crees. ¿Cómo, pues, censuras a tus hijos?».

María de Alfeo no sabe qué replicar. Se queda cabizbaja. Mueve mecánicamente una serie de objetos. Encuentra una lamparita y sale, para volver después con ella encendida y ponerla en el sitio suyo normal.

María se ha sentado otra vez junto al Sudario desplegado. El Sudario que, con la luz amarilla de la lámpara de aceite, a la luz de la llamita temblorosa, adquiere una vida especial y parece mover boca y ojos.

«¿No tomas nada?» pregunta un poco pesarosa la cuñada.

«Un poco de agua. Tengo sed».

María va y vuelve... con leche.

«No insistas. No puedo. Agua sí. No me queda agua dentro... Creo que no tengo ya ni siquiera sangre. Pero...».

[5]Llaman a la puerta de la casa. María de Alfeo sale. Se oye cuchi- 615.5
chear en el vestíbulo. Luego Juan asoma la cabeza.

«Juan. ¿Has vuelto? ¿Todavía nada?».

«Sí. Simón Pedro... y el manto de Jesús... juntos... En el Get-Sammí. El manto...». Juan se arrodilla y dice: «Aquí está... pero está todo desgarrado y ensangrentado. Las huellas de las manos son de Jesús. Sólo Él las tenía así de largas y delgadas. Pero los desgarros son de dientes. Se ve claramente que esto es una boca de hombre. Pienso que habrá sido... que habrá sido Judas Iscariote, porque junto al lugar donde Simón Pedro encontró el manto había un trozo de la túnica amarilla de Judas. Ha vuelto allí... después... antes de quitarse la vida. Mira, Madre».

María no ha hecho otra cosa sino acariciar y besar el grueso manto rojo de su Hijo. Pero instada por Juan lo abre, y ve las huellas sangrientas, obscuras sobre el rojo de la Sangre, y los desgarros de los dientes. Tiembla y susurra: «¡Cuánta sangre!». Parece no ver más que la Sangre.

«Madre... la tierra está roja de sangre. Simón, que ha ido allí sin demora en las primeras horas de la mañana, dice que el verde tenía todavía en las hojas sangre fresca... Jesús... No sé... No me parecía que estuviera herido... ¿De dónde tanta sangre?».

«De su Cuerpo. En la angustia... ¡Oh! Jesús-Víctima total. ¡Oh! ¡Mi Jesús!». María llora tan angustiosamente, con un lamento exhausto, que las mujeres se asoman a la puerta y miran y luego se retiran. «Esto, esto mientras todos te abandonaban... ¿Qué hacíais vosotros mientras Él sufría su primera agonía?».

«Dormíamos, Madre...». Juan llora.

615.6 [6]«¿Allí estaba Simón? Cuenta».

«Yo había ido para buscar el manto. Había pensado pedírselo a Jonás y a Marcos... Pero habían huido. La casa estaba cerrada y todo abandonado. Entonces bajé a las murallas, para recorrer todo el camino del jueves... Estaba tan cansado aquella noche, y apenado, que no podía recordar, ahora, dónde se había quitado Jesús el manto. Me parecía que lo llevaba y que, en un determinado momento, ya no lo llevaba... En el lugar de la captura, nada... Donde habíamos estado nosotros tres, nada... Fui por el sendero que tomó el Maestro... Y cuando vi a Simón Pedro allí, todo acurrucado y apoyado en una roca, pensé que hubiera muerto también él. Grité. Levantó la cabeza... y, de tan cambiado como le vi, pensé que se había vuelto loco. Lanzó un grito y trató de huir. Pero se tambaleaba, cegado por el llanto que había vivido. Yo le agarré. Me dijo: "Déjame. Soy un demonio. He renegado de Él, como Él decía... y el gallo ha cantado y Él me ha mirado. He huido... he corrido arriba y abajo por los campos. Luego me he visto aquí. Y ¿ves? Aquí Yeohveh ha hecho que encontrara su Sangre acusadora. Todo sangre. ¡Todo sangre! En la roca, en la tierra, en la hierba. Yo he hecho que esta Sangre fuera derramada. Como tú, como todos. Pero yo he renegado de esa Sangre". Me parecía que deliraba. Traté de calmarle y de sacarle de allí. Pero no quería. Decía: "Aquí. Aquí. A hacer guardia a esta Sangre y a su manto. Y con las lágrimas quiero lavarlo. Cuando ya no haya sangre en la tela, quizás entonces vuelva con los vivos dándome golpes de pecho y diciendo: '¡He renegado del Señor!'". Le dije que querías verle. Que me habías mandado a buscarle. Pero no quería creerlo. Entonces le dije que habías querido ver también a Judas, para perdonarle, y que sufrías por no poder ya hacerlo por su suicidio. Entonces lloró más sosegadamente. Quiso saber. *Todo*. Y me contó que la hierba tenía todavía la Sangre fresca y que el manto había sido maltratado por Judas, de cuya túnica había encontrado un trozo. Le dejé hablar y hablar. Luego dije: "Ven a ver a la Madre". ¡Oh, cuánto tuve que suplicar para

convencerle! Y cuando me parecía haber logrado convencerle y me levantaba para venir, él ya no quería. Ha habido que esperar hasta el anochecer para que viniera. Pero cruzada la puerta, otra vez se escondió, en un huerto desierto y dijo: "No quiero que la gente me vea. Llevo escrito en la frente la palabra: *Renegador de Dios*. Ahora, ya en plena obscuridad, he logrado arrastrarle hasta aquí».

[7]«¿Dónde está?». 615.7

«Detrás de esa puerta».

«Dile que entre».

«Madre...».

«Juan...».

«No le reprendas. Está arrepentido».

«¿Tan poco me conoces todavía? Dile que entre».

Juan sale. Vuelve. Solo. Dice: «No se atreve. Mira a ver si llamándole tú...».

Y María, dulcemente: «Simón de Jonás, ven». Nada. «Simón Pedro, ven». Nada. «Pedro de Jesús y de María, ven». Un áspero estallido de llanto. Pero no entra. María se alza. Deja el manto encima de la mesa y va a la puerta.

Pedro está acurrucado afuera. Como un perro sin amo. Llora con tanta fuerza, y todo encogido, que no oye el ruido de la puerta que se abre chirriando, ni el roce de las sandalias de María. Se da cuenta de que Ella está allí cuando María se inclina hasta tomarle una mano con que está apretando sus ojos y le obliga a levantarse. Entra en la habitación tirando de él, como si de un niño se tratara. Cierra la puerta con el agarrador y el cerrojo, y, encorvada por el dolor como él por la vergüenza, vuelve a su sitio.

Pedro va a sus pies, de rodillas, y llora sin freno. María acaricia sus cabellos entrecanos y sudados por el dolor. Nada más que esta caricia, hasta que él está más calmado. [8]Luego, cuando por fin Pedro 615.8
dice: «No puedes perdonarme; por tanto, no me acaricies. Porque yo le he negado», María dice:

«Pedro, tú le has negado. Es verdad. Has tenido la valentía de negarle en público, la valentía cobarde de hacerlo. Los otros... Todos, menos los pastores, Manahén, Nicodemo, José y Juan, han tenido sólo cobardía. Le han negado *todos*: hombres y mujeres de Israel, menos unas pocas mujeres... No nombro a los sobrinos ni a Alfeo de Sara. Eran parientes y amigos. ¡Pero los otros!... Y ni siquiera han tenido la valentía satánica de mentir para salvarse, ni la valentía espiritual de arrepentirse y llorar, ni la valentía, aún más alta, de reconocer públicamente el error. Eres un pobre hombre. Es más: lo eras. Mientras te jactabas de ti. Ahora eres un hombre. Mañana se-

rás un santo. Pero aunque no fueras como eres, yo te habría perdonado igualmente. Habría perdonado a Judas, con tal de salvar su espíritu. *Porque el valor de un espíritu, de uno solo, justifica todo esfuerzo por superar repugnancias y resentimientos, hasta quedar destrozados por ese esfuerzo.* Recuerda esto, Pedro. Te lo repito: *El valor de un alma es tal, que aun a costa de morir por el esfuerzo de sufrirla a nuestro lado, hay que tenerla así, entre los brazos, como yo tengo tu cabeza canosa, si se comprende que teniéndola así se la puede salvar.* Así. Como una madre que, después del castigo paterno, pone en su corazón la cabeza del hijo culpable, y, con las palabras de su corazón deshecho de dolor, que palpita, que palpita de amor y dolor, más con esas palabras que con los golpes del padre, hace cambiar y obtiene. Pedro de mi Hijo, pobre Pedro que has estado, como todos, en las manos de Satanás en esta hora de tinieblas, y no te has dado cuenta de ello, y crees que todo lo has hecho tú solo, ven, ven aquí, al corazón de la Madre de los hijos de mi Hijo. Aquí Satanás no puede ya causarte daño. Aquí se calman las tormentas y —a la espera del Sol, de mi Jesús que resucitará para decirte: "Paz, Pedro mío"— se alza la estrella de la mañana, pura, hermosa, y que hace puro y hermoso todo aquello que por ella es besado, como sucede con las claras aguas de nuestro mar en las frescas mañanas de primavera. Por esto te he anhelado tanto. Al pie de la Cruz yo padecía martirio por Él y por vosotros, y —¿cómo no lo oíste?—, y llamaba a vuestros espíritus con tanta fuerza, que creo que vinieron realmente a mí. Y, dentro de mi corazón —es más: puestos en mi corazón como los panes de la proposición— los he tenido bajo el lavacro de su Sangre y llanto. Podía hacerlo, porque Él, en Juan, me ha hecho Madre de toda su prole... ¡Cuánto te he anhelado!... Esa mañana, esa tarde, esa noche y el nuevo día... ¿Por qué has hecho esperar tanto a una madre, pobre Pedro herido y pisoteado por el Demonio? ¿No sabes que es misión de las madres enderezar, curar, perdonar, guiar? Yo te conduzco a Él.

615.9 [9]¿Querrías verle? ¿Querrías ver su sonrisa para convencerte de que te ama todavía? ¿Sí? ¡Oh, entonces sepárate de mi pobre pecho de mujer y apoya la frente en su frente coronada, tu boca en su boca herida, y besa a tu Señor!».

«Está muerto... No podré volver a hacerlo».

«Pedro. Respóndeme. ¿Cuál crees que es el último milagro de tu Señor?».

«El de la Eucaristía. No, no, el del soldado que curó allí... allí... ¡Oh, no me hagas recordar!...».

«Una mujer, fiel, amorosa, fuerte, se llegó a Él en el Calvario y le secó la Cara. Y Él, para decir cuánto puede el amor, fijó su Rostro en

la tela. Aquí lo tienes, Pedro. Esto obtuvo una mujer, en momentos de tinieblas infernales y de enojo divino. Sólo porque amó. Recuerda esto, Pedro. Para las horas en que te parezca que el Demonio es más fuerte que Dios. Dios se hallaba prisionero de los hombres, ya avasallado, condenado, flagelado, ya agonizando... *Y, a pesar de todo —dado que Dios, incluso en medio de las más duras persecuciones, siempre es Dios, y, si se puede abatir a la Idea, intocable es Dios que la suscita—, Dios, a los que niegan, a los que no creen, a los hombres de los necios "¿por qué?", de los culpables "no puede ser", de los sacrílegos "lo que yo no comprendo no es verdad"*, responde, sin pala-
* bras, con esta tela. Mírale. [10]Un día —me lo dijiste tú— dijiste a An- 615.10
drés: "¿El Mesías manifestarse a ti? ¡No puede ser cierto!", y luego tu razón humana se debió doblegar a la fuerza del espíritu que veía al Mesías donde la razón no le veía. Otra vez, en el mar embravecido, preguntaste: "¿Voy, Maestro?", y luego, a mitad de camino, sobre el agua agitada, dudaste y dijiste: "El agua no puede sostenerme", y con el lastre de la duda te faltó poco para ahogarte. Sólo cuando contra la razón humana prevaleció el espíritu que supo creer, pudiste hallar la ayuda de Dios. Otra vez dijiste: "Si Lázaro ha muerto ya hace cuatro días, a qué hemos venido? Para morir inútilmente". Y es que no podías, con tu razón humana, admitir otra solución. Y tu razón quedó desmentida por el espíritu, que, indicándote con el resucitado la gloria del Resucitador, te mostró que no habías ido allí en vano. Otra, bueno... otras veces, al oír hablar de muerte, y muerte atroz, a tu Señor, dijiste: "¡Eso no te sucederá nunca!". Y ya ves qué mentís ha recibido tu razón. Yo espero, ahora, oír la palabra de tu espíritu, en este último caso...».

«Perdón».

«Eso no. Otra palabra».

«Creo».

«Otra».

«No sé...».

«*Amo*. Pedro, ama. Serás perdonado. Creerás. Serás fuerte. Serás el Sacerdote, y no el fariseo que avasalla y no posee sino formalismos y no una fe activa. [11]Mírale. Ten el valor de mirarle. Todos le han mi- 615.11
rado y venerado. Incluso Longino... ¿Tú no ibas a saber hacerlo? ¡Has sabido incluso renegar de Él! Si no le reconoces *ahora*, a través del fuego de mi materno, amoroso dolor que os une, que os pone de nuevo en armonía, ya no podrás hacerlo. Él resucita. ¿Cómo podrás

---

* *dijiste a Andrés*, en 48.3; *preguntaste*, en 274.3/4; *dijiste* (respecto a Lázaro, pero fue Tomás el que dijo lo que también Pedro pensaba), en 547.6; *dijiste* (respecto a la predición de la muerte de Jesús), en 346.6.

mirarle con su nuevo fulgor, si no conoces su rostro en la transición del Maestro que conoces al Triunfador que no conoces? Porque el dolor, todo el Dolor de los siglos y del mundo, le ha labrado con cincel y mazo en esas horas que van desde el caer de la tarde del Jueves hasta la hora nona del Viernes. Y han cambiado su Rostro. Antes era sólo el Maestro y el Amigo. Ahora es el Juez y Rey. Ha subido a su sitial para juzgar. Y se ha ceñido la corona. Así permanecerá. Lo único es que después de la gloriosa Resurrección no será ya el Hombre Juez y Rey, sino el Dios Juez y Rey. Mírale. Mírale. Mírale mientras la Humanidad y el Dolor le entrevelan, para poderle mirar cuando triunfe en su Divinidad».

Pedro levanta por fin la cabeza del regazo de María, y la mira, con sus ojos enrojecidos por el llanto en rostro de anciano niño desolado por el mal cumplido y asombrado por tanto bien como encuentra.

María le fuerza a mirar a su Señor. Y entonces —mientras Pedro, como delante de un rostro vivo, gime: «¡Perdón, perdón! No sé cómo ha sucedido, no sé qué ha sucedido. No era yo. Era algo que me hacía no ser yo. Pero... ¡yo te quiero, Jesús!, ¡te quiero, Maestro mío! ¡Vuelve! ¡Vuelve! ¡No te marches así, sin decirme que me has comprendido!»—, entonces, María repite el gesto que ya hizo en la cámara sepulcral. Con los brazos extendidos, en pie, parece la sacerdotisa en el momento de la ofrenda. Y, de la misma manera que allí ofreció la Hostia sin mancha, aquí ofrece al pecador arrepentido. ¡Verdaderamente es la Madre de los santos y de los pecadores!

615.12 [12]Luego levanta a Pedro. Le consuela más. Y le dice, como a un niño: «Ahora estoy más contenta. Te veo aquí. Ahora ve, ve allí, con las mujeres y Juan. Necesitáis descanso y alimento. Ve. Y sé bueno...».

Y luego, mientras en la casa —más serena en esta noche segunda desde su muerte— tienden a volver las costumbres humanas del sueño y del alimento, en una casa que presenta el aspecto cansado y resignado de las moradas donde los supervivientes, despacio, vuelven en sí de la impresión recibida por la muerte, María es la única que quiere permanecer en pie. Inmóvil en su sitio, en su espera, en su oración. Siempre, siempre, siempre; por los vivos, por los muertos, por los justos, por los pecadores, por el regreso, el regreso, el regreso de su Hijo.

Su cuñada quería estar con Ella. Pero ahora duerme profundamente, sentada en un rincón, con la cabeza apoyada hacia atrás contra la pared. Marta y María vienen dos veces, pero luego, cargadas de sueño, se retiran a una habitación próxima, y después de alguna palabra, caen también ellas en las profundidades del sueño... Más allá, en un cuartito pequeño como un cuarto de juguete, duermen

Salomé y Susana; mientras que, encima de dos esteras echadas en el suelo, duermen rumorosamente Pedro y Juan: el primero, todavía con mecánicas inspiraciones convulsas que se pierden en su ronquido; el segundo, con una sonrisa de niño soñando alguna visión feliz.

La vida vuelve a sus funciones y la carne a sus derechos... Sólo la Estrella de la Mañana resplandece insomne, con su amor que vela junto a la imagen de su Hijo.

Y la noche del Sábado pasa así. Hasta que el canto del gallo, con el primer claror del alba, hace levantarse, con un grito, a Pedro; y su grito, impregnado de miedo y dolor, despierta a los otros durmientes.

Ha terminado la tregua para ellos y empieza otra vez la pena; para María, sólo va aumentando el ansia de la espera.

Glorificación de Jesús y María.

616. La mañana de la Resurrección. Oración de María.

1 de abril de 1945.

616.1 [1]Las mujeres reanudan sus labores con los ungüentos, que durante la noche, con el fresco del patio, se han solidificado para formar una manteca densa.

Juan y Pedro piensan que es conveniente ordenar el Cenáculo, limpiando las piezas de la vajilla y luego poniendo todo como si hubiera acabado de terminar la Cena.

«Él lo dijo» dice Juan.

«También había dicho: "¡No durmáis!". Había dicho: "No seas soberbio, Pedro. ¿No sabes que la hora de la prueba está a las puertas?". Y... y dijo: "Me negarás..."». Pedro llora de nuevo, mientras dice con desmesurado dolor: «¡Y le he negado!».

«¡Basta, Pedro! Al presente, eres de nuevo tú. ¡Basta de ese tormento!».

«Jamás, jamás bastará. Aunque me hiciera tan viejo como los primeros patriarcas, aunque viviera los setecientos o los novecientos años de Adán y de sus primeros descendientes, jamás dejaría de tener este tormento».

«¿No esperas en su misericordia?».

«Sí. Si no creyera en ello, sería como el Iscariote: un desesperado. Pero aunque Él de hecho me perdona desde el seno del Padre a donde ha vuelto, *yo no me perdono*. ¡Yo! ¡Yo! Yo que dije: "No le conozco", porque en ese momento era peligroso conocerle, porque sentí vergüenza de ser discípulo suyo, porque tuve miedo a la tortura... Él iba a la muerte y yo... pensé en salvar mi vida. Y para salvarla le rechacé, como una mujer en pecado rechaza el fruto de su seno, peligroso de tener al lado, después de darle a luz y antes de que regrese su marido, desconocedor de los hechos. Soy peor que una adúltera... peor que...».

616.2 [2]Entra, atraída por los gritos, María Magdalena. «No grites de ese modo. María te oye. ¡Está verdaderamente agotada! No tiene ya fuerzas para nada. Todo le hace daño. Tus gritos inútiles y descomedidos le traen de nuevo el tormento de lo que fuisteis...».

«¿Ves? ¿Ves, Juan? Una mujer puede imponerme silencio. Y tiene razón. Porque nosotros, los varones consagrados al Señor, hemos sabido sólo mentir o huir. Las mujeres se han comportado como es debido. Tú, poco más que una mujer por tu gran juventud y pureza, has sabido permanecer. Nosotros, nosotros, los fuertes, los varones, hemos huido. ¡Oh, cómo debe despreciarme el mundo! ¡Dímelo, dímelo, mujer! ¡Tienes razón! Pon tu pie en esta boca que ha mentido. En la suela de la sandalia hay quizás algo de su Sangre. Y sólo esa Sangre, mezclada con el barro del camino, puede dar un poco de perdón, un poco de paz a este hombre que abjuró. ¡Debo empezar a acostumbrarme al desprecio del mundo! ¿Qué soy yo? ¡Decidlo, venga: ¿qué soy?!».

«Una gran soberbia» responde tranquila la Magdalena. «¿Dolor? También dolor. Pero, créeme, de diez partes de tu dolor, cinco —por no ofenderte diciendo seis— son del dolor de ser un hombre que puede ser despreciado. ¡Y verdaderamente yo te voy a despreciar, si sigues sólo gimiendo y entregándote a histerias, justo como hace una mujer necia! Lo hecho hecho está. Y no son los gritos descomedidos lo que lo reparan y lo borran. Lo único que hacen es llamar la atención y mendigar una compasión no merecida. Sé viril en tu arrepentimiento. No grites. Haz. [3]Yo... tú sabes quién era yo... Pero, cuando 616.3
comprendí que era más despreciable que el vómito, no me entregué a convulsiones. Hice. Públicamente. Sin indulgencias conmigo misma y sin pedir indulgencia. ¿Que el mundo me despreciaba? Tenía razón. Me lo había merecido. ¿Que el mundo decía: "Un nuevo capricho de la prostituta"? ¿Que calificaba con nombre blasfemo mi seguimiento de Jesús? Tenía razón. El mundo se acordaba de mi conducta precedente, y esa conducta justificaba todo pensamiento. ¿Y bien? ¿Qué? El mundo tuvo que convencerse de que María la pecadora ya no existía. Con los hechos he convencido al mundo. Haz tú lo mismo, y calla».

«Eres severa, María» objeta Juan.

«Más conmigo que con los demás. Lo reconozco. No tengo la mano suave de la Madre. Ella es el Amor. Yo... ¡Oh, yo! He quebrantado mi carnalidad con el azote de mi voluntad. Y más que lo haré. ¿Tú crees que *me he perdonado el haber sido la Lujuria*? No. Pero sólo me lo digo a mí. Y me lo seguiré diciendo siempre. Consumida moriré en este secreto, doloroso recuerdo de haber sido la corruptora de mí misma, en este inconsolable dolor de haberme profanado y de no haberle podido dar a Él otra cosa sino un corazón pisoteado... ¿Ves?... he trabajado más que todas en los bálsamos... Y con más coraje que las otras le quitaré la mortaja... ¡Oh, Dios, cómo estará ya! (María de Magda-

la, sólo de pensarlo, se pone pálida). Y le cubriré con nuevos bálsamos, quitando los que, sin duda, estarán completamente podridos en sus llagas sin número... Lo haré porque las otras parecerán convólvulos después de un aguacero... Pero siento el dolor de hacerlo con estas manos mías que tantas caricias lascivas han dado; de acercarme a su santidad con esta carne mía manchada... Quisiera... quisiera tener la mano de la Madre Virgen para llevar a cabo la última unción...».

María ahora llora quedo, sin convulsiones. ¡Qué distinta de la Magdalena teatral que siempre nos presentan! Es el mismo llanto silencioso que tuvo el día de su perdón en la casa del fariseo. *

616.4 4«¿Dices que... las mujeres tendrán miedo?» le pregunta Pedro.

«No miedo... Pero se turbarán ante su Cuerpo, que estará ya descompuesto... hinchado... negro. Y además, esto es seguro, tendrán miedo de los soldados que están de guardia».

«¿Quieres que vaya yo? ¿Yo con Juan?».

«¡Eso no! Nosotras vamos *todas*. Porque, de la misma forma que estuvimos *todas ahí arriba*, justo es que *todas* estemos en torno a su lecho de muerte. Tú y Juan quedaos aquí. ¡Ella no se puede quedar sola!...».

«¿No va Ella?».

«¡No la dejamos ir!».

«Está convencida de que va a resucitar... ¿Y tú?».

«Yo, después de María, soy la que más cree. Siempre he creído que así pudiera ser. Él lo decía. Y Él no miente nunca... ¡Él!... ¡Oh, antes le llamaba Jesús, Maestro, Salvador, Señor... Ahora, ahora le siento *tan grande*, que no sé, no me atrevo ya a darle un nombre... ¿Qué le diré cuando le vea?...».

«¿Pero crees firmemente que va a resucitar?...».

«¡Vaya, otro! ¡Diciéndoos una y otra vez que creo y oyéndoos decir una y otra vez que no creéis, voy a acabar no creyendo tampoco yo! He creído y creo. He creído y le he preparado desde hace ya tiempo la túnica. Y para mañana, porque mañana es el tercer día, la traeré aquí ya lista...».

«Pero si dices que estará negro, hinchado, feo...».

«Feo nunca. Feo es el pecado. ¿Negro?... ¡Pues sí, estará negro! ¿Y qué? ¿Lázaro no estaba ya descompuesto? Y, no obstante, resucitó. Y recuperó la integridad de su carne. ¡Pero... sí, lo digo!: ¡Callaos, incrédulos! También mi razón humana me dice dentro: "Está muerto y no resucitará". Pero mi espíritu, "su" espíritu —porque he recibido

* *en la casa del fariseo*, en 236.

de Él un nuevo espíritu— grita (y parecen toques de trompetas de plata): "¡Resucita! ¡Resucita! ¡Resucita!". ¿Por qué me zarandeáis como a una barquichuela contra el arrecife de vuestras dudas? ¡Yo creo! ¡Creo, mi Señor! Lázaro, lleno de aflicción, ha obedecido al Maestro y se ha quedado en Betania... Yo, que sé quién es Lázaro de Teófilo, un fuerte, no un lebrato miedoso, puedo medir su sacrificio de permanecer en la sombra y no junto al Maestro. Pero ha obedecido. Más heroico en esta obediencia que si, con armas, hubiera arrancado a Jesús de las manos de los soldados. Yo he creído y creo. Y aquí estoy. En espera, como Ella. Pero, dejadme que me vaya. El día nace. En cuanto se vea lo mínimo indispensable, iremos al Sepulcro...».

Y la Magdalena se va, con su rostro quemado por el llanto, pero siempre fuerte.

[5]Entra de nuevo donde María. 616.5

«¿Qué le pasaba a Pedro?».

«Una crisis de nervios. Pero se le ha pasado».

«No seas dura, María. Pedro sufre».

«También yo. Y ya ves que no te he pedido ni tan siquiera una caricia. A él ya le has medicado tú... Yo, sin embargo, lo que pienso es que solamente tú, Madre mía, necesitas bálsamo. ¡Madre mía, santa, amada! Pero, ánimo... mañana es el tercer día. Estaremos aquí dentro, cerradas, nosotras dos: sus enamoradas: Tú, la Enamorada santa; yo, la pobre enamorada... Pero, como puedo, lo soy con todo mi ser. Y le esperaremos... A ellos, a los que no creen, los dejaremos cerrados allí, con sus dudas. Y aquí voy a poner muchas rosas... Hoy mandaré que se lleven el arca... Ahora pasaré por el palacio y daré esta indicación a Leví. ¡Fuera todas estas cosas horribles! No debe verlas nuestro Resucitado... Muchas rosas... Y tú te pondrás una túnica nueva... No debe verte así. Te peinaré, te lavaré esta pobre cara que el llanto ha desfigurado. Eterna niña, yo te haré de madre...¡Tendré, sí, la bienaventuranza de dispensar cuidados maternos a una criatura más inocente que un recién nacido! ¡Mi querida María!» y, con su exuberancia afectiva, la Magdalena estrecha contra su pecho la cabeza de María, que está sentada; y besa a María, la acaricia, le coloca detrás de las orejas los livianos mechones de pelo desordenados, le enjuga, con el lino de su túnica, las lágrimas, esas lágrimas que María sigue, sigue incesantemente vertiendo...

[6]Entran las mujeres con lámparas y ánforas y recipientes de an- 616.6
chas bocas. María de Alfeo trae un mortero grande y recio. «No se puede estar fuera. Hace un poco de viento y apaga las lámparas» explica.

Se ponen en un lado. Encima de una mesa, estrecha pero larga,

colocan todas sus cosas. Luego dan un último toque a sus bálsamos, mezclando en el mortero, en un polvo blanco que sacan a puñados de un saquito, la ya de por sí densa manteca de las esencias. Mezclan trabajando con ahínco. Luego llenan un recipiente de amplia boca. Lo ponen en el suelo. Repiten con otro la misma operación. Perfumes y lágrimas caen sobre las resinas.

María Magdalena dice: «No era ésta la unción que esperaba poderte preparar». Porque es la Magdalena la que, más experta que las otras, ha estado regulando y dirigiendo la composición del perfume (tan intenso que deciden abrir la puerta y entreabrir la ventana que da al jardín, que apenas empieza a vestirse de claridad).

Todas, después de la observación que la Magdalena ha hecho en voz baja, lloran más fuerte.

Han terminado. Todos los recipientes están llenos.

Salen con las ánforas vacías, el mortero que ya no hace falta y muchas lámparas. En la pequeña habitación quedan sólo dos lámparas, temblorosas (parecen llorar también con el titileo de sus luces)...

Entran de nuevo las mujeres y cierran la ventana, porque el amanecer está fresco. Se ponen los mantos y toman consigo unos talegos grandes, donde colocan los recipientes del bálsamo.

616.7 [7]María se levanta y busca su manto. Pero todas se arremolinan en torno a Ella convenciéndola de que no vaya.

«No te tienes en pie, María. Hace dos días que no tomas alimento. Un poco de agua sólo».

«Sí, Madre. Lo haremos pronto y bien. Y volveremos en seguida».

«No temas. Le embalsamaremos como a un rey. ¡Ya ves qué bálsamo tan valioso hemos hecho! ¡Y cuánto!...».

«Y no dejaremos parte o herida alguna sin ungir. Y con nuestras manos le colocaremos en su lugar. Somos fuertes, y somos madres. Le pondremos como a un niño en su cuna. Los otros no tendrán que hacer nada más que cerrar su lugar».

Pero María insiste: «Es mi deber» dice. «Siempre le he cuidado yo. Sólo en estos tres años que ha estado en el mundo he cedido a otros la función de cuidarle cuando estaba lejos de mí. Ahora que el mundo le ha rechazado y negado, de nuevo es mío; y yo de nuevo soy su sierva».

Pedro, que con Juan se había acercado a la puerta, al oír estas palabras se aparta. Huye a algún rincón escondido para llorar por su pecado. Juan permanece junto a la jamba de la puerta. Pero no dice nada. Quisiera también ir él, pero hace el sacrificio de quedarse con la Madre.

[8]María Magdalena lleva a María a su silla. Se arrodilla delante 616.8
de Ella, abraza las rodillas de María, alza hacia Ella su rostro doliente y enamorado y le promete: «Él, con su Espíritu, todo lo sabe y todo lo ve. Pero a su Cuerpo, con besos, le expresaré tu amor, tu deseo. Yo sé lo que es el amor. Sé qué aguijón, qué hambre significa amar, qué nostalgia de estar con quien para nosotros es nuestro amor. Y esto sucede también en los amores viles, que parecen oro y son en realidad fango. Si, además, la pecadora puede saber lo que es el amor santo a la Misericordia viviente, a quien los hombres no han sabido amar, entonces ella puede comprender mejor qué es tu amor, Madre. Tú sabes que *sé* amar. Y sabes que Él dijo, en aquel atardecer de mi verdadero nacimiento, en las orillas de nuestro lago sereno: "María *sabe amar mucho*". Ahora este amor mío exuberante, como agua que rebosa de un pilón vencido, como rosal en flor que sobrepasa un muro y de él pende, como llama que, encontrando yesca, más se enciende y aumenta, se ha derramado en Él por entero, y de Él-Amor ha sacado nueva fuerza... ¡Oh, mi potencia de amar no ha podido substituirle en la Cruz!... Pero lo que por Él no he podido hacer —y padecer y sangrar y morir en vez de Él, en medio de las burlas de todos, dichosa, dichosa, dichosa de sufrir en vez de Él; y, estoy segura de ello, el estambre de mi pobre vida habría sido consumido más por el amor triunfal que por el patíbulo infame, y de las cenizas habría germinado la nueva, cándida flor de la nueva vida pura, virginal, ignorante de todo lo que no es Dios—, todo esto que no he podido hacer por Él, por ti puedo hacerlo todavía..., Madre a la que amo con todo mi corazón. Confía en mí. Yo que supe acariciar tan dulcemente sus pies santos en la casa de Simón el fariseo, ahora, con esta alma que cada vez más se abre a la Gracia, sabré aún más dulcemente acariciar sus miembros santos, medicar las heridas, embalsamarle, más con mi amor, más con el bálsamo sacado de mi corazón exprimido por el amor y el dolor, que no con el ungüento. Y la muerte no hincará su diente en esa carne que tanto amor ha dado y tanto amor recibe. Huirá la Muerte. Porque el Amor es más fuerte que ella. El Amor es invencible. Y yo, Madre, con amor, con tu perfecto amor, con mi total amor, embalsamaré a mi Rey de Amor».

María besa a esta apasionada que, por fin, ha sabido encontrar a quien tanta pasión merece. Y cede ante sus ruegos.

[9]Las mujeres salen llevando consigo una lámpara, de forma que 616.9
en la habitación queda sólo una. La última en salir es la Magdalena, después de un último beso a la Madre, que se queda.

La casa está del todo obscura y silenciosa, y el camino todavía obscuro y solitario.

Juan pregunta: «¿Verdaderamente no queréis que vaya con vosotras?».

«No. Puedes hacer falta aquí. Adiós».

Juan vuelve donde María. «No han querido que fuera con ellas...» dice quedo.

«No te atormentes. Ellas donde Jesús. Tú, conmigo. Juan, vamos a orar un poco juntos. ¿Dónde está Pedro?».

«No lo sé. Por la casa. Pero no le veo. Está... Le creía más fuerte... También yo siento dolor, pero él...».

«Él tiene *dos* dolores; Tú, uno sólo. Ven. Vamos a orar también por él». Y María recita lentamente el *Pater noster*.

Luego acaricia a Juan: «Ve donde Pedro. No le dejes solo. Ha estado tanto en las tinieblas, durante estas horas, que no soporta siquiera la leve luz del mundo. Sé el apóstol de tu hermano zozobrante y angustiado. Comienza por él tu predicación. En tu camino —y será largo— encontrarás siempre a hombres semejantes a él. Con tu compañero empieza el trabajo...».

«¿Y qué diré?... No sé... Todo le hace llorar...».

«Recuérdale el precepto de amor de Jesús. Dile que quien solamente teme no conoce todavía suficientemente a Dios, porque Dios es Amor. Y si te dice: "Yo he pecado", respóndele que Dios ha amado tanto a los pecadores, que por ellos ha enviado a su Unigénito. Dile que amor es la respuesta a tanto amor. Y el amor infunde confianza en el bonísimo Señor. Esta confianza aleja el temor a su juicio, porque con ella reconocemos la Sabiduría y Bondad divinas, y decimos: "Yo soy una pobre criatura. Pero Él lo sabe. Y me da a Cristo como garantía de perdón y columna en que apoyarme. Mi miseria queda vencida por mi unión con Cristo". Es en el nombre de Jesús en el que todo se perdona... Ve, Juan. Dile eso. Yo me quedo aquí, con mi Jesús...». Juan sale cerrando tras sí la puerta, mientras María acaricia el Sudario.

616.10 [10]María se pone de rodillas, como la noche anterior, cara a Cara con el velo de la Verónica. Y ora, y habla con su Hijo. Fuerte para dar fuerza a los demás, cuando está sola se pliega bajo el peso de la quebrantadora cruz. Y, a pesar de ello, de cuando en cuando, como una llama liberada del estorbo del celemín, su alma se alza hacia una esperanza que en Ella no puede morir; es más, que con el paso de las horas va aumentando. Y manifiesta su esperanza también al Padre; su esperanza y su súplica.

616.11 [11](Aquí usted puede poner, tal y como está, porque no tiene cambios, la oración del año pasado, el lamento de esta alba pascual, del

21 de febrero de 1944).

21 de febrero de 1944.

[12]«¡Jesús, Jesús! ¿No vuelves todavía? Tu pobre Mamá ya no re- 616.12
siste sabiendo que estás muerto allí. Hablaste y ninguno te comprendió. ¡*Pero yo sí te he comprendido*! "Destruid el Templo de Dios y Yo lo reconstruiré en tres días". Éste es el principio del tercer día. ¡Oh, mi Jesús! No esperes al final del día para volver a la vida, a tu Mamá, que *necesita* verte vivo para no morir recordándote muerto; que *necesita* verte hermoso, sano, triunfante, para no morir recordándote en ese estado en que te dejaron.

[13]¡Oh, Padre! ¡Padre! ¡Dame a mi Hijo! Que yo le vea de nuevo 616.13
Hombre y no cadáver, Rey y no condenado. Sé que después volverá contigo al Cielo. Pero yo le habré visto curado de tanto mal; fuerte, después de tanta debilidad; triunfador, después de tanta lucha; Dios, después de tanta humanidad padecida por los hombres. Y me sentiré feliz aun perdiéndole de mi lado. Sabré que está contigo, Padre santo, sabré que para siempre está fuera del Dolor. Pero ahora no puedo, no puedo olvidar que está en un sepulcro, que está allí, matado por tanto dolor como le han causado, no puedo olvidar que Él, mi Hijo-Dios, está agregado a la suerte de los hombres en la obscuridad de un sepulcro, Él, tu Viviente.

Padre, Padre, escucha a tu sierva. Por aquel "sí"... No te he pedido nunca nada por mi obediencia a tus designios; era tu Voluntad, y tu Voluntad era la mía; nada debía exigir por el sacrificio de la mía a ti, Padre Santo. ¡Pero ahora, pero ahora, por aquel "sí" que dije al Ángel mensajero, oh Padre, escúchame!

Él está libre de las torturas, porque todo lo ha consumado con la agonía de tres horas después de las vejaciones de la mañana. Pero yo llevo tres días en esta agonía. Tú ves mi corazón y sientes sus latidos. *Nuestro* Jesús dijo que no caía una pluma de ave sin que Tú la vieras; que no moría una flor en el campo sin que Tú consolaras su agonía con tu sol y tu rocío. ¡Oh, Padre, yo muero de este dolor! Haz conmigo como con el ave al que recubres con nuevas plumas, como con la flor a la que calientas y das de beber compasivo. Yo muero de frío por el dolor. Ya no tengo sangre en las venas. En el pasado, toda se hizo leche para nutrir a tu Hijo e Hijo mío; ahora se ha hecho por entero llanto, porque ya no tengo Hijo. Me lo han matado, matado, Padre. ¡Y Tú sabes de qué manera!

[14]¡Estoy exangüe! He derramado mi sangre con Él en la noche del 616.14
Jueves, en el Viernes funesto. Tengo frío como una persona desangrada. Ni tengo ya Sol, porque Él ha muerto, mi Sol santo, el Sol mío

bendito, el Sol nacido de mi seno para alegría de su Mamá, para salud del mundo. Ni siento refrigerio, porque ya no le tengo a Él, la más dulce de las fuentes para su Madre, que bebía su palabra, que con la presencia de Él saciaba su sed. Soy como una flor en arena desecada.

Muero, muero, Padre santo. No me da miedo morir, porque Él también ha muerto. Pero... ¿y estos pequeñuelos?, ¿el pequeño rebaño de mi Hijo?, tan débiles, tan asustadizos, tan volubles... ¿qué será de ellos, si nadie los sostiene? No soy nada, Padre; pero, para los deseos de mi Hijo, soy como un cuerpo de ejército. Defiendo, defenderé su Doctrina y su herencia como una loba defiende a sus lobeznos. Yo, cordera, me haré loba para defender lo que pertenece a mi Hijo y, por tanto, lo que te pertenece a ti.

616.15 [15]Tú lo has visto, Padre. Hace ocho días esta ciudad ha despojado sus olivos, sus casas, sus jardines, a los propios habitantes, y se ha quedado ronca gritando: "Hosanna al Hijo de David. Bendito el que viene en el nombre del Señor". Y, mientras Él pasaba sobre alfombras de ramas, de vestidos, de telas, de flores, los habitantes de la ciudad, unos a otros, se señalaban a Jesús y decían: "Es Jesús, el Profeta de Nazaret de Galilea. Es el Rey de Israel". Y, cuando aún no se habían ajado esas ramas y la voz estaba todavía ronca de tanto grito de alabanza, transformaron su grito en acusaciones y maldiciones y en peticiones de condena a muerte; de las ramas arrancadas para la exaltación hicieron palos para golpear a tu Cordero, y le conducían a la muerte. *Si todo esto han hecho mientras Él estaba en medio de ellos* y les hablaba y les sonreía y los miraba con esa mirada suya que diluye el corazón y que hasta hace estremecerse a las piedras si en ellas recae, y los favorecía y adoctrinaba, *¿qué harán cuando Él haya vuelto a ti*?

Sus discípulos —ya lo has visto—, uno le ha traicionado, los otros han huido. Bastó que le golpearan para que huyeran como cobardes ovejas, y no han sabido estar a su lado mientras moría. Uno sólo, el más joven, ha permanecido. Ahora viene el anciano. Pero ya ha sabido abjurar una vez. Cuando Jesús no esté ya aquí mirándole, ¿sabrá permanecer en la Fe?

616.16 [16]Yo no soy nada, pero en mí hay un poco de mi Hijo, y mi amor cubre de plenitud mi flaqueza y la anula. Me hago así útil para la causa de tu Hijo, para su Iglesia, que no encontrará nunca paz y que necesida echar raíces profundas para no ser desarraigada por los vientos. Yo seré la que la cuide. Como hortelana diligente, velaré para que crezca fuerte y derecha en su amanecer. Luego no me preocupará morirme. Pero no puedo vivir si sigo más tiempo sin Jesús.

¡Oh, Padre que abandonaste al Hijo por el bien de los hombres, pero que luego le confortaste, porque ciertamente le has recibido en tu seno después de la muerte, no me dejes más tiempo en este abandono. Yo lo padezco y lo ofrezco por el bien de los hombres. Pero consuélame, ahora, Padre. ¡Padre, piedad! ¡Piedad, Hijo mío! ¡Piedad, divino Espíritu! ¡Acuérdate de tu Virgen!».

1 de abril de 1945.

[17]Después, prosternada, María parece orar con su postura, además de con su corazón: es verdaderamente un pobre ser abatido: parece esa flor muerta de sed de que ha hablado. 616.17

No advierte tan siquiera la sacudida de un breve pero violento terremoto que hace gritar y huir al dueño y a la dueña de la casa, mientras Pedro y Juan, pálidos como muertos, arrastran sus pasos hasta la entrada de la habitación. Pero, al ver a María tan absorta en su oración, olvidada, lejana de todo lo que no es Dios, se retiran y cierran la puerta y vuelven, atemorizados, al Cenáculo.

617. La Resurrección.

1 de abril de 1945.

* [1]Vuelvo a ver la letificante y potente resurrección de Cristo. 617.1

En el huerto todo es silencio y titileo del rocío. Encima, un cielo que va adquiriendo color zafiro cada vez más claro, habiéndose despojado ya de su negroazul recamo de estrellas, que durante toda la noche había estado velando al mundo. El alba rechaza, de Oriente a Occidente, estas zonas todavía obscuras, como hace la ola durante la marea alta, cuando ésta va avanzando y cubriendo el obscuro litoral y substituyendo el gris negro de la húmeda arena y del arrecife por el azul del agua marina.

Algunas estrellitas se resisten todavía a morir, y parpadean, cada vez más débilmente bajo la onda de luz blanco-verdosa del alba, láctea con tonalidades cenizosas, como las frondas de los olivos soñolientos que hacen de corona a aquel montículo poco lejano. Y naufragan luego, sumergidas por la ola del alba, como tierra sobrepujada por el agua. Y ya hay una menos... y luego otra menos... y otra, y otra: el cielo va perdiendo sus rebaños de estrellas... Ya sólo, en el extremo Occidente, hay tres; luego, dos; luego una, que sigue con-

* *Vuelvo a ver*, porque ya había sido vista y descrita más concisamente (véase nota en 587.13) el 21 de febrero de 1944.

templando ese prodigio cotidiano que es el surgimiento de la aurora.

Y cuando un hilo rosicler dibuja una línea sobre la seda turquesa del cielo oriental, un suspiro de viento acaricia las frondas y las hierbas, diciendo: "Despertaos. El día resucita". Pero sólo despierta a frondas y hierbas, que, bajo sus diamantes de rocío, se estremecen, con un leve susurro acompañado de arpegios de gotas que caen; los pájaros todavía no se despiertan entre las tupidas ramas de un altísimo ciprés que parece dominar como un señor en su reino; ni en la enredada maraña de un seto de laurel que protege de la tramontana.

617.2 [2]Los soldados *que están* de guardia, aburridos, enfriados, en varias posturas, vigilan el Sepulcro, cuya puerta ha sido reforzada, en los bordes, con una gruesa capa de argamasa, como si fuera un contrafuerte. Sobre el fondo blanco opaco de la argamasa resaltan las anchas rosetas de cera roja del sello del Templo, estampadas junto a otros sellos directamente en la argamasa fresca.

Los soldados deben haber encendido un pequeño fuego durante la noche, porque hay en el suelo ceniza y tizones mal quemados; y deben haber jugado y comido, porque hay todavía restos de comida diseminados, y pequeños huesos limpios, usados, sin duda, para algún juego semejante a nuestro dominó o a nuestro infantil juego con canicas, jugados sobre un rudimentario trazado dibujado en el sendero. Luego se han cansado y han abandonado todo para buscar posturas más o menos cómodas, según fuera para dormir o para velar.

617.3 [3]En el cielo, que ahora presenta en el Oriente un área enteramente rosada que se va extendiendo cada vez más por el cielo sereno —donde todavía no hay rayos de sol—, aparece, procedente de profundidades desconocidas, un meteoro lleno de resplandor. Y el meteoro baja —bola de fuego de irresistible resplandor— seguido de una estela rutilante, que quizás no es más que el recuerdo de su fulgor en nuestra retina. Baja velocísimo hacia la Tierra, esparciendo una luz tan intensa, fantasmagórica, aterradora dentro de su belleza, que la rosada de la aurora queda anulada, superada por esta incandescencia blanca.

Los soldados alzan, estupefactos, la cabeza (incluso porque con la luz llega un estampido potente, armónico, solemne, que llena con su sonido toda la Creación). Viene de profundidades paradisíacas. Es el aleluya, el gloria angélico, que sigue al Espíritu del Cristo en su regreso a su Carne gloriosa.

El meteoro se abate contra la piedra que inútilmente cierra el Sepulcro. La arranca de cuajo, la echa al suelo. Paraliza, por el terror y el fragor, a los soldados puestos como carceleros del Dueño del Universo. Y, a su regreso a la Tierra, al igual que había producido un te-

rremoto cuando huyó de la Tierra, el Espíritu del Señor produce un nuevo terremoto. Entra en el obscuro Sepulcro, el cual, con esta indescriptible luz, se llena de claridad; y mientras la luz permanece suspendida en el aire inmóvil, el Espíritu se reinfunde en el inmóvil Cuerpo bajo la mortaja.

Todo esto (la aparición, el descenso, la entrada, la desaparición de la Luz de Dios) ha sido rapidísimo: no en un momento, sino en una fracción de momento.

[4]El «Quiero» del divino Espíritu a su fría Carne no tiene sonido. 617.4
Lo dice la Esencia a la Materia inmóvil. Pero ningún oído humano percibe esa palabra. La Carne recibe ese imperativo y obedece con un profundo respiro... Durante unos momentos, nada más.

Debajo del sudario y de la sábana, la Carne gloriosa se recompone vestida de eterna belleza, se despierta del sueño de la muerte, regresa de la "nada" en que estaba, vive después de haber estado muerta. Ciertamente el corazón se despierta y da su primer latido, impulsa en las venas la helada sangre que quedaba y, inmediatamente, crea la medida total de sangre en las arterias vaciadas, en los pulmones inmóviles, en el cerebro entenebrecido, y aporta nuevo calor, salud, fuerza, pensamiento.

Otro instante, y se produce un repentino movimiento bajo la pesada sábana. Tan repentino, que, desde el instante en que Él mueve las manos cruzadas, hasta el momento en que aparece, majestuoso, en pie, lleno de resplandor con su vestido de inmaterial materia, sobrenaturalmente bello y majestuoso, con una gravedad que le transforma y eleva sin anularle su identidad, la vista casi no tiene tiempo de captar los momentos sucesivos. Y ahora la vista le admira. ¡Qué distinto de como la mente recuerda! Pulcro, sin heridas ni sangre; sólo resplandeciente, con el resplandor de la luz que mana a chorros de las cinco llagas y rezuma por todos los poros de su epidermis.

[5]Cuando da el primer paso —y, al moverse, los rayos que irradian 617.5
las Manos y los Pies le aureolan de haces de luz: desde la Cabeza, nimbada con un halo constituido por las innumerables pequeñas heridas de la corona, que ya no manan sangre sino sólo fulgor, hasta el borde del vestido—, cuando, abriendo los brazos que tenía juntos en el pecho, descubre la zona de luminosidad vivísima que pasa a través del vestido encendiéndolo con un sol a la altura del Corazón, entonces realmente es la "Luz" que ha tomado cuerpo.

No la pobre luz de la Tierra, no la pobre luz de los astros, no la pobre luz del Sol. Es la Luz de Dios: todo el fulgor paradisíaco reunido en un solo Ser, un fulgor que le da sus inconcebibles azules como pupilas, sus fuegos de oro como cabellos, sus candores angélicos co-

mo vestido y colorido, y todo lo que constituye —y no es descriptible con palabra humana— el supraeminente ardor de la Stma. Trinidad, que anula con su potencia ardiente todo fuego del Paraíso absorbiéndolo en sí para generarlo nuevamente en cada instante del Tiempo eterno, Corazón del Cielo que atrae y difunde su sangre, las innumerables gotas de su sangre incorpórea: los bienaventurados, los ángeles, todo lo que constituye el Paraíso: el amor de Dios, el amor a Dios; todo esto es la Luz que es el Cristo Resucitado, que constituye el Cristo Resucitado.

617.6 [6]Cuando se mueve, viniendo hacia la salida, y el ojo puede ver más allá del fulgor, entonces aparecen ante mi vista dos luminosidades hermosísimas (sólo como estrellas comparadas con el Sol): una hacia dentro y otra hacia afuera de la puerta, postradas en acto de adoración a su Dios que pasa envuelto en su luz, espirando beatitud con su sonrisa; y sale. Abandona la fúnebre gruta y vuelve a pisar la tierra, la cual se despierta de alegría y resplandece toda en su rocío, en los colores de las hierbas y los rosales, en las infinitas corolas de los manzanos que se abren por un prodigio al recibir los primeros rayos del Sol, que las besan, y ante la presencia del Sol eterno que bajo ellas camina.

Los soldados se han quedado paralizados donde estaban... Las fuerzas corrompidas del hombre no ven a Dios, mientras que las fuerzas puras del universo —las flores, las hierbas, los pájaros— admiran y veneran al Poderoso, que pasa nimbado con su propia Luz y rodeado de un nimbo de luz solar.

Su sonrisa, la mirada que deposita en las flores, en las frondas, o que se alza al cielo sereno, hace aumentar la belleza de todo: y más suaves, y teñidos de un esfumado, sedoso colorido rosáceo, aparecen los millones de pétalos que forman una espuma florecida sobre la cabeza del Vencedor; y más vivos aparecen los diamantes del rocío; y más azul el cielo, que refleja sus Ojos refulgentes; y más festivo el Sol, que pone pinceladas de alegría en una nubecita movida por una brisa ligera que viene a besar a su Rey con fragancias arrebatadas a los jardines y caricias de pétalos sedosos.

Jesús alza la Mano y bendice. Luego, mientras cantan más fuerte los pájaros y más intensamente el viento perfuma, desaparece de mi vista, dejándome en un gozo que borra hasta los más leves recuerdos de tristezas y sufrimientos y las más leves vacilaciones sobre el mañana...

618. Jesús resucitado se aparece a su Madre.

21 de febrero de 1944.

[1]María ahora está postrada rostro en tierra. Parece un pobre ser 618.1
abatido. Parece esa flor de que ha hablado, esa flor muerta a causa de la sed.

La ventana cerrada se abre con un impetuoso golpeo de las recias hojas, y, bajo el primer rayo del Sol, entra Jesús.

María, que se ha estremecido con el ruido y que alza la cabeza para ver qué ráfaga de viento ha abierto la ventana, ve a su radiante Hijo: hermoso, infinitamente más hermoso que cuando todavía no había padecido; sonriente, vivo, más luminoso que el Sol, vestido con un blanco que parece luz tejida. Y le ve avanzar hacia Ella.

María se endereza sobre sus rodillas y, uniendo las manos sobre el pecho, dice con un singulto que es risa y llanto: «Señor, mi Dios». Y se queda arrobada, contemplándole con su rostro lavado todo en lágrimas, pero sereno ahora, sosegado por la sonrisa y el éxtasis.

[2]Pero Él no quiere ver a su Madre de rodillas como una sierva. Y 618.2
la llama tendiéndole las Manos, cuyas heridas emanan rayos que hacen aún más luminosa su Carne gloriosa: «¡Mamá!». Y no es esa palabra afligida de los coloquios y despedidas anteriores a la Pasión, ni el lamento desgarrado del encuentro en el Calvario y de la agonía. Es un grito de triunfo, de alegría, de liberación, de fiesta, de amor, de gratitud. Y se inclina hacia su Madre, que no osa tocarle, y le pone sus Manos bajo los codos doblados, la pone en pie, la aprieta contra su Corazón y la besa.

¡Oh, entonces María comprende que no es una visión, sino que es su Hijo *realmente resucitado*; que es su Jesús, el Hijo que sigue amándola como Hijo! Y, con un grito, se le arroja al cuello y le abraza y le besa, riendo y llorando. Le besa en la Frente, donde ya no hay heridas; en la Cabeza, que ya no está despeinada ni sangra; en los Ojos fúlgidos; en las Mejillas ahora sanas; en la Boca que ya no está hinchada. Y luego toma sus Manos y besa los dorsos y las palmas, en las radiosas heridas. Y, con un impulso repentino, se agacha a sus Pies, retira el vestido resplandeciente que los cubre, y los besa.

[3]Luego se levanta, le mira, no se atreve... 618.3

Pero Él comprende y sonríe. Retira levemente su vestido en la parte del pecho y dice: «¿Y esta llaga, Mamá, no la besas; esta que tanto te ha hecho sufrir y que sólo tú eres digna de besar? Bésame en el Corazón, Mamá. Tu beso me borrará el último recuerdo de todo lo que significa dolor, y me dará ese gozo que todavía le falta a mi Gozo de Resucitado».

Y toma entre sus manos la cara de su Madre y apoya los labios de Ella en los labios de la herida del Costado, de donde manan chorros de luz vivísima. El rostro de María, sumergido en ese torrente de rayos, aparece aureolado por esa luz.

Ella besa, besa, mientras Jesús la acaricia. No se cansa de besar. Parece un sediento que ha pegado su boca a la fuente y de la fuente esté bebiendo esa vida que se le escapaba.

618.4 [4]Ahora Jesús habla.

«Todo ha terminado, Mamá. Ya no tienes que llorar por tu Hijo. La prueba está consumada. La Redención se ha producido.

Mamá, gracias por haberme concebido, criado, ayudado en la vida y en la muerte.

He sentido llegar a mí tus oraciones, que han sido mi fuerza en el dolor, mis compañeras en mi viaje por este mundo y más allá de este mundo; tus oraciones han estado conmigo en la Cruz y en el Limbo. Eran el incienso que precedía al Pontífice que iba a llamar a sus siervos para llevarlos al templo que no muere: a mi Cielo. Tus oraciones han venido conmigo al Paraíso, precediendo como voz angélica al cortejo de los redimidos guiados por el Redentor, para que los ángeles estuvieran preparados para saludar al Vencedor que volvía a su Reino. El Padre y el Espíritu Santo las han oído y visto, y han sonreído como a la flor más hermosa y al más dulce canto nacidos en el Paraíso. Las han conocido los Patriarcas y los nuevos Santos, los nuevos, *primeros*, ciudadanos de *mi* Jerusalén. Y Yo te traigo el "gracias" de ellos, Mamá, junto con el beso de tus padres y su bendición, y la de tu esposo de alma, José.

¡Todo el Cielo entona su hosanna para ti, Madre mía, Mamá santa! Un hosanna que no muere, que no es falso como el que hace unos días la gente entonó para mí.

618.5 [5]Ahora voy al Padre con mi figura humana. El Paraíso debe ver al vencedor en esa figura de Hombre con que ha vencido al Pecado del Hombre. Pero luego regresaré. Tengo que confirmar en la Fe a quien no cree todavía y necesita creer para llevar a otros a creer; debo fortalecer a los pequeños, que tendrán necesidad de mucha fortaleza para resistir al mundo.

Luego subiré al Cielo. Pero no te dejaré sola. Mamá, ¿ves ese velo? Aun dentro de mi abatimiento, he irradiado poder milagroso para ti, para darte ese consuelo. Y para ti cumplo otro milagro. Tú me tendrás, en el Sacramento, real como cuando me llevabas dentro de ti.

Nunca estarás sola. En estos días lo has estado. Pero mi Redención requería *también* este dolor tuyo. Mucho ha de añadirse continuamente a la Redención, porque mucho será creado continuamente

en el orden del Pecado. Llamaré a todos mis siervos a esta coparticipación redentora. Y tú eres aquella que, por si sola, hará más que todos los santos juntos. Por eso, se requería *también* este largo abandono.

A partir de ahora, ya no. Ya no estoy escindido del Padre. Tú ya no estarás escindida del Hijo. Y, teniendo al Hijo, tienes a la Trinidad nuestra. Tú, Cielo viviente, serás portadora de la Trinidad en la Tierra, en medio de los hombres, y santificarás a la Iglesia, tú, Reina del Sacerdocio y Madre de los Cristianos.

Luego Yo vendré a recogerte. Y ya no seré Yo en ti, sino que serás tú en mí, quien, en mi Reino, haga más hermoso el Paraíso.

[6]Ahora me marcho, Madre. Voy a hacer feliz a la otra María. Luego subo al Padre. Luego vendré a quien no cree. 618.6

Mamá, tu beso por bendición, y mi Paz a ti por compañía. Adiós».

Y Jesús desaparece en el sol, que desciende a chorros del cielo matutino y sereno.

619. Las pías mujeres al pie del Sepulcro.

2 de abril de 1945.

[1]Entretanto las mujeres, dejada ya la casa, caminan, sombras en la sombra, muy cerca del muro. Durante un rato guardan silencio, bien arrebozadas y medrosas por tanto silencio y soledad. Luego, recobrando los ánimos a la vista de la calma absoluta que hay en la ciudad, se reúnen en grupo y encuentran el valor para hablar. 619.1

«¿Estarán abiertas ya las puertas?» pregunta Susana.

«Claro que sí. Mira allí el primer hortelano que entra con las verduras. Va al mercado» responde Salomé.

«¿Nos dirán algo?». Es también Susana la que hace esta pregunta.

«¿Quién?» pregunta la Magdalena.

«Los soldados, en la puerta Judicial. Por esa puerta... entran pocos y, menos todavía, salen... Crearemos recelos...».

«¿Y qué? Nos mirarán. Verán a cinco mujeres que van hacia el campo. Podríamos ser también personas que después de la Pascua regresan a sus pueblos».

«Pero... Para no llamar la atención de algún malintencionado, ¿por qué no salimos por otra puerta y luego volvemos siguiendo el muro bien pegadas a él?...».

«Alargamos el camino».

«Pero estaremos más seguras. Pasamos por la puerta del Agua...».

«Yo que tú, Salomé, pasaría por la puerta Oriental. ¡Así sería más larga la vuelta que tendrías que dar! Tenemos que darnos prisa y volver pronto». La que habla tan resueltamente es la Magdalena.

«Entonces otra, pero no la puerta Judicial. Esto sí, mujer...», le ruegan todas.

619.2 «De acuerdo. [2]Pero entonces pasamos por casa de Juana. Nos insistió en que la advirtiéramos. Si hubiéramos ido directamente, hubiéramos podido no pasar por su casa, pero, dado que queréis dar una vuelta más grande, pues vamos donde ella...».

«¡Sí! ¡Sí! Incluso por los soldados que están allí de guardia... Ella es conocida y se la teme...».

«Yo sugeriría también pasar por casa de José de Arimatea. Es el dueño del sitio».

«¡Claro, y ahora formamos un cortejo para no llamar la atención! ¡Pero qué hermana más temerosa tengo! Mira, Marta, más bien hacemos esto: yo me adelanto y observo; vosotras venís detrás con Juana; si hay peligro, me pongo en medio del camino, de forma que me veáis; en ese caso, regresamos. Pero, os aseguro que los soldados, al ver esto —ya lo he previsto yo (y enseña una bolsa llena de monedas)— nos dejarán hacer todo».

«Se lo decimos también a Juana. Tienes razón».

«Entonces marchaos. Y yo también».

«¿Vas sola, María? Voy contigo» dice Marta, temerosa por su hermana.

«No. Tú ve donde Juana con María de Alfeo. Salomé y Susana te esperan cerca de la puerta por la parte de fuera de las murallas. Y luego venís por la vía principal todas juntas. Adiós». Y María Magdalena corta otros posibles comentarios yéndose rauda con su bolsa de bálsamos y sus monedas en el pecho.

Va tan rápida, que parece volar por el camino, que se hace más alegre con el primer rosicler de la aurora. Pasa la puerta Judicial para ahorrar tiempo. Y nadie la para...

619.3 [3]Las otras la ven alejarse. Luego vuelven las espaldas a la bifurcación de calles en que estaban y toman otra, estrecha y obscura, que luego se abre, ya cerca del Sixto, para formar una calle más ancha y abierta, donde hay hermosas casas. Se separan: Salomé y Susana siguen por esa misma calle; Marta y María de Alfeo llaman al portón herrado, y se ponen delante de la pequeña ventana —un ventanillo— entreabierta por el portero.

Entran y van donde Juana, la cual, ya levantada y vestida toda de un morado obscurísimo que resalta aún más su palidez, está trabajando también con unos bálsamos, junto con la nodriza y una criada.

«¿Habéis venido? Dios os lo pague. Pero, si no hubierais venido, habría ido yo... En busca de consuelo... Porque, después de ese tremendo día, muchas cosas se han alterado. Y, para no sentirme sola, debo ir a apoyarme en esa piedra y llamar y decir: "Maestro, soy la pobre Juana... No me dejes sola también Tú..."».

Juana llora quedo, pero con mucha desolación, mientras Ester, la nodriza, hace vistosos gestos indescifrables detrás de Juana mientras le coloca el manto.

«Yo me marcho, Ester».

«¡Dios te dé consuelo!».

Salen del palacio para unirse a las compañeras. Es en este momento cuando se produce el breve y fuerte terremoto, que hace cundir el pánico de nuevo entre los jerosolimitanos, aterrorizados todavía por los hechos acaecidos el viernes. Las tres mujeres vuelven sobre sus pasos precipitadamente, y se quedan en el amplio vestíbulo, en medio de las criadas y criados que gritan e invocan al Señor, temerosas de nuevos temblores de tierra...

[4]...La Magdalena, sin embargo, está ya en la entrada del caminito que lleva al huerto de José de Arimatea cuando la sorprende el potente estampido, potente pero armónico, de este signo celeste. Al mismo tiempo, en la luz levemente rosada de la aurora que va avanzando en el cielo —donde todavía en el Occidente resiste una tenaz estrella— y que va poniendo melado el aire hasta ahora levemente verdoso, se enciende una gran luz, que desciende como si fuera un globo incandescente, brillantísimo, cortando en zigzag el aire sereno. 619.4

Pasa muy cerca de María de Magdala (casi hace que se caiga al suelo). Ella se pliega un poco susurrando: «¡Mi Señor!», y luego, como un tallito tras el paso del viento, se endereza de nuevo y, más veloz, corre hacia el huerto.

Entra en él rápidamente: va hacia el sepulcro de roca como un pájaro perseguido en busca de su nido. Pero, a pesar de toda su prisa, no puede estar allí cuando el celeste meteoro hace de palanca y de llama en la argamasa con que está sellada y reforzada la pesada piedra; ni cuando, con fragor final, la puerta de piedra cae produciendo una vibración que se une a la del terremoto, el cual, a pesar de ser breve, es de una violencia tal, que echa por tierra a los soldados como muertos.

María, al llegar, ve a estos inútiles carceleros del Triunfador arrojados al suelo como un haz de espigas cortadas. María Magdalena no relaciona el terremoto con la Resurrección, sino que, al ver ese espectáculo, cree que se trata del castigo de Dios contra profanadores del Sepulcro de Jesús, y cae de rodillas diciendo: «¡Ay, se lo han

llevado!». Está verdaderamente desolada. Llora como una niña que hubiera venido a buscar a su padre, con la seguridad de encontrarlo, y se hubiera encontrado vacía la casa.

619.5 [5]Luego se alza y se marcha corriendo en busca de Pedro y Juan. Y, dado que ya sólo piensa en avisar a los dos, no se acuerda de ir al encuentro de las compañeras, ni se acuerda de detenerse en el camino, sino que, veloz como una gacela, vuelve a pasar por el camino recorrido antes, atraviesa la puerta Judicial y corre desalada por las calles, que ahora tienen un poco más de gente, para toparse contra el portón de la casa amiga y golpearlo y empujarlo furiosamente.

Le abre la dueña. «¿Dónde están Juan y Pedro?» pregunta jadeante y angustiada María Magdalena.

«Allí», y la mujer señala hacia el Cenáculo.

María de Magdala entra y, nada más entrar, enfrente de los dos asombrados apóstoles, dice (y en su voz, mantenida baja por piedad hacia la Madre, hay más angustia que si hubiera gritado): «¡Se han llevado del Sepulcro al Señor! ¡Quién sabe dónde le habrán puesto?», y por primera vez se tambalea y vacila y, para no caerse, se agarra donde puede.

«¿Cómo! ¿Qué dices?» preguntan los dos.

Y ella, jadeante: «Yo me adelanté... para comprar a los soldados que estaban de guardia... para que nos permitieran embalsamar. Ellos están allí como muertos... El Sepulcro está abierto, la piedra por el suelo... ¿Quién? ¿Quién habrá sido? ¡Venid! Vamos corriendo...».

Pedro y Juan se encaminan. María los sigue a algunos pasos de distancia. Luego vuelve, agarra a la dueña de la casa, la zarandea con violencia movida de su amor previsor y le dice junto a la cara con voz sibilante: «Que no se te ocurra dejar pasar a *nadie* donde está Ella (y señala la puerta de la habitación de María). Recuerda que *yo* mando en ti. Obedece y calla». Y, dejándola verdaderamente sobrecogida, da alcance a los apóstoles, que con paso veloz van hacia el Sepulcro...

619.6 [6]...Entretanto, Susana y Salomé, en llegando a las murallas, habiendo dejado a sus compañeras, se ven sorprendidas por el terremoto. Atemorizadas, se refugian debajo de un árbol, y se quedan allí, con el dilema de si ir hacia el Sepulcro o si huir hacia la casa de Juana: pero el amor vence al miedo y van hacia el Sepulcro.

Entran, todavía turbadas, en el huerto, y ven a los soldados, como muertos... Ven una gran luz salir del Sepulcro abierto. Aumenta su turbación, y termina haciéndose completa cuando, cogidas de la mano para infundirse recíprocamente ánimos, se asoman a la entra-

da y, en la obscuridad de la gruta sepulcral, ven a una criatura luminosa y hermosísima, dulcemente sonriente, saludarlas desde el sitio donde está: apoyada en la parte derecha de la piedra de la unción, cuyo gris volumen, detrás de tanto incandescente esplendor, se desvanece. Caen de rodillas, aturdidas por el estupor.

Pero el ángel les habla dulcemente: «No tengáis miedo de mí. Soy el ángel del divino Dolor. He venido para experimentar la dicha de su final: ya no existe el dolor del Cristo ni su anonadamiento en la muerte. Jesús de Nazaret, el Crucificado al que vosotras buscáis, ha resucitado. ¡Ya no está aquí! Vacío está el lugar en que había sido colocado. Exultad conmigo. Id. Decidle a Pedro y decid a los discípulos que ha resucitado y que os precede hacia Galilea. Allí le veréis todavía, aunque por poco tiempo, según ha dicho».

Las mujeres caen rostro en tierra y, cuando lo alzan, huyen como si un castigo las persiguiera. Están aterrorizadas y susurran: «¡Ahora moriremos! ¡Hemos visto al ángel del Señor!».

Ya en pleno campo se calman un poco, y se consultan recíprocamente. ¿Qué hacer? Si dicen lo que han visto, no las creerán; si dicen que vienen de allí, pueden ser acusadas por los judíos de haber matado a los soldados que estaban de guardia. No, no pueden decir nada; ni a los amigos ni a los enemigos...

Atemorizadas, enmudecidas, vuelven por otro camino hacia casa. Entran y se refugian en el Cenáculo. Ni siquiera piden ver a María... Y allí piensan que lo que han visto ha sido un engaño del Demonio. Siendo, como son, humildes, juzgan que «no puede ser que a ellas les haya sido concedido ver al enviado de Dios. Es Satanás el que ha querido atemorizarlas para alejarlas de allí».

Lloran y oran como dos niñas asustadas por una pesadilla...

[7]...El tercer grupo, el de Juana, María de Alfeo y Marta, visto que 619.7
nada nuevo sucede, se decide a ir al lugar donde, sin duda, están las compañeras esperando. Salen a las calles, donde ya hay gente, gente asustada que habla del nuevo terremoto y lo relaciona con los hechos del viernes y ve incluso lo que no existe.

«¡Mejor, si están todos asustados! Quizás también lo estén los soldados de la guardia y no pongan objeciones» dice María de Alfeo. Y van raudas hacia las murallas.

[8]Pero, mientras ellas van allá, al huerto han llegado ya Pedro y 619.8
Juan, seguidos por la Magdalena. Y Juan, más rápido, es el primero en llegar al Sepulcro. Los soldados ya no están. Tampoco está ya el ángel.

Juan se arrodilla, temeroso y afligido, en la entrada totalmente abierta; se arrodilla para hacer un acto de veneración y para captar

algún indicio de las cosas que ve. Pero sólo ve, en el suelo, los paños de lino, puestos en un montón encima de la Sábana. «¡Pues verdaderamente no está, Simón! Es como lo había visto María. Ven, entra, mira».

Pedro, jadeando por la gran carrera realizada, entra en el Sepulcro. Por el camino había dicho: «No me voy a atrever a acercarme a ese sitio». Pero ahora sólo piensa en descubrir dónde puede estar el Maestro. E incluso le llama, como si pudiera estar escondido en algún rincón obscuro.

La obscuridad, en esta hora matutina, es todavía fuerte en el profundo Sepulcro cuya única fuente de luz es la pequeña abertura de la puerta, en la que proyectan sombra ahora Juan y la Magdalena... Y Pedro tiene dificultad para ver, de forma que tiene que ayudarse con las manos... Toca, temblando, la mesa de la unción y la siente vacía...

«¡No está, Juan! ¡No está!... ¡Ven también tú! Yo he llorado tanto, que casi no veo con esta poca luz».

Juan se pone de pie y entra. Mientras Juan hace esto, Pedro descubre el sudario, colocado en un rincón, bien doblado; y, dentro del sudario, cuidadosamente enrollada, la sábana.

«Verdaderamente se lo han llevado. Los soldados estaban no por nosotros sino para hacer esto... Y nosotros les hemos dejado actuar. Marchándonos, lo hemos permitido...».

«¡Oh! ¿Dónde le habrán puesto!».

«Pedro... Pedro... ahora sí que ya no hay nada que hacer».

Los dos discípulos salen abatidos por completo.

«Vamos, mujer. Díselo tú a su Madre...».

«Yo no me marcho. Me quedo aquí... Alguno vendrá... No, no me voy... Aquí hay todavía algo que de Él. Tenía razón su Madre... Respirar el aire donde Él ha estado es el único consuelo que nos queda».

«El único consuelo... Ahora tú también te percatas de que esperar era una quimera...» dice Pedro.

María ni siquiera responde. Se deja caer al suelo, justo junto a la entrada, y llora mientras los otros se marchan lentamente.

619.9 [9]Luego levanta la cabeza y mira adentro, y, a través de las lágrimas, ve a dos ángeles, sentados el uno en la cabecera y el otro en los pies de la piedra de la unción. Está tan aturdida la pobre María, en su más fiera batalla entre la esperanza que muere y la fe que no quiere morir, que los mira alelada, sin asombro siquiera. Ya no tiene sino lágrimas la mujer fuerte que con heroísmo ha resistido todo.

«¿Por qué lloras, mujer?» pregunta uno de los dos luminosos muchachos (porque su aspecto es el de dos hermosísimos adolescentes).

«Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde le han puesto».

María habla con ellos sin miedo. No pregunta: «¿Quiénes sois?». Nada. Ya nada le causa estupor. Todo lo que puede asombrar a una criatura ella ya lo ha sufrido. Ahora es sólo un ser quebrantado que llora sin fuerzas y sin reserva.

El jovencito angélico mira a su compañero y sonríe. Y el otro también. Y, resplandeciendo de júbilo angélico, ambos miran afuera, hacia el huerto del todo florecido por los millones de corolas que se han abierto con el primer sol en los tupidos manzanos del pomar.

[10]María se vuelve para ver a quién miran. Y ve a un Hombre, hermosísimo, al que no sé como puede no reconocer inmediatamente. Un Hombre que la mira con piedad y le pregunta: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?». Es verdad que es un Jesús velado por su propia piedad hacia la criatura, a la que las demasiadas emociones han agotado y podría morir a causa de la repentina alegría; pero de verdad me pregunto cómo puede no reconocerle. 619.10

Y María, entre sollozos: «¡Se me han llevado al Señor Jesús! Había venido a embalsamarle en espera de que resucitara... He tenido recogido todo mi coraje y mi esperanza, y mi fe, en torno a mi amor... y ahora ya no le encuentro... No, más bien he puesto mi amor en torno a la fe, a la esperanza y al coraje, para defenderlos de los hombres... ¡Pero todo es inútil! Los hombres me han robado a mi Amor, y con Él me han arrebatado todo... ¡Oh, mi señor, si eres tú el que se lo ha llevado, dime dónde le has puesto! Y yo iré por Él... No se lo diré a nadie... Será un secreto entre tú y yo. Mira: soy la hija de Teófilo, la hermana de Lázaro, pero estoy de rodillas delante de ti suplicándote, como una esclava. ¿Quieres que te compre su Cuerpo? Lo haré. ¿Cuánto quieres? Soy rica. Puedo darte tanto oro y gemas como pesa su Cuerpo. Pero devuélvemele. No te denunciaré. ¿Quieres golpearme? Hazlo. Haciéndome verter sangre, si quieres. Si sientes odio hacia Él, descárgalo sobre mí. Pero devuélvemele. ¡Oh, mi señor, no me hagas pobre de esta manera, con esta indigencia! ¡Piedad de una pobre mujer!... ¿Por mí no quieres? Por su Madre, entonces. ¡Dime! Dime dónde está mi Señor Jesús. Soy fuerte. Le tomaré entre mis brazos y le llevaré como a un niño a lugar seguro. Señor... señor... ya lo ves... hace tres días que la ira de Dios se descarga sobre nosotros por lo que se hizo al Hijo de Dios... No añadas la Profanación al Delito...».

«¡María!». Jesús aparece radioso al llamarla. Se revela con su esplendor triunfante.

«¡Rabbuní!». El grito de María es verdaderamente "el gran grito" que cierra el ciclo de la muerte. Con el primero, las tinieblas del odio fajaron a la Víctima con vendas fúnebres; con el segundo, las luces

del amor aumentaron su esplendor. Y María, al emitir este grito que llena el huerto, se alza y, presurosa, va a los pies de Jesús, a esos pies que quisiera besar.

Jesús, tocándola apenas con la punta de los dedos en la frente, la separa: «¡No me toques! No he subido con esta figura todavía a mi Padre. Ve donde mis hermanos y amigos y diles que subo al Padre mío y vuestro, a mi Dios y a vuestro Dios, y luego iré donde ellos». Y Jesús, absorbido por una luz irresistible, desaparece.

619.11 [11]María besa el suelo donde Él estaba y corre hacia la casa. Entra como un rayo —la puerta está entornada para dejar paso al amo de la casa, que se dirige hacia la fuente—, abre la puerta de la habitación de María y se deja caer en el corazón de Ella, gritando: «¡Ha resucitado! ¡Ha resucitado!», y llora llena de dicha.

Y, mientras acuden Pedro y Juan y del Cenáculo vienen las asustadas Salomé y Susana y escuchan lo que la Magdalena dice, también vuelven de la calle María de Alfeo y Marta y Juana, las cuales, con respiro entrecortado, dicen que ellas también han estado allí, y que han visto a dos ángeles que decían ser el Custodio del Hombre Dios y el Ángel de su Dolor, y que les han dado la orden de decir a los discípulos que había resucitado. Y, al ver que Pedro menea la cabeza, insisten diciendo: «Sí. Han dicho: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado, como dijo estando todavía en Galilea. ¿No os acordáis? Dijo: 'El Hijo del hombre debe ser entregado en manos de los pecadores y ser crucificado. Pero al tercer día resucitará'"».

Pedro menea la cabeza diciendo: «¡Demasiadas cosas en estos días! Os han ofuscado».

La Magdalena alza la cabeza del pecho de María y dice: «¡Le he visto! Le he hablado. Me ha dicho que sube al Padre y luego viene. ¡Qué hermoso estaba!», y llora como nunca ha llorado, ahora que ya no ha de torturarse a sí misma para hacer fuerza contra la duda procedente de todas partes.

Pero Pedro, y también Juan, se quedan muy dudosos. Se miran y sus ojos dicen: "¡Imaginación de mujeres!".

Entonces también Susana y Salomé se atreven a hablar. Pero la misma, inevitable diferencia en los detalles de los soldados, que primero están como muertos y luego ya no están; y de los ángeles, que en un momento son uno y en otro dos, y que no se han mostrado a los apóstoles; y de las dos versiones sobre el hecho de que Jesús va allí o que precede a los suyos hacia Galilea... esto hace que la duda, es más, la persuasión de los apóstoles crezca cada vez más.

619.12 [12]María, la Madre dichosa, calla, sujetando a la Magdalena... No

comprendo el misterio de este silencio materno.

María de Alfeo dice a Salomé: «Vamos a volver allá nosotras dos: Vamos a ver si estamos todas borrachas...», y se marchan rápidas.

Las otras se quedan —comedidamente no tomadas en consideración por los dos apóstoles— junto a María, que guarda silencio, absorta en un pensamiento que cada uno interpreta a su manera y que ninguno comprende que es un éxtasis.

Vuelven las dos mujeres ya más bien ancianas: «¡Es verdad! ¡Es verdad! Le hemos visto. Nos ha dicho junto al huerto de Bernabé: "Paz a vosotras. No temáis. Id a decir a mis hermanos que he resucitado y que vayan dentro de unos días a Galilea. Allí estaremos todavía un tiempo juntos". Esto ha dicho. María tiene razón. Hay que decírselo a los de Betania, a José, a Nicodemo, a los discípulos más leales, a los pastores. Hay que ir, hay que hacer, hacer... ¡Oh! ¡Ha resucitado!...», lloran todas, felices.

«No estáis en vuestros cabales, mujeres. El dolor os ha ofuscado. La luz os ha parecido ángel; el viento, voz; el Sol, Cristo. Yo no os critico. Os comprendo, pero sólo puedo creer en lo que he visto: el Sepulcro abierto y vacío, y los soldados que habían substraído el Cadáver y habían huido».

«¡Pero si lo dicen los propios soldados, que ha resucitado! ¡Si la ciudad está toda revuelta, y los príncipes de los sacerdotes están locos de ira, porque los soldados, huyendo aterrorizados, han hablado! Ahora quieren que digan lo contrario y los pagan por hacerlo. Pero ya se sabe. Y, si los judíos no creen en la Resurrección, *no quieren creer*, muchos otros creen...».

«¡Mmm! ¡Las mujeres!...». Pedro se encoge de hombros y hace ademán de marcharse.

[13]Entonces la Madre, que sigue teniendo sobre su corazón a la Magdalena (que llora como un sauce bajo un aguacero por su desmesurada dicha), besándole sus rubios cabellos, alza su rostro transfigurado y dice una breve frase: «Realmente ha resucitado. Yo le he tenido entre mis brazos y he besado sus Llagas», y luego reclina otra vez su cabeza sobre los cabellos de la apasionada y dice: «Sí, la dicha es mayor aún que el dolor. Y no es más que un granito de arena respecto a lo que será tu océano de dicha eterna. ¡Oh, bienaventurada que por encima de la razón has hecho hablar al espíritu!». 619.13

Pedro ya no osa negar... y, con uno de esos virajes del Pedro antiguo, que ahora vuelve a aflorar, dice, y grita, como si de los otros y no de él dependiera el retraso: «Pues entonces, si es así, hay que comunicárselo a los otros; a los que están dispersos por los campos... buscar... hacer... ¡Venga, moveos! Si realmente fuera allí... al menos

que nos encuentre», y no se da cuenta de que todavía está confesando que no cree ciegamente en la Resurrección.

620. Consideraciones sobre la Resurrección.

21 de febrero de 1944.

620.1 [1]Dice Jesús:

«Las oraciones ardientes de María anticiparon algo mi Resurrección.

Yo había dicho: "Al Hijo del hombre le matarán, pero al tercer día resucitará". Había muerto a las tres de la tarde del viernes. Tanto si calculáis los días por su nombre como si calculáis las horas, no era el alba dominical la que debía verme resucitar. En cuanto a horas, mi Cuerpo había estado sin vida treinta y ocho, en vez de setenta y dos; en cuanto a días, habría debido, al menos, llegar la tarde de este tercer día para decir que había estado tres días en la tumba.

Pero María anticipó el milagro. Como cuando con su oración abrió los Cielos algunos años antes respecto a la época fijada para dar al mundo su Salvación, así ahora Ella obtiene la anticipación de algunas horas para dar consuelo a su corazón agonizante.

620.2 [2]Y Yo, al rayar el alba del tercer día, baje como sol que desciende, y con mi fulgor derretí los sellos humanos, tan inútiles ante el poder de un Dios; con mi fuerza hice palanca para volcar la piedra inútilmente vigilada; con mi aparición creé un fulgor que echó por tierra a los tres veces inútiles soldados que habían sido puestos de guardia para custodia de una muerte que era Vida y que ninguna fuerza humana podía impedir que lo fuera.

Mucho más potente que vuestra corriente eléctrica, mi Espíritu entró como espada de Fuego divino a dar calor a los fríos restos mortales de mi Cadáver, y al nuevo Adán el Espíritu de Dios le sopló la vida, diciéndose a sí mismo: "Vive. Lo quiero".

Yo, que había resucitado a los muertos cuando no era sino el Hijo del hombre, la Víctima designada para cargar con las culpas del mundo, ¿no iba a poder resucitarme a mí mismo, ahora que era el Hijo de Dios, el Primero y el Último, el Viviente eterno, Aquel que tiene en sus manos las llaves de la Vida y la Muerte? Y mi Cadáver sintió que la Vida volvía a Él.

Mira: respiro profundamente, como un hombre que se despierte después del sueño producido por una enorme fatiga. Y todavía no abro mis ojos. La sangre vuelve a circular, todavía poco rápida, en las venas, y devuelve el pensamiento a la mente. ¡Y venía de tan le-

jos! Mira: como en un hombre herido y sanado por una fuerza milagrosa, la sangre vuelve a las venas vacías, llena el Corazón, da calor a los miembros del Cuerpo, y las heridas se cierran, desaparecen cardenales y llagas, la fuerza vuelve. ¡Y estaba tan herido! Interviene la Fuerza y Yo quedo curado, me despierto, vuelvo a la Vida. Estuve muerto. ¡Ahora vivo! ¡Ahora me pongo en pie!

Me quito la mortaja, aparto de mí la capa de ungüentos. No los necesito para aparecer como Belleza eterna, como eterna Integridad. Me visto con vestiduras que no son de esta Tierra, sino que las ha tejido quien es mi Padre, Él, que teje la seda de las virginales azucenas. Estoy vestido de esplendor. Mi adorno son las llagas, que ya no rezuman sangre sino que irradian luz, esa luz que será el gozo de mi Madre y de los bienaventurados, y el terror, la visión insoportable de los malditos y de los demonios en la Tierra y en el último día.

[3]El ángel de mi vida de hombre y el ángel de mi dolor están pos- 620.3
trados delante de mí y adoran mi Gloria. Están mis dos ángeles. Uno, para gozarse en la visión de su Custodiado, que ahora ya no tiene necesidad de la angélica defensa. El otro, que ha visto mis lágrimas, para ver mi sonrisa; que ha visto mi batalla, para ver mi victoria; que ha visto mi dolor, para ver mi dicha.

[4]Y salgo al huerto lleno de capullos de flores y rocío. Y los manza- 620.4
nos abren sus corolas para formar un arco florecido sobre mi cabeza de Rey. Las hierbas hacen de alfombra de gemas y de corolas a mi pie, que vuelve a pisar la Tierra redimida después de haber sido alzado sobre ella para redimirla. Me saluda el primer sol, y el viento dulce de abril, y la leve nube que pasa, rosácea como mejilla infantil, y los pájaros entre las frondas. Soy su Dios. Me adoran.

Paso entre los soldados desvanecidos, símbolo de las almas en pecado mortal, *que no oyen* el paso de Dios.

¡Es Pascua, María! ¡Esto sí que es el "Paso del Ángel de Dios"! Su Paso de la muerte a la vida. Su Paso para dar Vida a los que creen en su Nombre. ¡Es Pascua! Es la Paz que pasa por el mundo. La Paz ya sin el velo de la condición de hombre; libre, completa en su restablecida eficiencia de Dios.

[5]Y voy donde mi Madre. Muy justo es que vaya. Lo fue para mis 620.5
ángeles, mucho más lo es para aquella que, además de custodiadora mía y consuelo mío, fue la que me dio la vida. Antes incluso de volver al Padre con mi figura humana glorificada, voy a mi Madre. Voy con el fulgor de mi figura paradisíaca y de mis Gemas vivas. Ella me puede tocar, Ella puede besarlas, porque es la Pura, la Hermosa, la Amada, la Bendita, la Santa de Dios.

El nuevo Adán va donde la nueva Eva. El mal entró en el mundo

a través de la mujer, y la Mujer lo ha vencido. El Fruto de la Mujer ha desintoxicado a los hombres de la baba de Lucifer. Ahora, *si ellos quieren, pueden salvarse*. Ha salvado a la mujer que tan frágil quedó después de la mortal herida.

620.6 [6]Y después de a la Pura —a la que por derecho de santidad y maternidad es justo que vaya el Hijo-Dios— me presento a la mujer redimida, a la que es cabeza, representante *de todas las femeniles criaturas* a que he venido a liberar de la presa de la lujuria. Para que les diga a ellas que se acerquen a mí para curarse; que tengan fe en mí; que crean en mi Misericordia que comprende y perdona; que para vencer a Satanás, que atormenta su carne, miren a mi Carne adornada con las cinco heridas.

No dejo que ella me toque. Ella no es la Pura, que puede tocar sin contaminar al Hijo que vuelve al Padre. Mucho debe purificar todavía con la penitencia. Pero su amor merece este premio. Ella *ha sabido resucitar por su voluntad* del sepulcro de su vicio; estrangular a Satanás, que la tenía apresada; desafiar al mundo por amor a su Salvador; ha sabido despojarse de todo lo que no fuera amor; ha sabido ser sólo amor que se consume por su Dios. Y Dios la llama: "María". Oye cómo responde: "¡Rabbuní!". En ese grito está su corazón.

A ella, que lo ha merecido, le doy el encargo de ser la mensajera de la Resurrección. Y una vez más sufrirá el escarnio, leve escarnio, como si delirara. Pero no le importa nada a María de Magdala, a María de Jesús, el juicio de los hombres. Me ha visto resucitado, y ello le produce una alegría que calma todo otro sentimiento.

¿Ves cómo amo a quien fue culpable, *pero quiso salir de la culpa*? Ni siquiera es a Juan al primero que me aparezco. Me aparezco a la Magdalena. Juan había recibido ya de mí el grado de hijo. Podía recibirlo, porque era puro y podía ser hijo no sólo espiritual, sino también dador y receptor —a la Pura y de la Pura de Dios— de los cuidados o necesidades que están ligados a la carne.

Magdalena, la resucitada a la Gracia, tiene la primera visión de la Gracia Resucitada.

620.7 [7]Cuando me amáis hasta el punto de vencer todo por mí, Yo tomo vuestra cabeza y vuestro corazón enfermos entre mis manos traspasadas y espiro en vuestro rostro mi Poder. Y os salvo, os salvo, amados hijos. Y de nuevo aparecéis hermosos, sanos, libres, felices; volvéis a ser los amados hijos del Señor; hago de vosotros los portadores de mi Bondad en medio de los indigentes seres humanos, aquellos que les dais a ellos testimonio de mi Bondad, para convencerlos de ella y de mí.

Tened, tened, tened fe en mí. Tened amor. No temáis. Que os in-

funda seguridad en el Corazón de vuestro Dios todo lo que ese Corazón ha padecido para salvaros.

[8]Y tú, pequeño Juan, sonríe después de haber llorado. Tu Jesús 620.8
ya no sufre. Ya no hay ni Sangre ni heridas, sino que hay luz, luz, luz y alegría y gloria. Que mi luz y mi alegría estén en ti hasta que llegue la hora del Cielo».

* 621. Aparición a Lázaro.

3 de abril de 1945.

[1]El sol de una serena mañana abrileña llena de visos los bosque- 621.1
tes de rosas y jazmines del jardín de Lázaro. Y los setos de boj y de laurel, el penacho de una alta palmera que ondea leve en el linde del paseo, el tupidísimo laurel que está junto al estanque de los peces, parecen lavados por una mano misteriosa, de tanto como el copioso rocío nocturno ha limpiado y regado las hojas, tan brillantes y limpias ahora, que parecen cubiertas por un esmalte nuevo.

Pero la casa calla como si estuviera llena de muertos. Las ventanas están abiertas, pero ninguna voz llega de las habitaciones (las cuales, con las cortinas cerradas, aparecen en penumbra), y tampoco ningún ruido.

Dentro, pasado el vestíbulo al que dan muchas puertas, todas abiertas —y es extraño ver sin ningún aparejo las salas que normalmente se usan para banquetes más o menos numerosos—, hay un amplio patio enlosado, rodeado de un soportal en el que hay, acá o allá, asientos. En éstos, e incluso sentados en el suelo, en esterillas o sobre el mismo mármol, hay numerosos discípulos. Entre ellos, veo a los apóstoles Mateo, Andrés, Bartolomé, los hermanos Santiago y Judas de Alfeo, Santiago de Zebedeo y los discípulos pastores con Manahén, además de a otros que no conozco. No veo ni al Zelote ni a Lázaro ni a Maximino.

Por fin veo a este último, que entra con algunos criados y distribuye a todos pan con alimentos varios, o sea, con aceitunas o queso, o miel, y también leche fresca para quien la quiere. Pero no hay ganas de comer, a pesar de que Maximino exhorte a todos a hacerlo. Y es que la postración es profunda. Estos pocos días han excavado sus rostros, térreos a causa de la rojez producida por el llanto. Especial-

---

* *Aparición...* En relación a estas otras apariciones no reseñadas en los Evangelios (excepto la de los discípulos de Emaús y las apariciones a los Apóstoles, MV anota en una copia mecanografiada, tras haber referido *Juan 20, 30-31: Los Padres y Doctores de la Iglesia, entre los cuales S. Agustín, dicen que fueron numerosas.*

mente los apóstoles y los que huyeron desde las primeras horas muestran un aspecto deprimido; los pastores y Manahén, sin embargo, están menos postrados, o mejor: menos avergonzados, y Maximino aparece sólo virilmente afligido.

621.2 [2]Entra casi corriendo el Zelote y pregunta: «¿Está aquí Lázaro?».

«No. Está en su habitación. ¿Qué quieres?».

«En el linde del sendero, junto a la Fuente del sol, está Felipe. Viene de la llanura de Jericó. Está agotado. No quiere acercarse, porque... como todos, se siente pecador. Pero Lázaro le convencerá».

Se levanta Bartolomé y dice: «Voy también yo...».

Van donde Lázaro, el cual, cuando le llaman, sale —lleno de aflicción su rostro— de la habitación semiobscura, donde ha llorado y orado.

Salen todos. Cruzan, primero, el jardín; luego, el pueblo por la parte que se dirige ya a las faldas del Monte de los Olivos; luego llegan al extremo del pueblo, por la parte donde termina el rellano elevado en que está construido. Prosiguen ya sólo por el camino montano que baja y sube formando escalones naturales por las montañas que descienden gradualmente hacia la llanura, al Este, y suben hacia la ciudad de Jerusalén, situada al Oeste.

Ahí hay una fuente de amplia pila, en la que calman su sed ganados y hombres. El lugar se ve en esta hora solitario y fresco, porque hay mucha sombra de tupidos árboles en torno a la cisterna llena de un agua pura que se va renovando continuamente, descendiendo de algún manantial de montaña, un agua que al desbordarse mantiene húmedo el suelo.

621.3 [3]Felipe está sentado en el borde más alto de la fuente, cabizcaído, despeinado, cubierto de polvo del camino, con unas sandalias rotas que le cuelgan de los pies excoriados.

Lázaro le llama con piedad: «¡Felipe, ven a mí! Amémonos por amor a Él. Debemos estar unidos en su Nombre. ¡Hacer esto todavía es amarle!».

«¡Oh, Lázaro! ¡Lázaro! Yo huí... y ayer, más allá de Jericó, supe que había muerto... Yo... no puedo perdonarme el haber huido...».

«Todos lo hemos hecho. Menos Juan, que le ha sido fiel, y Simón, que nos ha reunido por orden suya, después de que habíamos huido como cobardes. Y... de nosotros, apóstoles, ninguno le fue fiel» dice Bartolomé.

«¿Y te lo puedes perdonar?».

«No. Pero pienso expiar, como puedo, no cayendo en el abatimiento estéril. Debemos unirnos entre nosotros. Unirnos a Juan. Conocer las últimas horas de Jesús. Juan le ha seguido siempre» responde a

Felipe su compañero Bartolomé.

«Y no dejar que muera su Doctrina. Hay que predicársela al mundo. Mantener viva, al menos, la doctrina, dado que, demasiado cargados de lastres y demasiado tardos, no hemos sabido tomar las medidas oportunas con tiempo para salvarle de sus enemigos» dice el Zelote.

«No podíais salvarle. Nada podía salvarle. Él me lo dijo. Lo repito otra vez» dice seguro Lázaro.

«¿Tú lo sabías, Lázaro?» pregunta Felipe.

«Lo sabía. Mi tortura ha sido el saber, desde el atardecer del sábado, por boca suya, cuál era su destino, y conocer los detalles, y saber cómo íbamos a reaccionar nosotros...».

«No: tú no. Tú sólo has obedecido y sufrido. *Nosotros* hemos actuado como cobardes. Tú y Simón sois los sacrificados a la obediencia» corta sin vacilación alguna Bartolomé.

«Sí. A la obediencia. ¡Oh, qué duro es oponer resistencia al amor por obediencia al Amado! [4]Ven, Felipe. En mi casa están casi todos 621.4
los discípulos. Ven tú también».

«Me avergüenzo de que me vea el mundo, y mis compañeros...».

«¡Todos somos iguales!» gime Bartolomé.

«Sí. Pero yo tengo un corazón que no se perdona».

«Eso es orgullo, Felipe. Ven. Él me dijo el atardecer del sábado: "Ellos no se perdonarán. Diles que Yo los perdono, porque sé que no son ellos, libremente, los que obran; sino que los descarría Satanás". Ven».

Felipe llora más fuerte, pero cede. Y, encorvado como si en pocos días se hubiera hecho viejo, va al lado de Lázaro hasta el patio donde todos le están esperando. Y la mirada de él a sus compañeros y la de sus compañeros a él es la confesión más clara del abatimiento total en que se encuentran.

[5]Lázaro lo advierte y dice: 621.5

«Una nueva oveja del rebaño de Cristo, atemorizada por la presencia de los lobos, y que huyó después de la captura del Pastor, ha sido recogida por el amigo de Jesús. A esta oveja dispersa, que ha conocido la amargura de la soledad, sin tener siquiera el consuelo de llorar el común error entre los hermanos, le repito yo el testamento de amor de Jesús.

Él, lo juro ante la presencia de los coros celestiales, me dijo, entre otras muchas cosas que vuestra presente debilidad no puede soportar (porque, verdaderamente, son de una desolación que desde hace diez días me laceran el corazón —y, si no supiera que mi vida es útil a mi Señor, aun siendo tan pobre y deficiente como es, me abandona-

ría a la herida de este dolor de amigo y discípulo que perdiéndole a Él todo ha perdido—), me dijo: "Los miasmas de la corrompida Jerusalén sacarán de sus cabales incluso a mis discípulos. Huirán e irán a ti". Efectivamente, como podéis ver, todos habéis venido. Todos, podría decir. Porque, menos Simón Pedro y el Iscariote, todos habéis venido a mi casa y a mi corazón de amigo. Dijo: "Reunirás, animarás a mis ovejas dispersas, les dirás que las perdono. Te confío mi perdón para ellos. No se perdonarán el haber huido. Diles que no caigan en el pecado mayor de desesperar de mi perdón".

Esto dijo. Y yo el perdón suyo os he transmitido. Y he sentido rubor de daros en su Nombre esta cosa tan santa, tan suya, como es el Perdón, o sea, el Amor perfecto, porque perfectamente ama el que perdona al culpable. Este ministerio ha confortado mi áspera obediencia... Porque hubiera querido estar allí, como María y Marta, mis dulces hermanas. Y, si Él fue crucificado en el Gólgota por los hombres, yo aquí, os lo juro, estoy crucificado por la obediencia, y es un martirio muy congojoso. Pero, si sirve para dar consuelo al Espíritu, si sirve para salvarle a sus discípulos hasta el momento en que Él los reúna para perfeccionarlos en la fe, yo inmolo una vez más mi deseo de ir *al menos* a venerar su Cadáver antes de que el tercer día muera.

621.6 [6]Sé que dudáis. No debéis hacerlo. Yo conozco sus palabras del banquete pascual sólo por lo que vosotros me habéis referido. Pero, cuanto más las pienso, más alzo, uno a uno, estos diamantes de sus verdades y más siento que esos diamantes hacen segura referencia al mañana inmediato. Él no puede haber dicho: "Voy al Padre y luego volveré" si verdaderamente no fuera a volver. No puede haber dicho: "Cuando me volváis a ver os llenaréis de gozo" si hubiera desaparecido para siempre. Él siempre dijo: "Resucitaré". Vosotros me dijisteis que dijo: "Sobre las semillas que han sido depositadas en vosotros está para venir un rocío que las hará germinar, a todas, y luego vendrá el Paráclito, que las transformará en recios árboles". ¿No dijo eso? ¡Oh, no hagáis que esto se produzca sólo en el último de sus discípulos, en el pobre Lázaro, que sólo pocas veces estuvo con Él! Cuando vuelva, haced que encuentre germinadas sus semillas rociadas con su Sangre.

En mí hay todo un resplandor de luz, todo un irrumpir de fuerzas desde la hora tremenda en que subió a la Cruz. Todo se ilumina, todo nace y echa tallo. Ninguna palabra se me queda en su pobre significado humano, sino que todo lo que oí de su boca o referido acerca de Él, ahora toma vida, y realmente mi landa yerma se transforma en fértil cuadro de jardín en que toda flor lleva su Nombre y en que

toda savia extrae su vida de su Corazón bendito.

¡Yo creo, Cristo! Pero, porque éstos crean en ti, en todas tus promesas, en tu perdón, en todo lo que eres Tú, te ofrezco mi vida. ¡Inmólala, pero haz que tu Doctrina no muera! Quebranta al pobre Lázaro, pero reúne a los miembros dispersos del núcleo apostólico. Todo lo que Tú quieras, en cambio de que se mantenga viva y para siempre tu Palabra, y a ella ahora y siempre se acerquen aquellos que sólo por ti pueden alcanzar la vida eterna».

[7]Lázaro está realmente inspirado. El amor le transporta muy alto. Y su arrobo es tan fuerte, que eleva también a sus compañeros: quién le llama a la derecha, quién a la izquierda, como si fuera un confesor, un médico, un padre. El patio de la rica casa de Lázaro me hace pensar, no sé por qué, en las moradas de los patricios cristianos en tiempos de persecución y de heroica fe... 621.7

Está inclinado hacia Judas de Alfeo, que no logra encontrar una razón para calmar su angustia de haber dejado a su Maestro y primo, cuando *algo* le hace erguirse de improviso. Mira a su alrededor y luego dice claramente: «Voy, Señor». Es su palabra de diligente adhesión de siempre. Y sale, corriendo como detrás de alguien que le llamara y precediera.

Todos se miran asombrados, interrogativos unos con otros.

«¿Qué ha visto?».

«¡Pero si no hay nada!».

«¿Has oído una voz tú?».

«Yo no».

«Yo tampoco».

«¿Y entonces? ¿Será que está otra vez enfermo Lázaro?».

«Quizás... Ha sufrido más que nosotros, y a nosotros, cobardes, nos ha dado mucha fuerza. Quizás ahora ha caído en estado de delirio».

«Sí, tiene la cara muy desmejorada».

«Y sus ojos ardían cuando hablaba».

«Será Jesús, que le ha llamado al Cielo».

«Sí, Lázaro le acababa de ofrecer la vida... Lo ha recogido en seguida como a una flor... ¡Oh, pobres de nosotros! ¿Qué haremos ahora?».

Los comentarios son heterogéneos y dolorosos.

[8]Lázaro cruza el vestíbulo, sale al jardín. Sigue corriendo, sonriendo, susurrando (y en su voz está su alma): «Voy, Señor». Llega a una espesura de bojes que forman un verde rincón apartado y solitario (nosotros diríamos un cenador, verde), y cae de rodillas, rostro en tierra, gritando: «¡Oh, mi Señor!». 621.8

Y es que Jesús, en su belleza de Resucitado, está en el límite de este verde rincón y le sonríe... y le dice: «Todo está cumplido, Lázaro. He venido a decirte "gracias, amigo fiel". He venido a decirte que digas a los hermanos que, inmediatamente, vayan a la casa de la Cena. Tú —otro sacrificio, amigo, por amor a mí—, tú quédate, por el momento, aquí... Sé que ello te hace sufrir. Pero sé que eres generoso. María, tu hermana, está ya consolada, porque la he visto y me ha visto».

«Ya no sufres, Señor. Esto me compensa todos los sacrificios. He... sufrido sabiendo que sufrías... y no estando...».

«¡Estabas! Tu espíritu estaba al pie de mi Cruz, y estaba en la obscuridad de mi sepulcro. Tú me has llamado antes, como todos los que me han amado totalmente, de las profundidades en que estaba. Ahora te he dicho: "Ven, Lázaro". Como en el día de tu resurrección. Pero tú hacía ya muchas horas que me decías: "Ven". He venido. Y te he llamado. Para sacarte yo también de las profundidades de tu dolor. Ve. ¡Paz y bendición a ti, Lázaro! Crece en mi amor. Volveré aún».

621.9 [9]Lázaro ha estado todo este tiempo de rodillas sin atreverse a hacer gesto alguno. La majestad del Señor, a pesar de estar suavizada con el amor, es tal, que paraliza el modo habitual de actuar de Lázaro.

Pero Jesús, antes de desaparecer en un torbellino de luz que le absorbe, da un paso y roza con su Mano la frente fiel.

Es entonces cuando Lázaro se despierta de su arrobamiento beato. Se alza y corre presurosamente donde sus compañeros, con luminosidad de alegría en los ojos y luminosidad en la frente rozada por el Cristo, grita: «¡Ha resucitado, hermanos! Me ha llamado. He ido. Le he visto. Me ha hablado. Me ha dicho que os dijera que fuerais inmediatamente a la casa de la Cena. ¡Id! ¡Id! Yo me quedo aquí, porque Él así lo quiere. Pero mi júbilo es completo...». Y Lázaro, en su alegría, llora mientras anima a los apóstoles a ser los primeros en ir donde Él manda ir. «¡Id! ¡Id! ¡Os requiere! ¡Os quiere! No le tengáis miedo... ¡Oh, más que nunca ahora es el Señor, la Bondad, el Amor!».

También los discípulos se levantan... Betania se vacía. Se queda Lázaro con su gran corazón consolado...

622. Aparición a Juana de Cusa.

4 de abril de 1945.

622.1 [1]En una rica estancia, donde malamente logra filtrarse la luz exterior, llora Juana, desmayados sus miembros, sentada en un asien-

to junto a la baja cama cubierta con espléndidos cobertores. Llora con un brazo apoyado en el borde del lecho y la frente sobre el brazo, estremecida por unos sollozos que deben romperle el pecho. Cuando, con la fatiga del llanto, levanta un momento la cabeza, buscando aire, su cara está literalmente bañada en lágrimas, y se ve una vasta mancha húmeda en el cobertor precioso. Luego vuelve a reclinar la cabeza sobre el brazo y vuelve a verse de ella solamente el cuello, delgado y blanquísimo, la masa de sus cabellos morenos, los hombros —muy gráciles— y la parte superior del tronco. El resto se pierde en la penumbra que anula al cuerpo envuelto en un vestido morado obscuro.

Sin descorrer la cortina ni entreabrir la puerta, entra Jesús; sin ruido, se acerca a ella. Roza sus cabellos con la Mano y pregunta con voz susurrante: «¿Por qué lloras, Juana?».

Y Juana, que debe creer que es su ángel el que le hace esta pregunta, y que no ve nada porque no levanta la cabeza del borde de la cama, con un llanto aún más desolado, expresa la causa de su tormento: «Porque no tengo ni siquiera el Sepulcro del Señor para ir a verter mi llanto y no estar sola...».

«Pero si ha resucitado. ¿No te sientes feliz de ello?».

«¡Oh, sí! Pero todas le han visto, menos yo y Marta. Y Marta le verá, sin duda, en Betania... porque aquélla es casa amiga. La mía... la mía ya no lo es... Todo he perdido con su Pasión... He perdido a mi Maestro y también el amor de mi marido... Y su alma... porque no cree... no cree... y se burla de mí... y me impone no venerar siquiera la memoria de mi Salvador... para evitar su propio quebranto... Para él es más importante el interés humano... Yo... yo... yo no sé si seguir amándole o si despreciarle; no sé si obedecerle como esposa o desobedecerle —como querría mi alma—, por el desposorio, mayor, del espíritu con el Cristo a quien permanezco fiel... Yo... yo quisiera saber... ¿Y quién me aconseja, si ya la pobre Juana no puede ya llegar a Él? ¡Oh... para mi Señor la Pasión ha terminado!... Para mí, ha comenzado el Viernes, y sigue... ¡Es que soy muy débil y no tengo fuerza para llevar esta cruz!...».

«¿Pero si Él te ayudara, querrías por Él llevarla?».

«¡Sí! Si me ayuda, sí... Él sabe lo que es llevar solo la cruz... ¡Oh, piedad de mi desventura!...».

«Sí. *Yo sé* lo que es llevar solo la cruz. Por eso he venido y estoy a tu lado. [2]Juana, ¿comprendes quién es el que te está hablando? ¿Di- 622.2
ces que tu casa ya no es amiga de Cristo? ¿Por qué? Él, el esposo terreno, es como un astro cubierto por una nube de miasmas humanos, pero tú sigues siendo Juana de Jesús. No te ha dejado el Maestro.

Jesús no deja nunca a las almas que con Él se desposan. Es siempre el Maestro, el Amigo, el Esposo... también ahora, que es el Resucitado. Alza la cabeza, Juana. Mírame. En este momento de adoctrinamiento secreto, y más dulce que si me hubiera aparecido a ti como a las otras, te digo cuál debe ser tu conducta futura. La que deberá ser la de muchas hermanas tuyas. Ama con paciencia y sumisión a tu turbado esposo. Aumenta tu dulzura cuanto más alimente en sí amarguras de miedos humanos; aumenta tu luminosidad espiritual cuanto más genere por sí mismo sombras de terrenos intereses. Sé fiel por dos. Y sé fuerte en tu desposorio del espíritu. ¡Cuántas, en el futuro, deberán elegir entre la voluntad de Dios y la del esposo! Pero serán grandes cuando, por encima del amor y la maternidad, sigan a Dios. Tu pasión está comenzando. Sí. Pero ya ves que toda pasión termina en una resurrección...».

Juana ha ido poco a poco levantando la cabeza. Sus sollozos se han ido espaciando más. Ahora mira, y ve, y se deja caer de rodillas, adorando y susurrando: «¡El Señor!».

«Sí, el Señor. Ya ves que en este modo como he estado contigo no he estado con ninguna de ellas. Es que veo las necesidades particulares y valoro el auxilio que ha de prestarse a las almas que de mí esperan ayuda. Sube a tu calvario de esposa con la ayuda de mi caricia y de la de tu inocente. Ha entrado conmigo en el Cielo y me ha dado su caricia por ti. Yo te bendigo, Juana. Ten fe. Te he salvado. Tú salvarás si tienes fe».

622.3 [3]Juana ahora sonríe, y se atreve a preguntar: «¿No vas donde los niños?».

«Los he besado al amanecer, mientras todavía dormían en su camita. Han creído que era un ángel del Señor. A los inocentes puedo besarlos cuando quiero. Pero no los he despertado para no turbarlos demasiado. Su alma conserva el recuerdo de mi beso... y lo transmitirá, a su debido tiempo, a la mente. Nada mío se pierde. Tú sé siempre una madre para ellos. Y siempre sé hija de mi Madre. No te separes nunca totalmente de Ella. Ella te recordará siempre, con suavidad materna, lo que fue nuestra amistad. Y llévale los niños. Tiene necesidad de estar con niños para sentirse menos sola por la ausencia de su Hijo...».

«Cusa no va a querer...».

«Cusa te va a dejar actuar».

«¿Me va a repudiar, Señor?». Es un grito de nueva congoja.

«Es un astro eclipsado. Condúcele de nuevo a la luz con tu heroísmo de esposa y de cristiana. Adiós. Aparte de a mi Madre, no hables a otros de esta visita mía. Las revelaciones también han de ma-

nifestarse a quien, y cuando, conviene hacerlo».

Jesús le sonríe radioso, y en su fulgor desaparece.

Juana se alza, enajenada, con opuestos sentimientos de alegría y pena, entre el temor de haber soñado y la certidumbre de haber visto. Pero lo que siente dentro le da seguridad. [4]Va donde los niños, que 622.4
están jugando tranquilos en la terraza de arriba, y los besa.

«¿Ya no lloras, mamá?» pregunta tímidamente María, que ya no es la pobre niña menesterosa, sino una grácil y delicada niñita, de vestido cuidado y pelito bien peinado; y Matías, moreno y esbelto, con su exuberancia de hombrecito, dice: «Dime quién te hace llorar, que yo le escarmiento».

Juana los recoge en un solo abrazo contra su pecho y, hablando sobre la cabecita castaña de María y los cabellos morenos de Matías, dice: «Ya no lloro. Jesús ha resucitado y nos bendice».

«¿Entonces ya no sangra? ¿Ya no tiene dolor?» pregunta María.

«¡No seas ignorante! Di: ¡ya no está muerto!, ¡entonces ahora es feliz!... Porque estar muerto debe ser triste...» dice Matías.

«¿Entonces, mamá, ya no tenemos motivo para llorar?» pregunta María.

«No. Vosotros, inocentes, no. Alegraos con los ángeles».

«¡Los ángeles!... Esta noche, no sé en qué vigilia, he sentido una caricia y me he despertado diciendo: "¡Mamá!", pero no te llamaba a ti. Llamaba a mi mamá muerta, porque esa caricia era más ligera y dulce que las tuyas, y he abierto un momento los ojos. Pero he visto sólo una luz, muy grande, y he dicho: "Mi ángel me ha besado para consolarme por el gran dolor que tengo por la muerte del Señor"» dice María.

«Yo también. Pero tenía mucho sueño, y he dicho: "¿Eres tú?". Pensaba en mi ángel de la guarda y quería decirle: "Ve a besar a Jesús y a Juana, para que ya no tengan miedo". Pero no lo he conseguido. Me he vuelto a dormir, y he vuelto a soñar, y me parecía que estaba en el Cielo contigo y María. Luego ha venido ese terremoto y me he despertado asustado. Pero Ester me ha dicho: "No tengas miedo. Ya ha pasado". Y he seguido durmiendo».

Juana los besa de nuevo, y luego los deja con sus juegos serenos [5]y 622.5
va a la casa del Cenáculo.

Pregunta por María. Entra en su cuarto. Cierra la puerta y dice su gran noticia: «Le he visto. A ti te lo digo. Me siento consolada y feliz. Ámame, porque Él ha dicho que debo estar unida a ti».

La Madre responde: «Ya te he dicho que te quiero. Te lo he dicho el sábado. Ayer. Porque fue ayer... aunque parezca tan lejano de éste, de luz y sonrisa, ese día de llanto y tinieblas».

«Sí... Ya dijiste —ahora lo recuerdo— lo que Él ahora me ha repetido. Dijiste: "Nosotras las mujeres tendremos que actuar, porque nosotras hemos permanecido y los hombres han huido... Es siempre la mujer la que genera...". ¡Oh, Madre, ayúdame a generar a Cusa! ¡Él ha huido de la Fe!...». Juana llora de nuevo.

María la toma entre sus brazos: «Más fuerte que la fe es el amor. Es la virtud más activa. Con ella crearás el alma nueva de Cusa. No temas. Pero yo te ayudaré».

623. Aparición a José de Arimatea, a Nicodemo y a Manahén.

4 de abril de 1945.

623.1 [1]Manahén, junto con los pastores, camina a buen paso por las laderas que de Betania llevan a Jerusalén. Un bonito camino va directo hacia el Monte de los Olivos, y Manahén tuerce por él, tras haber dejado a los pastores, quienes quieren entrar en pequeños grupos en la ciudad para ir al Cenáculo.

Poco antes —lo deduzco de lo que hablan— deben haber encontrado a Juan, que iba hacia Betania para llevar la noticia de la Resurrección y la orden de que estuvieran todos en Galilea al cabo de unos días. Se dejan precisamente porque los pastores quieren repetir personalmente a Pedro lo que le han dicho a Juan, es decir, que el Señor, en una aparición a Lázaro, ha dicho que se reúnan en el Cenáculo.

Manahén sube por un camino secundario, hacia una casa que está en medio de un olivar: una bonita casa rodeada por una franja de cedros del Líbano que descuellan con sus imponentes moles en el conjunto de los numerosos olivos del monte. Entra con ademán seguro, y al criado que ha salido le dice: «¿Dónde está tu señor?».

«Allí, con José. Hace un rato que ha venido».

«Dile que estoy aquí».

El criado se marcha, para regresar con Nicodemo y José.

Las voces de los tres se entrelazan en un mismo grito: «¡Ha resucitado!». Se miran, asombrados de saberlo los tres.

623.2 [2]Luego Nicodemo toma a su amigo y le lleva a una habitación interna de la casa. José los sigue.

«¿Has tenido el coraje de volver?».

«Sí. Él lo ha dicho: "Al Cenáculo". Quiero verle, ciertamente, quiero verle ahora, glorioso, para quitarme el dolor del recuerdo de Él atado y cubierto de inmundicias, como un delincuente a merced de la

indignación de la gente».

«¡Oh, también nosotros quisiéramos verle!... Y para que desapareciera de nosotros el horror del recuerdo de Él torturado, de sus innumerables heridas... Pero Él se ha mostrado sólo a las mujeres» comenta José en tono bajo.

«Es justo. Ellas le han sido fieles siempre en estos años. Nosotros teníamos miedo. Su Madre lo dijo: "¡Bien pobre amor el vuestro, si ha esperado a este momento para manifestarse!"» objeta Nicodemo.

«¡Pero, para desafiar a Israel —más opuesto a Él que nunca—, tendríamos mucha necesidad de verle!... [3]¡Si tú supieras! Los soldados han hablado... Ahora los Jefes del Sanedrín y los fariseos, a quienes ni tanta ira del Cielo ha convertido, van buscando a quienes pueden tener noticia de su Resurrección para encarcelarlos. Yo he mandado al pequeño Marcial —un niño pasa más y mejor desapercibido— a advertir a los de la casa de que estén sobreaviso. Del Tesoro del Templo han sacado dinero sagrado para pagar a los soldados, para que digan que los discípulos han robado su Cuerpo y que lo que han dicho de la Resurrección antes no era sino una mentira por miedo al castigo. La ciudad está en ebullición como un puchero. Y hay algunos, de entre los discípulos, que dejan la ciudad por miedo... Me refiero a los discípulos que no estaban en Betania...». 623.3

«Sí, necesitamos su bendición para tener valor».

«A Lázaro se le ha aparecido... Era casi la hora tercera. Lázaro se nos mostró transfigurado».

«¡Oh, Lázaro lo merece! Nosotros...» dice José.

«Sí. Nosotros estamos ahora recubiertos de duda y pensamientos humanos como por costras de una lepra mal curada... Y sólo Él puede decir: "¡Quiero que quedéis limpios!". ¿Ya no nos hablará, ahora que ha resucitado, a nosotros, que somos los menos perfectos?» pregunta Nicodemo.

«¿Y no hará ya milagros, por castigo al mundo, ahora que es el Resucitado de la muerte y de las miserias de la carne?» pregunta José.

Pero sus preguntas sólo pueden tener una respuesta: la suya; y la suya no viene. Los tres están abatidos, y abatidos permanecen.

[4]Luego Manahén dice: «Bueno, pues yo voy al Cenáculo. Si me matan, Él absolverá mi alma y le veré en el Cielo; si no, le veré aquí en la Tierra. Manahén es una cosa tan inútil en el conjunto de sus seguidores, que, si cae, dejará el mismo vacío que deja una flor recogida en un prado cuajado de corolas: ni siquiera se verá...», y se alza para marcharse. 623.4

Pero, mientras se está volviendo hacia la puerta, ésta se ilumina del divino Resucitado, el cual, abiertas las palmas en gesto de abra-

zo, le detiene diciendo: «¡Paz a ti! ¡A vosotros, paz! Tú y Nicodemo quedaos donde estáis. José, si lo considera oportuno, puede marcharse. Aquí me tenéis, y digo la palabra solicitada: "Quiero que quedéis limpios de todo lo que hay de impuro todavía en vuestra fe". Mañana bajaréis a la ciudad. Iréis donde los hermanos. Esta noche he de hablar a los apóstoles, a ellos solos. Adiós. Y que Dios esté siempre con vosotros. Manahén, gracias. Tú has creído más que éstos. Gracias, por tanto, también a tu espíritu. A vosotros gracias por vuestra piedad. Haced que se transforme en una cosa más alta con una vida de intrépida fe».

Jesús desaparece tras una incandescencia deslumbradora.

Los tres están llenos de dicha, y desconcertados.

«¿Pero era Él?» pregunta José.

«¿Es que no has oído su voz?» responde Nicodemo.

«La voz... Puede tener voz también un espíritu... A ti, Manahén, que estabas tan cerca de Él, ¿qué te ha parecido?».

«Un verdadero cuerpo. Hermosísimo. Respiraba. Sentía su aliento. Y despedía calor. Y además... he visto las Llagas. Parecían acabadas de abrir. No manaban sangre, pero era carne viva. ¡Oh, dejad de dudar! No vaya a ser que os castigue. Hemos visto al Señor. Quiero decir, a Jesús, glorioso de nuevo, como requiere su Naturaleza. Y... nos sigue queriendo... En verdad, si ahora Herodes me ofreciera el reino, le diría: "Para mí es estiércol y polvo tu trono y tu corona. Lo que poseo no es superado por nada. Poseo el beato conocimiento del Rostro de Dios"».

624. Aparición a los pastores.

4 de abril de 1945.

624.1 [1]También ellos van a buen paso bajo los olivos. Y están tan seguros de su Resurrección, que hablan con la alegría propia de los niños felices. Van directamente hacia la ciudad.

«Le decimos a Pedro que le mire bien y que nos hable luego de la hermosura de su Rostro» dice Elías.

«Yo, por muy hermoso que esté ahora, no podré olvidar nunca su imagen de torturado» susurra Isaac.

«¿Y le tienes presente en tu mente cuando le han alzado en la Cruz?» pregunta Leví. «¿Y vosotros?».

«Yo perfectamente. Todavía había buena luz. Después, con mis envejecidos ojos, vi bien poco» dice Daniel.

«Yo, sin embargo, le vi hasta que murió. Pero hubiera querido ser

ciego para no ver» dice José.

«¡Bueno, ahora ha resucitado! Esto nos debe hacer felices» le consuela Juan.

«Y el pensamiento de que no le hemos dejado sino por cumplir un acto de caridad» añade Jonatán.

«Pero el corazón se ha quedado allí arriba. Para siempre» susurra Matías.

«Para siempre. Sí. Tú, que le viste en el Sudario, di: ¿cómo es? ¿Semejante?» pregunta Benjamín.

«Como si hablara» responde Isaac.

«¿Vamos a ver ese velo?» preguntan muchos.

«La Madre se lo muestra a todos. Claro que lo veréis. Pero es una triste visión. Mejor sería ver... [2]¡Oh, Señor!». 624.2

«Siervos fieles. Aquí me tenéis. Seguid el camino. Os espero dentro de unos días en Galilea. Una vez más deseo deciros que os quiero. Jonás vive dichoso, con los otros, en el Cielo».

«¡Señor! ¡Oh, Señor!».

«Paz a vosotros, de buena voluntad».

El Resucitado se funde con el rayo del vivo sol de mediodía. Cuando alzan la cabeza, ya no está; pero tienen la alegría de haberle visto en su actual figura: glorioso.

Se ponen en pie, transfigurados de alegría. En su humildad, no encuentran razón de haber merecido verle, y dicen: «¡A nosotros! ¡A nosotros! ¡Qué bueno es nuestro Señor! ¡Desde el nacimiento hasta su triunfo, siempre ha sido humilde y bueno para con sus pobres siervos!».

«¡Y qué hermoso estaba!».

«¡Nunca ha estado tan hermoso! ¡Qué majestuosidad!».

«¡Parece todavía más alto y más maduro en años!».

«¡Es verdaderamente el Rey!».

«Le llamaban Rey pacífico, pero también es el Rey tremendo para los que deben temer su juicio».

«¿Has visto qué rayos emanaban de su Rostro?».

«¡Y qué fulgores en sus miradas!».

«No me atrevía a mirarle. Y hubiera querido hacerlo, porque quizás sólo en el Cielo me será concedido verle así. Y quiero conocerle para no tener miedo entonces».

[3]«No debemos tener miedo si permanecemos como ahora, como siervos fieles suyos. Ya le has oído: "Deseo deciros una vez más que os quiero. Paz a vosotros, de buena voluntad". ¡Oh, ni una palabra sobrante! Pero en ese poco está, entero, el consenso respecto a lo que hemos hecho hasta ahora y, entera, la más alta promesa para la vida 624.3

futura. ¡Entonemos el canto de la alegría, de nuestra alegría!:

"Gloria a Dios en lo alto del Cielo y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad.

Verdaderamente el Señor ha resucitado, como había dicho por boca de los profetas y con su palabra sin defecto.

Ha dejado con la Sangre todo aquello que, de corrupción, el beso de un hombre había estampado en Él; y, purificado ya el altar, su Cuerpo ha asumido la inefable belleza de Dios.

Antes de subir al Cielo se ha mostrado a sus siervos, ¡aleluya!

¡Vayamos cantando, aleluya! ¡La eterna juventud de Dios!

¡Vayamos anunciando a las gentes que ha resucitado. ¡Aleluya!

El Justo, el Santo ha resucitado, ¡aleluya, aleluya!

Del Sepulcro ha salido inmortal. Y el hombre justo con Él ha resucitado.

En el pecado, como en una gruta, encerrado estaba el corazón del hombre.

Él ha muerto para decir: '¡Alzaos!'. Y los que estaban dispersos se han alzado, ¡aleluya!

Abiertas las puertas de los Cielos a los elegidos, ha dicho: 'Venid'.

Nos conceda, por su santa Sangre, a nosotros subir también. ¡Aleluya!"».

Matías, el anciano ex discípulo de Juan Bautista, va a la cabeza, cantando, como quizás en el pasado David cantaba a la cabeza de su pueblo por los caminos de Judea. Los otros le siguen, haciendo coro a cada "aleluya" con júbilo santo.

624.4 [4]Jonatán, que forma parte del grupo, dice, cuando ya Jerusalén aparece a los pies de ellos desde el pequeño collado que están bajando con paso veloz: «Por su nacimiento perdí patria y casa, y con su muerte he perdido la otra casa, en que durante treinta años había trabajado honradamente. Pero, aunque me hubieran quitado la vida por Él, habría muerto jubiloso, pues por Él la hubiera perdido. No le tengo rencor a quien conmigo se muestra injusto. Mi Señor me ha enseñado con su muerte la perfecta mansedumbre. Y no tengo preocupaciones por el mañana. Mi morada no está aquí. Está en el Cielo. Viviré en la pobreza, en esa pobreza que tanto place a Él, y le serviré hasta la hora en que me llame... y... sí... le ofreceré también la renuncia... a mi ama... Ésta es la espina más dura... Pero, ahora que he visto el dolor de Cristo y su gloria, no debe dolerme mi dolor, sino que sólo debo esperar la celeste gloria. Vamos a decir a los apóstoles que Jonatán es el siervo de los siervos de Cristo».

625. Aparición a los discípulos de Emaús.

5 de abril de 1945.

[1]Por un camino montano dos hombres, de mediana edad, van andando rápido. A sus espaldas, Jerusalén, cuyas alturas van desapareciendo cada vez más, detrás de las otras que, con continuas ondulaciones de cimas y valles, se subsiguen. 625.1

Van hablando. El más anciano dice al otro (tendrá, como mucho, treinta y cinco años): «Créelo, ha sido mejor hacer esto. Yo tengo familia y tú también. El Templo no bromea. Está decidido realmente a poner fin a estas cosas. ¿Tendrá razón? ¿No la tendrá? Yo no lo sé. Sé que tienen la idea clara de acabar para siempre con todo esto».

«Con este delito, Simón. Dale el nombre apropiado. Porque, al menos, delito es».

«Según. En nosotros el amor es levadura contra el Sanedrín. Pero, quizás... ¡no sé!».

«Nada. El amor ilumina. No lleva al error».

«También el Sanedrín, también los sacerdotes y los jefes aman. Ellos aman a Yeohveh, a Aquel al que todo Israel ha amado desde que fue estrechado el pacto entre Dios y los Patriarcas. ¡Entonces también para ellos el amor es luz y no lleva al error!».

«Lo suyo no es amor al Señor. Sí. Israel desde hace siglos está en esa Fe. Pero, dime: ¿puedes afirmar que sigue siendo una Fe lo que nos dan los jefes del Templo, los fariseos, los escribas, los sacerdotes? Ya ves tú mismo que con el oro sagrado destinado al Señor —ya se sabía o, al menos, se sospechaba que esto sucediera— con ese oro han pagado al Traidor y ahora pagan a los soldados que estaban de guardia. Al primero, para que traicionara al Cristo; a los segundos, para que mientan. ¡Oh, lo que yo no sé es cómo la Potencia eterna se haya limitado a remover los muros y a rasgar el Velo! Te digo que
* hubiera querido que bajo los escombros hubiera sepultado a los nuevos filisteos. ¡A todos!».

«¡Cleofás! Te abandonas a la venganza».

«A la venganza. Porque, supongamos que Él fuera sólo un profeta, ¿es lícito matar a un inocente? ¡Porque era inocente! ¿Le has visto alguna vez cometer tan siquiera uno de los delitos de que le acusaron para matarle?».

«No. Ninguno. [2]Pero sí cometió un error». 625.2

«¿Cuál, Simón?».

«El de no irradiar poder desde lo alto de su Cruz. Para confirmar

---

* *hubiera sepultado... filisteos:* como en: *Jueces 16, 23-30.*

nuestra fe y para castigo de los incrédulos sacrílegos. Hubiera debido aceptar el desafío y bajar de la Cruz».

«Ha hecho más todavía, ha resucitado».

«¿Será verdad? ¿Resucitado, cómo? ¿Con el Espíritu solamente o con el Espíritu y la Carne?».

«¡El espíritu es eterno! ¡No necesita resucitar!» exclama Cleofás.

«Eso también lo sé yo. Lo que quería decir es que si ha resucitado sólo con su naturaleza de Dios, superior a cualquier asechanza humana. Porque en estos días el hombre ha atentado contra su Espíritu con el terror. ¿Has oído lo que ha dicho Marcos? Cómo, en el Getsemaní, donde Jesús iba a orar apoyado en una piedra, está todo lleno de sangre. Y Juan, que ha hablado con Marcos, le ha dicho: "No dejes que pisen este lugar, porque es sangre sudada por el Hombre Dios". ¡Si sudó sangre antes de la tortura, sin duda debió sentir terror ante ella!».

«¡Pobre Maestro nuestro!...».

Guardan silencio afligidos.

625.3 [3]Jesús se llega a ellos, y pregunta: «¿De qué hablabais? En el silencio, oía a intervalos vuestras palabras. ¿A quién han matado?».

Es un Jesús celado tras la apariencia modesta de un pobre viandante apremiado por la prisa. Ellos no le reconocen.

«¿Eres de otros lugares? ¿No te has detenido en Jerusalén? Tu túnica empolvada y las sandalias tan deterioradas nos parecen las de un incansable peregrino».

«Lo soy. Vengo de muy lejos...».

«Entonces estarás cansado. ¿Y vas lejos?».

«Muy lejos, aún más lejos que de donde vengo».

«¿Tienes negocios? ¿Eres comerciante?».

«Debo adquirir un sinnúmero de rebaños para el mayor de los señores. Debo ir por todo el mundo para elegir ovejas y corderos; descender incluso a los rebaños agrestes, los cuales, una vez domesticados, serán incluso mejores que los que ahora no son salvajes».

«Difícil trabajo. ¿Y has proseguido sin detenerte en Jerusalén?».

«¿Por qué lo preguntáis?».

«Porque pareces el único que ignora lo que en ella ha sucedido en estos días».

«¿Qué ha sucedido?».

«Vienes de lejos y por eso quizás no lo sabes. Sin embargo, tu acento es galileo. Por tanto, aunque estés a las órdenes de un rey extranjero o seas hijo de galileos expatriados, sabrás, si eres circunciso, que hacía tres años que en nuestra patria había surgido un gran profeta de nombre Jesús de Nazaret, poderoso en obras y palabras

ante Dios y ante los hombres, que predicaba por toda la nación. Y decía que era el Mesías. Las suyas eran realmente palabras y obras de Hijo de Dios, que es lo que decía ser. Pero sólo de Hijo de Dios. Todo Cielo... Ahora sabes por qué... [4]Pero... ¿eres circunciso?». 625.4

«Soy primogénito y estoy consagrado al Señor».

«¿Entonces conoces nuestra Religión?».

«Ni una sílaba de ella ignoro. Conozco los preceptos y los usos. La Halasia, el Midrás y la Haggada me son conocidos como los elementos del aire, el agua, el fuego y la luz, que son los primeros a que tienden la inteligencia, el instinto, la necesidad del hombre, ya al poco de nacer del seno materno».

«Pues entonces sabes que Israel recibió la promesa del Mesías, pero de un Mesías como rey poderoso que habría de reunir a Israel. Él, sin embargo, no era así...».

«¿Y cómo era?».

«No aspiraba a un poder terreno, sino que se decía rey de un reino eterno y espiritual. No ha reunido a Israel. Al contrario, lo ha escindido, porque ahora Israel está dividido entre los que creen en Él y los que lo consideran un malhechor. En realidad no tenía aptitud para rey porque quería sólo mansedumbre y perdón. ¿Cómo subyugar y vencer con estas armas?...».

«¿Y entonces?».

«Pues entonces los Jefes de los Sacerdotes y los Ancianos de Israel le han apresado y le han juzgado reo de muerte... acusándole, esto es verdad, de culpas no verdaderas. Su culpa era ser demasiado bueno y demasiado severo...».

«¿Cómo podía ser las dos cosas al mismo tiempo?».

«Podía porque era demasiado severo en decir las verdades a los jefes de Israel, y demasiado bueno en no obrar contra ellos milagros de muerte, fulminando a esos injustos enemigos suyos».

«¿Severo como el Bautista era?».

«Bueno... no sabría decirte. Reprendía duramente a escribas y fariseos, especialmente al final, y amenazaba a los del Templo como a personas signadas por la ira de Dios. Pero luego, si uno era pecador y se arrepentía y Él veía en su corazón verdadero arrepentimiento —porque el Nazareno leía en los corazones mejor que un escriba en el texto— entonces era más dulce que una madre».

«¿Y Roma ha permitido que fuera ejecutado un inocente?».

«Le condenó Pilatos... Pero no quería, y le llamaba justo. Pero le amenazaron con denunciarle ante César, y tuvo miedo. [5]En definitiva, fue condenado a la cruz y en ella murió. Y esto, junto con el temor a los miembros del Sanedrín, nos ha deprimido mucho. Porque 625.5

yo soy Clofé, hijo de Clofé, y éste es Simón, ambos de Emaús y parientes, porque yo soy el marido de su primera hija, y éramos discípulos del Profeta».

«¿Y ahora ya no lo sois?».

«Esperábamos que fuera Él el que liberaría a Israel, y también que con un prodigio confirmara sus palabras. ¡Pero!...».

«¿Qué palabras había dicho?».

«Te lo hemos dicho: "He venido al Reino de David. Soy el Rey pacífico" y así otras cosas. Decía: "Venid al Reino", pero luego no nos dio el reino. Decía: "Al tercer día resucitaré". Hoy es el tercer día después de su muerte; es más, ya se ha cumplido, porque ya ha pasado la hora novena, y no ha resucitado. Algunas mujeres y algunos soldados que estaban de guardia dicen que sí, que ha resucitado. Pero nosotros no le hemos visto. Ahora los soldados dicen que han dicho eso para justificar el robo del cadáver llevado a cabo por los discípulos del Nazareno. Pero... ¡los discípulos!... Todos nosotros le hemos abandonado por miedo mientras vivía... Está claro que ahora que ha muerto no hemos robado su Cuerpo. ¿Y las mujeres... quién cree en ellas? Nosotros íbamos hablando de esto. Y queríamos saber si Él se refería a resucitar sólo con el Espíritu de nuevo divino, o si también con la Carne. Las mujeres dicen que los ángeles —porque dicen que han visto ángeles después del terremoto, y puede ser, porque ya el viernes aparecieron los justos fuera de los sepulcros—, dicen que los ángeles dijeron que Él estaba como uno que no hubiera muerto nunca. Y, en efecto, así les pareció verle a las mujeres. Pero dos de nosotros, dos jefes, fueron al Sepulcro, y, si bien lo han visto vacío, como las mujeres han dicho, a Él no le han visto, ni allí ni en otro lugar. Y sentimos una gran desolación porque ya no sabemos qué pensar».

625.6 [6]«¡Qué necios y duros sois para comprender! ¡Qué lentos para creer en las palabras de los profetas! ¿Acaso no estaba dicho esto? El error de Israel está en haber interpretado mal la realeza de Cristo. Por esto no han creído en Él, por esto le temieron, por esto ahora vosotros dudáis. Arriba, abajo, en el Templo y en las aldeas, en todas partes, se pensaba en un rey según la humana naturaleza. La reconstrucción del reino de Israel, en el pensamiento de Dios, no estaba limitada ni en el tiempo ni en el espacio ni en cuanto al medio, como lo estaba en vosotros.

No en el tiempo: ninguna realeza, ni siquiera la más poderosa, es eterna. Tened presente a los poderosos Faraones que oprimieron a los hebreos en tiempos de Moisés. ¡Cuántas dinastías acabadas... y de ellas no quedan sino momias sin alma en el fondo de hipogeos ocultos! Y queda un recuerdo, si es que queda, de su poder de una

hora (menos de una hora, si medimos sus siglos en relación al Tiempo eterno). Este Reino es eterno.

En el espacio. Estaba escrito: reino de Israel. Porque de Israel ha venido el tronco de la raza humana; porque en Israel está —voy a decirlo así— la semilla de Dios; y, por tanto, diciendo Israel, se quería decir: el reino de los creados por Dios. Pero la realeza del Rey Mesías no está limitada al pequeño espacio de Palestina, sino que se extiende de Septentrión a Meridión, de Oriente a Occidente, allá donde haya un ser que en la carne tenga un espíritu, o sea, allá donde haya un hombre. ¿Cómo habría podido uno sólo centrar en sí a todos los pueblos enemigos entre sí y hacer de todos ellos un único reino sin hacer correr a ríos la sangre y sin tener a todos subyugados con crueles opresiones de soldados? ¿Cómo, entonces, hubiera podido ser el rey pacífico de que hablan los profetas?

En cuanto al medio: el medio humano, lo he dicho, es la opresión. El medio sobrehumano es el amor. El primero es siempre limitado, porque los pueblos verdaderamente se alzan contra el opresor. El segundo es ilimitado porque el amor es amado, o vejado si no es amado; pero, siendo una cosa espiritual, no puede nunca ser agredido directamente. Y Dios, el Infinito, quiere medios que sean como Él. Quiere aquello que no es finito porque es eterno: el espíritu; lo que es del espíritu; lo que lleva al Espíritu. El error ha sido el haber concebido en la mente una idea mesiánica equivocada en cuanto a los medios y en cuanto a la forma.

¿Cuál es la realeza más alta? La de Dios. ¿No es verdad? Ahora bien —así es llamado y esto es el Mesías—, el Admirable, el Emmanuel, el Santo, el Germen sublime, el Fuerte, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la paz, el que es Dios como Aquel de quien viene ¿no tendrá una realeza semejante a la de Aquel que le engendró? Sí, la tendrá. Una realeza del todo espiritual y del todo eterna, invulnerable a robos y a sangre, una realeza que no conoce traiciones ni vejaciones: su Regiedumbre; esa que la Bondad eterna concede también a los pobres seres humanos, para dar honor y gozo a su Verbo.

[7]¿Pero no dijo, acaso, David que este Rey poderoso tiene bajo sus 625.7
pies todo como escabel? ¿No narra Isaías toda su Pasión? ¿No numera David —se podría decir— incluso las torturas? ¿Y no está escrito que Él es el Salvador y Redentor, que con su holocausto salvará al hombre pecador?

¿Y no está precisado —y Jonás es signo de ello— que durante tres días iba a ser deglutido por el vientre insaciable de la Tierra, y que luego sería expelido como el profeta por la ballena? ¿Y no dijo Él: "El Templo mío, o sea, mi Cuerpo, al tercer día después de haber sido

destruido, será reconstruido por mí (o sea, por Dios)"? ¿Y qué pensabais, que por magia Él iba a poner de nuevo en pie los muros del Templo? No. No los muros. Él mismo. Y sólo Dios podía resucitarse a sí mismo. Él ha reedificado el Templo verdadero: su Cuerpo de Cordero. Inmolado, como fue la orden y la profecía que recibió Moisés para preparar el "paso" de la muerte a la Vida, de la esclavitud a la libertad, de los hombres hijos de Dios y esclavos de Satanás.

"¿Cómo ha resucitado?", os preguntáis. Respondo: ha resucitado con su verdadera Carne, con su divino Espíritu dentro de ella (de la misma forma que en toda carne mortal está el alma morando regiamente en el corazón). Así ha resucitado, después de haber padecido todo para expiar todo y hacer reparación de la Ofensa primigenia y de las infinitas que cada día lleva a cabo la Humanidad. Ha resucitado como estaba dicho bajo el velo de las profecías. Venido en su tiempo —os recuerdo a Daniel—, en su tiempo fue inmolado. Y, oíd y recordad, en el tiempo predicho después de su muerte, la ciudad deicida será destruida.

625.8 [8]Os aconsejo que leáis con el alma, no con la mente soberbia, a los profetas, desde el principio del Libro hasta las palabras del Verbo inmolado. Recordad al Precursor que le señalaba como Cordero. Traed a vuestra memoria cuál fue el destino del simbólico cordero mosaico. Por esa sangre fueron salvados los primogénitos de Israel. Por *esta* Sangre serán salvados los primogénitos de Dios, o sea, aquellos que con la buena voluntad se hayan consagrado al Señor. Recordad y comprended el mesiánico salmo de David y al mesiánico profeta Isaías. Recordad a Daniel, traed a vuestra memoria, pero alzando ésta del fango hacia el azul celeste, todas las palabras sobre la regalidad del Santo de Dios, y comprended que otra señal más exacta no se os podía dar; más fuerte que esta victoria sobre la Muerte, que esta Resurrección obrada por sí mismo.

Recordad que castigar desde lo alto de la Cruz a quienes en ella le habían puesto hubiera sido disconforme a su misericordia y a su misión. ¡Todavía Él era el Salvador, a pesar de ser el Crucificado escarnecido y clavado a un patíbulo! Crucificados los miembros, pero libre la voluntad y el espíritu; y con la voluntad y el espíritu quiso seguir esperando, para dar a los pecadores tiempo para creer y para invocar —no con grito blasfemo, sino con gemido de contricción— su Sangre.

625.9 [9]Ahora ha resucitado. Todo ha cumplido. Glorioso era antes de su encarnación. Tres veces glorioso lo es ahora, que, después de haberse anonadado durante tantos años en una carne, se ha inmolado a sí mismo, llevando la Obediencia hasta la perfección de saber morir en la cruz para cumplir la Voluntad de Dios. Gloriosísimo, en unidad

con la Carne glorificada, ahora que sube al Cielo y entra en la Gloria eterna, dando comienzo al Reino que Israel no ha comprendido.

A ese Reino Él, con más instancia que nunca, con el amor y la autoridad de que está lleno, llama a las tribus del mundo. Todos, como vieron y previeron los justos de Israel y los profetas, todos los pueblos verán al Salvador. Y no habrá ya Judíos o Romanos, Escitas o Africanos, Iberos o Celtas, Egipcios o Frigios. El territorio del otro lado del Éufrates se unirá a las fuentes del Río perenne. Los habitantes de las regiones hiperbóreas al lado de los númidas irán a su Reino, y caerán razas e idiomas. No tendrán ya cabida ni las costumbres ni el color de la piel o los cabellos. Antes bien, habrá un pueblo inmenso, fúlgido y cándido, y un solo lenguaje y un solo amor. Será el Reino de Dios. El Reino de los Cielos. Monarca eterno: el Inmolado Resucitado. Súbditos eternos: los creyentes en su Fe. Aceptad creer, para pertenecer a él.

[10]Ahí está Emaús, amigos. Yo voy más lejos. No se le concede un 625.10
alto en el camino al Viandante que tanto camino ha de recorrer».

«Señor. Tienes más instrucción que un rabí. Si Él no hubiera muerto, diríamos que nos ha hablado. Quisiéramos seguir oyéndote hablar de otras y más extensas verdades. Porque ahora, nosotros, que somos ovejas sin pastor, desconcertadas con la tempestad del odio de Israel, ya no sabemos comprender las palabras del Libro. ¿Quieres que vayamos contigo? Fíjate, nos seguirías instruyendo, cumpliendo así la obra del Maestro que nos ha sido arrebatado».

«¿Tanto tiempo le habéis tenido y no os ha podido hacer completos? ¿No es ésta una sinagoga?».

«Sí. Yo soy Cleofás, hijo de Cleofás el arquisinagogo, muerto en su alegría de haber conocido al Mesías».

«¿Y todavía no has alcanzado una fe sin ofuscaciones? Pero no es culpa vuestra. Todavía, después de la Sangre, falta el Fuego. Y luego creeréis, porque comprenderéis. Adiós».

«¡Oh, Señor, ya se viene la tarde y el Sol se comba hacia su ocaso. Estás cansado y sediento. Entra. Quédate con nosotros. Y nos hablas de Dios mientras compartimos el pan y la sal».

[11]Jesús entra y con la habitual hospitalidad hebraica le sirven be- 625.11
bidas y agua para los pies cansados.

Luego se sientan a la mesa y los dos le ruegan que ofrezca por ellos el alimento.

Jesús se levanta, teniendo el pan en las palmas. Alzando los ojos al cielo rojo del atardecer, da gracias por el alimento. Se sienta. Parte el pan y pasa un trozo a cada uno de sus dos huéspedes. Y, al hacerlo, se manifiesta en lo que Él es: el Resucitado. No es el fúlgido

Resucitado que se ha aparecido a los otros predilectos suyos. Pero es un Jesús lleno de majestad, con las llagas bien visibles en sus largas Manos: rosas rojas en el color marfil de la piel. Un Jesús bien vivo con su Carne recompuesta, pero también bien divino en la majestuosidad de sus miradas y de todo su aspecto.

Los dos le reconocen y caen de rodillas... Pero, cuando se atreven a levantar la cara, de Él no queda más que el pan partido. Lo toman y lo besan. Cada uno toma su trozo y se lo mete, como reliquia, envuelto en un paño de lino, en el pecho.

Lloran, diciendo: «¡Era Él! Y no le hemos conocido. ¿Pero no sentías tú que te ardía el corazón en el pecho mientras nos hablaba y nos hacía mención de las Escrituras?».

«Sí. Y ahora me parece verle de nuevo, a la luz que del Cielo proviene, la luz de Dios; y veo que Él es el Salvador».

625.12 [12]«Vamos. Ya no siento ni cansancio ni hambre. Vamos a decírselo a los de Jesús que están en Jerusalén».

«Vamos. ¡Oh, si el anciano padre mío hubiera podido gozar de esta hora!».

«¡No digas eso, hombre! Más que nosotros la ha gozado. Sin el velo que por piedad hacia nuestra debilidad carnal ha sido usado, él, el justo Clofé, ha visto con su espíritu al Hijo de Dios volver al Cielo. ¡Vamos! ¡Vamos! Llegaremos ya en plena noche. Pero, si Él lo quiere, nos proporcionará la manera de pasar. ¡Si ha abierto las puertas de la muerte, podrá abrir las puertas de las murallas! Vamos».

Y, en el ocaso del todo purpúreo, caminan con paso veloz hacia Jerusalén.

626. Llegada de los paganos y alusiones a otras apariciones.

5 de abril de 1945.

626.1 [1]La casa del Cenáculo está llena de gente. El vestíbulo, el patio, las habitaciones, menos el Cenáculo y la habitación donde está María Virgen, presentan ese aspecto festivo y agitado de un lugar donde muchos se vuelven a encontrar, después de un tiempo, para una fiesta. Están los apóstoles, menos Tomás; y también los pastores. Están las fieles mujeres, y, junto con Juana, Nique, Elisa, Sira, Marcela y Ana. Hablan todos, en voz baja pero con visible y festiva agitación. Toda la casa está bien cerrada, como por miedo; pero el miedo a lo de fuera no lesiona la alegría del interior.

Marta va y viene junto con Marcela y Susana, preparando las co-

sas para la cena de los "siervos del Señor", como ella llama a los apóstoles. Las otras y los otros se hacen recíprocas preguntas, hacen partícipes unos a otros de sus impresiones, alegrías, miedos... cual niños que esperan algo que los emociona y que, también un poco, los asusta.

Los apóstoles quisieran dar impresión de mayor serenidad que los demás, pero son los primeros en turbarse si un ruido parece una llamada a la puerta de la calle o el abrirse de una ventana de par en par. El hecho incluso de que llegue Susana presurosa con dos lámparas de varias boquillas para ayudar a Marta, que busca mantelerías, hace que Mateo retroceda bruscamente y grite: «¡El Señor!». Y esto hace, a su vez, que Pedro —visiblemente más inquieto que los demás— caiga de rodillas.

[2]Una resuelta llamada a la puerta de la calle corta todas las pala- 626.2
bras y pone en vilo los ánimos. Creo que todos los corazones laten a gran velocidad.

Miran por el ventanillo y abren con un «¡oh!» de estupor al ver al grupo, inesperado, de las damas romanas escoltadas por Longino y por otro que, como Longino, viene vestido de obscuro. También todas las mujeres vienen arropadas en mantos obscuros que les cubren incluso la cabeza; y se han quitado todas las joyas para llamar menos la atención.

«¿Podemos entrar un momento para manifestar nuestra alegría a la Madre del Salvador?» dice la más reverenciada de todas, que es Plautina.

«Pasad. Está allí».

Entran en grupo, junto con Juana y María de Magdala, quien —esa es mi impresión— las conoce muy bien.

Longino y el otro romano se quedan aislados —y es que los miran con un poco de recelo— en un ángulo del vestíbulo.

Las mujeres saludan con su: «¡Ave, Dómina!». Luego se arrodillan y dicen: «Si antes admirábamos la Sabiduría, ahora queremos ser hijas del Cristo. Esto te lo decimos a ti. Sólo tú puedes vencer la desconfianza hebraica hacia nosotros. Vendremos a ti para ser instruidas mientras ellos (señalan a los apóstoles, que están parados, en grupo, en la puerta) nos permitan considerarnos de Jesús». Es Plautina la que ha hablado por todas.

María sonríe beatífica y dice: «Pido al Señor que purifique mis la-
* bios como al Profeta para poder dignamente hablar de mi Señor. ¡Benditas seáis, primicias de Roma!».

---

* *como al Profeta*, en: *Isaías 6, 5-7.*

626.3 [3]«También Longino querría... y el astero, que sintió un fuego dentro de su corazón cuando... cuando se abrieron la tierra y el cielo al grito de Dios. Pero, si nosotras sabemos poco, ellos no saben nada, aparte de que... que era el Santo de Dios y que no quieren seguir estando en el Error».

«Les dirás a ellos que vayan a los apóstoles».

«Están allí. Pero los apóstoles los miran con recelo».

María se levanta y va hacia los soldados. Los apóstoles la ven ir hacia ellos y tratan de intuir su pensamiento.

«¡Dios os conduzca a su Luz, hijos! ¡Venid! Para conocer a los siervos del Señor. Éste es Juan, ya le conocéis. Y éste es Simón Pedro, el elegido por mi Hijo y Señor para ser cabeza de sus hermanos. Éste es Santiago y éste Judas, primos del Señor. Éste es Simón, y éste Andrés, hermano de Pedro. Y éste es Santiago, hermano de Juan. Y éstos son Felipe, Bartolomé y Mateo. Falta Tomás, todavía ausente; pero le nombro como si estuviera presente. Éstos son los que han sido elegidos para una misión especial. Pero éstos, que están en la sombra con ademán humilde, son los primeros en el heroísmo del amor. Desde hace más de seis lustros predican a Cristo. Ni persecuciones contra ellos, ni la condena contra el Inocente, han mellado su fe. Pescadores y pastores. Vosotros, patricios. Pero, en el nombre de Jesús no hay ya distinciones. El amor en Cristo a todos iguala y hermana. Y mi amor os llama hijos también a vosotros, que sois de otra nación. Es más, digo que os encuentro de nuevo tras haberos perdido, porque en el momento del dolor estabais junto al Moribundo. Y no olvido tu piedad, Longino; ni tus palabras, soldado. Parecía que
626.4 me hubieran quitado la vida. Pero lo veía todo. [4]No tengo con qué recompensaros. La verdad es que para las cosas santas no hay moneda, sino sólo amor y oración. Ésta os daré, rogando a nuestro Señor Jesús que Él os lo pague».

«Ya hemos recibido la recompensa, Dómina. Por eso nos hemos atrevido a venir aquí todos juntos. Nos ha reunido un común impulso. Ya la fe ha tendido su vínculo entre los corazones» dice Longino.

Todos se acercan curiosos. Y hay quien, venciendo la reserva y quizás la repulsa del contacto pagano, dice: «¿Qué es lo que habéis recibido?».

«Yo una voz, la suya. Decía: "Ven a mí"» dice Longino.

«Y yo oí: "Si me crees santo, cree en mí"» dice el otro soldado.

«Y nosotras» dice Plautina «mientras hablábamos de Él esta mañana, vimos una luz, ¡una luz! Tomó forma de rostro. ¡Oh, di tú cómo resplandecía! Era su rostro. Y nos sonrió con tanta dulzura que ya no tuvimos sino un deseo, el de venir a deciros: "No nos rechacéis"».

Se producen susurros y comentarios. Todos hablan, repitiendo cómo le han visto.

[5]Los diez apóstoles guardan silencio, apesadumbrados. Buscando 626.5
una compensación y no aparecer como los únicos que se hayan quedado sin su saludo, preguntan a las mujeres hebreas si no han recibido regalo pascual.

Elisa dice: «Me ha quitado la espada del dolor de mi hijo muerto».

Y Ana: «He oído su promesa sobre la eterna salvación de los míos».

Y Sira: «Yo una caricia».

Y Marcela: «Yo un resplandor y su Voz que decía: "Persevera"».

«¿Y tú, Nique?» preguntan, porque guarda silencio.

«Ya había recibido» responden otros.

«No. He visto su Rostro, y me ha dicho: "Para que se imprima éste en tu corazón". ¡Qué hermoso era!».

Marta va y viene, silenciosa y rápida, y calla.

«¿Y tú, hermana? ¿Nada a ti? Callas y sonríes. Demasiado dulcemente sonríes como para no haber recibido tu gozo» dice la Magdalena.

«Es verdad. Tienes bajos los párpados, tu lengua está muda, pero brillan tanto tus ojos tras el velo de las pestañas, que es como si cantaras una canción de amor».

«¡Habla! ¡Habla! Madre, ¿a ti te lo ha dicho?».

La Madre sonríe y calla.

Marta, que está colocando la vajilla en la mesa, quiere mantener echado el velo sobre su feliz secreto. Pero su hermana no le concede tregua. Entonces Marta, dichosa, dice ruborizándose: «Me ha citado para la hora de la muerte y del desposorio cumplido...», y se le enciende el rostro con una rojez más viva y una sonrisa de alma.

627. Aparición a los apóstoles en el Cenáculo.

6 de abril de 1945.

[1]Están recogidos en el Cenáculo. Debe haber anochecido ya hace 627.1
un buen rato, porque no se oye ningún ruido de la calle ni de la casa. Creo que incluso todos los que antes habían venido ya se han retirado, o a sus propias casas o a dormir, cansados por tantas emociones.

Los diez, sin embargo, comidos unos pescados —quedan algunos todavía, en una bandeja que está encima de un aparador—, conversan a la luz de una sola llama de la lámpara, la más cercana a la me-

sa. Están todavía sentados alrededor de ésta. Su conversación es entrecortada. Está hecha casi de monólogos, porque parece como si cada uno, más que con su compañero, hablara consigo mismo, mientras los otros le dejan hablar, a lo mejor hablando a su vez de algo completamente distinto. Pero estos temas inconexos, que me parecen como radios de una rueda desvencijada, se siente que pertenecen a un único tema en torno al cual se centran, aunque estén tan desparpajados: Jesús.

627.2 [2]«Mi temor es que Lázaro haya oído mal, y que las mujeres hubieran oído mejor que Él...» dice Judas de Alfeo.

«¿A qué hora ha dicho la romana que le había visto?» pregunta Mateo. Ninguno le responde.

«Mañana voy a Cafarnaúm» dice Andrés.

«¡Qué maravilla! ¡Hacer que salga precisamente en ese momento la litera de Claudia!» dice Bartolomé.

«Hemos hecho mal, Pedro, marchándonos inmediatamente esta mañana... Si nos hubiéramos quedado, le habríamos visto, como la Magdalena» suspira Juan.

«No comprendo cómo ha podido estar en Emaús y en el palacio al mismo tiempo. Y cómo aquí, con su Madre, y con la Magdalena y con Juana, contemporáneamente» dice, hablando para sí, Santiago de Zebedeo.

«No vendrá. No he llorado lo suficiente como para merecerlo... Tiene razón. Yo digo que me hace esperar tres días por mis tres negaciones. ¿Cómo pude, cómo pude hacer eso?».

«¡Qué transfigurado estaba Lázaro! Os digo que parecía un Sol. Yo creo que le ha sucedido como a Moisés después de haber visto a * Dios. ¡Y —¿verdad, vosotros que estabais allí?— inmediatamente después de haber ofrecido su vida!» dice el Zelote. Ninguno le escucha.

627.3 [3]Santiago de Alfeo se vuelve hacia Juan y dice: «¿Cómo dijo a los de Emaús? Me parece que nos ha disculpado, ¿no es verdad? ¿No dijo que todo ha sucedido por nuestro error de israelitas en el modo de entender su Reino?».

Juan no le presta atención; se vuelve hacia Felipe, mira a éste y dice... al aire, porque no habla a Felipe: «A mí me basta con saber que ha resucitado. Y... y también que mi amor sea cada vez más fuerte. Ha ido en proporción, ¿no?, si os fijáis, al amor que hemos tenido: la Madre, María Magdalena, los niños, mi madre y la tuya, y luego Lázaro y Marta... ¿Cuándo a Marta? Yo digo que cuando ento-

* *como a Moisés*, en: *Éxodo 34, 29-35.*

* nó el salmo davídico: "El Señor es mi pastor, nada me faltará. Me ha puesto en lugar de abundantes pastos, me ha conducido a aguas de reposo. Ha llamado hacia sí al alma mía...". ¿Te acuerdas cómo nos hizo estremecernos con ese inesperado canto? Y esas palabras se conectan con lo que ha dicho: "Ha llamado hacia sí al alma mía". Efectivamente, Marta parece haber encontrado de nuevo su camino... Antes estaba como desconcertada, ¡ella, la fuerte! Quizás en la propia llamada le ha dicho el lugar a donde quiere que vaya; es más, esto es seguro porque si la ha citado ella debe saber dónde será. ¿Qué habrá querido decir con "desposorio cumplido"?».

Felipe, que le ha mirado un momento y luego le ha dejado monologar, gime: «No voy a saber qué decirle si viene... Huí... y siento que huiré. Antes por miedo a los hombres, ahora por miedo a Él».

«Dicen todos que es hermosísimo. ¿Pero es que puede ser más hermoso que lo que ya lo era?» se pregunta Bartolomé.

«Yo le diré: "Me perdonaste sin decirme palabra alguna cuando era publicano. Perdóname ahora con tu silencio, porque mi vileza no merece tu palabra"» dice Mateo.

«Longino dice que ha pensado: "¿Debo pedirle quedar curado o creer?". Pero su corazón ha dicho: "Creer", y entonces la Voz ha dicho: "Ven a mí", y él ha sentido la voluntad de creer y la curación al mismo tiempo. Me lo ha dicho justo así» afirma Judas de Alfeo.

«Yo no dejo de pensar en Lázaro, premiado inmediatamente después de su ofrecimiento... Yo también lo he dicho: "Mi vida por tu gloria". Pero no ha venido» suspira el Zelote.

[4]«¿Qué opinas, Simón? Tú, que eres culto, dime: ¿qué debo decirle 627.4
para que comprenda que le quiero y que le pido perdón? ¿Y tú, Juan? Tú has hablado mucho con la Madre. Ayúdame. ¡No es piadoso dejar solo al pobre Pedro!».

Juan se mueve a compasión hacia su descorazonado compañero y dice: «Pues... pues yo le diría simplemente: "Te quiero". En el amor está incluido también el deseo de perdón y el arrepentimiento. Pero... no sé. ¿Simón, tú qué crees?».

Y el Zelote: «Yo diría lo que era el grito de los milagros: "¡Jesús, ten piedad de mí!". Diría: "Jesús". Es suficiente. ¡Porque es, con creces, más que el Hijo de David!».

«Es precisamente eso lo que pienso y lo que me hace temblar. ¡Oh, esconderé la cabeza!... Esta mañana también tenía miedo de verle y...».

«...y luego has sido el primero en entrar. No, no tengas ese mie-

---

* *salmo davídico*, que es: *Salmo 23*.

do. Parece como si no le conocieras», le anima Juan.

627.5 [5]La habitación se ilumina vivamente, como a causa de un relámpago deslumbrador. Los apóstoles, temiendo que sea un rayo, se tapan la cara. Pero al no oír ruido alzan la cabeza.

Jesús está en medio de la habitación, junto a la mesa. Abre los brazos diciendo: «La paz sea con vosotros».

Ninguno responde. Quién más pálido, quién más rojo, todos le miran fijamente, con miedo y embarazo; hechizados y, al mismo tiempo, deseosos de huir.

Jesús da un paso hacia delante, incrementando su sonrisa. «¡No temáis! Soy Yo. ¿Por qué tan turbados? ¿No queríais verme? ¿No había encargado que os dijeran que iba a venir? ¿No os lo había dicho ya en la noche pascual?».

Ninguno se atreve a abrir la boca. Pedro ya llora, y Juan sonríe, mientras que los dos primos, con los ojos brillantes y un movimiento de palabra en los labios silenciosos, parecen dos estatuas que representen el deseo.

«¿Por qué en vuestros corazones pugnan tanto la duda y la fe, el amor y el temor? ¿Por qué todavía queréis ser carne y no espíritu, y no queréis sólo con el espíritu ver, comprender, juzgar y obrar? ¿En la llamarada del dolor no se ha consumido todo el viejo *yo*, y no ha

627.6 surgido el nuevo *yo* de una vida nueva? [6]Soy Jesús. Vuestro Jesús, resucitado, como Él había dicho. Mirad. Tú que viste las heridas y vosotros que ignoráis mi tortura. Porque lo que sabéis es muy distinto del exacto conocimiento que tiene Juan. Ven, tú el primero. Estás ya enteramente limpio. Tan limpio que puedes tocarme sin temor. El amor, la obediencia, la fidelidad ya te habían purificado. Mi Sangre, la Sangre que te asperjó por entero cuando me bajaste del patíbulo, acabó de purificarte. Mira. Son manos verdaderas, y verdaderas heridas. Observa mis pies. ¿Ves como es la señal del clavo? Sí, soy Yo verdaderamente, no un fantasma. Tocadme. Los espectros no tienen cuerpo. Yo tengo verdadera carne en un verdadero esqueleto».

Pone la Mano encima de la cabeza de Juan, que se ha atrevido a acercarse a Él: «¿Sientes? Está caliente y pesa». Espira su aliento en su rostro: «Y esto es respiro».

«¡Oh, mi Señor!», Juan susurra suavemente.

«Sí. Vuestro Señor. Juan, no llores de temor y de deseo. Ven a mí. Sigo siendo el que te quiere. Vamos a sentarnos, como siempre, a la mesa. ¿Os queda algo de comer? Pasádmelo, pues».

Andrés y Mateo, con movimientos propios de sonámbulo, toman de los aparadores el pan y el pescado y una bandeja con un panal apenas mordido en un ángulo.

Jesús ofrece el alimento y come, y da a cada uno un poco de lo que come. Y los mira. Con mucha bondad. Pero también con tanta majestuosidad, que ellos se quedan paralizados.

[7]El primero que se atreve a hablar es Santiago, hermano de Juan: 627.7
«¿Por qué nos miras así?».

«Porque quiero conoceros».

«¿No nos conoces todavía?».

«Como vosotros no me conocéis a mí. Si me conocierais, sabríais quién soy y cómo os quiero, y encontraríais las palabras para expresarme vuestro tormento. Vosotros calláis. Como frente a un extraño poderoso de quien tenéis miedo. Hace poco hablabais... Hace ya casi cuatro días que habláis con vosotros mismos diciendo: "Le diré esto...", diciendo a mi Espíritu: "Vuelve, Señor; que yo te pueda decir esto". Ahora he venido, ¿y calláis? ¿Tan cambiado estoy, que ya no os parezco Yo? ¿O tan cambiados estáis, que ya no me queréis?».

Juan, que está sentado al lado de su Jesús, reacciona con su gesto habitual de apoyarle la cabeza sobre el pecho, mientras susurra: «Yo te quiero, mi Dios», pero se inmoviliza y, por respeto al resplandeciente Hijo de Dios, se prohíbe a sí mismo esta concesión. Porque Jesús parece emanar luz, a pesar de tener una carne como la nuestra.

Pero Jesús le acerca a su Corazón, y entonces Juan da rienda suelta a su beato llanto, y ello es la señal para el llanto de todos.

[8]Pedro, que está dos sitios más allá de Juan, cae al suelo entre la 627.8
mesa y el asiento y llora gritando: «¡Perdón, perdón! Sácame de este infierno en que estoy desde hace tantas horas. Dime que has visto la verdadera realidad de mi error: no del espíritu, sino de la carne, que se impuso a mi corazón. Dime que has visto mi arrepentimiento... que durará hasta la muerte. Pero Tú... dime que, como Jesús, no debo temerte... y yo, y yo... yo trataré de vivir de tal manera que consiga también el perdón de Dios... y morir... sólo teniendo un gran purgatorio que cumplir».

«Ven aquí, Simón de Jonás».

«Tengo miedo».

«Ven aquí. No sigas siendo cobarde».

«No merezco acercarme a ti».

«Ven aquí. ¿Qué te ha dicho la Madre? "Si no le miras en este sudario, no tendrás valor de mirarle nunca más". ¡Oh, hombre corto para entender! ¿Ese Rostro no te dijo con su mirada dolorosa que te comprendía y te perdonaba? Pues ese trozo de lino lo he dado para consuelo, para guía, para absolución, para bendición... ¿Pero qué ha hecho en vosotros Satanás, que os ha cegado tanto? Ahora Yo te digo: si no me miras ahora, que sobre mi gloria tengo todavía extendido

un velo para adecuarme a vuestra debilidad, no podrás nunca jamás venir sin miedo a tu Señor. ¿Y qué te sucederá entonces? Por presunción pecaste. ¿Quieres ahora volver a pecar por obstinación? Ven, te digo».

Pedro va arrastrándose de rodillas, entre la mesa y los asientos, cubriendo con sus manos el rostro bañado en lágrimas. Jesús, poniéndole la Mano sobre la cabeza, le para cuando está a sus pies. Pedro, con un llanto aún más fuerte, toma esa Mano y la besa en medio de verdaderos sollozos sin freno. No sabe decir sino: «¡Perdón! ¡Perdón!».

Jesús se libera del apretujón y, haciendo palanca con su mano bajo el mentón del apóstol, obliga a Pedro a alzar la cabeza y le mira fíjamente a los ojos, enrojecidos, acongojados por el arrepentimiento, con sus fúlgidos Ojos serenos. Parece querer perforarle el alma. Luego dice: «Vamos, cancela en mí el oprobio de Judas. Bésame donde él besó. Lava con tu beso la señal de la traición».

Pedro alza la cabeza —simultáneamente, Jesús se inclina más— y roza la mejilla... luego reclina la cabeza en las rodillas de Jesús y permanece así... como un niño, anciano de edad, que ha hecho algo malo pero que es perdonado.

627.9 [9]Los otros, ahora que ven la bondad de su Jesús, encuentran de nuevo un poco de coraje, y, como pueden, se acercan.

Primero, los primos... Quisieran decir muchas cosas, pero no logran decir nada; Jesús los acaricia y les infunde ánimo con su sonrisa.

Se acercan Mateo y Andrés. Mateo dice: «Como en Cafarnaúm...», y Andrés: «Yo, yo... yo te quiero».

Se acerca Bartolomé, gimiendo: «No he sido sabio, sino necio. Éste es sabio» y señala al Zelote, a quien ya Jesús está sonriendo.

Santiago de Zebedeo se acerca y susurra a Juan: «Díselo tú...». Jesús se vuelve y dice: «Llevas cuatro noches diciéndolo y Yo cuatro noches llevo compadeciéndome de ti».

El último en acercarse es Felipe, encorvado todo. Pero Jesús le fuerza a levantar la cabeza y le dice: «Para predicar a Cristo es necesario más valor».

627.10 [10]Ahora están todos alrededor de Jesús. Poco a poco van cobrando nueva confianza. Hallan de nuevo aquello que habían perdido o que temían haber perdido para siempre. Surge de nuevo la confianza, la tranquilidad, y, a pesar de que Jesús aparezca tan majestuoso que infunda un nuevo respeto en sus apóstoles, ellos encuentran por fin el valor para hablar.

Es Santiago, el primo de Jesús, el que suspira: «¿Por qué nos has

hecho esto, Señor? Sabías que no somos nada y que todo viene de Dios. ¿Por qué no nos has dado la fuerza de estar a tu lado?».

Jesús le mira y sonríe.

«Ya todo se ha verificado. Y nada más debes padecer. Pero no me pidas otra vez esta obediencia. He envejecido un lustro por cada hora que pasaba, y tus sufrimientos, que el amor e igualmente Satanás aumentaban en mi imaginación en cinco veces respecto a lo que ya de por sí eran, han consumido verdaderamente todas mis fuerzas. Sólo me ha quedado fuerza para seguir obedeciendo, sujetando —como uno que se estuviera ahogando y tuviera las manos rotas— mi fuerza con la voluntad, como con dientes hincados en una tabla, para no perecer... ¡Oh, no pidas esto otra vez a tu leproso!».

Jesús mira a Simón el Zelote y sonríe.

«Señor, Tú sabes lo que quería mi corazón. Pero luego me ha faltado el ánimo... como si me lo hubieran arrancado los canallas que te apresaron... y lo que me quedó fue un agujero por el que se escapaban todos mis pensamientos anteriores. ¿Por qué has permitido esto, Señor?» pregunta Andrés.

«Yo... ¿Tú dices el corazón? Yo digo que era como uno que hubiera perdido la razón. Como quien ha recibido un golpe de clava en la nuca. Cuando, ya de noche, me encontré en Jericó... ¡Oh! ¡Dios! ¡Dios!... ¿Pero es que puede un hombre perecer así? Yo creo que así es la posesión. ¡Ahora comprendo qué es esta tremenda cosa!...». Felipe abre todavía desmesuradamente sus ojos ante el recuerdo de lo que ha sufrido.

«Tiene razón Felipe. Yo miraba para atrás. Viejo soy y no pobre en conocimientos. Y dejé de saber todo lo que había sabido hasta ese momento. [11]Miraba a Lázaro, tan acongojado pero tan seguro, y me 627.11
decía: "¿Cómo es posible que él sepa encontrar todavía una razón y yo nada?"» dice Bartolomé.

«Yo también miraba a Lázaro. Y, dado que acabo de saber lo que Tú nos has explicado, no pensaba en el saber, sino que decía: "¡Si al menos en el corazón fuera como él!"; y, sin embargo, yo sólo tenía dolor, dolor, dolor. Lázaro tenía dolor y paz... ¿Por qué a él tanta paz?».

Jesús mira por turno, primero a Felipe, luego a Bartolomé, luego a Santiago de Zebedeo. Sonríe y calla.

Judas dice: «Yo tenía la esperanza de ver lo que, sin duda, Lázaro veía. Por eso estaba siempre cerca de él... ¡Su rostro!... Un espejo. Un poco antes del terremoto del Viernes, Lázaro tenía el aspecto de uno que muriera triturado. Luego, de repente, dentro de su dolor, apareció majestuoso. ¿Recordáis cuando dijo: "El deber cumplido da paz"? Todos creímos que fuera solamente un reproche a nosotros, o

una aprobación de sí mismo. Ahora pienso que lo decía por ti. Lázaro era un faro en nuestras tinieblas. ¡Cuánto le has dado, Señor!».

Jesús sonríe y calla.

«Sí. La vida. Y quizás con ella le has dado un alma diferente. Porque, en fin, ¿en qué es distinto de nosotros? Y, de todas formas, no es ya un hombre, es algo más que un hombre. Y, por lo que era en el pasado, hubiera debido ser menos perfecto de espíritu aún que nosotros. Pero él se ha hecho, y nosotros... Señor, mi amor ha estado vacío como ciertas espigas. Sólo he dado cascabillo» dice Andrés.

Y Mateo: «Yo no puedo pedir nada. Porque ya mucho recibí con mi conversión. Pero, sí, yo también hubiera deseado tener lo que ha recibido Lázaro: un alma dada por ti. Porque yo también pienso como Andrés...».

«También Magdalena y Marta han sido faros. Será la raza. Vosotros no las habéis visto. Una era piedad y silencio. ¡La otra! ¡Oh, si hemos sido todos como un haz en torno a la Bendita, ha sido porque María de Magdala nos ha envuelto con las llamas de su valiente amor! Sí. He dicho: la raza. Pero debo decir: el amor. Nos han superado en el amor. Por eso han sido lo que han sido» dice Juan.

Jesús sigue sonriendo y callando.

«Bueno, pero han recibido un gran premio...».

«A ellos te apareciste».

«A los tres».

«A María inmediatamente después de haberte aparecido a tu Madre...».

Es claro en los apóstoles la añoranza por estas apariciones de privilegio.

«María sabe ya desde hace muchas horas que has resucitado. Nosotros sólo ahora podemos verte...».

«Ellas ya sin dudas. Nosotros, sin embargo... sólo ahora sentimos que nada ha terminado. ¿Por qué a ellas, Señor, si todavía nos amas y no nos repudias?» pregunta Judas de Alfeo.

«Sí. ¿Por qué a las mujeres y especialmente a María? Incluso le has tocado en la frente, y ella dice que le parece llevar una corona eterna. Y a nosotros, tus apóstoles, nada...».

627.12 [12]Jesús ya no sonríe. Su Rostro no está turbado, pero cesa su sonrisa. Mira serio a Pedro —que es el último que ha hablado, y que ha ido recuperando el valor a medida que se le iba pasando el miedo— y dice:

«Tenía doce apóstoles. Los quería con todo mi Corazón. Yo los había elegido y, como una madre, había cuidado de su desarrollo en *mi* Vida. No tenía secretos para ellos. Todo lo decía, todo lo explicaba,

todo lo perdonaba. Lo que era humano, los descuidos, las tozudeces... todo. Y tenía discípulos, pobres y ricos. Tenía conmigo a mujeres de oscuro pasado o de débil constitución. Pero los predilectos eran los apóstoles.

Llegó *mi* hora. Uno me traicionó y me entregó a los verdugos. Tres se durmieron mientras Yo sudaba sangre. Todos, menos dos, huyeron por cobardía. Uno, por miedo, a pesar de tener el ejemplo del otro, joven y fiel, renegó de mí. Y, por si no fuera suficiente, entre los doce ha habido un suicida desesperado y uno que ha dudado tanto de mi perdón, que sólo a duras penas y gracias a palabras maternas ha creído en la misericordia de Dios. De manera que, si hubiera mirado a esta grey mía, si la hubiera mirado con ojos humanos, habría debido decir: "Menos Juan, fiel por amor, y Simón, fiel a la obediencia, ya no tengo apóstoles". Esto es lo que habría debido decir mientras sufría en el recinto del Templo, en el Pretorio, por las calles, en la Cruz.

[13]Tenía conmigo a mujeres... Y una, la más culpable en el pasado, 627.13
ha sido, como Juan ha dicho, la llama que ha soldado las fibras rotas de los corazones. Esa mujer es María de Magdala. Tú has renegado de mí y has huido, ella ha desafiado a la muerte por estar a mi lado; insultada, ha destapado su cara, dispuesta a recibir esputos y golpes, pensando en asemejarse así más a su Rey crucificado; vejada en el fondo de los corazones por su tenaz fe en mi Resurrección, ha sabido seguir creyendo; llena de congoja, ha actuado; esta mañana, desolada, ha dicho: "De todo me despojo, pero dadme a mi Maestro". ¿Puedes atreverte todavía a hacer la pregunta de por qué a ella?

Tenía discípulos pobres: unos pastores. Poco he estado con ellos, y, sin embargo, ¡cómo han sabido confesarme con su fidelidad!

Tenía discípulas medrosas, como todas las mujeres hebreas. Y, sin embargo, han sabido dejar la casa y meterse entre la marea de un pueblo que blasfemaba contra mí, para ofrecerme el auxilio que mis apóstoles me habían negado.

Tenía a paganas que admiraban al "filósofo". Para ellas era eso. Pero han sabido acomodarse a usos hebreos, ellas, las poderosas romanas, para decirme, en la hora del abandono de un mundo de ingratos: "Nosotras somos para ti amigas".

[14]Tenía la cara cubierta de esputos y sangre; lágrimas y sudor go- 627.14
teaban sobre las heridas; inmundicias y polvo me creaban costras. ¿De quién fue la mano que me limpió? ¿Fue la tuya? ¿O la tuya? ¿O la tuya? Ninguna de vuestras manos. Éste estaba al lado de la Madre. Éste reunía a las ovejas desperdigadas: *vosotros*. Y si mis ovejas estaban desperdigadas ¿cómo podían socorrerme? Tú escondías tu

cara por miedo al desprecio del mundo mientras el desprecio de todos cubría a tu Maestro, a Él que era inocente.

Tenía sed. Sí. Has de saber también esto. Me moría de sed. No tenía ya sino fiebre y dolor. Ya la sangre había brotado en el Getsemaní, extraída por el dolor de la traición, del abandono, de la abjuración, de los golpes que se abatían sobre mí; por verme sumergido bajo las culpas infinitas y bajo el rigor de Dios... Y había brotado en el Pretorio... ¿Quién quiso darme una gota para mi garganta reseca? ¿Una mano de Israel? No. La piedad de un pagano. La misma mano que, por decreto eterno, me abrió el pecho para mostrar que el Corazón tenía ya una herida mortal: la que habían hecho en él el desamor, la cobardía, la traición. Un pagano. Os recuerdo: "Tuve sed y me diste de beber". Ninguno que me aliviara *en todo Israel.* O por imposibilidad de hacerlo, como mi Madre y las mujeres fieles, o por culpable voluntad de no hacerlo. Y un pagano encontró para el Desconocido esa piedad que mi pueblo me había negado. Encontrará en el Cielo ese sorbo que me dio.

En verdad os digo que, si bien rechacé *todo consuelo* —porque cuando se es Víctima no hay que mitigar el destino—, *no quise rechazar al pagano.* En lo que me ofreció sentí la miel de todo el amor que los Gentiles me darán como compensación de la amargura que me dio Israel. No me calmó la sed, pero sí el desconsuelo. Por esto acepté ese sorbo ignorado, para atraer hacia mí al que ya se inclinaba hacia el Bien. ¡Que el Padre le bendiga por su piedad!

627.15 [15]¿Ya no decís nada? ¿Por qué no preguntáis todavía por qué he actuado así? ¿No os atrevéis a preguntarlo? Yo os lo diré. Os voy a manifestar todo lo relativo a los porqués de esta hora.

¿Quiénes sois vosotros? Mis continuadores. Sí. Lo sois a pesar de vuestro extravío. ¿Qué debéis hacer? Convertir al mundo para Cristo. ¡Convertir! Es la cosa más delicada y difícil, amigos míos. El desdén, la repulsa, el orgullo, el celo exagerado son deletéreos para ello. Pero, dado que nada ni nadie os habría convencido en orden a la bondad, a la condescendencia, a la caridad, hacia los que están en las tinieblas, ha sido necesario —¿comprendéis?—, necesario ha sido el que de una vez para siempre vierais quebrantado vuestro orgullo de hebreos, de varones, de apóstoles, para dar cabida solamente a la verdadera sabiduría de vuestro ministerio; a la mansedumbre, paciencia, piedad, amor sin altanería ni repulsas.

Ya veis que todos aquellos a quienes mirabais o con desprecio o con orgullosa compasión os han superado en el creer y en el obrar. *Todos.* La pecadora del pasado. Lázaro, impregnado de cultura profana, el primero que en mi Nombre ha perdonado y guiado. Las mu-

jeres paganas. La débil mujer de Cusa. ¿Débil? ¡Verdaderamente os supera a todos! Primera mártir de mi fe. Los soldados de Roma. Los pastores. El herodiano Manahén. Y hasta Gamaliel, el rabí. No te estremezcas, Juan. ¿Tú crees que mi Espíritu estaba en las tinieblas? Todos. Para que en el futuro, recordando vuestro error, no cerréis el corazón a quien se acerque a la Cruz.

Os digo esto, aunque sé que, a pesar de decirlo, no lo haréis sino cuando la Fuerza del Señor os pliegue como débiles tallos a mi Voluntad, que es tener cristianos de toda la Tierra. He vencido a la Muerte, pero la Muerte es menos dura que el viejo hebraísmo. De todas formas, os doblegaré.

[16]Tú, Pedro, en vez de estar lloroso y abatido, tú que debes ser la 627.16
Piedra de mi Iglesia, escúlpete estas amargas verdades en el corazón. La mirra se usa para preservar de la corrupción. Úntate bien de mirra, pues. Y cuando sientas deseos de cerrar el corazón y la Iglesia a uno de otra fe, recuerda que no Israel, no Israel, no Israel, sino Roma, me defendió y quiso tener piedad. Recuerda que no tú, sino una pecadora, supo estar al pie de la Cruz y mereció verme antes. Y, para no merecer reproche, sé imitador de tu Dios. Abre el corazón y la Iglesia diciendo: "Yo, el pobre Pedro, no puedo despreciar, porque si desprecio seré despreciado por Dios, y mi error revivirá ante sus ojos". ¡Ah, si no te hubiera quebrantado así! Habrías venido a ser no pastor, sino lobo».

[17]Jesús se levanta. Majestuosísimo. 627.17

«Hijos míos, os hablaré otras veces durante el tiempo que estaré con vosotros. Entretanto, os absuelvo y perdono. Después de la prueba, de esta prueba que, aun habiendo sido humillante y cruel, ha sido también saludable y necesaria, descienda sobre vosotros la paz del perdón. Y, con ella en el corazón, volved a ser mis amigos fieles y fuertes. El Padre me ha enviado al mundo. Yo os envío a vosotros al mundo para que continuéis mi evangelización. Miserias de todo tipo se acercarán a vosotros pidiendo confortación. Sed buenos, pensando en vuestra miseria de cuando os quedasteis sin vuestro Jesús. Tened luz en vosotros. En las tinieblas no es posible ver. Estad limpios para comunicar limpieza. Sed amor para amar. Luego vendrá Aquel que es Luz, Purificación y Amor. Pero, entretanto, para prepararos a este ministerio, os comunico el Espíritu Santo. A quien perdonéis los pecados les serán perdonados, a quien se los retengáis les serán retenidos. Que vuestra experiencia os haga justos para juzgar. Que el Espíritu Santo os haga santos para santificar. Que el sincero deseo de superar vuestra deficiencia os haga heroicos para la vida que os espera. Lo que todavía queda por deciros os lo diré cuando venga el au-

sente. Orad por él. Quedaos con mi paz y sin angustia de dudas respecto a mi amor».

Jesús desaparece de la misma forma que había entrado. Deja entre Juan y Pedro un lugar vacío. Desaparece en medio de un resplandor que de tan intenso hace cerrar los ojos. Y, cuando los ojos deslumbrados vuelven a abrirse, sólo encuentran que la paz de Jesús se ha quedado ahí, llama que quema y cura y que consume las amarguras del pasado en un único deseo: servir.

628. El regreso de Tomás y su incredulidad.

7 de abril de 1945.

628.1 [1]Los diez están en el patio de la casa del Cenáculo. Hablan entre sí y luego oran, y después siguen hablando.

Dice Simón Zelote: «Estoy verdaderamente afligido por la desaparición de Tomás. No sé ya dónde buscarle».

«Yo tampoco» dice Juan.

«Con sus familiares no está. Y nadie le ha visto. ¿Y si le hubieran capturado?».

«Si así fuera, el Maestro no habría dicho: "Diré lo demás cuando esté el ausente"».

«Es verdad. Yo, de todas formas, quiero ir todavía a Betania. Quizás está por aquellas montañas sin atreverse a mostrarse».

«Ve, ve, Simón. Tú nos has reunido a todos y... reuniéndonos, nos has salvado, porque nos has llevado donde Lázaro. ¿Habéis oído qué palabras ha dicho el Señor respecto a Lázaro? Ha dicho: "el primero que en mi Nombre ha perdonado y guiado". ¿Por qué no le pone en el lugar del Iscariote?» pregunta Mateo.

«Porque no querrá dar al perfecto amigo el lugar del traidor» responde Felipe.

628.2 [2]«He oído hace poco, cuando he estado dando una vuelta por los mercados y he hablado con vendedores de pescado, que... sí, de ellos me puedo fiar, que los del Templo no saben qué hacer con el cuerpo de Judas. No sé quién habrá sido... pero esta mañana, al alba, los guardianes del Templo han encontrado dentro del sagrado recinto su cuerpo putrefacto, todavía con la soga en el cuello. Yo creo que habrán sido paganos los que le hayan descolgado y le hayan echado allá... ¡a saber cómo!» dice Pedro.

«Sin embargo, a mí ayer tarde, en la fuente, me dijeron —más exactamente, oí decir— que, ya desde el atardecer de ayer, han lanzado con hondas entrañas del traidor hasta incluso contra la casa de

Anás. Sin duda, paganos. Porque ningún hebreo habría tocado, después de más de cinco días, ese cuerpo. ¡Bien podrido que estaría!» dice Santiago de Alfeo.

«¡Algo horrible, ya desde el sábado!». Juan, al recordarlo, palidece.

«¿Pero cómo es que terminó en ese lugar? ¿Era suyo?».

«¿Quién ha sabido algo alguna vez con exactitud de boca de Judas de Keriot! ¿Os acordáis de lo cerrado que era, y complicado y...?».

«Puedes decir "embustero", Bartolomé. Nunca era sincero. Durante tres años estuvo con nosotros, y nosotros, que todo lo teníamos en común, ante él estábamos como ante la alta muralla de una fortaleza».

«¿De una fortaleza? ¡Simón! ¡Di de un laberinto!» exclama Judas de Alfeo.

«¡Oye, un momento! ¡No hablemos de él! Me da la impresión de estar llamándole y que vaya a venir a crearnos fastidio. Yo quisiera borrar su recuerdo de mí y de todos los corazones, sean hebreos o gentiles; si son hebreos, para no sentir la vergüenza de que nuestra raza haya generado a este monstruo; si son gentiles, para que entre ellos no haya quien un día pueda decirnos: "Fue uno de Israel su traidor". [3]Yo soy un muchacho, y no debería hablar ante vosotros an- 628.3
tes. Yo soy el último, y tú, Pedro, eres el primero. Y aquí están el Zelote y Bartolomé, instruidos, y están los hermanos del Señor. Pero, mirad, yo quisiera poner pronto a uno en el duodécimo puesto, uno que fuera santo, porque mientras vea ese puesto vacío en nuestro grupo, veré la boca del infierno con sus hedores en medio de nosotros. Y tengo miedo de que nos extravíe...».

«¡No, hombre, Juan! Te has quedado impresionado por la fealdad de su delito y de su cuerpo colgado...».

«No, no. También la Madre dijo: "He visto a Satanás viendo a Judas de Keriot". ¡Oh, démonos prisa en buscar a un santo al que poner en ese lugar!».

«Oye, yo no elijo a nadie. Si Él, que era Dios, ha elegido a un Iscariote, ¿qué eligirá el pobre Pedro?».

«Pues, a pesar de todo, si que tendrás que...».

«No, amigo. Yo no elijo nada. Se lo pediré al Señor. ¡Basta ya de pecados cometidos por Pedro!».

[4]«Muchas cosas debemos pedir. La otra noche nos hemos quedado 628.4
como alelados. Pero debemos buscar instrucción. Porque... ¿Cómo nos las arreglaremos para comprender si una cosa es realmente pecado, o si no lo es? Ya ves cómo el Señor habla sobre los paganos de

forma distinta de como hablamos nosotros. Ya ves cómo disculpa más una cobardía o el hecho de renegar, que la duda sobre su posible perdón... ¡Oh, yo tengo miedo de actuar equivocadamente» dice, desconsolado, Santiago de Alfeo.

«Verdaderamente nos ha hablado mucho, y tengo la impresión de no saber nada. Desde hace una semana estoy entontecido» confiesa, desconsolado, el otro Santiago.

«Yo también».

«Y yo».

«También yo».

Están todos en las mismas condiciones. Atónitos, se miran unos a otros y recurren a la consabida solución: «Vamos donde Lázaro» dicen. «Quizás allí encontramos al Señor. Y... Lázaro nos ayudará».

628.5 [5]Llaman al portón. Guardan todos silencio y escuchan. Todos emiten una exclamación de estupor al ver entrar en el vestíbulo a Elías junto con Tomás (un Tomás tan enajenado, que no parece él).

Sus compañeros se arremolinan en torno a él con gritos de júbilo: «¿Sabes que ha resucitado y ha venido? ¡Y te espera a ti para volver!».

«Sí. Me lo ha dicho también Elías. Pero yo no lo creo. Yo creo en lo que veo. Y veo que para nosotros todo ha terminado. Veo que estamos desperdigados. Veo que no existe ni siquiera un sepulcro conocido donde llorarle. Veo que el Sanedrín quiere deshacerse de su cómplice —cuya sepultura decreta, como si se tratara de un animal inmundo, al pie del olivo donde se ha ahorcado— y de los seguidores del Nazareno. A mí me echaron el alto el viernes, en las puertas, y me dijeron: "¿También tú eras uno de lo suyos? Ya está muerto. Vuelve a tu oficio de batihoja". Y he huido...».

«Pero ¿a dónde? ¡Te hemos buscado por todas partes!».

«¿A dónde? Fui hacia la casa de mi hermana, a Rama; pero luego, para no sufrir el reproche de una mujer, no me atreví a entrar. Así que di en vagar por las montañas de Judea y ayer terminé en Belén, en su gruta. ¡Cuánto lloré!... Me quedé dormido entre los cascotes, y allí me encontró Elías, que no sé por qué había ido allí».

«¿Por qué? Pues porque en las horas de alegría o de dolor demasiado grandes, se va a donde más se siente a Dios. Yo muchas veces en estos años había ido allí de noche, como un ladrón, para sentirme acariciar el alma por el recuerdo de su vagido. Y luego me alejaba de allí con los primeros rayos del Sol, para no ser apedreado; pero ya estaba consolado. Esta vez he ido allí para decirle a ese lugar: "Me siento feliz", y para recoger de él todo lo que podía. Hemos decidido hacerlo así. Nosotros queremos predicar su Fe. Y para ello nos darán

fuerza un trozo de esas paredes, un puñado de esa tierra, una astilla de aquellos postes. No somos santos como para atrevernos a tomar la tierra del Calvario...».

«Tienes razón, Elías. También tendremos que hacerlo nosotros, y lo haremos. Pero... ¿Tomás?...».

«Tomás dormía y lloraba. Le dije: "Despiértate y no llores más. Ha resucitado". No quería creerme. Pero insistí tanto, que le convencí. Aquí le tenéis. Ahora está con vosotros y yo me retiro. Voy a reunirme con mis compañeros, que van a Galilea. La paz a vosotros». Elías se marcha.

[6]«Tomás, ha resucitado; yo te lo digo. Ha estado con nosotros. Ha 628.6
comido. Ha hablado. Nos ha bendecido. Nos ha perdonado. Nos ha dado potestad de perdonar. ¡Oh! ¿Por qué no has venido antes?».

Tomás continúa abatido, no reacciona; menea, testarudo, la cabeza. «No creo. Habéis visto un fantasma. Estás todos fuera de quicio; las primeras, las mujeres. Un hombre muerto, por sí solo, no resucita».

«Un hombre, no; pero Él es Dios. ¿No lo crees?».

«Sí. Creo que es Dios. Pero precisamente porque lo creo pienso y digo que, a pesar de toda su bondad, no puede ser tan bueno como para venir a quienes le han amado tan poco; y digo que, a pesar de toda su humildad, debe estar ya harto de rebajarse en esta mísera carne nuestra. No. Estará, sin duda lo está, triunfante en el Cielo; y, quizás, se aparecerá como espíritu. Digo "quizás": ¡no merecemos tampoco eso! Pero, ¿resucitado en carne y hueso?... No, no lo creo».

«¡Pero si le hemos besado, le hemos visto comer, hemos oído su voz, sentido su mano, visto sus heridas!».

«Nada. Yo no creo. No puedo creer. Debería ver para creer. Si no veo en sus manos el agujero de los clavos y no meto dentro el dedo, si no toco las heridas de los pies y si no meto la mano en donde la lanza abrió el costado, no creo. No soy ni un niño ni una mujer. Quiero la evidencia. Lo que mi razón no puede aceptar lo rechazo. Y no puedo aceptar estas palabras vuestras».

«¡Pero Tomás! ¿Te parece que te queramos engañar?».

«¡No, almas de Dios! Dichosos vosotros, más bien, que sois tan buenos, que queréis llevarme a esa paz que con vuestra ilusión habéis conseguido para vosotros. Pero... yo no creo en su Resurrección».

«¿No temes que te castigue? Ten en cuenta que oye y ve todo».

«Pido que me convenza. Yo tengo una razón, y, por tanto, hago uso de ella. Él, que es el Dueño de la razón humana, que me enderece la mía si está desviada».

«Pero Él decía que la razón es libre».

«A mayor razón para que no la haga esclava de una sugestión colectiva. Yo os quiero, y quiero al Señor. Le serviré como pueda, y estaré con vosotros para ayudaros a servirle. Predicaré su doctrina. Pero no puedo creer si no veo».

Y Tomás, testarudo, sólo se presta oídos a sí mismo. Le hablan de todos los que le han visto, y de cómo le han visto. Le aconsejan que hable con la Madre. Pero él menea la cabeza, estando sentado en un asiento de piedra (más piedra él que el asiento). Testarudo como un niño, repite: «Creeré si veo...».

Ésta es la palabra clave de los desdichados que niegan aquello que, admitiendo que Dios todo lo puede, es tan dulce y santo creer.

629. Aparición a los apóstoles, esta vez con Tomás. Jesús habla sobre el sacerdocio y los futuros sacerdotes.

9 de agosto de 1944.

629.1 [1]Los apóstoles están recogidos en el Cenáculo. Alrededor de la mesa en que fue celebrada la Pascua. Pero, por respeto, el sitio del centro, el de Jesús, está desocupado.

También los apóstoles, faltando quien los polarice y distribuya por voluntad propia y por elección de amor, se han colocado de forma distinta. Pedro está todavía en su sitio. Pero en el sitio de Juan está ahora Judas Tadeo. Luego viene el más anciano de los apóstoles, que no sé todavía quién es; luego Santiago, hermano de Juan, casi en la * esquina de la mesa por la parte derecha, respecto a mí, que miro. Al lado de Santiago, pero en el lado corto de la mesa, está sentado Juan. Y después de Pedro viene Mateo, y después de Mateo Tomás, luego uno cuyo nombre no sé, luego Andrés, luego Santiago, hermano de Judas Tadeo, y otro cuyo nombre no sé, en los otros lados. El lado largo que está enfrente de Pedro aparece vacío, pues los apóstoles están más arrimados en los asientos de lo que lo estaban en la Pascua.

Las ventanas están bien trancadas, y también las puertas. La lámpara, de la que están encendidos sólo dos mecheros, esparce luz, tenue, sólo sobre la mesa. El resto de la amplia estancia está en la penumbra.

---

* *no sé todavía quién es*, considerada la fecha de la presente "visión", que precede a casi todas las de la vida pública de Jesús. La cena pascual, a la que MV hace referencia, es la descrita el 17 de febrero de 1944 en forma muy condensada respecto a la otra, del 9 de marzo de 1945, que está en la presente obra en el capítulo 600. (Respecto a la doble redacción de muchos episodios, consúltese nuestra nota de 587.13).

Juan, a cuyas espaldas hay un aparador, tiene el encargo de pasar a sus compañeros lo que desean de la parca comida (compuesta de pescado, que está en la mesa, pan, miel y pequeños quesos frescos). Y es en el acto de volverse hacia la mesa, para dar a su hermano el queso que le ha pedido, cuando Juan ve al Señor.

[2]Jesús se ha aparecido de forma muy curiosa. La pared que está a 629.2
espaldas de los comensales —una pared continua excepto en el ángulo donde está la pequeña puerta—, en su centro, se ha iluminado, a una altura de un metro del suelo aproximadamente, con una luz tenue y fosforescente, como la que emanan ciertos cuadraditos que son luminosos sólo en la obscuridad de la noche. La luz, de una altura de casi dos metros, tiene forma oval, como si fuera un nicho. En la luminosidad, como si avanzara desde detrás de velos de niebla luminosa, va emergiendo cada vez más netamente Jesús.

No sé si logro explicarme bien. Parece como si su Cuerpo *fluyera* a través del espesor de la pared, que no se abre, sino que permanece compacta; pero el Cuerpo pasa igual. La luz parece la primera emanación de su Cuerpo, el anuncio de estarse acercando. El Cuerpo, primero, está formado por leves líneas de luz (como veo en el Cielo al Padre y a los ángeles santos): es *inmaterial*. Luego se va materializando cada vez más, hasta tomar, en todo, el aspecto de un cuerpo real, de su divino Cuerpo glorificado.

Mi descripción ha sido larga, pero la cosa se ha producido en pocos segundos.

Jesús está vestido de blanco, como cuando resucitó y se apareció a su Madre. Hermosísimo, amoroso, sonriente. Tiene los brazos extendidos a lo largo de los lados del Cuerpo, un poco separados de éste, con las Manos hacia abajo y con la palma vuelta hacia los apóstoles. Las dos Llagas de las Manos parecen dos estrellas de diamantes, de las que salen dos rayos vivísimos. No veo los Pies, pues están cubiertos por la túnica, tampoco veo el Costado. Pero a través de la tela de su vestido no terreno se filtra luz en los lugares en que aquélla oculta las divinas Heridas. Al principio parece que Jesús es sólo Cuerpo de candor lunar; ahora, después de haberse concretado apareciendo fuera del halo de luz, tiene los colores naturales de sus cabellos, ojos y piel: es Jesús, en fin, Jesús-Hombre-Dios; pero, ahora que ha resucitado, ha adquirido mayor solemnidad.

[3]Juan le ve cuando Él está ya así. Ningún otro se había percatado 629.3
de la aparición. Juan se pone bruscamente de pie, dejando caer sobre la mesa el plato de los pequeños quesos redondos. Apoyando las manos en el borde de la mesa, se inclina un poco, oblicuamente, hacia ésta, como si un imán le atrayera, y exhala un «¡Oh!» quedo pero in-

tenso.

Los otros, que habían alzado los ojos de sus platos al caer, ruidoso, el plato de los quesos y al ver la repentina reacción de Juan, y que le habían mirado asombrados al ver su postura extática, ahora siguen su mirada. Vuelven la cabeza o se vuelven ellos, según la posición en que se encontraran respecto al Maestro, y ven a Jesús. Se ponen todos en pie, emocionados y dichosos, y se apresuran a ir donde Él, que, acentuando su sonrisa se está acercando, caminando ahora sobre el suelo, como todos los mortales.

Jesús, que antes miraba, fijamente, sólo a Juan —y yo creo que Juan se ha vuelto atraído por esa mirada que le acariciaba— mira a todos y dice: «Paz a vosotros».

Ahora todos están a su alrededor, quién de rodillas a sus pies (entre éstos, Pedro y Juan —es más, Juan besa un borde de la túnica y se la pone en la cara como buscando su caricia—), quién más atrás, de pie, pero muy inclinado en actitud de reverencia.

Pedro, para llegar antes, ha dado un verdadero brinco por encima del asiento, saltándolo, sin esperar a que Mateo, saliendo antes, dejara libre el sitio (hay que recordar que los asientos servían para dos personas contemporáneamente).

629.4 [4]El único que se queda un poco lejos, con gesto de embarazo, es Tomás. Se ha arrodillado al lado de la mesa, pero no se atreve a ir más adelante, es más, parece como si intentara esconderse tras la esquina de la mesa.

Jesús, dando a besar sus Manos —con ardor santo y amoroso buscan estas Manos los apóstoles—, pasa su mirada sobre las cabezas agachadas, como buscando al undécimo. Pero desde el primer momento le ha visto (su gesto tiene sólo la finalidad de dar tiempo a Tomás de recobrarse y acercarse).

Viendo que el incrédulo, avergonzado por su falta de fe, no se atreve a hacerlo, le llama: «Tomás, ven aquí».

Tomás alza la cabeza, confundido, casi llorando, pero no se atreve a ir. Baja de nuevo la cabeza.

Jesús da algunos pasos hacia él y vuelve a decir: «Ven aquí, Tomás». La voz de Jesús es más imperiosa que la primera vez.

Tomás se alza, retraído y confuso, y va hacia Jesús.

«¡Aquí está el que no cree si no ve!» exclama Jesús. Pero en su voz hay una sonrisa de perdón.

Tomás lo percibe, se decide a mirar a Jesús, y ve que verdaderamente sonríe; entonces gana coraje y se acerca más deprisa.

«Ven aquí, bien cerca. Mira: Mete un dedo, si no te basta mirar, en las heridas de tu Maestro».

Jesús ha extendido las Manos y luego ha abierto la túnica en la parte del pecho, descubriendo el desgarro del Costado. La luz no nace ya de las Heridas. No surge ya desde que, saliendo de su halo de luz lunar, ha empezado a caminar como un Hombre mortal. Las Heridas se muestran en su cruenta realidad: dos agujeros irregulares, el izquierdo hasta el pulgar, que atraviesan, respectivamente, una muñeca y la base de una palma, y un largo corte, que en el lado superior tiene ligera forma de acento circunflejo, en el Costado.

Tomás tiembla, mira, y no toca. Mueve los labios, pero no logra hablar claramente.

«Dame tu mano, Tomás» dice Jesús con mucha dulzura. Y toma con su derecha la mano derecha del apóstol, agarra el índice y lo lleva al desgarrón de su Mano izquierda y lo introduce bien dentro para que sienta que la palma está traspasada, y luego de la Mano lo pasa al Costado. Es más, ahora agarra los cuatro dedos de Tomás, por su base, por el metacarpo y pone estos cuatro gruesos dedos en el desgarrón del Pecho, y los introduce —no se limita a apoyarlos en el borde— y los tiene ahí dentro mientras mira fijamente a Tomás. Es una mirada severa, pero también dulce... mientras continúa: «...Mete aquí tu dedo, pon los dedos, y la mano, si quieres, en mi Costado, y no seas incrédulo, sino fiel». Dice esto mientras hace lo que he dicho antes.

Tomás —parece que la proximidad del Corazón divino, al que casi toca, le ha infundido valor— logra por fin articular las palabras y hablar; dice, cayendo de rodillas, con los brazos alzados y un estallido de llanto de arrepentimiento: «¡Señor mío y Dios mío!». No sabe decir otra cosa.

Jesús le perdona. Le pone la derecha sobre la cabeza y responde: «¡Tomás, Tomás! Ahora crees porque has visto... ¡Bienaventurados los que crean en mí sin haber visto! Si os he de premiar a vosotros y vuestra fe ha recibido la ayuda de la fuerza de la visión, ¿qué premio habré de darles a ellos?...».

[5]Luego Jesús pone el brazo en el hombro de Juan, mientras toma 629.5
la mano de Pedro, y se acerca a la mesa. Se sienta en su sitio. Ahora están sentados como en la noche pascual. Pero Jesús quiere que Tomás se siente después de Juan.

«Comed, amigos» dice Jesús.

Pero ya ninguno tiene hambre. La alegría los sacia, la alegría de la contemplación.

Entonces Jesús coge los quesitos que están esparcidos y los reúne en el plato; los corta, los distribuye, y el primer trozo se lo da precisamente a Tomás, poniéndolo encima de un pedazo de pan y pasán-

dolo por detrás de Juan. Vierte el vino de las ánforas en la copa, y se lo pasa a sus amigos; esta vez el primero en ser servido es Pedro. Luego pide que le den panales; los parte y da un trozo a Juan —esta vez a Juan el primero— con una sonrisa que es más dulce que la filamentosa y dorada miel que escurre. Y esto, para animarlos, lo come también Él: sólo prueba la miel.

Juan —es su gesto habitual— reclina su cabeza sobre el hombro de Jesús, quien le arrima a su Corazón y habla teniéndole así.

629.6 [6]«No debéis turbaros, amigos, cuando me aparezco a vosotros. Sigo siendo vuestro Maestro, que ha compartido con vosotros alimento y sueño y que os ha elegido porque os ha amado. *También ahora os quiero*». Jesús resalta mucho estas últimas palabras.

«Vosotros» prosigue «habéis estado conmigo en las pruebas... estaréis conmigo también en la gloria. No bajéis la cabeza. En el anochecer del domingo, cuando vine a vosotros por primera vez después de mi Resurrección, os infundí el Espíritu Santo... también sobre ti, que no estabas presente, descienda el Espíritu... ¿No sabéis que la infusión del Espíritu es como un bautismo de fuego, porque el Espíritu es Amor, y el amor cancela las culpas? Vuestro pecado, por tanto, de deserción mientras Yo moría, os queda condonado».

Al decir esto, Jesús besa a Juan en la cabeza, a Juan, que *no* desertó. Y Juan llora de alegría.

«Os he dado la potestad de condonar los pecados. *Pero no se puede dar lo que no se posee.* Vosotros debéis, pues, estar seguros de que esta potestad Yo la poseo perfecta y la uso por medio de vosotros, que *debéis* estar limpios en máximo grado para poder limpiar a quien se acerque a vosotros manchado de pecado. ¿Cómo podría uno juzgar y limpiar, si fuera merecedor de condena y estuviera él mismo sucio? ¿Cómo podría uno juzgar a otro, si tuviera vigas en su ojo y pesos infernales en su corazón? ¿Cómo podría decir: "Yo te absuelvo en nombre de Dios" si, por sus pecados, no tuviese consigo a Dios?

629.7 [7]Amigos, pensad en vuestra dignidad de sacerdotes.

Antes Yo estaba en medio de los hombres para juzgar y perdonar. Ahora me marcho con mi Padre. Vuelvo a mi Reino. No soy despojado de la facultad de juicio; antes bien, toda ella está en mis manos, porque el Padre a mí me la ha confiado. Pero *tremendo juicio. Porque se producirá cuando ya no le será posible al hombre atraerse el perdón con años de expiación sobre la Tierra.* Todas las criaturas vendrán a mí con su espíritu cuando éste deje, por muerte material, la carne como despojo inútil. Y Yo las juzgaré, una primera vez. Luego, la Humanidad volverá con su vestido de carne, que habrá tomado de nuevo por imperativo celeste; volverá para ser separada en dos par-

tes: los corderos con el Pastor; los cabros agrestes con su Torturador. Pero ¿cuántos serían los hombres que estarían con su Pastor, si después del lavacro del Bautismo no tuvieran ya a nadie que los perdonara en Nombre mío?

Por eso creo a los sacerdotes. *Para salvar a los salvados por mi Sangre. Mi Sangre salva. Pero los hombres siguen cayendo en la muerte, siguen volviendo a caer en la Muerte.* Es necesario que quien tenga la potestad los lave continuamente en mi Sangre, setenta y setenta veces siete, para que no caigan en manos de la Muerte. Vosotros y vuestros sucesores lo haréis. Por ello os absuelvo de *todos* vuestros pecados. Porque tenéis necesidad de *ver*, y la culpa, al quitarle al espíritu la Luz que es Dios, ciega. Porque tenéis necesidad de *comprender*, y la culpa, al quitarle al espíritu la Inteligencia que es Dios, embrutece. Porque tenéis un ministerio de *purificación*, y la culpa, al quitarle al espíritu la Pureza que es Dios, ensucia.

¡Gran ministerio este vuestro de juzgar y absolver en nombre mío!

Cuando vosotros consagréis *para beneficio vuestro* el Pan y el Vino y hagáis de ellos mi Cuerpo y mi Sangre, haréis una grande, sobrenaturalmente grande y sublime cosa. Para cumplirla dignamente deberéis ser puros, porque tocaréis a Aquel que es el Puro y os nutriréis de la Carne de un Dios. *Puros de corazón, de mente, de miembros y de lengua* deberéis ser, porque con el corazón deberéis amar la Eucaristía, y no deberán ser mezclados con este amor celeste profanos amores que serían sacrilegio. Puros de mente, porque deberéis creer y comprender este misterio de amor, y la impureza del pensamiento mata la Fe y el Intelecto. Queda la ciencia del mundo, pero muere en vosotros la Sabiduría de Dios. Puros de miembros deberéis ser, porque a vuestro interior descenderá el Verbo como descendió al seno de María por obra del Amor.

[8]Tenéis el ejemplo vivo de cómo debe ser un seno que acoge al 629.8
Verbo que se hace Carne. El ejemplo es la Mujer que me llevó, la Mujer sin pecado original y sin pecado individual.

Observad cuán pura es la cima del Hermón, envuelta todavía en el velo de la nieve invernal. Desde el Monte de los Olivos, parece un cúmulo de azucenas deshojadas o de espuma marina, elevándose como una ofrenda sobre el fondo del otro candor, el de las nubes transportadas por el viento de abril por los campos azules del cielo. Observad, si no, una azucena que abra la boca de su corola para una sonrisa de fragancia. Pues bien, ambas purezas son menos vivas que la del seno que me fue materno. Polvo transportado por los vientos ha caído sobre la nieve del monte y sobre la seda de la flor. El ojo huma-

no no lo percibe, de tan ligero como es; pero está, y deteriora el candor.

Y más aún: observad la perla más pura arrancada al mar, arrancada de su concha nativa para adornar el cetro de un rey. Es perfecta en su apretada textura iridiscente, que ignora el contacto profanador de carne alguna, pues que se ha formado en el cuenco de la madreperla de la ostra, aislada en el fluido zafiro de las profundidades marinas. Y, a pesar de todo, es menos pura que el seno que me tuvo. En su centro está el granito arenoso: un corpúsculo diminutísimo, pero terrestre. En Aquella que es la Perla del Mar no existe partícula de pecado, ni siquiera el fomes del pecado. Perla nacida en el Océano de la Trinidad para traer a la Tierra a la Segunda Persona, Ella es compacta en torno a su centro, que no es semilla de terrena concupiscencia, sino centella del Amor eterno. Centella que, encontrando en Ella respuesta, ha generado los vórtices de la divina Exhalación que ahora a sí llama y atrae a los hijos de Dios: Yo, el Cristo, Estrella de la Mañana.

Esta Pureza inviolada es la que os doy como ejemplo.

629.9 [9]Y cuando, como vendimiadores en un tino, hundís las manos en el mar de mi Sangre y de él sacáis para limpiar las vestiduras de los desdichados que pecaron, sed, además de puros, perfectos, para no mancharos con un pecado mayor, es más: *con pecados mayores*, derramando y tocando con sacrilegio la Sangre de un Dios o faltando a la caridad y a la justicia negándola, o dándola con un rigor que no es de Cristo —que fue bueno con los malos, para atraerlos a su Corazón, y tres veces bueno con los débiles, para animarlos a la confianza—, usando de este rigor tres veces indignamente, al ir contra mi Voluntad, contra mi Doctrina y contra la Justicia. ¿Cómo puede ser riguroso con los corderos un pastor ídolo?

¡Oh, muy amados míos, amigos a los que envío por los caminos del mundo para continuar la obra que Yo he empezado y que será proseguida mientras dure el Tiempo, recordad estas palabras mías! Os las digo para que se las digáis a los que consagréis para el ministerio en que Yo os he consagrado.

629.10 [10]Veo... Miro el paso de los siglos... el tiempo y las turbas infinitas de los hombres que estarán —todos— ante mí... Veo... matanzas y guerras, paces falaces y horrendas carnicerías, odio y latrocinio, sensualidad y orgullo. De tanto en tanto un oasis verde: un período de retorno a la Cruz. Como obelisco que señala una onda pura entre las áridas arenas del desierto, mi Cruz —después de que el veneno del mal haya infectado de rabia a los hombres— será alzada con amor, y, alrededor de ella, plantadas en los bordes de las aguas salubres, flo-

recerán las palmeras de un período de paz y bien en el mundo. Los espíritus, como ciervos y gacelas, como golondrinas y palomas, se acercarán a ese reposado, fresco, nutricio refugio para curarse de sus dolores y recuperar la esperanza. Refugio que apretará sus ramas cual cúpula protectora de las tormentas y el fuerte sol, y mantendrá alejados a serpientes y fieras con el Signo que le hace huir al Mal. Así mientras los hombres quieran.

Veo... Muchos hombres... mujeres, viejos, niños, guerreros, hombres de estudio, doctores, campesinos... Todos vienen y pasan con su peso de esperanzas y dolores. Y veo que muchos vacilan porque el dolor es demasiado y la esperanza ha sido la primera en caer de la carga, de la carga demasiado pesada, para hacerse añicos en el suelo... Y veo a muchos que caen en los bordes del camino porque otros más fuertes los empujan, más fuertes o más afortunados respecto a su carga, leve. Y veo a muchos que, sintiéndose abandonados por los que pasan, pisoteados incluso, sintiéndose morir, llegan incluso a odiar y a maldecir.

¡Pobres hijos! En medio de todos éstos, maltratados por la vida, de estos que pasan o caen, mi Amor, *intencionadamente,* ha diseminado a los samaritanos compasivos, a los médicos buenos, luces en la noche, voces en el silencio, para que los débiles que caen encuentren una ayuda, vuelvan a ver la Luz, vuelvan a oír la Voz que dice: "Ten esperanza. No estás solo. Sobre ti está Dios. Contigo está Jesús". He puesto, *intencionadamente,* a estas caridades operantes para que mis pobres hijos no se me murieran en el espíritu y perdieran la morada paterna, y para que siguieran creyendo en mí-Caridad viendo en mis ministros mi reflejo.

[11]Pero, ¡oh dolor que me haces sangrar la Herida del Corazón como cuando fue abierta en el Gólgota! ¿Qué ven mis Ojos divinos? ¿Acaso no hay sacerdotes entre las turbas infinitas que pasan? ¿Por esto sangra mi Corazón? ¿Están vacíos los seminarios? ¿Mi divina propuesta no suena ya en los corazones? ¿El corazón del hombre ya no es capaz de oírla? No. En los siglos habrá seminarios, y en ellos levitas. De ellos saldrán sacerdotes porque en la hora de su adolescencia mi propuesta habrá sonado con voz celeste en muchos corazones y ellos la habrán seguido. Pero otras, otras, otras voces habrán venido después, con la juventud y la madurez, y mi Voz habrá quedado achicada en esos corazones, mi Voz que habla durante los siglos a sus ministros para que sean siempre lo que vosotros ahora sois: los apóstoles formados en la escuela de Cristo. La vestidura ha quedado, pero el sacerdote ha muerto. En demasiados, durante los siglos, sucederá este hecho. *Sombras inútiles y obscuras, no serán una palan-* 629.11

ca que eleva, una cuerda que tira, una fuente que calma la sed, trigo que sacia el hambre, corazón que sirva de almohada, una luz en las tinieblas, una voz que repita lo que el Maestro le dice; sino que serán para la pobre humanidad un peso de escándalo, un peso de muerte, parásitos, una putrefacción... ¡Qué horror! ¡Los Judas más grandes del futuro Yo los tendré, de nuevo y siempre, en mis sacerdotes!

629.12 [12]Amigos, Yo me hallo en la gloria y, a pesar de ello, lloro. Siento compasión de estas turbas infinitas, rebaños sin pastores o con demasiado escasos pastores. ¡Una compasión infinita! Pues bien, juro por mi Divinidad que les daré el pan, el agua, la luz, la voz que los elegidos para estas obras no quieren dar. Repetiré a lo largo de los siglos el milagro de los panes y los peces. *Con pocos, despreciables pececillos y con escasos mendrugos de pan —almas humildes y laicas— daré de comer a muchos, y quedarán saciados, y sobrará para los que vengan después*, porque "tengo compasión de este pueblo" y no quiero que perezca.

Benditos los que merezcan ser eso. *No benditos porque son eso, sino porque lo habrán merecido con su amor y sacrificio.* Y benditísimos aquellos sacerdotes que sepan mantenerse en su condición de apóstoles: pan, agua, luz, voz, descanso y medicina para mis pobres hijos. Con una luz especial resplandecerán en el Cielo. Yo os lo juro, Yo que soy la Verdad.

629.13 [13]Vamos a levantarnos, amigos. Venid conmigo para enseñaros todavía a orar. *La oración es la que alimenta las fuerzas del apóstol, porque le funde con Dios*».

Y aquí Jesús se levanta y va hacia la pequeña escalera.

Pero, cuando está al pie de la escalera, se vuelve y me mira. ¡Oh, Padre! ¡Me mira! ¡Piensa en mí! Busca a su pequeña "voz". ¡La alegría de estar con sus amigos no le hace olvidarse de mí! Me mira por encima de las cabezas de los discípulos, y me sonríe. Alza la mano bendiciéndome y dice: «La paz sea contigo».

Y la visión termina.

630. Enseñanzas a los apóstoles enviados al Getsemaní.

11 de abril de 1947.

630.1 [1]Los apóstoles se ponen sus mantos y preguntan: «¿A dónde vamos, Señor?».

Su forma de hablar ahora no es tan familiar como lo era antes de la Pasión. Mi impresión, si es que esto se puede decir, es que hablan

con el alma arrodillada. Más que la postura de su cuerpo —siempre levemente inclinado en señal de reverencia ante el Resucitado—, más que su reserva en cuanto a tocarle, más que su trémula alegría cuando Él los toca, acaricia o besa, o cuando les dirige en particular la palabra, más que todo esto, lo que expresa que es su espíritu —más que su humanidad— el que no puede ser como era en sus relaciones con el Maestro y el que informa con su nuevo sentimiento todos los actos de la persona, lo que expresa esto es todo su aspecto, es un "algo" que no se puede describir y que, sin embargo, es perfectamente manifiesto.

Antes era "el Maestro". El Maestro al que su fe creía Dios, pero sus sentidos consideraban... un hombre. Ahora es "el Señor". Es Dios. No hay necesidad ya de hacer actos de fe para creerlo. La evidencia ha abolido esta necesidad. Él es Dios. Es el Señor, al que el Señor ha dicho: "Siéntate a mi derecha" y le ha proclamado con la palabra y con el prodigio de la Resurrección. Dios como el Padre. Y es el Dios al que ellos han abandonado por miedo, después de haber recibido tanto de Él...

Le miran siempre con esa mirada de veneración reverencial con que un *verdadero* creyente mira a la Hostia radiosa en el ostensorio, o mira el Cuerpo de Cristo alzado por el sacerdote en el Sacrificio cotidiano. En su mirada, que quiere ver la amada figura, aún más hermosa que antes, está también la expresión de quien *no se atreve* a ver, de quien no se atreve a detener su mirada... El amor los incita a detenerse en su Amado. El temor hace bajar en seguida los párpados y la cabeza, como si un intenso resplandor hubiera ofuscado su vista.

[2]En efecto, aunque Jesús, el Resucitado Jesús, sea realmente Él, 630.2
ya... ya no es Él. Si se le observa bien, es distinto. Iguales son las facciones de su rostro, el color de los ojos y el pelo, la estatura, las manos, los pies... y, de todas formas, es distinto. Es igual su voz, y son iguales sus gestos... pero es distinto. Es un verdadero cuerpo, tanto es así que ahora intercepta la luz del Sol poniente que entra, con su último rayo, en la estancia por la ventana abierta; proyecta tras sí la sombra de su alto cuerpo. Y, a pesar de todo, es distinto. No se ha hecho reservado, distante, y, sin embargo, es distinto.

Una majestad nueva, continua, está presente donde tanto reinaba el humilde, modesto aspecto —a veces tan modesto, que podría parecer abatido— del incansable Maestro. Desaparecida la demacración del último período, borrado ese aspecto de cansancio físico y moral que le envejecía, perdida esa mirada afligida, suplicante, que demandaba sin hablar: "¿Por qué me rechazáis? Acogedme...", el Cristo Resucitado parece incluso más alto y fuerte, libre de todo peso, segu-

ro, victorioso, majestuoso, divino. Ni siquiera cuando se hacía poderoso en los momentos de poderosos milagros, o majestuoso en los momentos sobresalientes de su magisterio, era como ahora, ya resucitado y glorificado. No emana luz. No. No emana luz como en la transfiguración y como en las primeras apariciones después de la Resurrección. Y, de todas formas, parece luminoso. Es verdaderamente el Cuerpo de Dios, con la belleza de los cuerpos glorificados. Y atrae e intimida al mismo tiempo.

630.3 [3]Quizás son esas heridas, tan visibles en las manos y pies, las que infunden este respeto profundo; no lo sé. Lo que sé es que los apóstoles se manifiestan de forma distinta, a pesar de que Cristo se muestre muy dulce con ellos y trate de crear nuevamente ese ambiente de otros tiempos. Tan insistentes y habladores antes, ahora hablan poco. Y, si Él no responde, no insisten. Si les sonríe a todos o a uno de ellos, cambian de color y no se atreven a responder a su sonrisa con una sonrisa. Si, como hace ahora, tiende la mano para coger su manto blanco —desde que ha resucitado, siempre lleva una túnica blanca esplendorosa, más brillante que si fuera de blanquísimo raso—, ninguno de ellos se adelanta, como hacían antes, disputándose la alegría y el honor de ayudarle. Parece como si tuvieran miedo a tocar sus vestiduras y su Cuerpo. Y debe decir Él, como hace ahora: «Ven, Juan. Ayuda a tu Maestro. Estas heridas son verdaderas heridas... y las manos heridas no son tan ágiles como antes...».

Juan obedece y ayuda a Jesús a ponerse el amplio manto; y lo hace con movimientos tan atentos y concentrados, que parece estar vistiendo a un Pontífice, poniendo cuidado en no rozarle las Manos en que rojean los estigmas. Pero, a pesar del cuidado que pone, choca la izquierda de Jesús y grita como si fuera él el chocado, y fija los ojos en el dorso de esa Mano temiendo ver gotear otra vez sangre. ¡Está tan viva esa atroz herida!

Jesús le pone la derecha en la cabeza y dice: «Tuviste más valor cuando me recibiste separado ya de la Cruz. Y entonces todavía goteaba sangre; tanta, que se te tiñó de rojo incluso el pelo. Nuevo rocío de la noche sobre el nuevo amador. Me recogiste como racimo arrancado de la cepa... ¿Por qué lloras? Yo te di mi rocío de Mártir. Tú, en mi Cabeza, esparciste tu rocío de piedad. Pero entonces podías llo-
630.4 ras... No ahora. [4]¿Y tú, por qué lloras, Simón Pedro? Tu no me has chocado la Mano. Tú no me viste muerto...».

«¡Ah, mi Dios! ¡Es por eso por lo que lloro! Por mi pecado».

«Te he perdonado, Simón de Jonás».

«Pero yo no me perdono. No. Nada hará terminar mi llanto. Ni siquiera tu perdón».

«Pero mi gloria, sí».

«Tú glorioso, yo pecador».

«Tú glorioso, después de ser mi pescador. Pesca grande, abundante, milagrosa, harás, Pedro. Y luego te diré: "Ven al banquete eterno". Y ya no llorarás. Pero todos tenéis las lágrimas en las pupilas. Y tú, Santiago, hermano mío, estás ahí echado en ese rincón como si hubieras perdido todos los bienes. ¿Por qué?».

«Porque esperaba que... ¿Entonces sientes las Heridas? ¿Las sientes todavía? Esperaba que todo el dolor, para ti, hubiera quedado anulado; que estuviera borrada toda señal. También por nosotros. Por nosotros, pecadores. ¡Esas Llagas!... ¡Qué dolor verlas!».

«Sí. ¿Por qué no las has borrado? A Lázaro no le quedaron señales... ¡Son una... una censura esas Llagas! ¡Gritan con tremenda voz! Son más fulgurantes y terribles que los rayos del Sinaí» dice Bartolomé.

«Gritan nuestra cobardía. Porque nosotros huimos mientras Tú las recibías...» dice Felipe.

«Y, cuanto más se miran, la conciencia más censura y echa en cara cobardía, necedad, incredulidad» dice Tomás.

«¡Por nuestra paz y la de este pueblo pecador, puesto que moriste y has resucitado para el perdón del mundo, borra esas Llagas que acusan al mundo, Señor!» dice Andrés en tono de súplica.

[5]«Son la Salud del mundo. En ellas está la Salud. Las ha abierto 630.5
el mundo que odia, pero el Amor ha hecho de ellas Medicina y Luz. En ellas ha quedado clavada la Culpa. En ellas quedaron colgados y sujetos todos los pecados de los hombres, para que el Fuego del Amor los consumiera en el verdadero Altar. Cuando el Altísimo prescribió a Moisés el arca y el altar del perfume, ¿no quiso que estuvieran perforados por anillos para ser alzados y llevados a donde quería el Señor? Yo, también perforado. Yo soy más que arca y altar, mucho más que arca y altar. He quemado el perfume de mi caridad hacia Dios y el prójimo y he llevado el peso de todas las iniquidades del mundo. Y el mundo *debe* recordar esto. Para recordar cuánto le ha costado a un Dios. Para recordar cómo le ha amado un Dios. Para recordar lo que producen los pecados. Para recordar que sólo en Uno está la salvación: en Aquel al que traspasaron. Si el mundo no viera rojear mis Llagas, en verdad pronto olvidaría que por sus pecados un Dios se inmoló, olvidaría que verdaderamente morí en el más atroz de los tormentos, olvidaría cuál es el bálsamo para sus heridas. Aquí está el bálsamo. Venid y besad. Cada beso es un aumento de purifi-

* *perforados por anillos...* como está prescrito en: *Éxodo 25, 12-15; 30, 4; 37, 3-5.27.*

cación y gracia para vosotros. En verdad os digo que purificación y gracia no son suficientes nunca, porque el mundo consume lo que el Cielo infunde, y se hace necesario compensar con el Cielo y sus tesoros los descalabros del mundo. Yo soy el Cielo. Todo el Cielo está en mí, y los tesoros celestes manan de las Llagas abiertas».

Ofrece las Manos para que las besen sus apóstoles. Y debe apretar Él, esas Manos heridas, contra las bocas ávidas y temerosas, porque el temor a aumentar su dolor contiene a esos labios de apretar en las Heridas.

«No es esto lo que produce dolor, aunque sí produzca rigidez. ¡El dolor es otro!...».

«¿Cuál, Señor? pregunta Santiago de Alfeo.

630.6 «El haber muerto por demasiados *inútilmente*... [6]Pero, vamos; o, mejor, id adelante. Vamos al Getsemaní... ¿Qué pasa? ¿Tenéis miedo?».

«No por nosotros, Señor... Es que los grandes de Jerusalén te odian más que antes».

«No temáis. Ni por vosotros, porque Dios os protege, ni por mí, porque han terminado para mí las opresiones de la Humanidad. Yo voy donde mi Madre y luego me uno de nuevo a vosotros. Tenemos muchas cosas que cancelar, muchas cosas horrendas del reciente pasado de pecado y odio; y lo haremos con el amor, con lo contrario de lo que fue pecado... ¿Veis? Vuestro beso cancela y mitiga el dolor y la consecuencia de los clavos en las carnes vivas. De la misma forma, lo que haremos cancelará las señales horrendas y santificará los lugares profanados por los pecados. Para que, al verlos, no os causen demasiado dolor...».

«¿También al Templo vamos?». El más encrespado de los temores se dibuja en el rostro de todos.

«No. Lo santificaría con mi Presencia. Y no puede; podía, pero no ha querido. *No hay redención para él.* Es un cadáver que rápidamente se descompone. Dejémoslo a sus muertos. Que lleven a cabo su entierro. En verdad, los leones y los buitres despedazarán sepulcro y cadáver, y no quedará ni siquiera el esqueleto del Gran Muerto que no quiso la Vida».

Jesús sube por la escalera y sale. Los demás, en silencio, hacen lo mismo. Pero, cuando ponen pie en el pasillo que hace de atrio, Jesús ya no está. La casa está silenciosa y parece desierta. Todas las puertas cerradas.

630.7 [7]Juan señala a la puerta que hay frente al Cenáculo y dice: «María está allí. Está siempre allí. Como en un éxtasis continuo. Su cara resplandece con luz inefable. Es la alegría que irradia su Corazón.

Ayer me decía: "Considera, Juan, cuánta felicidad se ha esparcido por todos los reinos de Dios". Le pregunté: "¿Qué reinos?". Yo pensaba que Ella supiera alguna maravillosa revelación sobre el reino del Hijo suyo, vencedor incluso sobre la muerte. Me respondió: "En el Paraíso, en el Purgatorio, en el Limbo. Perdón a los purgantes. Todos los justos y los perdonados subiendo al Cielo. El Paraíso poblado de bienaventurados. Dios glorificado en ellos. Nuestros antepasados y parientes allá arriba, en el júbilo. Y felicidad también en este reino que es la Tierra, donde ahora resplandece el signo y se ha abierto la fuente que vence a Satanás y cancela la Culpa y las culpas. Ya no sólo paz para los hombres de buena voluntad, sino que también redención y nueva elección para el grado de hijos de Dios. Veo las turbas —¡oh, cuántas!— bajar a esta Fuente y hundirse en ella y salir renovadas, hermosas, en vestido de boda, en vestido regio. Las bodas de las almas con la Gracia, la regiedumbre de ser hijos del Padre y hermanos de Jesús"».

Han salido, hablando, a la calle. Ahora se alejan, mientras se viene la noche.

[8]No hay mucha gente por la calle, y más en esta hora, en que la 630.8
gente se recoge en torno a las mesas para cenar. Jerusalén, después del río de gente que la ha inundado durante la Pascua y que, pasadas las fiestas (¡tan trágicas este año!), la ha dejado, parece aún más vacía de cuanto lo está habitualmente. Y Tomás lo observa; lo observa él y se lo hace notar a los demás.

«Así es. Los extranjeros, aterrorizados, la han abandonado precipitadamente después del viernes, y quien todavía había resistido al gran miedo de ese día huyó cuando el segundo terremoto, el que se produjo, sin duda, cuando el Señor salió del Sepulcro. Y los no gentiles también han huido. Muchos, lo sé con certeza, ni siquiera comieron el cordero y tendrán que volver para la Pascua suplementaria. Y también habitantes de este lugar huyeron y se alejaron: unos para llevarse a sus muertos, los que habían perecido en el terremoto de la Parasceve; otros por miedo a la ira de Dios. La lección ha sido fuerte» dice el Zelote.

«Como debía ser. ¡Rayos, piedras, sobre todos los pecadores!» impreca Bartolomé.

«¡No digas eso! ¡No digas eso! Nosotros somos los que más merecemos los castigos del Cielo. Nosotros también somos pecadores... ¿Os acordáis?, en este lugar... ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Diez?, ¿diez noches?... ¿o diez años?, ¿o diez horas? ¡Tan lejano y tan cercano me parece mi pecado, y esas horas, y esa noche... que nunca sé, que... estoy aturdido! ¡Nos sentíamos tan seguros, tan belicosos, tan

heroicos! ¿Y luego? ¿Y luego? ¡Ah!...», y Pedro se golpea con la mano la frente, y, llegados ya a la placita, señala: «¡Ahí... ahí yo ya tenía miedo!».

«¡Basta ya, Simón! ¡Basta, Simón! Él te ha perdonado. Y antes de Él, María. ¡Basta! Te torturas» dice Juan.

«¡Ah, si así fuera! Tú, mira, tú, Juan, sosténme siempre. ¡Siempre! Jesús ha puesto en tus manos a su Madre porque sabes guiar. ¡Claro! Pero yo, un gusano cobarde y embustero, tengo más necesidad que María de ser guiado, porque tengo escamas en las pupilas y no veo...».

«En esa actitud, verdaderamente te van a aparecer las escamas. Te vas a quemar las pupilas. Y no estará el Señor para curártelas...» le dice Juan, pasándole por los hombros un brazo para consolarle.

«Me sería suficiente ver bien con el alma. Y además... los ojos no cuentan».

630.9 «¡¡Pero sí para muchos!! [9]¿Qué van a hacer, entonces, los enfermos? ¡Ya has visto lo desesperada que estaba ayer aquella mujer!» dice Andrés.

«Sí, claro...». Se miran unos a otros a la cara, y luego todos juntos confiesan: «Y ninguno de nosotros se sintió merecedor de imponerle las manos...». La humildad, causada por el recuerdo de sus comportamientos, los aplasta.

Pero Tomás dice a Juan: «Pero tú hubieras podido hacerlo. Tú no huiste, no renegaste, no has tenido incredulidad...».

«Yo también tengo mi pecado. Y, como el vuestro, es pecado contra el amor. Yo, junto al arco de la casa de Josué, agarré por el cuello a Elquías, y le habría estrangulado, porque vejaba a la Madre. ¡Y odié y maldije a Judas de Keriot!» dice Juan.

«¡Calla! No menciones ese nombre. Es el de un demonio, y tengo la impresión de que todavía no está en el infierno y que merodea en torno a nosotros para hacernos pecar otra vez» dice, con verdadero terror, Pedro.

«No. ¡Vaya que si está en el infierno! Pero, aunque estuviera aquí, su poder ahora ha terminado. Tenía todo para ser ángel y fue el demonio, y Jesús ha vencido al demonio» dice Andrés.

«Bien... Pero es mejor no nombrarle. Yo tengo miedo. Ahora sé lo débil que soy. Respecto a ti, Juan, no te sientas culpable ¡Todos maldecirán al hombre que traicionó al Maestro!».

«Y justo es hacerlo» dice Judas Tadeo, que siempre ha tenido la misma idea respecto al Iscariote.

«No. María me ha dicho que basta sobre él el juicio de Dios, y que en nosotros debe haber un sólo sentimiento: de agradecimiento por

no haber sido nosotros los traidores. Y, si Ella no maldice, Ella, la Madre que ha visto las torturas de su Hijo, ¿habremos de hacerlo *nosotros*? Olvidemos...».

«¡Es de necios!» exclama su hermano Santiago.

«Y, sin embargo, es la palabra del Maestro respecto a los pecados de Judas...». Juan calla y suspira.

«¿Qué? ¿Hay otros? Tú sabes... ¡Habla!».

«Yo he prometido tratar de olvidar, y me esfuerzo en hacerlo. Respecto a Elquías... he transcurrido... Pero ese día cada uno de nosotros tenía su ángel y su demonio al lado, y no siempre escuchamos al ángel de luz...».

Dice el Zelote: «¿Sabes que Nahúm se ha quedado baldado, y a su hijo le aplastó una pared o una parte de monte? Sí. El día de la muerte. Le encontraron más tarde. ¡Oh, mucho más tarde, cuando ya hedía! Le descubrió uno que venía a comerciar. Y Nahúm estaba con otros de su clase y no sé qué le pasó, si fue una roca o si fue un ataque de algo. Lo que sé es que está como partido y ni siquiera comprende. Parece un animal, echa baba y balbucea, y ayer, con la única mano sana, agarró por el cuello a su... amo, que había ido donde él, y gritaba, gritaba: "¡Por ti! ¡Por ti!". Si no hubieran acudido los criados...».

«¿Cómo lo sabes, Simón?» le preguntan al Zelote.

«He visto a José ayer» responde éste lacónicamente.

[10]«Creo que el Maestro tarda en venir. Y estoy preocupado» dice 630.10
Santiago de Alfeo.

«Volvemos para atrás...» propone Mateo.

«O nos paramos aquí en el puentecillo» dice Bartolomé.

Se paran. Pero Santiago de Zebedeo y el otro Santiago, Andrés y Tomás, vuelven sobre sus pasos y, pensativos, miran hacia el suelo, miran a las casas.

Andrés, palideciendo, apunta con el dedo hacia la pared de una casa en que resalta, sobre el blanco de la cal, una mancha rojo-parda, y dice: «¡Es sangre! ¿Sangre del Maestro, quizás? ¿Perdía ya sangre aquí? ¡Decidme!».

«¿Y qué podemos decirte nosotros, si ninguno le siguió?» dice desconsolado Santiago de Alfeo.

«Pero mi hermano y, sobre todo, Juan le siguieron...».

«No inmediatamente. No inmediatamente. Me ha dicho Juan que le siguieron desde la casa de Malaquías. Aquí no había *ninguno*. Ninguno de nosotros...» dice Santiago de Zebedeo.

Miran hipnotizados la extensa mancha oscura que aparece sobre la pared blanca, a poca distancia del suelo, y Tomás hace esta obser-

vación: «Ni siquiera la lluvia la ha lavado. Ni siquiera la ha desconchado el granizo que ha caído con tanta fuerza en estos días... Si supiera que es Sangre suya, levantaría el revoque de esa parte de la pared...».

«Preguntémoselo a los de la casa. Quizás saben...» aconseja Mateo, que se ha unido a ellos.

«¡No! Podrían reconocernos como apóstoles suyos. Podrían ser enemigos del Cristo y...» responde Tomás.

«Y nosotros somos unos cobardes todavía...» termina Santiago de Alfeo con un gran suspiro.

Poco a poco, todos se han ido acercando a esa pared y miran...

630.11 [11]Pasa una mujer, una rezagada que vuelve de la fuente, goteándole los cántaros de agua fresca. Los observa. Deja los cántaros en el suelo y les pregunta:

«¿Estáis mirando esa mancha de la pared? ¿Sois discípulos del Maestro? Me lo parecéis, aunque sean poco visibles vuestras caras y... aunque no os viera detrás del Señor cuando pasó por aquí, apresado para conducirlo a la muerte. Esto me hace titubear, porque un discípulo que sigue al Maestro en las horas buenas, y se siente orgulloso de ser discípulo suyo, y mira con severidad a los que no están dispuestos como él a dejar todo para seguir al Maestro, debe también seguir al Maestro en las horas malas. Al menos, debería hacerlo. Y yo no os vi. No. No os vi. Y, si no os vi, señal es de que yo, mujer de Sidón, seguí a aquel al que sus discípulos israelitas no siguieron. Ya, pero yo recibí un don de Él. ¿A vosotros... a vosotros, acaso, no os había concedido nunca ningún don? Me parece extraño, porque se lo concedía a gentiles y samaritanos, a pecadores e incluso a bandidos, dándoles la vida eterna, si ya no podía dar la de la carne. ¿Es que no os quería? Señal es, entonces, de que erais peor que inmundas áspides o hienas; aunque, la verdad es que creo que Él quería incluso a las víboras y a los chacales, no porque lo fueran, sino por haber sido creados por su Padre. Eso es sangre. Sí. Es sangre. Sangre de una mujer de la ribera del gran mar. En el pasado eran tierras filisteas, y todavía los hebreos desprecian algo a aquellos habitantes. Y, a pesar de todo, ella supo defender al Maestro, hasta que su marido la mató, * dándole un golpe tan fuerte —después de haberla pegado—, que se le abrió la cabeza y saltaron sangre y masa cerebral contra la pared de su casa, donde ahora lloran los huérfanos. Pero es que ella había recibido un don: el Maestro había curado a su marido, inmundo por una enfermedad horrenda. Y ella quería al Maestro por eso. Ha amado

* *supo defender al Maestro*, en 604.2, que *había curado a su marido*, en 374.7/9.

hasta morir por Él. Le ha precedido en el seno de Abraham, decís vosotros. También Analía le precedió, y habría sabido morir igual ella, si la muerte no la hubiera visitado antes. Y también una madre, más arriba, lavó con su sangre la calle, con la sangre de su vientre abierto por su hijo brutal, porque defendía al Maestro. Y una anciana murió de dolor, al ver pasar herido y maltratado a Aquel que había devuelto los ojos a su hijo. Y un anciano, un pordiosero, murió, porque se irguió en actitud de defensa y recibió en su cabeza la piedra que estaba destinada a la cabeza de vuestro Señor. Porque ¿vosotros le creíais vuestro Señor, no? Los valientes de un rey mueren en torno a él. Sin embargo, ninguno de vosotros ha muerto. Estabais lejos de los que le pegaban. ¡Ah, no! Uno murió. Se quitó la vida. Pero no por dolor. No por defender al Maestro. Primero le vendió, luego indicó quién era con un beso, luego se suicidó. No tenía más perspectivas. No podía crecer ya en maldad. Era perfecto. Como Belcebú. El mundo le habría apedreado para eliminarle de la faz de la Tierra. Yo creo que esta mujer piadosa, que murió por evitar golpes al Mártir, y la anciana Ana, que murió por el dolor de verle en esas condiciones, y el anciano pordiosero y la madre de Samuel y la virgen que murió, y yo, que no sé subir al Templo porque siento pena de los corderos y tórtolas que inmolan, ¡oh, sí, yo creo que habríamos tenido el valor de lapidarle, y que no habríamos vacilado al verle lacerado por nuestras piedras!... Él lo sabía, y ha ahorrado al mundo la fatiga de matarle; y, a nosotras, el ser verdugos para vengar al Inocente...».

Los mira con desprecio. Su desprecio se ha ido haciendo cada vez más visible, a medida que iba hablando. Sus ojos, grandes y negros, mientras miran al grupo que no sabe, que no puede, reaccionar, tienen la dureza de los de una ave rapaz... Emite, silbante entre dientes, la última palabra: «¡Villanos!», y recoge sus cántaros y se marcha, contenta de haber escupido su desdén contra los discípulos que han abandonado al Maestro...

Éstos están anihilados, cabizcaídos, enervados, desmayados sus brazos... aplastados bajo el peso de la verdad. Meditan en las consecuencias de su cobardía... Guardan silencio... No se atreven a mirarse unos a otros. Incluso Juan y el Zelote, los dos que son inocentes de *esta* culpa, están como los demás, quizás por el dolor de ver tan humillados a sus compañeros y por la imposibilidad de medicar la herida provocada por las sinceras palabras de la mujer...

[12]La calle ya está en penumbra. La Luna, ya en sus últimos días, 630.12
se alza tarde, por lo cual el crepúsculo se entenebrece rápido. El silencio es absoluto. Ni un ruido ni una voz humana. Y, en el silencio, el frufrú del Cedrón reina solo. De manera que, cuando la voz de Je-

sús resuena, se sobresaltan cual si hubiera sido un sonido estremecedor, cuando en realidad es muy dulce al decir: «¿Qué hacéis en este lugar? Os esperaba entre los olivos... ¿Qué hacéis ahí contemplando cosas muertas cuando os espera la Vida? Venid conmigo».

Jesús parece venir del Getsemaní hacia ellos. Se detiene al lado de ellos. Mira la mancha en que están todavía fijas las miradas aterradas de los apóstoles, y dice: «Esa mujer está ya en la paz. Y ha olvidado el dolor. ¿Inactiva respecto a sus hijos? No. Doblemente activa. Y los santificará porque es lo único que pide a Dios».

Se encamina. Le siguen en silencio.

Pero Jesús se vuelve y dice: «¿Por qué os preguntáis en vuestro corazón: "¿Y por qué no pide conversión para su marido? No es santa, si le aborrece..."». No le aborrece. Perdonó desde el momento en que él la mataba. Pero es un alma que ha entrado en el Reino de la Luz y ve con sabiduría y justicia, y ella ve que no hay conversión ni perdón para el marido. Por eso vuelve su oración hacia quien puede
630.13 recibir de su oración un bien. [13]No es mi sangre, no. ¡Aunque de hecho perdí mucha también en esta calle!... Pero los pasos de los enemigos la esparcieron, mezclada con tierra e inmundicias, y la lluvia la coló, disuelta, entre los estratos de tierra. Pero queda mucha, visible todavía... Porque fluyó tanta, que ni pasos ni agua podrán cancelarla fácilmente. Iremos juntos y veréis mi Sangre derramada por vosotros...».

«¿A dónde? ¿A dónde quiere ir? ¿Al lugar de su llanto? ¿Al Pretorio?» se preguntan.

Y Juan dice: «Pero Claudia se ha marchado dos días después del sábado, enojada, se dice, temerosa incluso de la presencia de su marido... Me lo ha referido el astero. Claudia separa su responsabilidad de la de su consorte. Porque ella le había advertido de no perseguir al Justo, pues que era mejor ser perseguido de los hombres que no del Altísimo, cuyo Mesías era el Maestro. Y no están tampoco ni Plautina ni Lidia. Han seguido a Claudia a Cesarea. Y Valeria se ha marchado con Juana a Béter. Si estuvieran ellas, podríamos entrar. Pero ahora... no sé... Falta también Longino, al que Claudia ha querido en su escolta...» dice Juan.

«Irá al lugar donde viste la hierba mojada de sangre...».

Jesús, que va delante, se vuelve y dice: «Al Gólgota. Allí hay tanta Sangre mía, que la tierra parece duro mineral ferroso. Y ya alguien os ha precedido...».

630.14 [14]«¡Pero es lugar impuro!» grita Bartolomé.

Jesús exterioriza una sonrisa compasiva y responde: «Todo lugar de Jerusalén es impuro después del atroz pecado; y, sin embargo, vo-

sotros no sentís incomodidad en estar, aparte de la del miedo a la gente...».

«Allí han muerto siempre los bandidos...».

«*Allí he muerto Yo. Y para siempre lo he santificado*. En verdad os digo que, hasta el final de los siglos, no habrá lugar alguno más santo que ése, y convergerán las muchedumbres de toda la Tierra y de todas las épocas para besar esa tierra. Y ya alguien os ha precedido, sin temer vejaciones ni venganzas, sin temer contaminarse. Y quien os ha precedido tenía doble razón para temer esto».

«¿Quién es, Señor?» pregunta Juan, al cual Pedro hurga con el codo en el costado para que pregunte.

«¡María de Lázaro! De la misma manera que recogió —recuerdo de júbilo que luego distribuyó a sus compañeras— las flores pisadas por mis pies cuando entraba, antes de la Pascua, en su casa, ahora ha sabido subir al Calvario y escarbar con sus manos en la tierra, dura por mi Sangre, y bajar con su carga y depositarla en el regazo de mi Madre. No ha tenido miedo. Y era conocida como "la Pecadora" y como "la discípula". Ni tampoco la que ha recibido en su regazo esa tierra del lugar del Cráneo ha creído contaminarse. Todo lo ha anulado mi Sangre, y santa es la tierra sobre la cual mi Sangre ha caído. Mañana, antes de la sexta, subiréis al Gólgota. Yo me uniré a vosotros... Pero el que quiera ver mi Sangre, ahí la tiene». Señala al pretil del puentecillo. «Aquí mi boca golpeó, y salió sangre de ella... Mi boca sólo había pronunciado palabras santas y palabras de amor. ¿Por qué, entonces, fue golpeada, y no hubo nadie que la medicara con un beso?...».

[15]Entran en el Getsemaní. Pero Jesús debe abrir antes una puer- 630.15
ta que ahora impide el acceso al Huerto de los Olivos. Una puerta nueva. Una valla fuerte, terminada en agudas puntas, alta, cerrada con una fuerte y novísima cerradura. Jesús tiene la llave; una llave tan nueva, que resplandece como el acero; y abre la cerradura a la luz de la rama encendida que Felipe ha prendido para ver, pues ya es del todo de noche.

«No estaba... ¿Por qué?...», musitan entre sí, observando la valla que aísla el Getsemaní. «Está claro que Lázaro no ha querido ya a nadie aquí. Mira allí: piedras, ladrillos y cal. Ahora es madera, luego será un muro...».

Jesús dice: «Venid. Os digo que no os ocupéis de cosas muertas... Mirad, aquí estabais... Y aquí me rodearon y me prendieron, y por allí huisteis vosotros... Si hubiera estado esa valla entonces... habría impedido vuestra rápida fuga. ¿Pero cómo podía pensar Lázaro —vehemente él en querer seguirme, vehementes vosotros en huir—,

que huiríais? ¿Os hago sufrir? Primero he sufrido Yo. Y quiero cancelar ese dolor. Bésame, Pedro...».

«¡No, Señor! ¡No! ¡El gesto de Judas, aquí, a la misma hora, no, no, no!».

«Bésame. Tengo necesidad de que repitáis con amor sincero el gesto insincero de Judas. Después seréis felices. Seremos más felices. Yo y vosotros. Ven, Pedro. Besa».

Pedro no sólo besa. Lava con lágrimas la mejilla del Señor y se retira, cubriéndose la cara, y se sienta en el suelo para llorar. Uno tras otro, los demás le besan en el mismo sitio. Unos más otros menos, todos tienen lágrimas en su rostro...

630.16 [16]«Y ahora vamos. Todos juntos. Esa noche os separé de mí, por pocas horas, después de haberos fortalecido con mi Cuerpo; pero en seguida caísteis. Recordad siempre lo débiles que fuisteis, y que sin la ayuda de Dios no podríais permanecer ni una hora en la justicia. Mirad, aquí dije que se velara. Se lo dije a aquellos que se creían los más fuertes; tan fuertes, que unos habían pedido beber de mi cáliz y otro había proclamado que incluso a costa de morir no renegaría de mí. Y los dejé, advirtiéndoles que oraran... Los dejé y se durmieron. Recordadlo, y enseñad que aquel del que Jesús se separa, si no mantiene contacto de oración con Él, puede ser atrapado. Si no os hubiera despertado, verdaderamente os hubieran podido incluso matar durante el sueño, y hubierais debido comparecer ante el juicio de Dios cargados de humanidad. Unos pasos más... Mirad. Baja la rama, Felipe. ¡Mirad! El que quiera ver Sangre mía que mire. Aquí, en medio de la mayor angustia, como un agonizante, sudé sangre. Mirad... Tanta, que la tierra está endurecida y, todavía, roja la hierba, porque la lluvia no ha podido disolver los grumos que se secaron entre tallos o corolas. Y allí me arrimé. Y aquí aleteó sobre mí el ángel del Señor para confortarme en mi voluntad de hacer la Voluntad de Dios. Porque —recordad esto— si siempre quisierais hacer la Voluntad de Dios, en aquellos momentos en que la criatura no puede continuar, viene Dios con su ángel para sostener al héroe agotado. En la hora de la angustia, no tengáis miedo a caer en vileza o en abjuración si persistís en querer lo que Dios quiere. Dios os convertirá en gigantes de heroísmo si permanecéis fieles a su Voluntad. ¡Recordadlo! ¡Recordadlo! Un día os dije que, después de la tentación en el desierto, los ángeles me asistieron. Ahora sabed que también aquí, después de la extrema tentación, fui asistido por un ángel. Y lo mismo sucederá con vosotros y con todos mis futuros fieles. Porque en verdad os digo que las ayudas que Yo he recibido las tendréis vosotros también. Yo mismo os obtendría estas ayudas si no os las concediera

ya de por sí el Padre en su amorosa justicia. Sólo el dolor será siempre inferior al mío... Sentaos. Se alza en el Oriente la Luna. Nos dará luz. No creo que durmáis esta noche, aunque sigáis siendo tan humanos y solamente humanos. No. No dormiréis porque ha entrado en vosotros un elemento activo que antes no teníais. Es el remordimiento. Una tortura, es verdad. Pero sirve para pasar a estadios más altos, tanto en el bien como en el mal. En Judas de Keriot —habiéndose alejado él de Dios— produjo la desesperación y la condenación. En vosotros, que nunca os habéis apartado de la cercanía de Dios —os lo aseguro, porque no había en vosotros ni la voluntad ni la advertencia plenas respecto a lo que hacíais—, el remordimiento producirá un arrepentimiento confiado que os llevará hacia la sabiduría y la justicia. [17]Quedaos donde estáis. Yo me separo hacia allá, a 630.17
la distancia de un tiro de piedra, en espera del amanecer».

«¡No nos dejes, Señor! ¡Tú mismo has dicho lo que somos si estamos lejos de ti!», suplica Andrés, arrodillado, alargando los brazos como pidiendo una piadosa limosna.

«Tenéis el remordimiento, que es un buen amigo en los buenos».

«¡No te vayas, Señor! Nos habías dicho que íbamos a orar juntos...», suplica Judas Tadeo, que ya no se atreve a manifestarse con los gestos propios de un pariente hacia el Resucitado, sino que tiene un poco inclinado hacia adelante su alto cuerpo en señal de veneración.

«¿Y no es la meditación la oración más activa? ¿Y no os he movido a la contemplación y meditación?, ¿no os he dado tema de meditación desde que me llegué a vosotros por el camino, moviendo vuestro corazón con verdaderos actos de santos sentimientos? *Ésta es la oración, oh hombres: ponerse en contacto con el Eterno y con las cosas que sirven para llevar al espíritu mucho más allá de la Tierra, y, a partir de la meditación de las perfecciones de Dios y de la miseria del hombre, del* yo, *suscitar actos de voluntad amorosa, o reparadora, siempre adoradora... aunque fuera una voluntad que surgiera de una meditación sobre una culpa o un castigo. El mal y el bien sirven para el fin último, si se saben usar. Lo he dicho muchas veces. El pecado es insanable quebranto sólo si no está seguido de arrepentimiento y reparación; en caso contrario, con la contrición del corazón se hace fuerte argamasa para mantener compactos los cimientos de la santidad, cuyas piedras son las buenas resoluciones.* ¿Podrías mantener unidas las piedras sin argamasa?, ¿sin esa substancia de malo y pobre aspecto sin la cual las piedras pulidas, los brillantes mármoles, no mantendrían su cohesión para formar el edificio?».

[18]Jesús hace ademán de marcharse. 630.18

Juan —su hermano y el otro Santiago y Pedro y Bartolomé le han dicho algo en voz baja— se alza y le sigue. Dice: «Jesús, mi Dios. Esperábamos decir contigo la oración al Padre tuyo. *Tu* oración. Nos sentimos poco perdonados si no nos concedes decirla contigo. Sentimos que nos es muy necesario...».

«Donde dos están unidos en oración, Yo estoy en medio de ellos. Decid, pues, la oración y Yo estaré en medio de vosotros».

«¡Ya no nos consideras dignos de orar contigo!» grita Pedro con fuerte llanto, con el rostro escondido entre la hierba, no toda ella exenta de Sangre divina.

Santiago de Alfeo exclama: «Nos sentimos infelices, herm... Señor». Se controla en seguida, diciendo "Señor" en vez de "hermano".

Y Jesús le mira y dice. «¿Por qué no me llamas hermano tú que eres de mi sangre? Soy hermano de todos los hombres, y de ti doblemente, triplemente: como hijo de Adán, como hijo de David, como hijo de Dios. Termina tus palabras».

«Hermano, mi Señor, nos sentimos infelices y necios. Tú esto lo sabes. Y más necios nos hace el abatimiento en que nos encontramos. ¿Cómo podemos decir con el alma tu oración si no comprendemos su significado?».

«¡Cuántas veces, como a muchachos menores de edad, os lo he explicado! Pero vosotros, más duros de cerviz que el más distraído de los escolares de un pedagogo, no habéis retenido mis palabras».

«¡Es verdad! Pero ahora nuestra mente está clavada en nuestra tortura de no haberte entendido... ¡Oh, nada hemos entendido! ¡Yo lo confieso por todos! Y todavía no te comprendemos bien, Señor. Pero, te lo ruego, saca la indulgencia para nuestro mal del mismo mal que nos hace tardos de entendimiento. Cuando moriste, el gran rabí, al pie de tu Cruz, gritó la verdad de la ofuscación de Israel. Y Tú, Dios omnipresente, liberado Espíritu de Dios de la cárcel de la Carne, oíste esas palabras: "Siglos y siglos de ceguera espiritual cubren la vista interior"; y te rogó: "En este pensamiento prisionero de las fórmulas, penetra Tú, Libertador". ¡Oh, mi adorado y adorable Jesús, Tú que nos has salvado de la Culpa original y has cargado sobre ti nuestros pecados y los has consumido en el fuego de tu amor perfecto, toma, consume también nuestro intelecto de obstinados israelitas; danos una mente nueva, virgen como la de un recién nacido; cancela los recuerdos de nuestra memoria para llenarnos sólo de tu sabiduría. Muchas cosas del pasado han muerto en ese horrendo día. Han muerto contigo. Pero, ahora que has resucitado, haz que nazca en nosotros una nueva mente. Créanos un corazón y una mente nuevos, Señor mío, y te comprenderemos» suplica Juan.

[19]«Esa tarea no es mía, sino de Aquel de quien os hablé en la última Cena. Todas mis palabras se pierden en el abismo de vuestro pensamiento, total o parcialmente, o permanecen cerradas, y celadas en cuanto a su espíritu. El Paráclito, sólo Él, cuando venga, extraerá de vuestro abismo mis palabras y os las abrirá para haceros comprender su espíritu». 630.19

«Pero Tú ya nos le has infundido» objeta el Zelote.

Y Mateo, junto al Zelote, objeta: «Pero dijiste que cuando fueras al Padre, Él, el Espíritu de Verdad, vendría».

«Decidme: ¿cuando un niño nace tiene infundida el alma?».

«¡Claro que la tiene infundida!» responden todos.

«¿Pero esta alma tiene la Gracia de Dios?».

«No. El Pecado original está en ella y la priva de la Gracia».

«¿Y el alma y la Gracia de dónde vienen?».

«¡De Dios!».

«¿Por qué entonces Dios no le da, sin más, un alma en gracia a la criatura?».

«Porque Adán fue castigado, y nosotros en él. Pero, ahora que Tú ya eres el Redentor, será así».

«No. No será así. Los hombres nacerán siempre impuros respecto a su alma, alma que Dios ha creado y que la herencia de Adán ha manchado. Pero, por un rito que en otra ocasión os explicaré, el alma infundida en el hombre será vivificada con la Gracia, y el Espíritu del Señor tomará posesión de esa alma. En cuanto a vosotros, bautizados con agua por Juan, seréis bautizados con el fuego de la Potencia de Dios. Y entonces verdaderamente el Espíritu de Dios estará en vosotros. Y será el Maestro al que los hombres no podrán ni perseguir ni expulsar. Él, en vuestro interior, os expresará el espíritu de mis palabras y os instruirá sobre muchas otras cosas. Yo os lo he infundido porque nada puede recibirse ni ser válido si no es por mis méritos: recibir a Dios; tener validez la palabra de un delegado de Dios. Pero todavía no está en vosotros, como Maestro, el Espíritu de la Verdad».

«Bien. Que así sea. En su momento vendrá. Pero, mientras tanto, haznos sentir tu perdón. Sé Maestro con nosotros, Señor. Una vez más, una vez más, porque Tú dijiste que hay que perdonar setenta veces siete» insiste Juan, y termina: «Tú, que eres la Luz eterna, no permitas que tus siervos permanezcan en las tinieblas», y —siempre Juan es el que muestra más confianza y cariño—, al decirlo, tiene la intrepidez de tomar, entre las suyas, la Mano izquierda de Jesús, que pende paralela al cuerpo y en la que la luna parece hacer aún más grande el desgarrón del clavo; y besa levemente la punta de los

dedos, de estos dedos que se han quedado un poco retraídos, justo como los de una persona que haya sido herida y ya se haya curado pero que los nervios le quedan levemente contraídos.

630.20 [20]«Venid. Vamos a subir más. Diremos juntos la oración» asiente Jesús, y deja su mano entre las de Juan mientras va caminando hacia el límite más alto del Getsemaní, hacia el camino alto que va a Betania a través del Campo de los Galileos.

Aquí también se ve que se están llevando a cabo las obras de delimitación indicadas por Lázaro; es más, en este lugar, más alejado de la casa del guarda del olivar, ya está levantada una tapia lisa y alta, paralela al trazado serpenteante del seto y el sendero que eran el límite del Getsemaní.

Jerusalén, abajo, sale lentamente de las tinieblas, incluso en sus zonas occidentales, porque la Luna está ahora en el cenit y albea todas las cosas con su fino honcejo, brillante cual diamantada llama posada en la obscuridad del firmamento en que titilan las corolas luminosas de un número incalculable de estrellas, de esas estrellas tan increíbles de los cielos de Oriente.

630.21 [21]Jesús abre los brazos, tomando su habitual postura de oración, y entona: «Padre nuestro que estás en el Cielo».

Se para y comenta:

«El haberos perdonado os ha dado prueba de que es Padre. ¿Qué Señor que no fuera Padre vuestro no os habría castigado, a vosotros que tenéis más deber que los demás de ser perfectos, a vosotros que tantas gracias habéis recibido y que, como decís vosotros, sois tan negados para vuestra misión? Yo no os he castigado. El Padre no os ha castigado. Porque lo que hace el Padre el Hijo lo hace, porque lo que hace el Hijo el Padre lo hace, pues que Nosotros somos una sola Divinidad unida en el Amor. Yo estoy en el Padre y el Padre está conmigo. El Verbo está siempre junto a Dios, que no tiene principio. Y el Verbo precede a todas las cosas, desde siempre, desde una eternidad cuyo nombre es *siempre*, desde un presente eterno junto a Dios, y es Dios como Dios, pues que es el Verbo del Pensamiento divino.

630.22 [22]Así pues, cuando me vaya, al orar así al Padre nuestro, al mío y vuestro (siendo así que somos hermanos: vosotros, menores; Yo, primogénito), ved, sí, vedme siempre también a mí en el Padre mío y vuestro; ved, sí, ved al Verbo, que fue "el Maestro" vuestro y que os amó hasta la muerte y más allá de la muerte, dejándoos en alimento y bebida a sí mismo para que estuvierais en mí, y Yo en vosotros, mientras dura el destierro, y luego Yo y vosotros estuviéramos en el Reino por el que os he enseñado a orar: "Venga a nosotros tu Reino", después de vuestra invocación para que vuestras obras santifiquen

el Nombre del Señor dándole gloria en la Tierra y en el Cielo. Sí, no sería para vosotros, ni para los que creerán como vosotros, el Reino de Dios del Cielo, si antes no hubierais querido ese Reino de Dios en vosotros con la práctica *real* de la Ley de Dios y de mi palabra, que es el perfeccionamiento de la Ley, pues que he dado, en el tiempo de la Gracia, la Ley de los elegidos, o sea, la de aquellos que están más allá de las constituciones civiles, morales, religiosas del tiempo mosaico, que están ya en la Ley espiritual del tiempo de Cristo.

Ya veis qué significa el tener a Dios cerca pero no tenerle en vosotros; qué significa el tener la palabra de Dios pero no tener la práctica *real* de *esa* palabra. Los mayores delitos se han llevado a cabo por este tener a Dios cerca pero no tenerle en el corazón; por este tener conocimiento de la palabra pero no la obediencia a ella. ¡Todo! Todo por esto. La cerrazón y los desmanes, el deicidio, la traición, las torturas, la muerte del Inocente y de su Caín, todo, ha venido por eso. Y, en realidad, ¿a quien amé tanto cómo a Judas? Pero él no me tuvo a mí-Dios en su corazón, y es el condenado deicida, el infinitamente culpable como israelita y como discípulo, como suicida y como deicida, además de por sus siete vicios capitales y todos sus otros pecados.

[23]Ahora podéis tener en vosotros el Reino de Dios con más facili- 630.23
dad, porque Yo os lo he obtenido con mi muerte. Con mi dolor os he comprado de nuevo. Recordadlo. Y que ninguno pisotee la Gracia, porque ha costado la vida y la Sangre de todo un Dios. Esté, pues, el Reino de Dios en vosotros, oh hombres, por la Gracia; tanto en la Tierra respecto a la Iglesia, como en el Cielo respecto al pueblo de los bienaventurados que, habiendo vivido con Dios en su corazón, unidos al Cuerpo de que Cristo es la Cabeza, unidos a la Vid de que cada cristiano es un sarmiento, merecen descansar en el Reino de Aquel por quien todas las cosas han sido hechas: Yo, quien os habla, que me he entregado a mí mismo a la Voluntad paterna para que todo pudiera cumplirse.

Por lo que, sin hipocresía, puedo enseñaros que ha de decirse: "Hágase tu voluntad en la Tierra como en el Cielo". Y hasta los terruños y la hierba, las flores y las piedras de Palestina, y mis carnes heridas y todo un pueblo pueden decir cómo he hecho la voluntad del Padre mío.

Haced lo que he hecho Yo, hasta el extremo, hasta la muerte de cruz, si así lo quiere Dios. Porque, recordad esto, Yo lo he hecho y no hay discípulo que merezca más misericordia que Yo; y, a pesar de ello, Yo he encarnado el mayor de los dolores; a pesar de ello, he obedecido con perpetuas renuncias. Vosotros lo sabéis. Y más lo com-

prenderéis en el futuro, cuando os asemejéis a mí bebiendo un sorbo de mi cáliz... Traed constantemente a vuestra mente este pensamiento: "Por su obediencia al Padre, Él nos ha salvado". Y, si queréis ser salvadores, haced lo que Yo he hecho. Quién conocerá la cruz, quién la tortura de los tiranos, quién la tortura del amor, del destierro del Cielo al que tenderá hasta la más anciana edad antes de subir a él. Bueno, pues que en todo se haga aquello que Dios quiera. Pensad que un suplicio de muerte y un suplicio de vida —cuando en realidad quisierais morir para ir a donde Yo estaré— son iguales ante los ojos de Dios si se viven con alegre obediencia: *son su Voluntad*; por tanto, son santos.

630.24 [24]"Danos hoy nuestro pan de cada día". Día tras día, hora tras hora. Es fe, es amor, es obediencia, es humildad, es esperanza el pedir el pan de *un* día y aceptarlo como es: hoy dulce, mañana amargo, mucho, poco, con especias o con ceniza. Siempre es justo, así como es. Lo da Dios, que es Padre; por tanto, es bueno.

En otro momento os hablaré del otro Pan —saludable sería querer comerlo todos los días— y de orar al Padre para que lo mantenga. Porque, ¡ay del día y de los lugares en que faltara por voluntad de hombres! Ahora —ya veis cuánto— los hombres son poderosos en sus obras de tinieblas. Orad al Padre para que defienda su Pan y os lo dé. Cuanto más lo dé, más querrán las tinieblas ahogar la Luz y la Vida, como hicieron en la Parasceve. La segunda Parasceve no tendría resurrección. Recordad esto todos. El Verbo ya no podrá ser matado, pero sí se podría dar muerte a su doctrina y se podría ahogar en demasiados la libertad y la voluntad de amarle. Mas entonces Vida y Luz también terminarían para los hombres. ¡Ay de aquel día! Os sirva de ejemplo el Templo. Recordad que he dicho: "es el gran Cadáver".

630.25 [25]"Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores".

Pecadores todos, sed dulces con los pecadores. Recordad mis palabras: "¿Por qué miras la paja en el ojo de tu hermano si antes no quitas la viga del tuyo?". El Espíritu que os he infundido, la orden que os he dado, os dan facultad para perdonar, en nombre de Dios, los pecados del prójimo. Pero ¿cómo podríais hacerlo si a vosotros no os los perdona Dios? Hablaré en otra ocasión de esto. Por el momento os digo: perdonad a quien os ofende, para ser perdonados y tener derecho a absolver o condenar. Quien está libre de pecado puede hacerlo con plena justicia. El que no perdona y está en pecado y finge escándalo es un hipócrita; el Infierno le espera. Porque, si cabe misericordia para los tutelados, severo será el veredicto para sus tutores,

culpables de pecados iguales, o mayores aun, teniendo la plenitud del Espíritu como ayuda.

[26]"No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal." Aquí te- 630.26
néis la humildad, piedra básica de la perfección. En verdad os digo que bendigáis a los que os humillan, porque os proporcionan lo necesario para vuestro celeste trono.

No. La tentación no significa perdición, si el hombre, humildemente, está junto al Padre y le pide que no permita que Satanás, el mundo y la carne le venzan. Las coronas de los bienaventurados están adornadas de las gemas de las tentaciones vencidas. No las busquéis, pero no seáis cobardes cuando lleguen. Con humildad y, por tanto, con fortaleza, gritad al Padre mío y vuestro: "Líbranos del mal", y venceréis al mal. Y santificaréis realmente el Nombre de Dios con vuestras acciones, como he dicho al principio, porque los hombres al veros dirán: "Dios existe, porque éstos tienen una conducta tan perfecta, que viven como deidades" y a Dios se acercarán, multiplicando así los ciudadanos del Reino de Dios.

[27]Arrodillaos para que Yo os bendiga y mi bendición os abra la 630.27
mente para meditar».

Se postran y los bendice, y desaparece como absorbido por la luz lunar.

Al cabo de un breve rato, los apóstoles alzan la cabeza, extrañados de no oír más palabras, y ven que Jesús ha desaparecido... Vuelven a caer rostro en tierra, envueltos en el temor, secular temor, de todo israelita que tenga la percepción de haber estado en contacto con Dios, con Dios como está en el Cielo.

631. Enseñanzas a los apóstoles enviados al Gólgota y luego al Cenáculo.

14 de abril de 1947.

[1]Jerusalén ya arde bajo el Sol meridiano. Un umbrío espacio abo- 631.1
vedado ofrece descanso a la vista cegada por este sol que incide sobre las paredes blancas de las casas y hace arder el suelo de las calles. Y lo blanco incandescente de las paredes y lo obscuro de estas bóvedas hacen de Jerusalén una caprichosa pintura en blanco y negro, una alternancia violenta de luces y penumbras —en contraste con la luz violenta, éstas parecen tinieblas—, una alternancia atormentadora como una obsesión, porque quita la facultad de ver o por demasiada luz o por demasiada penumbra. Se camina con los ojos semicerrados, tratando de apresurarse en las zonas de luz y calor y aminorando la

marcha bajo las bóvedas, donde es necesario ir despacio porque el contraste entre las luces y las tinieblas hace que incluso con los ojos abiertos no se vea nada.

Así caminan los apóstoles por esta ciudad desierta a causa de la hora meridiana; y sudan y se secan la cara y el cuello con la prenda que cubre su cabeza; y resoplan...

Cuando tienen que salir de la ciudad, cesa para ellos el alivio de los tramos abovedados. El camino, que bordea las murallas y se pierde hacia el Norte y hacia el Sur como una cinta cegadora de polvo incandescente, da la impresión de un terreno de horno: sube de él un calor de horno, un calor que seca los pulmones. El torrentillo que discurre por fuera de las murallas lleva un hilo de agua que fluye por el centro de un guijarral, de cantos blancos de sol como cráneos calcinados. Los apóstoles se acercan presurosos a ese hilo de agua, y beben; sumergen en ella la prenda que llevan en la cabeza y se la ponen de nuevo, chorreando, después de haberse lavado la cara. Se descalzan y chapotean con los pies en ese hilo de agua. Pero... es un alivio bien chico, porque el agua está caliente como si hubiera salido de un caldero colgado sobre una llama. Y dicen: «Está caliente y hay poca. Sabe a barro y a jabonera. Cuando baja tan escasa, retiene el sabor de las coladas de la aurora».

631.2 [2]Acometen la subida del Gólgota, del reseco Gólgota en que el sol ardiente ha secado la poca hierba que parecía pelusa rala en el amarillento monte unos quince días antes. Ahora sólo los rígidos y escasísimos matojos de plantas espinosas, llenas de espinas y exentas de hojas, elevan acá o allá sus dedos como de esqueletos desenterrados, de un verde que es amarillo por el polvo del monte, verdaderamente semejantes a huesos recién sacados de la tierra. Sí, parecen realmente haces de huesos calcinados plantados en el suelo. Hay uno que, después de unos dos palmos de palo derecho, forma bruscamente un codo que termina en cinco palitos después de una especie de paleta. Parece justo la osambre de una mano extendida para agarrar a quien pase y retenerlo en ese lugar de pesadilla.

«¿Queréis ir por el camino largo o por el corto?» pregunta Juan, que es el único que ya ha subido el monte.

«¡La más corta! ¡La más corta! ¡Vamos a darnos prisa, que aquí uno se muere de calor!» dicen todos, menos el Zelote y Santiago de Alfeo.

«¡Vamos!».

Las piedras del camino adoquinado están ardiendo, como lastras sacadas del fuego.

«¡No se puede continuar por aquí! ¡No se puede!» dicen al cabo de

pocos metros.

«Y, a pesar de ello, el Señor subió hasta allá, hasta donde aquella zarza, y estaba ya herido y llevaba a cuestas la cruz» observa Juan, que ha empezado a llorar desde que ha llegado al Calvario.

Continúan. Pero luego se echan al suelo agotados, jadeando. Las prendas mojadas en el río, que cubren sus cabezas, están ya secas por el sol; en cambio las túnicas se manchan de sudor.

«¡Demasiado empinada y ardiente!» dice Bartolomé resoplando.

«¡Sí, demasiado!» confirma Mateo, que está congestionado.

«Por lo que respecta al sol, es igual todo. Pero para la subida vamos a tomar ese camino. Es más largo, pero menos fatigoso. También Longino lo tomó para poder hacer que el Señor subiera. ¿Veis ese lugar?, ¿allí, donde está esa piedra un poco oscura? Allí se cayó el Señor, y le creímos muerto, nosotros que mirábamos desde allí, al Norte, allí, ¿veis?, donde está ese entrante antes de que la ladera empiece a empinarse. No se movía. ¡Oh, el grito de su Madre! ¡Me resuena aquí! ¡No olvidaré nunca ese grito! No olvidaré ni uno de sus gemidos... ¡Ah, hay cosas que le hacen a uno anciano en una hora y dan la medida del dolor del mundo!... ¡Ánimo, venid! ¡Menos que vosotros se detuvo nuestro Mártir Señor!» exhorta Juan.

[3]Se levantan algo aturdidos y le siguen hasta donde el sendero de 631.3
trazado en espiral corta a la calzada pavimentada, y lo toman. Sí, es un camino menos empinado, pero... ¡en cuanto al sol!... Y el calor es todavía más intenso porque la ladera bordeada por el sendero refleja su fuego contra los viandantes, ya quemados por el sol.

«¡¿Pero por qué hacernos subir por aquí a esta hora?! ¿No hubiera podido traernos al amanecer, en cuanto hubiera habido la luz suficiente para ver dónde pisábamos? En realidad, como estábamos fuera de las murallas, hubiéramos podido venir sin esperar a la apertura de las puertas». Se quejan y refunfuñan entre sí.

Hombres, todavía y siempre hombres: ahora, después de la tragedia del Viernes Santo, que es tragedia de la humanidad orgullosa y cobarde, más aún que tragedia de Cristo, siempre héroe, siempre victorioso, incluso en el morir; hombres como antes, cuando los embriagaban los gritos de hosanna de las multitudes, y exultaban pensando en las fiestas y en los banquetes suntuosos en casa de Lázaro... Sordos, ciegos, obtusos ante todos los signos y advertencias de cercana tempestad.

Santiago de Alfeo y el Zelote callan y lloran. Tampoco Andrés se queja después de las últimas palabras de Juan, quien sigue hablando, recordando, y, en su acto de recordar, pone amonestación fraterna y exhortación a no quejarse...

Dice: «Él subió aquí a esta hora, y ya llevaba mucho tiempo caminando. ¡Podría decir que, desde que salió del Cenáculo, no tuvo un momento de descanso! Y ese día hacía mucho calor. Se sentía el bochorno de la tormenta que se acercaba... y estaba ardiendo de fiebre. Nique dice que cuando le aplicó el paño al rostro tuvo la sensación de tocar fuego. Debe estar aquí cerca el lugar preciso en que se encontró con las mujeres... Nosotros, desde el lado opuesto no vimos el encuentro. Pero, a juzgar por lo que me dijeron Nique y las otras... ¡Ánimo, vamos! Pensad que las romanas, acostumbradas a la litera, recorrieron a pie este camino, y habían estado al sol desde la mañana, desde la hora tercera, cuando fue condenado. ¡Oh, precedieron a todos, ellas, las paganas. Enviaron incluso a esclavos para que avisaran a las otras que por algún motivo se habían ausentado...».

631.4 [4]Continúan... ¡Un martirio de fuego ese camino! Incluso se tambalean.

Pedro dice: «Si Él no hace un milagro, nos vamos a desplomar por insolación».

«¡Sí, a mí el corazón me estalla en la garganta» confirma Mateo.

Bartolomé ya no habla. Parece borracho. Juan le agarra de un codo y le sostiene, como hizo con la Madre el Viernes cruento. Y dice para consolar: «Dentro de poco hay algo de sombra. En el sitio a donde llevé a la Madre. Allí descansaremos».

Caminan, cada vez más lentamente...

Ya están apoyados en la roca en la que estuvo María. Y Juan lo dice. En efecto, hay un poco de sombra. Pero el aire está inmóvil, y abrasa.

«¡Si hubiera, al menos un tallito de anís, una hoja de menta, un tallo de hierba! Tengo la boca como pergamino arrimado al fuego. Pero no hay nada. ¡Nada!» gime Tomás, que tiene hasta hinchadas las venas del cuello y de la frente.

«Daría cuanto me queda de vida por una gota de agua» dice Santiago de Zebedeo.

Judas Tadeo rompe a llorar. Es un llanto fuerte. Y grita: «¡Oh, pobre hermano mío, cuanto sufriste! ¡Dijo... dijo... ¿os acordáis?... que se moría de sed! ¡Ahora comprendo! ¡No había comprendido la extensión de esas palabras! ¡Se moría de sed! ¡Y no hubo nadie que le diera, mientras todavía podía beber, un sorbo de agua! ¡Y Él tenía fiebre, además del sol!».

«Juana le había llevado algo para aliviarle...» dice Andrés.

«Ya no podía beber. Tampoco podía hablar... Cuando se encontró con su Madre, allí, a diez pasos de nosotros, sólo pudo decir: "¡Mamá!", y no pudo darle un beso, ni siquiera a distancia, a pesar de que

Simón de Cirene le hubiera liberado de la cruz. Tenía los labios endurecidos a causa de las heridas, abrasados... ¡Oh, yo veía bien, desde detrás de la fila de los legionarios! Porque yo no pasé aquí. ¡Habría tomado su cruz, si me hubieran dejado pasar! Pero temían por mí... y a causa de la muchedumbre, que quería apedrearnos. No podía hablar... ni beber... ni besar... ¡No podía ya casi ni mirar con sus ojos doloridos, bajo las costras de sangre, de la sangre que bajaba de la frente!... Tenía rota la túnica por una rodilla, y se veía la rodilla abierta y sangrante... Tenía las manos hinchadas y heridas... Tenía herido el mentón y una mejilla... La cruz había hecho una llaga en el hombro, ya abierto por los azotes... Tenía herida la cintura, por las cuerdas... La sangre provocada por las espinas goteaba por sus cabellos... Tenía...».

«¡Calla! ¡Calla! ¡No es posible oírte! ¡Calla! ¡Te lo ruego y te lo mando!» grita Pedro, que asemeja a uno al que estuvieran torturando.

«¡No es posible oírme! ¡No podéis oírme! ¡Pero yo tuve que presenciar sus atroces sufrimientos! ¿Y su Madre? ¿Y su Madre, entonces?».

Agachan la cabeza, llorando. Reanudan la marcha. Caminan... caminan... Ya no se quejan por sí mismos, sino que ahora lloran todos por los dolores de Cristo.

[5]Ya están en la cima. En el primer rellano: una plancha de fuego. 631.5
La reverberación es tal, que parece como si vibrara la tierra, a causa de ese fenómeno típico del sol cuando incide en las arenas encendidas de los desiertos.

«Venid. Vamos a subir por aquí. El centurión permitió que pasáramos aquí. También a mí. Me creyó hijo de María. Las mujeres estaban allí. Y allí los pastores. Y allí los judíos...». Juan señala los lugares, y termina: «Pero la turba estaba abajo, abajo; cubría la ladera, hasta el valle, hasta el camino, y estaba incluso en las murallas, y en las terrazas cercanas a las murallas... había gente hasta donde alcanzaba la vista. Lo vi cuando el Sol empezó a velarse; antes de eso era como ahora... y no podía ver...».

En efecto, Jerusalén, abajo, parece un espejismo trémulo. El exceso de luz hace de velo para el que quiere verla. Y Juan dice: «A otras horas —María de Lázaro lo ha dicho, pero yo desconocía el momento y el motivo de su venida— se ven los restos negros de las casas quemadas por los rayos. Las casas de los más culpables... al menos de muchos de ellos... Aquí (Juan mide los pasos, reconstruye la escena), aquí estaba Longino, y aquí estábamos María y yo. Aquí estaba la cruz del ladrón arrepentido, y ahí la otra. Aquí echaron a suerte la ropa. Allí cayó al suelo su Madre cuando Él murió... Desde

aquí vi el lanzazo en el Corazón (Juan se pone pálido como un muerto), porque aquí estaba su Cruz» y se arrodilla y adora, rostro en tierra, en la tierra que se ve excavada en un espacio que tiene esta sección: que correspondía a la tierra ensangrentada bajo la sombra del palo transversal de la cruz y alrededor del tronco vertical de ella. Debe haber trabajado duro la Magdalena para excavar tanta tierra, y con una profundidad de al menos un palmo largo, y en una tierra tan dura, mezclada con piedras y una serie de objetos de desecho, que hacen de ella una costra compacta.

Todos se han arrojado al suelo, a besar esa tierra, que ahora se baña de lágrimas...

631.6 [6]Juan es el primero en levantarse, y, amorosamente despiadado, va recordando cada uno de los momentos... Ya no siente el sol... Ninguno lo siente... Habla, habla de cuando Jesús rechazó el vino mirrado, de cuando se desnudó y se ciñó el velo materno, de cuando apareció tan atrozmente flagelado y herido, de cuando se extendió sobre la cruz y gritó por el primer clavo, y luego ya no, para que no sufriera demasiado su Madre, y de cuando le desgarraron la muñeca y le dislocaron el brazo para estirarle hasta el punto requerido, y también habla de cuando, clavado del todo, volvieron la cruz para remachar los clavos y el peso de la cruz pesó sobre el Mártir, cuyo jadeo se oía, y de cuando dieron de nuevo la vuelta a la cruz y la levantaron mientras la arrastraban, y ésta cayó secamente en el agujero y la calzaron; y describe el Cuerpo pendiendo hacia abajo desgarrando las manos, y cómo la corona se descoloca y hace desgarros en la cabeza; y refiere las palabras al Padre de los Cielos, las palabras que pedían perdón para los crucifixores, y que daban el perdón al ladrón arrepentido, y las palabras a su Madre y a Juan, y la llegada de José y Nicodemo, tan abiertamente heroicos desafiando a todo un mundo, y el valor de María de Magdala, y el grito de angustia al Padre que le abandonaba; y habla de la sed y del vinagre con hiel, y de la última agonía y de cómo llamaba feblemente a su "Mamá", y refiere las palabras de María, ya con el alma en la frontera de la vida por la congoja, la congoja... y la resignación y abandono en Dios; y refiere, horrenda, la última convulsión y el grito que hizo temblar al mundo, y el grito de María cuando le vio muerto...

«¡Calla! ¡Calla! ¡Calla!» grita Pedro. Parece traspasado él por la lanza. También los otros suplican: «¡Calla! ¡Calla!...».

631.7 [7]«Ya no tengo nada que decir. Ya el sacrificio había terminado. La sepultura... nuestra congoja, no suya. En ella sólo tiene valor el dolor de la Madre. ¡Nuestra congoja! ¿Acaso merece compasión? Ofrezcámosela a Él, en vez de pedir piedad para nosotros. Demasiado y

siempre hemos evitado el dolor, las fatigas, los abandonos, dejando todas esas cosas para Él, sólo para Él. Verdaderamente hemos sido unos discípulos indignos, que le hemos amado por la alegría de ser amados, por el orgullo de ser grandes en su reino; pero no supimos amarle en el dolor... De ahora en adelante, no. Aquí, aquí debemos jurar —esto es un altar, y alto—, ante el Cielo y ante la Tierra, que no volverá a ser así. Ahora, a Él la alegría; a nosotros, la cruz. Juremoslo. Sólo así daremos paz a nuestras almas. Aquí ha muerto Jesús de Nazaret, el Mesías, el Señor, para ser Salvador y Redentor. Muera aquí ese hombre que somos nosotros y resucite el discípulo *verdadero*. ¡Alzaos! Juremos en el Nombre santo de Jesucristo que queremos abrazar su doctrina hasta el punto de saber morir por la redención del mundo».

Juan parece un serafín. Con los movimientos se ha descubierto y la rubia cabeza resplandece bajo el sol. Ha subido a un montón de objetos desechados (quizás las estacas de sostén de las cruces de los ladrones) y ha tomado involuntariamente la postura (con los brazos abiertos) que tiene frecuentemente Jesús cuando enseña, y especialmente la postura que tenía en la cruz.

Los otros le miran, tan hermoso, tan ardoroso, tan joven (el más joven de todos) y tan maduro espiritualmente. El Calvario le ha dado la edad perfecta... Le miran y gritan: «¡Lo juramos!».

«Oremos, entonces, para que el Padre convalide nuestro juramento: "Padre nuestro que estás en el Cielo..."».

El coro de las once voces se hace seguro, cada vez más seguro a medida que va adelante. Y Pedro se golpea el pecho cuando dice: «perdónanos nuestras deudas», y todos se arrodillan cuando dicen la última súplica: «líbranos del mal». Permanecen así, arrodillados y profundamente corvados, meditando...

631.8 [8]Jesús está con ellos. No he visto ni cuándo ni por dónde ha aparecido. Se diría que por la parte inaccesible del monte. Resplandece de amor en la intensa luz meridiana. Dice: «El que permanece en mí no recibirá daño del Maligno. En verdad os digo que los que estén unidos a mí sirviendo al Altísimo Creador, cuyo deseo es la salvación de todos los hombres, podrán expulsar demonios, hacer inocuos reptiles y venenos, pasar por entre fieras y llamas sin recibir daño, hasta que Dios quiera que permanezcan en la Tierra sirviéndole».

«¿Cuándo has venido, Señor?» dicen, volviendo la cabeza pero permaneciendo de rodillas.

«Me ha llamado vuestro juramento. Y ahora, ahora que los pies de mis apóstoles han pisado este terreno, bajad rápidos a la ciudad, al Cenáculo. Al anochecer se marcharán las mujeres de Galilea con

mi Madre. Tú y Juan iréis con ellas. Nos congregaremos todos en Galilea, en el Tabor» dice al Zelote y a Juan.

«¿Cuándo, Señor?».

«Juan lo sabrá y os lo dirá».

«¿Nos dejas, Señor? ¿No nos bendices? Tenemos mucha necesidad de tu bendición».

«Aquí y en el Cenáculo os la daré. ¡Postraos!».

Los bendice. El fulgor del Sol le envuelve como en la Transfiguración. La diferencia es que aquí le esconde. Jesús ya no está.

Alzan la cabeza. Ya nada: sol y tierra quemada... «¡Levantémonos y vamos! ¡Se ha marchado!» dicen con tristeza.

«¡Cada vez son más breves sus permanencias entre nosotros!».

«Pero hoy parecía más contento que ayer por la noche. ¿No te lo ha parecido, hermano?» pregunta Judas Tadeo a Santiago de Alfeo.

«Lo que le ha alegrado ha sido nuestro juramento. ¡Bendito tú, Juan, que nos lo has hecho hacer!» dice Pedro abrazando a Juan.

«¡Yo esperaba que hablara de su Pasión. ¿Por qué nos ha traído aquí para no decir nada luego?» dice Tomás.

«Se lo preguntaremos esta noche» dice Andrés.

«Sí. Ahora vámonos. El camino es largo y deseamos estar un poco con María antes de que se marche» dice Santiago de Alfeo.

«¡Otra dulzura que termina!» suspira Judas Tadeo.

«¡Nos quedamos huérfanos! ¿Qué haremos?».

Se vuelven hacia Juan y el Zelote y, con una miaja de envidia en la voz, dicen: «¡Vosotros, al menos, vais con la Madre! Y os quedáis siempre con Ella».

Juan hace un gesto como para decir: «Así es».

Pero ellos, que no tienen envidia mala sino buena, confiesan inmediatamente: «Pero es justo. Porque tú estabas aquí con Ella, y tú has renunciado a estar por obediencia. Nosotros...».

631.9 [9]Empiezan a bajar. Pero en cuanto llegan al segundo rellano, el más bajo, ven a una mujer que sube allí bajo el sol por el camino escarpado y que los mira de hito en hito sin decir nada, para dirigirse luego, con paso seguro, a la explanada más alta.

«¡Ya hay quien viene aquí! No es sólo María la que viene. Pero ¿qué hace! Llora y busca por el suelo. ¿Será una que haya perdido algo aquel día?» se preguntan. Pudiera ser, en efecto, porque no se ve quién es. El rostro de la mujer está completamente cubierto con un velo.

Tomás alza su potente voz: «¡Mujer! ¿Qué has perdido?».

«Nada. Busco el lugar de la cruz del Señor. Tengo un hermano que se está muriendo, y ya no está en la Tierra el Maestro bueno...»,

lora en su velo. «¡Los hombres le han echado de este mundo!».

«Ha resucitado, mujer. Permanece para siempre».

«Sé que permanece para siempre. Porque es Dios, y Dios no perece. Pero ya no está entre nosotros. Un mundo no le ha recibido y Él se ha marchado. Un mundo ha renegado de Él. Hasta sus discípulos le han abandonado como si fuera un bandido; y Él... pues ha abandonado el mundo. Vengo a buscar un poco de su Sangre. Tengo fe en que esto curará a mi hermano. Más que la imposición de las manos de sus discípulos, porque ya no creo que ellos puedan hacer prodigios después de haberle sido infieles».

«El Señor ha estado aquí hace poco, mujer. Ha resucitado en alma y cuerpo y está todavía entre nosotros. El perfume de su bendición está todavía en nosotros. Mira, aquí ha puesto sus pies hace un momento» dice Juan.

«No. Busco una gota de su Sangre. Yo no estaba aquí y no sé el lugar...», agachada, busca en el suelo.

Juan le dice: «Éste era el punto de su cruz. Yo estaba».

«¿Estabas? ¿Como amigo o como crucifixor? Se dice que sólo uno de sus discípulos predilectos estaba al pie de la cruz, y pocos otros discípulos fieles con él, aquí cerca. Pero no quisiera hablar con un crucifixor suyo».

«No lo soy, mujer. Mira, aquí, donde estaba la cruz, hay todavía tierra roja de sangre, a pesar de que hayan excavado. Tanta fue la sangre que perdió, que penetró profundamente. Ten, y que tu fe se vea premiada». Juan ha excavado con los dedos en el agujero donde estaba la cruz y ha extraído tierra rojiza. La mujer lo recoge en un pequeño paño y, dando las gracias, se marcha rauda con su tesoro.

«Has hecho bien en no revelar quiénes somos»... «¿Por qué no has dicho quién eras?»... dicen los apóstoles (como siempre, el pensamiento humano es contrastante).

Juan los mira y no dice nada. Es el primero en encaminarse hacia abajo por la pronunciada cuesta del camino adoquinado.

[10]Aunque sea más fácil bajar que subir, todavía el Sol luce despiadado, de forma que cuando se ven al pie del Gólgota están verdaderamente sedientos. Pero hay ovejas en el regato, y unos pastores con ellas. Vienen, sin duda, de algún aprisco cercano; para el pasto, antes de que anochezca. El agua está turbia. Es imposible beberla. 631.10

La sed es tal, que Bartolomé se dirige a un pastor diciendo: «¿Tienes un sorbo de agua en tu zaque?».

El hombre los mira con severidad. No dice nada.

«Un poco de leche, entonces. Las ubres de tus animales están túrgidas. La pagaremos. Desearíamos líquido helado, pero nos basta

beber».

«No tengo ni agua ni leche para los que han abandonado a su Maestro. Os reconozco, no penséis que no. Os vi y oí una vez en Betsur. Precisamente a ti, que pides... Pero no os vi cuando me encontré con los que bajaban al Crucificado. Sólo éste estaba. No hubo agua para Él, me dijeron los que estuvieron en el monte. Tampoco para vosotros hay agua». Silba a su perro, reúne a las ovejas y se marcha hacia el Norte, en donde empiezan elevaciones cubiertas de olivos y, a trechos, de hierba.

Los apóstoles, abatidos, cruzan el puente y entran en la ciudad.

631.11 [11]Van pegados a las paredes, muy cubiertas sus cabezas, hasta los ojos, un poco encorvados. Es que ahora las calles, habiendo pasado ya el calor de las primeras horas de la tarde, vuelven a animarse de gente.

Pero deben cruzar toda la ciudad antes de llegar a la casa del Cenáculo, y demasiados son los que conocen a los apóstoles como para que su paso pueda producirse sin incidentes. Y pronto sucede que llega a ellos el latigazo de una carcajada, mientras un escriba —estaba convencida de que ya no iba a ver escribas, y me sentía contenta— grita a la gente (numerosa en este estrecho cruce donde gorgotea una fuente): «¡Ésos son! ¡Mirad! ¡Ahí tenéis a los restos del ejército del gran rey! Los jabatos imbeles. Los discípulos del seductor. Desprecio y escarnio para ellos. ¡Y compasión, la compasión que se siente por los locos!».

Es el principio de una barahúnda de ultrajes. Hay quien grita: «¿Dónde estabais mientras Él sufría su pena?»; o: «¿Convencidos ahora de que era un falso profeta?»; o: «¡En vano le habéis robado y escondido! La idea está apagada. El Nazareno está muerto. El Galileo ha sido fulminado por Yeohveh. Y vosotros con Él»; o también hay quien, con falsa piedad, dice: «Dejadlos tranquilos. Han recapacitado y se han arrepentido; demasiado tarde, pero a tiempo de huir en el momento justo»; y hay quien enardece a la masa popular (en general compuesta por mujeres, que parecen propensas a ponerse de la parte de los apóstoles), diciendo: «A vosotros, a los que todavía dudáis de nuestra justicia: os sirva de luz lo que han hecho los más leales seguidores del Nazareno. Si hubiera sido Dios, los habría fortalecido. Si ellos le hubieran conocido como al verdadero Mesías, no habrían huido, porque habrían pensado que una fuerza humana no podía vencer al Cristo. Sin embargo, Él ha muerto en la presencia del pueblo. Y en vano ha sido robado su cadáver, tras haber agredido a los soldados que estaban de guardia y se habían dormido. Preguntádselo a los soldados, si fue o no así. Él ha muerto y su gente está

desperdigada. Y grande es ante los ojos del Altísimo el que libera el suelo santo de Jerusalén de los últimos vestigios suyos. ¡Maldición a los seguidores del Nazareno! ¡Echemos mano a las piedras, oh pueblo santo, y sean lapidados éstos fuera de las murallas!».

Es demasiado para la todavía poco estable valentía de los apóstoles. Ya se habían retirado bastante hacia las murallas para no fomentar la algarada con un imprudente desafío a los acusadores. Pero ahora, más que la prudencia, lo que vence es el miedo. Y vuelven las espaldas y se salvan huyendo en dirección a la puerta. Santiago de Alfeo y Santiago de Zebedeo, con Juan, Pedro y el Zelote, más serenos y dueños de sí mismos, siguen a sus compañeros sin correr. Alguna piedra los alcanza antes de salir por la puerta, y, sobre todo, son alcanzados por muchas porquerías.

[12]Los soldados que están de guardia y salen de sus sitios impiden 631.12
que los sigan más allá de las murallas. Pero los apóstoles corren, corren, y se refugian en el huerto de José, donde estaba el Sepulcro.

Hay serenidad y silencio en ese lugar. Suave es la luz bajo los árboles, que en esos días han echado hojas, todavía escasas, pero tan esmeraldinas, que proyectan un velo de color suave bajo los robustos troncos. Se echan al suelo para calmarse de las fuertes palpitaciones.

En el fondo del huerto un hombre está cavando, y recalzando verduras, ayudado por un jovencito. No los ve —se han escondido detrás de un seto— sino cuando, después de haber escrutado el cielo y dicho fuerte: «Ven, José, y trae al burro para atarle a la noria», se dirige hacia ellos, a un rústico pozo escondido entre un grupo de zarzas que le dan sombra. «¿Qué hacéis? ¿Quiénes sois? ¿Qué queréis en el huerto de José de Arimatea? Y tú, necio, ¿por qué dejas abierta la cancilla que José quiere que esté cerrada, ahora que la ha puesto? ¿No sabes que no quiere a nadie aquí donde fue sepultado el Señor?».

Digo la verdad: envuelta en la pena de asistir a la sepultura de Jesús y en el estupor de la Resurrección, nunca me había percatado de si este huerto, además de la cerca de un seto verde de bojes y zarzas, tenía o no una cancilla; pero, en efecto, creo que haya sido colocada hace poco porque está completamente nueva y la sostienen dos machones cuadrangulares cuyo revoque no presenta señales de largo tiempo. José también, como Lázaro, ha cerrado los lugares santificados por Jesús.

Juan se alza, junto con el Zelote y Santiago de Alfeo, y, sin miedo, dice: «Somos los apóstoles del Señor. Yo, Juan; éste, Simón, amigo de José; y éste, Santiago, hermano del Señor. El Señor nos había llamado al Gólgota y habíamos ido. Nos dio la orden de ir a la casa donde está su Madre. La muchedumbre nos ha acosado. Hemos entrado

aquí en espera de la noche...».

631.13 [13]«Pero... ¿estás herido? ¡Y también tú! ¡Y tú! Venid que os cure. ¿Tenéis sed?, ¿hambre? Tú, rápido, saca agua. La primera agua es pura, luego los cangilones la ponen fangosa. Y da de beber. Y luego lava algunas lechugas de esas frescas y alíñalas con el aceite que tenemos para fajar los injertos. No tengo más cosas que daros. No tengo casa aquí. Pero, si esperáis, os llevo conmigo...».

«No. No. Tenemos que ir donde el Señor. Que Dios te lo pague».

Beben y se dejan curar. Todos tienen heridas en la cabeza. ¡Apuntan bien los judíos!

«Ve al camino tú y mira a ver si hay alguno merodeando, pero sin levantar sospechas» le ordena el hortelano al muchacho.

Éste vuelve y dice: «Nadie, padre. El camino está desierto».

«Ve a dar una ojeada hacia la puerta y vuelve rápidamente».

Arranca unos tallos de anís y los ofrece, disculpándose por no tener más que legumbres, lechuga y esos anises; y es que —dice— los árboles frutales han perdido las flores muy recientemente.

Vuelve el muchacho. «Nadie, padre. El camino, fuera de la puerta, está vacío».

«Vamos entonces. Ata el burro al carro y echa encima las hierbas de la mondadura. Pareceremos hombres que vuelven de los campos. Venid conmigo. Alargaréis el camino... pero es mejor que las pedradas».

«En todo caso, tendremos que entrar en la ciudad...».

«Sí. Pero entraremos por otra parte, por callejuelas no expuestas. Venid seguros».

Cierra con una llave grande la sólida cancilla. Ofrece a los más mayores que suban al carro. Da azadas y rastrillos a los otros. Carga a Tomás con un haz de mondadura y con un atado de hierba a Juan. Y se da a caminar seguro, orillando las murallas en dirección al Sur.

«Pero, tu casa... Esto está desierto».

«La casa está allá, en el otro lado, y no se escapa. La mujer esperará. Primero sirvo a los siervos del Señor». Los mira... «¡Todos cometemos errores! ¡Yo también tuve miedo! Y todos somos odiados por su Nombre. También José. Pero ¿qué importa? Dios está con nosotros. ¡La gente?... Odia y ama, ama y odia. ¡Además, lo que hoy hace lo olvida mañana! ¡Claro... si no estuvieran esas hienas!... Son ellos los que incitan a la gente. Están enfurecidos porque ha resucitado. ¡Si se presentara en un pináculo del Templo para dar seguridad al pueblo de que ha resucitado! ¿Por qué no lo hace? Yo creo. Pero no todos saben creer. Y ellos pagan bien a los que dicen al pueblo que su cadáver ha sido robado; que vosotros lo habéis robado, ya descom-

puesto, y lo habéis sepultado o quemado en una gruta de Josafat».

Ya están en el lado sur de la ciudad, en el valle de Hinnón.

«Ahí está la Puerta de Sión. ¿Sabéis ir desde allí a la casa? Está a un paso».

«Sabemos. Que Dios esté contigo por tu bondad».

«Para mí seguís siendo los santos del Maestro. Hombres sois y hombre soy. Sólo Él es más que Hombre y pudo no temblar. Sé comprender y compadecerme. Y digo que vosotros, hoy débiles, mañana seréis fuertes. La paz a vosotros».

Los libera de hierbas y herramientas agrícolas y se vuelve, mientras los apóstoles, rápidos como liebres, entran en la ciudad y, por callejuelas periféricas, a hurtadillas, van hacia la casa del Cenáculo.

631.14 [14]Pero las peripecias de ese día no han terminado todavía. Un grupo de legionarios dirigidos hacia la cercana taberna se cruza con ellos. Uno de los legionarios los observa e indica su presencia a los otros. Y se ríen todos. Y, cuando estos pobres, maltratados discípulos se ven obligados a pasar por delante de ellos, uno de los soldados que están apoyados en la puerta los apostrofa: «¡Hala... ¿no os ha lapidado el Calvario y han atinado los hombres?! ¡Por Júpiter! ¡Os creía más valientes! Y creía que no teníais miedo a nada... porque como os habíais atrevido a subir allá... ¿No os han echado en cara las piedras del monte vuestra cobardía? ¿Tanto valor habéis tenido que habéis subido? Siempre he visto a los culpables huir de los lugares que recuerdan la culpa. La Némesis los sigue. Pero quizás a vosotros os ha llevado hasta allá arriba para haceros temblar de horror, hoy, porque no quisisteis temblar de piedad *entonces*».

Una mujer —quizás es la dueña de la taberna— se asoma a la puerta y se ríe. Tiene una cara de facinerosa que mete miedo, y grita fuerte: «Mujeres hebreas, mirad lo que brota de vuestras entrañas: cobardes perjuros que salen de sus madrigueras cuando el peligro ha terminado. El vientre romano sólo concibe héroes. Venid, vosotros, a beber por la grandeza de Roma. Vino selecto y hermosas jóvenes...», se adentra, seguida por los soldados, en su antro obscuro.

631.15 [15]Una hebrea mira —alguna mujer está en la calle, con las ánforas; ya se oye el gorgoteo de la fuente cercana a la casa del Cenáculo— y siente compasión. Es una mujer anciana. Dice a sus compañeras: «Han errado... Pero todo un pueblo ha errado». Se acerca a los apóstoles y los saluda: «La paz a vosotros. Nosotras no olvidamos... Sólo queremos saber si verdaderamente ha resucitado el Maestro».

«Ha resucitado. Lo juramos».

«Pues entonces no temáis. Él es Dios, y Dios vencerá. Paz a vosotros, hermanos. Y decid al Señor que perdone a este pueblo».

«Y vosotras orad para que el pueblo a *nosotros* nos perdone y olvide el escándalo que hemos dado. Mujeres, a vosotras, yo, Simón Pedro, os pido perdón». Pedro llora...

«Somos madres y hermanas y esposas, hombre. Tu pecado es el de nuestros hijos, hermanos y maridos. ¡Que el Señor tenga piedad de todos!».

Los han acompañado a la casa estas mujeres compasivas, y ellas mismas llaman a la puerta cerrada. Abre la puerta Jesús, llenando el espacio obscuro con su Cuerpo glorificado, y dice: «Paz a vosotras por vuestra piedad». Las mujeres están petrificadas por el estupor. Se quedan así, hasta que la puerta vuelve a cerrarse tras los apóstoles y el Señor. Entonces vuelven en sí.

«¿Le has visto? Era Él. ¡Qué hermoso! Más que antes. ¡Y vivo! ¡Ciertamente no era un fantasma! Un hombre verdadero. ¡La voz! ¡La sonrisa! Movía las manos. ¿Has visto qué rojas estaban las heridas? No, miraba que su pecho respiraba exactamente igual que el de un vivo. ¡Que no nos vengan a decir que no es verdad! ¡Vamos! ¡Vamos a decirlo por las casas! No. Vamos a llamar aquí para verle otra vez. ¿Qué piensas tú? Es el Hijo de Dios, resucitado. ¡Ya es mucho el que se haya mostrado a nosotras, pobres mujeres! Está con su Madre y las discípulas y los apóstoles. No. Sí...».

Vencen las prudentes y el grupo se aleja.

631.16 [16]Jesús, entretanto, ha entrado con sus apóstoles en el Cenáculo. Los observa. Sonríe. Ellos, antes de entrar en casa, se han quitado las prendas que cubrían como vendas sus cabezas y se las han puesto como impone el uso normal. Las moraduras, por tanto, no se ven. Se sientan, cansados y silenciosos; más afligidos que cansados.

«Habéis tardado» dice Jesús con dulzura.

Silencio.

«¿No me decís nada? ¡Hablad! Soy Jesús también ahora. ¿Ya ha cedido vuestra intrepidez de hoy?».

«¡Oh, Maestro! ¡Señor!» grita Pedro cayendo de rodillas a los pies de Jesús. «No ha cedido nuestra intrepidez. Pero nos abate el constatar el daño que hemos causado a tu Fe. ¡Estamos machacados!».

«Muere el orgullo, nace la humildad. Surge el conocimiento, crece el amor. No temáis. Estáis haciéndoos apóstoles *ahora*. Esto es lo que Yo quería».

«¡Pero no vamos a poder hacer ya nada! ¡El pueblo, y tiene razón, se burla de nosotros! Hemos destruido tu obra. ¡Hemos destruido tu Iglesia!». Están llenos de angustia. Gritan, gesticulan...

Jesús está majestuosamente sereno. Dice, ayudando a sus palabras con el gesto: «¡Tened paz! Ni el infierno destruirá mi Iglesia. No

hará perecer el edificio la inestabilidad de una piedra aún no bien asegurada. ¡Tened paz! Haréis, haréis cosas bien hechas, porque ahora os conocéis humildemente en vuestra verdadera realidad, porque ahora poseéis una *gran* sabiduría: la de saber que todo acto tiene muy vastas repercusiones, a veces imborrables, y que quien está * arriba —recordad lo que dije de la luz, que debe ponerse en un lugar alto para que sea vista, pero, precisamente porque todos la ven, debe tener una llama pura—, que quien está arriba, más que quien no lo está, tiene el deber de ser perfecto. ¿Veis, hijos míos? Lo que, si lo hace un fiel, pasa desapercibido o es excusable no pasa desapercibido y severo es el juicio del pueblo si lo hace un sacerdote. Pero vuestro futuro borrará vuestro pasado. No os he dicho nada en el Gólgota, sino que he dejado que el mundo hablara. Yo os consuelo. ¡Ánimo, no lloréis! [17]Comed y bebed ahora, y dejad que os cure, así». Toca le- 631.17
vemente las cabezas heridas. Luego dice: «Pero conviene que os alejéis de aquí. Por eso he dicho: "Id, orantes, al Tabor". Podréis estar en los pueblos cercanos y subir a cada amanecer a esperarme».

«Señor, el mundo no cree que hayas resucitado» dice en tono bajo Judas Tadeo.

«Convenceré al mundo. Os ayudaré a vencer al mundo. Vosotros sedme fieles. No pido más. Y bendecid a quien os humilla, porque os santifica».

Parte el pan, lo divide en partes, lo ofrece y distribuye: «Éste es mi viático para los que os marcháis. Allí he preparado ya el alimento para mis peregrinos. Haced también esto en el futuro con aquellos de entre vosotros que se pongan en viaje. Sed paternos con todos los fieles. Todo lo que Yo hago, o hago que hagáis, hacedlo vosotros también. También el ir al Calvario, meditando y moviendo a meditar en la vía dolorosa, hacedlo en el futuro. ¡Contemplad! Contemplad mi dolor. Porque por él, no por la presente gloria, os he salvado. Allí está Lázaro con sus hermanas. Han venido a saludar a mi Madre. Id vosotros también, porque mi Madre se va a marchar pronto en el carro de Lázaro. La paz a vosotros». Se levanta y, rápidamente, sale.

[18]«¡Señor! ¡Señor!» grita Andrés. 631.18

«¿Qué quieres, hermano?» le pregunta Pedro.

«Quería pedirle muchas cosas. Hablarle de los que piden curaciones... ¡No sé! ¡Cuando está en medio de nosotros ya no sabemos decir nada!», y sale corriendo en busca del Señor.

«¡Es verdad! ¡Estamos como desmemoriados!» convienen en ello todos.

---

* *lo que dije*, en 169.7

«¡Pues es muy bueno con nosotros! ¡Nos ha llamado "hijos" con una dulzura tal, que me ha abierto el corazón!» exclama Santiago de Alfeo.

«¡Pero es tan... Dios, ahora!... Tiemblo cuando le tengo cerca, como si estuviera junto al Santo de los Santos» dice Judas Tadeo.

Vuelve Andrés: «Ya no está. El espacio, el tiempo, las paredes, están bajo su dominio».

«¡Es Dios! ¡Es Dios!» dicen todos, y permanecen en actitud de gran veneración...

632. Apariciones a varias personas en distintos lugares.

16-17 de abril de 1947.

I. *A la madre de Analía.*

632.1 [1]Elisa, la madre de Analía, llora desconsoladamente en su casa, cerrada dentro de un cuarto de reducidas dimensiones, donde hay una cama pequeña sin cobertores, que quizás es la de Analía. Tiene la cabeza relajada sobre los brazos, desmayados a su vez, extendidos sobre la cama como para abrazarla por entero. El cuerpo pesa, desfallecido, sobre las rodillas. Lo único vigoroso es su llanto.

Poca luz entra por la ventana abierta. El día ha renacido hace poco. Pero una luz viva brilla cuando entra Jesús.

Digo "entra" para expresar que está en el cuarto, mientras que antes no estaba. Y lo diré siempre así para significar sus apariciones en lugares cerrados, sin repetirme respecto a cómo Él se descubre tras una gran luminosidad que recuerda a la de la Transfiguración, tras un fuego blanco —se me permita la comparación— que parece licuar paredes y puertas para permitirle entrar con su verdadero, respirador, sólido Cuerpo glorificado (un fuego, una luminosidad que se repliega sobre Él y le oculta cuando se marcha). Después, adquiere el aspecto hermosísimo de Resucitado, pero Hombre, verdaderamente Hombre, de una belleza centuplicada respecto a la que ya tenía antes de la Pasión. Es Él, pero glorioso, *Rey*.

632.2 [2]«¿Por qué lloras, Elisa?».

No sé cómo la mujer no reconoce esa Voz inconfundible. Quizás el dolor la aturde. Responde como si hablara con un pariente que, quizás, ha ido donde ella después de la muerte de Analía.

«¿Has oído ayer por la tarde a esos hombres? Él no era nada. Poder mágico, no divino. Y yo que me resignaba a la muerte de mi hija figurándomela amada por un Dios, en paz... ¡Me lo había dicho!...», llora aún más fuerte.

«Pero muchos le han visto resucitado. Sólo Dios puede resucitarse por sí mismo».

«Esto se lo dije yo también a los de ayer. Tú lo oíste. Me opuse a sus palabras, porque sus palabras significaban la muerte de mi esperanza, de mi paz. Pero ellos —¿lo oíste?—, ellos dijeron: "No es más que una comedia de sus seguidores, para no reconocer su falta de cordura. Él está muerto y bien muerto, y ya en estado de descomposición han robado su cadáver y lo han destruido, y dicen que ha resucitado". Esto dijeron... Y también dijeron que por eso el Altísimo ha mandado el segundo terremoto, para hacerles sentir su ira por su sacrílego embuste. ¡Oh, ya no tengo consuelo!».

«Pero si vieras al Señor resucitado, con tus ojos, y le palparas con tus manos, ¿creerías?».

«No soy digna de ello... Pero ¡claro que creería! Me bastaría con verle. No me atrevería a tocar sus Carnes, porque, si así fuera, serían carnes divinas, y una mujer no puede acercarse al Santo de los Santos».

[3]«¡Alza la cabeza, Elisa, y mira quién tienes delante!». 632.3

La mujer alza la cabeza cana, alza la cara desfigurada por el llanto, y ve... Cae más aún su cuerpo, gravitando más en los talones; se restriega los ojos; abre la boca, por un grito que quiere subir pero que el estupor estrangula en la garganta...

«Soy Yo. El Señor. Toca mi Mano. Bésala. Me has sacrificado tu hija. Lo mereces. Y halla de nuevo, en esta Mano, el beso espiritual de tu hija. Está en el Cielo. Bienaventurada. Dirás esto a los discípulos, y se lo dirás *este* día».

La mujer está tan arrobada, que no se atreve a llevar a cabo ese gesto. Es Jesús mismo el que le aprieta la punta de sus dedos contra los labios.

«¡Oh! ¡¡¡Verdaderamente has resucitado!!! ¡Feliz! ¡Soy feliz! ¡Bendito seas, Tú que me has consolado!».

Se inclina para besarle los pies, y lo hace, y se queda así.

La luz sobrenatural envuelve en su esplendor a Cristo y la habitación queda vacía de Él; pero la madre tiene el corazón lleno de inquebrantable certeza.

II. *A María de Simón, en Keriot, con Ana, madre de Yoana, y el anciano Ananías.*

[4]Es la casa de Ana, madre de Yoana; la casa de campo donde Je- 632.4
* sús, acompañado de la madre de Judas, obró el milagro de la cura-

* *obró el milagro*, en 395.

ción de Ana. También aquí una habitación, y una mujer que yace sobre un lecho; irreconocible ella, de tan desfigurada como está a causa de una mortal angustia. Su rostro aparece consumido, devorado por la fiebre que enciende los pómulos, salientes de tan ahondados como están los carrillos. Los ojos, dentro de un círculo negro, rojos de fiebre y llanto, están semicerrados bajos los párpados hinchados. Donde no hay enrojecimiento de fiebre hay amarillez intensa, verdastra, como por bilis esparcida en la sangre. Los brazos descarnados, las manos afiladas, están desmayados sobre las mantas que un veloz jadeo levanta.

Junto a la enferma, que no es sino la madre de Judas, está la madre de Yoana, Ana, secando lágrimas y sudor, agitando un paipái, cambiando en la frente y la garganta de la enferma paños impregnados en un vinagre aromatizado, acariciando a la enferma las manos, y los sueltos cabellos, esos cabellos que, en poco tiempo, han pasado a ser más blancos que negros y que están esparcidos sobre la almohada o aglutinados por el sudor tras las orejas ahora transparentes. Y llora también Ana, diciendo palabras de consuelo: «¡Así no, María! ¡Así no! ¡Basta! Él... él ha pecado. Pero tú, tú sabes cómo el Señor Jesús...».

«¡Calla! Ese Nombre... diciéndomelo a mí... se profana... ¡Soy la madre... del Caín... de Dios! ¡Ay!». El llanto quedo se transforma en extremo, lacerante sollozo. La mujer siente ahogarse, se agarra al cuello de su amiga, que la socorre; un vómito bilioso le sale por la boca.

«¡Cálmate! ¡Cálmate, María! ¡Así no! ¡Oh!, ¿qué puedo decirte para convencerte de que Él, el Señor, te quiere? ¡Te lo repito! ¡Te lo juro por las cosas para mí más santas: por el Salvador y por mi hija! Él me lo dijo cuando le condujiste a mí. Él tuvo para ti palabras y detalles de un amor infinito. Tú eres inocente. Él te quiere. Estoy segura, segura estoy de que se entregaría otra vez por darte paz, pobre madre mártir».

«¡Madre del Caín de Dios! ¿Oyes? El viento, ahí afuera... lo dice... Va por el mundo la voz... la voz del viento, y dice: "María de Simón, madre de Judas, el que traicionó al Maestro y lo entregó a sus crucifixores". ¿Oyes? Todo lo dice... El arroyo, ahí afuera... Las tórtolas... las ovejas... Toda la Tierra grita que soy yo... No, no quiero curarme. ¡Morir es lo que quiero!... Dios es justo y no descargará su mano contra mí en la otra vida. Pero aquí, no. El mundo no perdona... no distingue... Me vuelvo loca porque el mundo grita...: "¡Eres la madre de Judas!"».

Vuelve a caer, exhausta, sobre la almohada. Ana la coloca y sale para llevarse los paños ya sucios...

María, con los ojos cerrados, exangüe después del esfuerzo realizado, gimiendo, dice: «¡La madre de Judas!, ¡de Judas!, ¡de Judas!». Jadea. Luego continúa: «Pero ¿qué es Judas? ¿Qué di a luz? ¿Qué es Judas? ¿Qué di...?».

[5]Jesús está en la habitación, que una trémula luz clarea (y es que todavía la luz del día es demasiado escasa como para iluminar esta vasta habitación, en la que la cama está en el fondo, muy lejos de la única ventana que hay). Llama dulcemente: «¡María! ¡María de Simón!». 632.5

La mujer está casi en estado de delirio y no da relevancia a la voz. Está ausente, enajenada dentro de los torbellinos de su dolor, y repite las ideas que obsesionan su cerebro, monótonamente, como el *tictac* de un péndulo: «¡La madre de Judas! ¿Qué di a luz? El mundo grita: "La madre de Judas"...».

Jesús tiene dos lágrimas en el lagrimal de sus ojos dulcísimos. Me asombran mucho. No creía que Jesús pudiera llorar después de su resurrección...

Se agacha. ¡La cama es tan baja para Él tan alto...! Pone la mano en la frente febril, apartando los paños impregnados en vinagre, y dice: «Un desdichado. Esto. Nada más. Si el mundo grita, Dios cubre el grito del mundo diciéndote: "Ten paz, porque Yo te quiero". ¡Pobre madre, mírame! Recoge tu espíritu desorientado y ponlo en mis manos. ¡Soy Jesús!...».

María de Simón abre los ojos como saliendo de una pesadilla y ve al Señor, siente su Mano en su frente, se lleva las manos temblorosas a la cara y, gimiendo, dice: «¡No me maldigas! Si hubiera sabido lo que engendraba, me habría arrancado las entrañas para impedir que naciera».

«Y habrías pecado. ¡María! ¡Oh, María! No te apartes de tu justicia por el pecado de otro. Las madres que han cumplido con su tarea no deben considerarse responsables del pecado de sus hijos. Tú has cumplido con tu deber, María. Dame tus pobres manos. Pobre madre, tranquilízate».

«Soy la madre de Judas. Impura estoy como todo lo que ese demonio tocó. ¡Madre de un demonio! No me toques». Forcejea tratando de evitar las Manos divinas, que quieren sujetarla.

Las dos lágrimas de Jesús le caen a la mujer en la cara, que otra vez está encendida de fiebre. «Yo te he purificado, María. Tienes en ti mis lágrimas de piedad. Por ninguno he llorado desde que consumé mi dolor. Pero por ti lloro con toda mi amorosa piedad». Ha logrado tomarle las manos y se sienta, sí, realmente se sienta en el borde de la cama, y tiene esas manos temblorosas entre las suyas.

La piedad amorosa de sus fúlgidos ojos acaricia, envuelve, medica a la infeliz, que se calma y llora quedamente, y susurra: «¿No me guardas rencor?».

«Te tengo amor. He venido por esto. Ten paz».

«¡Tú perdonas! ¡Pero el mundo! ¡Tu Madre! Me odiará».

«Ella piensa en ti como en una hermana. El mundo es cruel. Es verdad. Pero mi Madre es la Madre del Amor, y es buena. Tú no puedes ir por el mundo, pero Ella vendrá a ti cuando todo esté en paz. El tiempo pacifica...».

«Hazme morir, si me quieres...».

«Todavía un poco. Tu hijo no supo darme nada. Tú dame un tiempo de tu sufrimiento. Será breve».

«Mi hijo te dio demasiado... Te dio el horror infinito».

«Y tú el dolor infinito. El horror ha pasado. Ya no tiene utilidad. Tu dolor sí; se une a estas llagas mías, y tus lágrimas y mi Sangre lavan al mundo. Todo el dolor se une para lavar al mundo. Tus lágrimas están entre mi Sangre y el llanto de mi Madre, y alrededor está todo el dolor de los santos que sufrirán por Cristo y por los hombres, por amor mío y amor a los hombres. ¡Pobre María!».

La recuesta dulcemente, le cruza las manos, la mira mientras se tranquiliza...

632.6 [6]Vuelve Ana. Se queda atónita en la puerta.

Jesús, que de nuevo se ha alzado, la mira diciendo: «Has obedecido a mi deseo. Para los obedientes, paz. Tu alma me ha comprendido. Vive en mi paz».

Baja de nuevo los ojos hacia María de Simón, que lo mira detrás de un fluir de lágrimas ahora más serenas; y le sonríe y le dice todavía: «Pon todas tus esperanzas en el Señor. Él te dará todas sus consolaciones». La bendice y hace ademán de marcharse.

María de Simón emite un grito apasionado: «¡Se dice que mi hijo te traicionó con un beso! ¿Es verdad, Señor? Si es así, deja que yo lo lave besándote las Manos. ¡No puedo hacer otra cosa! No puedo hacer otra cosa para borrar... para borrar...». El dolor le vuelve, más fuerte.

Jesús, ¡oh!, no es que le dé a besar las Manos —esas Manos que quedan semicubiertas por la ancha manga de la cándida túnica, que pende hasta la mitad del metacarpo y esconde las heridas—, lo que hace es que toma la cabeza de la mujer entre sus manos y se agacha para rozar con los labios divinos la frente ardiente de esta mujer desdichadísima entre todas las mujeres. Y al alzarse le dice: «¡Mis lágrimas y mi beso! Ninguno ha recibido tanto de mí. Quédate, pues, con la paz de saber que entre tú y Yo no hay sino amor». La bendice

y, cruzando rápidamente la habitación, sale detrás de Ana, que no se ha atrevido a entrar ni a hablar, sino que sólo llora de emoción.

[7]Pero, una vez en el pasillo que lleva a la puerta de casa, Ana se 632.7
atreve a hablar, a hacer la pregunta que tiene en su corazón: «¿Mi Yoana?».

«Desde hace quince días goza en el Cielo. No lo he dicho ahí porque demasiado grande es el contraste entre tu hija y *su* hijo».

«¡Es verdad! ¡Gran congoja! Creo que morirá de ello».

«No. No enseguida».

«Ahora tendrá más paz. La has consolado. ¡Tú, Tú que más que nadie...!».

«Yo que más que nadie me compadezco de ella. Yo soy la divina Compasión. Soy el Amor. Te digo, mujer, que hubiera bastado con que Judas me hubiera dirigido una mirada de arrepentimiento para que le hubiera obtenido el perdón de Dios...». ¡Qué tristeza hay en el rostro de Jesús!

La mujer se siente impresionada por esta tristeza. Palabras y silencio luchan en sus labios, pero es mujer, y la curiosidad la vence. Pregunta: «Pero fue una... un... Sí, lo que quiero decir es que si ese desdichado pecó de repente o...».

«Hacía meses que pecaba. Y tan fuerte era su voluntad de pecar, que ninguna palabra mía ni acto mío valieron para frenarle. Pero no le digas esto a *ella*...».

«¡No se lo diré!... ¡Señor! Fíjate, cuando Ananías, que en la misma noche de la Parasceve había huido de Jerusalén sin siquiera concluir la Pascua, entró aquí gritando: "¡Tu hijo ha traicionado al Maestro y le ha entregado a sus enemigos! Con un beso le ha traicionado. Y yo he visto al Maestro cargado de golpes y esputos, flagelado, coronado de espinas, cargando con la cruz, crucificado y muerto por obra de tu hijo. Y los enemigos del Maestro gritan nuestro nombre con un repugnante sentido de triunfo. Y se narran las hazañas de tu hijo, que ha vendido al Mesías por menos de lo que cuesta un cordero y le ha señalado ante la gente armada con un beso de traición", María cayó al suelo, ennegrecida de repente. Y el médico dice que se esparció su hiel y se rompió su higado, quedando corrompida toda su sangre. Y... el mundo es malo... ella tiene razón... Tuve que traerla aquí, porque en Keriot se acercaban a la casa para gritar: "¡Tu hijo deicida y suicida! ¡Se ha ahorcado! Belcebú ha atrapado su alma, y hasta ha ido por el cuerpo Satanás". ¿Es verdad que ha sucedido este horrendo prodigio?».

«No, mujer. Fue hallado muerto colgado de un olivo...».

«¡Ah! Y gritaban: "Cristo ha resucitado y es Dios. Tu hijo ha trai-

cionado a Dios. Eres la madre del traidor de Dios. Eres la madre de Judas". De noche, con Ananías y un criado fiel, el único que me ha quedado, porque ninguno ha querido permanecer al lado de ella... la traje aquí. Pero María oye esos gritos en el viento, en el rumor de la tierra, en todo».

«¡Pobre madre! Es horrendo, sí».

«¿Pero ese demonio no pensó en esto, Señor?».

«Era una de las razones que yo usaba para pararle. Pero no fue eficaz. Judas, que nunca había amado con verdadero amor ni a su padre ni a su madre ni a ningún prójimo suyo, llegó a odiar a Dios».

«¡Sí, nunca había amado!».

«Adiós, mujer. Que mi bendición te conforte para soportar los ultrajes del mundo por tu piedad con María. Besa mi mano. A ti te la puedo enseñar; a ella le habría hecho demasiado daño el ver esto». Retira la manga, descubriendo así la muñeca traspasada.

Ana emite un gemido mientras roza apenas con los labios la punta de los dedos.

632.8 [8]Se oye el ruido de una puerta que se abre y un grito ahogado: «¡El Señor!». Un hombre ya entrado en años se arrodilla y permanece postrado.

«Ananías, bueno es el Señor. Ha venido a confortar a tu pariente y también a nosotros» dice Ana, que quiere también confortar al anciano en su demasiado grande emoción.

Pero el hombre no se atreve a hacer movimiento alguno. Llora mientras dice: «Somos de una sangre horrible. No puedo mirar al Señor».

Jesús se acerca a él. Le toca la cabeza y dice las mismas palabras ya dichas a María de Simón: «Los parientes que han cumplido con su deber no deben considerarse responsables del pecado de su pariente. ¡Ánimo, Ananías! Dios es justo. La paz a ti y a esta casa. Yo he venido y tú irás a donde te envío. Para la Pascua suplementaria los discípulos estarán en Betania. Irás a ellos y les dirás que el *duodécimo* día después de su muerte viste en Keriot al Señor, vivo y verdadero, en Carne y Alma y Divinidad. Te creerán, porque ya mucho he estado con ellos. Pero los confirmará en la fe en mi Naturaleza divina el saber que estoy en todas partes en el mismo día. Y antes, hoy mismo, irás a Keriot y le pedirás al arquisinagogo que reúna al pueblo, y dirás en presencia de todos que Yo he venido aquí, y que recuerden las palabras de mi despedida. Te dirán: "¿Por qué no ha venido a nosotros?". Responderás así: "El Señor me ha dicho que os di- *

* *las palabras de mi despedida*, en 394.3.

ga que, si hubierais hecho lo que Él os había dicho que hicierais respecto a la madre no culpable, se habría mostrado. Habéis faltado contra el amor y el Señor no se ha mostrado por eso". ¿Lo harás?».

«¡Es difícil esto, Señor! ¡Difícil de hacer! Todos nos consideran leprosos del corazón... No me escuchará el arquisinagogo y no me dejará que hable al pueblo. Quizás me pegue... De todas formas, puesto que Tú lo quieres, lo haré». El anciano no alza la cabeza; habla permaneciendo inclinado en actitud de postración profunda.

«¡Mírame, Ananías!».

El hombre alza un rostro trémulo de veneración.

Jesús refulge y está hermoso como en el Tabor... La luz le cubre, celando su aspecto y su sonrisa... Y vacío de Él se queda el pasillo, sin que ninguna puerta se haya movido para abrirle paso.

Los dos adoran, siguen adorando, en adoración viviente convertidos por la divina manifestación.

III. *A los niños de Yuttá con su mamá Sara.*

[9]Es el huerto de la casa de Sara. Los niños juegan bajo los frondo- 632.9
sos árboles. El más pequeño se revuelca junto a una tupida hilera de vides; los otros, más mayores, corren unos tras otros con gritos de golondrinas festivas, jugando a esconderse tras los setos y las vides y a descubrirse.

* Jesús se aparece junto al pequeñuelo a quien dio el nombre. ¡Oh, santa sencillez de los inocentes! Iesaí no se asombra al verle ahí de repente, sino que tiende a Él sus bracitos para que Jesús le suba en brazos, y Jesús lo hace: la máxima naturalidad en el acto de ambos.

Acuden presurosos, los otros y —también aquí se ve esa sencillez beata de los niños—, sin expresiones de asombro, se acercan a Él felices. Parece como si para ellos nada hubiera cambiado. Quizás no saben lo que ha sucedido. Pero, después de la caricia de Jesús a cada uno de ellos, María, la más grandecita y de juicio más maduro, dice: «Entonces, ahora que has resucitado, ¿ya no sufres, Señor? ¡He sufrido mucho!...».

«Ya no sufro. He venido a bendeciros antes de subir al Cielo, al Padre mío y vuestro. Pero desde allí seguiré bendiciéndoos siempre, si sois siempre buenos. Decid a los que me quieren que os he dejado *hoy* a vosotros mi bendición. Recordad este día».

[10]«¿No entras en casa? Está nuestra mamá. A nosotros no nos 632.10
creerán» dice María. Pero su hermano no pregunta. Grita: «¡Mamá! ¡Mamá! ¡El Señor está aquí!...» y, corriendo hacia la casa, repite ese

* *a quien dio el nombre*, en 76.9/10.

grito.

Sara, presurosa, sale, se asoma... a tiempo de ver a Jesús, hermosísimo en el linde del huerto, anulándose en la luz que le absorbe...

«¡El Señor! ¿Pero por qué no me habéis llamado antes?...» dice Sara en cuanto puede hablar. «¿Pero cuándo? ¿por dónde ha venido? ¿Estaba solo? ¡Qué calamidades que sois!».

«Le hemos encontrado aquí. Un minuto antes no estaba... Por el camino no ha venido, ni tampoco por el huerto. Y tenía en brazos a Iesaí... y nos ha dicho que había venido a bendecirnos y a darnos la bendición para los que le quieren de Yuttá, y que recordemos este día. Ahora va al Cielo. Pero nos querrá si somos buenos. ¡Qué guapo estaba! Tenía las manos heridas. Pero ya no le hacen daño. También los pies estaban heridos. Los he visto entre la hierba. Esa flor de ahí tocaba justo la herida de un pie. Voy a cogerla...», hablan todos al tiempo, encendidos de emoción. Hasta sudan con la ansiedad de hablar.

Sara los acaricia susurrando: «¡Dios es grande! Vamos. Venid. Vamos a decírselo a todos. Hablad vosotros, que sois inocentes. Vosotros podéis hablar de Dios».

IV. *Al jovencito Yaia, en Pel.la.*

632.11 [11]El jovencito está trabajando con ardor en cargar un carrito de verduras (recogidas en un huerto cercano). El burrito golpea con su pezuña en el suelo duro del camino campestre.

Al volverse para coger un canasto de lechugas, ve a Jesús, que le sonríe. Deja caer el cesto al suelo y se arrodilla; se restriega los ojos, incrédulo de lo que ve, y susurra: «¡Altísimo, no me pongas ante un espejismo; no permitas, Señor, que me engañe Satanás con falsas imágenes seductoras! ¡Mi Señor está bien muerto! Y fue sepultado y ahora dicen que robaron el cadáver. ¡Piedad, Señor altísimo! Muéstrame la verdad».

«Yo soy la Verdad, Yaia. Yo soy la Luz del mundo. Mírame. Veme. Por esto te devolví la vista, para que pudieras dar testimonio de mi * poder y de mi Resurrección».

«¡Oh, es realmente el Señor! ¡Eres Tú! ¡Sí! ¡Tú eres Jesús!». Se arrastra de rodillas para besarle los pies.

«Dirás que me has visto y que has hablado conmigo, y que estoy bien vivo. Dirás que me has visto *hoy*. La paz a ti y mi bendición».

Yaia está otra vez solo. Feliz. Se olvida del carrito y de las verdu-

---

* *te devolví la vista*, en 358.10.

ras. En vano el burro patea inquieto el camino y rebuzna protestando por la espera... Yaia está en éxtasis.

[12]Una mujer sale de la casa cercana al huerto y le ve allí, pálido 632.12
de emoción y con un rostro ausente. Grita: «¡Yaia! ¿Qué te pasa? ¿Qué te ha sucedido?». Se acerca a él, le zarandea, le hace volver a este mundo...

«¡El Señor! He visto al Señor resucitado. Le he besado los pies y le he visto las llagas. Han mentido. Era realmente Dios y ha resucitado. Yo tenía miedo de que fuera un engaño. ¡Pero es Él! ¡Es Él!».

La mujer tiembla por un escalofrío de emoción y susurra: «¿Estás completamente seguro?».

«Tú eres buena, mujer. Por amor a Él nos has aceptado como criados, a mí y a mi madre. ¡No quieras no creer!...».

«Si tú estás seguro, creo. ¿Pero era verdaderamente de carne y hueso? ¿Estaba caliente? ¿Respiraba? ¿Hablaba? ¿Tenía verdaderamente voz o sólo te lo ha parecido?».

«Estoy seguro. Su carne tenía el calor de la carne viva. Era una voz verdadera. Era respiración. Hermoso como Dios, pero Hombre como yo y como tú. Vamos, vamos a decírselo a los que sufren o dudan».

V. *A Juan de Nob.*

[13]El anciano está solo en su casa, pero sereno. Está arreglando 632.13
una especie de silla que se ha desclavado por un lado. Sonríe (¡quién sabe ante qué sueño?).

Llaman a la puerta. El anciano, sin dejar su trabajo, dice: «¡Adelante! ¿Qué queréis, vosotros que venís? ¿Todavía de aquéllos? ¡Soy viejo para cambiar! Aunque todo el mundo me gritara: "¡Está muerto!", yo diría: "Está vivo". Aunque ello me acarreara la muerte. ¡Pasad, pues!».

Se levanta para ir a la puerta, para ver quién es el que llama y no entra. Pero, cuando está ya cerca, la puerta se abre y Jesús entra.

«¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Mi Señor! ¡Vivo! ¡He creído y viene a premiar mi
* fe! ¡Bendito! Yo no he dudado. En mi dolor dije: "Si me ha mandado el cordero para el banquete de alegría, señal es de que este día resucitará". Entonces comprendí todo. Cuando moriste y la tierra tembló, comprendí lo que hasta ese momento no había entendido. Y parecí un loco, en Nob, porque, tras la puesta del Sol del día siguiente del sábado, preparé el banquete y fui a invitar a unos mendigos diciendo: "¡Ha resucitado nuestro Amigo!". Ya se decía que no era verdad.

---

* *me ha mandado el cordero*, en 576.2.

Se decía que habían robado tu cadáver por la noche. Pero yo creí, porque desde que moriste comprendí que morías para resucitar, y que ésta era la señal de Jonás».

632.14 [14]Jesús, sonriendo, le deja hablar. Luego pregunta: «¿Y ahora quieres* todavía morir, o quieres seguir viviendo para dar testimonio de mi gloria?».

«¡Lo que Tú quieras, Señor!».

«No. Lo que tú quieras».

El anciano piensa. Luego decide: «Sería hermoso salir de este mundo en el que ya no estás como antes. Pero renuncio a la paz del Cielo para decir a los incrédulos: "¡Yo le he visto!"».

Jesús le pone la mano en la cabeza, le bendice y añade: «Pero pronto llegará también la paz y tú vendrás a mí con el grado de confesor del Cristo».

Y se marcha. Aquí, quizás por piedad hacia el longevo anciano, no ha dado una forma maravillosa a su aparecer y desaparecer, sino que, en todo, se ha manifestado como si fuera el Jesús de antes, que entraba y salía de una casa humanamente.

VI. *A Matías, el solitario de los aledaños de Yabés Galaad.*

632.15 [15]Está trabajando el anciano en sus verduras. Monologa: «Todos estos bienes los tengo por Él. Y Él no los saboreará ya nunca más. En vano he trabajado. Yo creo que Él era el Hijo de Dios, que ha muerto y resucitado. Pero ya no es el Maestro que se sienta a la mesa del pobre o del rico y comparte con igual amor... quizás, bueno, seguro, con más amor... el alimento con el pobre y con el rico. Ahora es el Señor resucitado. Ha resucitado para confirmarnos en la fe a nosotros sus fieles. Y esa gente dice que no es verdad. Que nadie nunca se ha resucitado a sí mismo. Nadie. No. Ningún hombre. Pero Él sí. Porque Él es Dios».

Da unas palmadas para que se alejen sus palomas, que bajan a robar semillas de la tierra recientemente layada y sembrada, y dice: «¡Ya es inútil que criéis! ¡Él no comerá ya de vuestra prole! ¿Y vosotras, inútiles abejas? ¿Para qué fabricáis la miel? Había abrigado la esperanza de tenerle conmigo, al menos una vez ahora que soy menos pobre. Todo ha prosperado aquí después de su venida... ¡Ah!, pero con ese dinero que nunca he tocado quiero ir a Nazaret, donde su Madre, y decirle: "Hazme siervo tuyo, pero déjame aquí donde tú estás, porque tú eres todavía Él"...». Se seca una lágrima con el dorso de la mano...

---

* *quieres todavía morir*, como en 529.8.

[16]«Matías, ¿tienes un pan para un peregrino?». 632.16

Matías alza la cabeza. Pero estando, como está, de rodillas, no ve quién es el que habla detrás del alto seto que rodea su pequeña propiedad perdida en esta soledad verde que es este lugar de la Transjordania. Pero responde: «Quienquiera que seas, ven, en nombre del Señor Jesús». Y se pone en pie para abrir la barrera.

Se encuentra enfrente a Jesús y se queda con la mano en el cerrojo, sin poder hacer ya ningún movimiento.

* «¿No me quieres como huésped, Matías? Una vez me abriste tu casa. Te estabas lamentando de no poder hacerlo ya. Estoy aquí... ¿y no me abres?» dice Jesús sonriendo.

«¡Oh! Señor... yo... yo... no soy digno de que mi Señor entre aquí... Yo...».

Jesús pasa la mano por encima de la barrera y libera el cerrojo diciendo: «El Señor entra donde quiere, Matías».

Entra, se adentra en el humilde huerto, va hacia la casa y, ya en el umbral de la puerta, dice: «Sacrifica, pues, a los hijos de tus palomas. Saca de la tierra tus verduras. Recoge la miel de tus abejas. Compartiremos el pan, y no habrá sido inútil tu trabajo ni vano tu deseo. Y amarás este lugar; sin ir a Nazaret, donde pronto habrá silencio y abandono. Yo estoy en todas parte, Matías. El que me ama está conmigo, siempre. Mis discípulos estarán en Jerusalén. Allí surgirá mi Iglesia. Haz plan de estar en la Pascua suplementaria».

«Perdóname, Señor, pero no supe resistir en aquel lugar, y huí. Había llegado a la hora nona del día antes de la Parasceve, y al día siguiente... ¡Oh, huí por no verte morir! Sólo por eso, Señor».

«Lo sé. Y sé que volviste —uno de los primeros— para llorar ante mi sepulcro. Pero ya estaba vacío. Yo ya no estaba en él. Sé todo. Mira, Yo me siento aquí y descanso. Aquí siempre he descansado... Y los ángeles lo saben».

[17]El hombre se pone manos a la obra. Pero se mueve con gestos 632.17
tan reverentes, que parece moverse dentro de una iglesia. De vez en cuando se seca una lágrima que quiere mezclarse con su sonrisa, mientras va y viene para tomar los pichones, matarlos, prepararlos, atizar la lumbre, arrancar y enjuagar las verduras, disponer en un plato los higos tempranos, aparejar la pobre mesa con las mejores piezas de vajilla. Ya está todo preparado. Pero ¿cómo sentarse a comer? Quiere servir, y ello ya le parece mucho; no quiere nada más.

Pero Jesús, que ha ofrecido y bendecido los alimentos, le da la mitad del pichón (lo ha cortado y ha puesto la carne en un trozo de ho-

* *Una vez me abriste*, en 359.

gaza que antes ha untado en el jugo).

«¡Como a un predilecto!» dice el hombre, y come, llorando de alegría y de emoción, sin quitar los ojos de Jesús, que come... que bebe, que saborea las verduras, la fruta, la miel, y que le ofrece su copa después de haber bebido un sorbo de vino. Antes había bebido sólo agua.

Termina la comida.

«Estoy bien vivo. Ya lo ves. Y tú bien contento. Recuerda que hace *doce* días Yo moría por voluntad de los hombres. Pero que nula es la voluntad de los hombres cuando no goza del consenso de la voluntad de Dios. Es más, la voluntad contraria de los hombres se vuelve instrumento servil de la Voluntad eterna. Adiós, Matías. Porque he dicho que conmigo estará quien me haya dado de beber, quien dio de beber cuando era el Peregrino al respecto del cual todavía era lícito tener dudas; así, Yo te digo: tú tendrás parte en mi Reino celeste».

«¡Pero ahora te pierdo, Señor!».

«Veme en todos los peregrinos, en todos los mendigos, en todos los enfermos, en todos los que necesitan pan, agua y ropa. Yo estoy en todos los que sufren, y lo que se hace con uno que sufre a mí se me hace».

Abre los brazos bendiciendo y desaparece.

VII. *A Abraham de Engadí, que muere en sus brazos.*

632.18 [18]La plaza de Engadí: templo hipóstilo de palmeras susurrantes. La fuente: espejo para este cielo abrileño. Las palomas: murmullo bajo de órgano.

El anciano Abraham la cruza con sus intrumentos de trabajo cargados al hombro. Aún más viejo, pero sereno, como quien hubiera hallado calma después de mucha tempestad. Cruza también el resto de la ciudad y va a las viñas cercanas a las fuentes, las hermosas viñas fecundas, ya llenas de promesas de vendimia copiosa. Entra, se pone a sachar, a podar, a atar. De vez en cuando se endereza, se apoya en la azada y piensa. Se alisa esa barba suya patriarcal, suspira, menea la cabeza... desarrollando un discurso interior.

Un hombre muy arropado en su manto sube por el camino hacia las fuentes y las viñas. Digo: un hombre. Pero es Jesús, porque es su indumento y es su modo majestuoso de andar. Pero para el viejo es: un hombre. Y el Hombre pregunta a Abraham: «¿Puedo hacer un alto aquí?».

«Sagrada es la hospitalidad. No se la he negado nunca a nadie. Ven. Entra. Te sea dulce el descanso a la sombra de mis vides. ¿Quieres leche? ¿Pan? Te daré lo que poseo, aquí».

«¿Y Yo que te puedo dar? No tengo nada».

«El que es el Mesías me ha dado *todo*, por *todos* los hombres. Y por mucho que dé, nada doy respecto a lo que Él me ha dado».

«¿Sabes que le han crucificado?».

«Sé que ha resucitado. ¿Eres tú un crucifixor? Yo no puedo odiar, porque Él no quiere odio. Pero, si pudiera, te odiaría si lo fueras».

«No soy un crucifixor suyo. Estáte tranquilo. Tú, entonces, sabes todo sobre Él».

«Todo. Y Eliseo, que es mi hijo, no ha vuelto de Jerusalén. Había dicho: "Despídeme, padre, porque dejo todos los bienes para predicar al Señor. Iré a Cafarnaúm, a buscar a Juan, y me uniré a los discípulos fieles"».

«¿Entonces tu hijo te ha dejado? ¿Tan anciano y tan solo?».

«Esto que llamas abandono es mi gozo soñado. ¿No me había despojado de él la lepra? ¿Y quién me lo devolvió? El Mesías. ¿Y le pierdo, acaso, porque predique al Señor? ¡Por supuesto que no! Le encontraré de nuevo en la vida eterna. [19]Pero... hablas de una manera que 632.19
despierta en mí sospechas. ¿Eres un emisario del Templo? ¿Vienes a perseguir a los que creen en el Resucitado? ¡Descarga tu mano! No
* huyo. No imito a los tres sabios del pasado lejano. Yo me quedo. Porque, si caigo por Él, le encuentro en el Cielo y se cumple mi súplica del año anterior a éste».

«Es verdad. Tú dijiste entonces: "He esperado ansiosamente al Señor y Él se ha inclinado hacia mí"».

«¿Cómo lo sabes? ¿Eres uno de sus discípulos? ¿Estabas aquí con Él cuando le hice esta súplica? ¡Oh, si lo eres, ayúdame a hacerle llegar mi grito, para que lo recuerde». Se postra, creyendo que está hablando con un apóstol.

«Abraham de Engadí, Soy Yo, y te digo: "Ven"». Jesús le abre los brazos manifestándose, y le invita a lanzarse a ellos, a abandonarse en su Corazón.

Entra en ese momento en la viña un niño, seguido por un jovencito; viene llamando: «¡Padre! ¡Padre! Venimos en tu ayuda».

Pero el trinado grito del niño queda ahogado por el poderoso grito del anciano, un verdadero grito de liberación: «¡Sí, voy!». Y Abraham se arroja a los brazos de Jesús, gritando todavía estas palabras: «¡Jesús, Mesías Santo! ¡En tus manos encomiendo mi espíritu!».

¡Oh, muerte dichosa! ¡Muerte que envidio! Sobre el Corazón de Cristo, en la paz serena del campo floreciente de abril...

[20]Jesús deposita serenamente al anciano sobre la hierba florecida 632.20
que ondea con la brisa; le deposita al pie de una hilera de vides, y, a

---

* *los tres sabios*, recordados por él mismo en 390.6; *mi súplica*, en 390.4.

los niños, que se han quedado casi llorando atónitos y asustados, les dice: «No lloréis. Ha muerto en el Señor. ¡Bienaventurados los que mueren en Él! Id, niños, a avisar a los de Engadí de que su arquisinagogo ha visto al Resucitado y Él ha escuchado su súplica. ¡No lloréis! ¡No lloréis!». Los acaricia mientras los guía hacia la salida.

Luego vuelve donde el difunto y le alisa la barba y el pelo, le baja los párpados que habían quedado semicerrados, le extiende encima del manto que Abraham se había quitado para trabajar y le coloca los brazos y las piernas.

Está allí hasta que oye voces procedentes del camino. Entonces se yergue. Espléndido... Los que llegan le ven. Gritan. Aceleran su ya veloz marcha para llegar donde Jesús. Pero Él se cela a sus miradas en el fulgor de un rayo más vivo que el Sol.

VIII. *A Elías, el esenio del Carit.*

632.21 [21]La soledad áspera de la abrupta montaña por cuyo pie corre el Carit. Elías orando, aún más flaco y barbado, vestido con una áspera túnica de lana, ni gris ni marrón, que le hace semejante a las rocas que le rodean.

Oye un ruido como de viento o trueno. Alza la cabeza. Jesús ha aparecido sobre una peña suspendida en equilibrio sobre el precipicio por cuyo fondo corre el torrente.

«¡El Maestro!». Se arroja al suelo, rostro en tierra.

«Yo, Elías. ¿No sentiste el terremoto de Parasceve?». *

«Lo sentí y bajé a Jericó y a casa de Nique. No encontré a ninguno de los que te quieren. Pedí noticias sobre ti. Me pegaron. Luego sentí otra vez temblar la tierra, pero más ligeramente, y volví aquí, en actitud de penitencia, pensando que se había abierto el dique de la ira celeste».

«De la Misericordia divina. Yo he muerto y he resucitado. Mira mis llagas. Únete, en el Tabor, a los siervos del Señor y diles que te he enviado Yo».

Le bendice y desaparece.

IX. *A Dorca y a su hijo, en el castillo de Cesarea de Filipo.*

632.22 [22]El hijo de Dorca, sujetado por su madre, da los primeros pasos sobre el bastión de la fortaleza. Dorca, estando encorvada, no ve aparecer al Señor. Pero cuando, habiendo dejado un poco libre al niñito y viendo que éste camina seguro y rápido hacia el ángulo del bastión, se yergue para correr (para impedir que se caiga, y quizás perezca, si

---

* *el terremoto,* que le había sido anunciado por Jesús en 381.10.

pasa por entre las almenas o pasajes hábilmente hechos para las armas ofensivas), entonces ve a Jesús, que está recogiendo en su pecho al infante y le está besando.

La mujer no se atreve a moverse. Pero grita, grita fuerte; un grito que hace levantar la cabeza a los que están en los patios, y hace asomar las caras por las ventanas: «¡El Señor! ¡El Señor! ¡El Mesías está aquí! Ha resucitado verdaderamente». Pero, antes de que la gente pueda acudir, Jesús ya ha desaparecido.

«¡Estás loca! ¡Soñabas! Un juego de luz te ha hecho ver un fantasma».

«¡Estaba bien vivo! Mirad cómo mira mi hijo hacia allá. Mirad, tiene en sus manos una linda manzana, tan linda como su carita. La está mordiendo con sus dientecitos y sonríe. Yo no tengo manzanas...».

«Nadie tiene manzanas maduras en estos días, y tan frescas...» dicen impresionados.

[23]«Vamos a preguntarle a Tobías» dicen algunas mujeres. 632.23

«¿Pero qué pretendéis! ¡Apenas sabe decir "mamá"!» dicen algunos hombres en tono sarcástico.

Pero las mujeres se agachan hacia el niñito y dicen: «¿Quién te ha dado la manzana?».

Y esa boca, que casi no sabe pronunciar las más elementales palabras, sonriente toda con sus diminutos dientecitos y sus encías todavía vacías, dice segura: «Jesús».

«¡Oh!».

«¡Claro, le llamáis Iesaí! Sabe decir su nombre».

«¿Jesús tú o Jesús el Señor? ¿Qué Señor? ¿Dónde le has visto?» insisten, apremiantes, las mujeres.

«Allí, el Señor. Jesús el Señor».

«¿Dónde está? ¿A dónde se ha ido?».

«Allí». Señala hacia el cielo lleno de sol, y ríe feliz mordiendo su manzana.

Y, mientras los hombres se marchan meneando la cabeza, Dorca dice a las mujeres: «Estaba hermoso. Parecía vestido de luz. Y tenía en las manos la señal de los clavos, rojas como una gema en medio de una gran blancura. He visto bien, porque tenía al niño así» y repite el gesto de Jesús.

[24]Acude el superintendente. Pide que le repitan lo acaecido, pien- 632.24
* sa, concluye: «El salmo lo dice: "En la boca de los niños y de los lactantes has puesto la alabanza perfecta". ¿Y por qué no va a ser así?

* *lo dice*, en el *Salmo 8, 3*.

Ellos son inocentes. Y nosotros... Recordemos este día... ¡Qué va, hombre... lo que hago es que voy al pueblo donde están los discípulos! Voy a ver si está allí el Rabí... Pero el caso es que... había muerto... ¡En fin!...».

Y diciendo este «¡en fin!», que se concluye internamente, el superintendente se marcha, mientras las mujeres, exaltadas, siguen haciendo preguntas al niño, que ríe y repite: «Jesús, allí. Y luego allí. Jesús Señor», y señala al lugar donde estaba Jesús, luego hacia el Sol, tras el que le vio desaparecer, feliz, feliz.

X. *A las personas reunidas en la sinagoga de Quedes.*

632.25 [25]La gente de Quedes está reunida en la sinagoga y comenta con el viejo Matías, el arquisinagogo, los últimos acontecimientos. La sinagoga aparece más bien semiobscura, y es que las puertas están cerradas y las cortinas de las ventanas echadas, cortinas gruesas apenas movidas por el viento de abril.

Un relámpago ilumina el interior de la sinagoga. Parece un relámpago, pero es la luz que precede a Jesús. Y Jesús, ante el estupor de las muchas personas presentes, se manifiesta. Abre los brazos y, bien visibles, aparecen las heridas de las manos; y también de los pies, porque se ha presentado en el último de los tres peldaños que conducen a una puerta cerrada. Dice: «He resucitado. Os recuerdo la * disputa que hubo entre mí y los escribas. A esta generación malvada le he dado la señal que había prometido. La señal de Jonás. A quien me ama y me es fiel le doy mi bendición». Nada más. Ha desaparecido.

«¡Era Él! ¿De dónde? ¡Y estaba vivo! ¡Él lo había dicho! ¡Ahora comprendo! La señal de Jonás: tres días en las entrañas de la Tierra y luego la resurrección...».

Murmullo de comentarios...

XI. *A un grupo de rabíes en Yiscala.*

632.26 [26]Un grupo venenoso de rabíes que tratan de persuadir de sus exigencias a algunos hombres que titubean. Lo que quieren es conseguir que éstos vayan donde Gamaliel, que se ha encerrado en su casa y no quiere ver a nadie.

Dicen estos hombres: «Os decimos que no está aquí. No sabemos dónde está. Ha venido. Ha consultado unos rollos. Se ha marchado. No ha dicho una sola palabra». Y otros añaden: «Tenía un aspecto tan alterado, y estaba tan envejecido, que metía miedo».

---

* *la disputa*, en 342.6/7.

Con gesto de descortesía, los rabíes dan la espalda a estos que están hablando, y se marchan diciendo: «¡Gamaliel también está loco, como Simón! ¡No es verdad que el Galileo ha resucitado! No es verdad. ¡No es verdad! No es verdad que es Dios. No es verdad. Nada es verdad. Sólo nosotros estamos en la verdad». El propio afán con que dicen que no es verdad muestra su miedo a que sea verdad y su necesidad de afianzarse.

Han bordeado la pared de la casa, ahora van en dirección a la tumba de Hil.lel. Mientras siguen ladrando sus negaciones, alzan la cara... y huyen lanzando un grito. Jesús, bonísimo con los buenos, está allí, lleno de terrible potencia, con los brazos abiertos como en la cruz... Las llagas en las manos rojean como si todavía gotearan sangre. No dice una sola palabra. Pero sus miradas fulminan.

Los rabíes huyen, caen, vuelven a levantarse, se hieren contra plantas y piedras, enloquecidos, trastornados por el miedo. Asemejan a homicidas a los que se condujera a la presencia de la víctima.

XII. *A Joaquín y María, en Bosra.*

[27]«¡María! ¡María! ¡Joaquín y María! Venid afuera». 632.27

Los dos, que están en una habitación tranquila e iluminada por una lámpara, ella cosiendo, él haciendo cuentas, alzan la cabeza, se miran... Joaquín, palideciendo de miedo, susurra: «¡La voz del Rabí! Viene de la otra vida...». La mujer, aterrada, se abraza al hombre.

Pero la llamada se repite, y los dos, bien estrechados el uno con el otro, para infundirse valor recíprocamente, se atreven a salir, a ir en la dirección de la voz.

En el jardín, iluminado por el hocino de una luna nueva, resplandece, envuelto por una luz más fuerte que muchas lunas, Jesús. La luz le rodea y le hace Dios; la sonrísa dulcísima y la mirada amorosa le hacen Hombre: «Id a decir a los de Bosra que me habéis visto vivo y real. Y decidlo en el Tabor, tú, Joaquín, a los que estén congregados allí». Los bendice. Desaparece.

«¡Era Él! ¡No era un sueño! Yo... Mañana voy a Galilea. ¿Ha dicho al Tabor, verdad?...».

XIII. *A María de Jacob, en Efraím.*

[28]La mujer está amasando harina para hacer pan. Se vuelve al oír 632.28
que la llaman. Ve a Jesús. Rostro en tierra, las manos en el suelo, muda de adoración, un poco asustada.

Jesús habla: «Dirás a todos que me has visto y que te he hablado. El Señor no está sujeto al sepulcro. He resucitado al tercer día, como había predicho. Perseverad, vosotros que estáis en mi camino, y no

os dejéis seducir por las palabras de los que me crucificaron. Mi paz a ti».

XIV. *A Síntica, en Antioquía.*

632.29 [29]Síntica está preparando una bolsa de viaje. Es de noche. En efecto, puesta encima de una mesa, junto a la mujer, que está doblando unos vestidos, arde una lámpara pequeña, temblorosa, de luz bastante limitada.

La habitación se ilumina vivamente. Síntica alza la cabeza, asombrada, para ver qué es lo que sucede, de dónde viene esa luz tan clara en esa habitación enteramente cerrada. Pero, antes de ver, Jesús la previene: «Soy Yo. No temas. Me he mostrado a muchos para confirmarlos en la fe. También a ti me muestro, discípula obediente y fiel. He resucitado. ¿Ves? Ya no tengo dolor. ¿Por qué lloras?».

La mujer, ante la belleza del Glorificado, no encuentra las palabras... Jesús le sonríe para animarla, y añade: «Soy el mismo Jesús que te acogió en el camino cerca de Cesarea. Supiste hablar entonces, estando tan atemorizada como estabas y siendo Yo para ti "el Desconocido", ¿y ahora no sabes decirme una palabra?». *

«¡Oh, Señor! Yo me estaba marchando... para quitarme del corazón tanta inquietud y dolor».

«¿Por qué dolor? ¿No te han dicho que había resucitado?».

«Han dicho y han contradicho. Pero no me han turbado sus contradicciones. Yo sabía que no podías descomponerte en un sepulcro. He llorado por tu martirio. He creído en tu resurrección antes incluso de que me la refirieran. Y he seguido creyendo cuando han venido otros a decirme que no era verdad. Pero quería ir a Galilea. Pensaba: a Él ya no le puedo perjudicar. Él ahora es más Dios que Hombre. No sé si me sé expresar bien...».

«Comprendo tu pensamiento».

«Y decía: le adoraré, y veré a María. Pensaba que Tú no ibas a permanecer mucho tiempo entre nosotros. De forma que estaba acelerando la partida. Decía: una vez vuelto al Padre, como Él decía, su Madre estará un poco triste dentro de su alegría. Porque es un alma, pero es también una madre... Y voy a tratar de consolarla, ahora que está sola... ¡Era soberbia yo!».

«No. Compasiva. Le referiré a mi Madre este pensamiento tuyo. Pero no vayas allá. Quédate aquí donde estás y sigue trabajando para mí. Ahora más que antes. Tus hermanos, los discípulos, tienen necesidad del trabajo de todos para poder propagar mi doctrina. Me

* *te acogió*, en 254.4/7.

has visto. María está confiada a Juan. Cesen todas tus penas. Podrás fortalecer tu espíritu en la certidumbre de haberme visto y con la potencia de mi bendición».

[30]Síntica siente grandes deseos de besarle. Pero no se atreve. Je- 632.30
sús le dice: «Ven». Y ella se determina a arrastrarse de rodillas hasta Jesús, y hace el ademán de besarle los pies. Pero ve las dos llagas y no se atreve a hacerlo. Susurra: «¿Qué te hicieron!».

Luego pregunta: «¿Y Juan-Félix?».

«Vive feliz. Sólo recuerda el amor, y en él vive. La paz a ti, Síntica». Desaparece.

La mujer permanece en su actitud de adoración, de rodillas, alzada la cara, las manos un poco tendidas hacia delante, lágrimas en el rostro, una sonrisa en los labios...

XV. *Al levita Zacarías.*

[31]Es una habitación pequeña. Pensativo está sentado, reclinada la 632.31
* cabeza sobre una mano, Zacarías, el levita.

«No abrigues dudas, no acojas las voces que te turban. Yo soy la Verdad y la Vida. Mírame. Tócame».

El joven, que al oír las primeras palabras ha levantado la cara y ha visto a Jesús, y luego ha caído de rodillas, grita: «¡Perdóname, Señor! He pecado. He acogido dentro de mí la duda acerca de tu verdad».

«Más que tú, son culpables los que tratan de seducir tu espíritu. No cedas a sus tentaciones. Soy cuerpo vivo y real. Siente el peso y el calor, la consistencia y la fuerza de mi Mano». Le toma por un antebrazo y le alza con fuerza, diciendo: «Álzate y camina por los caminos del Señor. Al margen de la duda y del miedo. Bienaventurado serás si sabes perseverar hasta el final». Le bendice y desaparece.

El joven, pasados unos instantes de perpleja maravilla, sale precipitadamente de la habitación gritando: «¡Madre! ¡Padre! He visto al Maestro. ¡No es verdad lo que dicen los otros! No estaba loco. No queráis persistir en creer en la mentira. No. Bendecid conmigo al Altísimo, que ha tenido piedad de su siervo. Me marcho. Voy a Galilea. Encontraré a algunos de los discípulos. Voy a decirles que crean, que realmente ha resucitado».

No toma consigo ninguna bolsa con alimento o vestidos. Se echa el manto encima y sale presuroso, sin dar siquiera tiempo a sus padres de salir de su estupor y poder intervenir para retenerle.

---

* *el levita*, encontrado en: 201.4, 281.11.14, 490.9/10, 506.1, 507.2.10/12.

XVI. *A una mujer de la llanura de Sarón, que obtiene la curación de su hijo enfermo.*

632.32 [32]Un camino litoral. Quizás es el que une Cesarea con Joppe, o quizás otro; no lo sé. Lo que sé es que veo campos hacia dentro y el mar hacia fuera, azul vivo después de la línea amarillenta de la orilla. El camino es, esto sí es seguro, una arteria romana: su pavimentación lo atestigua.

Una mujer llorando va por él en las primeras horas de una mañana serena. La aurora poco ha que ha nacido. La mujer debe estar cansadísima porque de vez en cuando se detiene y se sienta en un cipo o en el mismo camino. Y luego vuelve a alzarse y sigue, como si algo la aguijara a andar a pesar del fuerte cansancio.

Jesús, un viandante arropado en su manto, se pone a su lado. La mujer no le mira. Camina absorta en su dolor. Jesús le pregunta: «¿Por qué lloras, mujer? ¿De dónde vienes? ¿A dónde vas tan sola?».

«Vengo de Jerusalén y vuelvo a mi casa».

«¿Lejos?».

«A mitad de camino entre Joppe y Cesarea».

«¿A pie?».

«En el valle, antes de Modín, unos bandidos me han quitado el burro y todo lo que llevaba el animal».

«Ha sido una imprudencia venir sola. No es costumbre ir solos para la Pascua».

«No había venido para la Pascua. Me había quedado en casa, porque tengo, espero tenerlo todavía, un hijito enfermo. Mi marido había ido con los otros. Yo dejé que se adelantara, y cuatro días después fui yo. Porque dije: "Sin duda, Él estará en Jerusalén para la Pascua. Le buscaré". Tenía un poco de miedo. Pero dije: "No hago nada malo. Dios lo ve. Yo creo. Y sé que es bueno. No me rechazará, porque..."». Para de hablar, como con miedo, y dirige una fugaz mirada al hombre que va caminando a su lado, tan tapado que apenas se le ven los ojos, esos inconfundibles ojos de Jesús.

632.33 [33]«¿Por qué callas? ¿Tienes miedo de mí? ¿Crees que soy enemigo del que tú buscabas? Porque buscabas al Maestro de Nazaret, para pedirle que fuera a tu casa a curar al niño mientras tu marido estaba ausente...».

«Veo que eres profeta. Así es. Pero cuando llegué a la ciudad el Maestro había muerto». El llanto la ahoga...

«Ha resucitado. ¿No lo crees?».

«Lo sé. Lo creo. Pero yo... Pero yo... durante algunos días, también he tenido la esperanza de verle... Se dice que se ha mostrado a algunos. Y he retardado mi salida de la ciudad... cada día que pasa-

ba una congoja, porque... mi hijo está muy enfermo... Mi corazón está dividido... Ir para consolarle en su muerte... Quedarme para buscar al Maestro... No pretendía que fuera a mi casa; pero sí, que me prometiera la curación».

«¿Y habrías creído? ¿Tú piensas que desde lejos?...».

«Creo. ¡Oh, si me hubiera dicho: "Ve en paz, que tu hijo se curará", no habría dudado. Pero no lo merezco porque...», llora, apretándose el velo contra los labios como para impedirles hablar.

«Porque tu marido es uno de los acusadores y verdugos de Jesucristo. Pero Jesucristo es el Mesías. Es Dios. Y Dios es justo, mujer. No castiga a un inocente por el culpable. No tortura a una madre porque un padre sea pecador. Jesucristo es Misericordia viva...».

«¿No serás tú uno de sus apóstoles! ¡Quizás sabes dónde está Él! Tú... Quizás te ha enviado a mí Él para decirme esto. Ha sentido, ha
* visto mi dolor, mi fe, y te envía a mí igual que a Tobías el Altísimo mandó al arcángel Rafael. Dime si es así, y yo, a pesar de estar tan cansada que hasta tengo fiebre, volveré sobre mis pasos para buscar al Señor».

«No soy un apóstol. Pero en Jerusalén se quedaron los apóstoles bastantes días después de su Resurrección...».

«Es verdad. Hubiera podido dirigirme a ellos».

«Eso es. Ellos continúan al Maestro».

«No creía que pudieran hacer milagros».

«Aún los han hecho...».

«Pero ahora... Me han dicho que sólo uno permaneció fiel, y yo no creía...».

«Sí. Tu marido te ha dicho eso, escarneciéndote movido por su delirio de falso triunfador. Pero Yo te digo que el hombre puede pecar, porque sólo Dios es perfecto. Y puede arrepentirse. Y, si se arrepiente, su fortaleza crece, y Dios le aumenta sus gracias por su contri-
* ción. ¿No perdonó, acaso, a David el Señor altísimo?».

[34]«¿Pero quién eres? ¿Quién eres, que hablas con tanta dulzura y 632.34
sabiduría, si no eres apóstol? ¿Eres un ángel? El ángel de mi hijo. Quizás es que ha expirado y Tú has venido a prepararme...».

Jesús deja caer, de la cabeza y de la cara, el manto, y, pasando del aspecto modesto de un peregrino común a la majestuosidad suya de Dios-Hombre, resucitado de la muerte, dice con dulce solemnidad: «Soy Yo. El Mesías crucificado en vano. Soy la Resurrección y la Vida. Ve, mujer. Tu hijo vive porque he premiado tu fe. Tu hijo está cu-

---

* *el Altísimo mandó al arcángel Rafael*, como se lee en: *Tobías 5-12.*
* *¿No perdonó, acaso, a David...?*, como se lee en: *2 Samuel 12, 13.*

rado. Porque, aunque la misión del Rabí de Nazaret haya terminado, la del Emmanuel continúa hasta el final de los siglos para todos los que tienen fe en el Dios Uno y Trino, y esperanza en el Dios Uno y Trino, y caridad hacia el Dios Uno y Trino, del que el Verbo encarnado es una Persona, que por divino amor ha dejado el Cielo para venir a enseñar, a padecer y morir para dar a los hombres la Vida. Ve en paz, mujer. Y sé fuerte en la fe, porque ha llegado el tiempo en que en una familia el marido esté contra su esposa, el padre contra los hijos y éstos contra su padre, por odio o amor hacia mí. ¡Y bienaventurados aquellos a los que la persecución no aparte de mi Camino!».

La bendice y desaparece.

XVII. *A unos pastores en el Gran Hermón.*

632.35 [35]Un grupo de rebaños y pastores. Han hecho un alto en su marcha en unas laderas de espléndidos pastos. Hablan de los acontecimientos de Jerusalén. Están apenados. Se dicen unos a otros: «Ya no tendremos en la Tierra al Amigo de los pastores», y evocan los muchos momentos en que se encontraron, acá o allá, con Él... «Encuentros» dice un anciano «que no volveremos a tener».

Jesús aparece, como saliendo de una espesura de tupidas y enmarañadas frondas, de un bosque de altos troncos abrazados por matorrales que impiden la visión del sendero. No le reconocen en este hombre solitario, y, viéndole tan envuelto en vestiduras blancas, comentan en tono bajo: «¿Quién es? ¿Un esenio? ¿Aquí? ¿Un fariseo rico?». Muestran perplejidad.

Jesús pregunta: «¿Por qué decís que no volveréis a encontraros con el Señor? Porque este de que habláis es el Señor».

«Lo sabemos. ¿Y Tú no sabes lo que le hicieron? Ahora hay quien dice que ha resucitado, y hay quien dice que no. Pero aunque, como preferimos creer nosotros, haya resucitado, se habrá marchado. ¿Cómo puede seguir amando a un pueblo que le ha crucificado? ¿Cómo puede seguir entre la gente de ese pueblo? Y nosotros, que le queríamos, aunque no todos le habíamos conocido, estamos tristes porque le hemos perdido».

«Hay una manera de tenerle todavía. Él lo enseñaba».

«¡Sí! Haciendo lo que Él enseñaba. Entonces se tiene el Reino de los Cielos y se está con Él. Pero antes uno debe vivir y luego morir. Y Él ya no está en medio de nosotros para confortarnos». Menean la cabeza.

«Hijitos míos, los que *viven* lo que Él ha enseñado, teniendo en el corazón su enseñanza, es como si tuvieran a Jesús en su corazón. Porque Palabra y Doctrina son una sola cosa. No era un Maestro que

enseñara cosas que no fueran como Él era. Por eso, el que hace lo que Él ha dicho tiene a Jesús vivo dentro y no está separado de Él».

«Así es. Pero somos pobres seres humanos y... queremos ver también con los ojos para sentir bien la alegría... Yo no le vi nunca, y tampoco mi hijo; ni Jacob, ése; ni Melquías, ése; ni ése, Santiago; ni Saúl. ¿Ves? Ya entre nosotros, sin ir más lejos, hay muchos que no le han visto. Le buscábamos siempre, y cuando llegábamos ya se había marchado».

«¿No estabais en Jerusalén ese día?».

«¡Sí que estábamos! Pero cuando supimos lo que querían hacerle huimos como locos a los montes, y volvimos a la ciudad después del sábado. No somos culpables de su Sangre, porque no estábamos en la ciudad. Pero hicimos mal siendo cobardes. Al menos, le habríamos visto, y dirigido nuestro saludo. Sin duda, nos habría bendecido por nuestro saludo... Pero no, verdaderamente no tuvimos el valor de verle entre tormentos...».

«Él os bendice ahora. Mirad a Aquel cuyo Rostro deseáis conocer».

Se manifiesta, espléndidamente divino sobre el verdor del prado. Y ante su estupor, que les hace arrojarse al suelo, pero que también clava sus pupilas en el Rostro divino, desaparece envuelto en un fulgor de luz.

XVIII. *Al niño que era ciego de nacimiento, en Sidón.*

[36]El niño está jugando completamente solo bajo una tupida enra- 632.36
mada. Oye que le llaman y se encuentra delante a Jesús. Le pregun-
* ta, bien poco tímido: «¿Pero Tú eres el Rabí que me dio los ojos?», y clava sus límpidos ojos de niño, de un azul igual que el de los de Jesús, en los fulgurantes ojos divinos.

«Soy Yo, niño. ¿Tú no tienes miedo de mí?». Le acaricia en la cabeza.

«Miedo no. Pero yo y mamá lloramos mucho cuando mi padre volvió antes de lo previsto y nos dijo que había huido porque habían apresado al Rabí para matarle. No hizo la Pascua y tiene que marcharse otra vez para hacerla. Pero ¿entonces no moriste?».

«Morí. Mira las heridas. Morí en la cruz. Pero he resucitado. Vas a decirle a tu padre que se detenga un tiempo en Jerusalén después de la segunda Pascua, y que esté en las cercanías del Monte de los Olivos, en Betfagé. Allí encontrará a alguien que le dirá lo que ha de hacer».

«Mi padre pensaba buscarte. Durante la Fiesta de los Tabernácu-

* *me dio los ojos*, en 473.2/6.

los no pudo hablar contigo. Quería decirte que te quería por los ojos que me diste. Pero no pudo hacerlo entonces, ni tampoco ha podido esta vez...».

«Lo hará con la fe en mí. Adiós, niño. La paz a ti y a tu familia».

XIX. *A los campesinos de Jocanán.*

632.37 [37]La Luna besa los campos de Jocanán. Silencio absoluto. Las pobres moradas de los labriegos, en una noche de bochorno que obliga a tener abierta al menos la puerta para no morir de calor en esas habitaciones bajas en que se agrupan demasiados cuerpos respecto a la cabida de los espacios.

Jesús entra en una de esas habitaciones. Parece como si la propia Luna alargara su rayo para poner una alfombra regia sobre el suelo de tierra. Se inclina hacia uno de los que duermen, que está boca abajo por el pesado sueño cargado de fatiga. Le llama. Pasa a otro, y a otro. Llama a todos estos fieles y pobres amigos suyos. Pasa ligero y rápido como un ángel en vuelo. Entra en otros cuchitriles... Luego va a esperarlos afuera, al pie de un grupo de árboles.

Los labriegos, medio dormidos, salen de sus chamizos: dos, tres, uno solo, cinco juntos, algunas mujeres. Están asombrados de haber sido llamados así, por una voz conocida que ha dicho a todos las mismas palabras: «Venid al pomar». Van allí, terminando de ponerse las pobres ropas los hombres, o de fijarse los cabellos las mujeres, y hablan en voz baja.

«A mí me ha parecido la voz de Jesús de Nazaret».

«Quizás su espíritu. Le han matado. ¿Habéis oído?».

«Yo no puedo creerlo. Era Dios».

«Pues Joel le vio incluso pasar cargado de la cruz...».

«A mí me han dicho ayer, mientras esperaba a que el encargado hiciera sus compraventas, que han pasado por Jesrael los discípulos y han dicho que realmente ha resucitado».

«¡Calla! Ya sabes lo que dice el patrón. Al que diga esto le espera la flagelación».

«La muerte, quizás. Pero ¿no sería mejor que sufrir de esta manera?».

«¡Y ahora ya no está Él!».

«Ahora que han conseguido matarle son incluso peores».

«Son malos porque ha resucitado».

Hablan en voz baja mientras se dirigen al punto que les ha sido indicado.

632.38 [38]«¡El Señor!» grita una mujer (y es la primera en caer de rodillas).

«¡Su fantasma!» gritan otros. Y algunos tienen miedo.

«Soy Yo. No temáis. No gritéis. Acercaos. Soy realmente Yo. He venido a confirmar vuestra fe, que sé que se ve insidiada por otros. ¿Veis? Mi Cuerpo proyecta sombra porque es verdadero cuerpo. No estáis soñando, no. Mi voz es verdadera voz. Soy el mismo Jesús que compartía con vosotros el pan y os daba amor. También ahora os doy amor. Enviaré a mis discípulos a vosotros. Y seguiré siendo Yo, porque ellos os darán lo que Yo os daba y lo que les he dado para entrar en comunión con los que creen en mí. Soportad vuestra cruz, como Yo he soportado la mía. Sed pacientes. Perdonad. Os dirán cómo morí. Imitadme. El camino del dolor es el camino del Cielo. Seguidlo con paz y tendréis el Reino mío. No hay otro camino sino el de la resignación a la voluntad de Dios y la generosidad y la caridad hacia todos. Si hubiera habido otro, os lo habría indicado. Yo lo he recorrido, porque es el auténtico camino. Sed fieles a la Ley del Sinaí, que es inmutable en sus diez preceptos, y a mi Doctrina. Vendrán los que os van a instruir para que no estéis abandonados a las maniobras de los malvados. Yo os bendigo. Recordad siempre que os he amado y que he venido a vosotros antes y después de mi glorificación. En verdad os digo que muchos desearían verme *ahora*, pero no me verán. Muchos grandes. Pero Yo me muestro a los que amo y me aman».

Uno de los hombres se resuelve a decir: «Entonces... ¿existe verdaderamente el Reino de los Cielos? ¿Tú eres verdaderamente el Mesías? Ellos tratan de influir en nosotros...».

«No escuchéis sus palabras. Recordad las mías y acoged las de los discípulos míos que conocéis. Son palabras veraces. Y quien las acoge y practica, aunque aquí sea siervo o esclavo, será ciudadano y coheredero de mi Reino».

Los bendice abriendo los brazos y desaparece.

[39]«¡Oh! ¡Yo... yo ya no temo nada!». 632.39

«Y yo tampoco. ¿Has oído? ¡También para nosotros hay un lugar!».

«¡Debemos ser buenos!».

«¡Perdonar!».

«¡Tener paciencia!».

«Saber resistir».

«Buscar a los discípulos».

«Ha venido a visitarnos a nosotros, que somos unos pobres siervos».

«Se lo diremos a sus apóstoles».

«¡Si lo supiera Jocanán!».

«¡Y Doras!».

«Nos matarían para que no habláramos».

«Pero nosotros guardaremos silencio. Sólo se lo diremos a los siervos del Señor».

«Miqueas, ¿no tienes que ir con aquella carga a Seforí? ¿Por qué no vas a Nazaret a decir...?».

«¿A quién?».

«A la Madre. A los apóstoles. Quizás estén con Ella...».

Se alejan comentando en voz baja sus proyectos.

XX. *A Daniel, pariente del fariseo Elquías, con el Anciano Simón.*

632.40 [40]Elquías, el fariseo, con otros de su misma índole, está deliberando sobre las medidas que deben tomarse con el Anciano Simón, el cual, enloquecido el viernes santo, habla y dice *demasiadas* cosas. Varias son las propuestas. Hay quien propone aislarle en algún lugar desierto, donde sus gritos no puedan ser oídos sino por un criado fidelísimo y *de las mismas ideas* que ellos; hay quien, más benigno, confía en que, siendo un trastorno pasajero, bastaría dejarle donde está.

Elquías responde: «Le he traído aquí porque no sabía a qué otro lugar llevarle. Pero vosotros sabéis que tengo muchas dudas sobre mi pariente Daniel...».

Otros, más malvados aún que Elquías, dicen: «Quiere huir, irse por el mar. ¿Por qué no complacerle?».

«Porque es incapaz de actos ordenados. En el mar él solo perecería; y ninguno de nosotros es capaz de guiar una barca».

«¡Y aunque lo fuéramos! ¿Qué sucedería en el lugar de llegada, con esas cosas que dice? Dejadle a él elegir el camino... En presencia de todos, incluso de tu pariente, haz que él exprese su voluntad; y que se haga como él desea».

Se aprueba esta propuesta. Elquías, llamando a un criado, ordena que lleven a Simón y llamen a Daniel. Aparecen ambos, y, si Daniel tiene aspecto de un hombre que se siente violento en compañía de cierta gente, el otro tiene verdaderamente el aspecto de un demente.

«Óyenos, Simón. Dices que te tenemos prisionero porque queremos matarte...».

«Debéis. Porque ésa es la orden».

«Tú deliras, Simón. Calla y escucha. ¿Dónde te parecería que te curarías?».

«En el mar. En el mar. En medio del mar, donde no hay ninguna voz, donde no hay ningún sepulcro; porque los sepulcros se abren y salen los muertos y mi madre dice...».

«¡Calla! Escucha. Nosotros te estimamos. Como si fueras carne

nuestra. ¿Estás seguro de que quieres ir al mar?».

«Claro que lo quiero. Porque aquí los sepulcros se abren y mi madre...».

«Pues irás. Te llevaremos al mar, te daremos una barca y tú...».

«¡Haciendo eso, cometéis un homicidio! ¡Está fuera de sí! ¡No puede ir solo!» grita el honesto Daniel.

«Dios no fuerza la voluntad del hombre. ¿Podríamos nosotros hacer lo que Dios no hace?».

«¡Pero él no razona! No tiene voluntad ya. ¡Tiene menos inteligencia que un recién nacido! ¡No podéis...!».

«Tú calla, que no eres más que un labriego. Nosotros sabemos... Mañana partiremos para el mar. Puedes estar contento, Simón. ¿Al mar, comprendes?».

«¡Ah! ¡Dejaré de oír las voces de la Tierra! Ya sin las voces... [41]¡Ah!», un grito largo, un espasmo de agitación, un taparse los ojos y 632.41
los oídos. Y otro grito, el de Daniel, que huye aterrorizado.

«¿Pero qué pasa? ¿Qué sucede? ¡Parad a ese loco y a ese necio! ¿Pero es que estamos todos perdiendo el juicio?» grita Elquías.

Pero ese al que Elquías llama "el necio", o sea, su pariente Daniel, tras haber corrido durante unos metros, se postra en el suelo; el otro, por el contrario, en el sitio en que está, echa espuma mientras sufre una convulsión horrorosa, y grita, grita: «¡Hacedle callar! ¡No está muerto, y grita, grita, grita! ¡Más que mi madre, más que mi padre, más que en el Gólgota! ¡Allí, allí! ¡No veis allí?». Señala hacia donde está Daniel, sereno, sonriente, alzado su rostro, después de haber estado rostro en tierra.

Elquías llega adonde Daniel. Le zarandea bruscamente, furioso, sin ocuparse de Simón, que se revuelca por el suelo y echa espuma y emite gritos bestiales en el centro del aterrorizado círculo que forman los demás. Elquías increpa a Daniel: «Visionario ocioso, ¿quieres decirme qué es lo que haces?».

«Déjame. Ahora te conozco. Y me alejo de ti. He visto —para mí benigno, para vosotros terrible— a Aquel que queréis hacerme creer que está muerto. Yo me marcho. Más que el dinero y todas las otras riquezas, lo que tutelo es mi alma. ¡Adiós, maldito! Y, si puedes, procura merecer el perdón de Dios».

«¡Pero, a dónde vas? ¿A dónde? ¡Yo no quiero!».

«¿Tienes, acaso, el derecho de tenerme prisionero? ¿Quién te ha dado ese derecho? Te dejo a ti lo que tú amas y sigo lo que yo amo. Adiós», le vuelve la espalda y se marcha rápido, como arrastrado por una fuerza sobrehumana, hacia abajo, por la ladera vestida del verde de olivos y árboles frutales.

Elquías —y no sólo él— está lívido. La ira los ahoga a todos. Elquías amenaza venganza contra su pariente, contra todos los que «con sus frenesíes», dice, afirman que el Galileo vive. Quiere decir, quiere actuar...

Uno —no sé quién es— dice: «Actuaremos, actuaremos, pero no podremos cerrar todas las bocas, ni las pupilas, que hablan porque ven. ¡Estamos derrotados! Pesa sobre nosotros el delito. Ahora viene la expiación...», y se golpea el pecho, envuelto en una angustia que le hace parecerse a uno que esté subiendo los peldaños de un patíbulo. «La venganza de Yeohveh» dice, y todo el terror milenario de Israel aflora en su voz.

Entretanto, herido, echando espuma, aterrorizado, Simón brama con gritos de réprobo: «¡Parricida me ha llamado! ¡Haced que se calle! ¡Que se calle! ¡Parricida! ¡La misma palabra de mi madre! ¡¿Es que todos los muertos dicen las mismas palabras?!...». *

XXI. *A una mujer galilea, que obtiene la resurrección de su marido muerto.*

632.42 [42]La Luna, casi en su ocaso, está para esconder tras la giba de un monte su arco, aún sutil, de Luna nueva. Su luz, pues, es muy relativa, y dentro de poco habrá desaparecido de la amplia campiña.

Pero por el camino solitario —más que nada, una senda, un sendero, entre los campos— va un viandante. Camina llevando cogido de una argolla un rudimentario farol (de los que —yo creo que tan viejos como el mundo— generalmente usan los carreteros para alumbrar su camino por la noche). Éste, no siendo el cristal una cosa común —es más, creo que lo desconocen por completo, porque nunca he tenido ocasión de ver cristal en ninguna casa, ni como vaso, ni como recipiente, ni como protección de las ventanas—, tiene, como protección de la llama, una cosa que puede ser tanto mica como pergamino. La luz la traspasa, tan leve, que apenas es suficiente para dar claridad a un pequeño espacio alrededor del farol. Pero, en cuanto la Luna se esconde del todo, esa luz del pobre farol parece crecer en vigor, y pone un oscilante punto claro en la obscuridad de la campiña.

El viandante camina, camina... En el cielo se insinúa un principio de alba en el extremo horizonte. Pero es tan tenue, que, por ahora, no ilumina nada, y el pobre farolillo es útil todavía.

En un puentecito está esperando —o descansando— otro viandante, arropado todo en su manto.

El del farol, que va en la dirección de ese puente, se detiene in-

* *Parricida*, como en 548.15, con referencia a 520.6/11 y 535.11.

cierto: duda si pasar por allí o volver hacia atrás, a un lugar en que el guijarral de un pequeño torrente tiene anchas piedras que pueden servirle de paso por la poca agua del fondo.

El que está sentado en la rústica orilla del puente, hecha con un tronco sin desbastar de corteza blanco-verde, alza la cabeza y observa al que se ha detenido. Se pone en pie y dice: «No tengas miedo de mí. Acércate. Soy un buen compañero, no un salteador».

Es Jesús. Le reconozco más por la voz que por el aspecto, velado por el oscuro crepúsculo que el farol no consigue romper en el lugar donde Él se encuentra. Pero la persona, parada, todavía duda.

«Mujer, ven. No temas. Incluso caminaremos juntos un trecho. Será bueno para ti».

La mujer —ahora sé que es una mujer—, vencida por la dulzura de la voz o por una fuerza arcana, se acerca; menea la cabeza mientras camina, y susurra: «Para mí ya no hay nada bueno».

[43]Ahora van caminando juntos por ese estrecho sendero cuya an- 632.43
chura sólo permite el paso de dos personas. El alba avanza y muestra, a un lado del camino, una inmóvil selva en miniatura, de cereales maduros que esperan la hoz. En el otro lado los cereales, ya segados, están extendidos en gavillas sobre el campo desvestido de su gloria de mieses maduras.

«¡Malditos!» dice en voz baja la mujer, lanzando una mirada hacia las gavillas acostadas.

Jesús calla.

El día avanza. La mujer apaga el humilde farol, y, para hacerlo, descubre su cara devastada por el llanto. Y alza la cara para mirar al Oriente, donde una estría amarillo-rosa anuncia el surgir del Sol. Agita el puño hacia Oriente y dice otra vez: «¡Y maldito tú!».

«¿El día? Dios lo ha hecho. Como también ha hecho el trigo. Son dones de Dios y no se los debe maldecir...» dice Jesús con dulzura.

«Yo los maldigo. Maldigo al Sol y a las mieses. Y tengo razón en hacerlo».

«¿No han sido buenos para ti durante muchos años? ¿No te ha madurado, el primero, el pan de cada día y la uva que se hace vino y las verduras y las frutas del huerto?, ¿no te ha hecho crecer los pastos para alimentar ovejas y corderos con cuya leche y carne te has alimentado y con cuya lana te tejes los vestidos? ¿Y el trigo no os ha dado pan a ti, a tus hijos, a tu padre y a tu madre, a tu marido?».

Un estallido de llanto y un grito: «¡Ya no tengo marido! ¡Ellos me le han matado! Había ido a trabajar como jornalero, porque tenemos siete hijos y no nos bastaba lo poco nuestro que teníamos para dar de comer a diez personas. Y ayer, al anochecer, vino; decía: "Estoy

cansado y aturdido", y se echó en la yacija, ardiendo de fiebre. Yo y su madre le socorrimos como pudimos. Pensábamos llamar hoy al médico de la ciudad... Pero después del galicinio se me ha muerto. Le ha matado el Sol. Voy, sí, a la ciudad, a tomar todas las cosas que hacen falta. A la vuelta me preocuparé de avisar a los hermanos. He dejado a la madre velando a su hijo y cuidando de los míos... y yo me he marchado para hacer las cosas que hay que arreglar... ¿Y no debería maldecir al Sol ardiente y a los cereales?».

Al principio estaba muy contenida (tanto, que no habría imaginado que fuera una mujer, y, menos todavía, una mujer afligida), pero ahora ha dado rienda suelta a su dolor, que rebosa impetuoso. Dice todo lo que no ha dicho en su casa «para no despertar a los niños, que dormían en la habitación de al lado»; todo lo que tanto le pesaba en su corazón, que le daba la impresión de que se le fuera a estallar. Recuerdos de amor, abatimiento ante el futuro, las angustias propias de una viuda... se entremezclan y pasan, como sobre las hinchadas ondas durante una riada los detritos arrancados con violencia...

632.44 [44]Jesús la deja hablar. *Y es que Jesús, como sabe comprender el dolor, deja que éste se desahogue, para que la criatura se vea aliviada y el propio cansancio que sigue a la impetuosidad del dolor haga a la criatura capaz de entender al que la consuela.* Entonces dice dulcemente: «En Naím y en Nazaret, y en los lugares entre ambas ciudades, están los discípulos del Rabí de Nazaret. Ve donde ellos...».

«¿Y qué crees que van a hacer? ¡Si Él estuviera aquí todavía!... ¿Pero ellos? ¡Ellos no son santos! Mi marido estaba en Jerusalén ese día. Y sabe... ¡No, no sabe!... ¡Sabía; que ya no sabe nada, porque está muerto!».

«¿Qué hizo tu marido ese día?».

«Cuando el clamor de la calle le despertó, corrió a la terraza de la casa donde estaba con sus hermanos, y vio pasar al Rabí —le llevaban al Pretorio— y, con otros galileos, le siguió hasta que murió. A mi marido y a los otros les tiraron piedras cuando se dieron cuenta de que eran galileos, y los obligaron a distanciarse hacia abajo. Pero estuvieron allí hasta el final. Luego... se marcharon... Y ahora ha muerto él. ¡Si al menos supiera si por su piedad para con el Rabí descansa en paz!».

Jesús no responde a este deseo. Pero dice: «Vería, entonces, que había discípulos en el Gólgota. ¿Acaso todos los galileos fueron como tu marido?».

«¡No, no! Muchos, incluso de Nazaret, le injuriaron. Esto se sabe. ¡Una vergüenza!».

«Pues si muchos, incluso de Nazaret, no tuvieron amor hacia su

Jesús, y, a pesar de ello, Él los ha perdonado, y muchos incluso se santificarán en el futuro, ¿por qué quieres medir a todos los discípulos de Cristo con el mismo rasero? ¿Quieres ser tú más severa que Dios? Dios concede mucho a quien perdona...».

«¡Ya no está el Rabí bueno! ¡Ya no está aquí! Y mi marido está muerto».

«El Rabí ha dado a sus discípulos el poder de hacer lo que Él hacía».

«Quiero creerlo. Pero sólo Él vencía a la muerte. ¡Sólo Él!».

* «¿Y no se lee que Elías devolvió el espíritu al hijo de la viuda de Sarepta? En verdad te digo que Elías era un gran profeta, pero que los siervos del Salvador, que ha muerto y resucitado porque era el Hijo de Dios verdadero, encarnado para redimir a los hombres, tienen un poder todavía mayor, porque Él, en la Cruz, les ha perdonado sus pecados, a ellos los primeros, conociendo por divina sabiduría el verdadero dolor de sus espíritus contritos, los ha santificado después de la resurrección con un nuevo perdón, y ha infundido en ellos el Espíritu Santo, para que pudieran representarme dignamente, tanto con las palabras como con los actos, de manera que el mundo no se quedara desolado después de que Yo me marchara».

[45]La mujer retrocede briosamente, sorprendida. Echa hacia atrás 632.45
el velo para mirar bien a su compañero. Pero no le reconoce. Cree que ha entendido mal. Pero ya no se atreve a hablar...

«¿Tienes miedo de mí? Al principio me has tomado por un salteador que quería robarte los denarios que llevas en el pecho y que sirven para comprar las cosas necesarias para la sepultura. Y has tenido miedo. ¿Ahora tienes miedo de saber que soy Jesús? ¿Y no es Jesús el que da y no toma, el que salva y no destruye? Vuelve sobre tus pasos, mujer. Yo soy la Resurrección y la Vida. No son necesarios ni el sudario ni los perfumes, para uno que no está muerto, *que ya no está muerto*, porque Yo soy Aquel que vence a la muerte y premia a quien tiene fe. ¡Ve! ¡Ve a tu casa! Tu marido *vive*. La fe en mí nunca queda sin premio». Hace un gesto de bendecirla y querer marcharse.

La mujer sale de su estatismo. No pregunta, no duda... Nada. Cae de rodillas adorando. Y luego, por fin, abre su boca y, buscando en su pecho, saca una bolsa, pequeña, una bolsa raquítica, como las bolsas de la gente pobre, a quienes la miseria impide hacer solemnes honras a sus muertos; y, ofreciendo la bolsa, dice: «No tengo nada más... Nada más con que expresarte mi agradecimiento, con que honrarte, con que...».

---

* *se lee*, en *1 Reyes 17, 17-24.*

«Yo ya no necesito dinero, mujer. Llévaselo a mis apóstoles».

«¡Oh, sí! Iré con mi marido... ¿Pero qué puedo darte entonces, mi Señor? ¿Qué? Tú, aparecerte a mí... este milagro... y yo no reconocerte... y yo tan nerviosa... sí, incluso injusta con las cosas...».

«Sí. Y no pensabas que las cosas existen porque Yo existo, y que todo lo que Dios ha hecho es bueno. Si no hubiera habido Sol, si no hubieran existido los cereales, no habrías recibido esta gracia de ahora».

«Sí... ¡pero cuánto dolor!...». La mujer llora al recordar.

Jesús sonríe y muestra sus manos diciendo: «Ésta es una parte mínima de mi dolor. Y lo he sorbido todo, sin quejarme, por vuestro bien».

La mujer agacha su cabeza profundamente y confiesa: «Es verdad. Perdona mi queja».

632.46 [46]Jesús desaparece envuelto en su luz, y, cuando ella alza la cara, se ve sola. Se levanta, mira a su alrededor. Nada puede ser obstáculo para la vista, porque ya el día está luminoso y alrededor no hay sino campos de cereales. La mujer se dice a sí misma: «¡Pues no he soñado!». Quizás la está tentando el demonio para hacerla dudar, porque se ve en ella un momento de incertidumbre mientras sopesa la bolsa entre sus manos.

Pero vence la fe y vuelve la espalda al lugar hacia el que se dirigía; vuelve sobre sus pasos, rápida como si el viento la llevara sin que ella tuviera que hacer esfuerzo, iluminada su cara con una tan serena alegría, que mayor es que la alegría humana. Va repitiendo de trecho en trecho: «¡Qué bueno es el Señor! ¡Él, verdaderamente, es Dios! Él es Dios. ¡Benditos sean el Altísimo y su Enviado!». No sabe decir nada más. Y esta letanía suya se mezcla ahora con los cantos de los pájaros.

La mujer está tan absorta en sus palabras, que no oye el saludo de algunos segadores que la ven pasar y le preguntan de dónde viene a esa hora... Uno se llega a ella y le dice: «¿Marcos está mejor? ¿Has ido a llamar al médico?».

«Marcos ha muerto en la hora del galicinio y ha resucitado. Porque el Mesías del Señor lo ha hecho» responde ella manteniendo su rápido paso.

«¡El dolor la ha desquiciado!» susurra el hombre, meneando la cabeza y volviendo donde sus compañeros, que han empezado a segar la mies.

Los campos se van poblando cada vez más. Pero la curiosidad vence a muchos, que se deciden a seguir a la mujer, la cual camina cada vez más deprisa.

632.47 [47]Y camina, camina. Se ve una casa pobrísima, baja, solitaria,

perdida en medio del campo. A ella se dirige, apretando las manos contra su corazón.

Entra. Pero, en cuanto cruza la puerta, una anciana se arroja a sus brazos gritando: «¡Oh, hija mía, qué gracia del Señor! ¡Cobra ánimo, hija, porque lo que he de decirte es tan grande, tan dichoso, que...».

«Lo sé, madre. Marcos ya no está muerto. ¿Dónde está?».

«¡Lo sabes!... ¿Y cómo?».

«He visto al Señor por el camino. No le reconocí, pero Él me habló y, cuando quiso, me dijo: "Tu marido vive". Pero aquí... ¿cuándo?».

«Acababa de abrir la ventana y estaba mirando el primer rayo de sol en la higuera. Sí, justamente así. Y, al tocar el primer rayo la higuera de enfrente de la habitación... oí un suspiro fuerte, como de uno que se despertara. Me volví aterrada y vi a Marco que se estaba sentando y que apartaba la sábana con que le había cubierto la cara, y que miraba hacia arriba ¡con una expresión en su rostro!... Luego me miró y me dijo: "¡Madre! ¡Estoy curado!". Yo... poco faltó para que no me muriera yo. Él me socorrió, y comprendió que había estado muerto. No recuerda nada. Dice que recuerda hasta cuando le metimos en la cama, y ya nada más, hasta el momento en que vio un ángel, una especie de ángel que tenía la cara del Rabí de Nazaret y que le dijo: "¡Levántate!". Se levantó. Justo a la hora en que el Sol aparecía por entero».

«A la hora en que me ha dicho: "Tu marido vive". ¡Oh, madre, qué don! ¡Cuánto nos ha amado Dios!».

[48]Los que llegan en ese momento las encuentran abrazadas, llo- 632.48
rando. Y creen que Marcos ha muerto y que su esposa, en un destello de lucidez, se ha percatado de la desventura. Pero Marcos, que oye las voces, aparece sereno con un niño en brazos y los otros agarrados a su tunica, y dice fuerte: «Aquí estoy. ¡Bendigamos al Señor!».

Los llegados le asedian con sus preguntas, y, como siempre pasa en las cosas humanas, surge la contradicción. Hay quien cree en una verdadera resurrección; otros —la mayoría— dicen que solamente había caído en un sopor, pero que no ha estado muerto. Hay quien admite el que Cristo se haya aparecido a Raquel. Y hay quien dice que todo eso son patrañas, porque —unos dicen— «Él está muerto», o porque —dicen otros— «Ha resucitado, pero está tan indignado, *debe estarlo*, que ya no hace milagros para su pueblo asesino».

«Decid lo que os parezca» dice el hombre perdiendo la paciencia «y decidlo *donde* os parezca. Basta con que no lo digáis aquí, donde el Señor Jesús me ha resucitado. ¡Y marchaos de aquí, desdichados! ¡Quiera el Cielo abriros la cerviz para creer. Pero ahora marchaos y

dejadnos en paz». Los empuja afuera y cierra la puerta.

632.49 [49]Estrecha contra su corazón a su esposa y a su madre y dice: «Nazaret no está lejos. Voy allí a proclamar el milagro».

«Así lo quiere el Señor, Marcos. Llevaremos estos denarios a sus discípulos. Vamos a bendecir al Señor. Así, como estamos. Somos pobres, pero Él también lo era, y sus apóstoles no nos despreciarán».

Se pone a atar las sandalias a los niños mientras la madre echa algunos alimentos en una bolsa y cierra puertas y ventanas, y Marcos va a hacer no sé qué.

Salen cuando están todos listos y caminan a buen paso, los más pequeños en brazos, los otros niños, felices y un poco desconcertados, alrededor; hacia el Este, hacia Nazaret lógicamente. Quizás este lugar está todavía en la llanura de Esdrelón, pero es un punto distinto del de las propiedades de Jocanán.

633. Aparición en la orilla del lago y otorgamiento de la misión a Pedro.

19 de abril de 1947.

633.1 [1]Es una noche tranquila y sofocante. No hay una brizna de viento. Las estrellas, extendidas, titilantes, atestan el cielo sereno. El lago, calmo e inmóvil —tanto, que parece una vastísima pila resguardada de los vientos— refleja en su superficie la gloria de ese cielo que palpita por los astros que lo pueblan. Los árboles de las orillas son un bloque sin susurros. Tan quieto está el lago, que sus olas, en la orilla, se reducen a un levísimo murmullo. Hay alguna barca, lago adentro, apenas visible como forma errante que, a trechos, con su farolito atado en el mástil de la vela para dar claridad al interior del bote, pone una estrellita a poca distancia de la superficie de las aguas.

No sé qué parte del lago es. Yo diría que se trata de la parte más meridional, donde el lago se prepara a ser de nuevo río; diría que se trata de la periferia de Tariquea: no porque vea la ciudad —me lo impide una espesura arbórea que penetra en el lago formando un pequeño promontorio montuoso—, sino porque lo deduzco de las estrellitas de las luces de las barcas, que se alejan hacia el Norte separándose de las orillas del lago. Y digo "periferia" porque una pequeña agrupación de casuchas —tan pocas, que no constituyen siquiera una aldea— están allí concentradas, al pie del pequeño promontorio; casas pobres, situadas casi en la playa, pertenecientes, sin duda, a pescadores.

Hay algunas barcas fuera del agua, en la pequeña playa, y otras en el agua, junto a la orilla, preparadas ya para navegar, pero tan quietas que, en vez de estar flotando, parecen estar clavadas en el suelo.

[2]Por la puerta de una de estas casuchas, Pedro asoma la cabeza. 633.2
La luz oscilante de una lumbre encendida en la cocina humosa ilumina por detrás la figura torosa del apóstol, haciéndola resaltar como un boceto. Mira al cielo, mira al lago... Avanza hasta el límite de la playa. Luego —lleva una túnica corta y va descalzo— entra en el agua, hasta medio muslo, y acaricia el borde de una barca extendiendo su brazo musculoso.

Se unen a él los hijos de Zebedeo.

«Bonita noche».

«Dentro de poco saldrá la Luna».

«Noche de pesca».

«Pero con remos».

«No hay viento».

«¿Qué hacemos?».

Hablan bajo, con frases cortadas, como hombres acostumbrados a la pesca y a las maniobras de las velas y las redes, que requieren atención y, por tanto, pocas palabras.

«Convendría salir. Venderíamos parte de la pesca».

Se unen a ellos, en la orilla, Andrés, Tomás y Bartolomé.

«¡Qué calor esta noche!» exclama Bartolomé.

«¿Habrá tormenta? ¿Os acordáis de aquella noche?» pregunta Tomás.

«¡No! Calma chicha. Quizás niebla. Pero no tormenta. Yo... yo voy a pescar. ¿Quién viene conmigo?».

«Vamos todos. Quizás se esté mejor allá dentro» dice Tomás, que suda; y añade: «A la mujer le hacía falta esa lumbre, pero es como si hubiéramos estado en las termas calientes...».

«Voy a decírselo a Simón, que está allí todo solo» dice Juan.

[3]Pedro ya prepara la barca, junto con Andrés y Santiago. 633.3

«¿Vamos hasta casa? Una sorpresa para mi madre...» pregunta Santiago.

«No. No sé si puedo traer a Margziam. Antes de... de la... ¡bueno, sí!... antes de ir a Jerusalén —estábamos todavía en Efraím— el Señor me dijo que quería celebrar la segunda Pascua con Margziam. Pero luego no me ha vuelto a decir nada más...».

«A mí me parece que ha dicho que sí» dice Andrés.

«Sí. La segunda Pascua, sí. Pero hacerle venir antes, no sé si quiere. He cometido tantos errores, que... ¡Ah, ¿vienes también tú?!».

«Sí, Simón de Jonás. Me recordará muchas cosas esta pesca...».

«¡Ya, claro! A todos nos recordará muchas cosas... Cosas que ya no volverán... Ibamos con el Maestro en esta barca por el lago... Y yo la apreciaba como si fuera un palacio, y me parecía que no podía vivir sin ella. Pero, ahora que Él no está en la barca... pues... estoy en ella y no me produce alegría» dice Pedro.

«Ya ninguno siente alegría por las cosas pasadas. Ya no es la misma vida. Y, además, mirando hacia atrás... entre aquellas horas pasadas y estas presentes, están en medio esos momentos horrendos...» suspira Bartolomé.

«Preparados. Venid. Tú, al timón; nosotros, a los remos. Vamos hacia la curva de Ippo. Es buen sitio. ¡Upa! ¡Op! ¡Upa! ¡Op!».

Pedro dirige la boga y la barca se desliza por las aguas quietas. Bartolomé al timón. Tomás y el Zelote haciendo de mozos ayudantes, preparados para echar las redes (ya las tienen extendidas). Se alza la Luna, o sea, supera los montes de Gadara, si no me equivoco, o Gamala (en fin, los que están en la costa oriental, pero hacia el sur del lago), y el rayo de la Luna incide en el lago y traza un camino de diamantes sobre las aguas quietas.

«Nos acompañará hasta la mañana».

«Si no viene bruma».

«Los peces dejan el fondo atraídos por la luna».

«Bueno será que tengamos buena pesca. Porque ya no tenemos dinero. Compraremos pan, y a los que están en el monte les llevaremos pescado y pan».

Palabras lentas, con pausas largas entre una y otra voz.

«Remas bien, Simón. ¡No has perdido la boga!...» dice el Zelote, admirado.

633.4 «Sí... [4]¡Maldición!».

«¿Qué te pasa?» preguntan los otros.

«Lo que me pasa... es que el recuerdo de ese hombre me persigue por todas partes. Me acuerdo de aquel día que íbamos con dos barcas viendo a ver quién remaba mejor, y él...».

«Yo, sin embargo, pensaba que una de las primeras veces que tuve la visión de su abismo de perfidia fue aquella vez que encontramos, o mejor: que chocamos, las barcas de los romanos. ¿Os acordáis?» dice el Zelote.

«¡Claro que nos acordamos! ¡En fin!... Él le defendía... y nosotros... entre las defensas del Maestro y la doblez del... del nuestro, nunca comprendimos bien...» dice Tomás.

«¡Mmm! Yo, más de una vez... Pero Él decía: "¡No juzgues, Simón!"».

«Judas Tadeo siempre sospechó de él».

«Lo que no puedo creer es que éste no haya sabido nunca nada» dice Santiago, dando un codazo a su hermano. Pero Juan agacha la cabeza y calla.

«Ya lo puedes decir...» dice Tomás.

«Me esfuerzo en olvidar. Es la orden que he recibido. ¿Por qué queréis hacerme desobedecer?».

«Tienes razón. Dejémosle en paz» dice el Zelote saliendo en defensa de Juan.

[5]«Echad las redes. Lentamente... Remad vosotros. Boga lento. Vira a la izquierda, Bartolomé. Acércate. Vira. Acércate. Vira. ¿Extendida la red? ¿Sí? Arriba los remos y esperamos» ordena Pedro. 633.5

¡Qué hermosura la de este lago, encantador, en la paz de la noche, bajo el beso de la Luna! Verdaderamente es paradisíaco, por su pureza. La Luna se refleja toda desde el cielo y viste de diamante las aguas. Su fosforescencia parpadea sobre las colinas y las muestra; viste de nieve las ciudades de las orillas...

De tanto en tanto sacan la red: cascada de diamantes y arpegios sobre la plata del lago; vacía. La sumergen de nuevo. Cambian de posición. No tienen suerte...

Las horas pasan. La Luna se pone, mientras la luz del alba se abre camino, incierta, verdeazul... Una cálida bruma, cerca de las orillas, huma, especialmente hacia el extremo sur del lago. Tiberíades se vela de bruma, y también Tariquea. Es una niebla baja, poco densa, que el primer sol disolverá. Para evitarla, prefieren costear el lado de Oriente, donde es menos densa (mientras que en el lado occidental, al venir del aguazal que hay más allá de Tariquea en la ribera derecha del Jordán, se hace más densa, como si el aguazal humara). Bogan atentos para evitar algún peligro del fondo, de este lago que ellos bien conocen.

[6]«¡Vosotros, los de la barca! ¿Tenéis algo para comer?». Una voz masculina viene de la orilla. Una voz que los estremece. 633.6

Pero se encogen de hombros y responden con fuerte voz: «No». Y luego comentan entre ellos: «¡Siempre nos parece oírle!...».

«Echad las redes a la derecha y encontraréis».

La derecha está lago adentro. Echan la red, con un poco de perplejidad. Sacudidas, peso que hace inclinar la barca hacia el lado de la red.

«¡Pero si es el Señor!» grita Juan.

«¿El Señor, dices?» pregunta Pedro.

«¿Pero lo dudas? Nos ha parecido su voz. Pero ésta es la prueba. ¡Mira la red! ¡Como aquella vez! ¡Te digo que es Él! ¡Oh, Jesús mío!

¿Dónde estás?».

Todos aguzan la vista, queriendo perforar los velos de la niebla, después de haber asegurado bien la red para arrastrarla tras la estela de la barca, puesto que pretender izarla sería una maniobra peligrosa; y reman para ir a la orilla. Pero Tomás debe agarrar el remo de Pedro, el cual, de prisa y corriendo, se ha puesto la túnica corta encima del cortísimo calzón —que era su único vestido, como es también el único de los otros, excepto de Bartolomé—, se ha echado a nadar al lago, y ahora hiende con grandes brazadas el agua quieta, precediendo a la barca, de forma que es el primero en llegar a la playita desierta, donde, sobre dos piedras protegidas por un matorral espinoso, brilla un fuego de hornija. Y allí, cerca del fuego, está Jesús, sonriente y benévolo.

«¡Señor! ¡Señor!». Pedro jadea a causa de la emoción y no puede decir nada más. Chorrea agua, de forma que no se atreve siquiera a tocar la túnica de su Jesús, y permanece postrado en la arena, con la túnica pegada a sus carnes, adorando.

La barca roza el fondo del guijarral y se detiene. Todos están de pie, inquietos por la alegría...

633.7 [7]«Traed aquí algunos de esos peces. La lumbre está preparada. Venid y comed» ordena Jesús.

Pedro corre hasta la barca y ayuda a izar la red. Mete la mano en el montón de peces zigzagueantes y agarra tres de ellos, grandes. Los golpea contra el borde de la barca, para matarlos, y los vacía con su cuchillo. Pero le tiemblan las manos (no de frío, ciertamente). Los enjuaga, los lleva a donde está el fuego, los coloca encima y vigila cómo se asan. Los otros están adorando al Señor, un poco separados de Él; temerosos ante Él, como siempre, ahora que, resucitado, se le ve tan divinamente poderoso.

«Mirad, aquí está el pan. Habéis trabajado toda la noche y estáis cansados. Ahora recuperaréis fuerzas. ¿Ya está, Pedro?».

«Sí, mi Señor» dice Pedro con una voz aún más ronca de lo habitual, inclinado hacia el fuego, y se seca los ojos, que gotean, como si el humo, irritándolos, les hiciera llorar, al mismo tiempo que irrita también la garganta. Pero no es el humo el que produce esa voz y esas lágrimas...

Lleva el pescado. Lo ha dispuesto encima de una hoja rasposa —parece una hoja de calabaza— que le ha llevado Andrés después de haberla enjuagado en el lago.

Jesús hace el ofrecimiento y bendice, parte el pan y los peces. Hace ocho partes. Lo distribuye. Él también lo prueba. Comen con la reverencia con que celebrarían un rito. Jesús los mira y sonríe. Pero

guarda silencio también Él, hasta que pregunta: «¿Dónde están los otros?».

«En el monte. Donde dijiste. Nosotros hemos venido para pescar porque ya no tenemos dinero y no queremos abusar de los discípulos».

«Hacéis bien. Pero, de ahora en adelante, vosotros, los apóstoles, estaréis en el monte, en oración, edificando con el ejemplo a los discípulos. Enviadlos a ellos a pescar. Conviene que vosotros estéis allí en oración, y también para escuchar a los que necesiten un consejo o puedan ir a daros noticias. Tened muy unidos a los discípulos. Pronto iré Yo».

«Lo haremos, Señor».

«¿Margziam no está contigo?».

«No me dijiste que le trajera tan pronto».

«Dispón que venga. Su obediencia ha terminado».

«Así lo haré, Señor».

[8]Un momento de silencio. Luego Jesús, que había estado un poco 633.8
con la cabeza agachada, pensando, alza la cabeza y clava la mirada en Pedro. Le mira con su mirada de las horas de más poderosos milagros y de más poderoso imperio. Pedro se sobresalta, casi de miedo, y se echa un poco hacia atrás... Pero Jesús, poniendo una mano en el hombro de Pedro, le sujeta fuertemente y, teniéndole así, le pregunta: «Simón de Jonás, ¿me quieres?».

«¡Sí, Señor! Tú sabes que te quiero» responde Pedro con seguridad.

«Apacienta mis corderos... Simón de Jonás, ¿me quieres?».

«Sí, mi Señor. Y Tú sabes que te quiero». En la voz hay menos sentido de seguridad; es más, hay un poco de estupor por la repetición de la pregunta.

«Apacienta mis corderos... Simón de Jonás, ¿me quieres?».

«Señor... Tú lo sabes todo... Tú sabes... sabes si te quiero...», le tiembla la voz a Pedro, que está seguro de su amor, pero que tiene la impresión de que Jesús no esté seguro.

«Apacienta mis ovejas. Tu triple profesión de amor ha borrado tu triple negación. Estás todo puro, Simón de Jonás. Y Yo te digo: asume la vestidura pontifical y lleva a mi rebaño la Santidad del Señor. Cíñete las vestiduras a tu cintura y tenlas bien ceñidas, hasta que, de Pastor, también tú pases a ser cordero. En verdad te digo que cuando eras más joven tú solo te ceñías e ibas a donde querías, pero, cuando seas anciano, extenderás las manos y otro te ceñirá y te llevará a donde no querrías ir. Pero ahora soy Yo el que te dice: "Cíñete y sígueme por mi mismo camino". Álzate y ven».

Se alza Jesús y se alza Pedro. Van hacia la orilla. Los otros se ponen a apagar el fuego ahogándolo bajo la arena.

633.9 [9]Pero Juan, recogidos los restos del pan, sigue a Jesús. Pedro oye el roce de los pasos y vuelve la cabeza. Ve a Juan y, señalándoselo a Jesús, dice: «¿Y de él qué será?».

«Si quiero que permanezca hasta que Yo regrese, ¿a ti qué? Tú sígueme».

Ya están en la orilla. Pedro quisiera decir todavía algo, pero la majestuosidad de Jesús y las palabras que ha oído le retienen. Se arrodilla —imitado en esto por los otros— y adora. Jesús los bendice y se despide de ellos, que suben a la barca y se marchan remando. Jesús los mira mientras se alejan.

634. Enseñanzas a los apóstoles y a numerosos discípulos en el monte Tabor. Margziam consolado.

20 de abril de 1947.

634.1 [1]Están todos los apóstoles, todos los discípulos pastores (incluido Jonatán, al que Cusa ha relevado de sus servicios). Y Margziam y Manahén y muchos discípulos de los setenta y dos; y muchos otros. Están a la sombra fresca de los árboles, que mitigan luz y calor con su tupido follaje; no arriba, hacia la cima, donde se produjo la Transfiguración, sino a media altura, en un lugar en que un encinar parece querer celar la cima y sujetar los lados del monte con sus poderosas raíces.

Por la hora, y a causa de la inactividad y la larga espera, casi todos están adormilados. Pero basta el grito de un niño —no sé quién es, porque no le veo desde el lugar en que me encuentro— para que todos se pongan en pie (éste es el primer movimiento, impulsivo, que en seguida se transforma en ponerse de rodillas y con el rostro entre la hierba).

«La paz a todos vosotros. Aquí me tenéis entre vosotros. Paz a vosotros. Paz a vosotros». Jesús pasa en medio de ellos saludando, bendiciendo.

Muchos lloran, otros sonríen dichosos. Pero en todos hay mucha paz.

Jesús se detiene en el lugar en que los apóstoles y los pastores forman un compacto grupo, junto con Margziam, Manahén, Esteban, Nicolái, Juan de Éfeso, Hermas y algún otro de los discípulos más fieles, cuyo nombre no recuerdo. Veo al de Corazín, que dejó la sepultura de su padre por seguir a Jesús, y a otro que he visto otras veces.

Jesús toma entre sus manos la cabeza de Margziam —que, mirándole, llora—, le besa en la frente y le estrecha contra su corazón.

Se vuelve luego hacia los demás y dice: «Muchos y pocos. ¿Dónde están los otros? Sé que son muchos mis discípulos fieles. ¿Por qué, entonces, aquí a duras penas se llega entre todos a quinientos, excluidos los niños, hijos de alguno de vosotros?».

[2]Pedro se pone de pie —había estado de rodillas en la hierba— y 634.2
habla en representación de todos: «Señor, entre el decimotercero y el vigésimo día, empezando a contar desde el día de tu muerte, han venido aquí muchos de muchas ciudades de Palestina, diciendo que estabas donde ellos. Por eso, muchos de nosotros, para verte antes, se han marchado, unos con unos, otros con otros. Algunos se han marchado hace muy poco. Decían, los que vinieron, que te habían visto y que habían hablado contigo en lugares distintos, y —lo cual era asombroso— todos decían que te habían visto en el duodécimo día de después de tu muerte. Nosotros hemos pensado que se trataba de una falacia de alguno de esos falsos profetas que dijiste que surgirían para engañar a los elegidos. Lo dijiste allá, en el monte de los Olivos, la noche que precedió... que precedió a...». Pedro, otra vez bajo los efectos de su dolor ante este recuerdo, agacha la cabeza y calla. Dos lágrimas, seguidas de otras, caen al suelo por las hebras de su barba...

Jesús le pone la mano derecha en el hombro. Pedro, al sentir ese contacto, se estremece, y, no atreviéndose a tocar esa Mano con las suyas, pliega el cuello, inclina la cara, para acariciar con la mejilla y rozar con los labios esa Mano adorable.

Santiago de Alfeo continúa refiriendo: «Y hemos desaconsejado creer en esas apariciones. Se lo hemos desaconsejado a los nuestros que se alzaban para ponerse en camino presurosos hacia el gran mar, o hacia Bosra o Cesarea de Filipo o Pella o Quedes, hacia el monte cercano a Jericó o la llanura, o hacia la llanura de Esdrelón, hacia el Gran Hermón o Bet-Jorón o Betsemes, y a otros lugares que, por tratarse de casas aisladas en la llanura cercana a Jafia o a Galaad, carecen de nombre. Demasiado inciertas. Algunos decían: "Le hemos visto y oído". Otros enviaban el recado de decir que te habían visto, e incluso que habían comido contigo. Sí, queríamos retenerlos, porque pensábamos que fueran o celadas de los que nos atacan o fantasmas vistos por justos que están tan embargados en ti, que acaban viéndote donde no estás. Pero han querido ir. Unos a unos lugares, otros a otros. De forma que nos hemos quedado reducidos a menos de un tercio».

«Teníais razón en insistir para retenerlos. No porque Yo no haya

estado realmente donde los que han venido a decíroslo han dicho, sino porque había ordenado que estuvierais aquí unidos en oración, esperando a que Yo viniera, y también porque quiero que mis palabras sean obedecidas, especialmente por mis siervos. Si empiezan a desobedecer éstos, ¿qué van a hacer los fieles?

634.3 [3]Escuchad todos los que estáis aquí. Recordad que en un organismo, para que verdaderamente sea activo y esté sano, se necesita una jerarquía, o sea, alguien que mande, y alguien que transmita las órdenes y alguien que obedezca. Así sucede en las cortes de los reyes. Y en las religiones, desde la nuestra, la hebrea, hasta las otras, aunque sean tan imperfectas. Hay siempre una cabeza y ministros de esa cabeza y asistentes de esos ministros y, en fin, fieles. No puede un pontífice actuar solo, no puede un rey actuar solo. Y sus disposiciones son cosas que se refieren únicamente a contingencias humanas o a formalismos de ritos... Sí, por desgracia, incluso en la propia religión mosaica, no queda sino el formalismo de los ritos, la continuación de los movimientos de un mecanismo que sigue realizando los mismos gestos, incluso ahora que el espíritu de los gestos *está muerto*. Muerto para siempre. El divino Animador de esos gestos, Aquel que daba a los ritos un valor, se ha retirado, y los ritos son gestos, nada más, gestos que cualquier histrión podría mimar en el escenario de un anfiteatro.

634.4 [4]¡Qué desdicha, cuando una religión muere y lo que antes era una potencia real pasa a ser una pantomima desarreglada, externa, una cosa vacía tras un escenario barnizado, tras unas vestiduras pomposas y un movimiento de mecanismos que realizan una serie de movimientos, de la misma manera que una llave acciona un resorte, pero ni éste ni la llave tienen conciencia de lo que hacen! ¡Desdicha! ¡Pensad!

Recordad siempre, y decídselo a vuestros sucesores, para que esta verdad sea conocida en el decurso de los siglos. Menos temible es la caída de un planeta que la caída de la religión. El que el cielo quedara vacío de astros y planetas no sería para los pueblos una desventura de la magnitud de la de quedarse sin una real religión. Dios cubriría con providente poder las necesidades humanas, porque Dios todo lo puede para aquellos que, por el camino sabio o por el camino que su ignorancia conoce, buscan, aman la Divinidad con recto espíritu. Pero, si llegara un día en que los hombres ya no amaran a Dios, porque los sacerdotes de todas las religiones hubieran hecho de ellas únicamente una vacía pantomima, siendo ellos los primeros en no creer en la religión, ¡ay de la Tierra!

634.5 [5]Ahora bien, si esto lo digo incluso por las religiones imperfectas

—algunas con origen en parciales revelaciones otorgadas a un sabio, otras con origen en la necesidad instintiva del hombre de crearse una fe para saciar el hambre del alma de amar a un dios (y esta necesidad es el estímulo más fuerte del hombre; el estado permanente de búsqueda de Aquel que es, deseado por el espíritu aunque la inteligencia soberbia niegue reverencia a cualquier dios, o aunque el hombre, desconocedor del alma, no sepa dar nombre a esta necesidad que dentro de él bulle)—, si esto lo digo incluso para las religiones imperfectas, ¿qué habré de decir para esta que Yo os he dado, para esta que lleva mi Nombre, para esta de la que Yo os he creado pontífices y sacerdotes, para esta que os ordeno que propaguéis por toda la Tierra?... Para esta única, verdadera, perfecta, inmutable en la Doctrina enseñada por mí, Maestro, completada por la enseñanza continua del que vendrá, el Espíritu Santo, Guía Santísimo de mis Pontífices y de los que los ayudarán como jefes segundos en las distintas Iglesias creadas en las distintas regiones en que se afiance mi Palabra.

Y estas Iglesias no serán, por ser múltiples en cuanto al número, múltiples en cuanto al pensamiento, sino que serán una sola cosa con la Iglesia, y formarán con sus individuales elementos el gran edificio, mayor cada vez; el grande, nuevo Templo que con sus distintos pabellones tocará todos los confines del mundo. No tendrán diversidad de pensamiento ni habrá oposición entre ellas, sino que estarán unidas, hermanas las unas de las otras, sujetas todas a la Cabeza de la Iglesia, a Pedro y a los sucesores de él, hasta el final de los siglos.

Y aquellas que por cualquier motivo se separaran de la Iglesia Madre serían miembros amputados que carecerían de la mística sangre que es Gracia que de Mí, Cabeza divina de la Iglesia, viene. Como hijos pródigos, separados por voluntad propia de la casa paterna, estarían —efímera su riqueza y constante y cada vez más grave su miseria— embotándose el intelecto espiritual con alimentos y vinos demasiado pesados, y luego languidecerían comiendo las amargas bellotas de los animales impuros, hasta que, con corazón contrito, no volvieran a la casa paterna diciendo: "Hemos pecado. Padre, perdónanos y ábrenos las puertas de tu morada". Y entonces, ya se trate de un miembro de una Iglesia separada, ya se trate de una Iglesia entera, bien sea una persona o una asamblea los que regresan, abridles las puertas. ¡Oh, ojalá así fuera! Pero ¿dónde, cuándo surgirán muchos imitadores míos idóneos para redimir a estas Iglesias separadas, a costa de la vida, para hacer, para *rehacer* un único Rebaño bajo el cayado de un solo pastor, como *ardientemente* deseo?

[6]Sed paternos. Pensad que todos, durante una o muchas horas, 634.6
quizás durante años, fuisteis, cada uno en particular, hijos pródigos

envueltos en la concupiscencia. No os mostréis duros para con los que se arrepienten. ¡Recordad! ¡Recordad! Muchos de vosotros huisteis, hace veintidós días. ¿Y esta huida no era, acaso, abjura de vuestro amor hacia mí? Pues bien, si Yo os he acogido en cuanto, arrepentidos, habéis vuelto a mí, haced vosotros lo mismo. Todo lo que Yo he hecho hacedlo vosotros. Éste es mi mandamiento. Habéis vivido tres años conmigo. Conocéis mis obras y mi pensamiento. Cuando, en el futuro, os encontréis frente a un caso para el que tengáis que tomar una decisión, volved vuestra mirada al tiempo en que estuvisteis conmigo, y comportaos como Yo me he comportado. Nunca os equivocaréis. Yo soy el ejemplo vivo y perfecto de lo que debéis hacer.

Y recordad también que no me negué a mí mismo al propio Judas de Keriot... El Sacerdote debe, con todos los medios, tratar de salvar. Predomine el amor, *siempre*, entre los medios usados para salvar. Pensad que Yo no ignoraba el horror de Judas... Y, no obstante, superando toda repugnancia, traté al mezquino como traté a Juan. A vosotros... a vosotros, muchas veces, se os ahorrará la amargura que supone el saber que todo es inútil para salvar a un discípulo amado... Se debe trabajar incluso en ese caso... siempre... hasta que todo quede cumplido...».

634.7 [7]«¡¿Pero Tú estás sufriendo, Señor?! ¡Oh, no creía que pudieras sufrir ya más! ¡Sufres por Judas, todavía! ¡Olvídale, Señor!» grita Juan, que no desvía ni un instante su mirada de su Señor.

Jesús abre los brazos con su gesto habitual de resignada confirmación ante un hecho penoso, y dice: «Así es... Judas ha sido y es el dolor más grande en el mar de mis dolores. Es el dolor que permanece... * Los otros dolores han terminado al terminar el Sacrificio. Pero éste permanece. Le he amado. Me he consumido todo en el esfuerzo de salvarle... He podido abrir las puertas del Limbo y sacar de él a los justos, he podido abrir las puertas del Purgatorio y sacar de él a los penantes. Pero el lugar de horror estaba cerrado en torno a él. Para él, inútil mi muerte».

«¡No sufras! ¡No sufras! ¡Eres glorioso, mi Señor! Gloria y gozo a ti. ¡Tú has apurado tu dolor!» insiste Juan en tono suplicante.

«¡Verdaderamente, ninguno pensaba que Él pudiera sufrir todavía!» susurran todos, unos a otros, asombrados y conmovidos.

«¿Y no pensáis el dolor que deberá aún padecer mi Corazón a lo largo de los siglos, por cada pecador impenitente, por cada herejía que me niegue, por cada creyente que abjure de mí, por cada —des-

---

* *el dolor que permanece*, como su llanto *en la gloria*, de que ha hablado en 629.12, es de tal naturaleza, que únicamente puede ser comprendido *en la luz de los Cielos*, como dirá más adelante, porque Él lo sufrirá *en su espíritu de amor*, como se precisó en 486.9.

garro de los desgarros—, por cada sacerdote culpable, causa de escándalo y perdición? ¡Vosotros no conocéis esto! Todavía no lo conocéis. No lo conoceréis nunca completamente, sino cuando estéis conmigo en la luz del Cielo. Entonces comprenderéis... Contemplando a Judas, he contemplado a los elegidos para quienes la elección se transforma en perdición por su perversa voluntad...

¡Oh, vosotros que sois fieles, vosotros que formaréis a los sacerdotes futuros, recordad mi dolor; formadlos santos para que, en la medida de lo posible, no se repita este dolor; exhortad, velad, enseñad, luchad, estad atentos como madres, sed incansables como maestros, estad despiertos como pastores, sed viriles como guerreros, para sostener a los sacerdotes que serán formados por vosotros! ¡Haced, oh, haced que la culpa del duodécimo apóstol no se vea demasiadas veces repetida en el futuro!...

[8]Sed como Yo fui con vosotros, como soy con vosotros. Os dije: "Sed perfectos como el Padre de los Cielos". Y vuestra humanidad tiembla ante tal orden. Ahora más que cuando os la di, porque ahora conocéis vuestra debilidad. Pues bien, para animaros, os diré: "Sed como vuestro Maestro". Yo soy el Hombre. Lo que Yo he hecho vosotros podéis hacerlo. Incluso los milagros. Sí, incluso los milagros. Para que el mundo sepa que soy Yo el que os envía, y para que el que sufre no llore ante el pensamiento desconsolado de decir: "Él ya no está entre nosotros para curar a nuestros enfermos y consolar nuestros dolores". 634.8

En estos días he hecho milagros para consolar los corazones y convencerlos de que Cristo no ha sido destruido por haber sido conducido a la muerte, sino que, antes al contrario, es más fuerte, eternamente fuerte y poderoso. Pero, cuando Yo ya no esté en medio de vosotros, vosotros haréis las cosas que Yo he hecho hasta ahora y que seguiré haciendo. Pero el amor a la nueva Religión crecerá no tanto por el poder de los milagros, sino por vuestra santidad. Y es de vuestra santidad, no del don que Yo os transmito, de lo que debéis estar celosamente atentos. Cuanto más santos seáis, más os amará mi Corazón, y el Espíritu de Dios os iluminará, mientras la Bondad de Dios y su Poder colmarán vuestras manos de los dones del Cielo.

El milagro no es acto común e indispensable para la vida en la fe. Es más, ¡dichosos los que sepan permanecer en la fe sin medios extraordinarios que ayuden a su acto de creer! Pero tampoco el milagro es un acto tan exclusivamente reservado a tiempos especiales que tenga que cesar con el cese de éstos. El milagro estará en el mundo. Siempre. Y, cuanto más numerosos sean los justos en el mundo, más numerosos serán los milagros. Cuando se vean escasear mucho los milagros verdaderos, dígase entonces que la fe y la justicia están lan-

guideciendo. Porque Yo he dicho: "Si tenéis fe, podréis mover las montañas". Porque Yo he dicho: "Las señales que acompañarán a los que tengan verdadera fe en mí serán la victoria sobre los demonios y sobre las enfermedades, sobre los elementos y las insidias". *Dios está con quien le ama.* Señal de cómo mis fieles estén en mí será el número y la fuerza de los prodigios que harán en mi Nombre y para glorificar a Dios. A un mundo sin milagros verdaderos, se le podrá decir, sin falsedad: "Has perdido la fe y la justicia. Eres un mundo sin santos".

634.9 [9]Así pues, para volver al principio, habéis hecho bien en tratar de retener a los que, como niños seducidos por un rumor de músicas o por un brillo extraño, corren despreocupados lejos de las cosas seguras. Pero, ¿veis? Tienen su castigo, porque pierden mi palabra. De todas formas, también vosotros habéis tenido vuestra parte de error. Os habéis acordado de que Yo había dicho que no se corriera acá o allá ante cualquier voz que dijera que estaba en un determinado lugar. Pero no os habéis acordado de que también había dicho que, en la segunda venida, el Cristo será semejante al relámpago que sale de Oriente y culebrea hasta Occidente, en menos tiempo de lo que dura un parpadeo. Ahora bien, esta segunda venida ha empezado desde el momento de mi Resurrección. Culminará en la aparición del Cristo Juez a todos los resucitados. *Pero antes ¡cuántas veces me apareceré para convertir, curar, consolar, enseñar, dar órdenes!*

En verdad os digo: Estoy para volver al Padre mío, pero la Tierra no perderá mi Presencia. Estaré, en actitud vigilante y como amigo, como Maestro y como Médico, en donde cuerpos o almas, pecadores o santos, tengan necesidad de mí o sean elegidos por mí para transmitir a otros mis palabras. Porque, y también esto es verdad, la Humanidad tendrá necesidad de un continuo acto de amor por mi parte, pues es tan poco dócil y tan tendente a entibiarse y a olvidar, tan tendente a seguir la bajada en vez de la subida, que, si Yo no la sujetara con los medios sobrenaturales, no servirían la ley y el Evangelio, las ayudas divinas que mi Iglesia administrará, para conservar a la Humanidad en el conocimiento de la Verdad y en la bondad de alcanzar el Cielo. Y estoy hablando de la Humanidad que crea en mí... siempre poca respecto a la gran masa de los habitantes de la Tierra.

634.10 [10]*Yo vendré.* El que me tenga que siga humilde; el que no, que no esté ávido de tenerme para recibir alabanzas. *Que ninguno desee lo extraordinario.* Dios sabe cuándo y dónde darlo. Y no es necesario poseer lo extraordinario para entrar en el Cielo; es más, ello es un arma que, si se usa mal, puede abrir el infierno en vez del Cielo. Y ahora os voy a decir cómo. Porque la soberbia puede surgir. Porque puede venir un estado de espíritu abyecto ante los ojos de Dios (abyecto por-

que es semejante a un entorpecimiento en que uno se acomoda para acariciar el tesoro recibido, considerándose ya en el Cielo por haber recibido ese don). No. En ese caso, en vez de llama y ala, el don se transforma en hielo y pesada piedra, y el alma se hunde y muere. Y también: un don mal usado puede suscitar la avidez de recibir todavía más dones para recibir mayores alabanzas. Entonces, en este caso, el Espíritu del Mal podría entrar en lugar del Señor, para seducir a los imprudentes con no genuinos prodigios.

Manteneos siempre alejados de todas las seducciones, de cualquier género que sean. Huid de ellas. Sentíos contentos de lo que Dios os conceda. Él sabe lo que os es útil y en qué manera. Y siempre pensad que todo don, además de don, es prueba, una prueba de vuestra justicia y voluntad. Yo os he dado a todos vosotros las mismas cosas. Pero lo que a vosotros os hizo mejores perdió a Judas. ¿Era, pues, un mal el don? No. Maligna era la voluntad de aquel espíritu...

[11]De la misma manera ahora. Me he aparecido a muchos. No sólo 634.11
para consolar y conceder dones, sino también para felicidad vuestra. Me habíais pedido que convenciera al pueblo —al que tratan de convencer los del Sanedrín respecto a lo que es su pensamiento— de que he resucitado. Me he aparecido a niños y a adultos, en el mismo día, en puntos tan distantes entre sí, que haría falta muchos días de camino para llegar a ellos. Pero para mí ya no existe la esclavitud de las distancias. Y este hecho de aparecerme simultáneamente os ha desorientado también a vosotros. Os habéis dicho: "Éstos han visto fantasmas". Vosotros, pues, habéis olvidado una parte de mis palabras: que de ahora en adelante estaré en Oriente y Occidente, en Septentrión y Mediodía, donde juzgue justo estar, sin que nada me lo impida y rápido como rayo que surca el cielo.

Soy verdadero Hombre. Aquí veis mis miembros y mi Cuerpo, sólido, caliente, capaz de movimiento, respiración y palabra como el vuestro. Pero soy verdadero Dios. Y si durante treinta y tres años la Divinidad estuvo, en vistas de un fin supremo, escondida en la Humanidad, ahora la Divinidad, aunque esté unida a la Humanidad, ha tomado preponderancia, y la Humanidad goza de la libertad perfecta de los cuerpos glorificados. Reina es con la Divinidad y ya no está sujeta a todo lo que significa limitación para la Humanidad. Aquí me veis. Estoy aquí, con vosotros, y podría, si quisiera, estar dentro de un instante en los confines del mundo para atraer hacia mí a un espíritu que me buscara.

[12]¿Y qué fruto tendrá el que Yo haya estado cerca de Cesarea ma- 634.12
rítima y en la otra Cesarea, en el Carit y en Engadí, en Pel.la y en Yuttá y en otros lugares de Judea, y en Bosra y en el Gran Hermón,

en Sidón y en los confines galileos? ¿Y qué fruto tendrá el que haya curado a un niño, y resucitado a uno fallecido poco antes, y confortado a una persona acongojada; y el que haya llamado a servirme a uno que se había macerado en dura penitencia, y a Dios a un justo que me lo había suplicado; y el que haya dado mi mensaje a unos inocentes y mis órdenes a un corazón fiel? ¿Convencerá esto al mundo? No. Los que creen seguirán creyendo, con más paz pero no con mayor fuerza, porque ya sabían verdaderamente creer. Los que no han sabido creer con verdadera fe seguirán en la duda, y los malvados dirán que las apariciones son delirios y embustes, y que el muerto no estaba muerto sino que dormía...

¿Os acordáis cuando os dije la parábola del rico Epulón? Dije que Abraham respondió al réprobo: "Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no creerán ni a uno que resucite de entre los muertos para decirles lo que deben hacer". ¿Han creído, acaso, en mí, Maestro, y en mis milagros? ¿Qué obtuvo el milagro de Lázaro? Mi apresurada condena. ¿Qué, mi resurrección? Un aumento de su odio. Tampoco estos milagros realizados en este último tiempo mío entre vosotros persuadirán al mundo, sino que sólo persuadirán a aquellos que, habiendo elegido el Reino de Dios con sus fatigas y penas actuales y su gloria futura, no son ya del mundo.

Pero me complace el que hayáis sido confirmados en la fe y que os hayáis mostrado fieles a mi indicación quedándoos en este monte, esperando, sin prisas humanas de gozar de cosas que, aun siendo buenas, eran distintas de las que yo os había indicado. La desobediencia aporta un décimo y arrebata nueve décimos. Ellos se han marchado, y oirán palabras de hombres, las mismas de siempre. Vosotros habéis permanecido aquí y habéis oído mi Palabra que, aunque recuerde cosas ya dichas, es siempre buena y útil. Esta lección os servirá de ejemplo a todos vosotros, y también a ellos, para el futuro».

634.13 [13]Jesús recorre con su mirada esos rostros ahí congregados alrededor de Él y dice: «Ven, Eliseo de Engadí, que tengo que decirte una cosa».

No había reconocido al ex leproso hijo del anciano Abraham. Entonces era un esqueleto espectral, ahora es un galán en la flor de la vida.

Se acerca, se postra a los pies de Jesús, que le dice: «Una pregunta se asoma temblorosa a tus labios desde que has sabido que he estado en Engadí. Es ésta: "¿Has consolado a mi padre?". Yo te digo: "¡Más que consolado! Le he tomado conmigo"».

«Contigo, mi Señor. ¿Y dónde está, que no le veo?».

«Eliseo, voy a estar aquí ya poco tiempo. Luego iré a mi Padre...».

«¡Señor!... Quieres decir... ¡Mi padre ha muerto!».

«Se durmió en mi Corazón. También para él terminó el dolor. Lo apuró todo, y permaneciendo siempre fiel al Señor. No llores. ¿No le habías dejado, acaso, por seguirme a mí?».

«Sí, mi Señor...».

«Mira, tu padre está conmigo; por tanto, siguiéndome, vuelves al lado de tu padre».

«¿Pero cuándo? ¿Y cómo?».

«En su viña, donde oyó hablar de mí por primera vez. Tu padre me recordó su súplica del pasado año. Le dije: "Ven". Murió feliz porque tú has dejado todo por seguirme a mí».

«Perdona si lloro... Era mi padre...».

«Sé comprender el dolor». Le pone la mano sobre la cabeza para consolarle, y dice a los discípulos: «Aquí tenéis a un nuevo compañero. Que goce de vuestro cariño, porque Yo le arrebaté de las garras de su sepulcro para que me sirviera».

[14]Luego dice: 634.14

«Elías, ven a Mí. No estés ahí todo tímido como un extranjero entre hermanos. Todo el pasado ha quedado destruido. Y tú, Zacarías, ven también, tú que has dejado padre y madre por mí, ponte con los setenta y dos junto con José de Cintio. Lo merecéis porque, por mí, habéis plantado cara a los modos de los poderosos. Y tú, Felipe, y también tú, su compañero, que no quieres ser llamado por tu nombre, porque te parece horrendo, y tomas el del padre tuyo, que es un justo aunque todavía no esté entre los que me siguen abiertamente.

¿Lo veis? ¿Veis todos que no excluyo a ninguno que tenga buena voluntad? Ni a los que me siguieron antes como discípulos, ni a los que hacían buenas obras en Nombre mío aun no hallándose en las filas de mis discípulos, ni a los que pertenecían a sectas no estimadas por todos, que pueden siempre entrar en el buen camino y no han de ser rechazados. Como Yo hago las cosas, hacedlas vosotros. A éstos los uno a los discípulos antiguos. Porque el Reino de los Cielos está abierto a todos los que tienen buena voluntad. Y, aunque no estén presentes, os digo que no rechacéis ni siquiera a los gentiles. Yo no los he rechazado cuando los he visto deseosos de Verdad. Haced lo que Yo he hecho.

* Y tú, Daniel, que has salido, verdaderamente has salido de la fosa, no de los leones pero sí de los chacales, ven, únete a éstos. Y ven tú, Benjamín. Os uno a éstos (señala a los setenta y dos, que están casi al completo), porque la mies del Señor fructificará mucho y son necesarios muchos obreros.

---

* *salido de la fosa*, como el profeta del mismo nombre, en *Daniel 14, 31-42*.

Ahora vamos a estar un poco aquí juntos, mientras transcurre el día. Al anochecer dejaréis el monte y al amanecer vendréis conmigo, vosotros los apóstoles, vosotros dos a los que he nombrado aparte (señala a Zacarías y a este José de Cintium que no me resulta nuevo) y los que están aquí de los setenta y dos. Los otros se quedarán aquí, esperando a los que, presurosos, han ido a uno u otro lugar, como avispas ociosas, para decirles en mi Nombre que no es imitando a los niños perezosos y desobedientes como se encuentra al Señor. Y que estén en Betania, todos, veinte días antes de Pentecostés, por-
634.15 que después me buscarían en vano. Sentaos todos. Descansad. [15]Vosotros, venid conmigo un poco aparte».

Se encamina, seguido de los once apóstoles y llevando todo el tiempo agarrado de la mano a Margziam.

Se sienta en la parte más tupida del encinar. Arrima a sí a Margziam, que está muy triste. Tan triste, que Pedro dice: «Consuélale, Señor. Ya estaba triste y ahora lo está más todavía».

«¿Por qué, niño? ¿No estás, acaso, conmigo? ¿No deberías estar contento de saber que he superado el dolor?».

Por toda respuesta, Margziam se echa a llorar del todo.

«No sé lo que le pasa. Le he preguntado inútilmente. ¡Y hoy menos me esperaba este llanto!» refunfuña Pedro un poco inquieto.

«Yo, sin embargo, lo sé» dice Juan.

«¡Suerte la tuya! ¿Y por qué llora?».

«No llora desde hoy. Hace ya días...».

«¡Hombre, ya me he dado cuenta! Pero ¿por qué?».

«El Señor lo sabe. Estoy seguro. Y sé que sólo Él tendrá la palabra que consuela» añade Juan sonriendo.

«Es verdad. Lo sé. Y sé que Margziam, discípulo bueno, es un niño, verdaderamente un niño, en este momento, un niño que no ve la verdad de las cosas. Pero, predilecto mío entre todos los discípulos, reflexiona: ¿no ves que he ido a reforzar fes vacilantes, a absolver, a recibir existencias consumidas, a anular venenos de duda inoculados en los más débiles, a responder con un acto de piedad o de rigor a los que aún quieren presentarme batalla, a testificar con mi presencia que he resucitado, donde más empeño se ponía en decir que estaba muerto?; ¿había necesidad, acaso, de ir a ti, niño, cuya fe, esperanza y caridad, cuya voluntad y obediencia conozco?; ¿ir a ti un instante, cuando en realidad te tendré conmigo, como ahora, todavía más veces? ¿Quién, sino tú, y sólo tú entre todos los demás discípulos, celebrará el banquete de Pascua conmigo? ¿Ves a todos éstos? Han celebrado su Pascua, y el sabor del cordero, del caroset y los ácimos y del vino se transformó por entero en ceniza y hiel y vinagre para sus pa-

ladares, en las horas que siguieron. Pero Yo y tú, niño mío, la celebraremos jubilosos, y nuestra Pascua será miel que desciende y permanece. Quien entonces lloró ahora gozará. Quien entonces gozó no puede pretender gozar de nuevo».

[16]«Verdaderamente... no estábamos muy contentos ese día...» susurra Tomás. 634.16

«Sí. Nos temblaba el corazón...» dice Mateo.

«Y un bullir de sospechas e ira estaban dentro de nosotros, al menos dentro de mí» dice Judas Tadeo.

«Y entonces decís que quisierais celebrar la Pascua suplementaria todos...».

«Así es, Señor» dice Pedro.

«Un día te quejaste porque las discípulas y tu hijo no iban a participar en el banquete pascual. Ahora te quejas porque el que no gozó entonces debe recibir su gozo».

«Es verdad. Soy un pecador».

«Y Yo soy "el que se compadece". Quiero que en torno a mí estéis todos; no sólo vosotros, sino también las discípulas. Lázaro nos ofrecerá una vez más su hospitalidad. No quise que estuvieran tus hijas, Felipe, ni vuestras esposas, ni Mirta ni Noemí, ni la jovencita que está con ellas, ni éste. ¡Jerusalén no era lugar adecuado para todos en esos días!».

«¡Es verdad! Ha sido una buena cosa el que no estuvieran» suspira Felipe.

«Sí. Habrían visto nuestra cobardía».

«Calla, Pedro. Está perdonada».

«Sí. Pero yo se la he confesado a mi hijo, y creía que ése era el motivo de su tristeza. Se la he confesado porque siempre que la confieso siento un alivio. Es como si me quitara una voluminosa piedra del corazón. Me siento más absuelto cada vez que me humillo. Pero si Margziam está triste porque Tú te has mostrado a otros...».

«Por esto y no por otro motivo, padre mío».

«¡Pues alégrate, entonces! Él te ha querido y te quiere. Ya lo ves. De todas formas, yo te había dicho lo de la segunda Pascua...».

«Pensaba que la obediencia que Porfiria me había puesto en tu nombre, Señor, la había cumplido demasiado poco gustosamente, y que me castigabas por eso. Y pensaba también que no te aparecías a mí porque odiaba a Judas y a tus verdugos» confiesa Margziam.

«No odies a nadie. Yo he perdonado».

«Sí, mi Señor. No volveré a odiar».

«Y deja de estar triste».

«Ya no estaré triste, Señor».

Margziam, como todos los de edad muy joven, se muestra menos tímido con Jesús que los demás, y, ahora que está seguro de que Jesús no está enojado con él, se abandona a su abrazo con toda confianza; es más, se refugia en pleno, como un polluelo bajo el ala materna, en el cerco del brazo que le estrecha y, cesando ese pesar que le ponía triste e inquieto desde hacía muchos días, se duerme feliz.

«Es un niño todavía» observa el Zelote.

«Sí. ¡Pero cuánto ha sufrido! Me lo dijo Porfiria cuando la avisó José de Tiberíades y me le trajo» le responde Pedro. Luego, al Maestro: «¿También Porfiria a Jerusalén?». ¡Cuánto deseo hay en la voz de Pedro!

«Todas. Quiero bendecirlas antes de subir a mi Padre. También ellas han prestado servicio, y muchas veces mejor que los hombres».

634.17 [17]«¿Y donde tu Madre no vas?» pregunta Judas Tadeo.

«Nosotros estamos juntos».

«¿Juntos? ¿Cuándo?».

«Judas, Judas, ¿tú crees que Yo, que siempre he hallado alegría a su lado, no voy a estar ahora con Ella?».

«Pero María está sola en su casa. Me lo dijo ayer mi madre».

Jesús sonríe y responde: «Detrás del velo del Santo de los Santos entra solamente el Sumo Sacerdote».

«¿Y entonces? ¿Qué quieres decir?».

«Que hay bienaventuranzas que no pueden ser descritas ni conocidas. Esto es lo que quiero decir».

Se separa delicadamente a Margziam, confiándole a los brazos de Juan, que es el más cercano. Se pone en pie. Los bendice. Y mientras ellos, todos de rodillas, agachada la cabeza —menos Juan, que tiene en su regazo la cabeza de Margziam—, reciben su bendición, desaparece.

«Realmente es como ese relámpago de que habla» dice Bartolomé...

Permanecen meditabundos en espera de la puesta de Sol.

634.18 [18]El Señor quiere que coja otro cuaderno para las últimas instrucciones y visiones, que aquí no cabrían porque quedan demasiado pocas páginas.

Hubiera debido empezar el cuaderno nuevo, pero, estando Marta enferma, he escrito aquí y luego lo he copiado en el nuevo. *

---

* *he escrito aquí,* donde efectivamente se halla escrito y tachado el comienzo del capítulo siguiente, hasta las palabras *su constitución,* mientras que las restantes hojas del cuaderno, en las que sin duda continuaba el escrito, fueron arrancadas (excepto la última, en la cual aparecen las dos observaciones de 634.18).

635. Lección sobre los Sacramentos y predicciones sobre la Iglesia.

22 de abril de 1947.

[1]Estoy en otro monte, más poblado aún de bosques, no lejos de Nazaret (a la que lleva un camino que bordea la base del monte). 635.1

Jesús los invita a sentarse en círculo: más cerca, los apóstoles; detrás de éstos, los discípulos (los que, de los setenta y dos, no se habían desperdigado yendo a distintos lugares), más Zacarías y José. Margziam está a sus pies, en una posición de privilegio.

Jesús, en cuanto se sientan y se callan y están todos atentos a sus palabras, empieza a hablar. Dice:

«Prestadme toda vuestra atención porque os voy a decir cosas de suma importancia. Todavía no las comprenderéis todas, ni todas bien. Pero Aquel que vendrá después de mí os las hará comprender. Escuchadme, pues.

[2]Nadie está más convencido que vosotros de que sin la ayuda de Dios el hombre peca fácilmente, pues es debilísima su constitución, debilitada por el Pecado. Sería, entonces, un Redentor imprudente si, después de haberos dado tanto para redimiros, no diera también los medios para conservaros en los frutos de mi Sacrificio. 635.2

Sabéis que toda la facilidad para pecar viene de la Culpa, que, privando de la Gracia a los hombres, los despoja de su fortaleza, que está en la unión con la Gracia. Habéis dicho: "Pero Tú has devuelto la Gracia"*. No. Ha sido devuelta a los justos hasta mi Muerte. Para devolvérsela a los próximos se requiere un medio. Un medio que no será solamente una figura ritual, sino que imprimirá verdaderamente en quien lo reciba el carácter real de hijo de Dios, cuales eran Adán y Eva, cuya alma, vivificada por la Gracia, poseía dones excelsos que Dios había dado a su amada criatura.

Vosotros sabéis lo que tenía el Hombre y lo que perdió el hombre. Ahora, por mi Sacrificio, las puertas de la Gracia están de nuevo abiertas, y el río de la Gracia puede descender hacia todos los que la piden por amor a mí. Por eso, los hombres tendrán el carácter de hijos de Dios por los méritos del primogénito de los hombres, por los méritos de quien os habla, vuestro Redentor, vuestro Pontífice eterno, vuestro Hermano en el Padre, vuestro Maestro. Desde Jesucristo y por Jesucristo, los hombres presentes y futuros podrán poseer el Cielo y gozar de Dios, fin último del hombre.

---

* *a los justos hasta mi Muerte*, es decir *a los justos que han vivido hasta mi Muerte*, distintos de *los próximos* (para los cuales *se requiere un medio*).

Hasta ahora, ni los justos más justos, aunque estuvieran circuncidados como hijos del pueblo elegido, podían alcanzar este fin. Dios consideraba sus virtudes, sus lugares estaban preparados en el Cielo, pero éste les estaba vedado, y negado les era el gozar de Dios, porque en sus almas, jardines benditos florecidos con toda suerte de virtudes, estaba también el árbol maldito de la Culpa original, y ninguna obra, por santa que fuera, podía destruirlo, y no es posible entrar en el Cielo con raíces y frondas de tan maléfico árbol. El día de la Parasceve, el suspiro de los patriarcas y profetas y de todos los justos de Israel se aplacó en el gozo de la Redención cumplida, y las almas, más blancas que nieve montana hasta donde alcanzaba su virtud, se vieron libres incluso de la única Mancha que las mantenía apartadas del Cielo.

Pero el mundo continúa. Generaciones y más generaciones surgen y surgirán. Pueblos y más pueblos vendrán a Cristo. ¿Puede Cristo morir para cada nueva generación, para salvarla, o para cada pueblo que a Él venga? No. Cristo ha muerto una vez y *no volverá a morir jamás, en toda la eternidad.* ¿Habrá de suceder, pues, que estas generaciones, estos pueblos, se hagan sabios por mi Palabra pero no posean el Cielo ni gocen de Dios, por estar heridos por la Mancha original? Tampoco. No sería justo, ni para ellos, pues vano sería su amor a mí, ni para mí, pues por demasiado pocos habría muerto. ¿Y entonces? ¿Cómo conciliar estas cosas distintas? ¿Qué nuevo milagro hará Cristo —que ya ha hecho muchos— antes de dejar el mundo para ir al Cielo, después de haber amado a los hombres hasta querer morir por ellos?

635.3 [3]Ya ha hecho uno, dejándoos su Cuerpo y su Sangre para alimento fortalecedor y santificador y para recuerdo de su amor; y os ha mandado que hagáis lo que Él hizo para recuerdo suyo y como medio santificador para los discípulos, y para los discípulos de los discípulos, hasta el final de los tiempos.

Pero, aquella noche, purificados ya vosotros externamente, ¿recordáis lo que hice? Me ceñí una toalla y os lavé los pies. Y, a uno de vosotros, que se escandalizaba de aquel gesto demasiado humillante, le dije: "Si no te lavo, no tendrás parte conmigo".

No entendisteis lo que quería decir, ni de qué parte hablaba, ni qué símbolo estaba poniendo. Pues bien, os lo digo. Además de haberos enseñado la humildad y la necesidad de ser puros para entrar a formar parte del Reino mío, además de haberos hecho observar benignamente que Dios, de uno que es justo, y por tanto puro en su espíritu y en su intelecto, exige únicamente una última purificación —de aquella parte que, necesariamente, más fácilmente se contamina

incluso en los justos, quizás sólo polvo que la necesaria convivencia con los hombres deposita en los miembros limpios, en la carne—, además de estas cosas, enseñé otra. Os lavé los pies, la parte inferior del cuerpo, la que va entre barro y polvo, a veces incluso entre inmundicias, para significar la carne, la parte material del hombre, la * cual tiene siempre —excepto en los sin Mancha original, o por obra de Dios o por naturaleza divina— imperfecciones, a veces tan mínimas que sólo Dios las ve, pero que verdaderamente deben ser vigiladas, para que no cobren fuerza y se transformen en hábito natural, y deben ser agredidas para ser extirpadas.

[4]Os lavé los pies, pues. ¿Cuándo? Antes de la fracción del pan y 635.4
del vino transubstanciados en mi Cuerpo y en mi Sangre. Porque Yo soy el Cordero de Dios y no puedo descender a donde Satanás tiene puesta su huella. Así pues, primero os lavé; luego me di a vosotros. También vosotros lavaréis con el Bautismo a los que vengan a mí, para que no reciban indignamente mi Cuerpo y no se transforme en tremenda condena de muerte.

Os estremecéis. Os miráis. Con las miradas os preguntáis: "¿Y Judas, entonces?". Os digo: "Judas comió su muerte". El supremo acto de amor no le tocó el corazón. El extremo intento de su Maestro chocó contra la piedra de su corazón, y esa piedra, en lugar de la Tau, llevaba grabada la horrenda sigla de Satanás, la señal de la Bestia.

Así pues, os lavé antes de admitiros al banquete eucarístico, antes de escuchar la confesión de vuestros pecados, antes de infundiros el Espíritu Santo y, por tanto, el carácter de verdaderos cristianos reconfirmados en Gracia, y de Sacerdotes míos. Hágase, pues, así con aquellos a quienes debéis preparar para la vida cristiana.

[5]Bautizad con agua en el Nombre del Dios uno y trino y en mi 635.5
Nombre y por mis méritos infinitos, para que sea borrada de los corazones la Culpa original, sean perdonados los pecados, sean infundidas la Gracia y las santas Virtudes, y el Espíritu Santo pueda descender a morar en los templos consagrados que serán los cuerpos de los hombres que viven en la gracia del Señor.

¿Era necesaria el agua para borrar el Pecado? El agua no toca al alma, no. Pero tampoco el signo inmaterial toca la vista del hombre, tan material en todas sus acciones. Bien podía Yo infundir la Vida sin el medio visible. Pero ¿quién lo habría creído? ¿Cuántos son los hombres que saben creer firmemente si no ven? Tomad, pues, de la * antigua Ley mosaica el agua lustral, usada para purificar a los im-

---

* *sin Mancha original* son María Stma. *por obra de Dios* y Jesús *por naturaleza divina*, como observa MV en una copia mecanografiada. Concepto corroborado en 642.3.
* *el agua lustral,* como en el ritual prescrito en *Números 19, 17-22.*

puros y admitirlos de nuevo, cuando se habían contaminado con un cadáver, en los campamentos. Es verdad, todo hombre que nace está contaminado al tener contacto con un alma muerta a la Gracia. Sea, pues, ésta, con el agua lustral, purificada del contacto impuro y hágasela digna de entrar en el Templo eterno.

Y tened estima por el agua... Después de haber expiado y redimido con treinta y tres años de vida fatigosa culminada en la Pasión, y después de haber dado mi Sangre por los pecados de los hombres, fueron extraídas del Cuerpo desangrado e inmolado del Mártir las aguas saludables para lavar la Culpa original. Con el Sacrificio consumado, Yo os he redimido de aquella mancha. Si en el umbral de la muerte un milagro mío divino me hubiera hecho descender de la cruz, en verdad os digo que, por la sangre derramada habría purificado las culpas, *pero no la Culpa*. Para ésta ha sido necesaria la *consumación total*. En verdad, las aguas saludables de que habla Ezequiel* han salido de este Costado mío. Sumergid en él a las almas. Que salgan de él inmaculadas para recibir al Espíritu Santo que, en memoria de aquel soplo que el Creador espiró en Adán para darle el espíritu y, por tanto, la imagen y semejanza con Él, volverá a soplar y a morar en los corazones de los hombres redimidos.

Bautizad con mi Bautismo, pero en el Nombre del Dios trino. Porque, en verdad, si el Padre no hubiera querido y el Espíritu no hubiera actuado, el Verbo no se habría encarnado y vosotros no habríais recibido Redención. Por lo cual, es cuestión de justicia y de deber el que todo hombre reciba la Vida por Aquellos que se han unido en querérsela dar, nombrándose al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo en el acto del Bautismo, que de mí tomará el nombre de cristiano para diferenciarle de los otros, pasados o futuros, los cuales serán ritos *pero no signos indelebles en la parte inmortal*.

635.6 [6]Y tomad el Pan y el Vino como Yo hice, y, en mi Nombre, bendecid, fraccionad y distribuid; y se nutran de mí los cristianos. Y haced del Pan y del Vino una ofrenda al Padre de los Cielos, inmolándola después en memoria del Sacrificio que Yo ofrecí y llevé a cabo en la Cruz por vuestra salvación. Yo, Sacerdote y Víctima, por mí mismo me ofrecí y sacrifiqué, no pudiendo ninguno, si Yo no hubiera querido, hacer esto de mí. Vosotros, mis Sacerdotes, haced esto en memoria mía y para que los tesoros infinitos de mi Sacrificio suban impetradores a Dios y desciendan propicios sobre todos aquellos que los invocan con fe segura.

Fe segura, he dicho. No se exige ciencia para gozar del eucarístico

---

* *de que habla Ezequiel*, en *Ezequiel 47, 1-12*.

Alimento y del eucarístico Sacrificio, *sino fe*. Fe en que en ese pan y en ese vino que uno, autorizado por mí y por los que después de mí vendrán —vosotros: tú, Pedro, Pontífice nuevo de la nueva Iglesia; tú, Santiago de Alfeo; tú, Juan; tú, Andrés; tú, Simón; tú, Felipe; tú, Bartolomé; tú, Tomás; tú, Judas Tadeo; tú, Mateo; tú, Santiago de Zebedeo—, consagre en mi Nombre es mi verdadero Cuerpo, mi verdadera Sangre; y fe en que quien se nutre de ellos me recibe en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad; y fe en que quien me ofrece ofrece realmente a Jesucristo como Él se ofreció por los pecados del mundo. Un niño o un ignorante me pueden recibir al igual que pueden hacerlo un adulto y una persona docta. Y el Sacrificio ofrecido aportará a un niño o a un ignorante los mismos beneficios que a cualquiera de vosotros. Basta con que en ellos haya fe y gracia del Señor.

[7]Pero vosotros vais a recibir un nuevo Bautismo, el del Espíritu 635.7
Santo. Os lo he prometido y se os dará. El propio Espíritu Santo descenderá sobre vosotros. Ya os diré cuándo. Y quedaréis repletos de Él, con la plenitud de los dones sacerdotales. Podréis, por tanto, como he hecho Yo con vosotros, infundir el Espíritu Santo de que estaréis repletos, para confirmar en gracia a los cristianos e infundir en ellos los dones del Paráclito. Sacramento regio poco inferior al Sa-
* cerdocio. Que tenga la solemnidad, pues, de las consagraciones mosaicas con la imposición de las manos y la unción con óleo perfumado, en el pasado usado para consagrar a los Sacerdotes.

¡No, no os miréis tan asustados! ¡No estoy diciendo palabras sacrílegas! ¡No os estoy enseñando un acto sacrílego! La dignidad del cristiano es tal, que, lo repito, en poco es inferior a un sacerdocio. ¿Dónde viven los sacerdotes? En el Templo. Y un cristiano será un templo vivo. ¿Qué hacen los sacerdotes? Sirven a Dios con oraciones, con sacrificios y cuidando de los fieles. Esto hubieran debido hacer... Y el cristiano servirá a Dios con la oración y el sacrificio y con la caridad fraterna.

[8]Y escucharéis la confesión de los pecados, así como Yo he escu- 635.8
chado los vuestros y los de muchos, y he perdonado donde he visto verdadero arrepentimiento.

¿Os inquietáis? ¿Por qué? ¿Tenéis miedo de no saber distinguir? He hablado otras veces sobre el pecado y sobre el juicio acerca del
* pecado. Y, al juzgar, acordaos de meditar en las siete condiciones por las que una acción puede ser o no pecado, y de distinta gravedad. Resumo. ¿Cuándo se ha pecado y cuántas veces?, ¿quién ha pecado?,

---

* *consagraciones mosaicas*, como las prescritas en: *Éxodo 29, 1-35*; *Levítico 8*.
* *siete condiciones*, como las enunciadas y explicadas en 126.2/8.

¿con quién?, ¿con qué?, ¿cuál es la materia del pecado?, ¿cuál la causa?, ¿por qué se ha pecado? Pero no temáis. El Espíritu Santo os ayudará.

Eso sí, con todo mi corazón os conjuro que observéis una vida santa, la cual aumentará de tal manera en vosotros las luces sobrenaturales, que llegaréis a leer sin error el corazón de los hombres y podréis, con amor y autoridad, declarar a los pecadores, temerosos de revelar su pecado o rebeldes para confesarlo, el estado de su corazón, ayudando a los tímidos y humillando a los impenitentes. Recordad que la Tierra pierde al Absolvedor y que vosotros debéis ser lo que Yo era: justo, paciente, misericordioso, *pero no débil*. Os he dicho: lo que desatéis en la Tierra quedará desatado en el Cielo y lo que aquí atéis quedará atado en el Cielo. Por tanto, con sopesada reflexión juzgad a cada uno de los hombres sin dejaros corromper por simpatías o antipatías, por regalos o amenazas; imparciales en todo y para todos como es Dios, teniendo presentes la debilidad del hombre y las insidias de los enemigos.

Os recuerdo que algunas veces Dios permite también las caídas de sus elegidos; no porque le guste verlos caer, sino porque de una caída puede resultar un bien futuro mayor. Tended, pues, la mano a quien cae, porque no sabéis si esa caída puede ser la crisis que remedia una enfermedad que para siempre termina, dejando en la sangre una purificación que produce salud, en nuestro caso: que produce santidad.

Sed, por el contrario, severos con los que no tengan respeto hacia mi Sangre y, acabada de lavar su alma por el lavacro divino, se arrojen al cieno una y cien veces. No los maldigáis, pero sed severos. Exhortadlos. Reciban vuestro llamamiento setenta veces siete. Recurriréis al extremo castigo de separarlos del pueblo elegido sólo cuando su pertinacia en un pecado que escandalice a los hermanos os obligue a actuar para no haceros cómplices de sus acciones. Recordad lo que dije: "Si tu hermano ha pecado, corrígele a solas. Si no te escucha, corrígele ante dos o tres testigos. Si esto no basta, ponlo en conocimiento de la Iglesia. Si no escucha ni siquiera a la Iglesia, considérale como un gentil y un publicano".

635.9 [9]En la religión mosaica el matrimonio es un contrato. Que en la * nueva religión cristiana sea un acto sagrado e *indisoluble*, sobre el cual descienda la gracia del Señor para hacer de los cónyuges dos ministros suyos en la propagación de la especie humana.

Tratad desde los primeros momentos de aconsejar al cónyuge

* *es un contrato*, como en *Tobías 7, 14.*

procedente de la nueva religión que induzca al cónyuge que aún se halla fuera del número de los fieles a entrar a formar parte de este número, para evitar esas dolorosas divisiones de pensamiento, y consiguientemente de paz, que hemos observado incluso entre nosotros. Pero, cuando se trate de fieles en el Señor, *que por ninguna razón se desuna aquello que Dios ha unido.* Y en el caso de una parte que se encuentre, siendo cristiana, unida a otra parte gentil, aconsejo que aquélla lleve su cruz con paciencia y mansedumbre, y también con fortaleza, hasta el punto de saber morir por defender su fe, pero sin abandonar al cónyuge al que se ha unido con su pleno consenso. Éste es mi consejo para una vida más perfecta en el estado matrimonial, mientras no sea posible —lo será con la difusión del cristianismo— tener matrimonios de fieles. *Entonces sagrado e indisoluble ha de ser el vínculo, y santo el amor.*

Malo sería el que, por la dureza de los corazones, se diera en la
* nueva fe lo que se dio en la antigua: la permisión del repudio y de la separación para evitar escándalos creados por la libídine del hombre. En verdad os digo que todos deben llevar su cruz en todos los estados, y también en el matrimonial. Y también os digo en verdad que ninguna presión debe doblegar vuestra autoridad que afirme: "No es lícito" a aquel que quiera pasar a nuevo desposorio antes de que uno de los cónyuges haya muerto. Os digo que es mejor que una parte corrompida se separe —ella sola o seguida por otros— *antes que concederle, por retenerla en el Cuerpo de la Iglesia, algo que sea contrario a la santidad del matrimonio, escandalizando a los humildes y poniéndolos en la tesitura de hacer consideraciones desfavorables a la integridad sacerdotal y sobre el valor de la riqueza o el poder.*

Acto serio y santo son las nupcias. Y para mostrar esto estuve en una boda, y allí realicé el primer milagro. Pero, ¡ay si degeneran en libídine y capricho! *El matrimonio, contrato natural entre el hombre y la mujer, que se eleve de ahora en adelante a contrato espiritual por el cual las almas de dos que se amen juren servir al Señor en un amor recíproco ofrecido a Él en obediencia a su imperativo de procreación para dar hijos al Señor.*

* [10]Otra cosa... Santiago, ¿recuerdas lo que hablamos en el Car- 635.10
melo? Desde entonces te he venido hablando. Pero los otros ignoran esto... Visteis a María de Lázaro ungir mis miembros en la cena del sábado en Betania. En esa ocasión os dije: "Ella me ha preparado para la sepultura". En verdad lo hizo. No para la sepultura —ella creía

---

* *lo que se dio en la antigua,* con el divorcio prescrito en *Deuteronomio 24, 1-4.*
* *lo que hablamos en el Carmelo,* en el capítulo 258; *en la cena del sábado en Betania,* en 586.6/8.

que ese dolor estaba aún lejano—, pero sí para purificar mis miembros de todas las impurezas del camino, para ungirlos y así subiera perfumado con óleo balsámico al trono.

La vida del hombre es un camino. La entrada del hombre en la otra vida debería ser la entrada en el Reino. A todo rey se le unge y perfuma antes de subir a su trono y mostrarse a su pueblo. También el cristiano es un hijo de rey, que recorre su camino en dirección al reino a donde el Padre le llama. La muerte del cristiano no es sino la entrada en el Reino para subir al trono que el Padre le ha preparado. La muerte —para aquel que, sabiendo que está en su gracia, no teme a Dios— no infunde espanto. Ahora bien, purifíquese de todo residuo el cuerpo de aquel que deba subir al trono, para que se conserve hermoso para la resurrección; y purifíquesele el espíritu, para que resplandezca en el trono que el Padre le ha preparado para que aparezca con la dignidad que corresponde al hijo de tan gran rey. Aumento de la Gracia, cancelación de los pecados de que el hombre tenga pleno arrepentimiento, suscitación de ardoroso deseo del Bien, comunicación de fuerza para el combate supremo: esto ha de ser la unción que se dé a los moribundos cristianos; o, dicho más propiamente, a los cristianos que estén para nacer, porque en verdad os digo que el que muere en el Señor nace a la vida eterna.

Repetid el gesto de María en los miembros de los elegidos. Y que ninguno lo considere indigno de él. Yo acepté de manos de una mujer aquel óleo balsámico. Que todo cristiano se sienta honrado considerándolo una gracia suprema que le viene de la Iglesia de la que es hijo, y que lo acepte del sacerdote para quedar limpio de sus últimas manchas. Y que todo sacerdote gustosamente repita en el cuerpo de su hermano moribundo el acto de amor de María para con el Cristo penante. En verdad os digo que aquello que en aquella ocasión no hicisteis conmigo, dejando que una mujer os llevara la delantera —y ahora pensáis en ello con mucho dolor— podéis hacerlo en el futuro, y tantas veces cuantas sean las que os inclinéis con amor hacia un moribundo para prepararle para su encuentro con Dios. Yo estoy en los mendigos y en los moribundos, en los peregrinos, en los huérfanos, en las viudas, en los prisioneros, en los que tienen hambre, sed o frío, en los que están afligidos o cansados. Yo estoy en todos los miembros de mi místico Cuerpo, que es la unión de mis fieles. Amadme en ellos y ofreceréis reparación por vuestro desamor de tantas veces, y me daréis gran alegría a mí, y a vosotros os daréis mucha gloria.

635.11 [11]Y considerad que contra vosotros conspiran el mundo, la edad, las enfermedades, el tiempo, las persecuciones. Evitad, pues, el ser

avaros de lo que habéis recibido, y evitad la imprudencia. Transmitid, por esto, en mi Nombre, el Sacerdocio a los mejores de entre los discípulos, para que la Tierra no se quede sin sacerdotes. Y que sea un carácter sagrado *concedido después de un profundo examen*, no verbal sino *de las acciones de aquel que pide ser sacerdote, o de aquel a quien juzguéis apto para serlo.*

Pensad en lo que es el Sacerdote; en el bien que puede hacer y en el mal que puede hacer. Habéis visto una muestra de lo que puede hacer un sacerdote venido a menos en su carácter sagrado. En verdad os digo que por las culpas del Templo esta nación será dispersada. Pero también os digo, en verdad, que igualmente será destruida la Tierra cuando el abominio de la desolación entre en el nuevo sacerdocio, conduciendo a los hombres a la apostasía para abrazar las doctrinas infernales. Entonces surgirá el hijo de Satanás, y los pueblos, tremendamente horrorizados, gemirán, y pocos permanecerán fieles al Señor; entonces, entre convulsiones de horror, vendrá el final, tras la victoria de Dios y de sus pocos elegidos, y descenderá la ira de Dios sobre todos los malditos. ¡Desventura, tres veces desventura si para esos pocos ya no hay *santos*, los últimos pabellones del Templo de Cristo! ¡Desventura, tres veces desventura si para confortar a los últimos cristianos no hay *verdaderos* Sacerdotes como los habrá para los primeros!

En verdad, la última persecución, no siendo persecución de hombres sino del hijo de Satanás y de sus seguidores, será horrenda. ¿Sacerdotes? Tan feroz será la persecución de las hordas del Anticristo, que los de la última hora deberán ser más que sacerdotes. Semejantes* al hombre vestido de lino (tan santo, que está al lado del Señor; el hombre de la visión de Ezequiel), deberán, infatigablemente, con su perfección, marcar una Tau en los espíritus de esos pocos fieles, para que llamas de infierno no la cancelen. ¿Sacerdotes? Ángeles. Ángeles que agiten el turíbulo cargado de los inciensos de sus virtudes para purificar el aire de los miasmas de Satanás. ¿Ángeles? Más que ángeles: otros Cristos, para que los fieles del último tiempo puedan perseverar hasta el final. Esto es lo que deberán ser.

[12]Pero el bien y el mal futuros tienen raíz en el presente. Los aludes empiezan con un copo de nieve. Un sacerdote indigno, impuro, hereje, infiel, incrédulo, tibio o frío, apagado, insípido, lujurioso, hace un daño diez veces superior al que provoca un fiel culpable de los mismos pecados; y arrastra a muchos otros al pecado. La relajación en el Sacerdocio, el acoger doctrinas impuras, el egoísmo, la codicia, 635.12

* *hombre vestido de lino*, en *Ezequiel 9, 2.3.11; 10, 2.6.7.*

la concupiscencia en el Sacerdocio, ya sabéis en donde desembocan: en el deicidio. Y en los siglos futuros ya no se podrá matar al Hijo de Dios, pero sí se podrá matar la fe en Dios, la idea de Dios. Por lo cual se llevará a cabo un deicidio aún más irreparable, porque carecerá de resurrección. Sí, se podrá llevar a cabo; lo veo... Podrá ser llevado a cabo por los demasiados Judas de Keriot de los siglos futuros. ¡Un horror!...

¡Mi Iglesia removida de sus quicios por sus propios ministros! ¡Y Yo sosteniéndola con la ayuda de las víctimas! ¡Y ellos, esos Sacerdotes que tendrán únicamente las vestiduras del Sacerdote, pero no su alma, ayudando a intensificar las olas agitadas por la Serpiente infernal contra tu barca, Pedro! ¡En pie! ¡Yérguete! Transmite esta orden a tus sucesores: "Mano al timón, mano dura con los náufragos *que han querido naufragar* y tratan de hacer naufragar a la barca de Dios". Descarga tu mano, pero salva y sigue adelante. Sé severo, porque justo es el castigo contra los hombres rapaces. Defiende el tesoro de la fe. Mantén alta la luz, como un faro por encima de las olas desatadas, para que los que siguen a tu barca vean y no perezcan. Pastor y nauta para los tiempos tremendos, recoge, guía, *levanta alto mi Evangelio, porque en él y no en otra ciencia se halla la salvación.*

635.13 [13]Lo mismo que nos ha sucedido a los de Israel, y aún más profundamente, llegarán tiempos en que el Sacerdocio creerá —por saber sólo lo superfluo, desconociendo lo indispensable, o conociendo sólo su forma muerta, esa forma con que ahora conocen los sacerdotes la Ley, o sea, no el espíritu sino el revestimiento, y exageradamente recargado de adornos— creerá, digo, ser una clase superior. Vendrán tiempos en que el Libro quedará substituido por todos los demás libros, y aquél será usado sólo como lo usaría uno que debiera utilizar forzadamente un objeto, o sea, mecánicamente; como un agricultor ara, siembra, recoge, sin meditar en la maravillosa providencia que hay en esa nueva multiplicación de semillas que sucede todos los años: una semilla arrojada a la tierra removida, que se hace tallo y espiga, luego harina y luego pan por paterno amor de Dios. ¿Quién, al llevarse a la boca un trozo de pan alza el espíritu hacia Aquel que creó la primera semilla y desde siglos la hace renacer y crecer, distribuyendo con medida las lluvias y el calor para que germine y se alce y madure sin que se ponga lacia o se queme? Así, llegará el tiempo en que será enseñado el Evangelio *científicamente bien, pero espiritualmente mal.*

Ahora bien, ¿qué es la ciencia si falta la sabiduría? Es paja. Paja que se hincha y no nutre. Y en verdad os digo que llegará un tiempo en que demasiados de entre los Sacerdotes serán semejantes a paja-

res llenos, soberbios pajares, que se mostrarán arrogantes con su orgullo de estar muy llenos, como si a sí mismos se hubieran proporcionado esas espigas que coronaron las cañas, como si todavía las espigas estuvieran en la cima de las cañas; y creerán ser *todo* por tener toda esa paja, en vez del puñado de mies, del verdadero alimento que es el espíritu del Evangelio. ¡Un montón! ¡Un montón de paja! Pero ¿puede bastar la paja? Ni siquiera para el vientre del jumento basta, y, si el amo del jumento no vigoriza al animal con cereales y forraje fresco, el jumento nutrido sólo con paja se debilita e incluso muere.

Pues bien, os digo que llegará el momento en que los Sacerdotes, olvidando que con pocas espigas instruí a los espíritus en orden a la verdad, y olvidando cuánto le costó a su Señor ese verdadero pan del espíritu (sacado por entero y solamente de la Sabiduría divina, expresado por la divina Palabra, noble en su forma doctrinal, incansable en repetirse, para que no se pierdan las verdades dichas, humilde en su forma, sin atavíos de ciencias humanas, sin complementos históricos y geográficos), no se preocuparán del alma de ese pan del espíritu, sino sólo del revestimiento con que presentarlo, para hacer ver a las multitudes cuántas cosas saben, y el espíritu del Evangelio quedará difuminado en ellos bajo avalanchas de ciencia humana. Pero, si no lo poseen, ¿cómo pueden transmitirlo? ¿Qué darán a los fieles estos pajares hinchados? Paja. ¿Qué alimento recibirán de ellos los espíritus de los fieles? Pues lo que no da para más que para arrastrar una mortecina vida. ¿Qué fruto producirán de esta enseñanza y de este conocimiento imperfecto del Evangelio? Pues el enfriamiento de los corazones, el que entren doctrinas heréticas, doctrinas e ideas más que heréticas incluso, en vez de la única, verdadera Doctrina; y la preparación del terreno para la Bestia, para su fugaz reino de hielo, tinieblas y horror.

En verdad os digo que, de la misma manera que el Padre y Creador multiplica las estrellas para que no se despueble el cielo por las que, terminada su vida, perecen, *así, igualmente, Yo tendré que evangelizar muchísimas veces a discípulos a los que distribuiré entre los hombres y a lo largo de los siglos. Y también en verdad os digo que el destino de éstos será como el mío; es decir, la sinagoga y los soberbios los perseguirán como me han perseguido a mí.* Pero tanto Yo como ellos tenemos nuestra recompensa: la de hacer la Voluntad de Dios, y la de servirle hasta la muerte de cruz para que su gloria resplandezca y el conocimiento de Él no se apague.

635.14 [14]Pero tú, Pontífice, y vosotros, Pastores, en vosotros y en vuestros sucesores, velad para que no se pierda el espíritu del Evangelio y, in-

cansablemente, orad al Espíritu Santo para que en vosotros se renueve un continuo Pentecostés —no sabéis lo que quiero decir, pero pronto lo sabréis—, de forma que podáis comprender todos los idiomas y discernir mis voces de las del Simio de Dios: Satán, y elegir aquéllas. *Y no dejéis caer en el vacío mis voces futuras. Cada una de ellas es un acto de misericordia mía para ayudaros; y esas voces, cuanto más vea Yo, por razones divinas, que el Cristianismo las necesita para superar las borrascas de los tiempos, más numerosas serán.*

¡Pastor y nauta, Pedro! Pastor y nauta. Llegará el día en que no te bastará con ser pastor, si no eres nauta; ni con ser nauta, si no eres pastor. Ambas cosas deberás ser: para mantener congregados a los corderos (esos corderos que tentáculos y garras feroces tratarán de arrebatarte, o falaces músicas de promesas imposibles te seducirán), y para llevar adelante la barca (esa barca que será embestida por todos los vientos, de Septentrión y Meridión, de Oriente y Occidente; azotada y sacudida por las fuerzas del abismo; asaeteada por los arqueros de la Bestia; lamida por el aliento de fuego del dragón, que barrerá sus bordes con su cola, de forma que los imprudentes sufrirán el fuego y perecerán cayendo a las enfurecidas olas).

Pastor y nauta en los tiempos tremendos... *Tu brújula, el Evangelio. En él están la Vida y la Salvación. Y todo está dicho en él. Todos los artículos del Código santo, todas las respuestas para los múltiples casos de las almas están en él.* Y haz que de él no se separen ni los Sacerdotes ni los fieles. Haz que no vengan dudas sobre él, ni alteraciones a él, ni substituciones ni sofisticaciones.

El Evangelio... *soy Yo mismo el Evangelio.* Desde el nacimiento hasta la muerte. *En el Evangelio está Dios.* Porque en él aparecen manifiestas las obras del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. *El Evangelio es amor.* Yo he dicho: "Mi Palabra es Vida". He dicho: "Dios es caridad". Que conozcan, pues, los pueblos mi Palabra y tengan en ellos el amor, o sea, a Dios. Para tener el Reino de Dios. Porque el que no está en Dios no tiene en sí la Vida. Porque los que no reciban la Palabra del Padre no podrán ser una sola cosa con el Padre, conmigo y con el Espíritu Santo en el Cielo, y no podrán pertenecer a ese único Redil que es santo como Yo quiero que lo sea. No serán sarmientos unidos a la Vid, porque quien rechaza en su totalidad o parcialmente mi Palabra es un miembro por el que ya no circula la savia de la Vid. Mi Palabra es savia que nutre y hace crecer y fructificar.

635.15 [15]Todo esto lo haréis en recuerdo de mí, que os lo he enseñado. Mucho más podría deciros sobre estas cosas. Pero me he limitado a echar la semilla. El Espíritu Santo la hará germinar. He querido da-

ros Yo la semilla, porque conozco vuestros corazones y sé cómo titubearíais, a causa del miedo, por indicaciones espirituales, inmateriales. El miedo a caer en engaño paralizaría vuestra voluntad. Por eso os he hablado —Yo primero— de todas las cosas. Luego el Paráclito os recordará mis palabras y os las ampliará detalladamente. Y no temeréis porque recordaréis que la primera semilla os la di Yo.

Dejaos guiar por el Espíritu Santo. Si mi Mano os ha guiado con dulzura, su Luz es dulcísima. Él es el Amor de Dios. Así Yo me marcho contento, porque sé que Él ocupará mi lugar y os guiará al conocimiento de Dios. Todavía no le conocéis, a pesar de que os haya hablado mucho de Él. Pero no es culpa vuestra. Vosotros habéis hecho de todo por comprenderme y por eso estáis justificados, a pesar de que hayáis comprendido poco en tres años. La falta de la Gracia ofuscaba vuestro espíritu. Ahora también comprendéis poco, aunque la Gracia de Dios haya descendido de mi cruz sobre vosotros. Tenéis necesidad del Fuego. Un día hablé de esto a uno de vosotros, yendo por los caminos de las orillas del Jordán.

La hora ha llegado. Vuelvo a mi Padre, pero no os dejo solos, porque os dejo la Eucaristía, o sea, a vuestro Jesús hecho alimento para los hombres. Y os dejo al Amigo: al Paráclito. Él os guiará. Paso vuestras almas de mi Luz a su Luz y Él llevará a cabo vuestra formación».

[16]«¿Nos dejas ahora? ¿Aquí? ¿En este monte?». Están todos desolados. 635.16

«No. Todavía no. Pero el tiempo vuela y pronto llegará ese momento».

«¡No me dejes en la Tierra sin ti, Señor! Te he querido desde tu Nacimiento hasta tu Muerte, desde tu Muerte hasta tu Resurrección, y siempre. Pero, ¡demasiado triste sería saber que no estuvieras ya entre nosotros! Escuchaste la oración del padre de Eliseo. Has acogido las peticiones de muchos. ¡Acoge la mía, Señor!» suplica Isaac, de rodillas, tendidas sus manos hacia adelante.

«La vida que todavía podrías tener sería predicación de mí, quizás gloria de martirio. Supiste ser mártir por amor a mí cuando era niño, ¿temes ahora serlo por amor a mí glorioso?».

«Mi gloria consistiría en seguirte, Señor. Soy pobre e ignorante. Todo lo que podría dar lo he dado con buena voluntad. Ahora lo que querría sería seguirte. Pero hágase como Tú quieres, ahora y siempre».

Jesús pone sobre la cabeza de Isaac la mano, y la mantiene haciendo una larga caricia mientras dice a todos los presentes: «¿No tenéis preguntas que hacerme? Son las últimas lecciones. Hablad a

vuestro Maestro... ¿Veis como los pequeños tienen confianza conmigo?».

En efecto, también hoy Margziam apoya la cabeza en el cuerpo de Jesús, pegándose fuertemente a Él; e Isaac tampoco ha mostrado reticencia en exponer su deseo.

«La verdad... Sí... Tenemos preguntas que hacerte...» dice Pedro.

«Pues preguntad».

635.17 [17]«Sí... Ayer, al declinar del día, cuando nos dejaste, estuvimos hablando entre nosotros sobre lo que habías dicho. Ahora otras palabras se acumulan en nosotros por lo que acabas de decir. Ayer, y también hoy, si lo pensamos bien, has hablado como si fueran a surgir herejías y divisiones, y pronto además. Esto nos hace pensar que tendremos que ser muy prudentes con los que quieran incorporarse a nosotros. Porque está claro que en ellos estará la semilla de la herejía y de la división».

«¿Lo crees? ¿Y no está dividido ya Israel respecto a venir a mí? Tú quieres decir que el Israel que me ha querido nunca será hereje y nunca estará dividido. ¿No? Pero, ¿acaso ha estado unido alguna vez, desde hace siglos?, ¿acaso estuvo unido, incluso, en los momentos de su antigua formación? ¿Y ha estado unido en seguirme? En verdad os digo que está en él la raíz de la herejía».

«Pero...».

«Pero es idólatra y vive en la herejía, desde hace siglos, bajo apariencia externa de fidelidad. Ya conocéis sus ídolos y sus herejías. Los gentiles serán mejores. Por eso, Yo no los he excluido, y os digo que hagáis lo que Yo he hecho.

Ésta será para vosotros una de las cosas más difíciles. Lo sé. Pero, traed a vuestra memoria a los profetas. Profetizan la vocación de * los gentiles y la dureza de los judíos. ¿Qué razón tendríais para cerrar las puertas del Reino a los que me aman y se acercan a la Luz que su alma buscaba? ¿Los creéis más pecadores que vosotros porque hasta el momento no han conocido a Dios; porque han seguido su religión y la seguirán hasta que no se vean atraídos por la nuestra? No debéis hacerlo. Yo os digo que muchas veces son mejores que vosotros porque, teniendo una religión no santa, saben ser justos.

No faltan los justos en ninguna nación ni religión. Dios observa

---

* *Profetizan la vocación de los gentiles*; por ejemplo en: *Isaías 45, 14-17; 49, 5-6; 55, 5; 60*; *Jeremías 16, 19-21*; *Miqueas 4, 1-2*; *Sofonías 3, 9-10*; *Zacarías 8, 20-23*. Y profetizan *la dureza de los judíos*; por ejemplo, en: *Éxodo 32, 7-10; 33, 5; 34, 8*; *Deuteronomio 9, 1-14; 31, 24-27*; *2 Crónicas 30, 7-8; 36, 14-16*; *Jeremías 3, 6-25; 4, 1-4; 7, 21-28*; *Ezequiel 2, 3-8; 3, 4-9; 6, 11-14; 7, 15-27; 8; 11, 2-12; 20; 22*.

las obras de los hombres, no sus palabras. Y si ve que un gentil, por justicia de corazón, hace naturalmente lo que la Ley del Sinaí manda, ¿por qué debería considerarle abyecto? ¿No es aún más meritorio el que un hombre que no conoce el mandato de Dios de no hacer esto o aquello porque está mal se imponga por sí mismo un imperativo de no hacer lo que su razón le dice que no es bueno y lo siga fielmente?... ¿no es esto mayor respecto al mérito relativo de aquel que, conociendo a Dios, fin del hombre, y conociendo la Ley, que permite conseguir este fin, haga continuos compromisos y cálculos para adecuar el imperativo perfecto a la voluntad corrompida? ¿Qué os parece? ¿Creéis que Dios aprecia las escapatorias que Israel ha puesto a la obediencia para no tener que sacrificar mucho su concupiscencia? ¿Qué os parece? ¿Creéis que cuando salga de este mundo un gentil, justo ante Dios por haber seguido la recta ley que su conciencia se impuso, Dios le va a juzgar como demonio? Os digo que Dios juzgará las acciones de los hombres, y el Cristo, Juez de todas las gentes, premiará a aquellos en quienes el deseo del alma tuvo voz de íntima ley para llegar al fin último del hombre, que es unirse de nuevo con su Creador, con el Dios desconocido para los paganos pero sentido como verdadero y santo más allá del escenario pintado de los falsos Olimpos.

[18]Es más, tened mucho cuidado de no ser vosotros escándalo para 635.18
los gentiles. Ya demasiadas veces ha sido mancillado el nombre de Dios entre los gentiles por las obras de los hijos del pueblo de Dios. No intentéis creeros tesoreros absolutos de mis dones y méritos. Yo he muerto por judíos y gentiles. Mi Reino será de todas las gentes. No abuséis de la paciencia con que Dios os ha tratado hasta este momento diciéndoos a vosotros mismos: "A nosotros todo nos está permitido". No. Os lo digo. Ya no existe éste o aquel pueblo. Existe mi Pueblo. Y en él tienen el mismo valor los vasos que se han gastado en el servicio del Templo y los que ahora se colocan en las mesas de Dios. Es más, muchos vasos gastados en el servicio del Templo, *pero no de Dios*, serán arrinconados y, en vez de ellos, sobre el altar, serán colocados los que ahora no conocen ni incienso ni aceite ni vino ni bálsamo, pero están deseosos de llenarse de esto y de ser usados para la gloria de Dios.

No exijáis mucho a los gentiles. Basta con que tengan la fe y con que obedezcan a mi Palabra. Una nueva circuncisión toma el lugar de la antigua. De ahora en adelante, la circuncisión del hombre es la del corazón; la del espíritu, mejor aún que la del corazón; porque la sangre de los circuncisos, que significa purificación de aquella concupiscencia que excluyó a Adán de la filiación divina, ha quedado subs-

tituida por mi Sangre purísima, la cual es válida en el circunciso y en el incircunciso en cuanto al cuerpo, con tal de que tenga mi Bautismo y de que renuncie a Satanás, al mundo y a la carne por amor a mí. No despreciéis a los incircuncisos. Dios no despreció a Abraham, a quien, por su justicia y antes de que la circuncisión mordiera su carne, eligió como jefe de su Pueblo. Si Dios estableció contacto con * Abraham para transmitirle sus preceptos cuando era incircunciso, vosotros podréis establecer contacto con los incircuncisos para instruirlos en la Ley del Señor. Considerad cuántos pecados han cometido y a qué pecado han llegado los circuncisos. No seáis, pues, intransigentes con los gentiles».

«¿Pero tenemos que decirles a ellos lo que Tú nos has enseñado? No comprenderán nada, porque no conocen la Ley».

«Vosotros lo decís. Pero, ¿acaso ha comprendido Israel, que conocía la Ley y los Profetas?».

«Es verdad».

«De todas formas, estad atentos. Diréis lo que el Espíritu os sugiera que digáis, con toda exactitud, sin miedos, sin querer obrar por
635.19 propia iniciativa. [19]Y cuando de entre los fieles, surjan falsos profetas, los cuales manifestarán sus ideas como si fueran ideas inspiradas, y serán los herejes, pues combatid con medios más estables que la palabra sus doctrinas heréticas. Pero no os preocupéis. El Espíritu Santo os guiará. Yo nunca digo nada que no se cumpla».

«¿Y qué vamos a hacer con los herejes?».

«Combatid con todas las fuerzas la herejía en sí misma, pero tratad, con todos los medios, de convertir para el Señor a los herejes. No os canséis de buscar las ovejas descarriadas para conducirlas de nuevo al Redil. Orad, sufrid, incitad a orar y a sufrir, id pidiendo sacrificios y sufrimientos a los puros, a los buenos, a los generosos, porque con estas cosas se convierten los hermanos. La Pasión de Cristo continúa en los cristianos. No os he excluido de esta gran obra que es la Redención del mundo. Sois todos miembros de un único cuerpo. Ayudaos entre vosotros, y quien esté sano y sea fuerte que trabaje para los más débiles, y quien esté unido que extienda las manos y llame a los hermanos que están lejos».

«¿Pero los habrá, después de haber sido hermanos bajo un mismo techo?».

«Los habrá».

«¿Y por qué?».

«Por muchas razones. Llevarán todavía mi Nombre. Es más, se

---

* *eligió*, por ejemplo en *Génesis 12, 1-3.7.*

gloriarán de él. Trabajarán por extender el conocimiento de mi Nombre. Contribuirán a que Yo sea conocido hasta en los últimos confines de la Tierra. No se lo impidáis, porque os recuerdo que el que no está contra mí está de mi parte. Pero... ¡pobres hijos! Su trabajo será siempre parcial; sus méritos, siempre imperfectos. No podrán estar en mí si están separados de la Vid. Sus obras serán siempre incompletas. Vosotros —digo "vosotros" y hablo a los que os sucederán— id a donde estén ellos; no digáis farisaicamente: "No voy para no contaminarme", o perezosamente: "No voy porque ya hay quien predica al Señor", o temerosamente: "No voy para no ser repelido por ellos". Id. Id, os digo. A todas las gentes. Hasta los confines del mundo. Para que sea conocida *toda* mi Doctrina y mi Única Iglesia, y las almas tengan la manera de entrar a formar parte de ella».

«¿Y diremos o escribiremos todas tus acciones?».

«Os he dicho que el Espíritu Santo os aconsejará sobre lo que conviene decir o callar según los tiempos. Ya veis que todo lo que he realizado es creído o negado, y que algunas veces, blandido por manos que me odian, se toma como arma contra mí. Me han llamado Belcebú cuando, como Maestro y en presencia de todos, obraba milagros. ¿Qué dirán ahora, cuando sepan que tan sobrenaturalmente he obrado? Seré blasfemado más aún. Y vosotros seríais perseguidos antes de su momento. Por tanto, callad hasta que llegue la hora de hablar».

[20]«¿Pero y si esa hora llegara cuando ya nosotros, testigos, hubié- 635.20
ramos muerto?».

«En mi Iglesia habrá siempre sacerdotes, doctores, profetas, exorcistas, confesores, obradores de milagros, inspirados: todo lo que ella requiere para que las gentes reciban de ella lo necesario. El Cielo, la Iglesia triunfante, no dejará sola a la Iglesia docente, y ésta socorrerá a la Iglesia militante. No son tres cuerpos. Son un solo Cuerpo. No hay división entre ellas, sino comunión de amor y de fin: amar la Caridad; gozar de la Caridad en el Cielo, su Reino. Por eso, también la Iglesia militante deberá, con amor, aportar sufragios a esa parte suya que, destinada ya a la triunfante, todavía se encuentra excluida de ésta por razón de la satisfactoria reparación de las faltas absueltas pero no expiadas enteramente ante la perfecta divina Justicia. En el Cuerpo místico todo debe hacerse en el amor y por el amor, porque el amor es la sangre que por él circula. Socorred a los hermanos que purgan. De la misma manera que he dicho que las obras de misericordia corporales os conquistan un premio en el Cielo, también he dicho que os lo conquistan las espirituales. Y en verdad os digo que el sufragio para los difuntos, para que entren en la

paz, *es una gran obra de misericordia*, por la cual Dios os bendecirá y os estarán agradecidos los beneficiarios del sufragio. Os digo que cuando, en el día de la resurrección de la carne, estéis todos congregados ante Cristo Juez, entre aquellos a quienes bendeciré estarán los que tuvieron amor por los hermanos purgantes ofreciendo y orando por su paz. Ninguna buena acción quedará sin fruto, y muchos resplandecerán vivamente en el Cielo sin haber predicado ni administrado ni realizado viajes apostólicos, sin haber abrazado especiales estados, sino solamente por haber orado y sufrido por dar paz a los purgantes, por llevar a la conversión a los mortales. También estas personas, sacerdotes a quienes el mundo desconoce, apóstoles desconocidos, víctimas que sólo Dios ve, recibirán el premio de los jornaleros del Señor, pues habrán hecho de su vida un perpetuo sacrificio de amor por los hermanos y por la gloria de Dios. En verdad os digo que a la vida eterna se llega por muchos caminos, y uno de
635.21 ellos es éste, y muy apreciado por mi Corazón. [21]¿Tenéis alguna otra cosa que preguntar? Hablad».

«Señor, ayer, y no sólo ayer, pensábamos que habías dicho: "Os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel". Pero ahora somos once...».

«Elegid al duodécimo. Es tarea tuya, Pedro».

«¿Mía? ¡Mía no, Señor! Indícalo Tú».

«Yo elegí a mis Doce una vez, y los formé. Luego elegí a su cabeza. Luego les di la Gracia e infundí en ellos el Espíritu Santo. Ahora es tarea suya andar, porque ya no son lactantes incapaces de caminar».

«Pero dinos, al menos, dónde debemos poner nuestros ojos...».

«Mirad, ésta es la parte selecta del rebaño» dice Jesús, señalando en círculo a los que, de los setenta y dos, están presentes.

«Nosotros no, Señor. Nosotros no. El puesto del traidor nos da miedo» suplican éstos.

«Tomamos a Lázaro. ¿Quieres, Señor?».

Jesús calla.

«¿José de Arimatea? ¿Nicodemo?...».

Jesús calla.

«¡Claro, Lázaro!».

«¿Y al amigo perfecto queréis darle el lugar que vosotros no queréis?» dice Jesús.

«Señor, quisiera decir algo» dice el Zelote.

«Habla».

«Lázaro, por amor a ti, estoy seguro de ello, tomaría incluso ese lugar, y lo ocuparía de una manera tan perfecta, que haría olvidar de

quién fue *ese* puesto. Pero, por otros motivos, no me parece conveniente hacerlo. Las virtudes espirituales de Lázaro están en muchos de entre los humildes de tu rebaño. Y creo que sería mejor dar a éstos la prioridad, para que los fieles no digan que se buscó sólo el poder y las riquezas —cosa de fariseos—, en vez de la virtud a secas».

«Bien has hablado, Simón; y más aún considerando que has hablado con justicia sin que la amistad con Lázaro te pusiera cortapisas».

«Pues le hacemos a Margziam el apóstol duodécimo. Es ya un jovencito».

«Yo, para borrar ese vacío horrendo, aceptaría; pero no soy digno. ¿Cómo podría hablar yo, siendo sólo un jovencito, a un adulto? Señor, di si no tengo razón».

«Tienes razón. De todas formas, no tengáis prisa. Llegará el momento, y os asombraréis entonces de tener todos un pensamiento común. Orad, mientras tanto. Yo me marcho. Retiraos en oración. Me despido de vosotros por ahora. Y esmeraos en estar todos, para el decimocuarto de Ziv en Betania».

Se levanta. Y todos se arrodillan, se postran, rostro en tierra, entre la hierba. Los bendice. Entonces la luz —servidora suya que le anuncia y precede cuando viene y le envuelve cuando se marcha— le abraza y oculta, absorbiéndole una vez más.

636. La Pascua suplementaria.

23 de abril de 1947.

[1]La orden de Jesús esta vez ha sido ejecutada al pie de la letra, de 636.1
manera que Betania rebosa de discípulos. Los prados, los senderos, los huertos y los olivares de Lázaro están llenos de discípulos. Y, no siendo éstos suficientes para contener a tantas personas, que además no quieren dañar los bienes del amigo de Jesús, muchos se han diseminado por entre los olivares que conducen de Betania a Jerusalén por los caminos del Monte de los Olivos. Están más cerca de la casa los discípulos antiguos; más lejanos, muchos otros. Caras poco conocidas o completamente desconocidas. ¿Pero quién podría ya reconocer tantas caras y nombrarlas? Yo creo que son centenares. De vez en cuando, entre el revoltillo, una cara o un nombre me recuerdan caras vistas entre aquellos a quienes Jesús favoreció o convirtió, quizás en los últimos momentos. Pero es superior a mis capacidades el recordar tantos rostros y nombres, el reconocerlos todos. Sería como pretender que hubiera reconocido a los que estaban en la multitud

que se apiñaba en las calles de Jerusalén el Domingo de Ramos o el doloroso Viernes, o que cubría el Calvario con su tapiz de rostros en su mayoría contraídos por el odio.

Los apóstoles entran en la casa de Simón, o salen de ella, moviéndose entre las personas para mantenerlas en calma o responder a sus preguntas. Los ayudan en esto Lázaro y Maximino. Tras las ventanas del piso de arriba de la casa de Simón se ven aparecer y desaparecer todas las caras de las discípulas: cabelleras grises u obscuras, entre las que resaltan las cabezas rubias de María de Lázaro y Áurea. De vez en cuando, una se asoma a mirar y luego se retira. Están todas. Todas. Jóvenes y ancianas. Incluso las que nunca habían venido, como Sara de Afeq.

En la terraza juegan los niños que Sara recogió, los nietos de Ana de Merón, María y Matías, el niño Salem (el niño deforme que era nieto de Nahúm, y que ahora vive feliz y sano), y otros más: una bandada de pajarillos felices, vigilados por Margziam y por otros discípulos jovencitos, como el pastorcito de Enón y Yaia de Pel.la. Veo ahora entre los niños al niño de Sidón que era ciego (se supone que su padre le ha traído consigo).

636.2 [2]Empieza la puesta del Sol en un tersísimo cielo.

Pedro solicita el parecer de Lázaro y de sus compañeros: «Yo digo que convendrá despedir a la gente. ¿Qué pensáis vosotros? Hoy tampoco va a venir. Y muchos de éstos tienen que celebrar esta noche la pequeña Pascua».

«Sí. Conviene despedirlos. Quizás el Señor ha considerado conveniente no venir hoy. En Jerusalén se han reunido todos los del Templo. No sé cómo les ha llegado la voz de que Él venía y...» dice Lázaro.

«¡Bueno, y aun así... ¿qué pueden hacerle ya?!» dice con vehemencia Judas Tadeo.

«Olvidas que ellos son ellos. Y con esto te he dicho todo. Aunque a Él no le puedan hacer nada malo, a estos que han venido a adorarle sí que pueden hacerles mucho daño. Y el Señor no quiere perjudicar a sus fieles. Además, ¿tú crees que ellos —cegados como están por su pecado y por ese pensamiento suyo, siempre el mismo, inmutable—, entre el barullo de ideas que hay en su cabeza, no tienen también la de que el Señor haya resucitado, o sea, que no haya muerto nunca y que haya salido de allí como uno que se despertara, por sí solo o con la complicidad de muchos? ¡Vosotros no sabéis que espesura agreste de pensamientos, que enredo, que borrasca de suposiciones hay en ellos! Ellos se lo han procurado a sí mismos por no confesar la verdad. Verdaderamente se puede decir que los cómplices

de ayer hoy están separados por la misma causa que antes los unía. Y a algunos les han seducido sus ideas. ¿No veis que algunos ya no están entre los discípulos?...» dice Lázaro.

«¡Déjales que se marchen! Otros mejores han venido. Está claro que dentro del número de los que se han marchado hay que buscar a los que han dicho al Sanedrín que el Señor estaría aquí el decimocuarto día del segundo mes; y después de la delación no tienen el coraje de venir. ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Basta ya de traidores!» dice Bartolomé.

«¡Siempre los tendremos, amigo! ¡El hombre...! Demasiado fácilmente cede ante las impresiones y las presiones. Pero no debemos temer. El Señor ha dicho que no debemos temer» dice el Zelote.

«Pues no tememos. Hace pocos días, todavía teníamos miedo. ¿Os acordáis? Yo, por mi parte, cuando pensaba en el regreso aquí, sentía miedo. Ahora me parece que ya no tengo ese temor. Pero no me fío demasiado de mí. Y vosotros tampoco os fiéis demasiado de vuestro Cefas, porque ya una vez he demostrado que soy arcilla que se deshace, en vez de granito compacto. [3]Bueno, pues vamos a despedir a 636.3
éstos. Hazlo, Lázaro».

«No, Simón Pedro. Hazlo tú. Eres el jefe...» dice Lázaro, pasando benévolamente un brazo por los hombros de Pedro y llevándole así hacia la escalera y, escalera arriba, hasta la terraza que circuye la casa de Simón.

Cuando Pedro hace ademán de hablar, la gente que está cerca calla y los que están más lejos se acercan. Pedro espera a que la mayoría esté allí en torno. Luego dice: «Hombres venidos de todos los lugares de Israel, escuchad. Os exhorto a que volváis a la ciudad. El Sol ha empezado a descender. Marchaos, pues. Si Él viene, os lo comunicaremos cueste lo que cueste. Que Dios esté con vosotros».

Se retira. Entra en una habitación vasta y luminosa donde están congregadas en torno a la Virgen todas las discípulas más fieles, así como las otras mujeres que querían al Señor como Maestro, a pesar de no haberle seguido nunca en sus desplazamientos. Pedro va a un rincón, a sentarse, y mira a María, que le sonríe.

La gente, afuera, lentamente se separa en dos partes: la de los que se quedan y la de los que vuelven a la ciudad. Voces de personas mayores que llaman a niños, vocecitas de niños que responden. Luego el murmullo desciende de tono.

«Y ahora» dice Pedro «nos marchamos también nosotros...».

«¡Padre, pero el Señor dijo que estaría aquí!...».

«Ya lo sé. Pero, como ves, no ha venido. Y es el día prescrito...».

[4]«Sí. Y mi hermano ha preparado todo para vosotros. Y aquí llega 636.4

Marcos de Jonás, que viene para guiaros y abriros la cancilla. Pero también voy yo. Todos vamos. Lázaro ha preparado para todos» dice María de Magdala.

«¿Y dónde va a ser la cena para tanta gente?».

«El mismo Getsemaní hará de Cenáculo. Dentro de la casa, la habitación para los que Jesús ha dicho; fuera, junto a la casa, las mesas de los otros: así lo ha querido».

«¿Quién? ¿Lázaro?».

«El Señor».

«¿El Señor? ¿Pero cuándo ha venido?».

«Ha venido... ¿Qué más te da el día? Ha venido y ha hablado con Lázaro».

636.5 [5]«Yo creo que Él viene, es más: que ha venido, a visitar a cada uno de nosotros, aunque no todos lo digan, porque guardan esa alegría como su más preciada perla, que hasta temen mostrarla porque tienen miedo de que pierda su esplendor más hermoso. ¡Los secretos del Rey!» dice Bartolomé, y mira al grupito de las discípulas vírgenes, que se ponen como la púrpura, como si en sus caras se reflejaran los rayos del Sol poniente (pero lo que las enciende es una llama espiritual de intensa alegría).

María, la Virgen de las vírgenes, que viste túnica de blanco lino —una azucena vestida de candor—, agacha la cabeza sonriendo sin hablar. ¡Cómo se parece en este momento a la Virgencita de la Anunciación!

«Está claro que solos no nos deja, aunque no aparezca visiblemente. Según mi opinión, es Él el que pone en mi pobre corazón y en mi mente, aún más pobre, ciertos pensamientos...» confiesa Mateo.

Los otros no hablan... Se miran, mientras se ponen los mantos observándose recíprocamente. Pero el cuidado mismo con que algunos se tapan lo más posible la cara para ocultar la onda de alegría espiritual que emerge al pensar en los divinos, secretos encuentros pone en claro que pertenecen al grupo de los más privilegiados.

«¡Decidlo, ¿no?!» dicen los otros. «¡No es que estemos celosos! Ni queremos saber indiscretamente. ¡Pero sí será un consuelo para nosotros la esperanza de no estar para siempre privados de verle! Recordad las palabras de Rafael a Tobías: "Bueno es mantener oculto el * secreto del rey, pero también es honorífico revelar y publicar las obras de Dios". ¡Tiene razón el ángel de Dios! Mantened el secreto de las palabras que Él os haya dicho, pero revelad su continuo amor a nosotros».

---

* *las palabras de Rafael a Tobías*, reseñadas en *Tobías 12, 7.*

Santiago de Alfeo mira a María, como para recibir una luz, y, visto por la sonrisa de Ella que asiente, dice: «Es verdad. He visto al Señor». No dice más. Y es el único que lo dice. Los otros dos que se habían tapado mucho, o sea, Juan y Pedro, no dicen nada.

[6]Salen todos en grupos: delante, los once; luego, en torno a María, 636.6
Lázaro con sus hermanas y las discípulas; los últimos, los pastores y muchos de los setenta y dos discípulos. Se encaminan hacia Jerusalén por el camino que lleva al Monte de los Olivos. Los niños que quedaban van y vienen, corriendo felices.

Marcos muestra un caminito que sortea el Campo de los Galileos y las zonas más transitadas, y que lleva directamente a la cerca nueva del Huerto de los Olivos. Abre. Los invita a pasar. Cierra. Muchos discípulos se intercambian palabras en tono bajo y alguno de ellos va a preguntar algo a los apóstoles, especialmente a Juan. Pero hacen gestos que significan que esperen, que no es el momento de hacer lo que piden, y todos se tranquilizan.

¡Cuánta paz en este vasto olivar, besado aún por los últimos rayos del Sol en sus partes más altas y ya en sombra en las más bajas! Un suave frufrú de viento entre las frondas verdeplata y un alegre cantar de pájaros despidiéndose del día que muere.

[7]Ahí está la casita del guarda. En la terraza que le hace de techo, 636.7
Lázaro ha mandado disponer una cobertura de toldos, de forma que aquélla se ha transformado en un ventilado cenáculo para los discípulos que un mes antes no habían podido celebrar la Pascua. Abajo, dispuestas en la pequeña y bien limpia explanada, otras mesas. Dentro de la casa, en la habitación mejor, la mesa de las discípulas.

Se llevan a las distintas mesas de los que no han celebrado la Pascua los corderos asados, las verduras, los ácimos y la salsa rojiza; y se pone en las mesas el cáliz del rito. Pero en la de las mujeres no está este cáliz, sino que hay tantas copas cuantas son las comensales. Se deduce que de esta parte de la ceremonia estaban eximidas las mujeres. Y, en las mesas de los que han celebrado ya la Pascua en su debido momento, está el cordero, pero faltan los ácimos y las verduras con la salsa rojiza.

Lázaro y Maximino dirigen todo. Y Lázaro se inclina hacia Pedro para decirle algo, algo que le hace al apóstol menear bruscamente la cabeza negando con obstinación.

«Pues... es función tuya» dice Felipe, que está a su lado.

Pero Pedro, señalando a Santiago de Alfeo, dice: «Éste debe hacerlo».

[8]Mientras debaten esto, el Señor aparece donde empieza la explana- 636.8
nada. Saluda: «Paz a vosotros».

Todos se ponen en pie. El ruido advierte a las discípulas de lo que está sucediendo. Están para salir, pero ya Jesús entra en la casa y las saluda a ellas también.

María dice: «¡Hijo mío!» y le venera más profundamente que todos los demás, enseñando con ese gesto que, por muy amigo que pueda ser Jesús —amigo y pariente hasta el punto de ser incluso hijo—, sigue siendo Dios, y como a Dios se le ha de venerar. Venerarle siempre, con espíritu adorador, aunque su amor por nosotros sea tan pleno, que le lleve a darse, como Hermano y Esposo nuestro, con toda familiaridad.

«La paz a ti, Madre. Sentaos, comed. Yo subo arriba, donde Margziam espera su premio».

Sale otra vez, para subir por la pequeña escalera, y llama con fuerte voz: «Simón Pedro y Santiago de Alfeo, venid».

Los dos nombrados suben detrás de Él. Jesús se sienta ante la mesa del centro, donde está Margziam, y dice a los dos apóstoles: «Haréis lo que os diga», y a Matías, que está sentado en la presidencia de la mesa: «Empieza el banquete pascual».

Jesús esta noche tiene a Margziam a su lado, en el lugar donde estaba Juan la otra vez. Pedro y Santiago están detrás del Señor, esperando sus órdenes.

636.9 [9]Y con el mismo ritual de la Cena pascual se desarrolla ésta: los himnos, las preguntas, y el beber de los sucesivos cálices. No sé si en las otras mesas se verifica lo mismo. Donde está Jesús yo me concentro —a menos que un deseo suyo no me obligue a ver otra cosa—, y de todo me olvido para contemplar a mi Señor, que ahora está ofreciendo los mejores trozos de su cordero —lo ha tomado y lo ha puesto en su plato, pero no lo come, como tampoco come verduras ni salsa ni bebe del cáliz— a Margziam, que llega incluso a un estado de beatitud.

Jesús, al principio, había hecho a Pedro una señal de que se inclinara para escucharle, y Pedro, después de escucharle, había dicho con fuerte voz: «En este momento el Señor, siendo Padre y Cabeza de su Familia, ofreció por todos nosotros el cáliz».

Ahora hace una nueva señal a Pedro, el cual de nuevo le escucha y de nuevo se alza para decir: «Y en este momento el Señor se ciñó para purificarnos y enseñarnos lo que habíamos de hacer nosotros mismos para celebrar dignamente el Sacrificio eucarístico».

La cena continúa. Y Pedro, tras una nueva señal, dice: «En este momento el Señor tomó el pan y el vino, lo ofreció y, orando, los bendijo y, hechas las partes nos las distribuyó a nosotros diciendo: "Esto es mi Cuerpo y ésta es mi Sangre del nuevo Testamento eterno, que

por vosotros y por muchos será derramada para el perdón de los pecados"».

[10]Jesús se pone en pie. Está majestuosísimo. Ordena a Pedro y a 636.10
Santiago que tomen un pan y que lo partan en pequeños trozos, y que llenen de vino una copa, la más grande que haya en las mesas. Ellos obedecen y sostienen delante de Él el pan y el vino. Jesús entonces extiende sobre el pan y el vino sus manos, orando, sin gesto alguno aparte de la mirada arrobada...

«Distribuid las partes del pan y pasad el cáliz fraterno. Todas las veces que así lo hagáis, lo haréis en memoria mía».

Los dos apóstoles obedecen, llenos de veneración...

Jesús, mientras se verifica la distribución de las Especies, baja donde las mujeres. Pienso —pero no lo veo porque no entro donde ellas están— que Jesús da la Comunión a su Madre con sus propias manos. Es un pensamiento mío. No sé si responde a la realidad. Pero no comprendería por qué se marchó allí, si no hubiera sido para hacer esto.

[11]Luego vuelve a la terraza. Ya no se sienta. La cena toca a su fin. 636.11
Él dice: «¿Todo está consumado?».

«Todo está consumado, Señor».

«Así hice Yo en la Cruz. Alzaos. Oremos».

Extiende sus brazos como si estuviera en la cruz y entona la oración del *Padrenuestro*.

No sé por qué lloro. Pienso que quizás es la última vez que se la oigo decir... Y, *de la misma manera que ningún pintor o escultor podrá jamás darnos la verdadera efigie de Jesús*, igualmente, ninguno, por muy santo que sea, podrá decir, al mismo tiempo tan viril y dulcemente, el *Padrenuestro*. Sentiré siempre una gran nostalgia de estos *padrenuestros* oídos a Jesús, verdaderos coloquios del alma con el Padre amadísimo y adoradísimo de los Cielos, gritos de honor, obediencia, fe, sumisión, humildad, misericordia, deseo, confianza... ¡todo!

«Marchaos. Y que la Gracia del Señor esté en todos vosotros y su paz os acompañe» dice Jesús despidiéndolos. Y se despide en medio de un fulgor de luz que supera con mucho al claror de la Luna, ya llena, y alta sobre el Huerto silente, y de las lámparas que están sobre las mesas.

Ni una voz. Lágrimas en los rostros, adoración en los corazones... nada más... La noche vela y conoce junto con los ángeles los latidos de estos benditos.

637. El adiós a la Madre antes de subir al Padre. Todo lo tenemos por María.

22 de febrero de 1944.

637.1 [1]Veo otra vez la habitación habitada por María. Las señales de la Pasión han desaparecido.

La Virgen está sentada y lee. Deben ser libros sagrados. No, ciertamente no está leyendo otra cosa en ese rollo que tiene entre sus manos. Ya no se la ve torturada. Su rostro resulta ahora más grave que antes de la Pasión. Sin ser aquel rostro trágico, aparece más maduro. Ahora tiene aspecto majestuoso, aunque sereno.

La hora parece matutina. Efectivamente, ya luce un bonito Sol, que, por la ventana abierta, entra en la tranquila habitación, pero se ve que el jardín (un jardín cercado por altas tapias, al cual da la ventana) está todavía lleno del frescor del rocío.

637.2 [2]Entra Jesús, todavía con su espléndida vestidura de la mañana de la Resurrección. Su Rostro emana fulgor. Sus heridas son pequeños soles.

María se arrodilla sonriendo. Luego se alza y le besa en la Mano derecha. Jesús la estrecha contra su Corazón y la besa en la frente, sonriendo, y le pide un beso, que María da, también en la Frente.

«Mamá. Mi tiempo de permanencia en la Tierra ha terminado. Subo al Padre. He venido para una especial despedida de ti, y para mostrarme a ti, una vez más, con el aspecto que tendré en el Cielo. No he podido mostrarme a los hombres con esta figura de esplendor: no habrían podido soportar la belleza de mi Cuerpo glorificado, una belleza que supera demasiado sus posibilidades. Pero a ti, Mamá, sí. Y vengo a inundarte de alegría otra vez con ella.

Besa mis Heridas. Que Yo sienta en el Cielo el perfume de tus labios y que a ti te quede en los labios la dulzura de mi Sangre.

637.3 [3]Pero estáte segura, Mamá, de que nunca te dejaré. Saldré de tu corazón durante esos pocos instantes requeridos por la consagración del Pan y del Vino, para volver luego, después de esa fatigosa separación de ti, con un ansia de amor pareja a la tuya, ¡oh Cielo mío vivo cuyo Cielo soy Yo!

No habremos estado nunca tan unidos como de ahora en adelante. Al principio, mi incapacidad embrional; luego, mi infancia; luego, la lucha de la vida y del trabajo; luego, la misión; en fin, la Cruz y el Sepulcro: estas cosas me interponían distancia, y obstáculo para decirte cuánto te amo. Pero ahora estaré en ti no ya como una criatura en formación; estaré a tu lado no ya en medio de los obstáculos del mundo que veda la fusión de dos que se aman: ahora estaré en ti co-

mo Dios; y nada, nada, ni en la Tierra ni en el Cielo, podrá separarnos a mí de ti ni a ti de mí, Madre Santa. Te diré palabras de inefable amor, te haré caricias de indescriptible dulzura. Y tú me amarás por quien no me ama.

¡Oh, tú colmas la medida del amor, que el mundo no dará a Cristo, con tu amor perfecto, Mamá! Por eso, más que un adiós, mi despedida es como la de uno que saliera un momento a este jardín florido a coger rosas y azucenas. Pero Yo te traeré del Cielo otras rosas y otras azucenas más hermosas que éstas que aquí han florecido. Te llenaré de ellas el corazón, Mamá, para hacerte olvidar el hedor de la Tierra, que no quiere ser santa, y anticiparte la brisa del bienaventurado Paraíso donde con tanto amor se te espera.

Y el Amor, que no sabe esperar, vendrá a ti dentro de diez días. Adórnate con tu más hermosa alegría, oh Madre Virgen, que tu Esposo viene. El invierno ha pasado... Las viñas florecidas emanan su
* perfume, y Él canta: "¡Álzate, oh llena de hermosura! ¡Ven, Esposa mía, que serás coronada!". Con su Fuego te coronará, ¡oh Santa!, y te hará feliz con su Espíritu, que se infundirá en ti con todos sus esplendores, ¡oh Reina de la Sabiduría!, Reina suya, que has sabido comprenderle desde la aurora de tu vida y amarle como ninguna criatura en el mundo jamás amó.

[4]Madre, subo al Padre nuestro. A ti, Bendita, la bendición de tu 637.4
Hijo».

María resplandece en su éxtasis, en esta habitación resplandeciente por la luz de Cristo.

[5]Dice Jesús: 637.5

«No hagáis, hombres, objeto de polémica el hecho de si era o no posible que Yo cambiara de figura. Ya no era el Hombre vinculado a las necesidades del hombre. Tenía al Universo como escabel de mis pies y todas las potencias como siervas obedientes. Y si, mientras era el Evangelizador, había podido transfigurarme en el Tabor, ¿no iba a poder transfigurarme para mi Madre siendo ya el Cristo glorioso? O mejor: ¿no iba a poder cambiar de figura para los hombres y aparecerme a Ella como ya era: *divino*, *glorioso*, *transfigurado* en Aquel que en realidad era, en vez de con esa figura de Hombre con que me mostraba a todos? Ella, además, me había visto —¡pobre Mamá!— transfigurado por los padecimientos; era justo que me viera transfigurado por la Gloria.

[6]No hagáis objeto de polémica el si Yo podía estar realmente en 637.6

---

* *canta*, como en *Cantar de los cantares 2, 11-13*.

María. Si decís que Dios está en el Cielo y en la Tierra y en todas partes, ¿por qué sois capaces de dudar el que Yo pudiera estar contemporáneamente en el Cielo y en el Corazón de María, que era un vivo Cielo? Si creéis que estoy en el Sacramento y cerrado dentro de vuestros ciborios, ¿por qué podéis dudar que Yo estuviera en este purísimo y ardentísimo Ciborio que era el Corazón de mi Madre?

¿Qué es la Eucaristía? Es mi Cuerpo y mi Sangre unidos a mi Alma y a mi Divinidad. Pues bien, cuando Ella me concibió, ¿acaso tenía algo distinto en su seno? ¿No tenía al Hijo de Dios, al Verbo del Padre con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad? Si vosotros me tenéis, ¿no es, acaso, porque María me tuvo y me dio a vosotros, después de haberme llevado nueve meses? Pues bien, de la misma manera que dejé el Cielo para morar en el seno de María, ahora, que dejaba la Tierra, elegía el seno de María como Ciborio para mí. ¿Y qué ciborio, en qué catedral, es más hermoso y santo que éste?

La Comunión es un milagro de amor que hice por vosotros, hombres. Pero en la cima de mi pensamiento de amor resplandecía el pensamiento de infinito amor de poder vivir con mi Madre y hacer que viviera Ella conmigo hasta que nos reuniéramos en el Cielo.

637.7 [7]El primer milagro lo hice para alegría de María, en Caná de Galilea. El último milagro —es más: los últimos milagros—, para el consuelo de María, en Jerusalén. La Eucaristía y el velo de la Verónica: éste, para poner una gota de miel en la amargura de la Desolada; aquél, para que no sintiera que Jesús ya no estuviera en la Tierra.

¡Todo, todo, todo —*comprendedlo de una vez por todas*— lo tenéis por María! Deberíais amarla y bendecirla cada vez que respirarais.

El velo de la Verónica es también un aguijón para vuestra alma escéptica. Comparad —vosotros, racionalistas, tibios, inseguros en la fe, vosotros que os conducís por secos exámenes— el Rostro del Sudario y el de la Sábana: uno es el Rostro de un vivo, el otro es el de un muerto; pero la altura, la anchura, los caracteres somáticos, la forma, las características son iguales. Superponed las imágenes. Veréis que corresponden la una a la otra. Soy Yo. Yo que quise recordaros cómo era y en qué me convertí por amor a vosotros. Si no estuvierais definitivamente extraviados, si no fuerais ciegos, deberían bastar esos dos Rostros para llevaros al amor, al arrepentimiento, a Dios.

El Hijo de Dios os deja, bendiciéndoos con el Padre y con el Espíritu Santo».

638. Últimas enseñanzas en el Getsemaní, despedida y ascensión al Padre.

24 de abril de 1947.

[1]Un naciente rosicler de aurora en Oriente. Jesús pasea con su 638.1
Madre por los escalones de la ladera del Getsemaní. No median palabras, sólo miradas de inefable amor. Quizás ya han sido dichas las palabras, quizás no; han hablado las dos almas: la de Cristo y la de la Madre de Cristo. Ahora lo que hay es contemplación de amor, recíproca contemplación; la conoce la naturaleza asperjada de rocío, y la pura luz matutina; la conocen esas delicadas criaturas de Dios que son las hierbas y las flores, los pájaros y las mariposas. Los hombres están ausentes.

[2]Yo incluso me siento como incómoda de estar presente en esta 638.2
despedida. «¡Señor, no soy digna!» exclamo entre las lágrimas que me caen, mirando la última hora de unión terrena entre la Madre y el Hijo, y pensando que hemos llegado al final de la amorosa fatiga, tanto Jesús como María como el pequeño, indigno niño que Jesús ha querido que fuera testigo de todo el tiempo mesiánico y que se llama
* María (aunque a Jesús le gusta llamarla "el pequeño Juan", o también "la violeta de la Cruz").

Sí. Pequeño Juan. *Pequeño*, porque no soy nada. *Juan*, porque soy verdaderamente aquella a quien Dios ha conferido grandes gracias, y porque, en medida infinitesimal —pero es todo lo que poseo, y, dando todo lo que poseo sé que doy en la medida perfecta que satisface a Jesús, porque es el "todo" de mi nada—, en medida infinitesimal, yo, como el gran Juan predilecto, he dado todo mi amor a Jesús y a María, compartiendo con ellos lágrimas y sonrisas, siguiéndolos angustiada de verlos afligidos y de no poder defenderlos del livor del mundo a costa de mi propia vida, palpitando ahora mi corazón al ritmo de los suyos por lo que termina para siempre...

Violeta. Sí. Una violeta que ha tratado de estar escondida entre la hierba para que Jesús no la esquivara —Él que amaba todas las cosas creadas por ser obra del Padre suyo—, sino que la calcara con su pie divino, y yo pudiera morir emanando mi tenue perfume en el esfuerzo de suavizarle el contacto con la tierra áspera y dura. Violeta de la Cruz, sí. Y su Sangre ha llenado mi cáliz hasta hacerle plegarse y tocar el suelo...

---

* *María*, es decir, Maria Valtorta, llamada también "pequeno Juan", "violeta de la Cruz" y, como dirá más adelante, "María de la Cruz".

¡Oh, mi Amado, que, antes, de tu Sangre me has colmado, dándome a contemplar tus pies heridos, clavados al madero "... y al pie de la cruz era yo una plantita de violetas ya abiertas, y caían las gotas de la Sangre divina sobre esa plantita de violetas florecidas..."! ¡Recuerdo lejano, y siempre tan cercano y presente! Preparación para lo que después fui: ese portavoz tuyo que ahora está del todo rociado de tu Sangre, de tus sudores y lágrimas, del llanto de María tu Madre; pero que también conoce tus palabras, tus sonrisas, todo, todo acerca de ti; y que ya no emana perfume de violetas, sino el perfume de ti, Amor mío único y solo, ese perfume divino que acunó ayer noche mi dolor y que desciende a mí, delicado como un beso, consolador como el propio Cielo, y me hace olvidar todo para vivir sólo de ti... *

638.3 [3]Tengo tu promesa. Sé que no te perderé. Me lo has prometido y tu promesa es sincera: *es de Dios*. Te seguiré teniendo. Siempre. Sólo si pecara de soberbia, mentira, desobediencia, te perdería; Tú lo has dicho, pero sabes que, sosteniendo tu Gracia mi voluntad, no quiero pecar, y espero no pecar porque Tú me sostendrás. Sé que no soy una encina. Soy una violeta. Un tallito frágil, que se puede plegar bajo la patita de un pajarillo o por el peso de un escarabajo. Pero Tú eres mi fuerza, Señor. Y el amor por ti es mi ala.

No te perderé. Me lo has prometido. Vendrás *del todo para mí* para traer alegría a tu agonizante violeta. Pero no soy egoísta, Señor. Tú lo sabes. Tú sabes que quisiera dejar de verte yo, con tal de que te vieran *muchos* otros, y creyeran en ti. A mí ya mucho me has dado, y no soy digna de ello. Verdaderamente me has amado como Tú sólo sabes amar a tus hijos especialmente amados.

638.4 [4]Pienso en lo dulce que era verte "*vivir*" como Hombre entre los hombres. Y pienso que dejaré de verte así. Todo ha sido visto y dicho. Sé también que no se borrarán de mi pensamiento tus acciones de Hombre entre los hombres, y que no necesitaré libros para recordarte como realmente fuiste: bastará con que mire dentro de mí, donde toda tu vida está imprimida con caracteres indelebles. Pero era dulce, era dulce...

Ahora asciendes... La Tierra te pierde. María de la Cruz te pierde, Maestro Salvador. Te tendrá como Dios dulcísimo, y ya no verterás Sangre, sino celestial miel, en el cáliz violáceo de tu violeta... Lloro... He sido discípula tuya junto a las otras por los caminos mon-

---

* *Recuerdo lejano*, el de la "visión" del 22 de abril de 1943 — reseñada en "Los cuadernos del 1943" — que le develaba a Maria Valtorta su misión y la introducía en ella. Al día siguiente, Viernes Santo, tuvo lugar el primer "dictado". La *promesa*, de que habla más adelante, es del 14 de marzo de 1947 y está reseñada en la fecha del 16 de marzo: se encuentra en el volumen "Los cuadernos del 1945 al 1950".

tanos, frondosos, o áridos, polvorientos de la llanura, en el lago y en las orillas del bello río, de tu Patria. Ahora te marchas, y sólo en el recuerdo veré Belén y Nazaret sobre sus colinas, verdes por los olivos; y Jericó ardiente de sol, susurradora con sus palmeras; y Betania amiga; y Engadí, perla perdida en medio de los desiertos; y la Samaria hermosa; y las opimas llanuras de Sarón y Esdrelón; y la caprichosa llanura elevada de Transjordania; y la pesadilla del mar Muerto; y las ciudades llenas de sol de la costa mediterránea; y Jerusalén, la ciudad de tu dolor, con sus subidas y bajadas, sus espacios abovedados, sus plazas, sus barrios, pozos y cisternas, colinas y... incluso el triste valle de los leprosos donde tanta misericordia tuya ha sido prodigada... Y la casa del Cenáculo... la fuente que cerca de ella llora... el puentecito sobre el Cedrón, el lugar de tu sudor sanguíneo... el patio del Pretorio...

¡Ah, no! Lo que fue tu dolor *está aquí, y aquí permanecerá siempre*... Deberé buscar todos los recuerdos para encontrarlos, pero tu oración en el Getsemaní, tu flagelación, tu subida al Gólgota, tu agonía y muerte, y el dolor de tu Madre, no, no habré de buscarlos: *están presentes siempre. Quizás* los olvide en el Paraíso... y me parece imposible *el poder olvidarlos incluso allí*... Recuerdo todo lo de esas atroces horas. Recuerdo hasta la forma de la piedra sobre la que caíste, y hasta el capullo de rosa roja que chocaba —y parecía una gota de sangre— contra el granito, contra el cierre de tu sepulcro...

Amor mío divinísimo, tu Pasión *vive* en mi pensamiento... y a mí se me parte el corazón...

[5]La aurora ha surgido completamente. Ya el Sol está alto y los 638.5
apóstoles hacen oír sus voces. Es una señal para Jesús y María. Se paran. Se miran, el Uno enfrente de la Otra, y luego Jesús abre los brazos y recibe en su pecho a su Madre... ¡Oh, vaya que si era un Hombre, un Hijo de Mujer! ¡Para creerlo basta mirar este adiós! El amor rebosa en una lluvia de besos a su Madre amadísima. El amor cubre de besos al Hijo amadísimo. Parece que no puedan separarse. Cuando ya parece que vayan a hacerlo, otro abrazo los une de nuevo, y, entre los besos, palabras de recíproca bendición... ¡Oh, verdaderamente es el Hijo del Hombre despidiéndose de la Mujer que le generó! ¡Verdaderamente es la Madre que da el adiós —para restituirle al Padre— a su Hijo, la Prenda del Amor a la Purísima!... ¡Dios besando a la Madre de Dios!...

En fin, la Mujer, como criatura, se arrodilla a los pies de su Dios, que es, de todas formas, su Hijo; y el Hijo, que es Dios, impone las manos sobre la cabeza de la Madre Virgen, de la eterna Amada, y la

bendice en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y luego se inclina y la alza; en fin, deposita un último beso en la blanca frente como pétalo de azucena bajo el oro de los cabellos (¡tan juveniles todavía!)...

Regresan hacia la casa, y ninguno, viendo con qué serenidad caminan el Uno al lado de la Otra, pensaría en la onda de amor que poco antes los ha desbordado. ¡Pero qué diferencia también, en este adiós, respecto a la tristeza de otras despedidas ya superadas, y respecto a la desgarradora congoja del adiós de la Madre a su Hijo al que habían dado muerte y había que dejarle solo en el Sepulcro!... En esta despedida —aunque los ojos brillen con ese llanto que es natural en quien está para separarse de su Amado— los labios sonríen con la alegría de saber que este Amado va a la Morada que en razón de su Gloria le corresponde...

638.6 [6]«¡Señor! Afuera están, entre el monte y Betania, todos los que, como habías dicho a tu Madre, querías bendecir hoy» dice Pedro.

«Bien. Ahora vamos donde ellos. Pero antes venid. Quiero compartir con vosotros una vez más el pan».

Entran en la habitación donde diez días antes estaban las mujeres para la cena del decimocuarto día del mes. María acompaña a Jesús hasta allí; luego se retira. Se quedan Jesús y los once.

En la mesa hay carne asada, pequeños quesos y aceitunas pequeñas y negras, un ánfora de vino y otra, más grande, de agua, y panes anchos. Una mesa sencilla, no aparejada para una ceremonia de lujo, sino sólo por la necesidad de nutrirse.

Jesús ofrece y divide. Está en el centro, entre Pedro y Santiago de Alfeo. Los ha llamado Él a estos lugares. Juan, Judas de Alfeo y Santiago están frente a Él; Tomás, Felipe y Mateo, a un lado; Andrés, Bartolomé y el Zelote, al otro lado. Así, todos pueden ver a su Jesús... Una comida de breve duración, y silenciosa. Los apóstoles, llegado el último día de cercanía de Jesús, y a pesar de las sucesivas apariciones, colectivas o individuales, desde la Resurrección, apariciones llenas de amor, no han perdido ni un momento esa devotísima compostura que ha caracterizado sus encuentros con Jesús Resucitado.

638.7 La comida ha terminado. [7]Jesús abre las manos por encima de la mesa, con su gesto habitual ante un hecho ineluctable, y dice:

«Bien... Ha llegado la hora en que debo dejaros para volver al Padre mío. Escuchad las últimas palabras de vuestro Maestro.

No os alejéis de Jerusalén en estos días. Lázaro, con el cual he hablado, se ha preocupado una vez más de hacer realidad los deseos de su Maestro, y os cede la casa de la última Cena, para que dispongáis de una casa donde recoger a la asamblea y recogeros en oración. Es-

tad dentro de esta casa en estos días y orad asiduamente para prepararos a la venida del Espíritu Santo, que os completará para vuestra misión. Recordad que Yo —y era Dios— me preparé con una severa penitencia a mi ministerio evangelizador. Vuestra preparación será siempre más fácil y más breve. Pero no exijo más de vosotros. Me basta con que oréis con asiduidad, en unión con los setenta y dos y bajo la guía de mi Madre, la cual os confío con solicitud filial. Ella será para vosotros Madre y Maestra, de amor y sabiduría perfectos.

Habría podido enviaros a otro lugar para prepararos a recibir al Espíritu Santo. Pero no. Quiero que permanezcáis aquí. Porque es Jerusalén, la que negó, es Jerusalén la que debe admirarse por la continuación de los prodigios divinos, dados en respuesta a sus negaciones. Después el Espíritu Santo os hará comprender la necesidad de que la Iglesia surja justamente en esta ciudad, la cual, juzgando humanamente, es la más indigna de tener a la Iglesia. Pero Jerusalén sigue siendo Jerusalén, a pesar de estar henchida de pecado y a pesar de que aquí se haya verificado el deicidio. Nada la beneficiará. Está condenada. Pero, aunque ella esté condenada, no todos sus habitantes lo están. Permaneced aquí por los pocos justos que tiene en su seno; permaneced aquí porque ésta es la ciudad regia y la ciudad del Templo, y porque, como predijeron los profetas, aquí, donde ha sido ungido, aclamado y exaltado el Rey Mesías, aquí debe comenzar su soberanía en el mundo, y aquí, y aquí, en este lugar en que Dios ha dado libelo de repudio a la sinagoga a causa de sus demasiado horrendos delitos, debe surgir el Templo nuevo al que acudirán gentes de todas las naciones.

* Leed a los profetas. Todo está en ellos predicho. Primero mi Madre, después el Espíritu Paráclito, os harán comprender las palabras que los profetas dijeron para este tiempo.

[8]Permaneced aquí hasta que Jerusalén os repudie a vosotros como me ha repudiado a mí, hasta que odie a mi Iglesia como me ha odiado a mí y maquine planes para exterminarla. Entonces llevad la sede de esta amada Iglesia mía a otro lugar, porque no debe perecer. Os digo que ni siquiera el infierno prevalecerá contra ella. Mas si Dios os asegura su protección, no por ello tentéis al Cielo exigiendo todo del Cielo. Id a Efraím, como fue vuestro Maestro porque no era la hora de que fuera capturado por los enemigos. Os digo Efraím *para deciros tierra de ídolos y paganos*. Pero no será la Efraím de Palestina la que deberéis elegir como sede de mi Iglesia. Recordad 638.8

* *los profetas*, por ejemplo: *Isaías 2, 1-5; 49, 5-6; 55, 4-5; 60; Miqueas 4, 1-2; Zacarías 8, 20-23.*

cuántas veces —a vosotros congregados o a uno de vosotros individualmente— os he hablado de esto, prediciéndoos que ibais a tener que pisar los caminos de la Tierra para llegar al corazón de ella y enclavar allí mi Iglesia. Desde el corazón del hombre, la sangre se propaga a todos los miembros. Desde el corazón del mundo, el cristianismo se debe propagar a toda la Tierra.

Por ahora mi Iglesia es como una criatura ya concebida pero que todavía se está formando en la matriz. Jerusalén es su matriz, y en su interior el corazón, aún pequeño, en torno al cual se congregan los pocos miembros de la Iglesia naciente, envía sus pequeñas ondas de sangre a estos miembros. Pero, cuando llegue la hora señalada por Dios, la matriz madrastra expelerá a la criatura que se habrá formado en su seno y ésta irá a una tierra nueva, donde crecerá y se hará un Cuerpo grande extendido por toda la Tierra, y los latidos del fuerte corazón de la Iglesia se propagarán por todo su gran Cuerpo. Los latidos del corazón de la Iglesia, rotos todos los vínculos de ésta con el Templo, eterna ella y victoriosa sobre las ruinas del Templo finado y destruido, de la Iglesia que vivirá en el corazón del mundo, diciendo a hebreos y gentiles que sólo Dios triunfa y quiere lo que quiere, y que ni el livor de los hombres ni ejércitos de ídolos detienen su voluntad...

Pero esto vendrá después, y cuando llegue sabréis cómo actuar. El Espíritu de Dios os guiará. No temáis. Por ahora congregad en Jerusalén la primera asamblea de los fieles. Luego otras asambleas, a medida que vaya creciendo el número de los fieles, se formarán. En verdad os digo que los ciudadanos de mi Reino aumentarán rápidamente como semillas echadas en óptima tierra. Mi pueblo se propagará por toda la Tierra. El Señor dice al Señor: "Por haber hecho esto * y no haber eludido tu entrega por mí, te bendeciré y multiplicaré tu estirpe como las estrellas del cielo y como las arenas que hay en la playa del mar. Tu descendencia poseerá la puerta de sus enemigos y en ella serán bendecidas todas las naciones de la Tierra". Bendición es mi Nombre, mi Signo y mi Ley, donde son reconocidos como soberanos.

638.9 [9]Está para venir el Espíritu Santo, el Santificador, y vosotros quedaréis henchidos de Él. Mirad que estéis puros, como todo lo que debe acercarse al Señor. Yo también era el Señor como Él. Pero había revestido mi Divinidad con un velo para poder estar entre vosotros, y no sólo para adoctrinaros y redimiros con los órganos y la sangre de este velo, *sino también para que el Santo de los Santos estuviera entre los hombres, eliminando la barrera, para todos los hombres, incluso para los impuros, de no poder depositar la mirada en Aquel al*

* *dice*, como para Abraham en *Génesis 22, 15-18.*

que temen mirar los serafines. Pero el Espíritu Santo vendrá sin velo de carne y se posará sobre vosotros y descenderá a vosotros con sus siete dones y os aconsejará. *Ahora bien, el consejo de Dios es una cosa tan sublime, que es necesario prepararse para él con la voluntad heroica de una perfección que os haga semejantes al Padre vuestro y a vuestro Jesús, y a vuestro Jesús en su relación con el Padre y con el Espíritu Santo.* Así pues, caridad y pureza perfectas para poder comprender al Amor y recibirlo en el trono del corazón.

[10]Sumíos en el vórtice de la contemplación. Esforzaos en olvidar 638.10
que sois hombres y en transformaros en serafines. Lanzaos al horno, a las llamas de la contemplación. La contemplación de Dios es semejante a chispa que salta del choque de la piedra contra el eslabón y produce fuego y luz. Es purificación el fuego que consume la materia opaca y siempre impura y la transforma en llama luminosa y pura.

No tendréis el Reino de Dios en vosotros si no tenéis el amor. Porque el Reino de Dios es el Amor, y aparece con el Amor, y por el Amor se instaura en vuestros corazones en medio de los resplandores de una luz inmensa que penetra y fecunda, disuelve la ignorancia, comunica la sabiduría, devora al hombre y crea al dios, al hijo de Dios, a mi hermano, al rey del trono que Dios ha preparado para aquellos que se dan a Dios para tener a Dios, a Dios, a Dios, a Dios sólo. Sed, pues, puros y santos por la oración ardiente que santifica al hombre porque le sumerge en el fuego de Dios, que es la caridad.

Vosotros debéis ser santos. No en el sentido relativo que esta palabra ha tenido hasta ahora, sino en el sentido absoluto que Yo le he dado proponiéndoos la santidad del Señor como ejemplo y límite, o sea, la santidad perfecta. Nosotros llamamos santo al Templo, santo al lugar donde está el altar, Santo de los Santos al lugar velado donde está el arca y el propiciatorio. Pero, en verdad os digo que los que poseen la Gracia y viven en santidad por amor al Señor son más santos que el Santo de los Santos, porque Dios no se limita a colocarse sobre ellos —como sobre el propiciatorio del Templo, para dar sus órdenes— *sino que mora en ellos, para darles sus amores.*

[11]¿Os acordáis de mis palabras de la última Cena? Os prometí el 638.11
Espíritu Santo. Pues bien, está para llegar, para bautizaros no ya con agua, como hizo con vosotros Juan preparándoos para mí, sino con el fuego, para prepararos a que sirváis al Señor tal y como Él quiere que vosotros le sirváis. Mirad, Él estará aquí dentro de no muchos días. Después de su venida vuestras capacidades aumentarán sin medida, y seréis capaces de comprender las palabras de vuestro Rey y hacer la obras que Él ha dicho que se hagan, para extender su Reino sobre la Tierra».

«¿Entonces vas a reconstruir, después de la venida del Espíritu Santo, el Reino de Israel?» le preguntan interrumpiéndole.

«Ya no existirá el Reino de Israel, sino mi Reino, que se verá cumplido cuando el Padre ha dicho. No os corresponde a vosotros conocer los tiempos ni los momentos que el Padre se ha reservado en su poder. Pero vosotros, entretanto, recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá a vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en Judea y en Samaria y hasta los confines de la Tierra, fundando las asambleas en los lugares en que estén reunidas personas en mi Nombre; bautizando a las gentes en el Nombre Stmo. del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, como os he dicho, para que tengan la Gracia y *vivan* en el Señor; predicando el Evangelio a todas las criaturas; enseñando lo que os he enseñado; haciendo lo que os he mandado hacer. Y Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.

638.12 [12]Otra cosa quiero. Que la asamblea de Jerusalén la presida Santiago, mi hermano. Pedro, como jefe de toda la Iglesia, deberá emprender a menudo viajes apostólicos, porque todos los neófitos desearán conocer al Pontífice jefe supremo de la Iglesia. Pero grande será el predicamento que, ante los fieles de la naciente Iglesia, tendrá mi hermano. Los hombres son siempre hombres y ven las cosas *como hombres*. A ellos les parecerá que Santiago sea una continuación de mí, por el simple hecho de ser hermano mío. En verdad digo que es más grande y más semejante al Cristo por la sabiduría que por el parentesco. Pero, así es; los hombres, que no me buscaban mientras estaba en medio de ellos, ahora me buscarán en aquel que es pariente mío. Tú, Simón Pedro... tú estás destinado a otros honores...».

«Que no merezco, Señor. Te lo dije cuando te me apareciste, y te lo digo, en presencia de todos, una vez más. Tú eres bueno, divinamente bueno, además de sabio, y cabal ha sido tu juicio sobre mí. Yo renegué de ti en esta ciudad. Cabalmente has juzgado que no reúno las condiciones para ser su jefe espiritual. Quieres evitarme muchos vituperios justos...».

«Todos fuimos iguales, menos dos, Simón. Yo también huí. No es por esto, sino por las razones que ha expresado, por lo que el Señor me ha destinado a mí a este puesto; pero tú eres mi Jefe, Simón de Jonás, y como tal te reconozco. En la presencia del Señor y de todos los compañeros, te profeso obediencia. Te daré lo que pueda para ayudarte en tu ministerio, pero, te lo ruego, dame tus órdenes, porque tú eres el Jefe y yo el súbdito. Cuando el Señor me ha recordado una conversación ya lejana, he agachado la cabeza diciendo: "Hágase lo que Tú quieres". Esto mismo te diré a ti a partir del momento en que, habiéndonos dejado el Señor, tú seas su Representante en la Tierra. Y

nos querremos ayudándonos en el ministerio sacerdotal» dice Santiago, inclinándose desde su sitio para rendir homenaje a Pedro.

«Sí. Quereos unos a otros, ayudándoos recíprocamente, porque éste es el mandamiento nuevo y la señal de que sois verdaderamente de Cristo.

[13]No os turbéis por ninguna razón. Dios está con vosotros. Podéis 638.13
hacer lo que quiero de vosotros. No os impondría cosas que no pudierais hacer, porque no quiero vuestra perdición sino vuestra gloria. Mirad, voy a preparar vuestro lugar junto a mi trono. Estad unidos a mí y al Padre en el amor. Perdonad al mundo que os odia. Llamad hijos y hermanos a los que se acerquen a vosotros, o a los que ya están con vosotros por amor a mí.

Tened la paz de saber que siempre estoy preparado para ayudaros a llevar vuestra cruz. Yo estaré con vosotros en las fatigas de vuestro ministerio y en la hora de las persecuciones; y no pereceréis, no sucumbiréis, aunque lo parezca a los que ven las cosas con los ojos del mundo. Sentiréis peso, aflicción, cansancio, seréis torturados, pero mi gozo estará en vosotros, porque os ayudaré en todo. En verdad os digo que, cuando tengáis como Amigo al Amor, comprenderéis que todas las cosas sufridas y vividas por amor a mí se hacen ligeras, aun las duras torturas del mundo. Porque para aquel que reviste todas sus acciones —voluntarias o impuestas— de amor, el yugo de la vida y del mundo se le transforman en yugo recibido de Dios, recibido de mí. Y os repito que mi carga está siempre proporcionada a vuestras fuerzas y que mi yugo es ligero, porque Yo os ayudo a llevarlo.

[14]Sabéis que el mundo no sabe amar. Pero vosotros, de ahora en 638.14
adelante, amad al mundo con amor sobrenatural, para enseñarle a amar. Y si os dicen, al veros perseguidos: "¿Así os ama Dios?, ¿haciéndoos sufrir?, ¿dándoos dolor? Entonces no merece la pena ser de Dios", responded: "El dolor no viene de Dios. Pero Dios lo permite. Nosotros sabemos el motivo de ello y nos gloriamos de tener la parte que tuvo Jesús Salvador, Hijo de Dios". Responded: "Nos gloriamos si nos clavan en la cruz, nos gloriamos de continuar la Pasión de
* nuestro Jesús". Responded con las palabras de la Sabiduría: "La muerte y el dolor entraron en el mundo por envidia del demonio. Pero Dios no es autor de la muerte ni del dolor, ni se goza del dolor de los vivientes. Todas sus cosas son *vida* y todas son salutíferas". Responded: "Al presente parecemos perseguidos y vencidos, pero en el día de Dios, cambiadas las tornas, nosotros, justos, perseguidos en la Tierra, estaremos gloriosos frente a los que nos vejaron y desprecia-

* *las palabras*, en *Sabiduría 2, 23-24.*

ron". Pero decidles también: "¡Venid a nosotros! Venid a la Vida y a la Paz. Nuestro Señor no quiere vuestra perdición, sino vuestra salvación. Por esto ha entregado a su Hijo predilecto, para la salvación de todos vosotros".

638.15 [15]Y alegraos de participar en mis padecimientos para poder estar después conmigo en la gloria. "Yo seré vuestra desmesurada recompensa" promete en Abraham el Señor a todos sus siervos fieles. Sabéis cómo se conquista el Reino de los Cielos: con la fuerza; y a él se llega a través de muchas tribulaciones. Pero el que persevere como Yo he perseverado estará donde estoy Yo. *

Ya os he dicho cuál es el camino y la puerta que llevan al Reino de los Cielos, y Yo he sido el primero en caminar por ese camino y en volver al Padre por esa puerta. Si existieran otros os los habría mostrado, porque siento compasión de vuestra debilidad de hombres. Pero no existen otros... Al señalároslos como *único* camino y *única* puerta, también os digo, os repito, cuál es la medicina que da fuerza para recorrerlo y entrar. *Es el amor*. Siempre el amor. Todo se hace posible cuando en nosotros está el amor. Y el Amor, que os ama, os dará todo el amor, si pedís en mi Nombre tanto amor como para haceros atletas en la santidad.

638.16 [16]Ahora vamos a darnos el beso de despedida, amigos míos queridísimos».

Se pone en pie para abrazarlos. Todos hacen lo mismo. Pero, mientras que Jesús tiene una sonrisa pacífica de una hermosura verdaderamente divina, ellos lloran, llenos de turbación, y Juan, echándose sobre el pecho de Jesús, en medio de los fuertes espasmos a causa de los sollozos que le rompen el pecho de tan lacerantes como son, solicita, por todos, intuyendo el deseo de todos: «¡Danos al menos tu Pan! ¡Que nos fortalezca en este momento!».

«¡Así sea!» le responde Jesús. Entonces toma un pan, lo parte después de haberlo ofrecido y bendecido, y repite las palabras rituales. Y lo mismo hace con el vino, repitiendo después: «Haced esto en memoria mía», añadiendo: «De mí que os he dejado esta arra de mi amor para seguir estando y estar siempre con vosotros hasta que vosotros estéis conmigo en el Cielo».

Los bendice y dice: «Y ahora vamos».

638.17 [17]Salen de la habitación, de la casa...

Jonás, María y Marco están afuera. Se arrodillan y adoran a Jesús.

«La paz permanezca con vosotros, y el Señor os compense de todo

---

* *promete*, en *Génesis 15, 1*.

lo que me habéis dado» dice Jesús bendiciéndolos al pasar.

Marcos se alza y dice: «Señor, los olivares que hay a lo largo del camino de Betania están llenos de discípulos que te esperan».

«Ve a decirles que se dirijan al Campo de los Galileos».

Marco se echa a correr con toda la velocidad de sus jóvenes piernas.

«Entonces, han venido todos» dicen entre sí los apóstoles.

[18]Más allá, sentada entre Margziam y María Cleofás, está la Madre del Señor. Y, viéndole acercarse, se levanta, y le adora con todo el impulso de su corazón de Madre y de fiel. 638.18

«Ven, Madre, y también tú, María...» invita Jesús al verlas paradas, paralizadas por la majestad que, resplandeciente, emana como en la mañana de la Resurrección. Jesús no quiere apabullar con esta majestad suya, así que, afablemente, pregunta a María de Alfeo: «¿Estás sola?».

«Las otras... las otras están adelante... con los pastores y... con Lázaro y toda su familia... Pero nos han dejado a nosotras aquí, porque... ¡oh, Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!... ¿Cómo soportaré el no verte, Jesús bendito, Dios mío, yo que te quise incluso antes de que nacieras y que tanto lloré por ti cuando no sabía dónde estabas después de la matanza... yo que tenía mi sol, y todo, todo mi bien en tu sonrisa desde que volviste?... ¡Oh, cuánto bien! ¡Cuánto bien me has dado!... ¡Ahora sí que voy a ser verdaderamente pobre, viuda, ahora sí que voy a estar verdaderamente sola!... ¡Estando Tú, teníamos todo!... Aquella tarde creí conocer todo el dolor... Pero el propio dolor, todo aquel dolor de aquel día, me había ofuscado y... sí, era menos fuerte que ahora... Y además... estaba el hecho de que ibas a resucitar. Me parecía no creerlo, pero ahora me doy cuenta de que sí lo creía, porque no sentía lo que siento ahora...», llora, y, tanto la ahoga el llanto, que jadea.

«María buena, verdaderamente te afliges como un niño que crea que su madre ya no le quiere y que le haya abandonado por haber ido a la ciudad (a comprarle regalos que le harán feliz, y pronto volverá a él para cubrirle de caricias y regalos). ¿No es esto, acaso, lo que Yo hago contigo? ¿No voy a prepararte la alegría? ¿No voy para volver y decirte: "Ven, pariente y discípula mía amada, madre de mis amados discípulos"? ¿No te dejo mi amor? ¡Te doy mi amor, María! ¡Bien sabes que te quiero! No llores así. Exulta, más bien, porque ya no me verás vilipendiado y fatigado, ni perseguido, ni sólo rico del amor de pocos. Y con mi amor te dejo a mi Madre. Juan será para Ella hijo. Tú sé para Ella buena hermana, como siempre. ¿Lo ves? Mi Madre no llora. Sabe que, si bien la nostalgia de mí será la lima que consumirá su corazón, la espera será en todo caso breve respecto

a la gran alegría de una eternidad de unión, y sabe también que esta separación nuestra no será tan absoluta que le haga exclamar: "Ya no tengo Hijo". Ése fue el grito de dolor del día del dolor. Ahora en su corazón canta la esperanza: "Sé que mi Hijo sube al Padre, pero no me dejará sin sus espirituales amores". Créelo así también tú, y to-
638.19 dos... [19]Ahí están los otros y las otras. Ahí están mis pastores».

Las caras de Lázaro y sus hermanas, en medio de todos los domésticos de Betania, y la cara de Juana, semejante a una rosa bajo un velo de lluvia, y las de Elisa y Nique, ya marcadas por la edad (y ahora las arrugas se hacen más profundas a causa del dolor: dolor, de cualquier modo, para la criatura humana, aunque el alma se alegre por el triunfo del Señor), y la cara de Anastática, y las caras de azucena de las primeras vírgenes, y el ascético rostro de Isaac, y el inspirado de Matías, y el rostro viril de Manahén, y los austeros de José y Nicodemo... Caras, caras, caras...

Jesús llama a los pastores, a Lázaro, a José, a Nicodemo, a Manahén, a Maximino y a los otros de los setenta y dos discípulos. Les dice que se acerquen, pero quiere tener especialmente cerca a los pastores. Dice a éstos:

«Venid aquí. Vosotros, que estuvisteis junto al Señor cuando vino del Cielo, y que os inclinasteis ante su anonadamiento, estad ahora cerca del Señor cuando vuelve al Cielo, exultando en vuestro espíritu por su glorificación. Habéis merecido este puesto porque habéis sabido creer contra toda circunstancia desfavorable y habéis sabido sufrir por vuestra fe. Os doy las gracias por vuestro amor fiel.

A todos os doy las gracias. A ti, Lázaro amigo. A ti, José, y a ti, Nicodemo, compasivos con el Cristo cuando serlo podía significar un gran peligro. A ti, Manahén, que por ir por mi camino has sabido despreciar los sucios favores de un inmundo. A ti, Esteban, florida corona de justicia, que has dejado lo imperfecto por lo perfecto y serás coronado con una corona que todavía no conoces pero que te será anunciada por los ángeles. A ti, Juan, por breve tiempo hermano mío *
en el pecho purísimo, y venido a la Luz más que a la vista. A ti, Nicolái, que, siendo prosélito, has sabido consolarme por el dolor de los hijos de esta nación. Y a vosotras, discípulas buenas, y más fuertes que Judit, sin por ello dejar de ser dulces.

638.20 [20]Y a ti, Margziam, niño mío, que tomarás a partir de ahora el nom- *
bre de Marcial, para memoria del niño romano matado en el camino y puesto delante de la cancilla de Lázaro con el rótulo de desafío: "Y

---

* *hermano mío en el pecho purísimo*, como se narra en 365.8.

* *tomarás a partir de ahora el nombre de Marcial*, como fue previsto en 198.8, *para memoria del niño romano*, encontrado en 508.4/7, 509.3.7/9, 538.1, 550.8, 623.3.

ahora di al Galileo que te resucite, si es el Cristo y si ha resucitado", último de los inocentes que en Palestina perdieron la vida por servirme a mí aun inconscientemente, y primero de los inocentes de todas las naciones, de los inocentes que, por haberse acercado a Cristo, serán odiados y recibirán prematura muerte, como capullos de flores arrancados de su tallo antes de abrirse. Que este nombre, Marcial, te señale tu destino futuro: sé apóstol en tierras bárbaras y conquístalas para tu Señor, como mi amor conquistó al niño romano para el Cielo.

[21]A todos, a todos os bendigo en este adiós, invocando al Padre, in- 638.21
vocando para vosotros la recompensa de los que han consolado el doloroso camino del Hijo del hombre.

Bendita sea la Humanidad en esa porción selecta suya, que está en los judíos y está en los gentiles, y que se ha manifestado en el amor que ha tenido hacia mí.

Bendita sea la Tierra con sus hierbas y sus flores; benditos sus frutos, que me procuraron delicia y alimento muchas veces. Bendita sea la Tierra con sus aguas y con su calor, por las aves y los animales, que muchas veces superaron al hombre en confortar al Hijo del hombre. Bendito seas tú, Sol, bendito seas tú, mar, benditos seáis vosotros, montes, colinas, llanuras; benditas vosotras, estrellas que me habéis acompañado en la nocturna oración y en el dolor. Y tú, Luna, que has sido luz para mis pasos durante mi peregrinaje de Evangelizador.

Benditas seáis todas, todas vosotras, criaturas, obras del Padre mío, compañeras mías en este tiempo mortal, amigas de Aquel que había dejado el Cielo para quitar a la atribulada Humanidad las espinas de la Culpa que separa de Dios.

* ¡Benditos seáis también vosotros, instrumentos inocentes de mi tortura: espinas, metales, madera, cuerdas trenzadas, porque me habéis ayudado a cumplir la Voluntad del Padre mío!».

¡Qué voz tan resonante tiene Jesús! Se expande por el aire templado y sereno como voz de bronce golpeado; se propaga en ondas sobre el mar de rostros que le miran desde todas las direcciones.

[22]Yo digo que constituyen centenares las personas que rodean a 638.22
Jesús, que sube con aquellos a quienes más quiere hacia la cima del Monte de los Olivos. Pero Jesús, al llegar al principio del Campo de los Galileos, despoblado de tiendas en este período situado entre las dos fiestas, ordena a los discípulos: «Detened a la gente donde está. Luego seguidme».

Sigue subiendo, hasta el lugar más alto del monte, el lugar más

---

* *¡Benditos seáis también vosotros...!: con su última bendición* — dirá la Madre Stma. en 642.4 — *devolvió bondad y santidad a todas las cosas de la Creación.*

próximo a Betania, a la que domina —no a Jerusalén— desde arriba. Arrimados a Él, su Madre, los apóstoles, Lázaro, los pastores y Margziam. Más allá, en semicírculo, manteniendo a distancia a la muchedumbre de los fieles, los otros discípulos.

638.23 [23]Jesús está en pie sobre una ancha piedra un poco prominente y albeante entre la hierba verde de un claro. El Sol incide en Él, haciendo blanquear, cual si fuera nieve, su túnica; relucir, cual si fueran de oro, sus cabellos. Sus ojos centellean con luz divina.

Abre los brazos en ademán de abrazar: parece querer estrechar contra su pecho a todas las multitudes de la Tierra, que su espíritu ve representadas en esa muchedumbre.

Su inolvidable, inimitable voz da la última orden: «¡Id! Id en mi Nombre, a evangelizar a las gentes hasta los extremos confines de la Tierra. Dios esté con vosotros. Que su amor os conforte, su luz os guíe, su paz more en vosotros hasta la vida eterna».

Se transfigura en belleza. ¡Hermoso! Tanto y *más* hermoso que en el Tabor. Caen todos de rodillas, adorando. Él, elevándose ya de la piedra en que se apoyaba, busca una vez más el rostro de su Madre, y su sonrisa alcanza una potencia que nadie podrá jamás representar... Es su último adiós a su Madre.

Sube, sube... El Sol, aún más libre para besarle —ahora que no hay frondas, ni siquiera sutiles, que intercepten el camino de sus rayos—, incide con sus resplandores sobre el Dios-Hombre que asciende con su Cuerpo santísimo al Cielo, y evidencia sus Llagas gloriosas, que resplandecen como rubíes vivos. El resto es un perlado sonreír de luces. Es verdaderamente la Luz que se manifiesta en lo que es, en este último instante como en la noche natalicia. Centellea la Creación con la luz del Cristo que asciende. Una luz que supera a la del Sol. Una luz sobrehumana y beatísima. Una luz que desciende del Cielo al encuentro de la Luz que asciende... Y Jesucristo, el Verbo de Dios, desaparece para la vista de los hombres en este océano de esplendores...

En la tierra, dos únicos ruidos en el silencio profundo de la muchedumbre extática: el grito de María cuando Él desaparece: «¡Jesús!», y el llanto de Isaac. Los demás están enmudecidos por religioso estupor, y permanecen allí, como en espera de algo, hasta que dos luces angélicas candidísimas, en forma mortal, aparecen y dicen las * palabras recogidas en el primer capítulo de los Hechos Apostólicos.

---

* *las palabras*, tel y como MV las transcribe en una copia mecanografiada, son: *"Hombres de Galilea, ¿por qué estáis mirando al Cielo? Este Jesús, que os ha sido ahora arrebatado y que ha sido elevado al Cielo, su eterna morada, vendrá del Cielo, en su debido tiempo, tal y como ahora se ha marchado"*.

639. Elección de Matías.

26 de abril de 1947.

[1]Sereno atardecer. La luz merma dulcemente, haciendo del cielo 639.1
—poco antes purpúreo— un suave entrecielo de amatista. Pronto vendrá la obscuridad, pero, por ahora, todavía hay luz; y es delicada esta luz vespertina, palidecida, después de tanto ardor de sol.

El patio de la casa del Cenáculo, vasta extensión entre los muros blancos de la casa, está lleno de gente, como en los atardeceres de después de la Resurrección. Y de estas personas congregadas aquí asciende un rumor uniformado de oraciones, interrumpidas cada cierto tiempo por pausas de meditación.

Va mermando cada vez más la luz en este patio comprendido entre los altos muros de la casa. Algunos traen lámparas, que colocan encima de la mesa junto a la cual están reunidos los apóstoles: Pedro en el centro, a su lado Santiago de Alfeo y Juan, luego los otros.

La luz palpitante de las pequeñas llamas ilumina de abajo arriba las caras apostólicas, dando gran relieve a las facciones y mostrando las expresiones: concentrada la de Pedro, una expresión como tensa por el esfuerzo de llevar a cabo dignamente estas primeras funciones de su ministerio; de una mansedumbre ascética, la de Santiago de Alfeo; serena y soñadora la de Juan; y al lado de éste el rostro pensador de Bartolomé, seguido del de Tomás, lleno de vivacidad, y del de Andrés, velado por esa humildad suya, que le hace estar con los ojos cerrados y un poco inclinado (parece decir "no soy digno"); al lado de Andrés, Mateo, que tiene apoyado un codo en la mano del otro brazo y la cara apoyada en la mano del brazo sujetado; después de Santiago de Alfeo, Judas Tadeo, con expresión de imperio (es un verdadero dominador de muchedumbres), y con unos ojos que mucho recuerdan, en color y expresión, a los de Jesús.

Ahora también Judas Tadeo — él más que todos los otros juntos— mantiene serena a la asamblea bajo el fuego de sus ojos. Y no obstante, tras su involuntaria imponencia regia, se ve aflorar el sentimiento compungido del corazón, especialmente cuando llega su
* turno de entonar una oración. Cuando dice el salmo: «No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu Nombre dale gloria por tu misericordia y fidelidad, para que no digan las naciones: "¿Dónde está su Dios?"», ora realmente con el alma arrodillada delante de Aquel que le ha elegido, y el más fuerte sentimiento de su interior vibra en su voz; y también él dice con toda la intensidad de su oración: «Yo no

* *el salmo*: es el *115, 1-2*.

soy digno de servirte a ti que eres tan perfecto».

Felipe, a su lado, su rostro ya marcado por los años, pero aún dentro de la edad vigorosa, parece contemplar un espectáculo sólo presente a él, y mantiene apretadas las manos contra las mejillas, un poco agachada la cabeza y un poco triste... Mientras, el Zelote mira hacia arriba, ausente, y expresa una sonrisa interior, que embellece su rostro no bello, aunque atrayente por su austero señorío. Santiago de Zebedeo, lleno de impulso, vibrante, dice sus oraciones como si todavía hablara al Maestro amado, y el salmo 12 brota impetuoso de su espíritu encendido. Terminan con el largo y bellísimo salmo 118, que recitan alternadamente, una estrofa cada uno, repitiendo dos veces el turno para cumplir el número de las estrofas. *

639.2 [2]Luego se recogen en total silencio hasta que Pedro, que se ha sentado, se alza como movido por el impulso de una inspiración, y ora con voz fuerte y los brazos abiertos como hacía el Señor: «Mándanos tu Espíritu, oh Señor, para que a su Luz podamos ver».

«Maran Athá» dicen todos.

Pedro se recoge en una intensa y muda oración, pero, quizás, más que pedir, escucha, o, al menos, espera palabras de luz... Luego alza de nuevo la cabeza, y de nuevo abre los brazos —los había aspado sobre el pecho—, y, como es pequeño respecto a la mayoría, se sube a su asiento para dominar la pequeña muchedumbre que está apiñada en el patio y para que todos le vean. Y todos, comprendiendo que debe hablar, callan, mirando atentos.

639.3 [3]«Hermanos míos, era necesario que se cumpliera lo que el Espíritu Santo por boca de David predijo en la Escritura respecto a Judas, el cual guió a los que capturaron al Señor y Maestro nuestro bendito: Jesús. *

Él, Judas, era uno de los nuestros, y recibió el destino de nuestro ministerio. Pero su elección, para él, se transformó en perdición, porque Satanás entró en él por muchos caminos y le convirtió de apóstol de Jesús en traidor de su Señor. Creyó triunfar y gozar, y vengarse así del Santo, que había defraudado las inmundas esperanzas de su corazón lleno de toda concupiscencia. Pero cuando creía triunfar y gozar comprendió que el hombre que se hace esclavo de Satanás, de la carne, del mundo, no triunfa, sino que, al contrario, muerde el polvo como un derrotado. Y conoció que el sabor de los alimentos que el hombre y Satanás proporcionan es amarguísimo y totalmente distinto del pan delicado y sencillo que Dios da a sus hijos. Y entonces co-

---

* *salmo 12* y *salmo 118:* en la neovulgata son *Salmo 13* y *Salmo 119.*
* *predijo,* en *Salmo 41, 10.*

noció la desesperación y odió al mundo entero después de haber odiado a Dios, y maldijo todo lo que el mundo le había dado, y se dio muerte colgándose de un olivo del olivar que con sus iniquidades se había comprado, y el día que Cristo resucitó glorioso de la muerte, su cuerpo putrefacto y ya agusanado cayó, y sus entrañas se esparcieron por el suelo al pie del olivo, haciendo inmundo aquel lugar.

Sobre el Gólgota llovió la Sangre redentora y purificó la Tierra, porque era la Sangre del Hijo de Dios que se había encarnado por nosotros. Sobre la colina que está cerca del lugar del infame Consejo, no llovió sangre, ni lágrimas de buen remordimiento, sino que lo que llovió sobre el polvo del suelo fueron inmundicias de vísceras deshechas. Porque ninguna otra sangre podía mezclarse con la Sangre santísima en esos días de purificación en que el Cordero nos lavaba con su Sangre, y muchísimo menos podía la Tierra, que bebía la Sangre del Hijo de Dios, beber también la sangre del hijo de Satanás.

Ésta es una cosa resabida. Y también se sabe que, en su furor de condenado, Judas llevó de nuevo al Templo el dinero del infame comercio y que golpeó con él, dinero inmundo, al Sumo Sacerdote en la cara. Y se sabe que con ese dinero, sacado del Tesoro del Templo, pero que ya no podía reservarse en el Tesoro porque era precio de sangre, los príncipes de los Sacerdotes y los Ancianos, habiéndose asesorado unos a otros, compraron el campo del alfarero, como habían dicho las profecías especificando incluso su precio. Y el lugar pasará a la historia de los siglos con el nombre de Haqueldamá.

Y así quede dicho todo lo relativo a Judas, y que desaparezca de entre nosotros hasta el recuerdo de su cara. Pero que se tengan presentes los caminos por los que de llamado por el Señor para el Reino celeste descendió a ser príncipe en el Reino de las tinieblas eternas, para no recorrerlos imprudentemente y no hacernos nosotros otros Judas para la Palabra que Dios nos ha confiado y que sigue siendo Cristo, Maestro en medio de nosotros.

639.4 [4]Pero está escrito en el libro de los Salmos: "Quédese su casa desierta y nadie viva en ella, y su oficio lo tome otro". Es necesario, pues, que, de entre estos hombres que nos han acompañado durante todo el tiempo en que el Señor Jesús ha estado con nosotros peregrinando, comenzando desde el Bautismo de Juan y hasta el día en que estando entre nosotros fue elevado al Cielo, uno sea con nosotros constituido testigo de su Resurrección. Y esto hay que hacerlo sin demora, para que esté presente con nosotros en el Bautismo de Fuego

---

* *las profecías*, que están en: *Jeremías 32, 6-10; Zacarías 11, 12-13.*
* *está escrito*, en *Salmo 69, 26; 109, 8.*

de que el Señor nos ha hablado, para que también él, que no recibió el Espíritu Santo del Maestro santísimo, lo reciba directamente de Dios y quede por Él santificado e iluminado, y tenga las capacidades que nosotros tendremos, y pueda juzgar y perdonar y hacer lo que nosotros haremos, y sean válidos y santos sus actos.

Yo propondría elegirle entre los fidelísimos de entre los fieles discípulos, de entre los que ya han padecido por Él y le han sido fieles incluso cuando para el mundo era el Ignorado. Muchos de éstos han venido a nosotros de Juan, Precursor del Mesías, y son almas modeladas por años de servicio a Dios. Gran amor les tenía el Señor, y grandísimo amor tenía a Isaac, que tanto había padecido por causa de Jesús niño. Pero sabéis que su corazón cedió en la noche que siguió a la Ascensión del Señor. No estemos tristes por su ausencia. Está unido a su Señor. Era el único deseo de su corazón... Es también el nuestro... pero nosotros debemos padecer nuestra pasión. Isaac ya la había padecido.

Proponed, pues, vosotros, algún nombre de entre éstos, para poder elegir al duodécimo Apóstol según los usos de nuestro pueblo: dejando, en las situaciones más graves, al Señor altísimo la potestad de indicar: Él sabe».

639.5 [5]Se consultan unos a otros. No pasa mucho tiempo y ya los más importantes discípulos (entre los no pastores), de común acuerdo con los diez apóstoles, comunican a Pedro que proponen a José, hijo de José de Saba, para honrar al padre, mártir por Cristo, y al hijo, discípulo fiel; y a Matías, por las mismas razones que para el primero, y además por la razón de honrar a su primer maestro, es decir, a Juan.

Y, habiendo aceptado Pedro su consejo, conducen a la mesa a los dos, y entretanto oran, extendidos los brazos hacia delante, en la postura habitual de los hebreos: «Tú, Señor altísimo, Padre, Hijo y Espíritu Santo, único y trino Dios, que conoces los corazones de todos, muestra cuál de estos dos has elegido para que ocupe en este ministerio y apostolado el puesto del que prevaricó Judas para ir a su lugar».

«Maran Athá» hacen coro todos.

No teniendo dados u otra cosa con que echar a suertes, y no queriendo usar dinero para esta función, toman piedrecitas diseminadas por el patio, humildes piedrecitas, blancas y obscuras en número igual, decidiendo que las blancas son para Matías y las otras para José. Cierran las piedrecitas dentro de una bolsa, que han vaciado de lo que contenía; agitan la bolsa y se la ofrecen a Pedro, quien, trazado sobre ella un gesto de bendición, mete dentro la mano y, orando con los ojos hacia el cielo, florecido ahora de estrellas, extrae una

piedra: blanca como la nieve.

[6]El Señor ha indicado a Matías como sucesor de Judas. 639.6

Pedro pasa a la parte delantera de la mesa y le abraza diciendo que es para "hacerle semejante a él". Los otros diez hacen también el mismo gesto, entre las aclamaciones de la pequeña muchedumbre.

Como última cosa, Pedro, que ha vuelto a su sitio teniendo cogida la mano del elegido —al cual tiene a su lado, de forma que ahora está entre Matías y Santiago de Alfeo—, dice: «Ven al sitio que Dios te ha reservado, y borra con tu justicia el recuerdo de Judas, ayudándonos a nosotros, hermanos tuyos, a cumplir las obras que Jesús Stmo. nos ha dicho que cumplamos. La gracia del Señor Nuestro Jesucristo esté siempre contigo».

Se vuelve a todos y los despide...

Mientras los discípulos desalojan lentamente el patio por una salida secundaria, los apóstoles vuelven a la casa y conducen a Matías a la presencia de María, que está recogida en oración en su habitación, para que también de la Madre de Dios el nuevo apóstol reciba la palabra de saludo y de elección.

640. La venida del Espíritu Santo. Fin del ciclo mesiánico.

27 de abril de 1947.

[1]No hay voces ni ruidos en la casa del Cenáculo. No hay tampoco 640.1
discípulos (al menos, no oigo nada que me autorice a decir que en otros cuartos de la casa estén reunidas personas). Sólo se constatan la presencia y la voz de los Doce y de María Stma. (recogidos en la sala de la Cena).

La habitación parece más grande porque los muebles y enseres están colocados de forma distinta y dejan libre todo el centro de la habitación, como también dos de las paredes. A la tercera ha sido arrimada la mesa grande que fue usada para la Cena. Entre la mesa y la pared, y también a los dos lados más estrechos de la mesa, están los triclinios usados en la Cena y el taburete usado por Jesús para el lavatorio de los pies. Pero estos triclinios no están colocados verticalmente respecto a la mesa, como para la Cena, sino paralelamente, de forma que los apóstoles pueden estar sentados sin ocuparlos todos, aun dejando libre uno, el único vertical respecto a la mesa, sólo para la Virgen bendita, que está en el centro, en el lugar que Jesús ocupaba en la Cena.

No hay en la mesa mantelería ni vajilla; está desnuda, y desnu-

dos están los aparadores y las paredes. La lámpara sí, la lámpara luce en el centro, aunque sólo con la llama central encendida, porque la vuelta de llamitas que hacen de corola a esta pintoresca lámpara está apagada.

Las ventanas están cerradas y trancadas con la robusta barra de hierro que las cruza. Pero un rayo de sol se filtra ardido por un agujerito y desciende como una aguja larga y delgada hasta el suelo, donde pone un arito de sol.

640.2 [2]La Virgen, sentada sola en su asiento, tiene a sus lados, en los triclinios, a Pedro y a Juan (a la derecha, a Pedro; a la izquierda, a Juan). Matías, el nuevo apóstol, está entre Santiago de Alfeo y Judas Tadeo. La Virgen tiene delante una arca ancha y baja de madera obscura, cerrada. María está vestida de azul obscuro. Cubre sus cabellos un velo blanco, cubierto a su vez por el extremo de su manto. Todos los demás tienen la cabeza descubierta.

María lee atentamente en voz alta. Pero, por la poca luz que le llega, creo que más que leer repite de memoria las palabras escritas en el rollo que tiene abierto. Los demás la siguen en silencio, meditando. De vez en cuando responden, si es el caso de hacerlo.

El rostro de María aparece transfigurado por una sonrisa extática. ¡¿Qué estará viendo, que tiene la capacidad de encender sus ojos como dos estrellas claras, y de sonrojarle las mejillas de marfil, como si se reflejara en Ella una llama rosada?!: es, verdaderamente, la Rosa mística...

Los apóstoles se echan algo hacia adelante, y permanecen levemente al sesgo, para ver el rostro de María mientras tan dulcemente sonríe y lee (y parece su voz un canto de ángel). A Pedro le causa tanta emoción, que dos lagrimones le caen de los ojos y, por un sendero de arrugas excavadas a los lados de su nariz, descienden para perderse en la mata de su barba entrecana. Pero Juan refleja la sonrisa virginal y se enciende como Ella de amor, mientras sigue con su mirada a lo que la Virgen lee, y, cuando le acerca un nuevo rollo, la mira y le sonríe.

La lectura ha terminado. Cesa la voz de María. Cesa el frufrú que produce el desenrollar o enrollar los pergaminos. María se recoge en una secreta oración, uniendo las manos sobre el pecho y apoyando la cabeza sobre el arca. Los apóstoles la imitan...

640.3 [3]Un ruido fortísimo y armónico, con sonido de viento y arpa, con sonido de canto humano y de voz de un órgano perfecto, resuena de improviso en el silencio de la mañana. Se acerca, cada vez más armónico y fuerte, y llena con sus vibraciones la Tierra, las propaga a la casa y las imprime en ésta, en las paredes, en los muebles, en los objetos. La llama de la lámpara, hasta ahora inmóvil en la paz de la

habitación cerrada, vibra como chocada por el viento, y las delgadas cadenas de la lámpara tintinean vibrando con la onda de sobrenatural sonido que las choca.

Los apóstoles alzan, asustados, la cabeza; y, como ese fragor hermosísimo, que contiene las más hermosas notas de los Cielos y la Tierra salidas de la mano de Dios, se acerca cada vez más, algunos se levantan, preparados para huir; otros se acurrucan en el suelo cubriéndose la cabeza con las manos y el manto, o dándose golpes de pecho pidiendo perdón al Señor; otros, demasiado asustados como para conservar ese comedimiento que siempre tienen respecto a la Purísima, se arriman a María.

El único que no se asusta es Juan, y es porque ve la paz luminosa de alegría que se acentúa en el rostro de María, la cual alza la cabeza y sonríe frente a algo que sólo Ella conoce y luego se arrodilla abriendo los brazos, y las dos alas azules de su manto así abierto se extienden sobre Pedro y Juan, que, como Ella, se han arrodillado.

Pero, todo lo que he tardado minutos en describir se ha verificado en menos de un minuto.

[4]Y luego entra la Luz, el Fuego, el Espíritu Santo, con un último 640.4
fragor melódico, en forma de globo lucentísimo, ardentísimo; entra en esta habitación cerrada, sin que puerta o ventana alguna se mueva; y permanece suspendido un momento sobre la cabeza de María, a unos tres palmos de su cabeza (que ahora está descubierta, porque María, al ver al Fuego Paráclito, ha alzado los brazos como para invocarle y ha echado hacia atrás la cabeza emitiendo un grito de alegría, con una sonrisa de amor sin límites). Y, pasado ese momento en que todo el Fuego del Espíritu Santo, todo el Amor, está recogido sobre su Esposa, el Globo Stmo. se escinde en trece llamas cantarinas y lucentísimas —su luz no puede ser descrita con parangón terreno alguno—, y desciende y besa la frente de cada uno de los apóstoles.

Pero la llama que desciende sobre María no es lengua de llama vertical sobre besadas frentes: es corona que abraza y nimba la cabeza virginal, coronando Reina a la Hija, a la Madre, a la Esposa de Dios, a la incorruptible Virgen, a la Llena de Hermosura, a la eterna Amada y a la eterna Niña; pues que nada puede mancillar, y en nada, a Aquella a quien el dolor había envejecido, pero que ha resucitado en la alegría de la Resurrección y tiene en común con su Hijo una acentuación de hermosura y de frescura de su cuerpo, de sus miradas, de su vitalidad... gozando ya de una anticipación de la belleza de su glorioso Cuerpo elevado al Cielo para ser la flor del Paraíso.

El Espíritu Santo rutila sus llamas en torno a la cabeza de la Amada. ¿Qué palabras le dirá? ¡Misterio! El bendito rostro aparece

transfigurado de sobrenatural alegría y sonríe con la sonrisa de los serafines, mientras ruedan por las mejillas de la Bendita lágrimas beatíficas que, incidiendo en ellas la Luz del Espíritu Santo, parecen diamantes.

El Fuego permanece así un tiempo... Luego se disipa... De su venida queda, como recuerdo, una fragancia que ninguna flor terrenal puede emanar... es el perfume del Paraíso...

640.5 [5]Los apóstoles vuelven en sí... María permanece en su éxtasis. Recoge sus brazos sobre el pecho, cierra los ojos, baja la cabeza... nada más... continúa su diálogo con Dios... insensible a todo... Y ninguno osa interrumpirla.

Juan, señalándola, dice: «Es el altar, y sobre su gloria se ha posado la Gloria del Señor...».

«Sí, no perturbemos su alegría. Vamos, más bien, a predicar al Señor para que se pongan de manifiesto sus obras y palabras en medio de los pueblos» dice Pedro con sobrenatural impulsividad.

«¡Vamos! ¡Vamos! El Espíritu de Dios arde en mí» dice Santiago de Alfeo.

«Y nos impulsa a actuar. A todos. Vamos a evangelizar a las gentes».

Salen como empujados por una onda de viento o como atraídos por una vigorosa fuerza.

640.6 [6]Dice Jesús:

«Aquí termina esta Obra que mi amor por vosotros ha dictado, y que vosotros habéis recibido por el amor que una criatura ha tenido hacia mí y hacia vosotros.

Ha terminado hoy, conmemoración de Santa Zita de Luca, humilde sirviente que sirvió a su Señor en la caridad en esta Iglesia de Luca, ciudad a la que Yo, desde lugares lejanos llevé a mi pequeño Juan para que me sirviera en la caridad y con el mismo amor de Santa Zita hacia todos los infelices. Zita daba pan a los menesterosos, recordando que en cada uno de ellos estoy Yo, y que vivirán beatos a mi lado aquellos que hayan dado pan y bebida a los que tienen sed y hambre. María-Juan ha dado mis palabras a los que flaquean envueltos en la ignorancia, en la tibieza o en la duda sobre la Fe, recordando que la Sabiduría dijo que brillarían como estrellas en la eternidad aquellos que con fatiga se esforzaran en dar a conocer a Dios, dando gloria a su Amor dándole a conocer a muchos y haciendo que

* *Santa Zita*, virgen luquense del siglo XIII, sirvienta y patrona de las sirvientas, muy venerada en Luca, que celebra su fiesta el 27 de abril.
* *la Sabiduría dijo*, en: *Sabiduría 3, 1-9*; *Daniel 12, 3-4*.

muchos le amen.

Y ha terminado hoy, día en que la Iglesia eleva a los altares a
* María Teresa Goretti, pura azucena de los campos que vio su tallo quebrado cuando todavía era capullo su corola —¿por quién quebrado, sino por Satanás, ínvido ante ese candor más esplendoroso que su antiguo aspecto de ángel?—, quebrado por ser flor consagrada al Amador divino. Virgen y mártir, María, de este siglo de infamias en que se mancilla incluso el honor de la Mujer, escupiendo baba de reptiles negadora del poder de Dios de dar una morada inviolada a su Verbo, que, por obra del Espíritu Santo, se encarnaba para salvar a los que en Él creyeran. También María-Juan es mártir del Odio, que no quiere que mis maravillas sean celebradas con esta Obra, arma que tiene poder para arrebatarle muchas presas. Pero también María-Juan sabe, como sabía María-Teresa, que el martirio —fueren cuales fueren su nombre y su aspecto— es llave para abrir sin dilación el Reino de los Cielos para aquellos que lo padecen como continuación de mi Pasión.

* [7]La Obra ha terminado. Y, con su fin, con la venida del Espíritu 640.7
Santo, se concluye el ciclo mesiánico, que mi Sabiduría ha iluminado desde sus albores (la Concepción inmaculada de María) hasta su terminación (la venida del Espíritu Santo). Todo el ciclo mesiánico es obra del Espíritu de Amor, para quien sabe ver bien. Cabal, pues, el haberlo empezado con el misterio de la inmaculada Concepción de la Esposa del Amor, y el haberlo concluido con el sello de Fuego Paráclito puesto en la Iglesia de Cristo.

Las obras manifiestas de Dios, del Amor de Dios, terminan con Pentecostés. Desde entonces, continúa ese misterioso obrar de Dios en sus fieles, unidos en el Nombre de Jesús en la Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica, Romana; y la Iglesia —o sea, la asamblea de los fieles —pastores, ovejas y corderos— puede continuar su camino sin errar, por la continua, espiritual operación del Amor en sus fieles. El Amor, Teólogo de los teólogos, Aquel que forma a los verdaderos teólogos, que viven abismados en Dios y tienen a Dios dentro de sí —la vida de Dios dentro de sí por la dirección del Espíritu de Dios que los
* guía—, los verdaderos "hijos de Dios" según el concepto de Pablo.

---

* *María Teresa Goretti*, más conocida como *María Goretti*, mártir de la pureza (1890-1902), beatificada el 27 de abril de 1947 y canonizada en 1950.

* *La Obra ha terminado*, pero no han terminado las "visiones" ni los "dictados" fuera del *ciclo mesiánico*, declarado concluido *con la venida del Espíritu Santo*. Por ello se añadirán, completivos de la Obra, otros escritos pertinentes (de varios años, sobre todo del 1951). Como consecuencia, la *Despedida de la Obra*, escrita el 28 de abril de 1947 y que en los cuadernos autógrafos sigue inmediatamente al presente "dictado", será recogida al término de la conclusión de la Obra.

* *el concepto de Pablo*, expresado en *Romanos 8, 14-17*.

640.8 [8]Y al término de la Obra debo poner una vez más el lamento que he colocado al final de cada uno de los años evangélicos. Y en mi dolor de ver despreciado mi don os digo: "No recibiréis más, porque no habéis sabido acoger esto que os he dado". Y digo también las palabras que os hice llegar el pasado verano para llamaros de nuevo al camino recto: "No me veréis hasta que no llegue el día en que digáis: 'Bendito el que viene en nombre del Señor'"».

641. Pedro celebra la Eucaristía en una reunión de los primeros cristianos.

3 de junio de 1944.

641.1 [1]Es una de las primeras reuniones de los cristianos, en los días inmediatamente posteriores a Pentecostés.

Los doce apóstoles son de nuevo doce, porque Matías, que ya ha sido elegido en lugar del traidor, está entre ellos. Y el hecho de que estén los doce demuestra que no se habían separado todavía para ir a evangelizar, según la orden del Maestro. Por tanto, Pentecostés debe haber tenido lugar poco antes, y todavía no deben haber empezado las persecuciones del Sanedrín contra los siervos de Jesucristo. En efecto, si así fuera, no tendrían esta celebración con tanta tranquilidad, y sin ninguna medida de precaución, en una casa conocida, demasiado conocida, por los del Templo, o sea, en la casa del Cenáculo, y precisamente en la habitación donde se verificó la última Cena, donde fue instituida la Eucaristía, donde empezó la verdadera y total traición, y la Redención.

Pero la vasta habitación ha sufrido un cambio, necesario para su nueva función como iglesia, e impuesto por el número de los fieles. La gran mesa ya no está en la pared de la escalera, sino en la frontal, y paralela a la pared. De forma que incluso los que no pueden entrar en el Cenáculo —primera iglesia del mundo cristiano—, ya repleto de personas, pueden ver lo que sucede dentro, apiñándose, apretujándose, en el pasillo de entrada (donde está, abierta completamente, la puertecita por la que se entra en la habitación).

En la sala hay hombres y mujeres de todas las edades. En un grupo de mujeres, junto a la mesa, aunque en uno de los ángulos, está María, la Madre, rodeada de Marta y María de Lázaro, Nique, Elisa, María de Alfeo, Salomé, Juana de Cusa... en fin, de muchas

---

* *al final de cada uno de los años evangélicos*, es decir, en 140.7, 312.14, 540.13.

* *el pasado verano*, exactamente el *21-5-46*, fecha que en este lugar MV anota y que se refiere a un "dictado" recogido en el volumen "Los cuadernos del 1945 al 1950".

de las mujeres discípulas, hebreas y no hebreas, a las que Jesús había curado, había consolado, había evangelizado, había hecho ovejas de su rebaño. Entre los hombres, están Nicodemo, Lázaro, José de Arimatea, muchísimos discípulos, entre los cuales Esteban, Hermas, los pastores, Eliseo el hijo del arquisinagogo de Engadí, y muchísimos otros. Y está también Longino, no vestido de militar, sino como si fuera un ciudadano cualquiera, con una larga y sencilla túnica cenizosa. Luego otros, que claramente han entrado en la grey de Cristo después de Pentecostés y las primeras evangelizaciones de los Doce.

[2]Pedro habla también ahora. Evangeliza e instruye a los presentes. Habla una vez más de la última Cena. *Una vez más*. Y es que, por sus palabras, se comprende que ya ha hablado otras veces de ella. 641.2

Dice: «Os hablo *una vez más*», y remarca mucho estas palabras, «de la Cena en que, antes de ser inmolado por los hombres, Jesús Nazareno, como le llamaban, Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador nuestro, *como ha de ser afirmado y creído con todo nuestro corazón y nuestra mente, porque en este creer está nuestra salvación,* se inmoló por espontánea voluntad y por exceso de amor, dándose como Alimento y Bebida para los hombres, y diciéndonos a nosotros, siervos y continuadores suyos: "Haced esto en memoria mía". Y esto es lo que hacemos. Pero, oh hombres, de la misma manera que nosotros, sus testigos, creemos que en el Pan y en el Vino, ofrecidos y bendecidos, como Él hizo, en memoria suya y por obediencia a su divino mandato, están ese Cuerpo Stmo. y esa Sangre Stma. que lo son de un Dios, Hijo del Dios altísimo, y que fueron crucificado y derramada por amor y para vida de los hombres, también vosotros, todos vosotros, que habéis entrado a formar parte de la verdadera, nueva, inmortal Iglesia, anunciada por los profetas y fundada por el Cristo, debéis creerlo. Creed y bendecid al Señor, que a nosotros, sus —si no materialmente, sí moral y espiritualmente— crucifixores por nuestra debilidad en servirle, por nuestra cerrazón en comprenderle, por nuestra cobardía en abandonarle huyendo en la hora suprema, por nuestra cobardía en nuestro... no, *en mi personal traición* de hombre temeroso y cobarde hasta el punto de renegar de Él, y negarle, y negarme como discípulo suyo, es más: como el primero de entre sus siervos (y gruesas lágrimas ruedan y asurcan el rostro de Pedro), poco antes de la hora primera, allí, en el patio del Templo; creed, decía, y bendecid al Señor, que a nosotros nos deja este eterno signo de perdón; creed y bendecid al Señor, que a aquellos que no le conocieron cuando era el Nazareno les permite conocerle ahora que es el Verbo Encarnado vuelto al Padre. Venid y tomad. Él lo dijo: "El que come mi Carne y bebe mi Sangre tendrá la Vida eterna". En aquel mo-

mento no comprendimos (y Pedro llora de nuevo). No comprendimos porque éramos obtusos de intelecto. Pero ahora el Espíritu Santo ha encendido nuestra inteligencia, fortalecido nuestra fe, infundido la caridad, y comprendemos. Y en el Nombre del Dios altísimo, del Dios de Abraham, de Jacob, de Moisés, en el Nombre altísimo del Dios que habló a Isaías, a Jeremías, a Ezequiel, a Daniel y a los otros profetas, os juramos que esto es verdad y os conjuramos que creáis para poder tener la Vida eterna».

Pedro habla lleno de majestad. Ya nada queda en él del pescador no poco rudo de poco antes. Ha subido a un escabel para hablar y ser visto y oído mejor, porque, siendo bajo como es, si sus pies hubieran permanecido sobre el suelo de la habitación, los más lejanos no le habrían podido ver, y él lo que quiere es alcanzar a todos con su vista. Habla equilibradamente, con voz apropiada y gestos de verdadero orador. Sus ojos, siempre expresivos, ahora hablan más que nunca: amor, fe, mando, contrición... todo sale a través de esta mirada suya, y anticipa y refuerza sus palabras.

641.3 [3]Ya ha terminado de hablar. Baja del escabel y se coloca detrás de la mesa, en el espacio que hay entre la pared y la mesa, y espera.

Santiago y Judas, o sea, los dos hijos de Alfeo y primos de Cristo, extienden ahora sobre la mesa un mantel blanquísimo. Para hacer esto levantan el arca ancha y baja que está puesta en el centro de la mesa. También extienden sobre la tapa del arca un paño de finísimo lino.

El apóstol Juan va ahora donde María y le pide algo. María se quita del cuello una especie de llavecita y se la da a Juan. Juan la toma, vuelve al arca, la abre y vuelve la parte que está delante, la cual queda apoyada en el mantel, y cubierta con un tercer paño de lino.

Dentro del arca hay una sección horizontal que la divide en dos secciones: en la de abajo hay una copa y un plato, de metal; en la de arriba, en el centro, la copa usada por Jesús en la última Cena y para la primera Eucaristía, los restos del pan partido por Él, colocados en un platito, de material precioso como la copa. A los lados de la copa y del platito que están en el plano superior, a un lado, están la corona de espinas, los clavos y la esponja; al otro lado, uno de los lienzos, enrollado, el velo con que Nique enjugó el Rostro de Jesús, y el que María dio a su Hijo para que se cubriera con él las caderas. En el fondo del arca hay otras cosas, pero, dado que quedan más bien ocultas y que ninguno habla de ellas ni las muestra, no se sabe lo que son. Sin embargo, respecto a las otras, respecto a las visibles, Juan y Judas de Alfeo las muestran a los presentes, que se arrodillan ante ellas. Pero ni se muestran ni se tocan la copa y el platito

del pan. Tampoco se extiende toda la sábana; sólo se muestra enrollada, mientras se dice lo que es. Quizás Juan y Judas no la desenrollan para no despertar en María el recuerdo doloroso de las atroces vejaciones sufridas por su Hijo.

Terminada esta parte de la ceremonia, los apóstoles, en coro, entonan unas oraciones. Yo diría que son salmos porque los cantan como acostumbraban a hacer los hebreos en sus sinagogas o en sus peregrinaciones a Jerusalén para las solemnidades prescritas por la Ley. La gente se une al coro de los apóstoles, que, de esa manera, cada vez se hace más solemne.

641.4 [4]En fin, traen panes y los colocan en el platito de metal que había en la parte inferior del arca, y traen unas pequeñas ánforas, también de metal.

Pedro recibe de Juan, que está arrodillado al otro lado de la mesa (mientras que Pedro sigue entre la mesa y la pared, aunque vuelto hacia la gente), la bandeja con los panes; la alza y la ofrece; luego la bendice y la pone sobre el arca.

Judas de Alfeo, también arrodillado, al lado de Juan, da a su vez a Pedro la copa de la parte de abajo y las dos ánforas que antes estaban junto al platito de los panes. Pedro vierte el contenido de ellas en la copa; alza ésta y la ofrece, como había hecho con el pan. Bendice también la copa y la pone sobre el arca, al lado de los panes.

Oran de nuevo. Pedro fracciona los panes en muchos trozos mientras los presentes se postran más aún, y dice: «Esto es mi Cuerpo. Haced esto en memoria mía».

Sale de detrás de la mesa llevando consigo la bandeja llena de los trozos de los panes, y, lo primero, va donde María y le da un trozo. Luego pasa a la parte delantera de la mesa y distribuye el Pan consagrado a todos los que se acercan para recibirlo. Sobran pocos trozos, los cuales, en su bandeja, son colocados sobre el arca.

Ahora toma la copa y la ofrece —empezando esta vez también por María— a los presentes. Juan y Judas le siguen con las pequeñas ánforas y añaden los líquidos cuando el cáliz está vacío, mientras Pedro repite la elevación, el ofrecimiento y la bendición para consagrar el líquido.

Cuando todos los que pedían nutrirse de la Eucaristía han sido complacidos, los apóstoles consumen el Pan y Vino que han quedado. Luego cantan otro salmo o himno, y después de esto Pedro bendice a los presentes, quienes, después de su bendición, se marchan lentamente.

641.5 [5]María, la Madre, que ha estado de rodillas durante toda la ceremonia de la consagración y de la distribución de las especies del Pan

y del Vino, se alza y va hasta el arca. Hace una inclinación por encima de la mesa y toca con la frente la superficie del arca donde están puestos la copa y el plato usados por Jesús en la última Cena, y pone un beso en el borde de ambos; un beso que es también para las otras reliquias recogidas ahí.

Luego Juan cierra el arca y devuelve la llave a María, que vuelve a ponérsela en el cuello.

642. María Stma. se establece en el Getsemaní con Juan, que le predice la Asunción.

21 de agosto de 1951.

642.1 [1]María está todavía en la casa del Cenáculo; sola, en la habitación suya habitual. Está cosiendo paños de finísimo lino, semejantes a manteles largos y estrechos. De vez en cuando, levanta la cabeza para mirar hacia el jardín y medir, por la posición del Sol sobre las tapias del jardín, la hora del día. Y, si oye un ruido en la casa o en la calle, escucha atentamente: parece estar esperando a alguien.

Pasa así un tiempo. Luego se oye un golpe en la puerta de la casa, seguido por un roce de sandalias que, corriendo, van a abrir. Voces de hombre resuenan en el pasillo, cada vez más fuertes y cercanas.

María escucha... Luego exclama: «¡¿Ellos aquí?! ¡¿Pues qué habrá sucedido?!». Mientras está pronunciando estas palabras, alguien llama a la puerta de la habitación. «Pasad, hermanos en Jesús, mi Señor» responde María.

Entran Lázaro y José de Arimatea, que saludan a María con profunda veneración y le dicen: «¡Bendita tú entre todas las madres! Los siervos de tu Hijo y Señor nuestro te saludan», y se postran para besarle el extremo de la túnica.

«El Señor esté siempre con vosotros. ¿Por qué motivo, y cuando todavía no ha cesado el fermento de los perseguidores del Cristo y de sus seguidores, venís a mí?».

«Como primera cosa, verte —porque verte a ti es verle todavía a Él—, y sentirnos así menos afligidos por haberse ido de esta Tierra. Y también hemos venido para proponerte lo que, después de una reunión en mi casa, una reunión de los más amantes y fieles siervos de Jesús, tu Hijo y nuestro Señor, hemos pensado hacer» le responde Lázaro.

«Hablad. Me hablará vuestro amor, y yo con mi amor os escucharé».

642.2 [2]Toma ahora la palabra José de Arimatea, que dice: «Mujer, no

ignoras, y lo has dicho, que el fermento —y peor aún— permanece todavía contra todos los que han vivido cercanos al Hijo tuyo y de Dios, o por parentesco o por fe o por amistad. Y no ignoramos que no tienes intención de dejar estos lugares donde has visto la perfecta manifestación de la naturaleza divina y humana de tu Hijo, su total mortificación y su total glorificación, mediante la Pasión y Muerte suyas —verdadero Hombre— y mediante sus gloriosas Resurrección y Ascensión —verdadero Dios—. Y tampoco ignoramos que no quieres dejar solos a los apóstoles, para quienes quieres ser Madre y guía en sus primeras pruebas, tú, Sede de la Sabiduría divina, tú, Esposa del Espíritu revelador de las verdades eternas, tú, Hija amada con predilección desde siempre por el Padre que ab aeterno te eligió para Madre de su Unigénito, tú, Madre de este Verbo del Padre, que ciertamente te instruyó con sus infinitas y perfectísimas Sabiduría y Doctrina, antes incluso de estar en ti como criatura en formación, o de estar contigo como Hijo que crecía en edad y sabiduría, hasta hacerse Maestro de los maestros. Juan nos lo dijo al día siguiente de la primera, maravillosa predicación y manifestación apostólica, diez días después de la Ascensión de Jesús al Cielo. Tú, por tu parte, sabes, por haberlo visto en el Getsemaní el día de la Ascensión de tu Hijo al Padre y por haberlo sabido a través de Pedro, Juan y otros apóstoles, que yo y Lázaro, inmediatamente después de la Muerte y Resurrección, comenzamos a levantar tapias alrededor de mi huerto que está cerca del Gólgota y en el Getsemaní en el Monte de los Olivos, para que esos lugares, santificados por la Sangre del Mártir divino —Sangre que goteó, ¡ay!, ardiente de fiebre en el Getsemaní y helada y grumosa en mi huerto—, no sean profanados por los enemigos de Jesús. Ahora las obras están ultimadas, y, tanto yo como Lázaro, y con él sus hermanas y los apóstoles —que demasiado dolor sufrirían si no te tuvieran ya aquí—, te decimos: "Establécete en la casa de Jonás y María, los guardianes del Getsemaní"».

642.3 [3]«¿Y Jonás y María? La casa es pequeña, y yo aprecio la soledad. Siempre la apreció. Y más la aprecio ahora, porque la necesito para abismarme en Dios, en mi Jesús, para no morir de congoja por no tenerle ya aquí. Sobre los misterios de Dios, porque Él es ahora Dios más que nunca, no es justo que se pose mirada humana. Mujer yo, Hombre Jesús. Pero nuestra Humanidad fue distinta de todas las otras, tanto por razón de la inmunidad respecto a la culpa —incluso la original—, como por razón de la relación con Dios uno y trino: somos únicos en estas cosas entre todas las criaturas, las pasadas, las presentes y las futuras. Pero el hombre, incluso el mejor y más prudente, es naturalmente, inevitablemente curioso, especialmente si

tiene ante sí una manifestación extraordinaria. Y sólo yo y Jesús —mientras estuvo en la Tierra— sabemos qué sufrimiento, qué... sí, incluso vergüenza, incomodidad, tormento, siente uno cuando la curiosidad humana escruta, vigila, espía nuestros secretos con Dios. Es como si nos pusieran desnudos en medio de una plaza. Pensad en mi pasado, considerad que siempre busqué recato, silencio, y que siempre mantuve celados bajo las apariencias de una vida corriente de una pobre mujer, los misterios de Dios en mí. Recordad cómo, por no revelarlos ni siquiera a mi esposo José, por poco no hice de él —justo— un injusto. Sólo la intervención angélica impidió este peligro. Pensad en la vida tan humilde, oculta, corriente, que llevó Jesús durante treinta años. Pensad en su tendencia, ya como Maestro, a apartarse, a aislarse. Debía hacer milagros e instruir, porque así era su misión. Pero, y lo sé por Él mismo, sufría —y éste era uno de los muchos motivos de la gravedad y tristeza que se reflejaban en sus grandes y poderosos ojos—, sufría, decía, por la exaltación de las muchedumbres, por la curiosidad más o menos buena con que observaban todos sus actos. ¡Cuántas veces ordenó a sus discípulos y a los que habían recibido algún milagro: "No digáis lo que habéis visto. No digáis lo que he hecho en vosotros"!... Ahora bien, yo no quisiera que miradas humanas indagaran sobre los misterios de Dios en mí, misterios que no han terminado, no, con el regreso al Cielo de Jesús, mi Hijo y mi Dios, sino que permanecen, y yo diría que incluso aumentan, por bondad suya y para mantenerme viva hasta que llegue la hora, tan deseada por mí, de unirme de nuevo a Él para toda la eter-
642.4 nidad. [4]Quisiera sólo a Juan conmigo. Porque es prudente, respetuoso, amoroso conmigo como un segundo Jesús. Pero Jonás y María sabrán...».

Lázaro la interrumpe: «¡Ya está hecho, oh Bendita! Ya hemos pensado en eso. Marcos, hijo de Jonás, se cuenta ahora entre los discípulos. María, su madre, y Jonás, su padre, están ya en Betania».

«¿Pero y el olivar? ¡Tiene mucha necesidad de cuidados!» le responde María.

«Sólo en el tiempo de podar, arrejacar y recoger! Pocos días al año, por tanto. Y menos días aún, porque mandaré a mis obreros de Betania junto con Marcos en esos períodos. Tú, Madre, si quieres hacernos felices a mí y a mis hermanas, ven a Betania en estos días, a la casa solitaria del Zelote. Seremos vecinos, pero nuestros ojos no serán indiscretos respecto a tus encuentros con Dios».

«¿Pero y la almazara?...».

«Ya ha sido transportada a Betania. El Getsemaní, completamente tapiado, propiedad aún más reservada de Lázaro de Teófilo,

te espera, María. Y te aseguro que los enemigos de Jesús no se atreverán, por temor a Roma, a violar la paz de ese lugar y tuya».

«¡Bueno, siendo así!» exclama María, y aprieta sus manos contra el corazón, y los mira con una cara casi extática de tan beatífica como aparece, con una sonrisa de ángel en sus labios y lágrimas de alegría en sus rubias pestañas. Prosigue: «¡Yo y Juan! ¡Solos! ¡Nosotros dos solos! ¡Me parecerá estar de nuevo en Nazaret con mi Hijo! ¡Solos! ¡En la paz! ¡En *esa* paz! En el lugar donde Él, mi Jesús, pronunció tantas palabras y esparció tanto espíritu de paz! En el lugar donde, es verdad, sufrió hasta el punto de sudar sangre y de recibir el supremo sufrimiento moral del beso infame y las primeras...». Un sollozo y un recuerdo dolorosísimo le quiebran la palabra y el rostro, que durante breves momentos, presenta de nuevo la expresión doliente que tenía en los días de la Pasión y Muerte de su Hijo. Luego se repone y dice: «¡En el lugar desde donde volvió a la infinita paz del Paraíso! Mandaré pronto a María de Alfeo aviso de que guarde mi casita de Nazaret, que tanto quiero porque allí se cumplió el misterio y allí murió mi esposo, ¡tan puro y santo!, y allí creció Jesús. ¡Muy querida por mí! Pero, desde luego, no como estos lugares donde instituyó el Rito de los ritos y se hizo Pan, Sangre, Vida para todos los hombres, y padeció y redimió y fundó su Iglesia y, con su última bendición, quedaron vestidas de bondad y santificadas todas las cosas de la Creación. Me quedaré. Sí. Me quedaré aquí. Iré al Getsemaní. Y desde allí, siguiendo la parte externa de los muros, podré ir al Gólgota, y a tu huerto, José, donde tanto lloré; y podré ir a tu casa, Lázaro, donde siempre recibí, en mi Hijo antes y en mí después, mucho amor. [5]Pero quisiera...». 642.5

«¿Qué, Bendita?» le preguntan los dos.

«Quisiera poder volver también aquí. Porque, junto con los apóstoles, habíamos pensado, si Lázaro lo permite...».

«Todo lo que quieras, Madre. Todo lo mío es tuyo. Antes se lo decía a Jesús, ahora te lo digo a ti. Y soy yo el que recibe una gracia, si aceptas mi don».

«Hijo... deja que te llame así... quisiera que nos concedieras hacer de esta casa, más exactamente: del Cenáculo, el lugar de reunión y ágape fraternos».

«Es justo. En este lugar tu Hijo instituyó el nuevo eterno Rito, constituyó la nueva Iglesia elevando al nuevo Pontificado y Sacerdocio a sus apóstoles y discípulos. Justo es que esa habitación se transforme en el primer templo de la nueva religión. La semilla que mañana será árbol, y luego inmensa floresta; el germen que mañana será organismo vital, completo, y que irá creciendo, sin cesar, en altu-

ra, profundidad y anchura, extendiéndose por toda la Tierra. ¿Qué mesa y altar podrán ser más santos que aquellos sobre los que Él partió el Pan y puso el Cáliz del nuevo Rito, que permanecerá mientras permanezca la Tierra?».

«Es verdad, Lázaro. ¿Ves? Por eso estoy cosiendo los manteles puros. Porque yo creo —y ninguno creerá con igual fuerza— que el Pan y el Vino son Él, en su Carne y en su Sangre; Carne santísima e inocentísima, Sangre redentora, dados como Alimento y Bebida de Vida para los hombres. ¡Que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo os bendigan, oh buenos, sabios, piadosos siempre, para con el Hijo y para con la Madre!».

642.6 [6]«Entonces, de acuerdo. Toma. Ésta es la llave que abre las distintas cancillas del recinto del Getsemaní. Y ésta es la llave de la casa. Y sé feliz: cuanto Dios te conceda serlo y cuanto nuestro pobre amor quisiera que lo fueras».

José de Arimatea, ahora que Lázaro ha terminado de hablar, dice a su vez: «Y ésta es la llave del recinto de mi huerto».

«Pero tú... ¡tienes tú todo el derecho a entrar!».

«Tengo otra llave, María. El hortelano es un hombre justo, y lo mismo su hijo. A los únicos que podrás encontrar allí será a ellos y a mí. Y seremos todos prudentes y respetuosos».

«Que Dios os bendiga nuevamente» repite María.

«A ti gracias, Madre. Para ti nuestro amor y la paz de Dios, siempre». Se postran después de este último saludo. Besan de nuevo el extremo de su túnica y se marchan.

642.7 [7]Apenas han salido de la casa y ya se oyen los discretos golpes de alguien que llama a la puerta de la habitación en que está María.

«Pasa, pasa» dice María.

Juan no espera a que se lo digan dos veces. Entra y pregunta, un poco inquieto: «¿Qué querían José y Lázaro? ¿Hay algún peligro?».

«No, hijo. Es sólo el cumplimiento de un deseo mío. Deseo mío y de otros. Sabes que Pedro y Santiago de Alfeo: el primero, Pontífice; el otro, cabeza de la Iglesia de Jerusalén, se sienten desolados ante la idea de perderme, y asustados por el temor a no saber actuar sin mí. Santiago sobre todo. Ni siquiera la especial aparición de mi Hijo a Él y su elección por voluntad de Jesús le consuelan y fortalecen. ¡Y también los otros!... Ahora Lázaro satisface este deseo general y nos hace amos del Getsemaní. Yo y tú. Solos allí. Aquí están las llaves. Y ésta es la del huerto de José... Podremos ir al Sepulcro, a Betania, sin pasar por la ciudad... E ir al Gólgota... Y venir aquí siempre que se celebre el ágape fraterno. Todo nos lo conceden Lázaro y José».

«Son dos verdaderos justos. Lázaro recibió mucho de Jesús. Es

verdad. Pero, antes de recibir incluso, siempre dio todo a Jesús. ¿Estás contenta, Madre?».

«Sí, Juan. ¡Mucho! Viviré hasta que Dios quiera, asistiendo a Pedro y a Santiago y a todos vosotros, y ayudaré a los primeros cristianos en todos los modos. Si los judíos, los fariseos y los sacerdotes no se comportan como fieras también conmigo, como con mi Hijo, podré exhalar mi espíritu donde Él ascendió al Padre».

[8]«Ascenderás tú también, Madre». 642.8

«No. No soy Jesús. Nací humanamente».

«Pero sin mancha original. Yo soy un pobre pescador ignorante. No sé de doctrinas ni de escrituras sino lo que me enseñó el Maestro. Pero soy como un niño, porque soy puro. Y por esto, quizás, sé más que los rabíes de Israel; porque, Él lo dijo, Dios esconde las cosas a los sabios y las revela a los pequeños, a los puros. Y por esto pienso —mejor dicho: siento— que tu destino será el que habría tenido Eva si no hubiera pecado. Y más todavía, porque tú no has sido esposa de un Adán-hombre, sino de Dios, para dar a la Tierra al nuevo Adán fiel a la Gracia. El Creador, cuando creó a los Primeros Padres, no los destinó a la muerte (o sea, a la corrupción del más perfecto cuerpo por Él creado, y al que hizo el más noble de todos los cuerpos dotándole de alma espiritual y de los dones gratuitos de Dios, por lo que podían llamarse "hijos adoptivos de Dios"), sino que quería para ellos solamente un paso del Paraíso terrenal al celestial. Ahora bien, tú no has tenido nunca mancha de pecado alguno en tu alma. Ni siquiera ese grande, común pecado, herencia de Adán para todos los humanos, te alcanzó a ti, porque Dios te preservó de él por singular, único, privilegio, habiendo sido tú, desde siempre, destinada a ser el Arca del Verbo. Y el Arca, incluso esa Arca que, ¡ay!, no contiene sino cosas frías, áridas, muertas (porque, en verdad, el pueblo de Dios no las pone en práctica como debería), es, y debe ser, siempre purísima. El Arca, sí. ¿Pero quién, entre los que a ella se acercan, Pontífice y Sacerdotes, lo son realmente como lo eres tú? Ninguno. Por esto yo siento que tú, segunda Eva y Eva fiel a la Gracia, no conocerás la muerte».

[9]«Mi Hijo, segundo Adán, la Gracia misma, obediente siempre al Padre, a mí, en modo perfecto, murió. ¡Y con qué muerte!». 642.9

«Había venido para ser el Redentor, Madre. Dejó al Padre, dejó el Cielo, para tomar una Carne, para redimir, con su Sacrificio, a los hombres y devolverles la Gracia, y así elevarlos de nuevo al grado de hijos adoptivos de Dios, herederos del Cielo. Él debía morir. Y murió con su Humanidad santísima. Y tú moriste en el corazón viendo su suplicio atroz y su Muerte. Has padecido ya todo para ser redentora con Él. Yo soy un pobre ignorante, pero siento que tú, Arca verdade-

ra del verdadero, viviente Dios, no serás, no puedes ser, corruptible. De la misma manera que la nube de fuego protegió y dirigió al Arca * de Moisés hacia la Tierra prometida, el Fuego de Dios te atraerá a su Centro. Como la caña de Aarón no se secó, no murió, más, al contrario, a pesar de haber sido separada del árbol, echó yemas, hojas y frutos, y vivió en el Tabernáculo, así tú, elegida de Dios entre todas las mujeres que habitaron y habitarán la Tierra, tampoco morirás como una planta que se seca, sino que en el eterno Tabernáculo de los Cielos vivirás eternamente con la totalidad de ti misma. Como las aguas del Jordán se abrieron para dejar pasar al Arca y a sus portadores y al pueblo todo, en tiempos de Josué, así para ti se abrirán las barreras que el pecado de Adán ha puesto entre Tierra y Cielo, y pasarás de este mundo al Cielo eterno. Estoy seguro de ello. Porque Dios es justo. Y para ti permanece el decreto emanado de Él para quien no tiene ni pecado hereditario ni pecado voluntario en el alma».

642.10 [10]«¿Te ha revelado esto Jesús?».

«No, Madre. Me lo dice el Espíritu Paráclito, Aquel de quien el Maestro nos anunció que nos revelaría las cosas futuras y toda verdad. El Consolador ya me lo dice, en el espíritu, para hacerme menos amargo el pensamiento de perderte, oh Madre bendita a la que amo tanto como a la mía y más, por todo lo que sufriste, por lo buena y santa que eres, sólo inferior al Hijo tuyo santísimo entre todos los santos presentes y futuros. La Santa más grande». Y Juan, conmovido, se postra venerándola.

643. María Stma. y Juan en los lugares de la Pasión.

8 de septiembre de 1951.

643.1 [1]Rompe el alba. Es una clara alba de verano. María, junto con el fiel Juan, sale de la casita del Getsemaní y camina con paso diligente por el olivar silencioso y desierto. Sólo algún canto de pájaro y el piar de los polluelos en los nidos rompen el gran silencio del lugar.

María se dirige, con paso seguro, hacia la roca de la Agonía. Se arrodilla contra ella, pone su beso en los lugares donde algunas estrechas fisuras de la roca muestran todavía huellas de color rojo-óxido, vestigios de la Sangre de Jesús que penetró en las fisuras y allí se coaguló; las acaricia como si acariciara todavía a su Hijo o a una

---

* *la nube de fuego*, en *Éxodo 13, 21-22*; *Números 9, 15-23*; *la caña de Aarón*, en *Números 17, 23-26*; *las aguas del Jordán*, en *Josué 3, 14-17*.

parte de Él. Juan, detrás de Ella, en pie, la observa y llora en silencio, secándose rápidamente los ojos cuando María hace ademán de alzarse; es más, la ayuda a levantarse, y lo hace con gran amor, veneración y piedad.

[2]María ahora baja hacia la explanada donde fue apresado Jesús. 643.2
También ahí se arrodilla, y se agacha para besar la tierra. Pero antes le ha preguntado a Juan: «¿Es justo éste el sitio del beso horrendo e infame que contaminó este lugar más que lo que ensució el Paraiso terrenal el coloquio sucio y corruptor de la serpiente con Eva?».

Luego se levanta y dice: «Pero yo no soy Eva. Yo soy la Mujer del *Ave*. He trocado las cosas. Eva arrojó al sucio barro lo que era cosa del Cielo; yo he aceptado todo: incomprensiones, críticas, sospechas, dolores —¡cuántos dolores y de cuántas clases antes del dolor supremo!— para sacar del sucio barro aquello que Eva y Adán a él habían arrojado, y levantarlo de nuevo hacia el Cielo. A mí no me ha podido hablar el demonio, aunque lo haya intentado, como lo intentó con el Hijo mío para destruir definitivamente el plan redentor. Conmigo no pudo hablar porque cerré los oídos a su voz y los ojos a su vista, y, sobre todo, cerré mi corazón y mi espíritu contra todo asalto de lo que no era santo y puro. Mi *yo* límpido, pero resistente a toda melladura, como puro diamante, se abrió sólo al Ángel anunciador. Mis oídos escucharon sólo esa voz espiritual, y así he reparado, reedificado aquello que Eva había lesionado y destruido. Soy la Mujer del *Ave* y del *Fiat*. He restablecido el orden que Eva había trastornado. Y ahora puedo borrar y lavar con mi beso y mi llanto la huella de ese beso maldito y de ese emponzoñamiento, el mayor de todos, porque no fue obra de una criatura hacia otra, sino de una criatura hacia su Maestro y Amigo, hacia su Creador y Dios».

[3]Luego se dirige a la cancilla. Juan abre. Salen juntos del Getse- 643.3
maní. Bajan al Cedrón, cruzan el puentecillo, y también allí María se arrodilla para besar el rústico guardalado del puente, en el punto en que contra él cayó su Hijo. Dice: «Me es sagrado todo lugar donde Él padeció los supremos dolores y ultrajes. Quisiera tener todo en mi casa. ¡Pero no todo se puede tener!». Suspira. Luego añade: «Vamos rápidamente. Antes de que la gente se ponga en movimiento». Y, junto con Juan, reanuda el camino.

[4]No entra en la ciudad. Bordea el Valle de Hinnón y las cavernas 643.4
donde viven los leprosos. Alza los ojos hacia esos antros de dolor. Hace una seña a Juan, quien inmediatamente dispone encima de una piedra unos alimentos que llevaba en una bolsa mientras lanza un grito de llamada. Algunos leprosos se asoman y se acercan a la piedra. Dan las gracias, pero ninguno pide curación. María observa esto

y dice: «Saben que Él ya no está, y, como están profundamente perturbados por su horrenda Muerte, ya no saben tener fe en Él y en sus discípulos. ¡Dos veces desdichados! ¡Dos veces leprosos! ¿Dos? No, totalmente desdichados, leprosos, muertos. En la Tierra y en el otro mundo».

«¿Quieres que intente hablar con ellos, Madre?».

«¡Es inútil! Lo intentaron Pedro, Judas de Alfeo, Simón Zelote... Y se burlaron de ellos. Vino María de Lázaro, que siempre los socorre en memoria de Jesús, y también se rieron de ella. También vino Lázaro, con José y Nicodemo, para, hablándoles de su resurrección por obra de Jesús después de cuatro días de sepulcro, y de la del Hombre Dios por su propio poder, y de la Ascensión de Jesús, convencerles de que Él era el Cristo. Fue todo inútil. Respondieron: "Son mentiras. Los que saben la verdad dicen que son mentiras"».

«Y estos últimos son los fariseos y los sacerdotes, seguro. Son ellos los que trabajan para destruir la fe en Él. ¡Estoy seguro de que son ellos!».

«Puede ser, Juan. Lo cierto es que los leprosos que no se convirtieron antes, ni siquiera ante los milagros de Jesús, ya no se convertirán. Nunca. Son signo y símbolo de todos los que, a lo largo de los siglos, no se convertirán al Cristo y serán, por libre voluntad, leprosos de pecado y estarán muertos a la Gracia que es Vida; símbolo de todos aquellos por los que Él inútilmente murió... ¡y de esa manera!...», y llora, serenamente, sin sollozos, pero con verdadero caudal de lágrimas.

643.5 [5]Juan, cuando María, para esconder su llanto a unas personas que pasan y que la observan, se cubre el rostro con su velo, la toma de un brazo, y, mientras amorosamente la guía, le dice: «Tu llanto, tu oración, tu... *vuestro*... amor por todos los hombres (vuestro, porque tu amor es activo como lo es —perfectamente activo— el de Jesús glorioso en el Cielo), vuestro dolor (el tuyo, por la sordera de los hombres; el suyo, por la obstinación de demasiados en pecar), no puede no dar fruto. ¡Mantén la esperanza, Madre! Mucho dolor te han dado y te darán todavía los hombres, pero también amor y alegría. ¿Quién no te querrá cuando sepa de ti? Ahora estás aquí, ignorada por el mundo, desconocida. Pero cuando la Tierra sepa, porque se haya hecho cristiana, ¡cuánto amor recibirás! Estoy seguro de ello, Madre santa».

643.6 [6]Ya está cerca el Gólgota, y más cerca todavía el huerto de José. Llegan a éste, pero María no entra. Va primero al Gólgota. Y en los puntos que presenciaron especiales episodios durante la Pasión, o sea, en los lugares de las caídas, del encuentro con Nique y con Ella misma, se arrodilla y besa el suelo.

Llegada a la cima, sus besos se hacen más numerosos en el lugar de la Crucifixión. Besos y lágrimas —los primeros, casi convulsos; las lágrimas, serenas, pero cuantiosas como cerrada lluvia— caen en la tierra amarillenta (mojada ahora, más nítido ahora su color amarilloso).

Una plantita ha nacido justo donde la tierra fue removida para hincar la Cruz; una humilde plantita de prado, de hojas en forma de corazón y florecillas rojas como rubíes. María la mira, piensa, luego la saca delicadamente del suelo, junto con un poco de tierra, y la pone en el vuelo de su manto, y dice a Juan: «La voy a poner en un tiesto. Parece sangre de Él y ha nacido en la tierra teñida de rojo por su Sangre. Es una semilla traída, sin duda, por el torbellino de aquel día, una semilla venida aquí —a saber de dónde— y que cayó aquí —a saber por qué— y echó raíces en la tierra fecundada por esa Sangre. ¡Ah, si esto sucediera con todas las almas! ¿Por qué la mayor parte de ellas es más reticente que la árida y maldita tierra del Gólgota, lugar de suplicio para ladrones y homicidas? ¿Maldita? No. Él ha santificado esta tierra. Los que están bajo la maldición de Dios son aquellos que hicieron de este collado el lugar del más horrendo, injusto, sacrílego delito que jamás tendrá la Tierra». Ahora los sollozos se unen a las lágrimas.

Juan ciñe con un brazo sus hombros para hacerle sentir todo su amor, y la convence para que se marche de ese lugar demasiado doloroso para Ella.

Bajan de nuevo hasta el pie del collado. Entran en el huerto de 643.7
José. El Sepulcro muestra su interior por la amplia boca, que ya no está cerrada por la piedra, yacente ahora, volcada en el suelo, entre la hierba. El interior está vacío. Ausente toda huella del Depósito y de la Resurrección. Parece un sepulcro nunca usado.

María besa la piedra de la Unción, acaricia con la mirada las paredes. Luego solicita de Juan: «Repíteme otra vez cómo encontraste las cosas aquí, cuando, con Pedro, viniste a este lugar durante el alba de la Resurrección».

Y Juan vuelve a describir —moviéndose a un lado o a otro, saliendo del Sepulcro y entrando en él— cómo estaban las cosas, y qué hicieron él y Pedro; y concluye: «Hubiéramos debido retirar los paños. Pero estábamos tan impresionados por todos los acontecimientos de esos días, que no recapacitamos. Cuando volvimos aquí, ya no estaban».

«Los cogerían los del Templo para profanarlos» le interrumpe, llorando, María, que concluye: «Tampoco María Magdalena pensó que convenía retirarlos para dármelos. Ella también estaba dema-

siado turbada».

«¿El Templo? No. Pienso que quizás los cogería José».

«Me lo habría dicho... ¡Oh, para un último desprecio los habrán cogido los enemigos de Jesús!» gime María.

«No llores, no sufras ya más. Jesús ya está en la gloria, en el amor perfecto e infinito; el odio y los desprecios ya no le pueden alcanzar».

«Es verdad. Pero esos paños...».

«Te causarían dolor, como te lo causa el primer lienzo, que no te atreves a abrir porque además de los vestigios de su Sangre contiene también los de las cosas inmundas que arrojaron contra su Cuerpo Stmo.».

«Ése, sí. Pero éstos, no: absorbieron todo lo que rezumó de Él cuando ya no sufría... ¡Oh, no puedes comprender!».

«Comprendo, Madre. Pero no creía que tú —que, sin duda, no estás separada de Él-Dios como nosotros, y menos aún como los que simplemente creen en Él— sintieras tan fuerte el deseo, es más: la necesidad, de tener algo de Él como Hombre torturado. Perdona mi necedad. Ven... Volveremos otras veces. Ahora vámonos, porque el Sol se va alzando y cada vez es más fuerte, y el camino es largo para nosotros, que tenemos que evitar la ciudad».

643.8 [8]Salen del Sepulcro y del huerto; luego, por el mismo camino recorrido para ir allí, regresan al Getsemaní. María anda a buen paso y silenciosa, recogida toda en su manto. Sólo una reacción, de repulsa y horror: cuando pasa cerca del olivo donde se ahorcó Judas y cerca de la casa de campo de Caifás, y susurra: «Aquí llevó a cabo su condenación de impenitente desesperado, y allí perpetró la horrenda transacción».

644. Institución del "domingo". Gradual conversión de Gamaliel. Las dos sábanas.

5 de octubre de 1951.

644.1 [1]Es de noche. La Luna, en su plenitud, ilumina con su luz argéntea todo el Getsemaní y la casita de María y Juan. Todo calla; incluso el Cedrón, reducido a un hilo de agua.

De repente, un roce de sandalias pone su rumor en medio de este gran silencio, y se hace cada vez más nítido y cercano, y con él el bisbiseo de algunas voces masculinas y profundas. Luego aparecen, saliendo de detrás del enredo de las frondas, tres personas, que se dirigen hacia la casita. Llaman a la puerta cerrada.

Una lámpara se enciende. Una pequeña luz se filtra por una ren-

dija de la puerta. Una mano abre. Una cabeza se asoma. Una voz —la de Juan— pregunta: ¿Quiénes sois?».

«José de Arimatea. Y conmigo están Nicodemo y Lázaro. La hora es indiscreta, pero nos la impone la prudencia. Traemos a María una cosa, y Lázaro nos escolta».

«Entrad. Voy a llamarla. No duerme. Está orando arriba, en su habitación de la terraza. ¡Le gusta mucho!» dice Juan, y sube rápidamente por la pequeña escalera que lleva a la terraza y a la habitación.

Los tres, que se han quedado en la cocina, hablan en tono bajo, a la luz de la lamparita, agrupados junto a la mesa, todavía bien cubiertos con su manto (excepto la cabeza, que se la han descubierto).

[2]Juan entra con María, la cual saluda a los tres diciendo: «La paz 644.2
a vosotros todos».

«Y a ti, María» le responden los tres haciendo una reverencia.

«¿Hay algún peligro? ¿Ha sucedido algo a los siervos de Jesús?».

«Nada, Mujer. Somos nosotros los que hemos decidido venir para darte —ahora lo sabemos con certeza, pero ya lo presentíamos— una cosa que deseabas tener. No hemos venido antes porque había contraste de ideas entre nosotros, y también entre nosotros y María de Lázaro. Marta no se ha expresado al respecto. Se ha limitado a decir: "El Señor, o directamente o inspirando a otros para que hablen, os dirá lo que ha de hacerse". Y, en verdad, se nos ha dicho qué debíamos hacer. Y hemos venido por esto» explica José.

«¿Os ha hablado el Señor? ¿Habéis recibido una visita suya?».

«No, Madre. Ninguna otra vez, después de su subida al Cielo. Primero, sí. Se nos apareció, ya te lo dijimos, en modo sobrenatural, después de la Resurrección, en mi casa. Aquel día se apareció a muchos, contemporáneamente, para testimoniar su Divinidad y Resurrección. Luego, estando todavía entre los hombres, le vimos, pero ya no en modo sobrenatural, sino como le vieron los apóstoles y los discípulos» le responde Nicodemo.

«¿Y entonces cómo os indicó lo que habíais de hacer?».

«Por boca de uno de sus predilectos y sucesores».

«¿Pedro? No creo. Está todavía demasiado asustado, por el pasado y por su nueva misión».

«No, María, no ha sido Pedro. [3]Aunque la verdad es que cada día 644.3
está más seguro, y, ahora que sabe a qué finalidad ha destinado Lázaro la casa del Cenáculo, ha decidido empezar los ágapes ordinarios y celebrar los misterios ordinarios el día siguiente a cada sábado; porque dice que ahora el día del Señor es ése, pues en ese día Él resucitó y se apareció a muchos para confirmarlos en la fe respecto a su Naturaleza eterna de Dios. Ya no hay sábado, en el sentido he-

breo, quizás de "Shabahôt"; ya no hay sábado, porque para los cristianos ya no hay sinagoga, sino Iglesia, como habían predicho los profetas. Pero sí existe, y siempre existirá, el día del Señor, en memoria del Hombre-Dios, del Maestro, Fundador, Pontífice eterno, después de haber sido Redentor, de la Iglesia cristiana. A partir, pues, del día siguiente al próximo sábado, tendrán lugar los ágapes entre los cristianos, que serán muchos, en la casa del Cenáculo. Esto no hubiera sido posible antes, tanto por el livor de los fariseos, sacerdotes, saduceos y escribas, como por la momentánea dispersión de muchos seguidores de Jesús, que se han visto zarandeados en su fe en Él y han sentido miedo del odio judío. Pero ya estos que odian están menos atentos, bien por miedo a Roma, que ha censurado el comportamiento del Procónsul y de la multitud, bien porque creen terminada la "*exaltación de los fanáticos*" —así definen ellos la fe de los cristianos en Cristo— por la momentánea dispersión de los fieles, que bien poco ha durado en verdad y ya ha terminado, porque todas las ovejas han vuelto al Redil del verdadero Pastor; están menos atentos e incluso yo diría que se desinteresan, juzgándola cosa muerta, acabada. Y ello permite que nos reunamos para los ágapes. [4]Nosotros queremos que tú puedas, ya para el primero de los ágapes, tener este recuerdo de Él para poder mostrárselo a los fieles y confirmarlos en la fe, y sin que te aflija demasiado».

644.4

Y José le entrega un voluminoso rollo que, envuelto en un paño obscuro, había tenido hasta ese momento escondido bajo su manto.

«¿Qué es?» pregunta María palideciendo. «¿Acaso sus vestiduras? La túnica que le hice yo para... ¡oh!...», llora.

«Ésas a ningún precio las hemos encontrado. ¡Quién sabe cómo y dónde han acabado?» responde Lázaro. Y añade: «Pero también éste es un vestido suyo. Su última vestidura. Es la sábana limpia en que fue envuelto el Purísimo después de la tortura y la purificación —aunque fuera rápida y relativa— de sus miembros ensuciados por sus enemigos, y después del embalsamamiento sumario. José, cuando Él resucitó, retiró las dos del Sepulcro y las trajo a nuestra casa, a Betania, para impedir escarnios sacrílegos contra ellas. Cuando se trata de la casa de Lázaro, no se atreven mucho los enemigos de Jesús; y menos que nunca desde que saben que Roma censuró la acción de Poncio Pilato. Luego, pasado el primer tiempo, el más peligroso, te dimos a ti la primera sábana, y Nicodemo tomó la otra y la llevó a la casa que tiene en el campo».

«La verdad, Lázaro, es que eran de José» observa María.

«Es verdad, Mujer. Pero la casa de Nicodemo está fuera de la ciudad, y por eso llama menos la atención y es más segura por muchos

motivos» le responde José.

«Sí, especialmente desde que Gamaliel, junto con su hijo, va allí asiduamente» añade Nicodemo.

«¿¡Gamaliel!?» dice María con gran estupor.

[5]Lázaro no puede contener una sonrisa sarcástica mientras le res- 644.5
ponde: «Sí. La señal, la famosa señal que esperaba para creer que Jesús era el Mesías, ya le ha hecho reaccionar. No se puede negar que la señal fue de tal magnitud, que podía quebrar hasta las cabezas y los corazones más reacios a rendirse. Y Gamaliel fue sacudido, zarandeado, derribado —más que las casas que se derrumbaron el día de la Parasceve cuando parecía que el mundo fuera a perecer junto con la Gran Víctima—. El remordimiento le ha dejado más desgarrado que lo que quedó el velo del Templo: el remordimiento de no haber comprendido nunca a Jesús en lo que realmente Él era. El sepulcro cerrado de su espíritu de viejo, terco hebreo se abrió como las tumbas que dejaron aparecer a los cuerpos de los justos, y ahora busca afanosamente verdad, luz, perdón, vida. La nueva vida, la que sólo por Jesús y en Jesús se puede tener. ¡Oh, mucho tendrá que trabajar todavía para liberar totalmente a su *yo* viejo de las hacinas de su pasado modo de pensar! Pero lo logrará. Gamaliel busca paz, perdón y conocimiento: paz para sus remordimientos y perdón respecto a sus obstinaciones; y el conocimiento completo de Aquel al que, cuando pudo hacerlo, no quiso conocer completamente. Y busca a Nicodemo para llegar a esa meta que —ya sí— se ha propuesto alcanzar».

«Nicodemo, ¿estás seguro de que no te va a traicionar?» pregunta María.

«No. No me traicionará. En el fondo es un justo. Recuerda que se atrevió a imponerse al Sanedrín, durante el infame proceso, y que, abiertamente mostró su desdén y desprecio contra los jueces injustos, yéndose y mandando a su hijo que se marchara también para no ser cómplice, ni siquiera con una pasiva presencia, de aquel supremo delito. Esto por lo que respecta a Gamaliel. [6]Respecto a las sábanas, 644.6
he pensado —total... ya no soy hebreo y, por tanto, no estoy ya sujeto
* a la prohibición del Deuteronomio acerca de las esculturas y obras de fundición— hacer, en la manera en que sé hacerlo, una estatua de Jesús crucificado —usaré uno de mis gigantescos cedros del Líbano—, y he pensado esconder dentro una de las sábanas, la primera, si tú, Madre, nos la concedes. Para ti sería siempre un dolor demasiado grande el verla, porque en ella se ven las inmundicias que Israel sacrílegamente arrojó contra el Hijo de su Dios. Además, claro,

---

* *prohibición*, que está en: *Éxodo 20, 4*; *Levítico 19, 4*; *Deuteronomio 4, 15-18; 5, 8.*

por los movimientos de la bajada del Gólgota, movimientos que zarandearon continuamente el Cuerpo martirizado, la imagen está tan borrosa, que es difícil distinguirla. Pero yo hacia esa tela, por contener sangre y sudor suyos, siento una entrañable estima; me resulta sagrada, aunque la efigie esté borrosa y ella misma esté manchada. Escondida dentro de esa escultura estará en salvo, porque ningún israelita de las altas castas osará jamás tocar una escultura. Pero la otra, la segunda sábana que estuvo en contacto con Él desde el atardecer de Parasceve hasta la aurora de la Resurrección, debe venir a ti. Y —te aviso para que no te impresiones demasiado al verla— te digo que a medida que han ido pasando los días, en ella ha ido apareciendo cada vez más nítidamente la figura de Jesús, como estaba después del lavacro. Cuando la retiramos del Sepulcro, parecía que simplemente conservaba la huella de sus miembros cubiertos por los óleos y, mezclados con los óleos, sangre y suero manados de sus muchas heridas. Pero, o por un proceso natural o —lo cual es mucho más cierto— por voluntad sobrenatural, por un milagro que Él ha hecho para darte alegría a ti, a medida que el tiempo ha ido pasando esa impronta se ha ido haciendo más clara y precisa. Él está allí, en esa tela, hermoso, majestuoso, a pesar de estar herido, y está sereno, pacífico, aun después de tantas torturas. ¿Tienes valor para verle?».

«¡Nicodemo! ¡Pero si éste era mi supremo deseo! Dices que aparece con un aspecto pacificado... ¡Oh, poder verle así, no con esa expresión torturada que hay en el velo de Nique!» responde María uniendo sus manos sobre el corazón.

644.7 [7]Entonces los cuatro corren la mesa para disponer de más espacio. Luego —Lázaro y Juan en un lado, Nicodemo y José en el otro lado—, lentamente, desenrollan el largo lienzo. Aparece primero la parte dorsal, empezando por los pies; luego, después de la casi yuxtaposición de las cabezas, la frontal. Las líneas están bien claras, y las señales, todas las señales, de la flagelación, coronación de espinas, roce de la cruz, contusiones de golpes recibidos y caídas sufridas, y las heridas de los clavos y de la lanza.

María cae de rodillas, besa el lienzo, acaricia esas impresiones, besa las heridas. Está angustiada, pero también visiblemente contenta de poder tener esa sobrenatural, milagrosa efigie de Él.

644.8 [8]Acabado su acto de veneración, se vuelve y dice a Juan, el cual, obligado como está a sujetar un ángulo del lienzo, no puede estar a su lado: «Has sido tú el que se lo ha dicho a ellos, Juan; sólo tú podías decírselo, porque sólo tú conocías este deseo mío».

«Sí, Madre. He sido yo. Y ni siquiera había acabado de manifestarles este deseo tuyo y ya ellos habían asentido. Pero han tenido

que esperar el momento propicio para hacerlo...».

«O sea, una noche clarísima. Para poder venir sin antorchas ni lámparas. Y un período sin solemnidades que reúnan aquí, en Jerusalén y en los lugares cercanos, a gente común e ilustre. Ello por prudencia...» explica Nicodemo.

«Y yo he venido con ellos para mayor seguridad. Como dueño del Getsemaní, me estaba permitido venir a ver el lugar sin que ello llamara la atención de algún... encargado de vigilar todo y a todos» termina Lázaro.

«Dios os bendiga a todos. Pero vosotros habéis pagado las sábanas... Y no es justo...».

«Es justo, Madre. Yo de Cristo, tu Hijo, he recibido un don que ninguna moneda concede: volver a vivir después de cuatro días de sepulcro, y, antes, la conversión de mi hermana María. José y Nicodemo han recibido de Jesús la Luz, la Verdad, la Vida que no muere. Y tú... tú, con tu dolor de Madre y tu amor de Madre santísima hacia todos los hombres, has comprado no un lienzo sino todo el mundo cristiano, que será cada vez más grande, para Dios. No hay moneda que pueda compensarte por lo que has dado. Toma esto, al menos. Es tuyo. Es justo que así sea. También María, mi hermana, piensa lo mismo; siempre lo ha pensado, desde el momento en que resucitó, y más desde que te dejó para subir al Padre» le responde Lázaro.

«Pues así sea. [9]Voy por la otra. Efectivamente, me causa mucho 644.9
dolor verla... Ésta es distinta. ¡Ésta da paz! Porque Él aquí está sereno, ya en paz. Parece sentir ya, en su sueño mortal, la Vida que vuelve y la gloria que nadie, nunca, podrá dañar ni abatir. Ahora ya no deseo nada, si no es unirme de nuevo a Él; pero ello se producirá cuando y en el modo en que Dios tiene dispuesto. Ahora me marcho. Que Dios os dé el céntuplo de la alegría que me habéis dado».

Toma con reverencia la sábana —los cuatro la han vuelto a plegar—, sale de la cocina, sube rápida la escalera... Y pronto vuelve a bajar y entra con la primera sábana, que entrega a Nicodemo, quien le dice: «Que Dios te dé gracia, Mujer. Ahora nos marchamos, porque el alba se acerca y conviene estar en casa antes de que su luz surja y la gente salga de las casas».

Los tres la veneran antes de salir, y luego, con paso rápido, por el mismo camino que fueron, se dirigen hacia una de las cancillas del Getsemaní, la más cercana al camino que conduce a Betania.

María y Juan aguardan en la puerta de la casita hasta que ven que desaparecen, luego vuelven a la cocina y cierran la puerta hablando en tono bajo entre ellos.

645. El proceso y la lapidación de Esteban. Los caminos opuestos de Saulo y Gamaliel hacia la santidad.

7 de agosto de 1944.

645.1 [1]Es la sala del Sanedrín, igual, en cuanto a la disposición de los objetos y a las personas, que la noche del jueves al viernes, durante el proceso de Jesús. El Sumo Sacerdote y los otros están en sus escaños. En el centro, delante del Sumo Sacerdote, en el espacio vacío donde, durante el proceso, estaba Jesús, está ahora Esteban.

Debe haber hablado ya, confesando su fe y dando testimonio de la * verdadera Naturaleza de Cristo y de su Iglesia; en efecto, el tumulto ha alcanzado su punto álgido, un tumulto que, en su violencia, es enteramente similar al que hervía contra Cristo en la noche fatal de la traición y el deicidio. Puñetazos, maldiciones, blasfemias horribles lanzan contra el diácono Esteban, quien, como efecto de los brutales golpes, se tambalea y vacila, mientras, ferozmente, le dan tirones hacia uno u otro lado.

Pero él conserva su calma y dignidad. Es más, no sólo se muestra sereno y digno, sino que se le ve incluso beatífico, casi extático. Sin tener en cuenta los esputos que resbalan por su rostro, ni la sangre que desciende de su nariz, violentamente golpeada, alza en un determinado momento su rostro inspirado y su mirada luminosa y risueña para centrarse en una visión que sólo él conoce. Abre luego en cruz los brazos, los alza y los extiende hacia arriba, como para abrazar a lo que ve. Luego cae de rodillas exclamando: «Veo abierto el Cielo, y, a la derecha de Dios, al Hijo del Hombre, a Jesús, al Cristo de Dios, a quien vosotros habéis matado».

Entonces el tumulto pierde ese mínimo de humanidad y legalidad que todavía conservaba y, con la furia de una jauría de lobos, de chacales, de fieras hidrófobas, todos se lanzan sobre el diácono: le muerden, le pisotean, le agarran, le levantan tirándole del pelo, le arrastran, haciéndole caer otra vez, poniendo a la furia el obstáculo de la propia furia (porque, en medio del tumulto, los que tratan de arrastrar hacia afuera al mártir se ven obstaculizados por los que tiran en la otra dirección para golpearle, para pisotearle de nuevo).

645.2 [2]Entre los furiosos más furiosos hay un joven bajo y feo al que llaman Saulo; la ferocidad de su rostro es indescriptible.

En un rincón de la sala está Gamaliel, que en ningún momento ha tomado parte en el tumulto y que en ningún momento ha dirigido la palabra a Esteban ni a ninguno de los poderosos. Su desdén por la

---

* *Debe haber hablado ya*, como en *Hechos 6, 8-15; 7, 1-54.*

escena injusta y bestial es bien visible. En otro rincón, también con expresión de desdén y sin participar ni en el proceso ni en la agitación, está Nicodemo, mirando a Gamaliel, cuyo rostro tiene una expresión más clara que cualquier palabra. Pero, de repente —exactamente cuando ve, por tercera vez, levantar a Esteban por los cabellos—, Gamaliel se envuelve en su amplísimo manto y se dirige hacia una salida opuesta a aquella hacia la cual están arrastrando al diácono.

El acto no le pasa desapercibido a Saulo, que grita: «Rabí, ¿te marchas?».

Gamaliel no responde.

Saulo, temiendo que Gamaliel no haya entendido que la pregunta iba dirigida a él, repite y especifica: «Rabí Gamaliel, ¿te abstraes de este juicio?».

Gamaliel se vuelve rígidamente, con una mirada tan desdeñosa, pundonorosa y glacial, que causa terror; responde solamente: «Sí». Pero es un "sí" que dice más que un largo discurso.

Saulo comprende todo lo que hay en ese "sí" y, apartándose de la jauría sanguinaria, corre adonde Gamaliel. Le alcanza, le para, le dice: «¡No querrás decirme, oh Rabí, que desapruebas nuestra condena!».

Gamaliel no le mira y tampoco le responde.

Saulo insiste: «Ese hombre es doblemente culpable, por haber renegado de la Ley, siguiendo a un samaritano poseído por Belcebú, y por haberlo hecho después de haber sido tu discípulo».

Gamaliel sigue sin mirarle y guardando silencio.

Saulo entonces pregunta: «¿No serás tú, también tú, seguidor de ese malhechor llamado Jesús, no?».

Gamaliel esta vez habla. Dice: «No lo soy *todavía*. Pero, si Él era el que decía ser —y, en verdad, hay muchas cosas que demuestran que lo era—, ruego a Dios venir a serlo».

«¡Horror!» grita Saulo.

«Ningún horror. Tenemos una inteligencia para usarla, y una libertad para aplicarla. Que cada uno, pues, las use según la libertad que Dios ha dado a cada hombre y según la luz que ha puesto en el corazón de cada uno. Los justos, antes o después, usarán estos dos dones de Dios en el bien, y los malos en el mal».

Y se marcha en dirección al patio donde está el gazofilacio, y va a * apoyarse en la columna en que Jesús se apoyó cuando habló a la pobre viuda que da al Tesoro del Templo todo lo que tiene: dos mone-

---

* *habló a la pobre viuda*, en 596.8.

das de escaso valor.

645.3 [3]Lleva poco tiempo allí, y otra vez llega Saulo y se le planta delante. El contraste entre los dos es fortísimo.

Gamaliel es alto, de noble compostura, de hermosas facciones fuertemente semíticas: tiene frente alta; ojos negrísimos inteligentes, penetrantes, largos y muy hundidos bajo las cejas tupidas y derechas a ambos lados de la nariz también derecha, larga y delgada, que recuerda un poco a la nariz de Jesús. También el color de la piel, y la boca de delgados labios, recuerdan a Cristo; pero Gamaliel tiene la barba y el bigote —en el pasado negrísimos— ahora muy entrecanos, y más largos.

Saulo, sin embargo, es bajo, toroso, casi raquítico: sus piernas son cortas y gruesas, un poco divergentes en las rodillas, que se ven bien porque se ha quitado el manto y lleva sólo una túnica corta, grisácea, como vestido; sus brazos, como las piernas, son cortos y fornidos; su cuello, corto y toroso, sujeta una cabeza gruesa, morena, con cabellos cortos e híspidos; tiene orejas más bien salientes, nariz chata, labios túmidos, pómulos altos y gruesos, frente convexa, ojos obscuros, más bien overos, de ninguna manera dulces ni mansos, pero muy inteligentes, bajo cejas muy arqueadas, tupidas y enredadas; sus mejillas están cubiertas por una barba híspida, como los cabellos, y tupidísima, pero que mantiene corta. Quizás por causa de ser muy corto el cuello, parece levemente cargado de espaldas, o de espalda corva.

645.4 [4]Durante unos momentos, guarda silencio, mirando fijamente a Gamaliel. Luego le dice algo en voz baja.

Gamaliel le responde, con voz bien clara y fuerte: «No apruebo la violencia. Por ningún motivo. De mí nunca recibirás la aprobación para ningún plan violento. Esto lo dije incluso públicamente, a todo el Sanedrín, cuando apresaron por segunda vez a Pedro y a los otros apóstoles y los condujeron ante el Sanedrín para ser juzgados. Y repito lo mismo: "Si es proyecto y obra de los hombres, perecerá por sí solo; si es de Dios, no podrá ser destruido por los hombres, sino que, al contrario, los hombres podrán ser castigados por Dios". Recuérdalo».

«¿Tú, el mayor de los rabíes de Israel, eres protector de estos blasfemos seguidores del Nazareno?».

«Soy protector de la justicia. Y la justicia enseña a juzgar con justicia y cautela. Te repito que si esto viene de Dios resistirá; si no, caerá por sí solo. Pero yo no quiero mancharme las manos con una sangre que no sé si merece la muerte».

«Tú, tú, fariseo y doctor, ¿dices eso? ¿No temes al Altísimo?».

645.5 «Más que tú. Pero yo pienso. [5]Y recuerdo... Tú eras sólo un niño,

aún no eras hijo de la Ley, y yo ya enseñaba en este Templo con el rabí más sabio de este tiempo... y con otros, sabios pero no justos.
* Nuestra sabiduría recibió, dentro de estos muros, una lección que nos hizo pensar durante todo el resto de la vida. Los ojos del más sabio y justo de nuestro tiempo se cerraron con el recuerdo de aquel momento, y su mente se extinguió estudiando aquellas verdades oídas de labios de un niño que se revelaba a los hombres, especialmente a los justos. Mis ojos siguieron vigilantes, mi mente siguió pensando, coordinando acontecimientos y cosas... Yo tuve el privilegio de oír al Altísimo hablar por medio de la boca de un niño, que luego fue un hombre justo, sabio, poderoso, santo, al cual mataron precisamente por estas cualidades suyas. Las palabras que dijo entonces se vieron confirmadas por los hechos acaecidos muchos años después,
* en la época anunciada por Daniel... ¡Mísero de mí, que no comprendí antes, que esperé a la última, terrible señal para creer, para comprender! ¡Pobre pueblo de Israel, que ni comprendió entonces ni comprende ahora! ¡La profecía de Daniel, y la de otros profetas y de la Palabra de Dios, continúan; y se cumplirán para este Israel obcecado, ciego, sordo, injusto, que sigue persiguiendo al Mesías en los siervos de Jesús!».

«¡Maldición! ¡Blasfemas! ¡Ciertamente, si los rabíes de Israel blasfeman y reniegan de Yahveh, el Dios verdadero, por exaltar a un falso Mesías y creer en Él, no habrá ya salvación para el pueblo de Dios!».

«No soy yo el que blasfema, sino todos los que insultaron al Nazareno y continúan despreciándole despreciando a sus seguidores. Tú sí que blasfemas contra Él, porque le odias, directamente y en los suyos. Pero has expresado una verdad diciendo que no hay ya salvación para Israel; mas no porque haya israelitas que se pasen a su grey, sino porque Israel ha descargado su mano, a muerte, contra Él».

«¡Me causas horror! ¡Traicionas a la Ley y al Templo!».

«Denúnciame, entonces, al Sanedrín, para que yo siga la misma suerte de ese que va a ser lapidado de un momento a otro. Será el comienzo y compendio feliz de tu misión. Y yo, por mi sacrificio, seré perdonado de no haber reconocido y comprendido al Dios que pasaba, como Salvador y Maestro, junto a nosotros, hijos suyos y pueblo suyo».

[6]Saulo, con un ademán de ira, se marcha con despecho, y vuelve al patio que está enfrente de la sala del Sanedrín, patio en el que aún se 645.6

---

* *una lección*, la de Jesús adolescente, en 41.3/9.
* *en la época anunciada por Daniel*, en *Daniel 9*.

oye el griterío de la turba exasperada contra Esteban. Saulo se llega a los verdugos, en este patio; se une a ellos, que le esperaban; y sale, junto con los otros, del Templo, y luego de las murallas de la ciudad. Siguen lanzándole insultos, escarnios, golpes, al diácono, que camina ya sin fuerzas, herido, vacilante, hacia el lugar del suplicio.

Fuera de las murallas hay un espacio yermo y pedregoso, absolutamente desierto. Llegados allí, los verdugos se abren en círculo, dejando solo, en el centro, al condenado, con las vestiduras desgarradas, sangrando por muchas partes del cuerpo a causa de las heridas que ya ha recibido. Le arrancan las vestiduras antes de alejarse; sólo se queda con un sayo cortísimo. Todos se desprenden de las túnicas largas, de forma que se quedan sólo con las vestiduras cortas, como la de Saulo, al cual le dejan los vestidos, dado que él no participa en la lapidación (o porque le han afectado las palabras de Gamaliel, o porque se considera incapaz de dar bien).

645.7 [7]Los verdugos recogen los gruesos cantos y las piedras aguzadas, que abundan en ese lugar, y empiezan a lapidar.

Esteban recibe los primeros golpes permaneciendo en pie y con una sonrisa de perdón en la boca herida, en esa boca que un instante antes del comienzo de la lapidación ha gritado a Saulo, que estaba recogiendo los vestidos de los verdugos: «Amigo mío, te espero en el camino de Cristo». A lo cual Saulo le había respondido: «¡Puerco! ¡Endemoniado!», y había unido a las injurias una fuerte patada en las espinillas del diácono, que por poco no se había caído, por el golpe y el dolor.

Después de unas cuantas pedradas, que le llegan desde todas las partes, Esteban cae de rodillas, apoyándose en las manos heridas, y —sin duda, acordándose de un lejano episodio— susurra, tocándose * las sienes y la frente heridas: «¡Como Él me había predicho! La corona... Los rubíes... ¡Oh, Señor mío, Maestro, Jesús, recibe mi espíritu!».

Otra granizada de golpes en la cabeza ya herida le hacen desplomarse completamente; y el suelo queda impregnado de su sangre. Mientras distiende sus miembros en medio de las piedras, bajo otra granizada de piedras, expira susurrando: «Señor... Padre... perdónalos... No les guardes rencor por este pecado... No saben lo que...». La muerte quiebra la frase en sus labios. Una última convulsión le hace como acurrucarse, y así se queda... muerto.

Los verdugos se acercan a él. Le lanzan encima otra descarga de piedras. Casi le sepultan bajo ellas. Luego vuelven a vestirse y se

---

* *un lejano episodio*, en 354.5.

marchan. Vuelven al Templo para referir, ebrios de celo satánico, lo que han hecho.

[8]Mientras hablan con el Sumo Sacerdote y otros poderosos, Saulo va a buscar a Gamaliel. No le encuentra inmediatamente. Vuelve, encendido de odio contra los cristianos, donde los sacerdotes. Habla con ellos. Solicita y obtiene un pergamino con el sello del Templo, un pergamino que le autoriza a perseguir a los cristianos. La sangre de Esteban debe haberle enfurecido, como le sucede a un toro al ver el color rojo, o a un alcohólico si le dan un vino generoso. 645.8

Está para salir del Templo, cuando ve, bajo el Pórtico de los Paganos, a Gamaliel. Va donde él. Quizás quiere empezar una discusión o una justificación. Pero Gamaliel cruza el patio, entra en una sala y cierra la puerta ante Saulo, el cual, ofendido y furioso, sale a toda prisa del Templo para perseguir a los cristianos.

[9]Dice Jesús: 645.9

«Me manifesté muchas veces y a muchos, incluso con formas extraordinarias. Pero no en todos actuó mi manifestación de igual manera. Podemos ver cómo a cada una de mis manifestaciones le corresponde un efecto de santificación en aquellos que poseían la buena voluntad requerida en los hombres para tener Paz, Vida, Justicia.

Así, en los pastores la Gracia trabajó durante los treinta años de mi vida oculta, y luego floreció con espiga santa cuando llegó el tiempo en que los buenos se separaron de los malos para seguir al Hijo de Dios, que pasaba por los caminos del mundo lanzando su grito de amor para convocar a las ovejas de la Grey eterna, desparramadas y desorientadas por Satanás. Presentes en medio de las turbas que me seguían, enviados míos, porque con sus sencillas y convencidas narraciones predicaban a Cristo diciendo: "Es Él. Nosotros le reconocemos. Sobre su primer vagido descendió la canción de cuna de los ángeles. Y a nosotros los ángeles nos dijeron que tendrían paz los hombres de buena voluntad. Buena voluntad es el deseo del Bien y de la Verdad. ¡Sigámosle! ¡Seguidle! Tendremos todos la Paz prometida por el Señor".

Humildes, sin instrucción, pobres, mis primeros enviados a los hombres se dispusieron como centinelas a lo largo de los caminos del Rey de Israel, del Rey del mundo. Ojos fieles, bocas honestas, corazones amantes, incensarios que emanaban el perfume de sus virtudes para hacer menos corrompido el aire de la Tierra en torno a mi divina Persona, que se había encarnado por ellos y por todos los hombres; e incluso al pie de la Cruz los encontré, después de haberlos bendecido con mi mirada en el camino de sangre del Gólgota. Ellos,

los únicos, junto con otros poquísimos, que no maldijeron entre la multitud desenfrenada, sino que amaron, creyeron, esperaron todavía, y que me miraron con ojos de compasión, pensando en la ya lejana noche de mi Navidad y llorando ante el Inocente cuyo primer sueño tuvo lugar sobre una madera penosa, y el último sobre un madero aún más doloroso. Esto porque mi manifestación a ellos, almas rectas, los había santificado.

Y lo mismo respecto a los tres Sabios de Oriente, a Simeón y Ana en el Templo, a Andrés y Juan en el Jordán, y a Pedro, Santiago y Juan en el Tabor, a María Magdalena en el alba pascual, a los once perdonados en el Monte de los Olivos —y, antes todavía, en Betania— de su extravío... No. Juan, el puro, no tuvo necesidad de perdón. Fue el fiel, el héroe, el amante siempre. El amor purísimo que había en él y su pureza de mente, de corazón, de carne, le preservaron de toda debilidad.

645.10 [10]Gamaliel, y con él Hil.lel, no eran sencillos como los pastores, ni santos como Simeón, ni tenían la sabiduría de los tres Sabios. En él, y en su maestro y pariente, estaba la maraña de las lianas farisaicas ahogando la luz y el libre desarrollo del árbol de la fe. Pero dentro de su condición de fariseos había pureza de intención. Creían estar dentro de lo justo y deseaban estarlo; lo deseaban *instintivamente*, porque eran justos, e intelectualmente, porque su espíritu gritaba descontento: "Este pan está mezclado con demasiada ceniza. Dadnos el pan de la verdadera Verdad".

Pero Gamaliel no tenía suficiente fortaleza como para tener el valor de romper estas lianas farisaicas. Su humanidad le tenía todavía demasiado esclavizado, y, con su humanidad, las consideraciones de la estima humana, del peligro personal, del bienestar familiar. Por todas estas cosas, Gamaliel no había sabido comprender "al Dios que pasaba entre las gentes de su pueblo", ni usar "esa inteligencia y esa libertad" que Dios ha dado a cada uno de los seres humanos para que las usen para su propio bien. Sólo la señal esperada durante tantos años, la señal que le había abatido y torturado con remordimientos incesantes, suscitaría en él el reconocimiento de Cristo y el cambio de su viejo pensamiento, por lo cual de rabí del error —habiendo los escribas, fariseos y doctores corrompido la esencia y el espíritu de la Ley, ahogando su sencilla y luminosa verdad, procedente de Dios, bajo cúmulos de preceptos humanos, frecuentemente equivocados y, en todo caso, útiles para ellos—, de rabí del error se transformaría, después de una larga lucha entre su *yo* viejo y su *yo* actual, en discípulo de la Verdad divina.

645.11 [11]Pero, además, no había sido el único titubeante en decidirse y en

actuar con fortaleza. Tampoco José de Arimatea, y menos todavía Nicodemo, supo —supieron— domeñar inmediatamente bajo su pie las costumbres y lianas judías y abrazar notoriamente la nueva Doctrina; tanto fue así, que su modo usual fue el ir a Cristo "a hurtadillas" por temor a los judíos, o el hacer como que se encontraban con Él (y generalmente en sus casas del campo o en la de Betania de Lázaro, porque sabían que era más segura y más temida por los enemigos de Cristo; que bien conocían la protección de Roma hacia el hijo de Teófilo).

De todas formas, respecto a Gamaliel, ciertamente éstos siempre estuvieron mucho más adelante en el Bien y en el valor (hasta el punto de atreverse a realizar aquellas acciones compasivas del Viernes Santo). Menos adelante estaba el rabí Gamaliel.

[12]Pero, vosotros que leéis, observad la potencia de su recta intención. Por ella su justicia, humanísima, se impregna de lo sobrehumano. La de Saulo, por el contrario, se ensucia de lo demoniaco, cuando el mal al desatarse pone a ambos —a él y a su maestro Gamaliel— ante el dilema de elegir el Bien o el Mal, lo justo o lo injusto. 645.12

El árbol del Bien y del Mal se yergue ante cada uno de los hombres para presentarles, con el más lisonjero y apetitoso aspecto, sus frutos del Mal, mientras entre la frondas, con engañosa voz de ruiseñor, silba la Serpiente tentadora. Le corresponde al hombre, criatura dotada de razón y alma dadas por Dios, el saber discernir y querer el fruto bueno de entre los muchos no buenos que lesionan y matan el espíritu; y coger este fruto, aunque ello sea fatigoso y punzante, aunque tenga sabor amargo, aunque tenga modesto aspecto. Su metamorfosis —en virtud de la cual este fruto se hace liso y suave para el tacto, dulce para el gusto, hermoso para la vista— se produce solamente cuando, por justicia de espíritu y de razón, sabemos elegir el fruto bueno y nos nutrimos con su extracto, amargo pero santo.

Saulo tiende sus manos ávidas hacia el fruto del Mal, del odio, de la injusticia, del delito. Y las tenderá hasta cuando quede fulminado, abatido, cegado respecto a la vista humana para adquirir la sobrenatural, y pase a ser no sólo justo, sino incluso apóstol y confesor de Aquel a quien antes odiaba y perseguía en sus fieles.

Gamaliel, rompiendo las lianas tenaces de su humanidad y del hebraísmo, por el nacimiento y florecimiento de la lejana semilla de luz y justicia, no sólo humana sino también sobrehumana, que mi cuarta epifanía —o manifestación, que quizás es para vosotros palabra más clara y comprensible— le había puesto en el corazón, en ese corazón suyo de rectas intenciones, semilla que él había custodiado y defendido con honesta afección y elegida sed de verle nacer y flore-

cer, tiende las manos hacia el fruto del Bien. Su voluntad y mi Sangre rompieron la dura cáscara de esa lejana semilla, que él había conservado durante decenios en el corazón, en ese corazón de roca que se abrió junto con el velo del Templo y con la tierra de Jerusalén, y que lanzó el grito de su supremo deseo, hacia mí —que ya no podía oírle con oído humano, aunque sí, y nítidamente, con mi espíritu divino—, allí, arrojado al suelo al pie de la cruz. Y, bajo el fuego solar de las palabras apostólicas y de los mejores discípulos, y bajo la lluvia de la sangre de Esteban, primer mártir, esa semilla echa raíces, se hace planta, florece y da frutos.

La planta nueva de su cristianismo, nacida donde la tragedia del Viernes Santo había abatido, desarraigado, destruido todas las plantas y hierbas antiguas. La planta de su nuevo cristianismo y de su santidad nueva ha nacido, y se yergue ante mis ojos.

Perdonado por mí —siendo culpable por no haberme comprendido antes— por la justicia suya que no quiso participar ni en mi condena ni en la de Esteban, su deseo de hacerse seguidor mío, hijo de la Verdad, de la Luz, recibe también la bendición del Padre y del Espíritu Santificador, y pasa de ser deseo a ser realidad, sin necesidad de una potente y violenta fulminación, como la que fue necesaria para Saulo en el camino de Damasco, para el altero que con ningún otro medio habría podido ser conquistado y conducido hacia la Justicia, la Caridad, la Luz, la Verdad, la Vida eterna y gloriosa del Cielo».

646. Sepultura de Esteban y comienzo de la persecución.

8 de agosto de 1951.

646.1 [1]Es plena noche, y, además, obscura, porque la Luna ya se ha ocultado, cuando María sale de la casita del Getsemaní junto con Pedro, Santiago de Alfeo, Juan, Nicodemo y el Zelote.

Dada la obscuridad de la noche, Lázaro, que está esperándolos delante de la casa, en el lugar donde comienza el sendero que conduce hacia la cancilla más baja, enciende una lámpara de aceite a la que ha provisto de una protección de delgadas láminas de alabastro o de otro material transparente. La luz es tenue, pero la lámpara, llevándola —como la lleva— baja hacia el suelo, en cualquier caso, es útil para ver las piedras y los obstáculos que pueden encontrarse en el recorrido. Lázaro se pone al lado de María, para que sobre todo Ella vea bien. Juan está en el otro lado y va sujetando de un brazo a la Madre. Los otros están detrás, en grupo.

Van hasta el Cedrón. Prosiguen, bordeándolo, para quedar semiocultos por los matorrales silvestres que crecen junto a las orillas del torrente. También el frufrú del agua sirve para ocultar y confundir el rumor producido por las sandalias de los caminantes.

Sin apartarse de lo que es la parte exterior de las murallas, hasta la Puerta más cercana al Templo, y luego adentrándose en la zona deshabitada y yerma, llegan al lugar donde fue lapidado Esteban. Se dirigen hacia el montón de piedras bajo el que está semisepultado. Quitan las piedras hasta que el pobre cuerpo aparece. Está ya cárdeno, por la muerte y por los golpes y la lapidación recibidos; está duro, rígido, aovillado como le cogió la muerte.

[2]María, a quien compasivamente Juan había mantenido alejada a 646.2
la distancia de algunos pasos, se libera y corre hasta ese pobre cuerpo cubierto de heridas y de sangre. Sin hacer caso de las manchas que la sangre coagulada imprime en su túnica, María, ayudada por Santiago de Alfeo y por Juan, coloca el cuerpo sobre un lienzo extendido sobre la tierra, en un lugar en que no hay piedras, y, con un paño de lino que moja en una pequeña ánfora que el Zelote le acerca, limpia, como puede, la cara de Esteban, y ordena sus cabellos, tratando de colocarlos sobre las sienes y las mejillas heridas, para tapar las horrendas huellas que las piedras han dejado. Limpia también los otros miembros, e intenta darles una postura menos trágica; pero el hielo de la muerte, ocurrida ya muchas horas antes, lo permite sólo parcialmente.

Lo intentan también los hombres, más fuertes física y moralmente que María, que parece de nuevo la Madre Dolorosa del Gólgota y del Sepulcro. Pero también ellos deben resignarse y dejarle como, después de muchos esfuerzos, han logrado ponerle. Le visten con una larga túnica limpia, porque la suya o se ha perdido o ha sido robada, por desprecio, por los verdugos y el sayo corto que le habían dejado ya no es más que un andrajo hecho jirones y cubierto de sangre.

Llevado esto a cabo —siguen teniendo sólo la tenue luz de la lamparita que Lázaro mantiene muy cerca del pobre cuerpo—, le levantan y le depositan sobre otro lienzo bien limpio. Nicodemo recoge el primer lienzo, mojado del agua usada para lavar al mártir y de la sangre coagulada de Esteban, y lo mete debajo de su manto. Juan y Santiago por la parte de la cabeza, Pedro y el Zelote por la parte de los pies, levantan el lienzo que contiene el cuerpo y comienzan el camino de vuelta, precedidos por Lázaro y María. Pero no regresan por el camino que han recorrido para la ida: se adentran por los campos y, torciendo al pie del olivar, llegan al camino que conduce hacia Jeri-

có y Betania.

646.3 [3]Allí se detienen para descansar y hablar. Y Nicodemo, que, por haber estado presente, aunque de forma pasiva, en la condena de Esteban, y por ser uno de los jefes de los judíos, conoce mejor que otros las decisiones del Sanedrín, advierte a los presentes que se ha desencadenado la persecución contra los cristianos, que ha sido ordenada esta persecución, y que Esteban ha sido sólo el primero de una larga lista de nombres ya señalados, señalados por ser nombres de seguidores de Cristo.

El primer grito de todos los Apóstoles es: «¡Que hagan lo que quieran! ¡No cambiaremos, ni por amenaza ni por prudencia!».

Pero los más juiciosos de los presentes, o sea, Lázaro y Nicodemo, hacen a Pedro y a Santiago de Alfeo la observación de que la Iglesia tiene todavía muy pocos sacerdotes de Cristo y que si mataran a los más potentes de ellos, o sea, a Pedro, pontífice, y a Santiago, obispo de Jerusalén, la Iglesia difícilmente se salvaría. Recuerdan también a Pedro que el Fundador y Maestro de ellos dejó Judea por Samaria, para que no le mataran antes de haberlos formado, y le recuerdan también que Jesús había aconsejado a sus fieles que imitaran su ejemplo hasta que los pastores fueran tantos, que no se hubiera de temer la dispersión de los fieles por la muerte de los pastores. Y terminan con estas palabras: «Dispersaos también vosotros, por Judea y Samaria. Haced ahí prosélitos; otros, numerosos pastores; y desde estas tierras esparcíos por la Tierra, de forma que, como Él mandó que se hiciera, todas las gentes conozcan el Evangelio».

646.4 [4]Los Apóstoles están perplejos. Miran a María, como queriendo conocer su juicio al respecto.

Y María, comprendiendo esas miradas, dice: «El consejo es justo. Escuchadlo. No es cobardía. Es prudencia. Él os enseñó que fuerais sencillos como palomas y prudentes como serpientes; que os mandaba como ovejas en medio de lobos; que os guardarais de los hombres...».

Santiago la interrumpe: «Sí, Madre. Pero dijo también: "Cuando os pongan en sus manos y os conduzcan ante los gobernantes, no os turbéis por lo que deberéis responder. No seréis vosotros los que hablaréis, sino que, por vosotros y en vosotros, hablará el Espíritu de vuestro Padre". Y yo me quedo aquí. El discípulo debe ser como el Maestro. Él ha muerto por dar vida a la Iglesia. Cada una de nuestras muertes será una piedra que se añadirá al grande, nuevo Templo; un aumento de vida para el grande, inmortal cuerpo de la Iglesia universal. Que me maten, si eso es lo que quieren. Viviendo en el Cielo seré más feliz, porque estaré al lado de mi Hermano; y más po-

tente todavía. No le temo a la muerte. Temo al pecado. Abandonar mi lugar me parece como imitar el gesto de Judas, el perfecto traidor. Ese pecado Santiago de Alfeo no lo cometerá nunca. Si debo caer, caeré como héroe en mi puesto de lucha, en el puesto en que Él quiso que estuviera».

María le responde: «No entro en tus secretos con el Hombre-Dios. Si Él te lo inspira así, hazlo así. Él sólo, que es Dios, puede tener derecho a ordenar. A todos nosotros nos corresponde sólo obedecerle siempre, en todo, para hacer su Voluntad».

[5]Pedro, menos heroico, habla con el Zelote con ademán de reserva, para oír su parecer al respecto. 646.5

Lázaro, que está cerca de los dos y lo oye, propone: «Venid a Betania. Está cerca de Jerusalén, y también del camino de Samaria. Desde allí salió muchas veces Cristo para huir de sus enemigos...».

Nicodemo, a su vez, propone: «Venid a la casa mía del campo. Es segura, y está cerca tanto de Betania como de Jerusalén, y está en el camino que va a Efraím por Jericó».

«No, es mejor la mía,-que está protegida por Roma» insiste Lázaro.

«Ya demasiado te odian... desde que Jesús te resucitó, afirmando tan *poderosamente* su Naturaleza divina. Considera que su suerte fue decidida por este motivo. ¡No vayas a decidir tú la tuya!» le responde Nicodemo.

«¿Y qué decís de mi casa? En realidad es de Lázaro. Pero todavía está a mi nombre» dice Simón el Zelote.

María interviene diciendo: «Dejad que reflexione, que piense y juzgue lo que es mejor hacer. Dios no me dejará sin su luz. Cuando sepa, os lo diré. De momento venid conmigo al Getsemaní».

«Sede de toda sabiduría, Madre de la Palabra y de la Luz, siempre eres para nosotros Estrella de segura guía. Te obedecemos» dicen todos juntos, como si verdaderamente el Espíritu Santo hubiera hablado a sus corazones y a través de sus labios.

[6]Se levantan de la hierba en que, en los bordes del camino, estaban sentados, y, mientras Pedro, Santiago, Simón y Juan van con María hacia el Getsemaní, Lázaro y Nicodemo levantan el lienzo que envuelve el cuerpo de Esteban y, con las primeras luces del alba, se dirigen hacia el camino de Betania y Jericó. 646.6

¿A dónde llevan al mártir? Misterio.

647. Gamaliel se hace cristiano.

1 de noviembre de 1951.

647.1 [1]Deben haber pasado algunos años, porque se ve que Juan está ya en la plena edad adulta (miembros más robustos, rostro más maduro, cabellos, barba y bigote de un rubio mucho más obscuro).

María —que está hilando mientras Juan pone de nuevo en orden la cocina de la casita del Getsemaní, cuyas paredes han sido recientemente blanqueadas y cuyos enseres de madera (banquetas, puerta, un vasar que hace también de repisa para la lámpara) han sido barnizados— no aparece cambiada. En absoluto aparece cambiada. Su aspecto es fresco y sereno. Han desaparecido todas las huellas que el dolor por la muerte y regreso de su Hijo al Cielo había dejado en su cara (por las primeras persecuciones contra los cristianos). El tiempo no ha dejado grabadas sus huellas en ese rostro dulce; la edad no ha tenido el poder de alterar su fresca y pura belleza.

La lámpara, encendida, encima de la mesa, proyecta su luz palpitante sobre las pequeñas y diligentes manos de María, sobre el estambre cándido envuelto en la rueca, sobre el hilo delgado, sobre el huso que da vueltas, sobre los rubios cabellos recogidos en denso moño tras la nuca.

Por la puerta abierta, un rayo tersísimo de luna penetra en la cocina, extendiendo una franja de plata desde la puerta hasta el pie de la banqueta en que María está sentada. María, por ello, tiene los pies iluminados por el rayo lunar, mientras que sus manos y su cabeza lo están por la luz rojiza de la lámpara. Fuera, en los olivos que rodean la casa del Getsemaní, unos ruiseñores cantan su canto de amor.

De repente los pajarillos enmudecen, como asustados. Al cabo de unos momentos, se oyen pisadas que se acercan cada vez más, hasta llegar al umbral de la puerta de la cocina; y, contemporáneamente, desaparece la blanca franja lunar que antes vestía de plata las toscas y obscuras baldosas del suelo.

647.2 [2]María alza la cabeza y la vuelve hacia la puerta. Juan también mira. Un «¡Oh!» lleno de maravilla sale de los labios de los dos, mientras, con un único movimiento, ambos, presurosos, se dirigen hacia la puerta sobre cuyo umbral ha aparecido, y se ha detenido, Gamaliel. Es un Gamaliel ya muy anciano; está muy delgado; trae vestiduras blancas que la luna, incidiendo en él por detrás, hace casi fosforescentes: parece espectral. Es un Gamaliel abatido, triturado, por los sucesos, por sus remordimientos, por muchas cosas, más aún que por la edad.

«¿Tú aquí, rabí? ¡Entra! ¡Ven! La paz sea contigo» le dice Juan, que está frente a él y muy cerca, mientras que María está algunos pasos más atrás.

«Si me guías... Estoy ciego...» responde el anciano rabí, con voz trémula más por un secreto llanto que por la edad.

Juan, asombrado, pregunta con emoción y piedad en la voz: «¡¿Ciego?! ¿Desde cuándo?».

«¡Oh!... ¡Desde hace mucho! La vista empezó a debilitárseme en seguida... después de que... sí... después de que no supe reconocer la Luz verdadera que había venido a iluminar a los hombres; hasta que el terremoto desgarró el velo del Templo y zarandeó las robustas murallas, como Él había dicho. Verdaderamente un dúplice velo, que cubría el Santo de los Santos del Templo y al aún más verdadero Santo de los Santos, a la Palabra del Padre, su eterno Unigénito, celado por el velo de una humana, purísima carne, que sólo su Pasión y su gloriosa Resurrección revelaron, incluso a los más obtusos —yo el primero—, en lo que realmente era: el Cristo, el Mesías, el Emmanuel. Desde ese momento las tinieblas empezaron a descender sobre mis pupilas y a hacerse cada vez más densas. Justo castigo para mí. Desde hace un tiempo, estoy totalmente ciego. [3]Y he venido...». 647.3

Juan le interrumpe preguntándole: «¿Quizás para pedir un milagro?».

«Sí. Un gran milagro. Se lo pido a la Madre del Dios verdadero».

«Gamaliel, yo no tengo el poder que tenía mi Hijo. Él podía devolver vida y vista a las pupilas apagadas, palabra a los mudos, movimiento a los paralizados. Pero yo no» le responde María. Y prosigue: «Pero ven aquí, junto a la mesa, y siéntate. Estás cansado y eres anciano, rabí. No te fatigues más» y, piadosamente, junto con Juan, le conduce a la mesa y le ayuda a sentarse en una banqueta.

Gamaliel, antes de soltarle la mano, se la besa con veneración; luego le dice: «No te pido, María, el milagro de que vea de nuevo. No. No pido esta cosa material. Lo que te pido, Bendita entre todas las mujeres, es una vista de águila para mi espíritu, para ver toda la Verdad. No te pido la luz para mis pupilas apagadas, sino la luz sobrenatural, divina, la verdadera luz, que es sabiduría, verdad, vida, para mi alma y corazón lacerados y exhaustos por los remordimientos, que no me dan tregua. No tengo ningún deseo de ver con los ojos este mundo hebreo tan... sí, tan obstinadamente rebelde a Dios, a Dios que con él fue y es tan compasivo como, en verdad, no merecimos que lo fuera. Es más, estoy contento de no tener que verle ya, y de que mi ceguera me haya librado de todo compromiso con el Templo y el Sanedrín, tan injustos para con tu Hijo y para con sus segui-

dores. A quien deseo ver, con la mente, el corazón y el espíritu, es a Él, a Jesús. Verle en mí, en mi espíritu, verle espiritualmente, como, ciertamente, tú, oh santa Madre de Dios, y Juan, tan puro, y Santiago, mientras tuvo vida, y los otros, para ayuda en su grave y obstaculado ministerio, le veis. Verle para amarle con todo mi ser y con este amor poder expiar mis culpas y recibir perdón de Él, para tener esa vida eterna de la que me he hecho indigno...». Apoya la cabeza en los brazos, apoyados a su vez en la mesa, y llora.

647.4 [4]María le pone una mano en su cabeza estremecida por los sollozos, y le responde: «¡No! ¡Que no te has hecho indigno de la vida eterna! Todo lo perdona el Salvador a quien se arrepiente de sus errores pasados. Incluso a su traidor le habría perdonado, si se hubiera arrepentido de su horrendo pecado. Y la culpa de Judas de Keriot es inmensa respecto a la tuya. Considera esto: Judas era el apóstol recibido por Cristo, instruido por Cristo, amado por Cristo más que los demás (si se piensa que, no ignorando nada sobre él, Cristo no le expulsó del grupo de sus apóstoles, sino que, al contrario, hasta el último momento, recurrió a todos los medios para que ellos no comprendieran lo que Judas era y lo que tramaba). Mi Hijo era la Verdad misma, y no mintió nunca, por ningún motivo. Pero, cuando veía que los otros once, sospechando, le preguntaban sobre Judas, Él, sin mentir, conseguía desviar sus sospechas y lograba no responder a sus preguntas, y les imponía que no preguntaran, por prudencia y caridad respecto al hermano. Tu culpa es mucho menor. Es más, ni siquiera puede llamarse culpa. Esto tuyo no es incredulidad; es exceso de fe. Tanto creíste en aquel Niño de doce años que te habló en el Templo, que, obstinadamente pero con una recta intención que venía de tu absoluta fe en aquel Niño por cuyos labios habías oído palabras de infinita sabiduría, has esperado el signo para creer en Él y ver en Él al Mesías. Dios perdona a quien tiene una fe tan fuerte y fiel. Y más aún perdona a quien, aun estando todavía en duda respecto a la verdadera Naturaleza de un hombre acusado injustamente, no quiere tomar parte en su condena porque la siente injusta. Tu espiritual visión de la Verdad ha crecido sin cesar desde que dejaste el Sanedrín por no consentir en aquella sacrílega acción. Y aún creció más cuando, estando en el Templo, viste que se verificó el tan esperado signo, que signó el comienzo de la era cristiana. Y aún más aumentó cuando, con aquellas potentes, angustiadas palabras, rogaste al pie de la cruz de mi Hijo, ya gélido y exánime. Y se ha hecho casi perfecta cada una de las veces que, o con las palabras o poniéndote al margen, has defendido a los fieles de mi Hijo y no has querido tomar parte en la condena de los primeros mártires.

Créeme, Gamaliel, cada uno de tus actos de dolor, de justicia, de amor, ha aumentado en ti tu espiritual visión».

[5]«¡No basta todo esto! Es que... yo recibí la insólita gracia de co- 647.5
nocer a tu Hijo desde su primera pública manifestación, en el momento de su mayoría de edad. ¡Habría debido ver desde entonces!, ¡comprender! Fui un ciego y un necio... ni vi ni comprendí; ni entonces ni otras veces en que tuve la gracia de verle, hecho ya Hombre y Maestro, y de oír sus cada vez más precisas y poderosas palabras. Tercamente esperaba la señal humana, el estremecimiento de las piedras... ¡Y no veía que todo en Él era una señal segura! ¡Y no veía
* que Él era la Piedra angular anunciada por los profetas; la Piedra que ya estremecía al mundo, a todo el mundo, al hebreo y al gentil; la Piedra que estremecía las piedras de los corazones con su palabra, con sus prodigios! ¡No veía en Él la señal evidente del Padre suyo en todo lo que hacía o decía! ¿Cómo puede Él perdonar tanta obstinación?».

[6]«Gamaliel, ¿puedes creer que yo —que soy la Sede de la Sabidu- 647.6
ría, la Llena de Gracia, y que, de la Sabiduría que en mí ha tomado Carne y de la Gracia de que estoy llena, he recibido la plenitud del conocimiento de las cosas sobrenaturales— puedo aconsejarte bien?».

«¡Claro que lo creo! Precisamente porque creo que eres esto, vengo a ti en busca de luz. Tú, Hija, Madre, Esposa de Dios, el cual, sin duda, desde tu concepción te colmó de sus luces sapienciales, no puedes sino indicarme el camino que debo tomar para tener paz, para encontrar la verdad, para conquistar la verdadera Vida. Tengo tanta conciencia de mis errores, estoy tan aplastado por mi miseria espiritual, que necesito ayuda para atreverme a ir a Dios».

«Eso que tú juzgas como un obstáculo es, por el contrario, ala para elevarte hacia Dios. Has demolido el edificio de ti mismo, te has humillado; eras un monte poderoso, te has hecho valle profundo. Debes saber que la humildad es semejante a un fertilizante que prepara el más árido terreno para que dé plantas y feraces cosechas. Es peldaño para subir; es más, es escalera para subir a Dios, el cual, viendo al humilde, le llama hacia sí para ensalzarle, para encenderle con su caridad e iluminarle con sus luces para que vea. Por esto te digo que tú estás ya en la Luz, en el Camino justo, hacia la Vida verdadera de los hijos de Dios».

[7]«Pero para tener la Gracia debo entrar en la Iglesia, recibir el 647.7
Bautismo que limpia de la culpa y nos hace nuevamente hijos adoptivos de Dios. Yo no me opongo a ello. ¡Al contrario! He destruido en

---

* *anunciada*, en: *Salmo 118, 22-23*; *Isaías 28, 16*.

mí al hijo de la Ley, no puedo ya sentir estima ni amor por el Templo. Pero ser nada no quiero. Por tanto, debo edificar de nuevo, sobre las ruinas de mi pasado, el hombre nuevo y la fe nueva. Pero los apóstoles y los discípulos, respecto a mí, el gran rabí de dura cerviz, sentirán desconfianza y prejuicios...».

Juan le interrumpe diciendo: «Te equivocas, Gamaliel. Yo soy el primero que te quiero y que anotaría como día de suma gracia el día en que pudiera llamarte cordero del rebaño de Cristo. No sería discípulo de Cristo si no pusiera en práctica sus enseñanzas. Y Él nos mandó amor y comprensión para todos, y especialmente para los más débiles, enfermos, descaminados. Nos ordenó que imitáramos sus ejemplos. Y nosotros siempre le vimos lleno de amor hacia los culpables arrepentidos, o hacia los hijos pródigos que volvían al Padre, o hacia las ovejas descarriadas. Desde la Magdalena a la Samaritana, desde Áglae al ladrón, ¡a cuántos redimió con misericordia! Habría perdonado también a Judas su supremo delito, si se hubiera arrepentido. ¡Muchas veces le había perdonado! Sólo yo sé cuánto le
647.8 amaba, aun conociéndole en todas sus acciones. [8]Ven conmigo. Haré de ti un hijo de Dios y hermano del Cristo Salvador».

«Tú no eres el Pontífice. Pontífice es Pedro. ¿Y Pedro será tan bueno como tú? Yo sé que es muy distinto de ti».

«*Era*. Pero desde que vio cuán débil fue —hasta el punto de ser cobarde y renegar de su Maestro— ya no es lo que era, y tiene misericordia para todos y con todos».

«Entonces llévame inmediatamente donde él. Soy viejo, y ya demasiado me he demorado. Me sentía demasiado indigno, y temía que todos los fieles de Jesús me juzgaran de la misma manera. Ahora, que las palabras de María y tuyas me han confortado, quiero entrar en seguida en el Redil del Maestro, antes de que mi viejo corazón, por tantas cosas quebrantado, se pare. Guíame tú, porque he dicho al siervo que me ha traído hasta aquí que se marchara, para que no oyera nada. Volverá a la hora primera. Pero para entonces yo ya estaré lejos. En dos sentidos: lejos de esta casa y lejos del Templo. *Para siempre*. Primero iré, yo, hijo rebelde, a la casa del Padre, yo, oveja descarriada, al verdadero Redil del Pastor eterno. Luego volveré a mi lejana casa, para morir allí en paz y en gracia de Dios».

647.9 [9]María, con un gesto espontáneo, le abraza y le dice: «Que Dios te dé paz. Paz y gloria eterna, porque te lo has merecido mostrando tu verdadero pensamiento a los poderosos jefes de Israel sin miedo a sus reacciones. Que Dios esté contigo siempre. Que Dios te dé su bendición».

Gamaliel busca de nuevo las manos de Ella. Las toma entre las

suyas. Las besa. Se arrodilla y le ruega que ponga esas manos benditas sobre su anciana cabeza cansada.

María le complace. Hace incluso más. Traza una señal de la cruz sobre su cabeza inclinada. Luego, junto con Juan, le ayuda a ponerse en pie, le acompaña hasta la puerta y le mira mientras, guiado por Juan, se encamina hacia la verdadera Vida; mira a este hombre humanamente llegado a su fin pero sobrenaturalmente creado de nuevo.

648. Pedro se despide de María Stma. después de un coloquio con Juan.

4 de noviembre de 1951.

[1]En la terraza de la casa de Simón, enteramente iluminada por la Luna, que ha alcanzado su máximo apogeo, están Pedro y Juan. Hablan en voz baja, y señalan hacia la casa de Lázaro, del todo cerrada y silenciosa. Hablan durante largo rato, yendo y viniendo por la terraza. Luego —no sé por qué motivo— el coloquio se hace más animado, y sus voces, antes contenidas, aumentan de tono y se hacen bien claras. 648.1

Pedro, dando un puñetazo en el antepecho de la terraza, exclama: «¡¿Pero no comprendes que se debe hacer así?! Te hablo en nombre de Dios. Escúchame sin obstinarte. Conviene hacer como digo yo. No por cobardía y miedo, sino para impedir el exterminio total, que sería deletéreo para la Iglesia de Cristo. Sé, lo he visto, que siguen cada uno de nuestros pasos. Y Nicodemo me ha confirmado que he visto bien. ¿Por qué no hemos podido quedarnos en Betania? Por este motivo. ¿Por qué ya no es prudente estar en esta casa, o en la de Nicodemo, o en la de Nique o de Anastática? Por el mismo motivo. Para impedir que la Iglesia muera por la muerte de sus jefes».

«El Maestro nos aseguró muchas veces que ni siquiera el infierno podrá exterminarla y prevalecer sobre ella, nunca» le responde Juan.

«Es verdad. Y el infierno no prevalecerá, como no prevaleció contra Cristo. Pero los hombres sí, como prevalecieron sobre el Hombre-Dios, que venció a Satanás, pero que no pudo vencer sobre los hombres».

«Porque no quiso vencer. Debía redimir y, por tanto, morir. Y con *esa* muerte. ¡Pero si hubiera querido vencerlos! ¡Cuántas veces logró eludir sus insidias, de todo tipo!».

«También la Iglesia será insidiada, pero no perecerá totalmente, siempre y cuando tengamos la suficiente prudencia como para impe-

dir el exterminio de los jefes actuales, antes de crear nosotros a muchos —los primeros— sacerdotes de la Iglesia, en sus distintos grados; crearlos y formarlos para su ministerio. ¡No te hagas falsas ilusiones, Juan! Los fariseos, escribas y miembros del Sanedrín harán de todo para matar a los pastores, para conseguir así la dispersión del rebaño, del rebaño todavía débil y medroso; sobre todo, este rebaño de Palestina. No debemos dejarle sin pastores hasta que muchos corderos no hayan pasado, a su vez, a ser pastores. Ya has visto a
648.2 cuántos han matado. [2]¡Piensa en cuánta parte de mundo nos espera! La orden fue clara: "Id y evangelizad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que os he mandado". Y a mí, en la orilla del lago, tres veces me mandó apacentar sus ovejas y corderos, y profetizó que de *viejo*, pero no antes, seré atado y conducido a confesar a Cristo con mi sangre y mi vida. ¡Y muy lejos de aquí! Si comprendí bien unas palabras suyas, antes de la muerte de Lázaro, yo debo ir a Roma, y allí fundar la Iglesia inmortal. ¿Y no juzgó Él mismo que era bueno retirarse a Efraím, porque todavía no se había cumplido su evangelización? Y sólo en el momento preciso volvió a Judea para ser apresado y crucificado. Imitémosle. No se puede decir, no cabe duda de esto, que Lázaro, María y Marta eran personas miedosas. Y, sin embargo, ya ves que, si bien con todo el dolor de su corazón, se han alejado de aquí para llevar a otros lugares la Palabra divina que aquí habría quedado ahogada por los judíos. Yo, elegido por Él Pontífice, he decidido, y, conmigo, los otros apóstoles y discípulos han decidido igualmente: nos dispersaremos. Habrá quien irá a Samaria, o hacia el gran mar, o hacia Fenicia, yendo cada vez más allá, a Siria, a las islas, a Grecia, al Imperio romano. Si aquí en estos lugares la cizaña y el veneno judío hacen estériles los campos y las viñas del Señor, nos vamos a otros lugares y sembramos otras semillas, en otros campos y viñas, para que no sólo haya recolección, sino que incluso sea abundante. Si en estos lugares el odio judío envenena las aguas y las corrompe, para que ni yo, pescador de almas, ni mis hermanos, podamos pescar almas para el Señor, nos marchamos a otras aguas. Hay que ser, al mismo tiempo, prudentes y astutos. Créelo, Juan».

*

648.3 «Tienes razón. [3]Pero si insistía era por María. Yo no puedo, no debo dejarla. Ello nos causaría demasiado dolor a ambos. Y sería una mala acción por parte mía...» le responde Juan.

«Tú te quedas aquí. Y Ella también, porque separarla de aquí se-

---

* *unas palabras suyas*, en 545.7.

ría una cosa absurda...».

«A la que María nunca prestaría consentimiento. Me uniré a vosotros más adelante, cuando ya Ella no esté en la Tierra».

«Sí. Te unirás a nosotros. Eres joven... Vivirás todavía mucho».

«Y María muy poco».

«¿Por qué? ¿Es que está enferma?, ¿o sufre?, ¿o está débil?».

«¡No! Ni el tiempo ni los sufrimientos han tenido poder sobre Ella. Siempre está joven, de aspecto y de espíritu; serena... yo diría, beata».

«¿Y entonces por qué dices...?».

«Porque comprendo que este nuevo florecimiento en belleza y gozo es señal de que Ella siente ya cercano que vuelve a unirse con su Hijo. Quiero decir unión *total*, porque la espiritual nunca ha cesado. No descorro el velo de los misterios de Dios, pero estoy seguro de que Ella ve diariamente a su Hijo en su figura gloriosa. De ahí su beatitud. Yo creo que, contemplándole, su espíritu se ilumina y llega a conocer todo el futuro como lo conoce Dios, incluido el suyo. Está todavía en la Tierra, con su cuerpo, pero podría casi decir, sin temor a equivocarme, que su espíritu está casi siempre en el Cielo. Tanta es su unión con Dios, que no creo pronunciar palabras sacrílegas si digo que en Ella está Dios como cuando le llevaba en su seno materno. Más aún: de la misma manera que el Verbo se unió a Ella para ser Jesucristo, ahora Ella se une de tal manera a Cristo, que es un segundo Cristo, que ha asumido una nueva humanidad, la del propio Jesús. Si esto es herejía, que Dios me dé a conocer el error y que me perdone. Ella vive en el amor. Este fuego de amor la enciende, la nutre, la ilumina, y ese mismo fuego de amor nos la arrebatará, en el momento designado, sin dolor para Ella, sin corrupción para su cuerpo... El dolor será sólo nuestro... mío, sobre todo... Ya no tendremos a la Maestra, a la Guía, a la Consoladora nuestra... Y yo estaré verdaderamente solo...».

Y Juan, cuya voz ya temblaba por un contenido llanto, rompe a llorar con sollozos desgarradores como nunca tuvo, ni siquiera a los pies de la Cruz o en el Sepulcro.

[4]También Pedro, si bien más serenamente, rompe a llorar, y, entre 648.4
las lágrimas, suplica a Juan que le avise, si puede, para estar presente en el tránsito de María, o, al menos, en su sepultura.

«Lo haré, si tengo, aunque lo dudo mucho, la posibilidad de ha-
* cerlo. Algo me dice en mi interior que, como sucedió con Elías, que fue arrebatado por el torbellino celeste en el carro de fuego, así suce-

---

* *como sucedió con Elías*, en: *2 Reyes 2, 11*; *Eclesiástico 48, 9*.

derá con Ella: casi antes de que me percate de su inminente tránsito, Ella estará ya con su alma en el Cielo».

«Pero, al menos el cuerpo quedará. ¡Quedó incluso el del Maestro, y era Dios!».

«Para Él era necesario que así sucediera; para Ella, no. Él debía, con la resurrección, desmentir las calumnias judías; con sus apariciones, convencer al mundo, que dudaba, o incluso negaba, por causa de su muerte de cruz. Pero Ella no tiene necesidad de ello. Pero, si
648.5 puedo, te avisaré. [5]Adiós, Pedro, Pontífice y hermano mío en Cristo. Vuelvo con Ella, que, ciertamente, me espera. Dios esté contigo».

«Y contigo. Y di a María que ore por mí y que me perdone una vez más por mi cobardía durante la noche del Proceso... recuerdo que no logro borrar de mi corazón, cosa que no me deja tranquilo...», y algunas lágrimas ruedan por las mejillas de Pedro, que termina: «Sea Madre para mí. Madre de amor para su desdichado hijo pródigo...».

«No es necesario que se lo diga. Te quiere más que una madre según la carne, te quiere como Madre de Dios, y con caridad de Madre de Dios. Si estaba dispuesta a perdonar a Judas, cuya culpa no tenía medida, ¡figúrate, si no te va a haber perdonado a ti! La paz esté contigo, hermano. Yo me marcho».

«Y yo te sigo, si me lo concedes. Quiero verla todavía otra vez».

«Ven. Sé el camino que hay que tomar para entrar en el Getsemaní sin ser vistos».

648.6 [6]Se ponen en marcha y andan, a buen paso y en silencio, hacia Jerusalén. Pero pasan por el camino alto, que llega hasta el Monte de los Olivos por la parte que está más lejos de la ciudad.

Llegan al rayar del alba. Entran en el Getsemaní. Van cuesta abajo hacia la casa.

María, que está en la terraza, los ve llegar y, emitiendo un grito de alegría, baja a su encuentro.

Pedro se arroja a sus pies —sí, incluso se arroja a sus pies y rostro en tierra—, diciéndole: «¡Madre, perdón!».

«¡¿De qué?! ¿Es que has pecado en algo? El que me revela todas las verdades, no me ha revelado sino que tú eres su digno sucesor en la Fe. Como hombre, siempre te he visto justo, aunque algunas veces impulsivo. ¿Qué te debo perdonar, pues?».

Pedro llora y calla.

Juan explica: «Pedro no logra apaciguarse por lo de haber renegado de Jesús en el patio del Templo».

«Eso es cosa pasada, y borrada, Pedro. ¿Acaso te reprendió Jesús?».

«¡No, no!».

«¿Mostró quererte menos que antes?».

«No. La verdad... no. ¡Al contrario!...».

«¿Y eso no te dice que Él, y yo con Él, te hemos comprendido y perdonado?».

«Es verdad. Sigo siendo el mismo necio».

«Pues ve y permanece en paz. Yo te digo que nos encontraremos todos, yo, tú, los otros apóstoles y diáconos, todos en el Cielo, junto al Hombre-Dios. Por lo que de mi poder depende, te bendigo» y, como hizo con Gamaliel, María pone sus manos en la cabeza de Pedro trazando una señal de la cruz.

Pedro se inclina para besarle los pies. Luego se levanta, mucho más sereno que antes, y, acompañado también ahora por Juan, regresa a la cancilla superior, la cruza y se marcha, mientras Juan, después de cerrar bien esa entrada, regresa donde María.

649. El beato tránsito de María Stma.

21 de noviembre de 1951.

[1]María, en su pequeño cuarto solitario situado arriba en la terraza, vestida enteramente de cándido lino (de cándido lino son la túnica que cubre sus miembros, y el manto que, sujeto en la base del cuello, desciende por sus espaldas, y el velo sutilísimo que le pende de la cabeza), está ordenando sus vestidos y los de Jesús, que siempre ha conservado. Elige los mejores. Éstos mejores son pocos. De los suyos, toma la túnica y el manto que tenía en el Calvario; de los de su Hijo, una túnica de lino que Jesús acostumbraba a llevar en los días veraniegos y el manto encontrado en el Getsemaní, todavía manchado de la sangre brotada con el sudor sanguíneo de aquella hora tremenda. 649.1

Dobla bien estos indumentos, besa el manto ensangrentado de su Jesús, y se dirige hacia el arca en que están, ya desde hace años, recogidas y conservadas las reliquias de la última Cena y de la Pasión. Las reúne en una única parte, la superior, y pone todos los indumentos en la inferior.

[2]Está cerrando el arca cuando Juan, que ha subido silenciosamente a la terraza, donde debe haber subido María a pasar las horas de la mañana, y se ha asomado a ver qué hace, quizás impresionado por su larga ausencia de la cocina, le hace volverse bruscamente al preguntarle: «¿Qué haces, Madre?». 649.2

«He ordenado todo lo que conviene conservar. Todos los recuerdos... Todo lo que constituye un testimonio de su amor y dolor infinitos».

«¿Por qué, Madre, volverte a abrir las heridas del corazón viendo de nuevo esas cosas tristes? Sufres viéndolas, porque estás pálida y tu mano tiembla» le dice Juan acercándose a Ella, como temiendo que —tan pálida y temblorosa como está— pueda sentirse mal y caer al suelo.

«¡Oh, no es por eso por lo que estoy pálida y tiemblo! No es porque se me abran de nuevo las heridas... que, en verdad, nunca se han cerrado completamente. En realidad, siento en mí paz y gozo, una paz y un gozo que nunca han sido tan completos como ahora».

«¿Nunca como ahora! No entiendo... A mí el ver esas cosas, llenas de atroces recuerdos, me hace renacer la angustia de aquellas horas. Y yo soy sólo un discípulo suyo; tú eres su Madre...».

«Y, como tal, debería sufrir más, quieres decir. Y, humanamente,
649.3 no yerras. Pero no es así. [3]Yo estoy acostumbrada a soportar el dolor de las separaciones de Él. Siempre dolor porque su presencia y cercanía eran mi Paraíso en la Tierra. Pero también siempre con buena disposición y serenamente sufridas, porque todos sus actos respondían a la Voluntad del Padre suyo, eran actos de obediencia a la Voluntad divina, y, por tanto, yo lo aceptaba porque yo también he obedecido siempre a los deseos y planes de Dios para mí. Cuando Jesús me dejaba, sufría. ¡Claro! Me sentía sola. El dolor que sufrí cuando, siendo niño, me dejó ocultamente por el debate con los doctores del Templo, sólo Dios lo ha medido en su más auténtica intensidad; y, a pesar de ello, aparte de la justa pregunta que, como madre, le hice por haberme dejado así, no le dije nada más. Y tampoco le retuve cuando me dejó para manifestarse como Maestro... y ya había enviudado de José, y, por tanto, estaba sola, en una ciudad que, excepción hecha de algunas escasas personas, no me quería. Y no mostré estupor por su respuesta en el banquete de Caná. Él hacía la voluntad del Padre, yo le dejaba libre para hacerla. Podía llegar a darle un consejo o a pedirle algo: un consejo sobre los discípulos, una súplica por algún desdichado. Pero más, no. Yo sufría cuando me dejaba para ir al mundo, a ese mundo que le era hostil, a ese mundo tan pecador, que el hecho de vivir en él le resultaba ya un sufrimiento. ¡Pero, cuánta alegría cuando volvía! Era una alegría tan profunda, que me compensaba setenta veces siete el dolor de la separación. Desgarrador fue el dolor de la separación que siguió a su Muerte, pero ¿con qué palabras podré expresar el gozo que sentí cuando se me apareció resucitado? Inmensa fue la pena de la separación por su regreso al Padre, una pena sin término hasta el acabamiento de mi vida terre-
649.4 na. [4]Ahora experimento el gozo, inmenso gozo como inmensa ha sido la pena, porque siento que mi vida toca a su fin. He hecho cuanto de-

bía hacer. He terminado mi misión terrena. La otra, la celeste, no tendrá fin. Dios me ha dejado en esta Tierra hasta que he consumado —yo también, como mi Jesús— todo lo que debía consumar. Y tengo dentro de mí esa secreta alegría —única gota de bálsamo en medio de sus amarguísimos, finales, atroces sufrimientos— que tuvo Jesús cuando pudo decir: "Todo está consumado"».

«¿Alegría en Jesús? ¿En aquella hora?».

«Sí, Juan. Una alegría incomprensible para los hombres, pero comprensible para los espíritus que ya viven en la luz de Dios y ven las cosas profundas, escondidas bajo los velos que el Eterno corre sobre sus secretos de Rey, gracias a esa luz. Yo, tan angustiada como estaba, profundamente turbada por lo que estaba sucediendo, asociada a Él, a mi Hijo, en el abandono en las manos del Padre, no comprendí en esos momentos. La Luz se había apagado para el mundo todo que no la había querido acoger. Y también para mí. No por un justo castigo, sino porque, debiendo ser la Corredentora, yo también debía padecer la angustia del abandono de los consuelos divinos, la tiniebla, la desolación, la tentación de Satanás de que no creyera ya posible lo que Él había dicho; todo lo que Él padeció en el espíritu desde el Jueves hasta el Viernes. Pero luego comprendí. Cuando la Luz, resucitada para siempre, se me apareció, comprendí. Todo. Incluso la secreta, final alegría de Cristo cuando pudo decir: "Todo lo que el Padre quería que llevara a cabo lo he cumplido. He colmado la medida de la caridad divina amando al Padre hasta el sacrificio de mí mismo, amando a los hombres hasta morir por ellos. Todo lo que debía llevar a cabo lo he cumplido. Muero lacerado en mi carne inocente, pero contento en el espíritu". Yo también he cumplido todo lo que, ab aeterno, estaba escrito que cumpliera. Desde la generación del Redentor hasta la ayuda a vosotros, sus sacerdotes, para que os formarais perfectamente. [5]La Iglesia, actualmente, está formada y es fuerte. El Espíritu Santo la ilumina, la sangre de los primeros mártires la une sólidamente y multiplica; mi ayuda ha cooperado en hacer de Ella un organismo santo, al que la caridad hacia Dios y hacia los hermanos alimenta y fortalece cada vez más, y donde los odios, rencores, envidias, maledicencias, malvadas plantas de Satanás, no arraigan. Dios está contento de ello, y quiere que lo sepáis a través de mis labios, como también quiere que os diga que continuéis creciendo en la caridad para poder crecer en la perfección, y lo mismo en número de cristianos y en potencia de doctrina. Porque la doctrina de Jesús es doctrina de amor. Porque la vida de Jesús, y también la mía, estuvieron siempre guiadas y movidas por el amor. Ninguno fue rechazado por nosotros, a todos los perdonamos;

649.5

sólo a uno no pudimos otorgarle el perdón, porque él, siendo ya esclavo del Odio, no quiso nuestro amor sin límites. Jesús, en su último adiós antes de la muerte, os mandó que os amarais los unos a los otros. Y os dio incluso la medida del amor que debíais guardaros, diciéndoos: "Amaos los unos a los otros como Yo os he amado. Por esto se sabrá que sois mis discípulos". La Iglesia, para vivir y crecer, tiene necesidad de la caridad. Caridad, sobre todo, en sus ministros. Si no os amarais entre vosotros con todas vuestras fuerzas, y, de la misma manera, no amarais a vuestros hermanos en el Señor, la Iglesia se haría estéril, y raquítica y escasa sería la nueva creación y la supercreación de los hombres, para el grado de hijos del Altísimo y coherederos del Reino del Cielo, porque Dios dejaría de ayudaros en vuestra misión. Dios es Amor. Todos sus actos han sido actos de amor. Desde la Creación hasta la Encarnación, desde ésta hasta la Redención, desde ésta, a su vez, hasta la fundación de la Iglesia, y, en fin, desde ésta hasta la Jerusalén celestial, que recogerá a todos
649.6 los justos para que exulten en el Señor. [6]Te digo a ti estas cosas porque eres el Apóstol del amor y las puedes comprender mejor que los otros...».

Juan la interrumpe diciendo: «También los otros aman y se aman».

«Sí. Pero tú eres el Amante por excelencia. Cada uno de vosotros tuvo siempre una característica, como, por lo demás, la tienen todas las criaturas. Tú, en el número de los doce, fuiste siempre el amor, el puro y sobrenatural amor. Quizás —es más, ciertamente— por ser tan puro amas tanto. ¿Y Pedro? Pedro fue siempre el hombre, el hombre auténtico e impetuoso. Su hermano, Andrés, tuvo todo el silencio y timidez que el otro no tenía. Santiago, tu hermano, impulsivo, tanto que Jesús le llamó hijo del trueno. El otro Santiago, hermano de Jesús, justo y heroico. Judas de Alfeo, su hermano, noble y leal, siempre; la descendencia de David era evidente en él. Felipe y Bartolomé eran los tradicionalistas. Simón el Zelote, el prudente. Tomás, el pacífico. Mateo, el hombre humilde que, teniendo presente su pasado, trataba de pasar inadvertido. Y Judas de Keriot, ¡ay!, la oveja negra del rebaño de Cristo, la serpiente que recibió el calor de su amor, fue el satánico embustero, siempre. Pero tú, todo tú amor, puedes comprender mejor y ser voz de amor para todos los otros, para los lejanos, para transmitirles este último consejo mío. Les dirás que se amen y que amen a todos, incluso a sus perseguidores, para ser una sola cosa con Dios, como yo lo fui, hasta el punto de merecer
649.7 ser elegida esposa del Amor eterno para concebir a Cristo. [7]Yo me he entregado a Dios sin medida, aun comprendiendo desde el primer

momento cuánto dolor me habría acarreado ello. Los profetas estaban presentes en mi mente, y sus palabras la luz divina me las hacía clarísimas. Por tanto, desde mi primer "fiat" al Ángel, supe que me consagraba al mayor de los dolores que madre alguna pudiera padecer. Pero nada puso límite a mi amor. Porque yo sé que el amor es, para cualquiera que lo use, fuerza, luz, imán que atrae hacia arriba, fuego que purifica y hace hermoso todo lo que enciende, y transforma y transhumana a todos los que ciñe en su abrazo. [8]Sí, el amor es 649.8
realmente llama. Es llama que, aun destruyendo todo lo caduco, hace de ello —aunque se trate de un desecho, un detrito, un despojo de hombre— un espíritu purificado y digno del Cielo. ¡Cuántos desechos, cuántos hombres manchados, corroídos, acabados, encontraréis en vuestro camino de evangelizadores! No despreciéis a ninguno de ellos. Antes al contrario, amadlos, para que nazcan al amor y se salven. Infundid en ellos la caridad. Muchas veces el hombre se hace malo porque nadie le amó nunca o le amó mal. Vosotros amadlos para que el Espíritu Santo vaya de nuevo a vivir —después de la purificación— en esos templos vaciados y ensuciados por muchas cosas. Dios, para crear al hombre no tomó un ángel, ni materia selecta; tomó barro, la materia más abyecta. Luego, infundiendo en ella su soplo, o sea, otra vez su amor, elevó la materia abyecta al excelso grado de hijo adoptivo de Dios. Mi Hijo, en su camino, encontró muchos seres humanos caídos en el fango y que eran verdaderos despojos. No los pisó con desprecio. Al contrario, con amor los recogió y acogió, y los transformó en elegidos del Cielo. Recordad esto siempre. Y actuad como Él actuó. [9]Recordad todo, hechos y palabras de mi Hijo. 649.9
Recordad sus dulces parábolas, vividlas, o sea, ponedlas en práctica; y escribidlas para que tengan constancia de ellas los que vengan después hasta el final de los siglos, para que sean siempre guía de los hombres de buena voluntad para que consigan la vida y gloria eternas. No podréis, no, repetir todas las luminosas palabras de la eterna Palabra de Vida y Verdad; pero escribid cuantas más podáis escribir. El Espíritu de Dios, que descendió sobre mí para que diera al Salvador al mundo, y que descendió también sobre vosotros en dos ocasiones, os ayudará a recordar y a hablar a las gentes de forma que las convirtáis al verdadero Dios. Continuaréis así la maternidad espiritual que empecé yo en el Calvario para dar muchos hijos al Señor. Y el propio Espíritu, hablando en los hijos del Señor de nuevo creados, los fortalecerá de tal manera, que para ellos será dulce el morir entre tormentos, padecer el destierro y la persecución, con tal de confesar su amor a Cristo y unirse a Él en el Cielo, como ya hicieron Esteban y Santiago, mi Santiago, y otros más... [10]Cuando estés 649.10

solo, salva esta arca...».

Juan, palideciendo y turbándose, más pálido aún de lo que ya se ha puesto cuando María ha dicho que siente cumplida su misión, la interrumpe exclamando y preguntando: «¡Madre! ¿Por qué dices esto? ¿Te sientes mal?».

«No».

«¿Entonces es que quieres dejarme?».

«No. Estaré contigo mientras esté en la Tierra. Pero prepárate, Juan mío, a estar solo».

«¡Pero, entonces es que te sientes mal y quieres ocultármelo!...».

«No, créeme. Nunca me he sentido con tantas fuerzas, con tanta paz, con tanta alegría, como ahora. Tengo dentro de mí un gozo tal, una tan gran plenitud de vida sobrenatural, que... sí, que pienso que no podré soportarla siguiendo viva. Además, no soy eterna. Debes comprenderlo. Eterno es mi espíritu; la carne, no; y está sujeta, como todo cuerpo humano, a la muerte».

«¡No! ¡No! No digas eso. ¡Tú no puedes, no debes, morir! ¡Tu cuerpo inmaculado no puede morir como el de los pecadores!».

«Estás en un error, Juan. ¡Mi Hijo murió! Yo también moriré. No conoceré la enfermedad, la agonía, el angustioso sufrimiento de la muerte. Pero, morir, moriré. Y, además, has de saber, hijo mío, que si tengo un deseo entera y solamente mío, y que permanece desde que Él me dejó, es precisamente éste. Éste es el primero, intenso deseo del todo mío. Es más, puedo decir: la primera voluntad mía. Todas las otras cosas de mi vida no fueron sino consentimiento de mi voluntad a la Voluntad divina. Voluntad de Dios, puesta por Él mismo en mi corazón de niña, fue el querer ser virgen; voluntad suya, mi boda con José; voluntad suya, mi Maternidad virginal y divina. Todo en mi vida ha sido voluntad de Dios, y obediencia mía a su voluntad. Pero ésta, la voluntad de querer unirme de nuevo a Jesús, es voluntad *del todo mía*. ¡Dejar la Tierra por el Cielo, para estar con Él eterna y continuamente! ¡Mi deseo de hace ya muchos años! Y ahora
649.11 siento que próximamente se va a hacer realidad. [11]¡No te turbes de esa manera, Juan! Escucha, más bien, mis últimos deseos. Cuando mi cuerpo, ausente ya de él el espíritu vital, yazca en paz, no me sometas a los embalsamamientos habituales entre los hebreos. Ya no soy la hebrea, sino la cristiana, la primera cristiana, si bien se piensa, porque fui la primera que tuvo a Cristo, Carne y Sangre, en mí, porque fui su primera discípula, porque fui con Él Corredentora y continuadora suya aquí, entre vosotros, siervos suyos. Ningún ser humano, excepto mi padre y mi madre y los que asistieron a mi nacimiento, vio mi cuerpo. Tú a menudo me llamas: "Arca verdadera que

contuvo a la Palabra divina". Ahora bien, tú sabes que sólo el Sumo Sacerdote puede ver el Arca. Tú eres sacerdote, y mucho más santo y puro que el Pontífice del Templo. Pero yo quiero que sólo el eterno Pontífice pueda ver, en su debido momento, mi cuerpo. Por eso, no me toques. Además... ya ves que me he purificado y me he puesto la túnica pura, el vestido de los esponsales eternos... [12]Pero, ¿por qué lloras, Juan?». 649.12

«Porque la tempestad del dolor se desencadena dentro de mí. ¡Me doy cuenta de que voy a perderte pronto! ¿Cómo podré vivir sin ti? ¡Siento desgarrárseme el corazón ante este pensamiento! ¡No resistiré este dolor!».

«Resistirás. Dios te ayudará a vivir, y mucho tiempo, como me ayudó a mí. Porque si Él no me hubiera ayudado en el Gólgota y en el Monte de los Olivos, cuando Jesús murió y cuando Jesús ascendió al Cielo, habría muerto, como murió Isaac. Te ayudará a vivir y a recordar todo lo que te he dicho antes, para el bien de todos».

«¡Oh, lo recordaré todo! Y haré todo lo que deseas, y lo que has dicho respecto a tu cuerpo. Yo también comprendo que los ritos hebreos para ti ya no sirven, para ti, cristiana, para ti, la Purísima que —estoy seguro de ello— no conocerá en su carne la corrupción. No puede tu cuerpo, divinado como ningún otro cuerpo de mortal —por no haber tenido Pecado original y, más aún, porque además de la plenitud de la Gracia contuviste en ti a la Gracia misma, al Verbo; por lo cual tú eres la más verdadera reliquia suya—, conocer la descomposición, la podredumbre de toda carne mortal. Será éste el último milagro de Dios a ti, en ti. Serás conservada como eres ahora...».

«¡No sigas llorando!» exclama María mirando a la cara desencajada, enteramente bañada en lágrimas, del apóstol. Y añade: «Si voy a conservarme como soy ahora, no me perderás. ¡Así que no te angusties!».

«Te perderé de todas formas, aunque permanezcas incorrupta. Y me siento como atrapado por un huracán de dolor, un huracán que me quebranta y me abate. Tú eras mi todo, especialmente desde la muerte de mis padres y desde que los otros hermanos, de sangre y de misión, están lejos, incluido el queridísimo Margziam al que Pedro ha tomado consigo. ¡Ahora me quedaré solo, y en medio de la más fuerte tempestad!», y Juan cae a sus pies, llorando aún más fuertemente.

[13]María se agacha hacia él, le pone una mano sobre la cabeza, que se mueve por los sollozos y le dice: «No. Así no. ¿Por qué me das dolor? Tan fuerte como fuiste al pie de la Cruz... ¡y era una escena de horror sin igual, por la intensidad del martirio y por el odio satánico del pueblo! ¡Tan fuerte, tan consolador para Él y para mí, en aquel 649.13

momento... ¿y hoy, en el atardecer de un sábado tan sereno y sosegado, y ante mí, que exulto por el inminente gozo que presiento, te turbas de esta manera?! Cálmate. Imita a todo lo que nos rodea, a todo lo que está dentro de mí; es más: únete a ello. Todo es paz. Ten paz tú también. Sólo los olivos rompen, con su leve frufrú, la calma absoluta de esta hora. Pero ¡es tan dulce este susurro, que parece un vuelo de ángeles en torno a la casa! Y quizás están realmente los ángeles, porque siempre los ángeles estuvieron cerca de mí, uno o muchos, cuando me encontraba en un momento especial de mi vida. Estuvieron en Nazaret cuando el Espíritu de Dios hizo fecundo mi seno virgen. Y estuvieron con José cuando estaba turbado y titubeante, por mi estado y respecto a cómo comportarse conmigo. Y en Belén en dos ocasiones: cuando nació Jesús y cuando tuvimos que huir a Egipto. Y en Egipto, cuando nos dieron la orden de volver a Palestina. Y a las pías mujeres —si no a mí, fue porque el propio Rey de los ángeles había venido a mí— se les aparecieron ángeles en el amanecer del primer día después del sábado, y dieron la orden de decirte a ti y de decirle a Pedro lo que debíais hacer. Ángeles y luz, siempre, en los momentos decisivos de mi vida y de la de Jesús. Luz y ardor de amor que, descendiendo del trono de Dios a mí, su sierva, y subiendo de mi corazón a Dios, mi Rey y Señor, nos unían a mí con Dios y a Dios conmigo, para que se cumpliera todo lo que estaba escrito que había de cumplirse, y también para crear un entrecielo de luz extendido sobre los secretos de Dios, de forma que Satanás y sus siervos no conocieran, antes del tiempo justo, el cumplimiento del misterio sublime de la Encarnación. [14]También en este atardecer siento, aunque no los vea, a los ángeles en torno a mí. Y siento que crece en mí, dentro de mí, la luz, una irresistible luz, como la que me envolvió cuando concebí al Cristo, cuando le di al mundo; luz que viene de un impulso de amor más poderoso que el habitual en mí. Por una potencia de amor similar a ésta, arrebaté, antes del tiempo, del Cielo al Verbo, para que fuera el Hombre y Redentor. Por una potencia de amor como la que me acomete en este anochecer, espero ser raptada por el Cielo y que el Cielo me lleve al lugar a donde deseo ir con mi espíritu para cantar, eternamente, con el pueblo de los santos y los coros de los ángeles, mi imperecedero "Magníficat" a Dios por las grandes cosas que ha hecho en mí, su sierva».

649.14

«No sólo con el espíritu, probablemente. Y a ti te responderá la Tierra, la cual con sus pueblos y naciones te glorificará y te honrará mientras el mundo exista, como bien predijo, aunque veladamente, *

* *predijo*, en *Tobías 13, 13-18.*

de ti Tobit, porque la que verdaderamente ha llevado en sí al Señor eres tú, y no el Santo de los Santos. Tú has dado a Dios, tú sola, tanto amor cuanto no le han dado todos los Sumos Sacerdotes y todos los otros del Templo en siglos y siglos. Un amor ardiente y purísimo. Por eso, Dios te hará beatísima».

«Y cumplirá mi único deseo, mi única voluntad. Porque el amor, cuando es tan total, que es casi perfecto como el de mi Hijo y Dios, todo lo obtiene, incluso lo que para el juicio humano parecería imposible de obtenerse. Recuerda esto, Juan. [15]Y di también esto a tus 649.15
hermanos. ¡Seréis muy hostigados! Obstáculos de todo tipo os harán temer una derrota, matanzas por parte de los perseguidores, deserción por parte de cristianos de moral... iscariótica deprimirán vuestro espíritu. No temáis. Amad y no temáis. En la proporción de vuestro modo de amar Dios os ayudará y os hará triunfar sobre todo y sobre todos. Todo obtiene el que se hace serafín. Entonces el alma, esa admirable, eterna cosa que es el mismo soplo de Dios, por Él infundido en nosotros, se proyecta poderosamente hacia el Cielo, cae como llama a los pies del divino trono, habla con Dios y es escuchada por Dios, y obtiene del Omnipotente lo que desea. Si los hombres supieran amar como ordena la antigua Ley y como amó y enseño a amar mi Hijo, todo lo obtendrían. [16]Yo amo así. Por eso siento que dejaré de 649.16
estar en la Tierra, yo por exceso de amor, como Él murió por exceso de dolor. La medida de mi capacidad de amar está colmada. ¡Mi alma y mi carne no pueden ya contenerla! El amor rebosa de ellas, me sumerge y al mismo tiempo me eleva hacia el Cielo, hacia Dios, mi Hijo. Y su voz me dice: "¡Ven! ¡Sal! ¡Sube a nuestro trono y a nuestro trino abrazo!". ¡La Tierra, todo lo que me rodea, desaparece en la gran luz que del Cielo me viene! ¡Los sonidos quedan cubiertos por esta voz celestial! ¡Ha llegado para mí la hora del abrazo divino, Juan mío!».

[17]Juan, que, escuchando a María, se había calmado un poco aun- 649.17
que permanecía turbado, y que en la última parte de sus palabras la miraba extático, casi arrobado también él, palidísimo su rostro como el de María, cuya palidez de todas formas se va lentamente transformando en luz blanquísima, acude a ella para sujetarla mientras exclama: «¡Tu aspecto es como el de Jesús cuando se transfiguró en el Tabor! ¡Tu carne resplandece como luna, tus vestiduras relucen como lastra de diamante colocada frente a una llama blanquísima! ¡Ya no eres humana, Madre! ¡La pesantez y la opacidad de la carne han desaparecido! ¡Eres luz! Pero no eres Jesús. Él, siendo Dios además de Hombre, podía sostenerse por sí solo en el Tabor, como aquí en el Monte de los Olivos en su Ascensión. Tú no puedes. No te sostienes.

Ven. Te ayudo yo a reclinar en tu lecho tu cuerpo rendido y bienaventurado. Descansa». Y, amorosísimamente, la lleva hasta el modesto lecho sobre el que María se extiende sin quitarse siquiera el manto.

649.18 [18]Recogiendo los brazos sobre el pecho, celando sus dulces ojos, fúlgidos de amor, con sus párpados, dice a Juan, que está inclinado hacia Ella: «Yo estoy en Dios y Dios está en mí. Mientras le contemplo y siento su abrazo, di los salmos y todas las otras páginas de la Escritura que a mí se aplican especialmente en este momento. El Espíritu de Sabiduría te las indicará. Recita luego la oración de mi Hijo, repíteme las palabras del Arcángel anunciador y las que me dijo Isabel, y mi himno de alabanza... Yo te seguiré con todo lo que de mí tengo todavía en la Tierra...».

Juan, luchando contra el llanto que le sube del corazón, esforzándose en dominar la emoción que le turba, con esa bellísima voz suya que con el paso de los años se ha hecho muy semejante a la de Cristo —lo cual observa María con una sonrisa, diciendo: «¡Me parece como si tuviera a mi lado a mi Jesús!»—, entona el salmo 118 (lo recita casi por entero), luego los tres primeros versículos del 41, los ocho primeros del 38, el salmo 22 y el salmo 1. Dice luego el *Padrenuestro*, las palabras de Gabriel e Isabel, el cántico de Tobit, el capítulo 24 del Eclesiástico desde el verso 11 al 46; por último, entona el Magníficat. Pero, en llegando al noveno verso, se da cuenta de que María ya no respira, aun permaneciendo con postura y aspecto naturales; sonriente, calma, como si no hubiera advertido el cese de la vida. *

Juan, con un grito de desgarro, se arroja al suelo, contra la orilla del lecho; y llama, llama a María. No sabe persuadirse de que Ella ya no puede responderle; de que su cuerpo ya no tiene el alma vital. ¡Pero, claro, tiene que rendirse a la evidencia! Se inclina hacia su cara, que ha quedado fija en una expresión de gozo sobrenatural, y copiosas lágrimas llueven de los ojos de Juan para caer sobre ese rostro delicado, sobre esas manos puras tan dulcemente cruzadas sobre el pecho. Es el único lavacro que recibe el cuerpo de María: el llanto del Apóstol del amor, de su hijo adoptivo por voluntad de Jesús.

649.19 [19]Pasado el primer ímpetu de dolor, Juan, recordando el deseo de María, recoge los extremos del amplio manto de lino, que pendían de las orillas del lecho, y los del velo, que penden de la almohada, y extiende los primeros sobre el cuerpo y los segundos sobre la cabeza. María ahora asemeja a una estatua de cándido mármol extendida so-

---

* *entona* los pasajes bíblicos que MV relaciona con referencia a la "vulgata", pero que en la "neovulgada" se hallan, respectivamente, en: *Salmo 119*; *Salmo 42, 1-3*; *Salmo 39, 1-8*; *Salmo 23*; *Salmo 1*; *Tobías 13*; *Eclesiástico 24*.

bre la tapa de un sarcófago. Juan la contempla durante largo tiempo, y, mirándola, nuevas lágrimas caen de sus ojos.

Luego dispone de otra manera la habitación, quitando los enseres superfluos. Deja sólo: la cama; la pequeña mesa, contra la pared, sobre la que deposita el arca que contiene las reliquias; un taburete que coloca entre la puerta que da a la terraza y el lecho donde yace María; y una repisa sobre la que está la lamparita que Juan ha encendido (porque ya va llegando la noche).

Presuroso, baja al Getsemaní para recoger todas las flores que puede encontrar, y ramas de olivo ya con olivas formadas. Vuelve a subir al pequeño cuarto y, a la luz de la lamparita, coloca las flores y las ramas alrededor del cuerpo de María; y el cuerpo queda como en el centro de una gran corona.

[20]Mientras realiza esto, habla con María yacente, como si pudiera 649.20
* oírle. Dice: «Fuiste siempre lirio de los valles, rosa suave, oliva especiosa, viña fructífera, espiga santa. Nos has dado tus perfumes, el Óleo de la vida y el Vino de los fuertes y el Pan que preserva de la muerte al espíritu de quienes de él dignamente se nutren. Bien están en torno a ti estas flores, como tú sencillas y puras, como tú adornadas de espinas, como tú pacíficas. Ahora acercamos esta lamparita. Así, junto a tu lecho, para que te vele y me haga compañía mientras te velo, en espera de al menos uno de los milagros que espero, de los milagros por cuyo cumplimiento oro. El primero es que, según su deseo, Pedro, y los otros a los que mandaré avisar a través del servidor de Nicodemo, puedan verte todavía una vez. El segundo es que tú, de la misma forma que en todo seguiste la suerte de tu Hijo, como Él te despiertes al tercer día, para no hacer de mí el dos veces huérfano. El tercero es que Dios me dé paz, si no se cumpliera lo que espero que en ti se cumpla, como se cumplió en Lázaro, que no era como tú. Pero, ¿y por qué no iba a cumplirse? Regresaron a la vida la hija de Jairo, el joven de Naím, el hijo de Teófilo... Verdad es que, entonces, obró el Maestro... Pero Él está contigo, aunque no en modo visible. Y tú no has muerto por enfermedad, como los resucitados por obra de Cristo. ¿Pero tú realmente has muerto? ¿Has muerto como todo hombre muere? No. Siento que no. Tu espíritu no está ya en ti, en tu cuerpo, y en ese sentido esto tuyo podría llamarse muerte. Pero, por el modo en que tu tránsito ha sucedido, pienso que esto no es sino una transitoria separación de tu alma, sin culpa y llena de gracia, de tu purísimo y virginal cuerpo. ¡Debe ser así! ¡Es así! Cómo

* *Fuiste siempre*, haciendo referencia a: *Cantar de los Cantares 2, 1-2*; *Eclesiástico 24, 14-17*; *Salmo 104, 13-15*.

y cuándo tendrá lugar de nuevo la unión y la vida volverá a ti, no lo sé. Pero estoy tan seguro de ello, que me quedaré aquí, a tu lado, hasta que Dios, o con su palabra o con su acción, me muestre la verdad sobre tu destino».

Juan, que ha terminado de colocar todas las cosas, se sienta en el taburete, poniendo en el suelo, junto al lecho, la lamparita; y contempla, orando, a María yacente.

650. Gloriosa asunción de María Stma.

8 de diciembre de 1951.

650.1 [1]¿Cuántos días han pasado? Es difícil establecerlo con seguridad. A juzgar por las flores que forman una corona alrededor del cuerpo exánime, debería decirse que han pasado pocas horas. Pero si se juzga por las ramas de olivo sobre las cuales están las flores frescas, ramas con hojas ya lacias, y por las otras flores mustias puestas —cada una de ellas como una reliquia— sobre la tapa del arca, se debe concluir que ya han pasado algunos días.

Pero el cuerpo de María presenta el aspecto que tenía instantes después de haber expirado. Ninguna señal de muerte hay en su cara, ni en sus pequeñas manos. Ningún olor desagradable hay en la habitación; es más, aletea en ella un perfume indefinible, que huele a mezcla de incienso, lirios, rosas, muguetes y hierbas montanas.

Juan —a saber cuántos días lleva velando— se ha dormido vencido por el cansancio, sentado en el taburete, con la espalda apoyada en la pared, junto a la puerta abierta que da a la terraza. La luz de la lámpara, colocada en el suelo, le ilumina de abajo hacia arriba y permite ver su rostro cansado, palidísimo, excepto en torno a los ojos, enrojecidos por el llanto.

El alba debe haber empezado ya; en efecto, su débil claror hace visibles la terraza y los olivos que rodean a la casa, un claror que se va haciendo cada vez más intenso y que, entrando por la puerta, hace más nítidos los contornos de los objetos de la habitación, de esos objetos que, por estar lejos de la lamparita, antes apenas se vislumbraban.

650.2 [2]De repente, una gran luz llena la habitación, una luz argéntea con tonalidades azules, casi fosfórica; y aumenta sin cesar, anulando la del alba y la de la lamparita. Una luz igual que la que inundó la gruta de Belén en el momento de la Natividad divina. Luego, en esta luz paradisíaca, se hacen visibles criaturas angélicas (luz aún más espléndida en la luz, ya de por sí poderosísima, que ha aparecido an-

tes). Como ya sucedió cuando los ángeles se aparecieron a los pastores, una danza de centellas de todos los colores surge de sus alas dulcemente agitadas, de las cuales procede un armónico susurro ornado de arpegios, dulcísimo.

Las criaturas angélicas se disponen en corona en torno al lecho, se inclinan hacia él, levantan el cuerpo inmóvil y, con un batir más fuerte de sus alas —que aumenta el sonido que antes existía—, por una abertura que se ha creado prodigiosamente en el techo (como prodigiosamente se abrió el Sepulcro de Jesús), se van, llevándose consigo el cuerpo de su Reina, santísimo, sin duda, pero aún no glorificado y, por tanto, sujeto a las leyes de la materia, sujeción que no tuvo Cristo porque cuando resucitó de la muerte ya estaba glorificado. El sonido producido por las alas angélicas aumenta, y ahora es potente como sonido de órgano.

[3]Juan, que ya —aun permaneciendo adormecido— se había movi- 650.3
do dos o tres veces en su taburete, como si le molestaran la gran luz y el sonido de las alas angélicas, se despierta totalmente por ese sonido potente y por una fuerte corriente de aire que, descendiendo del techo destapado y saliendo por la puerta abierta, forma como un remolino que agita las cubiertas del lecho ya vacío y las vestiduras de Juan, y que apaga la lámpara y cierra, con un fuerte golpe, la puerta abierta.

El apóstol mira a su alrededor, todavía soñoliento, para percatarse de lo que está sucediendo. Se da cuenta de que el lecho está vacío y el techo está descubierto. Intuye que ha tenido lugar un prodigio. Sale corriendo a la terraza y, como por un instinto espiritual, o por llamada celeste, alza la cabeza protegiendo sus ojos con la mano para mirar sin el obstáculo del naciente Sol.

[4]Y ve. Ve el cuerpo de María, todavía inerte, e igual en todo al de 650.4
una persona que duerme; le ve subir cada vez más alto, sostenido por la multitud angélica. Como dirigiendo un último saludo, un extremo del manto y del velo se mueven, quizás por la acción del viento producido por la rápida asunción y por el movimiento de las alas angélicas; y unas flores, las que Juan había colocado y renovado alrededor del cuerpo de María, y que se habían quedado entre los pliegues de las vestiduras, llueven sobre la terraza y la tierra del Getsemaní, mientras el potente himno de alabanza de la multitud angélica se va haciendo cada vez más lejano y, por tanto, más leve.

Juan sigue mirando fijamente a ese cuerpo que sube hacia el Cielo y, sin duda, por un prodigio que Dios le concede, para consolarle o premiarle por su amor a su Madre adoptiva, ve, con claridad, que María, envuelta ahora por los rayos del Sol, que ya ha salido, sale

del éxtasis que le ha separado el alma del cuerpo, vuelve a la vida y se pone en pie (porque ahora Ella también goza de los dones propios de los cuerpos glorificados).

Juan mira, mira... el milagro que Dios le concede le da la facultad, contra toda ley natural, de ver a María como es ahora mientras sube en rapto hacia el Cielo, rodeada, ya no ayudada a subir, por los ángeles que entonan cantos de júbilo. Y Juan se ve raptado por esa visión de hermosura que ninguna pluma usada por mano humana, ninguna palabra humana ni obra alguna de artista podrán jamás describir o reproducir, porque es de una belleza indescriptible.

Juan, permaneciendo apoyado en el antepecho de la terraza, sigue mirando fijamente esa espléndida y resplandeciente forma de Dios —porque realmente puede llamarse así a María, formada en modo único por Dios, que la quiso inmaculada, para que fuera forma para el Verbo encarnado— que sube cada vez más. Y un último, supremo prodigio concede Dios-Amor a este perfecto amante suyo: el de ver el encuentro de la Madre Stma. con su Stmo. Hijo, quien —también Él espléndido y resplandeciente, hermoso con una hermosura indescriptible— desciende rápido del Cielo, llega junto a su Madre, la abraza contra su corazón y, juntos, más refulgentes que dos astros mayores, con Ella regresa al lugar de donde ha venido.

650.5 [5]La visión de Juan ha terminado. Baja la cabeza. En su rostro cansado están presentes el dolor por la pérdida de María y el júbilo por su glorioso destino. Pero ahora ya el júbilo supera al dolor.

Dice: «¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias! Presentía que habría sucedido esto. Y quería estar en vela para no perder ningún episodio de su Asunción. ¡Pero llevaba ya tres días sin dormir! El sueño, el cansancio, unidos al dolor, me han abatido y vencido en el momento en que era inminente la Asunción... Pero quizás Tú mismo lo has querido, oh Dios, para que no perturbara ese momento y no sufriera demasiado... Sí, sin duda, Tú lo has querido así, de la misma forma que ahora has querido que viera lo que sin un milagro tuyo no habría podido ver. Me has concedido verla otra vez, aun estando ya muy lejana, ya glorificada y gloriosa, como si estuviera cerca de mí. ¡Y ver de nuevo a Jesús! ¡Oh, visión beatísima, inesperada, inesperable! ¡Oh, don de los dones de Jesús-Dios a su Juan! ¡Gracia suprema! ¡Volver a ver a mi Maestro y Señor! ¡Verle a Él junto a su Madre! ¡Él semejante a un sol y Ella a una luna, esplendidísimos ambos por su estado glorioso y por la felicidad de estar unidos de nuevo y eternamente! ¿Qué será el Paraíso, ahora que vosotros resplandecéis en él, vosotros, astros mayores de la Jerusalén celestial? ¿Cuál será el júbilo de los angélicos coros y de los santos? Es tal la alegría que me ha producido el ver a

la Madre con el Hijo —cosa que anula toda pena suya, toda pena de ambos—, que también mi pena cesa y, en su lugar, en mí entra la paz. De los tres milagros que había pedido a Dios, dos se han cumplido. He visto volver la vida a María, y siento que vuelve a mí la paz. Todas mis angustias cesan, porque os he visto unidos de nuevo en la gloria. Gracias por ello, oh Dios. [6]Y gracias por haberme dado la for- 650.6
ma de ver, incluso respecto a una criatura (santísima, pero, en todo caso, humana), cuál es el destino de los santos, cual será después del último juicio y la resurrección de los cuerpos y su nueva unión, su fusión con el espíritu subido al Cielo a la hora de la muerte. No tenía necesidad de ver para creer. Porque siempre he creído firmemente en todas las palabras del Maestro. Pero muchos dudarán de que, después de siglos y milenios, la carne, convertida en polvo, pueda volver a ser cuerpo vivo. A éstos les podré decir, jurando por las cosas más excelsas, que no sólo Cristo volvió a la vida, por su propio poder divino, sino que también la Madre suya, tres días después de la muerte, si tal muerte puede llamarse muerte, reprendió vida, y, con la carne unida de nuevo al alma, tomó su eterna morada en el Cielo, al lado de su Hijo. Podré decir: "Creed, cristianos todos, en la resurrección de la carne al final de los siglos, y en la vida eterna del alma y de los cuerpos, vida bienaventurada para los santos y horrenda para los culpables impenitentes. Creed y vivid como santos, de la misma forma que como santos vivieron Jesús y María, para alcanzar su mismo destino. Yo vi a sus cuerpos subir al Cielo. Os lo puedo testificar. Vivid como justos para poder un día estar en el nuevo mundo eterno, en alma y cuerpo, junto a Jesús-Sol y junto a María, Estrella de todas las estrellas". ¡Gracias otra vez, oh Dios! [7]Y ahora recojamos todo 650.7
lo que queda de Ella. Las flores que han caído de sus vestiduras, las ramas de olivo que han quedado en su lecho, y conservémoslo. Servirán... sí, servirán para ayudar y consolar a mis hermanos, en vano esperados. Antes o después los encontraré...».

Recoge incluso los pétalos de las flores que se han deshojado al caer. Y con las flores y pétalos en un extremo de su túnica, entra en la habitación.

[8]Advierte entonces más atentamente la abertura del techo y ex- 650.8
clama: «¡Otro prodigio! ¡Y otro admirable paralelismo en los prodigios de las vidas de Jesús y María! Él, Dios, por sí sólo resucitó, y sólo con su voluntad volcó la piedra del Sepulcro, y sólo con su poder ascendió al Cielo. *Por sí solo*. Para María, santísima pero hija de hombre, con ayuda angélica se abrió la vía para su asunción al Cielo, y con ayuda angélica se ha verificado su asunción al Cielo. En Cristo el espíritu volvió a animar al Cuerpo mientras el Cuerpo estaba to-

davía en la Tierra, porque así debía ser, para hacer callar a sus enemigos y confirmar en la fe a todos sus seguidores. En María el espíritu ha vuelto cuando el santísimo Cuerpo estaba ya en el umbral del Paraíso, porque para Ella no era necesaria ninguna otra cosa. ¡Oh, potencia perfecta de la infinita Sabiduría de Dios!...».

650.9 [9]Juan ahora recoge en una tela las flores y las ramas que han quedado en el lecho, une a ello lo que había recogido afuera, y pone todo encima de la tapa del arca. Luego abre el arca y mete dentro la almohadita de María y la cubierta de la cama. Baja a la cocina, recoge otros objetos usados por Ella —el huso y la rueca y las piezas de la vajilla usados por Ella— y los une a las otras cosas.

650.10 [10]Cierra el arca y se sienta en el taburete. Exclama: «¡Ahora todo está cumplido también para mí! ¡Ahora puedo marcharme, libremente, a donde el Espíritu de Dios me conduzca! ¡Ir y sembrar la divina Palabra que el Maestro me ha dado para que yo se la dé a los hombres! Enseñar el Amor. Enseñarlo para que crean en el Amor y en su poder. Dar a conocer a los hombres lo que Dios-Amor ha hecho por ellos. Su Sacrificio y su Sacramento y Rito perpetuos por los que, hasta el final de los siglos, podremos estar unidos a Jesucristo por la Eucaristía y renovar el rito y el sacrificio como Él mandó hacer. ¡Dones, todos ellos, del Amor perfecto! Hacer amar al Amor, para que crean en el Amor como nosotros hemos creído y creemos. Sembrar el Amor, para que sea abundante la recolección y la pesca, para el Señor. María me ha dicho, en sus últimas palabras, que el amor todo lo obtiene; en sus últimas palabras a mí, a quien Ella cabalmente ha definido, en el colegio apostólico, como el que ama, el amante por excelencia, la antítesis de Judas Iscariote, que fue el odio; como Pedro la impulsividad y Andrés la mansedumbre; y los hijos de Alfeo la santidad y sabiduría unidas a nobleza de modos; etc. Yo, el amante, ahora que ya no tengo ni al Maestro ni a la Madre, a quienes amar en la Tierra, iré a esparcir el amor entre las gentes. El amor será mi arma y doctrina. Y con él venceré al demonio y al paganismo, y conquistaré a muchas almas. Continuaré así a Jesús y a María, que fueron el amor perfecto en la Tierra».

651. Sobre el tránsito, la asunción y la realeza de María Stma.

18 de abril de 1948.

651.1 [1]Dice María:

«¿Yo morí? Sí, si se quiere llamar muerte a la separación acaeci-

da entre la parte superior del espíritu y el cuerpo; no, si por muerte se entiende la separación entre el alma vivificante y el cuerpo, la corrupción de la materia carente ya de la vivificación del alma y, antes, la lobreguez del sepulcro, y, como primera de todas estas cosas, el angustioso sufrimiento de la muerte.

¿Cómo morí, o, mejor, cómo pasé de la Tierra al Cielo, antes con la parte inmortal, después con la perecedera? Como era justo que fuera para la Mujer que no conoció mancha de culpa.

[2]En ese anochecer —ya había empezado el descanso sabático— 651.2
hablaba con Juan. De Jesús. De sus cosas. Aquella hora vespertina estaba llena de paz. El sábado había apagado todos los rumores de humanas obras. Y la hora apagaba toda voz de hombre o de ave. Sólo los olivos de alrededor de la casa emitían su frufrú con la brisa del anochecer: parecía como si un vuelo de ángeles acariciara las paredes de la casita solitaria.

Hablábamos de Jesús, del Padre, del Reino de los Cielos. Hablar de la Caridad y del Reino de la Caridad significa encenderse con el fuego vivo, consumir las cadenas de la materia para dejar libre al espíritu en sus vuelos místicos. Si el fuego está contenido dentro de los límites que Dios pone para conservar a las criaturas en la Tierra a su servicio, es posible arder y vivir, encontrando en el fuego no consumición sino perfeccionamiento de vida. Pero cuando Dios quita los límites y deja libertad al Fuego divino de incidir sin medida en el espíritu y de atraerlo hacia sí sin medida, entonces el espíritu, respondiendo a su vez sin medida al Amor, se separa de la materia y vuela al lugar desde donde el Amor le incita y a donde el Amor le invita: y es el final del destierro y el regreso a la Patria.

Aquel atardecer, al ardor incontenible, a la vitalidad sin medida de mi espíritu, se unió una dulce postración, una misteriosa sensación de que la materia se alejaba de todo lo que la rodeaba; como si el cuerpo se durmiera, cansado, mientras el intelecto, avivado más su razonar, se abismara en los divinos esplendores.

Juan, amoroso y prudente testigo de todos mis actos desde que fue mi hijo adoptivo según la voluntad de mi Unigénito, dulcemente me persuadió de que buscara descanso en el lecho, y me veló orando. El último sonido que oí en la Tierra fue el susurro de las palabras del virgen Juan. Para mí fueron como la nana de una madre junto a la cuna. Y acompañaron a mi espíritu en el último éxtasis, demasiado sublime como para ser descrito. Acompañaron a mi espíritu hasta el Cielo.

[3]Juan, único testigo de este delicado misterio, me avió. Él solo me 651.3
avió, envolviéndome en el manto blanco, sin cambiarme de túnica ni

de velo, sin lavacro y sin embalsamamiento. El espíritu de Juan —como se ve claro por sus palabras del segundo episodio de este ciclo * que va de Pentecostés a mi Asunción— ya sabía que no me iba a descomponer, e instruyó al apóstol sobre lo que había de hacerse. Y él, casto y amoroso, prudente respecto a los misterios de Dios y a los compañeros lejanos, decidió custodiar el secreto y esperar a los otros siervos de Dios, para que me vieran todavía y sacaran, de verme, consuelo y ayuda para las penas y fatigas de sus misiones. Esperó como estando seguro de que llegarían.

Pero el decreto de Dios era distinto. Como siempre, bueno para el Predilecto; justo, como siempre, para todos los creyentes. Cargó los ojos del primero, para que el sueño le ahorrara la congoja de ver cómo se le arrebataba también mi cuerpo; dio a los creyentes otra verdad que los ayudara a creer en la resurrección de la carne, en el premio de una vida eterna y bienaventurada concedida a los justos; en las verdades más poderosas y dulces del Nuevo Testamento —mi inmaculada Concepción, mi divina Maternidad virginal—; en la naturaleza divina y humana de mi Hijo, verdadero Dios y verdadero Hombre, nacido no por voluntad carnal sino por desposorio divino y por divina semilla depositada en mi seno; en fin, para que creyeran que en el Cielo está mi Corazón de Madre de los hombres, palpitante de vibrante amor por todos, justos y pecadores, deseoso de teneros a todos junto a sí, en la Patria bienaventurada, por toda la eternidad.

651.4 [4]Cuando los ángeles me sacaron de la casita, ¿mi espíritu había vuelto a mí? No. El espíritu ya no tenía que bajar de nuevo a la Tierra. Estaba en adoración delante del trono de Dios. Pero cuando la Tierra, el destierro, el tiempo y el lugar de la separación de mi Señor Uno y Trino fueron dejados para siempre, entonces el espíritu volvió a resplandecer en el centro de mi alma, despertando a la carne de su dormición; por lo que es cabal hablar, respecto a mí, de Asunción al Cielo en alma y cuerpo, no por mi propia capacidad, como sucedió en el caso de Jesús, sino por ayuda angélica. Me desperté de aquella misteriosa y mística dormición, me alcé, en fin, volé, porque ya mi carne había conseguido la perfección de los cuerpos glorificados. Y amé. Amé a mi Hijo y a mi Señor, Uno y Trino, de nuevo hallados, los amé como es destino de todos los eternos vivientes». *

---

* *palabras,* que se hallan en 642.8/10.

* NdT: "Amai il mio ritrovato Figlio e mio Signore, Uno e Trino, lo amai come è destino di tutti gli eterni viventi.": En italiano "ritrovato", o sea, singular; pero se traduce en plural, "de nuevo hallados", teniendo presente la expresión de unos renglones antes "separación de mi Señor Uno y Trino" que parece claramente referirse a la Santísima Trinidad. Además, es posible introducir el plural "los amé" porque MV frecuentemente fuerza la concordancia de forma que hace concordar un determinado elemento de la

5 de enero de 1944.

[5]Dice Jesús: 651.5

«Llegada su última hora, como una azucena cansada que, después de haber exhalado todos sus aromas, se pliega bajo las estrellas y cierra su cáliz de candor, María, mi Madre, se recogió en su lecho y cerró los ojos a todo lo que la rodeaba, para recogerse en una última, serena contemplación de Dios.

Velando reverente su reposo, el ángel de María esperaba ansioso que el éxtasis urgente separara ese espíritu de la carne, durante el tiempo designado por el decreto de Dios, y lo separara para siempre de la Tierra, mientras ya del Cielo descendía el dulce e invitante imperativo de Dios.

Inclinado también Juan, ángel terreno, hacia ese misterioso reposo, velaba a su vez a la Madre que estaba para dejarle. Y cuando la vio extinguida siguió velando, para que, no tocada por miradas profanas y curiosas, siguiera siendo, incluso más allá de la muerte, la inmaculada Esposa y Madre de Dios que tan plácida y hermosa dormía.

[6]Una tradición dice que en la urna de María, abierta por Tomás, 651.6
se encontraron sólo flores. Pura leyenda. Ningún sepulcro engulló el cadáver de María, porque nunca hubo un cadáver de María, según el sentido humano, dado que María no murió como todos los que tuvieron vida.

Ella se había separado, por decreto divino, sólo del espíritu, y con éste, que la había precedido, se unió de nuevo su carne santísima. Invirtiendo las leyes habituales, por las cuales el éxtasis termina cuando cesa el rapto, o sea, cuando el espíritu vuelve al estado normal, fue el cuerpo de María el que se unió de nuevo con el espíritu, después de la larga permanencia en el lecho fúnebre.

Todo es posible para Dios. Yo salí del Sepulcro sin ayuda alguna; sólo con mi poder. María vino a mí, a Dios, al Cielo, sin conocer el sepulcro con su horror de podredumbre y lobreguez. Es uno de los más fúlgidos milagros de Dios. No único, en verdad, si se recuerda a Enoc
* y a Elías, quienes, por el amor que el Señor les tenía, fueron raptados de la Tierra sin conocer la muerte, y fueron transportados a otro lugar, a un lugar que sólo Dios y los celestes habitantes de los Cielos conocen. Justos eran, y, de todas formas, nada respecto a mi Madre, la cual es inferior en santidad sólo a Dios.

---

oración sólo con el último elemento de un conjunto, aunque se refiera a todo el conjunto. Esta interpretación, legítima en el contexto del estilo de MV, evita la lectura no deseable, de Cristo como Uno y Trino.

* *fueron raptados*, como se narra en: *Génesis 5, 24*; *Eclesiástico 44, 16; 49, 14* (para Enoc); *2 Reyes 2, 1-13*; *Eclesiástico 48, 9* (para Elías).

Por eso no hay reliquias del cuerpo y del sepulcro de María, porque María no tuvo sepulcro, y su cuerpo fue elevado al Cielo».

8 y 15 de julio de 1944.

651.7 [7]Dice María:

«Un éxtasis fue la concepción de mi Hijo. Un éxtasis aún mayor el darle a luz. El éxtasis de los éxtasis fue mi tránsito de la Tierra al Cielo. Sólo durante la Pasión ningún éxtasis hizo soportable mi atroz sufrimiento.

651.8 [8]La casa en que se produjo mi Asunción se debió a uno de los innumerables actos de generosidad de Lázaro para con Jesús y su Madre: la pequeña casa del Getsemaní, cercana al lugar de la Ascensión. Inútil es buscar los restos. Durante la destrucción de Jerusalén, por obra de los romanos, fue devastada, y sus ruinas fueron dispersadas durante el transcurso de los siglos».

18 de diciembre de 1943.

651.9 [9]Dice María:

«De la misma forma que para mí fue un éxtasis el nacimiento de mi Hijo, y que, del rapto en Dios que en aquella hora se apoderó de mí, volví a la presencia de mí misma y a la Tierra teniendo ya a mi Hijo en los brazos, así mi impropiamente llamada "muerte" fue un rapto en Dios.

Confiando en la promesa recibida en el esplendor de la mañana de Pentecostés, yo pensaba que el acercamiento de la hora de la última venida del Amor, para llevarme consigo en rapto, debía manifestarse con un aumento del fuego de amor que siempre ardía en mí; y no me equivoqué.

Por parte mía, a medida que iba pasando la vida, en mí iba aumentando el deseo de fundirme con la eterna Caridad. Me instaba a ello el deseo de unirme de nuevo con mi Hijo, y la certidumbre de que nunca haría tanto por los hombres como cuando estuviera, orando y obrando en favor de ellos, a los pies del trono de Dios. Y con impulso cada vez más encendido y acelerado, con todas las fuerzas de mi alma, gritaba al Cielo: "¡Ven, Señor Jesús! ¡Ven, Eterno Amor!".

651.10 [10]La Eucaristía, que para mí era como el rocío para una flor sedienta, era, sí, vida; pero a medida que iba pasando el tiempo, cada vez era más insuficiente para satisfacer la incontenible ansia de mi corazón. Ya no me bastaba recibir en mí a mi divina Criatura y llevarla en mi interior en las sagradas Especies, como la había llevado en mi carne virginal. Todo mi ser deseaba al Dios uno y trino, pero no celado tras los velos elegidos por mi Jesús para ocultar el inefable

misterio de la Fe, sino como Él —en el centro del Cielo— era, es y será. El propio Hijo mío, en sus arrobos eucarísticos, ardía dentro de mí con abrazos de infinito deseo; y cada vez que a mí venía, con la potencia de su amor, casi arrancaba de cuajo mi alma en el primer impulso y luego permanecía, con infinita ternura, llamándome "¡Mamá!", y yo le sentía ansioso de tenerme consigo.

Yo no deseaba ya otra cosa. Ni siquiera ya estaba en mí, en los últimos tiempos de mi vida mortal, el deseo de tutelar a la naciente Iglesia: todo estaba anulado en el deseo de poseer a Dios, por la persuasión que tenía de que todo se puede cuando se le posee.

[11]Alcanzad, oh cristianos, este total amor. Pierda valor todo lo terreno. Mirad sólo a Dios. Cuando seáis ricos de esta pobreza de deseo que es inconmensurable riqueza, Dios se inclinará hacia vuestro espíritu, primero para instruirle, luego para tomarle en sus manos, y ascenderéis con vuestro espíritu al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo, para conocerlos y amarlos en toda la bienaventurada eternidad y para poseer sus riquezas de gracias para los hermanos. Nunca somos tan activos para los hermanos como cuando no estamos ya con ellos, sino que somos luces unidas de nuevo con la divina Luz. 651.11

[12]El acercarse del Amor eterno tuvo el signo que pensaba. Todo perdió luz y color, voz y presencia, bajo el fulgor y la Voz que, descendiendo de los Cielos, abiertos a mi mirada espiritual, descendían hacia mí para tomar mi alma. 651.12

Suele decirse que habría exultado de júbilo si me hubiera asistido en aquella hora mi Hijo. ¡Ah!, mi dulce Jesús estaba muy presente con el Padre cuando el Amor, o sea, el Espíritu Santo, Tercera Persona de la Trinidad Eterna, me dio su tercer beso en mi vida, ese beso tan potentemente divino, que en él mi alma se fundió, perdiéndose en la contemplación cual gota de rocío aspirada por el sol en el cáliz de una azucena. Y ascendí con mi espíritu en canto de jubilo hasta los pies de los Tres a quienes siempre había adorado.

Luego, en el momento exacto, como perla en un engaste de fuego, ayudada primero y luego seguida por el cortejo de los espíritus angélicos venidos a asistirme en mi eterno, celeste nacimiento, esperada ya antes del umbral de los Cielos por mi Jesús y en el umbral de ellos por mi justo esposo terreno, por los Reyes y Patriarcas de mi estirpe, por los primeros santos y mártires, entré como Reina, después de tanto dolor y tanta humildad de pobre sierva de Dios, en el reino del júbilo sin límite.

Y el Cielo volvió a cerrarse en este acto de la alegría de tenerme, de tener a su Reina, cuya carne, única entre todas las carnes mortales, conocía la glorificación antes de la resurrección final y del último juicio».

Diciembre de 1943.

651.13 [13]Dice María:

«Mi humildad no podía dejarme pensar que me estuviera reservada tanta gloria en el Cielo. En mi pensamiento estaba casi la certidumbre de que mi carne humana, santificada por haber llevado a Dios, no conocería la corrupción, porque Dios es Vida y, cuando de sí mismo satura y llena a una criatura, esta acción suya es como ungüento preservador de la corrupción de la muerte.

Yo no sólo había permanecido inmaculada, no sólo había estado unida a Dios con un casto y fecundo abrazo, sino que me había saturado, hasta en mis más profundas latebras, de las emanaciones de la Divinidad escondida en mi seno y que quería velarse de carne mortal. Pero el que la bondad del Eterno tuviera reservado a su sierva el gozo de volver a sentir en sus miembros el toque de la mano de mi Hijo, su abrazo, su beso, y de volver a oír con mis oídos su voz, y de ver con mis ojos su rostro... esto no podía pensar que me fuera concedido, y no lo anhelaba. Me habría bastado que estas bienaventuranzas le fueran concedidas a mi espíritu, y con ello ya se habría sentido lleno de beata felicidad mi *yo*.

651.14 [14]Pero, como testimonio de su primer pensamiento creador respecto al hombre, destinado por el Creador a vivir, pasando sin muerte del Paraíso terrenal al celestial, en el Reino eterno, Dios quiso que yo, Inmaculada, estuviera en el Cielo en alma y cuerpo... inmediatamente después del fin de mi vida terrena.

Yo soy el testimonio cierto de lo que Dios había pensado y querido para el hombre: una vida inocente y sin conocimiento de culpas; un dulce paso de esta vida a la Vida eterna, paso con el que, como quien cruza el umbral de una casa para entrar en un palacio, el hombre, con su ser completo hecho de cuerpo material y de alma espiritual, habría pasado de la Tierra al Paraíso, aumentando esa perfección de su *yo* que Dios le había dado, con la perfección completa, tanto de la carne como del espíritu, que el pensamiento divino tenía destinada para todas las criaturas que permanecieran fieles a Dios y a la Gracia. Perfección que habría sido alcanzada en la luz plena que hay en el Cielo y lo llena, pues que de Dios viene; de Dios, Sol eterno que ilumina el Cielo.

651.15 [15]Delante de los Patriarcas, Profetas y Santos, delante de los Ángeles y los Mártires, Dios me puso a mí, elevada a la gloria del Cielo en alma y cuerpo, y dijo:

«Ésta es la obra perfecta del Creador; la obra que, de entre todos los hijos del hombre, Yo creé a mi más verdadera imagen y semejanza; fruto de una obra maestra divina y creadora, maravilla del uni-

verso que ve, dentro de un solo ser, a lo divino en el espíritu eterno como Dios y como Él espiritual, inteligente, libre, santo, y a la criatura material en el más inocente y santo de los cuerpos, criatura ante la que todos los demás vivientes de los tres reinos de la Creación están obligados a inclinarse.

Aquí tenéis el testimonio de mi amor hacia el hombre, para el que quise un organismo perfecto y un bienaventurado destino de eterna vida en mi Reino.

Aquí tenéis el testimonio de mi perdón al hombre, al que, por la voluntad de un Trino Amor, he concedido nueva habilitación y creación ante mis ojos.

Ésta es la mística piedra de parangón, éste es el anillo de unión entre el hombre y Dios, Ella es la que lleva de nuevo el tiempo a sus días primeros, y da a mis ojos divinos la alegría de contemplar a una Eva como Yo la creé, aún más hermosa y santa por ser Madre de mi Verbo y por ser Mártir del mayor de los perdones.

Para su Corazón inmaculado que jamás conoció mancha alguna, ni siquiera la más leve, Yo abro los tesoros del Cielo; y para su Cabeza, que jamás conoció la soberbia, con mi fulgor hago una corona, y la corono, porque es para mí santísima, para que sea vuestra Reina.".

[16]En el Cielo no hay lágrimas. Pero, en lugar del jubiloso llanto 651.16
que habrían derramado los espíritus si les estuviera concedido el llanto —humor que rezuma destilado por una emoción—, hubo, después de estas divinas palabras, un centelleo de luces, y visos de esplendores resplandeciendo aún más esplendorosos, y un incendio de fuegos de caridad que ardían con más encendido fuego, y un insuperable e indescriptible sonido de celestes armonías, a las cuales se unió la voz del Hijo mío, en alabanza a Dios Padre y a su Sierva bienaventurada para toda la eternidad».

1 de mayo de 1946.

[17]Dice Jesús: 651.17

«Hay diferencia entre que el alma se separe del cuerpo por verdadera muerte y que momentáneamente el espíritu se separe del cuerpo y del alma vivificante por un éxtasis o rapto contemplativo.

El que el alma se separe del cuerpo provoca la verdadera muerte, pero la contemplación extática, o sea, la temporal evasión del espíritu fuera de las barreras de los sentidos y de la materia, no provoca la muerte. Y ello porque el alma no se aleja y separa totalmente del cuerpo, sino que lo hace sólo con su parte mejor, que se sumerge en los fuegos de la contemplación.

Todos los hombres, mientras viven, tienen en sí el alma, sea que esté muerta por el pecado, sea que esté viva por la justicia; pero sólo los grandes amantes de Dios alcanzan la contemplación verdadera.

Esto demuestra que el alma, que conserva la vida mientras está unida al cuerpo —y esta particularidad está presente igual en todos los hombres—, tiene en sí misma una parte superior: el alma del alma, o espíritu del espíritu, que en los justos es fortísima, mientras que en los que desprecian a Dios y su Ley —incluso sólo con su tibieza y los pecados veniales— se hace débil, privando a la criatura de la capacidad de contemplar y conocer —hasta donde puede hacerlo una humana criatura, según el grado de perfección alcanzado— a Dios y sus eternas verdades. Cuanto más ama y sirve a Dios la criatura con todas sus fuerzas y posibilidades, esa parte superior de su espíritu tiene más capacidad de conocer, de contemplar, de penetrar las eternas verdades.

651.18 [18]El hombre, dotado de alma racional, es una capacidad que Dios llena de sí. María, siendo la más santa de las criaturas después del Cristo, fue una capacidad colmada —hasta el punto de rebosar sobre los hermanos en Cristo de todos los siglos, y por los siglos de los siglos— de Dios, de sus gracias, de su caridad, de su misericordia.

El Tránsito de María se produjo sumergida Ella por las olas del amor. Ahora, en el Cielo, hecha océano de amor, derrama sobre los hijos que le son fieles, y también sobre los hijos pródigos, sus olas de caridad para la salvación universal, Ella que es Madre universal de todos los hombres».

652. Para despedida de la Obra.

28 de abril de 1947.

Dice Jesús:

«Las razones que me han movido a iluminar y a dictar episodios y palabras míos al pequeño Juan son —además de la alegría de comunicar una exacta cognición acerca de mí a esta alma-víctima y amante— múltiples.

Pero de todas ellas es alma el amor mío hacia la Iglesia, tanto docente como militante, y el deseo de ayudar a las almas en su ascensión hacia la perfección. El conocimiento de mí es ayuda en esta ascensión. Mi Palabra es Vida.

Nombro las principales:

* Iº. Las razones dichas en el dictado del 18-1-47, que el pequeño Juan pondrá aquí íntegramente. Ésta es la razón mayor, porque estáis pereciendo y quiero salvaros.

---

3 febbraio 1947.

Dice Jesús:

"La razón más profunda del don de esta obra es que en estos tiempos en que el modernismo, condenado por mi Santo Vicario Pío X, se corrompe cayendo en doctrinas cada vez más dañinas, la Santa Iglesia, representada por mi Vicario, tenga más materia para combatir a los que niegan:

la sobrenaturalidad de los dogmas;

la divinidad de Cristo;

la verdad del Cristo Dios y Hombre, real y perfecto, tanto en la fe como en la historia que acerca de Él ha sido transmitida (Evangelio, Hechos de los Apóstoles, Epístolas apostólicas, tradición);

la doctrina de Pablo y Juan y de los concilios de Nicea, Éfeso y Calcedonia, y otros más recientes, como verdadera doctrina mía por mí enseñada oralmente o inspirada;

mi sabiduría ilimitada por ser divina y perfecta;

el origen divino de los dogmas, de los Sacramentos, de la Iglesia una, santa, católica, apostólica;

la universalidad y continuidad, hasta el final de los siglos, del Evangelio dado por mí y para *todos* los hombres;

la naturaleza perfecta, desde el comienzo, de mi doctrina, que no se

---

* 18-1-47, fecha que parece introducida posteriormente por MV, en un espacio dejado vacío, y que resultaría inexacta, porque el dictado en cuestión es del 3-2-47.

ha formado como es a través de sucesivas transformaciones, sino que como es ha sido dada: doctrina del Cristo, del tiempo de Gracia, del Reino de los Cielos y del Reino de Dios en vosotros; divina, perfecta, inmutable; Buena Nueva para todos los sedientos de Dios.

Al dragón rojo de las siete cabezas, diez cuernos y siete diademas en * la cabeza, que con la cola arrastra tras sí a la tercera parte de las estrellas del cielo y las hace caer —y en verdad os digo que caen más abajo de la tierra—, y que persigue a la Mujer, oponed, como también a las bestias del mar y de la tierra que muchos, *demasiados*, al estar seducidos por sus aspectos y prodigios, adoran, oponed, digo, mi Ángel volador que surca el cielo llevando el Evangelio eterno bien abierto, incluso por las páginas cerradas hasta ahora, para que los hombres puedan salvarse, por su luz, de las roscas de la gran serpiente de las siete fauces, que quiere ahogarlos en sus tinieblas... y a mi regreso encuentre todavía la fe y la caridad en el corazón de los perseverantes, y sean éstos más numerosos que lo que, por la obra de Satanás y de los hombres, cabría esperar".

IIº. Despertar en los sacerdotes y en los laicos un vivo amor al Evangelio y a todo lo que a Cristo se refiere. Lo primero de todo, una renovada caridad hacia mi Madre, en cuyas oraciones está el secreto de la salvación del mundo. Ella, mi Madre, es la Vencedora del Dragón maldito. Ayudad a su poder con vuestro renovado amor a Ella y con renovada fe y renovado conocimiento respecto a lo que a Ella se refiere. María ha dado al mundo al Salvador. El mundo aún recibirá de Ella la salvación.

IIIº. Dar a los maestros de espíritu y directores de almas una ayuda para su ministerio: estudiando el mundo de los espíritus distintos que se movieron en torno a mí y los distintos modos que Yo usé para salvarlos. Porque de necios sería querer tener un método *único* para todas las almas. Distinto es el modo de atraer hacia la Perfección a un justo que espontáneamente a ella tiende, del modo que hay que usar con un gentil. Muchos gentiles tenéis entre vosotros, si llegáis a ver —como vuestro Maestro— como a gentiles a esos pobres seres que han substituido al Dios verdadero por el ídolo del poder y la prepotencia, o del oro, o de la lujuria, o de la soberbia de su saber. Y distinto es el modo que ha de usarse para salvar a los modernos prosélitos, o sea, a los que han aceptado la idea cristiana pero no la ciudadanía cristiana, perteneciendo a las Iglesias separa-

---

* *Al dragon rojo...* es el comienzo de alusiones a: *Daniel 7*; *Apocalipsis 12-20.*

das. Que ninguno sea despreciado, y estas ovejas perdidas menos que ninguno. Amadlas y tratad de llevarlas de nuevo al único Redil, para que se cumpla el deseo del Pastor Jesús.

Algunos, leyendo esta Obra, objetarán: "No consta en el Evangelio que Jesús tuviera contactos con romanos o griegos; por tanto, rechazamos estas páginas". ¡Cuántas cosas no constan en el Evangelio, o apenas se vislumbran, tras densas cortinas de silencio, aludidas por los Evangelistas acerca de episodios que por su infrangible mentalidad de hebreos ellos no aprobaban! ¿Creéis que conocéis todo lo que hice?

En verdad os digo que ni siquiera después de la lectura y aceptación de esta ilustración de mi vida pública conocéis *todo* acerca de mí. Habría matado —con la fatiga de ser el cronista *de todos los días de mi ministerio, y de cada uno de los actos llevados a cabo en cada uno de los días*—, habría matado a mi pequeño Juan, si le hubiera dado a conocer *todo* para que os transmitiera todo. "Y otras cosas hizo Jesús, las cuales, si fueran escritas una a una, creo que el mundo no podría contener los libros que se deberían escribir", dice Juan. Aparte de la hipérbole, en verdad os digo que si se hubieran escrito cada una de mis acciones, todas mis particulares lecciones, mis penitencias y oraciones para salvar a un alma, se habrían necesitado las salas de una de vuestras bibliotecas —y una de las mayores— para contener los libros que de mí hablaran. Y también os digo, en verdad, que sería mucho más útil para vosotros echar al fuego *tanta inútil ciencia* cargada de polvo y de veneno, para hacer lugar para mis libros, que no adorar tanto esas publicaciones casi siempre sucias de libídine o de herejía y luego saber tan poco de mí.

IVº. Restituir a su verdad las figuras del Hijo del Hombre y de María, verdaderos hijos de Adán por la carne y la sangre, pero de un Adán inocente. Como nosotros debían ser los hijos del Hombre, si el Progenitor y la Progenitora no hubieran mancillado su perfecta humanidad —en el sentido de ser humano, o sea, de criatura en que existe la doble naturaleza espiritual, a imagen y semejanza de Dios, y la naturaleza material—, como sabéis que hicieron. Sentidos perfectos, o sea, sometidos a la razón, aun siendo sentidos de gran agudeza. Entre los sentidos incluyo los morales junto a los corporales. Amor completo y perfecto, por tanto; tanto hacia el esposo, con quien no tiene vínculo de sensualidad, sino sólo de espiritual amor, como hacia el Hijo. Amadísimo. Amado con toda la perfección de una perfecta mujer hacia la criatura de ella nacida. Así debería haber amado Eva: como María: o sea, no por lo que de gozo carnal representaba

el hijo, sino porque ese hijo era hijo del Creador, y era obediencia cabal al imperativo del Creador de multiplicar la especia humana. Y amado con todo el ardor de una perfecta creyente que sabe que *su* Hijo, no figuradamente sino *realmente*, es Hijo de Dios.

A los que juzgan demasiado amoroso el amor de María hacia Jesús, les digo que consideren quién era María: la Mujer sin pecado y, por tanto, sin taras en su caridad hacia Dios, hacia los padres, hacia su esposo, hacia su Hijo, hacia el prójimo; que consideren lo que veía la Madre en mí, además de ver al Hijo de sus entrañas; y, en fin, que consideren la nacionalidad de María: raza hebrea, raza oriental, y tiempos muy lejanos de los actuales. Por ello, de estos elementos surge la explicación de ciertas amplificaciones verbales de amor que a vosotros os pueden parecer exageradas. Estilo florido y pomposo, incluso en el habla común, el estilo oriental y hebreo; todos los escritos de aquel tiempo y de aquella raza son documento de esto... y el paso de los siglos no ha modificado mucho el estilo de oriente.

¿Tendríais la pretensión de que —por el hecho de que, veinte siglos después, y cuando la perversidad de la vida ha matado tanto amor, debáis examinar estas páginas— Yo os diera a una María de Nazaret como la mujer árida y superficial de vuestro tiempo? María es lo que es. No se transforma a la dulce, pura, amorosa Doncella de Israel, Esposa de Dios, Madre virginal de Dios, en una excesiva, enfermizamente exaltada, o glacialmente egoísta, mujer de vuestro siglo.

A los que juzgan demasiado amoroso el amor de Jesús a María, les digo que consideren que en Jesús estaba Dios y que el Dios uno y trino hallaba confortación en amar a María, a aquella que le compensaba el dolor de toda la raza humana, el medio por el que Dios podía volver a gloriarse de su Creación que da ciudadanos a su Cielo. Y consideren, en fin, que *los amores se hacen culpables cuando, y sólo cuando, desordenan, o sea, cuando van contra la voluntad de Dios y el deber que hay que cumplir.*

Y ahora considerad si el amor de María hizo esto, si mi amor hizo esto. ¿Me estorbó Ella, por amor egoísta, el cumplir *toda* la voluntad de Dios? ¿Por un desordenado amor hacia mi Madre renegué, acaso, de mi misión? No. Ambos amores tuvieron un solo deseo: *que se cumpliera la voluntad de Dios para la salvación del mundo.* Y la Madre dijo adiós a su Hijo todas las veces, entregando a su Hijo a la cruz del magisterio público y a la cruz del Calvario, y el Hijo dijo adiós a su Madre todas las veces, entregando a la Madre a la soledad y a la congoja, para que fuera la Corredentora, sin pararse a mirar nuestra humanidad, que se sentía desgarrar, ni nuestro corazón, que se par-

tía con el dolor. ¿Es esto debilidad?, ¿sentimentalismo? ¡Es amor perfecto, oh hombres que no sabéis amar y no comprendéis ya el amor ni sus voces!

Y también esta Obra tiene la finalidad de iluminar algunos puntos que un conjunto de circunstancias ha cubierto de tinieblas, de manera que forman zonas obscuras en la luminosidad del cuadro evangélico; y puntos que parecen de fractura, y no son sino puntos entenebrecidos, entre uno y otro episodio evangélico, puntos indescifrables y que en poder descifrarlos está la clave para comprender exactamente ciertas situaciones que se habían creado y ciertos modos fuertes que tuve que poner, tan contrastantes con mis continuas exhortaciones al perdón, a la mansedumbre y humildad, ciertas actitudes de inflexibilidad hacia los tenaces, inconvertibles adversarios.

Recordad todos que, después de haber usado toda la misericordia, Dios, por el honor de sí mismo, sabe también decir "basta" a aquellos que, porque es bueno, creen que es lícito abusar de su longanimidad y tentarle. De Dios nadie se burla. Son palabras antiguas y sabias.

Vº. Conocer exactamente la complejidad y duración de mi larga pasión (que culmina en la Pasión cruenta, verificada en pocas horas), *que me había consumido en un tormento cotidiano que duró lustros y que había ido aumentando cada vez más*; y con mi pasión la de mi Madre, cuyo corazón fue traspasado, durante el mismo tiempo, por la espada del dolor; y, por este conocimiento, moveros a amarnos más.

VIº. Demostrar el poder de mi Palabra y los distintos efectos de ella en el que la recibía, según que perteneciera al conjunto de los hombres de buena voluntad o al de los que tenían una voluntad sensual, que no es nunca recta.

Los apóstoles y Judas. Éstos son los dos ejemplos opuestos. Los primeros, imperfectísimos, rudos, no instruidos, violentos... pero con buena voluntad. Judas, más instruido que la mayoría de los apóstoles, refinado por la vida en la capital y en el Templo... pero de mala voluntad. Observad la evolución de los primeros en el Bien, observad su progreso; observad la evolución del segundo en el Mal y su descenso.

Y que observen esta evolución en la perfección en los once buenos, sobre todo, los que por un defecto visual de su mente acostumbran a desnaturalizar la realidad de los santos, haciendo del hombre que alcanza la santidad con *dura, durísima lucha contra las fuerzas recias y obscuras* un ser innatural sin solicitaciones ni emociones y, por tan-

to, sin méritos. *Porque el mérito viene justamente de la victoria sobre las pasiones desordenadas y las tentaciones, alcanzada por amor a Dios* y por conseguir el fin último: gozar de Dios eternamente.

Que lo observen los que pretenden que el milagro de la conversión deba venir sólo de Dios. Dios da los medios para que uno se convierta, pero no fuerza la voluntad del hombre, y, si ese hombre *no quiere* convertirse, inútilmente tiene lo que a otro le sirve para la conversión.

Y los que examinan consideren los múltiples efectos de mi Palabra, no sólo en el hombre humano, sino también en el hombre espiritual; no sólo en el hombre espiritual, sino también en el hombre humano: mi Palabra, acogida con buena voluntad, transforma al uno y al otro, conduciendo hacia la perfección externa e interna.

Los apóstoles, que por su ignorancia y por mi humildad trataban con excesiva llaneza al Hijo del Hombre (un buen maestro entre ellos, nada más, un maestro humilde y paciente con el que era lícito tomarse una serie de libertades, a veces excesivas, aunque sin irreverencia, porque lo suyo no era irreverencia, sino ignorancia, una ignorancia que debe ser excusada), los apóstoles, polémicos entre sí, egoístas, celosos en su amor y celosos de mi amor, impacientes con la gente, un poco orgullosos de ser "los Apóstoles", deseosos de las cosas asombrosas que les señalara ante los ojos de la gente como personas dotadas de un poder extraordinario, lentamente, pero continuamente, se van transformando en hombres nuevos, dominando primero sus pasiones por imitarme a mí y porque Yo estuviera contento, y luego —conociendo cada vez más mi verdadero *Yo*— cambiando los modos y el amor, hasta verme, amarme y tratarme como a Señor divino. ¿Son, acaso, al final de mi vida en la Tierra, todavía los compañeros superficiales y alegres de los primeros tiempos? ¿Son, sobre todo después de la Resurrección, los amigos que tratan al Hijo del Hombre como a un Amigo? No. Son los ministros del Rey, antes; los sacerdotes de Dios, después: completamente distintos, transformados completamente.

Consideren esto los que encuentren ruda, y juzguen no natural la forma de ser de los apóstoles, que era como se describe. Yo no era ni un doctor difícil ni un rey soberbio, no era un maestro que juzgase indignos de Él a los otros hombres. Supe ser indulgente. Quise formar a partir de materia no desbastada, llenar de todo tipo de perfecciones vasos vacíos, demostrar que Dios *todo lo puede*, y puede de una piedra sacar un hijo de Abraham, un hijo de Dios, y de donde nada hay sacar un maestro, para confundir a los maestros que se jactan de *su* ciencia, que muy frecuentemente ha perdido el perfume de la mía.

VIIº. En fin: haceros conocer el misterio de Judas, ese misterio que es la caída de un espíritu al que Dios había favorecido en modo extraordinario. Un misterio que, en verdad, se repite demasiado frecuentemente, y que es la herida que duele en el Corazón de vuestro Jesús.

Daros a conocer cómo se cae transformándose de siervos e hijos de Dios en demonios y deicidas que matan a Dios en ellos matando la Gracia; daros a conocer esto para impediros que pongáis los pies en los senderos por los que uno cae al Abismo, y para enseñaros cómo comportarse para tratar de detener a los corderos imprudentes que avanzan hacia el abismo. Aplicar vuestro intelecto en el estudio de la horrenda —y, no obstante, común— figura de Judas, *complejo en que se agitan serpentinos todos los vicios capitales que encontráis y debéis de combatir en las personas. Es la lección que preferentemente debéis aprender, porque será la que más os sirva en vuestro ministerio de maestros de espíritu y directores de almas.* ¡Cuántos, en todos los estados de la vida, imitan a Judas entregándose a Satanás y encontrando la muerte eterna!

Siete razones, como son siete las partes:

Iº. Pre-Evangelio (desde la Concepción inmaculada de María Siempreviren, hasta la muerte de San José).

IIº. Primer año de la vida pública.

IIIº. Segundo año de la vida pública.

IVº. Tercer año de la vida pública.

Vº. Pre-Pasión (desde Tébet a Nisán, o sea, desde la agonía de Lázaro hasta la cena de Betania).

VIº. Pasión (desde el adiós a Lázaro hasta mi Sepultura y los días siguientes hasta el alba pascual).

VIIº. Desde la Resurrección hasta Pentecostés.

Manténgase esta división de las partes como Yo aquí la indico, que es la adecuada.

¿Y ahora? ¿Qué decís a vuestro Maestro? No me habláis *a mí*. Pero en vuestro corazón habláis, y —basta con que podáis hacerlo— habláis al pequeño Juan. Pero en ninguno de estos dos casos habláis con la justicia que quisiera ver en vosotros. Porque al pequeño Juan le habláis para causarle dolor, pisoteando la caridad hacia la cristiana, la hermana y el instrumento de Dios. En verdad os digo, una vez más, que no es plácida alegría el ser instrumento mío: *es una fatiga y esfuerzo continuos; en todo es dolor porque a los discípulos del Maestro el mundo les da lo que dio al Maestro: dolor; y sería preciso que,*

al menos los sacerdotes, y especialmente los hermanos de las congregaciones religiosas, ayudaran a estos pequeños mártires que caminan bajo su cruz... y porque en vuestro corazón, hablándoos a vosotros mismos, expresáis quejas de soberbia, envidia, incredulidad y otras cosas. Pero Yo os daré respuesta a vuestras quejas y a vuestros sentimientos de escandalizado estupor.

En la noche de la última Cena, a los once que me amaban les dije: "Cuando el Espíritu Consolador venga, os *recordará* todo lo que Yo he dicho". Cuando hablaba, tenía siempre presente, además de a los presentes, a todos los que serían discípulos míos en el espíritu y con sincera y resuelta voluntad. El Espíritu Santo —que, ya con su Gracia, sacando a las almas del aturdimiento del Pecado original y liberándolas de los ofuscamientos que por la triste herencia de Adán velan la luminosidad de los espíritus que fueron creados para gozar de la visión y conocimiento espirituales del Creador, infunde en vosotros la facultad de recordar a Dios— *completa su obra de Maestro "recordando" en el corazón de aquellos que Él guía, y que son los hijos de Dios, todo lo que Yo he dicho, que constituye el Evangelio.*

Recordar significa aquí *iluminar* el espíritu del Evangelio, porque nada vale recordar *las palabras* del Evangelio si no se comprende su espíritu. *Y el Amor, o sea, el Espíritu Santo —el cual, de la misma forma que ha sido el verdadero Escritor del Evangelio, es también su único Comentador (porque sólo el autor de una obra conoce el espíritu de esa obra y lo comprende, aunque no logre hacerlo comprender a los lectores)—, puede hacer comprender el espíritu del Evangelio, que es amor.* Y a donde no llega un autor humano, porque toda perfección humana es rica en lagunas, el Espíritu perfectísimo y sapientísimo sí llega. *Por eso, sólo el Espíritu Santo, autor del Evangelio, es el que lo recuerda y comenta y completa en el fondo de las almas de los hijos de Dios.*

"El Consolador, el Espíritu Santo, que el Padre os enviará en mi Nombre, os enseñará todas las cosas, os recordará todo lo que he dicho". (Juan, cap. 14, v. 26).

"Y cuando venga el Espíritu de la Verdad os enseñará toda la verdad, pues no os hablará por su propia cuenta, sino que dirá *todo* lo que ha oído y os anunciará el futuro. Él me glorificará porque recibirá de lo mío y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre es mío; por esto he dicho que Él recibirá de lo mío y os lo anunciará". (Juan, cap. 16, v. 13-14-15).

Y si objetáis que siendo el Espíritu Santo el Autor verdadero del Evangelio, no se comprende cómo es que no ha recordado lo que se dice en esta obra y lo que Juan, con las palabras que cierran su

Evangelio, hace comprender que sucedió; si objetáis esto, os respondo que los pensamientos de Dios son distintos de los de los hombres, y *siempre justos y no susceptibles de revisión.*

Y si objetáis que la revelación se cerró con el último Apóstol y no había nada más que añadir, porque el propio Apóstol dice en el Apocalipsis: "Si alguien añade algo, Dios pondrá en él las plagas escritas en este libro" (cap. 22, v. 18), y ello puede entenderse respecto a toda la Revelación, de la que el Apocalipsis de Juan es la última coronación, Yo os respondo que no se ha hecho con esta obra añadidos a la Revelación, sino que se han colmado las lagunas que se habían producido por causas naturales y por decisiones sobrenaturales. Y si Yo me he querido complacer en reconstruir il cuadro de mi divina Caridad de la misma manera como lo hace un restaurador de mosaicos, que pone nuevas las teselas deterioradas o que faltan, restituyendo al mosaico su completa belleza, y me he reservado el hacerlo en este siglo en que la Humanidad se hunde en el Abismo de tinieblas y horror, ¿podéis prohibírmelo vosotros? ¿Podéis, acaso, decir que no lo necesitáis, vosotros que tenéis el espíritu tan obnubilado, sordo, mortecino, para las luces, voces y propuestas de arriba?

En verdad deberíais bendecirme porque aumente con nuevas luces la luz que tenéis y que ya no os es suficiente para "ver" a vuestro Salvador. Ver el Camino, la Verdad y la Vida, y sentir renacer en vosotros esa espiritual emoción de los justos de mi tiempo, llegando a través de este conocimiento a una renovación de vuestros espíritus en el amor, que sería salvación, pues que es ascensión hacia la perfección.

No digo que estéis "muertos", digo que dormís o estáis adormilados. Sois semejantes a plantas durante el sueño invernal. El Sol divino os da sus fulgores. Despertaos y bendecid al Sol que se dona, acogedlo con alegría para que os dé calor, desde la superficie hasta lo profundo; para que os despierte y os cubra de flores y frutos.

Alzaos. Venid a mi Don.

"Tomad y comed. Tomad y bebed" dije a los apóstoles.

"Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice 'dame de beber', tú misma se lo habrías pedido a Él, y Él te habría dado agua viva" dije a la samaritana.

Lo digo también ahora, tanto a los doctores como a los samaritanos. Porque estas dos clases extremas lo necesitan. Y también lo necesitan los que están entre los dos extremos. Los primeros para no quedar desnutridos y sin fuerzas incluso para sí mismos, y carentes de sobrenatural alimento para quienes desfallecen por falta de conocimiento de Dios, del Dios-Hombre, del Maestro y Salvador. Los se-

gundos porque las almas necesitan agua viva cuando están pereciendo lejos de las fuentes. Los que están entre los primeros y los segundos, la gran masa de los que viven en los pecados no graves, pero también de los que, estáticos, no progresan, por pereza, tibieza, por un equivocado concepto de la santidad, los escrupulosos respecto a no condenarse o a ser observantes o a meterse en un laberinto de prácticas superficiales, pero que no se atreven a dar un paso por el camino empinado, empinadísimo del heroísmo, para que de esta obra reciban el impulso inicial para salir de ese estatismo y empezar el camino heroico.

Soy Yo quien os dice estas palabras. Os ofrezco este alimento y esta bebida de agua viva. Mi Palabra es Vida. Y os quiero en la Vida, conmigo. Y multiplico mi palabra para contrapesar los miasmas de Satanás, que destruyen las fuerzas vitales de vuestro espíritu.

No me rechacéis. Tengo sed de darme a vosotros. Porque os amo. Es mi inextinguible sed. Tengo el ardiente deseo de comunicarme a vosotros para prepararos para el banquete de las bodas celestes. Y vosotros tenéis necesidad de mí para no desfallecer, para vestiros con vestiduras engalanadas para las bodas del Cordero, para la gran fiesta de Dios, después de haber superado la tribulación en este desierto lleno de insidias, zarzas y serpientes que es la Tierra, para pasar por entre las llamas y no recibir de ellas daño, y pisar a los reptiles y deber absorber venenos sin morir, al tenerme a mí dentro de vosotros.

Y os digo todavía esto: "Tomad, tomad esta obra y *'no la selléis'*, sino leedla y hacedla leer, *'porque el tiempo está cercano'*" (Juan, Apocalipsis, cap. 22, v. 10), 'y quien es santo que se santifique más' (v. 11)".

La gracia del Señor vuestro Jesucristo esté con todos los que en este libro ven un acercamiento mío y solicitan que se cumpla, para defensa de ellos, con el grito del Amor: "¡Ven, Señor Jesús!"».

A mí en particular me dice después Jesús:

«Para proemio de la Obra pondrás el primer capítulo del Evangelio de Juan, desde el versículo 1 hasta el 18 inclusive. Así, íntegramente como está escrito. Juan escribió estas palabras, como tú has escrito todas las de esta Obra, bajo dictado del Espíritu de Dios. No hay nada que añadir o quitar, como no hubo nada que añadir o quitar a la oración del *Padrenuestro* y a mi oración de después de la Última Cena. Cada una de las palabras de estos puntos es gema divina y no debe ser tocada. Para esos puntos sólo una cosa debe hacerse: *pedir ardientemente al Espíritu Santo que os los ilumine en to-*

da su belleza y sabiduría.

Y cuando llegues al punto en que comienza mi vida pública, copiarás íntegramente el primer capítulo de Juan, desde el versículo 19 hasta el 28 inclusive, y el capítulo 3 de Lucas desde el versículo 3 al 18 inclusive: el uno detrás del otro, como si se tratara de un solo capítulo. Está el Precursor completo, asceta de pocas palabras y de dura disciplina, y no hay nada más que decir. Luego pondrás mi Bautismo y seguirás adelante como he dicho en sucesivas veces.

Y tu fatiga ha terminado. Ahora queda el amor y la fruición de la recompensa.

Alma mía, ¿y qué debería decirte? Me preguntas, con tu espíritu perdido en mí: "¿Y ahora qué harás, Señor, de mí, tu sierva?".

Podría decirte: "Romperé el vaso de arcilla para extraer de él la esencia y traerla a donde estoy Yo". Ello sería alegría para ambos. Pero todavía te necesito durante un poco y aún otro poco, ahí, exhalando tus perfumes, que son todavía el perfume de Cristo que inhabita dentro de ti. Y entonces te diré como dije para Juan: "Si quiero que permanezcas hasta que vaya a tomarte, ¿qué te importa permanecer?".

Paz a ti, mi pequeña, incansable voz. Paz a ti. Paz y bendición.

El Maestro te dice: "Gracias". El Señor te otorga su bendición. Jesús, tu Jesús, te dice: "Yo siempre estaré contigo, porque me es dulce estar con los que me aman".

Mi paz, pequeño Juan. Ven y reposa en mi Pecho».

Y con estas palabras han terminado también las indicaciones para la composición de la Obra y han sido dadas las últimas explicaciones.

Viareggio 28 aprile Millenovecentoquaranta
otto.
Maria Valtorta.

ÍNDICE DEL VOLUMEN DÉCIMO

Índice del volumen décimo

Nota del Editor V

Sinopsis valtortiana de los cuatro Evangelios VII

604. Los procesos. Las negaciones de Pedro. Consideraciones sobre Pilato. 2

605. Desesperación y suicidio de Judas Iscariote. Habría podido salvarse todavía si se hubiera arrepentido. 31

606. Jesús y María son la antítesis de Adán y Eva. Judas Iscariote es el nuevo Caín. La verdadera evolución del hombre es la de su espíritu. 42

607. Juan va a recoger a la Madre. 50

608. La vía dolorosa del Pretorio al Calvario. 53

609. La crucifixión, la muerte y el descendimiento. 69

610. Angustia de María en el Sepulcro y unción del Cuerpo de Jesús. 94

611. Cierran el Sepulcro. El regreso al Cenáculo. 104

612. La noche del Viernes Santo. Lamento de la Virgen. El velo con el Rostro del Redentor. 114

613. La Pasión de Jesús y María y la Compasión de Juan. 134

614. El día del Sábado Santo. 141

615. La noche del Sábado Santo. 151

GLORIFICACIÓN DE JESÚS Y MARÍA.

616. La mañana de la Resurrección. Oración de María. 160

617. La Resurrección. 169

618. Jesús resucitado se aparece a su Madre. 173

619. Las pías mujeres al pie del Sepulcro. 175

620. Consideraciones sobre la Resurrección. 184

621. Aparición a Lázaro. 187
622. Aparición a Juana de Cusa. 192
623. Aparición a José de Arimatea, a Nicodemo y a Manahén. 196
624. Aparición a los pastores. 198
625. Aparición a los discípulos de Emaús. 201
626. Llegada de los paganos y alusiones a otras apariciones. 208
627. Aparición a los apóstoles en el Cenáculo. 211
628. El regreso de Tomás y su incredulidad. 222
629. Aparición a los apóstoles, esta vez con Tomás. Jesús habla sobre el sacerdocio y los futuros sacerdotes. 226
630. Enseñanzas a los apóstoles enviados al Getsemaní. 234
631. Enseñanzas a los apóstoles enviados al Gólgota y luego al Cenáculo. 253
632. Apariciones a varias personas en distintos lugares. 268
633. Aparición en la orilla del lago y otorgamiento de la misión a Pedro. 302
634. Enseñanzas a los apóstoles y a numerosos discípulos en el monte Tabor. Margziam consolado. 308
635. Lección sobre los Sacramentos y predicciones sobre la Iglesia. 321
636. La Pascua suplementaria. 339
637. El adiós a la Madre antes de subir al Padre. Todo lo tenemos por María. 346
638. Últimas enseñanzas en el Getsemaní, despedida y ascensión al Padre. 349
639. Elección de Matías. 363
640. La venida del Espíritu Santo. Fin del ciclo mesiánico. 367
641. Pedro celebra la Eucaristía en una reunión de los primeros cristianos. 372
642. María Stma. se establece en el Getsemaní con Juan, que le predice la Asunción. 376
643. María Stma. y Juan en los lugares de la Pasión. 382
644. Institución del "domingo". Gradual conversión de Gamaliel. Las dos sábanas. 386

645. El proceso y la lapidación de Esteban. Los caminos opuestos de Saulo y Gamaliel hacia la santidad. 392
646. Sepultura de Esteban y comienzo de la persecución. 400
647. Gamaliel se hace cristiano. 404
648. Pedro se despide de María Stma. después de un coloquio con Juan. 409
649. El beato tránsito de María Stma. 413
650. Gloriosa asunción de María Stma. 424
651. Sobre el tránsito, la asunción y la realeza de María Stma. 428
652. Para despedida de la Obra. 437
Índice. 449